

Teología Sistemática
Tomo 1 Vol 2
Lewis Sperry Chafer



editorial clie

Aprender • Educar • Inspirar

ISBN 978-84-8267-567-1



9 788482 675671

www.clie.es



Lewis Sperry Chapin

VOLUMEN II
ANGELEOLOGIA

ANGELEOLOGIA

CAPITULO I

INTRODUCCION A LA ANGELEOLOGIA

Una verdad que se incluye en el cuerpo didáctico de las Sagradas Escrituras es la que declara que existe un orden de seres celestiales muy distintos de los seres humanos y de la Deidad, y que ellos ocupan un estado superior al actual del hombre caído. Estos seres celestiales se mencionan por lo menos 108 veces en el Antiguo Testamento y 165 veces en el Nuevo, y de este extenso conjunto bíblico el estudiante de la Sagrada Escritura, puede elaborar la doctrina de los ángeles (comp. Gabelein, *The Angels of God*, p. 12).

El vocablo *ángel*, que se deriva bien de *mal'ak* del hebreo del Antiguo Testamento, o bien de *aggelos* del griego del Nuevo Testamento, quiere decir simplemente mensajero. Estos seres ejecutan las órdenes de Dios a quien sirven. Los ángeles santos son mensajeros del Creador, mientras los caídos son mensajeros de Satanás, denominado en la Biblia "el dios de este siglo", y a quien ellos mismos han prometido servir. A veces a los hombres se les llama *mensajeros* como en Apocalipsis 1:20, aunque hay ciertos expositores, bien representados por Alford, que afirman que los mensajeros de las siete Iglesias de Asia son seres del mundo espiritual. —La palabra *ángel* no sólo es genérica por aplicarse a todos los órdenes de los espíritus creados, sino que también se usa para expresar su servicio u oficio.

Al estudiar la doctrina de los ángeles, como el estudiar cualquier otra doctrina teológica, hay campo suficiente para el uso de la razón. En vista de que Dios es Espíritu (Jn. 4:24) y de que en ninguna manera participa de los elementos materiales, es natural presumir que hay seres creados que se asemejan más a Dios que las criaturas mundanas que participan igualmente de lo material y lo inmaterial. Hay reino material, reino animal y reino humano; así que se puede considerar que hay un reino angélico o de los espíritus. Sin embargo, la Angeleología no descansa sobre el razonamiento, ni sobre la suposición, sino sobre la revelación divina.

Tal como el universo ha sido ordenado no ha sido voluntad de Dios que los hombres tengan relaciones con los ángeles, ni tampoco conciencia viva de su presencia. Con todo, la Biblia declara que los ángeles no sólo observan los acontecimientos humanos, sino también que los ángeles buenos son ministros de los herederos de la salvación (He. 1:14) y que los ángeles malos hacen la guerra contra lo que hay de Dios en el hombre (Ef. 6:12). La realidad de la influencia angélica en los asuntos humanos no está limitada a cierta porción de la historia humana. Se nos dice que los ángeles han estado presentes desde la creación y continuarán estándolo hasta la eternidad venidera. Los ángeles integran dos de los cinco grupos en que se dividen todas las criaturas finitas creadas por Dios; a saber, los ángeles santos y los caídos. Los otros tres grupos son, el de los gentiles, los judíos y los verdaderos cristianos. Todas estas clases de seres finitos, sin tomar en cuenta ni el tiempo ni el orden de su principio, seguirán en su propia categoría hasta la eternidad, teniendo siempre las mismas características que Dios les dió al crearlos. Es decir, no hay ninguna evidencia de que habrá otros órdenes de seres finitos que serán creados ni en este siglo, ni en los futuros.

Durante la Edad Media una especulación grotesca y sin provecho caracterizaba las discusiones sobre la doctrina de los ángeles, y eso resultó en el actual desprecio en cuanto a ese cuerpo de verdad. Sobre estas discusiones antiguas el Dr. Augustus Strong escribe: "Los escolásticos debatieron tales cosas como, cuántos ángeles pudieran pararse sobre la punta de una aguja (la relación entre los ángeles y el espacio); o si sería posible para un ángel estar en dos lugares a la vez; o cuánto fue el intervalo de tiempo entre la creación de los ángeles y su caída; o si el pecado del primer ángel causó el pecado de los demás; o si tantos ángeles retuvieron su dignidad de ser ángeles como el número de los que cayeron; o si nuestra atmósfera es el lugar de castigo para los ángeles caídos; o si los ángeles que sirven de guardianes tienen a su cargo a los niños desde su bautismo o desde que están en el seno de sus madres" (*Systematic Theology*, sexta edición, p. 221). En la misma forma también Rossetti en su obra *La Sombra de Dante*, en las páginas 14 y 15 dice de El Dante lo siguiente: "La caída de los ángeles rebeldes él piensa que ocurrió unos veinte segundos después de ser creados, y que tuvo su origen en el orgullo de Lucero que no le permitió estar dispuesto a esperar hasta el momento predeterminado por su Creador para darle conocimiento perfecto" (citado por Strong).

La presencia de los espíritus ha sido reconocida en casi todos los sistemas religiosos. Sobre esto el Dr. Guillermo Cooke ha escrito lo siguiente:

"En verdad, en casi todos los sistemas religiosos, sean viejos o modernos, encontramos tales seres; en los Eones de los Gnósticos, los Demonios, los Semidemonios, los Genios y los Lares que tienen un papel tan importante en las teogonías, las poesías y la literatura en general de la antigüedad pagana, tenemos abundante evidencia de la creencia casi universal en la existencia de las inteligencias espirituales y que ocupan distintos rangos entre el hombre y su Creador. En muchos casos, sin embargo, hallamos a veces la verdad vestida de ficción y los hechos deformados por las fantasías extravagantes de la mitología. Aquí podemos notar con brevedad la doctrina pagana tocante a los seres espirituales. Se creía que las almas de los difuntos héroes y los hombres buenos fueron elevados a la dignidad que les correspondía y a la felicidad eterna; éstos fueron llamados demonios y se suponía que servían como mediadores entre la divinidad suprema y el hombre. Sin embargo había otra clase de demonios de los cuales se creía que nunca jamás habían habitado en cuerpos mortales, y de éstos había dos categorías: los buenos que se ocupaban en guardar a los hombres buenos, y los malos que envidiaban la felicidad humana y buscaban cómo impedirles alcanzar la virtud deseada y al mismo tiempo efectuar su ruina. Estos conceptos son una substitución de la verdad; pero en las Escrituras tenemos la verdad misma en su pureza original, libre de las corrupciones supersticiosas y la imaginación licenciosa del poeta; y la verdad es mucho más majestuosa a causa de su simplicidad sin adorno.

Los filósofos y poetas paganos a menudo hablaron del ministerio de los seres espirituales. En varias ocasiones Sócrates habló del buen demonio que le atendió, dirigiéndole y guiándole por medio de sus sugerencias. Platón enseñó que la clase más alta de demonios, los que nunca habían habitado en los cuerpos mortales, habían sido designados como los guardianes de los hombres. Pero el viejo Hesíodo atribuye un ministerio a los espíritus que antes habitaron en cuerpos mortales durante la edad de oro, y los menciona como:

Oh, espíritus etéreos celestiales
Por Júpiter al mundo designados
A guardar a los hombres sois enviados,
Y os hacéis invisible a los mortales
Marcando a los buenos y malvados.

Situados cual espías inmortales
Observáis muy atentos vuestro encargo;
Por miriadas cada hombre es circundado,
Repartiendo oro y glorias eternas
Por divino permiso que os es dado.

Tenemos aquí una representación breve de ese sentimiento general acerca de los oficios de tales seres superiores, la que es ampliada abundantemente en las especulaciones de los filósofos y en las ficciones soñadas por los poetas. Pero, al dejar esas teorías fantásticas y dramas divertidos de los paganos, avancemos con certeza a la consideración de la verdad sencilla que nos revela la Palabra de Dios y también notar lo que han visto los santos en cuanto al mundo angélico." *Christian Theology*, edición quinta, pp.610-11, 21-11.

CAPITULO II

INFORMACION GENERAL SOBRE LOS ANGELES

La doctrina de los ángeles puede ser considerada en 12 divisiones generales, las que serán expuestas a continuación.

I. LAS ESFERAS ANGELICAS

Al echar una mirada a la revelación bíblica concerniente a los seres angélicos, es preciso considerar la más amplia esfera del universo en su totalidad y no restringir esta contemplación a los límites terrenales. Notamos en primer lugar que la astronomía moderna ha presentado mucha evidencia que demuestra la inmensidad de la creación material. Hay sistemas solares mucho más grandes que éste y que se extienden más allá de la comprensión del poder humano. Tenemos conocimiento de otros soles con sus planetas y satélites que están tan distantes de nuestro sistema como cincuenta a cien mil millones de kilómetros. Camilo Flammarión afirma: "Entonces entiendo que todas las estrellas que siempre se han visto en el firmamento, los millones de puntos luminosos que forman parte de la Vía Láctea, los cuerpos celestiales innumerables, los soles de toda magnitud y de todo grado de brillantez, los sistemas solares, los planetas y los satélites que por millones y millones se extienden en el inmenso vacío que nos rodea; que todo lo que los seres humanos han llamado el universo, no representa en lo infinito más que un archipiélago de islas celestiales y nada más que un pueblo de menor importancia en la totalidad de una gran población. En esta ciudad del imperio sin límites, en este pueblo de una tierra sin fronteras, nuestro sol y su sistema representa un puntito, una casita aislada entre los millones de otras habitaciones. ¿Será nuestro sistema un palacio o una chocita en esta gran ciudad? Probablemente una chocita. ¿Y la tierra? La tierra es una cámara en la mansión solar —una habitación miserablemente pequeña." (citado por Gabelein en *"The Angels of God"*, pp. 8-9).

Desde tiempos remotos los hombres han pensado sobre la cuestión de si la tierra es el único planeta habitado. La ciencia ofrece sus conjeturas, pero la Biblia habla con autoridad sobre este viejo problema. Se nos revela que los ángeles viven en las esferas celestes y

que no hay cifras humanas para contarlos, tan grande es su número. Se les reúne en grupos que se identifican como *tronos y dominios, principados y potestades, autoridades y las huestes celestiales*. Pero todos ellos están sujetos al Señor Jesucristo, quien creó este universo y todo lo que contiene, incluyendo a los seres angélicos. El creó las "cosas... visibles e invisibles" (Col.1:16). El apóstol Pedro declara que estos seres creados están sujetos a Cristo (1 P.3:22). No hay indicio alguno de que ellos estén limitados a esta esfera terrestre, ni a ninguna otra esfera del universo. Cristo dijo: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay" (Jn.14:2). La "casa de mi Padre" es nada menos que este universo en el cual hay muchas moradas. San Judas afirma (v.6) que los ángeles tienen su propia habitación. Sobre este pasaje el Dr. A. C. Gabelein ha escrito: "En la epístola de Judas encontramos esta declaración significativa, 'Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día' (Judas 6)... Lo primordial que deseamos considerar aquí es el hecho, y hecho sobresaliente, que estos ángeles tuvieron su propia habitación. Se les dio su propio estado. Nos parece que esto aporta pruebas conclusivas de que los ángeles tienen moradas en los cielos, que son lugares donde ellos moran, y de los cuales pueden salir como ministros de Dios" *op. cit.*, ps. 39, 40). Hooker declara: "Los ángeles están unidos en una asociación entre sí... Hay que considerar que existe una sociedad de los ángeles de Dios, y que hay una ley que los organiza en ejército, perteneciendo a distintos grados u órdenes" (Lc.2:13; Mt.26:53; He.12:22)" (*Ecc. Polity*, Libro I, 4.2, citado por Gerhart, *Institutes of the Christian Religion*, I, 644). Es importante tomar en cuenta esta consideración, pues es natural que los hombres crean que la esfera humana forma el centro y los otros órdenes de seres creados se congregan alrededor de él. La existencia de los ángeles es anterior a la de la humanidad por siglos sin cuento, y todo lo que se relaciona al dominio unido y a los hechos de los ángeles, para lo que fueron creados, continuamente se ha ejecutado sin referencia alguna a, ni dependiente de ese orden de existencia humana que es inferior al de los ángeles. El significado de las designaciones anteriormente citadas —*tronos, dominios, principados, potestades y autoridades*— no tiene ninguna relación a, ni dependencia de las cosas mundanas. Esta terminología expresa más bien la cooperación que hay entre los ángeles mismos. Esto presenta otra esfera de relación que en sí misma es tan vasta como el universo en que reside y en donde funciona. Se declara que los seres angélicos tienen interés en lo que ocurre en la tierra y también algo de sus servicio se dirige hacia nuestro globo. Pero ninguna revelación nos es

dada tocante a la extensión o a la naturaleza de los hechos y las fuerzas que constituyen la realidad en que viven los ángeles, la que estaba en acción siglos antes de la creación del hombre. Lo que la Biblia dice no se dirige a los ángeles, ni tampoco ese libro trata de dar una descripción completa de su estado ni de las relaciones entre ellos. Sin embargo, se implica que el universo, tan inmenso que el ojo humano apenas comienza a penetrarlo, está habitado por seres espirituales inmensurables, y que, los habitantes de esta tierra, son hechos participantes de aquellos extensos dominios al ser librados de las limitaciones de la esfera terrestre, no para llegar a ser ángeles, sino para entrar en esa esfera que la teleología divina ha designado para ellos.

Con nuestra visión natural no hay cómo discernir la presencia de los ángeles, pero eso no impugna la verdad de que los ángeles están alrededor de nosotros en todo lugar. Milton ha escrito, no por inspiración divina, sino como la imaginación poética le dictó, así: “Hay millones de seres espirituales que andan invisibles en la tierra, sea que estemos dormidos o despiertos” (citado por Strong, *Systematic Theology*, sexta ed. p. 227). Cuando la visión natural del mozo en 2 Reyes fue aumentada, pudo ver toda la montaña llena de caballos y carrozas de fuego alrededor de Eliseo. Una razón de que los ángeles sean invisibles a la pupila humana pudiera ser de que si fueran vistos serían adorados por los hombres. El hombre, que tan inclinado es a la idolatría, que tiende a adorar aun las obras de sus manos, no podría resistir el adorar a los ángeles si estuvieran delante de su vista. El Apóstol habla contra “el culto a los ángeles” (Col.2:18), y Juan testifica así: “Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas: porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios” (Ap.22:8,9).

II. REALIDAD DE LOS ANGELES

A la luz de tanta revelación, las especulaciones del gnosticismo tienen que ser rechazadas. Los ángeles son en verdad seres vivos del más alto rango y su presencia es en verdad de mayor consecuencia en el universo —aunque en ninguna manera son seres tan independientes en el sentido de que se crearan a sí mismos, con todo— sí son seres libres y morales que en siglos pasados por lo menos tenían el poder de determinar su destino propio. Se revela que algunos de los ángeles “pecaron” y que “no guardaron su dignidad” (2 P.2:4; Jud. 6). No

hay ninguna revelación plena tocante a los temas importantísimos y a las épocas extensas apenas tocadas en aquellas breves declaraciones. Ocurriera lo que ocurriera no hubo cómo quebrantar la relación entre la criatura y su Creador y, como lo declara la Escritura, al fin estos ángeles caídos tendrán que dar cuenta al Dios que ellos habían repudiado (Ez.28:16,17; Mt.25:41). La suficiencia de los ángeles, como la de toda criatura, depende sólo de Dios. Se mueven y viven sólo por virtud del poder divino. Aun el gran Miguel, el arcángel que luchó con Satanás, afirmó su dependencia de Dios.

III. IMPORTANCIA RELATIVA DE LOS ANGELES Y LOS HOMBRES

Las Escrituras afirman que el hombre “fue hecho poco menor que los ángeles” (Sal.8:4,5; He.2:6,7). Si esto se refiere a su estado o a las cualidades inherentes y esenciales no se determina con claridad. Es probable que los ángeles sean superiores a los hombres en ambos aspectos. Ha habido mucha discusión en tiempos antiguos sobre este asunto. Entre los escritores más recientes, Martenson, junto con otros, arguye que los ángeles son inferiores a los hombres, mientras Dormer con un grupo más grande, insiste en que los ángeles son superiores. La Biblia dice que el hombre fue hecho a la imagen de Dios; no hay tal referencia con respecto a los ángeles. El hombre posee un cuerpo material con todas sus experiencias; no hay nada acerca de tales experiencias entre los ángeles, aunque es manifiesto que los demonios buscan incorporarse cuando se les presenta la oportunidad.

Discutiendo sobre los ángeles el Dr. Gerhart escribe sobre la importancia relativa entre ellos y los hombres: “El hombre es un ser físico-espiritual, uniéndose orgánicamente en su constitución cuerpo y alma. No es verdad, como frecuentemente se enseña, que el cuerpo es un impedimento al alma, una degradación de la naturaleza humana, ni el cuerpo es tampoco el resultado de un castigo. Más bien es un elemento de dignidad, una condición necesaria para una vitalidad espiritual, lo que une al hombre a dos mundos distintos. Por un lado la organización física une la vida humana, la personalidad humana, a lo material con todas las fuerzas y los procesos de la naturaleza hasta su origen primitivo. Por otra parte la vida espiritual sirve de enlace entre el hombre y el dominio metafísico del espíritu. Conectado así tanto con los dominios celestiales y el terrenal es, la constitución del hombre que lo condiciona para ser mediador entre lo finito y lo infinito, entre lo material y lo espiritual, el representativo de Dios en Sus relaciones con el mundo y el órgano

del mundo en sus relaciones con Dios. La revelación no da esta posición tan elevada a ninguno de los órdenes angélicos" (*Op. cit.* ps. 648,649). Martensen, escribiendo en su *Dogmatics* (ps. 132,133) declara: "aunque el ángel, en relación al hombre, es el espíritu más potente, el espíritu del hombre, sin embargo, es el más rico y más comprensivo. Porque el ángel con todo su poder es solamente la expresión de una sola de esas fases que el hombre en la naturaleza interna de su alma, y la riqueza de su propia individualidad, se propone a combinar en un microcosmo completo y perfecto. . . Es precisamente porque los ángeles son solamente espíritus y no son almas, que ellos no pueden gozarse de la misma rica existencia como lo puede el hombre, cuya alma es el punto de unión en donde se encuentran el espíritu y la naturaleza" (citado por Gerhart, *ibid*). Ninguna consideración de la importancia relativa entre el hombre y los ángeles sería completa si no tomamos en cuenta que el hombre, aunque actualmente hundido en el lodo cenagoso de la desesperación, con todo puede experimentar la redención y ser colocado en un lugar seguro, fundamento llamado la Roca (Sal.40:2), y es destinado a ser conforme a la imagen de Cristo y este estado final lo coloca por encima de los ángeles. Se nota que hay una discrepancia notable en muchos de los esfuerzos para delinear un contraste entre estos dos órdenes de la creación divina. La Biblia es la única fuente de información digna de confianza y es principalmente una revelación al hombre acerca de su propia relación con Dios. Lo revelado acerca de los seres angélicos es la parte que tiene que ver con los asuntos humanos, y hay poco indicio tocante a aquellas grandes esferas de su actividad en que se ocupan los ángeles. La discusión no tiene solución satisfactoria pues carecemos aun de un conocimiento elemental concerniente al mundo de los ángeles.

IV. PERSONALIDAD DE LOS ANGELES

La verdad relacionada con la personalidad de los ángeles también es difícil de expresarse. No podemos aceptar, por ejemplo, la siguiente vaga declaración dada por Martensen:

"Hay muchas categorías de espíritus debajo del cielo, y por esto mismo hay muchos grados de espiritualidad e independencia espiritual; y justamente podemos afirmar que los ángeles están divididos en clases. . . Si contemplamos a los ángeles en su relación al concepto de la personalidad, se puede afirmar que hay potestades, cuya espiritualidad está tan lejos de ser independiente, que ellos sólo poseen una personalidad representada; en suma, son solamente personificaciones. De tal carácter son las tempestades y llamas que ejecutan los mandamientos del Señor. Otros poderes existen en la creación que poseen un

grado de espiritualidad más alto, un estado intermedio de existencia entre la personificación y la personalidad. En esta categoría se puede clasificar los poderes espirituales en la historia, como por ejemplo, los espíritus de las naciones y las deidades de la mitología. . . Pero, si en este asunto hallamos poderes en la historia que viven en esa región que media entre la personalidad y la personificación, no es menos cierto que la revelación reconoce una tercera clase de poderes cósmicos que constituyen un libre y personal reino espiritual." *Christian Dogmatics*, p. 131, citado por Gerhart, *op. cit.*, p. 642.

Aunque su servicio o su dignidad puede variar, no hay implicación alguna en la Biblia de que algunos de los ángeles son más inteligentes que otros. Se declara que los ángeles tienen todo el elemento de personalidad. Son seres individuales, y aunque son espíritus, pueden experimentar las emociones; rinden culto inteligente (Sal.148:2); contemplan la faz del Padre con debida comprensión (Mt.18:10); saben sus limitaciones (Mt.24:36), su inferioridad al Hijo de Dios (He.1:4-14); y, en el caso de los ángeles caídos conocen su habilidad para el mal. Los ángeles son individuos y aunque se aparecen en su capacidad individual, con todo están sujetos a distintas clasificaciones y varios rangos de importancia.

V. CREACION Y MODO DE EXISTENCIA DE LOS ANGELES

Basándonos en Colosenses 1:16,17 se puede presumir que todos los ángeles fueron creados simultáneamente. De la misma manera, se presume que la creación de los ángeles se completó en aquel tiempo y que ninguno será añadido a ese número. No están sujetos a la muerte u otra forma final de existencia; por lo consiguiente tampoco su número disminuye. Parece que el plan divino para la propagación de la raza humana no tiene contraparte en el orden angélico. Cada ángel, por ser una creación directa de Dios, tiene una relación personal e inmediata con el Creador. El Señor Jesucristo dijo con respecto a ciertos individuos de la familia humana cuando aparezcan en el mundo de los resucitados que "en la resurrección ni se casarán, ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo" (Mt.22:28-30). Por lo tanto se concluye que no hay ni aumento ni disminución entre estos seres celestiales.

La existencia de los ángeles se da por sentado en las Escrituras, y éstas son la única fuente de información digna de confianza acerca de estos seres, a los cuales, aparte de sus apariciones sobrenaturales, no son accesibles a la esfera del conocimiento humano. Como el hombre es la suprema creación en las esferas terrenales, así los ángeles lo son en las esferas más altas descritas en Colosenses 1:16,17, en donde

está escrito: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten." Como los ángeles, juntamente con otros seres morales, fueron creados por Cristo y para Cristo, así ellos permanecerán siempre para la alabanza de Su gloria. Aunque es la verdad que algunos de la raza humana y ciertos ángeles no adoran a Dios, la mayor parte de los ángeles están delante de Su trono en adoración incesante. Es asunto de mayor importancia en los consejos divinos que ciertas criaturas caídas en pecado niegan el añadir su nota de alabanza a El, quien merece todo honor. Este repudio no podría existir para siempre. Es agradable leer que Cristo, en Su reino, no permitirá ningún otro dominio ni autoridad, y que, al final de esta dispensación, El, mediante el ministerio de los ángeles recogerá de las esferas humanas todo lo que ofende. En cuanto a la disposición relativa a la enemistad en las esferas más altas, se dice: "Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Co.15:25-26), mientras tocante a la disposición de sus enemigos en las esferas más bajas nos dice lo siguiente: "Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga" (Mt.13:41-43).

Comparada a la existencia humana y animal, la de los ángeles se puede denominar incorpórea, pero sólo en el sentido de que no tienen un organismo mortal. Hay la implicación bíblica de que los ángeles sí tienen cuerpo en alguna forma. Dios es Espíritu, pero cuando Cristo se dirigió a los judíos, hablando del Padre, dijo: "Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto" (Jn.5:37; comp. Ex.33:23; Ez.1:1-28; Sal.104:2). Es esencial para un espíritu que tenga forma localizada, determinada y espiritual. Muchas veces se confunde el problema al imponer sobre los seres espirituales las limitaciones que corresponden a la humanidad. Para los santos en el cielo se les promete "un cuerpo espiritual" —un cuerpo adaptado al espíritu del hombre (1 Co.15:44). Ese mismo es el tipo de cuerpo de nuestro Señor glorificado (Fil.3:21). El apóstol Pablo nos llama la atención a que hay varias clases de cuerpos aun en la tierra (1 Co.15:30,40), y sigue diciendo, "Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales." La evidencia de que no hay cuerpos celestiales es mínima, si el problema descansa sólo sobre la verdad de que el

hombre no tiene el poder para discernir tales cuerpos. Los espíritus existen en una forma de organización que es adaptada a su modo de ser. Son tanto finitos como espaciales. Todo eso puede ser la verdad aunque estén alejados de esta esfera terrena. Pueden acercarse a la esfera de la vista humana, pero ese hecho no significa que tienen que conformarse a la existencia humana. Según lo que demande la ocasión ellos pueden aparecerse a hombres de tal manera que pasan como tales. Si no, ¿cómo pudieran algunos “hospedar a los ángeles sin saberlo”? (He.13:2). Volviendo a su apariencia en otras ocasiones se describe el aspecto angélico como relámpago y su vestido blanco como la nieve” (Mt.28:2-4). Cuando Cristo declaró en Lucas 24:37-39, “un espíritu no tiene carne ni hueso, como veis que yo tengo”, no quiso decir que los espíritus no tienen cuerpo alguno, sino que los cuerpos que tienen es de distinta constitución que la de los hombres. En una manera discreta y prudente el Dr. Guillermo Cooke ha investigado este campo de verdad relacionado a la naturaleza y corporalidad de los ángeles, así:

“En el Antiguo Testamento el Salmista los denomina ‘flamas de fuego’ (Sal.104:4) que el autor de Hebreos interpreta ‘hace a sus ángeles espíritus’ en Hebreos 1:7; y el verso 14 del mismo capítulo dice que ellos son espíritus ministradores. Pero es aquí donde surge la pregunta: ¿Son los ángeles tan espirituales que en efecto son seres inmateriales como Dios mismo?, o más bien son incorporados en un material de refinada textura? Las opiniones, tanto modernas como antiguas están muy divididas en relación a este asunto. Atanasio, Basilio, Gregorio de Nicea, Cirilo y Crisóstomo enseñaron que los ángeles existen en forma absolutamente inmaterial; pero Clemente de Alejandría, Orígenes, Cesario y Tertuliano, entre otros de los padres tempranos, creyeron que esos seres benditos se incorporaron en una forma de existencia material más refinada. El término espíritu aplicado a ellos por sí mismo no puede en lo absoluto resolver el problema; porque tanto en el hebreo como en el griego esa palabra es primariamente un término material pues indica aliento, aire o viento y, por lo tanto, puede aplicarse sin violencia a lo que sea puro espíritu o igualmente a una naturaleza de una materia refinada. Es verdad que cuando se aparecieron los ángeles a los hombres tomaron forma humana visible. Sin embargo, eso no es prueba de su materialidad, porque los espíritus humanos en su estado intermedio, aunque sin cuerpo, han tenido contacto con los hombres y aparecieron en forma humana de materia. Eso se ve en el monte de la Transfiguración donde tanto Moisés como Elías fueron reconocidos por los discípulos. También podemos añadir que los ancianos que aparecieron al apóstol Juan y conversaron con él en el Apocalipsis tuvieron forma humana (comp. Ap. 5:5 y 7:13). Pero aún estas apariciones no nos darán una solución definitiva para el problema. Hablando teológicamente, no hay nada inconsecuente ni improbable en la suposición de que los ángeles estén investidos de una naturaleza de materia refinada. Sin duda alguna el cielo es una habitación adecuada para los tales. Enoc y Elías fueron exaltados en cuerpo y alma al cielo mediante una translación, la humanidad glorificada de nuestro Señor está entronizada allí; y los ángeles, aunque envueltos en una materia refinada, pueden habitar en los

esplendores de la presencia divina . . . Con todo, como es una ley de adaptación que ninguna materialidad tan cruda como ‘carne y sangre’ pueden entrar en ese reino bendito, se sigue que si los ángeles como espíritus habitan en una forma de cuerpo material, ése mismo tiene que ser tan refinado en su naturaleza para excluir todo lo que involucra la posibilidad de deterioro, ni tampoco una organización con apetitos y deseos carnales. Nuestro Señor ha decidido eso al afirmar que los seres humanos en el cielo no se casan ni se les dan en casamiento, pero son como los ángeles de Dios. (Mt. 22:30). En esta comparación entre el estado final de los justos y el estado presente de los ángeles, tenemos una apreciación de la condición de ambos. Hace que nuestro interés en este tema se aumente al saber que los seres tan exaltados, con los cuales vamos a vivir para siempre, tienen una naturaleza común con la nuestra en muchas maneras; y aún es más interesante saber que en lo relacionado con los atributos más altos tanto de los ángeles como los de los hombres, se asemejan a la naturaleza humana de Cristo.”—*Christian Theology*, pp. 613-14.

El arte de la edad medieval ha basado su representación de todos los seres angélicos con alas sobre una descripción bíblica en Dan. 9:21 en que nos habla de un ángel “volando con presteza”. De cualquier modo, es verdad que la Biblia dice que los querubines, y los serafines o seres vivientes sí tienen alas. Y los querubines así aparecen en las imágenes de oro en el arca sobre el propiciatorio. Los ángeles, como se nota en Daniel 9:21, pasan de un lugar al otro con una velocidad increíble.

VI. LA MORADA DE LOS ANGELES

El lugar de residencia de los ángeles es igualmente un asunto definitivo de la revelación divina. Se nos insinúa eso en la verdad antes anotada que todo el universo está habitado por huestes sin número de los seres espirituales. Este vasto orden de seres con todas sus categorías tiene habitaciones fijas y centros para sus actividades. Mediante el uso de la frase “los ángeles que están en el cielo” (Mr. 13:32) Cristo afirma definitivamente que los ángeles habitan las esferas celestiales. El apóstol Pablo escribe, “un ángel del cielo” (Gá. 1:8) y, “Toda la familia en los cielos y en la tierra” (Ef. 3:15). También, en la oración que Jesucristo enseñó a sus discípulos, los instruyó a decir: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10). El Dr. A. C. Gabelin ha escrito lo siguiente acerca de la morada de los ángeles, diciendo:

“En el hebreo, el vocablo *el cielo* está en el plural o sea *los cielos*. La Biblia habla de tres cielos, siendo tercero el cielo de los cielos, la misma morada de Dios y donde ha estado eternamente su trono. El tabernáculo que los Israelitas poseyeron fue una muestra de los cielos. Cuando Moisés estuvo en el monte de Dios, miró al inmenso cielo y vio los tres cielos. No tenía telescopio, pero el mismo Dios le mostró los misterios de los cielos. Entonces Dios le advirtió a Su

siervo cuando iba a comenzar la construcción del tabernáculo, diciéndole, 'Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte' (He. 8:5). El tabernáculo tuvo tres compartimientos, el atrio exterior, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. Una vez al año el sumo sacerdote entró en este lugar terrenal de adoración, pasando por el atrio, por el Lugar Santo y finalmente entró en el Lugar Santísimo llevando consigo la sangre del sacrificio para esparcirla en la presencia de Jehová. Pero, Aarón fue solamente un tipo de El que es más grande que Aarón, o sea el verdadero sumo Sacerdote. La Escritura dice que *El traspasó los cielos* (He. 4:14). 'Porqué no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios' (He. 9:24). El pasó por los cielos, el atrio, el cielo que envuelve a la tierra; el Lugar Santo, que son los inmensos universos con sus inmensurables distancias, y finalmente entró en el tercer cielo, aquél que los astrónomos saben que existe pero que ningún telescopio puede alcanzar. En los lugares celestiales, según la Epístola a los Efesios, están los principados y potestades, una compañía de innumerables ángeles. Sus moradas están en esos lugares celestiales. El Dios que los creó, que los hizo espíritus apropiándoles cuerpos conforme a sus naturalezas espirituales, tiene que haberles dado también sus habitaciones. También es significativo, y no sin razón, que la frase 'los ejércitos del cielo' quiere decir tanto las estrellas y los ejércitos angélicos. 'Jehová de los ejércitos' también tiene ese significado doble, porque El es Señor de las estrellas y Señor de los ángeles". *Op. Cit.*, págs. 34-35.

VII. NUMERO DE LOS ANGELES

Su alusión al número de los ángeles es una de las superlativas de la Biblia. Nos dice que son una multitud "que nadie la puede contar". Es razonable concluir que hay tantos seres espirituales en existencia que como los que ha habido de seres humanos en toda la historia de la tierra. Es significativo que como la frase "el ejército del cielo" describe tanto a las estrellas de la creación física como a los ángeles, éstos pueden considerarse tan numerosos como aquellas (Gn. 15:5). Citando otra vez al Dr. Cooke él agrupa todo el testimonio bíblico tocante al número de ángeles, dice:

"Oigase lo que dice Micaías: 'yo ví a Jehová sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a él, a su derecha y a su izquierda' (1 de Reyes 22:19). Oigase a David en Salmo 68:17, 'Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares.' Eliseo vió a un destacamento de estos seres celestiales enviados para guardarle y la Escritura dice que 'el monte estaba lleno de gente de a caballo y carros de fuego alrededor de él' (2 R. 6:17). Veamos lo que dice Daniel, 'millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él' (Dn. 6:10). He aquí lo que los pastores de Belén vieron y oyeron la noche del nacimiento del Divino Redentor: 'Una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: Gloria a Dios en las alturas' (Lc. 2:13). Fíjense en lo que Jesús mismo dice en Mateo 26:53, '¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?' Echese una mirada al magnífico espectáculo que Juan el apóstol vió cuando contemplaba aquel inundo celestial y dijo: 'Y miré, y oí la voz de

muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones' (Ap. 5:11). Si tomamos esta cifra literalmente alcanza a un billón, pero representa sólo una parte de las huestes celestiales. Es probable, sin embargo, que este número no debe tomarse en su significado preciso, sino que nos es dado para indicar que hay una multitud inmensa superior a lo que generalmente los seres humanos calculan. Por lo tanto leemos en He. 12:22 no de un cierto número limitado de ángeles, sino nos habla de 'la compañía de muchos millares de ángeles'. *Op. Cit.*, ps. 614-15.

VIII. PODER DE LOS ANGELES

Lo que es verdad tocante a todas las criaturas de Dios en cuanto al poder que ejercen es igualmente cierto con relación a los ángeles; es decir, que su poder es derivado de Dios. Su poder es restringido aunque muy grande. No son capaces de hacer lo que sólo a la Deidad corresponde, actos tales como crear, actuar sin medios o escudriñar al corazón humano. Ellos pueden influenciar la mente humana como una criatura puede influenciar a otra. El conocimiento de esta verdad será de grande importancia más luego cuando nos toque considerar la ascendencia que los espíritus malos pueden tener sobre los seres humanos. Se hallará que los seres humanos pueden impedir la influencia de los malos espíritus sólo por el poder de Dios (Ef. 6:10-12; 1 Jn. 4:4). Aun en el caso de un ángel, él puede pedir la ayuda divina al estar en conflicto con un ángel malo (Jud. 1:9). El Dr. Cooke continúa en el párrafo siguiente en su misma manera comprehensiva tocante al poder angélico:

"'Fuerte ángel' y 'ángel poderoso' son términos que se leen en el Apocalipsis. El nombre Gabriel quiere decir *el fuerte de Dios*; y entre otras designaciones de las órdenes angélicas hallamos la de *potestades* (δυνάμεις). El atributo de poder extraordinario pertenece a las naturalezas angélicas en general, y eso aprendemos de la boca de David quien exclama: 'Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza'. Nos es imposible hacer una comparación entre el poder de un ser espiritual y el poder físico del hombre por las limitaciones sobre éste último, simplemente por su estructura física. Sin embargo, si se estima el poder de un hombre por los efectos maravillosos que él puede producir a causa de su inteligencia superior y los instrumentos que utiliza, entonces tenemos la demostración que nos dará una pálida idea de los recursos del poder de los ángeles, porque su conocimiento superior de la naturaleza los capacita para emplear en un más alto grado que nosotros los recursos del universo para llevar a cabo cualquier comisión encomendada por Dios. Sea lo que fuere el modo o la medida en que ellos ejerzan sus poderes, los efectos son maravillosos. Milton los describe como capaces de sacar los montes de sus fundamentos para arrojarlos sobre sus antagonistas. Eso, ciertamente, es poesía; pero en los documentos verídicos de las Sagradas Escrituras tenemos la verdad sin ser apocada por la ficción. En la Biblia hallamos a un sólo ángel como ministro de venganza, que destruye a 70 mil personas del reino de David en solamente tres días; otro destruye en una sola noche a 85 mil soldados, armados

correspondientemente del orgulloso monarca asirio; y también leemos en otra porción bíblica de un ángel que destruyó a todos los primogénitos de Egipto en una sola noche. En el Apocalipsis vemos a los ángeles deteniendo a los cuatro vientos del cielo, derramando las copas de la ira divina y enviando los fuertes truenos de la ira de Dios sobre las naciones culpables; la vieja tierra tiembla al ver la demostración del poder angélico como ministros del Dios que toma venganza sobre los pecadores. Pero los ángeles son igualmente administradores del poder para bien; y mientras su naturaleza santa les hacen los fieles ejecutores de la justicia, su benevolencia y santidad les asegura deleite en emplear sus energías en el servicio de la misericordia. *Ibid.*, ps. 620-21.

IX. CLASIFICACION DE LOS ANGELES

1. LOS GOBERNANTES. La revelación identifica ciertos grupos y también personajes individuales importantes entre los ángeles. Ya hemos mencionado unas cinco representaciones de supremacía entre estos seres; a saber, tronos (*θρόνοι*), dominios (*κυριότητες*), principados (*ἀρχαί*), autoridades (*ἐξουσίαι*) y potestades (*δυνάμεις*). Puesto que la Biblia nunca se entrega a la tautología, se puede creer que hay un significado específico inherente en cada una de estas designaciones, y tal significado se relaciona al que corresponde a las realidades terrenales que también llevan esos títulos. La verdad revelada tocante a los ángeles no es suficientemente completa para hacer una analogía plena todavía. El término *tronos* se refiere a los que se sientan en ellos; los *dominios*, a los que reinan; los *principados*, a los que gobiernan; las *potestades*, a los que ejercen la supremacía, y las *autoridades* se refiere a los que tienen la responsabilidad imperial. Y, aunque parezca que haya semejanza entre estas denominaciones, se puede asumir que por su medio se hace referencia a una dignidad incomprensible y a varios grados de importancia. Las esferas celestiales de gobierno exceden a los imperios humanos así como el Universo es más grande que la tierra.

2. LOS ANGELES ESCOGIDOS. Se hace referencia en I Timoteo 5:21 a los “ángeles escogidos”, y eso nos abre un campo de investigación muy interesante en lo relacionado a la extensión de la doctrina de la elección tocante a los ángeles por parte de su Creador. Se concederá que los ángeles fueron creados con un propósito, y que en su reino, como en el del hombre, los designios del Creador serán llevados a cabo perfectamente. La caída de ciertos ángeles que prevista por Dios tanto como la del hombre en el Edén. A la vez se implica que los ángeles han pasado su período de prueba.

3. LOS QUERUBINES, LOS SERAFINES Y LOS SERES VIVIENTES. Hay por cierto muchas interpretaciones sobre esta triple clasificación de seres angélicos. El Dr. Strong insiste en que ellos son “figuras artificiales, simbólicas y temporales que en sí

mismas no tienen existencia personal". El trata de sostener esta idea mediante la aserción de que estas designaciones específicas no están unidas a los ángeles en ningún pasaje bíblico. El Dr. Smith (*Diccionario Bíblico*) y Dean Alford (*Testamento Griego*) sostienen que éstos son meramente símbolos de los atributos de Dios. La mayoría de los expositores bíblicos reconocen a éstos como ángeles exaltados a un alto rango, pero separados de los gobernantes. Algunos expositores tratan de descubrir distinciones de posición y rango entre los que son designados con estos términos. Nos parece lo más satisfactorio concederles no solamente el más alto puesto, sino también la misma agrupación general. Los distintos términos usados parecen indicar una distinción de servicio más que una de posición esencial. A causa del estado tan exaltado de estos ángeles debemos considerar su servicio con la debida atención que merecen.

a. *Los Querubines*. El título *querubín* habla de su posición alta y santa y su responsabilidad como tal se relaciona estrechamente con el trono de Dios como defensores de Su santo carácter y presencia. En su *Biblia Anotada* el Dr. C. I. Scofield tiene una anotación bajo Ezequiel 1:5 y dice lo siguiente:

"Los 'seres vivientes' son idénticos con los querubines. El tema es algo obscuro, pero tomando en cuenta la posición de los querubines en la puerta del Edén, en la cubierta del arca del pacto, y en Apocalipsis 4, se concluye claramente que ellos se relacionan con la vindicación de la santidad de Dios contra el orgullo del hombre pecador quien, a pesar de su pecado, podría alargar su mano para tomar del árbol de la vida (Gn. 3:22-24). Los querubines que estaban sobre el arca del pacto, habían sido hechos de una pieza con el propiciatorio, y contemplaban allí la sangre derramada que hablaba, tipológicamente, de la perfecta preservación de la justicia divina por medio del sacrificio de Cristo (Ex. 25:17-20; Ro. 3:24-26, notas). Los seres vivientes (o querubines) parecen ser seres reales del orden angélico. Compare Isaías 6:2, nota. Querubines o seres vivientes no son idénticos con los serafines (Is. 6:2-7). Los querubines parecen relacionarse con la santidad de Dios que ha sido ofendida por el pecado; los serafines, con el problema de la *impureza* en el pueblo de Dios. El pasaje en Ezequiel es sumamente metafórico, pero el efecto fue la revelación de la gloriosa presencia del Señor. Revelaciones como ésta se hallan invariablemente asociadas con un nuevo servicio y una nueva bendición. Comp. Ex. 3:2; Is. 6:1-10; Dn. 10:5-14; Ap. 1:12-19." *Op. cit.*, p. 806.

b. *Los Serafines*. El título *serafín* habla de la adoración sin cesar, de su ministerio de purificación, y de su humildad. Aparecen una sola vez bajo esa designación en la Biblia en Isaías 6:1-3. Su triple atribución de santidad a Dios según la registra Isaías es repetida otra vez por Juan (Ap. 4:8), pero el apóstol los llama seres vivientes, y eso nos ayuda mucho a establecer su identidad y agrupación. El Dr. Scofield en su nota sobre Is. 6:1-3 dice lo siguiente:

“(6:2) Heb.: ‘abrasadores’. Esta palabra ocurre solamente aquí. Compare Ezequiel 1:5, nota. En muchas maneras los serafines se hallan en contraste con los querubines, aunque ambos expresan la santidad divina, la cual exige que el *pecador* tenga acceso a la divina presencia solamente por medio de un sacrificio que en verdad vindique la justicia de Dios (Ro. 3:24-26, notas), y que el *santo* se purifique antes de ofrecer su sacrificio al Señor. Gn. 3:24-26 es una ilustración de la primera de estas demandas; Is. 6:1-8, de la segunda. Puede decirse que los querubines están relacionados con el altar y los serafines con el lavacro.” *Op. cit.*, p. 692-3.

c. *Los Seres Vivientes*. Esta frase es un título, y representa a estos ángeles en su obra de manifestar la plenitud de la vida divina, la actividad incesante, y la permanente participación en la adoración de Dios.

Lo incierto tiene que caracterizar el entendimiento humano en lo relacionado con los ángeles. Tocante a su majestad, su adoración de Dios y la gloria sobresaliente del objeto de su adoración, el Obispo Bull (1634-1710) (citado por el Dr. Gabelein) escribió lo siguiente:

“Cuando consideramos cuán gloriosos son los ángeles, pero al mismo tiempo son criaturas de Dios y Sus siervos como lo somos nosotros, y que ellos adoran ante el trono divino esperando cumplir los santos mandamientos de Dios, tal consideración, si la permitimos penetrar profundamente en nuestros corazones, tiene que llenarnos de las más reverentes estimaciones de la gloriosa majestad de Dios todo el tiempo, pero especialmente en nuestro acercamiento a El en adoración, y hacernos sentir la más grande reverencia y humildad. Muy a menudo debiéramos fijar nuestros pensamientos en la visión que tuvo Daniel quien vió al Anciano de Dios sentado sobre Su trono con millares de millares de ángeles que le servían y millones de millones que le asistían.

¡Con cuánta reverencia debiéramos conducirnos al dirigirnos a la majestad divina, ante Quien esconden sus rostros los mismos serafines! Y si ellos se encubren los pies dándose cuenta de sus imperfecciones naturales al compararse con el Dios infinitamente glorioso, ¡cómo debiéramos nosotros, tan viles pecadores como somos, sonrojarnos y sentirnos avergonzados en Su presencia, sin la presunción de confianza en nosotros mismos, sino descansar sobre la infinita misericordia divina y los méritos de nuestro Redentor y Abogado, Jesucristo!

Y cuando nos sentimos tentados hacia la vanidad y el orgullo, o pensamos más alto de nosotros o de nuestro servicio de lo que debiéramos, entonces reflexionemos en la enorme distancia que existe entre nosotros y los santos ángeles y cuán pobre, imperfecto y estropeado es nuestro servicio comparado con Su santo y excelente ministerio que los santos ángeles ejecutan para Dios y en nuestro favor. Sin embargo, cuando pensamos en el ministerio propongámonos tomarlos como modelos y ejemplos que debiéramos seguir”. *Op. cit.*, pgs. 46-47.

4. LOS ANGELES INDIVIDUALES. a. *Lucero, hijo de la mañana*. (Is. 14:12). Este ser angélico por cierto es el más exaltado de los ángeles tanto por la creación como por su posición —él ocupa un puesto en el texto bíblico después de las tres personas de la Trinidad.

A causa de su pecado —el primero cometido en todo el universo hasta donde la revelación bíblica descubre— llegó a ser Satanás y aparece en la Palabra de Dios bajo 40 distintos títulos. Por cuanto él es el tema de la siguiente sección que trata de la satanalogía, vamos a dejar a un lado por ahora nuestra investigación de la verdad tocante a este ángel poderoso.

b. Miguel. (Dan. 12:1). El significado de este nombre es muy llamativo, pues quiere decir, *¿quién es como Dios?* En qué sentido él es como Dios no se revela; pero de los tres pasajes donde se hace mención directa de él, se puede notar que tiene gran autoridad. Según Daniel 12:1 él es quien “está de parte” del pueblo de Daniel, es decir, Israel, indudablemente en alguna forma de defensa. En Judas 9 se ve envuelto en una controversia con Satanás sobre el cuerpo de Moisés; pero es notable que en tal situación, a pesar de su grandeza personal, él mismo no “se atrevió a proferir juicio de maldición contra Satanás”, sino que en dependencia de Dios reprende a Satanás con estas palabras: “El Señor te reprenda”. En este texto se le da el título adicional de *arcángel*; y hay un solo arcángel. Otra vez vemos a Miguel en la predicción escrita en Apocalipsis 12:7-12. Allí se presenta como jefe de los ejércitos celestiales que ganan una victoria en el cielo sobre Satanás y sus ángeles. Además hay que notar que Tesalonicenses nos revela que “la voz del arcángel” será oída cuando Cristo venga a recibir a Su Iglesia.

c. Gabriel (Dan. 9:21). Este nombre significa *el poderoso* y evidentemente él es todo lo que ese título implica. En la Biblia nunca es llamado un arcángel, pero muchas veces los hombres lo llaman así. En las Escrituras él aparece 4 veces y siempre como mensajero o revelador del propósito divino. Habló con Daniel tocante al fin de los siglos (Dn. 8:15-27). Asimismo trajo a Daniel esa predicción casi incomparable que se encuentra en Daniel 9:20-27. El profeta había descubierto en los escritos de Jeremías (25:11-12) que el período de tiempo determinado que Israel debiera pasar en Babilonia era de setenta años y que ese tiempo había llegado a su fin. Entonces él se puso a orar por su pueblo. Esa oración, la misma que tenemos en el capítulo 9 del libro de Daniel, tiene que haber ocupado apenas unos pocos minutos, pero durante esos mismos momentos Gabriel pasó con una rapidez increíble desde el trono de Dios hasta el lugar donde oraba el Siervo de Dios en la tierra. Fue entonces cuando este ángel le mostró a Daniel el propósito de Jehová en lo relacionado al futuro de Israel. Fue el mismo Gabriel que llevó el mensaje a Zacarías acerca del nacimiento de Juan Bautista, y él también vino a la virgen María trayéndole el más grande mensaje jamás oído tocante al nacimiento de Cristo y de Su ministerio como Rey que se sentaría sobre el trono

de David (Lc. 1:26-33).

5. LOS ANGELES ESPECIALMENTE DESIGNADOS. Se conoce a ciertos ángeles solamente por el servicio que ellos rinden. De éstos, hay los que sirven como mensajeros de juicio (Gn. 19:13; 2 S. 24:16; 2 R. 19:35; Ez. 9:1, 5, 7; Sal. 78:49). Se hace mención del “vigilante” (Dn. 4:13, 23); “el ángel del abismo” (Ap. 9:11); “el ángel que tiene poder sobre el fuego” (Ap. 14:18); “el ángel de las aguas” (Ap. 16:5); y de “siete ángeles” (Ap. 8:2). En los escritos apócrifos hay mención de tres ángeles de los cuales la Biblia no habla nada; éstos se llaman Rafael, Uriel y Jeremiel.

No hacemos referencia en esta enumeración, del Angel de Jehová puesto que hemos demostrado claramente en otra sección de este tratado que ese ser es nada menos que el Cristo pre-encarnado, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Porque no tiene relación alguna con los ángeles creados, no se le debe clasificar entre ellos.

X. EL MINISTERIO DE LOS ANGELES

Las 273 referencias a los ángeles en la Biblia son en gran manera narraciones de sus actividades, y en ellas se revela un amplio campo de hechos notables. Sin embargo, lo más importante no es su relación con los habitantes terrestres, sino su servicio a Dios. Este es principalmente un servicio de adoración, y sugiere la majestad inefable y la gloria de Dios que los ángeles no caídos comprenden, la cual sigue sin cesar para siempre a causa de la dignidad infinita de Dios. El apóstol Juan declara que en su adoración las criaturas vivientes “no cesaban día y noche de decir, Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” (Ap. 4:8). Isaías declara que ellos “daban voces el uno al otro, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3). Con el mismo propósito el salmista escribe; “Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderoso en fortaleza, que ejecutáis su palabra” (Sal. 103:20); “Alabad a Jehová desde los cielos; alabadle en las alturas. Alabadle, vosotros sus ángeles; alabadle, vosotros todos sus ejércitos” (Sal. 148:1, 2). La humildad de los ángeles, sugerida por su manera de cubrirse los pies (Is. 6:2), es natural puesto que está siempre delante de El cuya majestad y gloria es trascendente. Para los ángeles el nacimiento, la vida, la muerte, la resurrección y la ascensión de Cristo eran realidades estupendas. No es cosa de poca consecuencia que Cristo —como lo declara el apóstol Pablo— mientras que estaba en la tierra, “fué visto de los ángeles” (I Ti. 3:16). El interés angélico y su devoción al Señor de la gloria son medidos hasta cierto grado por la adoración que Le han ofrecido

desde su creación hasta el presente. El santo más espiritual sólo muy débilmente puede anticipar lo que será el mirar directamente y sin fin la faz del Señor de la gloria. ¡Qué tal será la reacción que se despertará en el corazón humano al ver a su Creador y Redentor! Aun con su mayor capacidad de apreciación, no hay cómo saberlo de antemano, pero tal capacidad de apreciar a Dios siempre ha sido un atributo de los ángeles y también lo han experimentado. Ellos contemplan al Señor sin un velo intermedio. Su consideración de El mientras estuvo en la tierra es presentada convenientemente por el Dr. Cooke en las siguientes palabras:

“¡Con cuánta constancia acompañan (los ángeles) al Salvador encarnado durante Su misteriosa vida terrenal entre los hombres! En Su nacimiento ellos son Sus heraldos y con cánticos triunfantes anuncian las buenas nuevas a la humanidad. En su tentación le ministran; en su agonía lo socorren; al resucitar ellos son los primeros en proclamar su triunfo; al ascender ellos vienen para escoltarle a su trono de intercesión; en su estado glorificado le rinden a El su homenaje supremo como Señor; y cuando El venga para juzgar al mundo ellos formarán parte de su comitiva! ¡Qué pensamientos sublimes les vendrían a la mente, y cuántas emociones de gozo y de admiración sentirán los ángeles al presenciar las escenas que vieron durante la vida terrenal de Cristo, y las que todavía ven en el cielo con su naturaleza doble y su obra de redención ya completada; *¡Dios encarnado!* Todo eso fue nuevo para ellos. ¡Qué condescendencia tan asombrosa! *¡El obedeció a sus propias leyes como si fuera una mera criatura, y con la actitud de un siervo!* Eso fue completamente nuevo. Ellos le habían visto como el gobernador del universo, pero jamás hasta este momento como un súbdito. *Entró en conflicto con Satanás y experimentó una prolongada tentación.* Eso fue nuevo. Le habían visto sacar al ángel rebelde de su presencia y arrojarlo a la perdición eterna; pero jamás hasta ahora lo había sujetado a la tentación del ser cuya sutileza y poder habían seducido a miríadas para su ruina eterna. *Sufrió el escarnio y los reproches de parte de los pecadores.* Esto también fue nuevo. Ellos habían visto a millares de espíritus felices adorarle y amarle; pero jamás hasta ahora le habían visto a El personalmente insultado, vituperado y maltratado por sus criaturas. *¡El gimió en el Getsemaní y luego fue crucificado entre dos malhechores, muriendo como una víctima sacrificial!* Esto fue nuevo. ¡Lo habían visto a El sumamente feliz y glorioso; pero al verlo moribundo, al oír ese grito de agonía y contemplarlo como un cadáver sangriento —y todo para salvar al mundo de pecadores que se había revelado contra El! ¡Qué amor tan misterioso! *Luego lo vieron, después de todo lo dicho, ya entronizado y glorificado en su naturaleza humana.* Todo eso fué cosa nueva en la historia moral del universo. Todas esas escenas estaban llenas de interés, de maravilla y de misterio; una serie de maravillas en grados sucesivos más elevados hasta culminar en la presencia permanente del Dios-hombre en el cielo y resplandeciente de una gloria que llena los cielos de los cielos. En todo eso tenemos temas en los cuales las mentes angélicas pudieron instruirse por largo tiempo; aquí estaba el desarrollo de verdades escondidas; aquí estaba el descubrimiento de las perfecciones divinas antes desconocidas; y aun desarrollándose con mayor refulgencia mientras siguen avanzando las edades!”

Op. cit., ps. 622-23.

No hay cómo explicar el fiel servicio de los ángeles hacia los seres humanos sobre la base de su propio amor para con la humanidad. Les interesa lo que tiene que ver con su Dios. Si El habría de entregar a Su propio Hijo para morir por la raza perdida de los hombres, ellos le seguirían tanto como fuese posible, y por lo menos ofrecerían un servicio instantáneo, por amor a El, siempre que se les pidiese. No es de la imaginación, sino la realidad de que los ángeles sirven a los hombres en mil distintas maneras. No hay verdad mejor establecida en las Escrituras que la de Hebreos 1:14, “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?”

Con respecto a los ministerios específicos de los ángeles en la tierra a favor de la humanidad -especialmente para los santos- se puede decir que los detalles forman un campo de investigación muy extenso en el cual no hay tiempo para entrar por ahora. Aunque los ángeles estuvieron presentes en la creación, no hay ninguna referencia a su ministerio en la tierra sino hasta en los días de Abraham. En compañía de Jehová ellos visitaron al patriarca en Mamre (Gn. 18:1-2) y de allí siguieron adelante para librar a Lot de Sodoma. Los ángeles se aparecieron a Jacob y fueron reconocidos por Moisés. Está escrito que la ley “fue ordenada por medio de ángeles” (Gá. 3:19), y que fue administrada “por disposición de ángeles” (Hch. 7:53). Su cuidado por el pueblo elegido de Dios se hace notorio en ambos Testamentos. En el Salmo 91:11-12 está escrito: “Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán para que tu pie no tropiece en piedra”; y en He. 1:14: “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” También debemos notar que fue un ángel que acompañó a los tres hebreos en el horno de fuego (Dan. 3:25), y estuvo con Daniel en el foso de los leones (Dan. 6:22).

En la fraseología del Antiguo Testamento a veces se les denomina a los ángeles *hijos de Dios*, mientras los hombres son llamados *siervos de Dios*. En el Nuevo Testamento ésto se ve al revés. Los ángeles son los siervos y los cristianos son los hijos de Dios. Este orden tan peculiar pudiera deberse al hecho de que en el Antiguo Testamento se ve a los hombres relacionados a esta esfera en la cual los ángeles son superiores; mientras que en el Nuevo Testamento se ve a los santos en relación a su estado final de exaltación a la semejanza de Cristo, un estado superior al de los ángeles.

Volviendo al Nuevo Testamento nos damos cuenta de que hay muchas referencias a los ángeles en los Evangelios y los Hechos. En vista de la verdad de que era el Creador de ellos, el Señor de la gloria

a Quien ellos sirven y adoran, que dejó Su gloria y descendió a una esfera más baja que la de los ángeles, no es extraño que uno de las huestes celestiales anunciara el nacimiento del precursor a su padre; también el nacimiento del Salvador a María; y que ángeles anunciaran Su nacimiento al mundo y que ellos mismos dirigieran la fuga a Egipto; que ellos Le ministraran en el desierto; que Le socorrieran en el huerto; que estuviesen preparados en legiones para defenderle en caso los llamase; que Le vieran morir y colocar Su cuerpo en la tumba; que estuviesen también presentes para anunciar Su resurrección; que ellos dieran consejo a los discípulos en la hora de Su ascensión otra vez al cielo. Así se nota que la relación de los ángeles al encarnado Hijo de Dios es uno de los aspectos principales de la revelación bíblica sobre los cuales la mente consagrada pudiera meditar con gran provecho. En el plan de Dios esta presente edad o dispensación evidentemente carece de las manifestaciones angélicas. Esto pudiera ser porque en los santos de esta dispensación, como en ninguna otra, habita el Espíritu Santo y así sujetos a la dirección divina, la que es más constante, vital y elevadora de lo que pudieran ser las visitas angélicas. Sin embargo, los ángeles serán prominentes de nuevo hacia el fin de esta edad. Es entonces cuando el Señor volverá con la voz de arcángel. La Escritura dice que en su segundo advenimiento “Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 13:41, 42; comp. v. 30). Es entonces también cuando Cristo “enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt. 24:31). Se hace énfasis generalmente sobre la presencia de los ángeles en las escenas del segundo advenimiento. Está escrito: “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt. 16:27); “Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios” (Lc. 12:8, 9). A estas citas se puede añadir la de Judas 14-15 que menciona “con sus santas decenas de millares” que parece referirse a los ángeles.

Después de la dispensación del Reino, para la cual no se predice ningún servicio angélico, y cuando el Rey mismo estará presente en su gloria visible para reinar y cuando el Espíritu Santo será derramado sobre toda carne (Jl. 2:28-32; Hch. 2:16-21), otra vez los ángeles serán vistos en relación eterna y final con esa ciudad que descenderá del cielo (He. 12:22-24; Ap. 21:12).

Hay ciertos pasajes del Nuevo Testamento que indican los

ministerios específicos de los ángeles. Lucas 16:22 declara que los ángeles llevaron un alma a ultra tumba al momento de su muerte; pero de ser siempre éste el caso es pura conjetura. Hechos 5:19 y 12:7 relatan la liberación de los apóstoles de la cárcel, y 8:26; 10:13 y 27:23 nos dicen que los ángeles eran los instrumentos divinos para llevar mensajes a los hombres.

XI. LA DISCIPLINA PROGRESIVA DE LOS ANGELES

Las Escrituras revelan la verdad de que los ángeles están aprendiendo mucho al observar a los hombres en la tierra, especialmente en lo que trata del desarrollo de la obra de la redención. Incidentalmente, esto indica que los ángeles no son omniscientes. Sin embargo, no se debe concluir que ellos saben menos que los hombres. En verdad, ¡cuán interesante (y qué gran campo de descubrimiento) les sería para los hombres si les fuera dado a ellos ver todo lo que sucede en las esferas angélicas! La declaración de Pedro, “cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 P. 1:12), nos revela la verdad en cuanto al interés de los ángeles en lo de los hombres. Es significativo que esta palabra “cosas” se relaciona al programa de Dios en los dos advenimientos de Cristo y al evangelio de la gracia que se predica a todo el mundo. Para el mismo fin la Iglesia en la tierra es una revelación a los ángeles en cuanto a la sabiduría de Dios. Está escrito: “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef. 3:10). Por lo tanto, la Iglesia también será una revelación a los ángeles de la gracia divina; porque dice en otro lugar: “para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Ef. 2:7). Al escribir sobre este tema, Otto von Gerlach indicó lo siguiente: “Por la revelación de Sí mismo en Cristo, por la institución de la iglesia cristiana en la tierra, Dios en una manera hasta aquí desconocida se glorifica delante de las huestes celestiales. Estos llenos de temor reverente y alabando a Dios por la maravilla de la creación, ahora ven Su sabiduría glorificada en una nueva forma en la iglesia cristiana al notar cómo se salvan los hombres. Se manifestó en la redención una riqueza de la sabiduría divina enteramente nueva e inagotable” (Citado por Gerhart, *op. cit.*, ps. 664).

No hay base bíblica para la creencia de que la redención mediante la muerte de Cristo es ofrecida a los ángeles caídos (comp. Mt. 25:41; Ap. 20:10). Los santos ángeles evidentemente son beneficiarios y

pasan a las esferas más altas de conocimiento y espiritualidad como consecuencia de lo que ven del amor redentor de Cristo. Así Cristo llega a ser para ellos un Mediador. Ningún otro escritor ha establecido tan claramente esto como el Dr. Gerhart, a quien citamos:

“El apóstol hace énfasis sobre el hecho de que la sabiduría de Dios es revelada a los principados por medio de la Iglesia. La existencia de la Iglesia y la predicación de las inescrutables riquezas por ella determinan el crecimiento de los ángeles en conocimiento espiritual. Cuánto más conocimiento de la verdad cristiana sabrán los ‘principados’ cuando la Iglesia cristiana, todavía imperfecta, llegue a la perfección; ese místico cuerpo de Cristo, todavía militante, peleando contra sus enemigos tanto humanos como diabólicos, llegue a ser la Iglesia triunfante. La consumación final en el segundo advenimiento (de Cristo) afectará no sólo la posición relativa y el conocimiento espiritual de los ángeles, sino también afectará la *vida* de ellos según la revelación de ciertos pasajes bíblicos. Indirectamente, a lo menos, ellos participarán en los beneficios espirituales que llegan a la Iglesia por el Hijo del Hombre. Pablo enseña (en Efesios) que Dios el Padre ‘nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito —de reunir todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.’ Tanto la raza humana en la tierra como las órdenes angélicas en los cielos se incluyen en la frase ‘todas las cosas’ que han de ser reunidas en Cristo. Entonces los espíritus angélicos tendrán una relación con la Cabeza de la Iglesia que no tienen por ahora, y que jamás tendrán antes del cumplimiento de los tiempos. El apóstol enseña la misma verdad en Colosenses 1:20 pues dice que agradó al Padre reconciliar consigo en su Hijo todas las cosas así las que están en la tierra, como las que están en los cielos. Las cosas invisibles y visibles, sean tronos o dominios, o principados o potestades; fueron creados por el Hijo y para El. Por lo tanto, todas las órdenes angélicas existen para el Hijo; ‘El es el propósito de su existencia. En el Hijo estas órdenes de espíritus subsisten. El es la ley por la cual son gobernados y controlados. Habiendo hecho la paz entre los gentiles y los judíos por la sangre que él derrainó en la cruz. Cristo llega a ser un mediador para los ángeles también, por quien su vida pasa de su presente esfera a una más alta de la perfección y gloria espiritual. El reino del Hijo del Hombre incluye tanto las órdenes de espíritus angélicos como todas las razas de la humanidad. Cuando la edad (*αἰών*) excelente que está pronto a realizarse venga a superar a la edad (*αἰών*) el presente, los ángeles, como consecuencia de la glorificación del cuerpo místico, subirán a una comunión más íntima con el origen que produce la vida, la luz y el amor. Pero, aunque la vida y los conocimientos de los ángeles sea elevados a un plano de perfección espiritual más alto mediante la Iglesia, sin embargo en la gloria final del reino de Dios, la posición y autoridad de los ángeles estarán subordinados a la autoridad y el oficio de los santos.” *Ibid.*, ps. 664-665.

XII. LOS ANGELES COMO ESPECTADORES

Hay cuatro casos en que se dice que los ángeles observan. En Lucas

15:10 ellos se dan cuenta del gozo del Señor cuando se arrepiente un pecador. No es el gozo de los ángeles como muchas personas suponen, pues, compárese Judas 24. En Lucas 12:8, 9 tenemos estas palabras de Cristo: "Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios." También nos dice en 1 Ti. 3:16 que Cristo "fue visto de los ángeles", y en Ap. 14:10-11 dice que los ángeles observarán los castigos eternos de los que adoraron a la bestia y su imagen. Al contrario, nos dice en 1 Co. 6:3 que la Iglesia juzgará a los ángeles aunque no tienen mucha preparación en el presente para juzgar cosas de menor importancia en la tierra.

La presencia de los ángeles en la creación se nota en la Biblia (Job 38:7); al tiempo de la entrega de la ley (Gá. 3:19; Hch. 7:53; He. 2:2); en el nacimiento de Cristo (Lc. 2:13); en Su tentación (Mt. 4:11); en Su resurrección (Mt. 28:2); en Su ascensión (Hch. 1:10); y en Su segunda venida (Mt. 13:37-39; 24:31; 25:31; 2 Ts. 1:7).

CONCLUSION

Un conocimiento de la realidad de las vastas huestes de seres angélicos con los beneficios que se derivan de los buenos y la oposición de parte de los malos, nos será dado por la meditación en las Escrituras que contienen estas verdades, y por la oración.

CAPITULO III

PARTICIPACION ANGELICA EN EL PROBLEMA MORAL

Las palabras *problema moral* se refieren al conflicto que siempre está presente donde los agentes morales y libres se enfrentan con el problema de lo malo y lo bueno. La fuerza de este conflicto llega a su clímax en tres ocasiones principales. a) La caída de los ángeles, b) la caída del hombre, y c) la muerte expiatoria de Cristo. De éstos el primero y el segundo tienen una relación íntima; lo mismo se puede decir del segundo y el tercero. Pero la relación entre el primero y el tercero es remota pues se trata principalmente no de personas, sino de principios. Lo malo comenzó con la caída de un ángel. Ese pecado fué seguido por el de una multitud de otros ángeles según Apocalipsis 12:4. Aquel acto de rebelión contra Dios de parte de un ser angélico también volvió a realizarse en el huerto del Edén, pero en esta ocasión fue cometido por el primer hombre y el resultado fue que su naturaleza depravada le fue transmitida a toda la raza humana desde aquel funesto día. Al analizar esta secuencia histórica ya presentada, es posible reconocer que la raza fue herida mediante el pecado de su cabeza federal al ser tentada por el ángel que primero pecó en el cielo, y que una multitud de ángeles pecaron por la influencia de ese mismo pecador original. Hasta aquí ningún problema insuperable se presenta; pero sí es difícilísimo tomar el próximo paso y hallar una razón del por qué un ángel no caído, sin tentación de afuera, y viviendo en la misma presencia de Dios, y que debe haber sabido la diferencia entre la luz moral y las tinieblas morales, escogió estas últimas. ¿Cómo se explicará el nacimiento del mal moral en el seno del bien moral? El aspecto metafísico del origen del mal es un problema que los teólogos jamás han podido solucionar; por lo tanto sólo nos será posible considerar ciertos aspectos consecuentes con la finita mente humana.

Como en el caso de la caída del hombre, cuando nos acercamos al complejo tema de la caída de los ángeles, es imperativo, a la luz de lo revelado acerca de Dios, que reconozcamos ciertas verdades inmutables. (a) Dios solo es santo y en ningún sentido es El el instigador del pecado angélico, ni indirecta ni directamente. (b) Aunque los ángeles fueron creados para llenar un propósito, su caída

fue anticipada desde la eternidad. (c) Se les dió la autonomía de ángeles, la que les permitió permanecer en, o salir de ese estado santo en el cual fueron creados. (d) A diferencia de los hombres que reciben una naturaleza corrompida al tiempo de su concepción física igual a la de su primer padre, los ángeles que cayeron sostuvieron una relación personal con Dios e individualmente, ellos se apartaron de su estado original de santidad como el primer ángel. (e) Aunque la caída del hombre abrió el camino por el cual Dios pudo demostrar Su gracia en la redención (Ef. 2:7), en el caso de los ángeles caídos no se les dió la oportunidad de la redención y la reconciliación con Dios.

Los ángeles fueron creados con la responsabilidad de la auto-determinación (libre albedrío). Ese fue el ideal divino representado por ellos en la creación. La posibilidad de cometer lo malo en ninguna manera era una necesidad. El declarar que Dios debiera haber impedido su caída puesto que tuvo el poder para hacerlo resulta en una confrontación entre la voluntad divina en Su gobierno y la de Su creación, o sea la expresión de la voluntad de Dios en la constitución de los ángeles.

Aunque los ángeles al ser creados despertaron conscientes en su estado de santidad sin tentación exterior, no obstante estaba en su incumbencia tanto el querer como el hacer lo que pertenece a la santidad. Como en el caso del hombre, parece que se les concedió a los ángeles un período de prueba. El amor de Dios para ellos fue el del Creador para sus criaturas; pero les fue dada aquella libertad de acción que corresponde a la responsabilidad angélica. Tal libertad también le fue dada al primer hombre, pero con una excepción de primordial importancia: ya había en existencia un reino de maldad con su fuerte incitación externa para hacer el mal. Tal fuerza externa no existía para los ángeles cuando ellos comenzaron a existir consciente. Por lo tanto se puede eliminar del problema moral a todos aquellos ángeles que pecaron bajo la influencia del primer ángel pecador. Cada uno cayó individualmente, pero afectados por la fuerza de ciertas influencias que se presentaron después de experimentar su estado de santidad original. Un estado de santidad confirmado es el privilegio de los ángeles no caídos que siempre contemplan y gozan la presencia de Dios, lo que es una consecuencia mucho más probable para ellos de lo que pudiera ser para el hombre caído que jamás ha visto a Dios, ni ha experimentado por un momento la santidad inmaculada. San Agustín declara: "Que ninguno dude que los santos ángeles en sus moradas eternas están seguros y ciertos de la felicidad eterna y verdadera, aunque ciertamente no son co-eternos con Dios mismo" (*La Ciudad de Dios*, XI, 33, citado por Gerhart, *Institutes*, I, 670). Así también Richard

Hooker escribe: "Dios ocupa a los agentes naturales sólo para efectuar algunos propósitos, pero no ocupa a los ángeles sólo así porque ellos siempre contemplan la faz de Dios (Mt. 18:10) y enamorados de Su hermosura se adhieren a El eternamente. El deseo de ser semejantes a Dios en bondad los hace ser insaciables e infatigables en sus esfuerzos para hacer toda clase de bien a las criaturas de Dios, pero especialmente a los hijos de los hombres" (*Libro I*, iv. 1, citado por Gerhart, *ibid.*, ps. 670-71).

Los ángeles definitivamente fueron influenciados hacia la santidad. Esa comunión constante con Dios que se otorga a los santos ángeles, y que originalmente se extendió a todos ellos, es inmensurable en su potencialidad. La única ley era suficiente para suplir cualquier necesidad que tuvieran y así alcanzarían la felicidad deseada. Esa ley definió cada detalle de la relación existente entre ellos y Dios. El apartarse de esa voluntad resultaría en asumir una actitud falsa hacia todas las cosas. Más adelante vamos a considerar el alcance de esa desviación que cambió el amor por el aborrecimiento y la amargura.

En lo que concierne al problema del primer pecado del primer ángel, se debe notar que, bajo las condiciones que existían en aquel entonces, faltaban casi todos los medios por los que el pecado avanza. Rebelarse o declararse en contra de Dios fue la única dirección en que tal ser podía pecar. Sobre esta verdad muy patente Hooker ha escrito: "Por lo tanto, parece que no había otra manera en que los ángeles pudieran pecar, sino por el reflejo de su auto-contemplación, la admiración de su amor anterior, su adoración e imitación de Dios" (*Ecc. Pol.*, Libro I, cp. IV,2, citado por Gerhart, *ibid.* 672). A este engreimiento por posesionarse del mando de lo que el Creador había propuesto ser la autoridad y el guía, se refirió el Apóstol cuando escribió del "neófito" en lo relacionado al orden en la iglesia, diciendo: "No sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo" (1 Ti.3:6; comp. Is.14:12; Ez.28:17). Aunque se revela así la naturaleza del primer pecado tan definitivamente, con todo, es un misterio cómo este principio de pecado podía recibir una bienvenida en tal ser. Continuar con Dios como Su sabiduría había especificado representaba por lo menos la sensatez angélica; apartarse de aquel camino divino fue el colmo de la insensatez angélica, pero es la responsable en este caso. El pecado no tiene lugar en la naturaleza y posición de un ángel no caído. Su presencia es nada menos que el desorden y la falta de razón.

Tanto la filosofía como la teología han tratado de solucionar el problema que se presenta en el primer pecado. Cualquier vestigio de verdad que éstos sugieran, en todo caso, ninguna es suficiente. El tratar de descubrir una razón comprensible en un caso donde la

mente reconoce que la razón ha faltado como en el primer pecado angélico, es simplemente imposible. El pecado, siendo una contradicción de la razón e irracional en sí mismo, no está sujeto a la razón. Es muy posible que una criatura irracional y acostumbrada a los caminos depravados pueda tratar de entender con simpatía la insensatez que una criatura semejante exhibe, pero en ninguna manera es eso una explicación razonable para poder comprender el pecado cometido por un ángel no caído.

La criatura —sea ángel u hombre— es creada para que sea teo-céntrica. Cuando el *yo* llegue a ser el centro de su propio mundo, eso contradice la ley básica de su existencia como criatura, y resulta en una completa falsificación del orden moral divino. También se halla como una violación del designio original en cuanto a esas relaciones recíprocas que hay entre los seres finitos mismos. El pecado, pues, no sólo es contra Dios, sino también contra todos nuestros semejantes.

La caída de un ángel hace que surjan dos preguntas teológicas: a) ¿Cómo podía un Dios Santo permitir pecar a cualquier criatura? b) ¿Cómo podía pecar un ángel santo sin influencia exterior? Al considerar el problema presentado por la primera pregunta se puede decir —aunque realmente no tiene que ver mucho con la presente discusión— que se declara que la creación original de Dios es *buena* delante de Sus ojos; que el omnisciente Dios, sabiendo que ciertos de los seres morales creados dejarían el camino recto y caerían, sin embargo les dio existencia a pesar de la certeza de tal conocimiento. Con todo, en el caso de los ángeles como en el de los hombres, Dios atribuye la falta moral, no a sí mismo, sino a la criatura. En cuanto a la segunda pregunta podemos añadir esto a lo anteriormente dicho: la maldad moral en el universo es un hecho final que no se puede explicar ni tampoco ignorar su existencia. Cuando lo seguimos hasta su origen en el día que fue cometido por el primer ángel no caído, se descubre la verdad que estima que la maldad es un misterio, irracional y pecaminoso en sumo grado. El decreto de Dios anticipó todo lo que habría de existir; pero el pecado no tiene su origen en el decreto, sino en un acto libre del pecador. El pecado no se halla en la naturaleza de las criaturas hechas por la mano de Dios; si fuera así todos habrían faltado. Así que, el pecado no es concomitante con un agente libre y moral, si así fuera, todos los agentes libres y morales tendrían que pecar. El Dr. Gerhart, escribiendo sobre el tema del primer pecado dice: “El *ego* se declara contra su ley fundamental, hecho para el cual no hay una explicación razonable más que ésta, que juntamente con la creación de un ser moral autónomo, se creara la *posibilidad* de poder escoger lo malo, como una prerrogativa suya”

(Ibid.,688). Pero el Dr. Gerhart admitiría que el mero poder de escoger jamás constituye una razón para escoger. El problema queda sin explicación. San Agustín ha escrito algo sobre este aspecto del problema moral que es muy importante notar: "Si preguntamos sobre la causa de la miseria de los ángeles malos, se nos ocurre —y parece razonable— que son miserables porque han dejado a Aquel quien es supremamente, y se han vuelto a sí mismos que no tienen esa esencia de ser. Y este vicio se llama orgullo. Si se hacen más preguntas como ¿cuál era la causa directa de su mala voluntad? , la contestación es simplemente: No la hay; porque, ¿qué es lo que hace que la voluntad sea mala cuando es la voluntad misma la que hace malo al acto? Y consecuentemente la mala voluntad es la causa de la mala acción, pero no hay causa eficiente para la mala voluntad. . . Cuando la voluntad abandona lo que es más alto que ella y se vuelve a lo que es más bajo, se hace mala, no porque sea malo el volverse, sino porque el volverse mismo es malo. Por lo tanto, no es la cosa inferior lo que ha hecho mala la voluntad, sino es ella misma que se ha hecho así por desear inicuaamente algo inferior." (*la Ciudad de Dios*, Libro XII, vi, citado por Gerhart, *Ibid.*, 685).

El pecado consiste en el vivir y actuar egoístamente de parte de una criatura, la que por creación es diseñada para ser teo-céntrica. Tomar otra dirección resulta en angustia en el presente y luego lo lleva a la perdición; la primera resulta en la tranquilidad presente y luego le conduce a la gloria eterna. Sin duda los ángeles comprendieron estos conceptos hasta cierto punto, y eso resulta en que el comienzo del pecado sea más misterioso que nunca. La maldad en el universo no es un accidente, ni cosa imprevista por Dios, o no le sería posible a El predecir su curso y su fin como lo hace. El conflicto de las edades se presenta en las pocas palabras de Génesis 3:15. La maldad tiene que seguir su curso hasta el fin, y hacer una plena demostración de su naturaleza para poder ser juzgada, no como una teoría, sino como un hecho concreto. "Aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí" (Gn.15:16). El trigo y la cizaña crecen juntos hasta el fin de esta edad. (Mt.13:30). Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo por aquel varón a quien designó (Hch.17:31). Y el hombre de pecado se revelará a su debido tiempo determinado por Dios según 2 Tesalonicenses 2:6-8. Así nos ha sido revelado que la maldad y el bien ambos continuarán hasta llegar a su fin determinado, y la Escritura testifica que la maldad será juzgada y llegará a su fin para no reaparecer nunca jamás.

CAPITULO IV

SATANOLOGIA: INTRODUCCION

Los seres del mundo de los espíritus, sean santos o no, se llaman *ángeles* (Ap. 12:7). Generalmente se refiere a los ángeles impíos como *δαίμονες* o *δαιμόνια*, las que se traducen como *demonios*. Hay sólo un *διάβολος* o *diablo*. Así que, hay un solo arcángel entre los ángeles impíos como lo hay entre los santos ángeles. Este jefe de los ángeles caídos aparece en las Escrituras bajo 40 títulos, a lo menos, de los cuales algunos son descriptivos, mientras otros son nombres propios. Cuando se le titula en Apocalipsis 12:10 “el acusador de nuestros hermanos”, eso es un título descriptivo; pero cabe notar que mucho se revela también de él en sus nombres propios. Estos son: *Serpiente* (ὄφης), que significa *su sutileza*; *Lucero, hijo de la mañana*, que fue su nombre en el cielo antes de su caída; *Diablo* (Διάβολος), que significa *acusador* o *calumniador* y es de origen griego; *Satanás* (Σατανᾶς), que significa *resistidor*, y es de origen hebreo; Ἀπολλύων, que quiere decir *destructor*; *Dragón* (Δράκων), que se refiere a su poder; *el príncipe de este mundo*; *el príncipe de la potestad del aire*; *el dios de este siglo*. Cuatro de estos títulos personales aparecen en un solo versículo (Ap.12:9). Se puede aplicar el vocablo *Belial* al jefe de los angeles caídos sólo por implicación, aunque es verdad que el Apóstol Pablo atribuye este título a un personaje definitivo cuando pregunta: “¿Qué concordia (tiene) Cristo con Belial?” (2 Co.6:15). El señor H.A.W. Meyer (véase Gerhart, *Institutes*, 691) insiste en que el término es una referencia general a Satanás en la misma forma como lo es *πονηρός* —el maligno (traducido así en 1 Jn.5:19, pero *mal*, Mt.6:13; Jn.17:15; 2 Tes.3:3). Parece obvio en Mateo 12:24 (véase v. 27 también) que los judíos llamaban a este ser angélico *Beelzebú* (Βεελζεβούλ), compare 2 Reyes 1:2,3,6,16, lo que significa que él es “príncipe de los demonios.” Como *Διάβολος* él es el único, el agente infernal que manda a todos los *δαιμόνια* o demonios. Este potente ángel se ve en la Biblia con una prominencia o importancia y poder, segundo después del Trino Dios. Se le menciona en las Sagradas Escrituras tantas veces como a todos los demás ángeles juntos. Se ve desde la primera página de la historia humana hasta la última, y siempre se le presenta como factor importantísimo en lo relacionado con los hombres, a los ángeles y al universo mismo.

Nos parece de grande significado el hecho de que las Santas Escrituras trazan con detalles y cuidado la historia de este espíritu maligno desde su creación, a través de toda su carrera y hasta su juicio final. No se da tal atención a ningún otro ser tan analizado, ni a quien se le dé tanta publicidad en lo que concierne a sus motivos, métodos, carácter y propósito como se le da a Satanás. El teólogo bíblico tiene que tomar en cuenta esta vasta revelación, pues es una doctrina de mayor importancia en la Biblia, porque se trata del que es el originador del pecado y quien lo promueve tanto en las esferas angélicas como en las humanas, y él mismo es el enemigo más encarnizado de las cosas divinas. Pero hay muy pocos que pueden decir con el apóstol Pablo, "no ignoramos sus maquinaciones." Este espíritu es el que engaña a todo el mundo y se ve claramente que el mundo no cree que él existe, y esa incredulidad obra grandemente para ventaja suya. Puesto que la mayoría de la gente está ignorante o mal informada acerca del diablo, no es cosa rara que un gran porcentaje haya caído en el poder de este "enemigo de las almas." Los "saduceos modernos" buscan cómo hacer que el diablo llegue a ser sólo un "lenguaje figurado", "una personificación metafórica de la maldad", o "una ilusión de mentes inestables." Los tales niegan su personalidad como lo hacen en el caso de los demonios. Y Satanás los anima a creer así pues tales impresiones le sirven para quitar los prejuicios y temores acerca de sus obras infernales. En cuanto a lo dicho que el diablo es "lenguaje figurado" sin personalidad verdadera, podemos afirmar que tal figura no se ve como ángel creado que peca y que es jefe del reino de las tinieblas y que llegará algún día a su destino final, como el juicio del Dios eterno y justo. Una metáfora difícilmente entraría en un hato de cerdos para causar su destrucción inmediata. Ni tampoco una metáfora ofrecería los reinos de este mundo al Señor Jesucristo, afirmando que los tales le habían sido entregados para darlos a quien él quisiera. El Dr. Gerhart ha escrito enfáticamente sobre este tema al decir lo siguiente:

"Esa exégesis racionalista que atribuye la posesión demoníaca a la superstición, y hace que lo revelado en el Nuevo Testamento sobre este tema se convierta en fantasía, si fuera aplicada a toda la enseñanza bíblica acerca de lo invisible y lo metafísico, haría que el mundo espiritual entero se volviera ilusorio. Hay sólo un corto paso entre la burla que se hace del diablo y la que se hizo del Redentor. No hemos olvidado que la creencia en la personalidad del diablo y la influencia de demonios en asuntos humanos asumió formas bien grotescas durante la edad medioeval; ni tampoco que las interpretaciones erróneas de la posesión demoníaca han hecho que los hombres cometan actos horrendos. Pero el abuso de las verdades bíblicas no hace que sean menos verdaderas en su representación del poder del diablo sobre los hombres malos y de la naturaleza. ¿Es superstición afirmar que Satanás es aquel maligno que es

príncipe de este mundo porque algunos teólogos y eruditos en otras edades han hecho malas interpretaciones y aplicaciones de ciertos milagros de nuestro Señor? Si se aplicara ese método de razonar a las supersticiones verdaderas, ¿no haría que el monstruoso error del politeísmo fuera la prueba de que no hay Dios?, o ¿no haría que el oráculo de Delfos probara que Isaías no puede ser profeta genuino? o que la adoración de los fetiches en el Africa probara que ninguna adoración es digna del hombre? ¿O que el *totem* de los indígenas norteamericanos fuera la prueba de que no hay providencia divina? ”— *Op. cit.*, ps. 709,710.

En la Santa Biblia hallamos que todos los elementos de la personalidad se aplican a Satanás. Si usamos métodos que le quitan a Satanás la personalidad, tenemos que decir lo mismo de la personalidad de nuestro Señor y del Espíritu Santo. El torcimiento de la verdad bíblica en tal forma sólo sirve para que ella sea guía errónea para los que la leen. Lo raro es que el mundo sigue usando la terminología bíblica relacionada con Satanás, pero sin darle el significado verdadero. Sin tomar en cuenta la revelación bíblica, el mundo ha creado en su imaginación un ser grotesco que lleva ciertos adornos extraños, el cual ha llegado a ser el carácter central en su ficción y dramas, y entonces, estando convencidos de que tal ser no existe, han echado toda la revelación bíblica al limbo de la mitología de edades pasadas. Desafortunadamente no hay cómo echar a un lado al espíritu maligno como lo revela la Biblia al pasar por alto la verdad divina cuando se usan los métodos de interpretación mencionados. No hay falta de evidencias para probar la personalidad de Satanás y de los demonios. El relato de sus hechos, como el de su destino constituyen las páginas más negras de la Palabra de Dios. El lago de fuego fue preparado no para los hombres, sino “para el diablo y sus ángeles” (Mt.25:41). No se juzgan ni los personajes ficticios, ni las metáforas por la muerte de Cristo, ni se les asigna el lago de fuego.

La caída de este poderoso ángel no era un compromiso entre el bien y el mal. El llegó a ser la encarnación del mal y totalmente carente del bien. La maldad esencial de esta persona no puede ser estimada por la mente humana. Sin embargo, su maldad es constructiva y concuerda con los ideales y proyectos que son malos simplemente porque se abren a Dios y Sus obras. Se dará mayor consideración al pecado consumado de este ser al desarrollar esta tesis. Sólo hay que agregar aquí que Satanás es la personificación viviente del engaño. Muy reveladoras son las palabras de Cristo al dirigirse a los judíos así: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y

padre de mentira” (Jn.8:44). También podemos mencionar el testimonio triple en el Apocalipsis. Allí en 12:9 se declara que Satanás es engañador de todo el mundo; en 20:2,3 se predice que será arrojado al abismo, encerrado y sellado hasta el fin, “para que no engañe más a las naciones hasta que fuesen cumplidos mil años.” En la misma forma dice que, “cuando se cumplan los mil años Satanás será suelto de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra” (20:7,8). Así también el tiempo de la gran tribulación, el hombre de pecado hará que la gente crea *la mentira*, la que es instigada por el diablo y recibida por la gente a causa de un “poder engañoso.” Con todo esto ante la mente no es difícil dar razón de las imposturas presentes tan generalizadas; que los maestros modernos no creen en la personalidad de Satanás; que los no regenerados no aceptan su realidad; y que los cristianos en todo lugar están malinformados o ignorantes acerca de sus maquinaciones. Pocos hay, en verdad, que marcharían bajo la bandera de Satanás a sabiendas; pero se notará por lo anterior que hay pocos en realidad que no le rindan lealtad a él en cierto grado. Siendo que la verdad acerca de los ángeles es extrañamente ilusoria para la mente humana, se puede esperar que en el pensar de muchos es una realidad lo concerniente a Satanás y los demonios. A pesar de estos impedimentos de la mente natural, no hay excusa alguna por la abierta negación de la revelación divina la cual es tan clara como extensiva.

El que quiera ser hallado fiel y útil como digno expositor de las Escrituras, y guía para la humanidad, después de conocer al Trino Dios y los valores positivos de Su gracia redentora, debiera comprender la verdad acerca del enemigo de Dios, el cual “como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar” (1 P.5:8). Los conflictos y pruebas del cristiano pueden explicarse por tres realidades —*el mundo, la carne y el diablo*; pero este último enemigo es el dios de este mundo, y la naturaleza mala que domina la carne se originó de la mentira de Satanás en el huerto de Edén, y él mismo es el opositor contra el creyente no sólo en la esfera de la carne y sangre, sino también en las actividades de la vida espiritual.

Si se observa el texto de las Escrituras, se hallará que éste es el más fuerte de los enemigos y es presentado a la vista del cristiano como segundo en importancia al Trino Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si nos falta el conocimiento tocante a este enemigo —como a veces lo hacen los estudios teológicos— los resultados serán muy trágicos alcanzando hasta la eternidad. Si se da a este tema su debida atención en un curso de estudios bíblicos como lo hace la Biblia, habrá muchas páginas que estudiar y eso sin apología. Sobre todo, que no

sea considerada superstición cuando se le da atención cuidadosa a tanta revelación explícita, o cuando se toma la porción bíblica en su más natural y literal significado. Fácilmente se pueden engendrar ideas fanáticas y no escriturales en lo relacionado a los malos espíritus de parte de los que tienen poco conocimiento de la Palabra de Dios; pero por lo mismo nos es imperativo tener cuidado para conformarnos a lo revelado en la Biblia. Los paganos siempre se han torturado a sí mismos por sus imaginaciones acerca de la presencia e influencia de los espíritus malos; a nosotros nos toca estar agradecidos a Dios por la revelación ya dada.

La creencia en la influencia maligna de los espíritus malos es anterior a la Biblia y se extiende a las regiones a donde nunca ha llegado la Biblia. Plutarco declara: "Había una antigua opinión de que hay ciertos demonios impíos y malignos, que envidian a los hombres buenos y tratan de impedirles en su búsqueda de la virtud, para que no puedan participar de una felicidad que ellos mismos no gozan" (*de Defect. Orac.*, p. 431, tomo 2, Edit, Paris, 1624, citado por Cooke, *Christian Theology*, p. 628). La adoración de demonios en Africa, Birmania, Ceilán, Persia y Caldea, parece ser el desarrollo pervertido de una revelación más antigua dada al principio de la raza humana. *The International Standard Bible Encyclopaedia* declara: "Hay sin duda alguna, dificultades serias para aceptar la doctrina de una potestad personal, sobrenatural y maligna como se deban en parte, por lo menos, a la falta de entender la doctrina y ciertas de sus aplicaciones. También se debe admitir que cualesquiera que sean las dificultades en tal enseñanza, están exageradas y a la vez no reciben contestación de parte del escepticismo vago e irracional que lo niega sin investigación. Hay problemas en cualquier punto de vista de este universo y por lo menos algunos se resuelven al creer en un poder mundial, maligno y sobrenatural" (IV, 2695).

Muchos creen que la tierra en su primer orden (como otros planetas) era la habitación de los espíritus; que Satanás era rey de ese dominio; y que el caos indicado en Génesis 1:2 fue resultado directo del pecado de él. Poco se sabe de tales cosas y mejor es respetar el silencio de Dios.

Ha habido tres objeciones generalmente ofrecidas contra la doctrina acerca de Satanás según la enseña la Biblia. (1) Se declara que tiene su origen en la mitología, lo que no puede sostenerse. La Biblia no trata de sistematizar esta división teológica más que otra. Todo lo que se presenta bíblicamente es con la cordura y limitación que caracteriza en todo el concepto divino mundial. (2) La segunda objeción es que la doctrina acerca de Satanás se conforma al dualismo del Mazdaísmo. A esto se puede replicar que toda la

doctrina del mal —aparte de la anticipación eterna de ella— tuvo su principio y tendrá su fin definitivamente. Toda maldad no sólo existe por permiso divino, sino que a la vez está bajo limitaciones divinas. (3) Se dice que la doctrina concerniente a Satanás destruye la unidad de Dios; pero la creación por Dios de otras voluntades distintas a la Suya, en ninguna manera milita contra la unidad de Dios porque ellas tienen que dar cuenta a Dios de sí. Al fin de todo, como en el principio, “Dios es el todo y en todo.”

Las divisiones principales de Satanalogía son (a) La carretera de Satanás; (b) El carácter maligno de Satanás; (c) El *cosmos* satánico; (d) El motivo satánico; y (e) El método satánico.

CAPITULO V

SATANALOGIA: CARRERA DE SATANAS

Al abrirse esta división de la Satanalogía, conviene que demos gracias a Dios por el libro que El ha preparado, preservado y presentado a Su pueblo; un libro que revela la verdad con una precisión infinita en lo relacionado a los habitantes de los dominios espirituales, y enseña que tal es la naturaleza de estos seres con referencia específica a la relación que ellos sostienen con la humanidad. Como hemos mencionado anteriormente, la Palabra de Dios da gran énfasis sobre la verdad tocante a un ángel muy poderoso. Hay una extensa revelación acerca de su creación, su estado original, su caída, el desarrollo y manifestación de su autoridad, los varios juicios que le tocan, y su destino final en el lago de fuego. La carrera revelada de Satanás es una historia larguísima que se extiende de un pasado sin fecha hasta una eternidad venidera sin fin, y que está llena de muchos detalles importantes.

I. SATANAS, SU CREACION ESTADO ORIGINAL Y CAIDA

Estos tres aspectos de la historia tienen una relación tan íntima que es imposible estudiarlos separadamente. El pasaje central que trata específicamente con este asunto de la carrera de Satanás es:

Ezequiel 28:11-19. Una porción bien considerable de este contexto inmediato será estudiada verso por verso, pero en vía de preparación se observará que la revelación acerca de Satanás principia con ese período sin fecha entre la creación de los cielos y la tierra en forma perfecta aprobada por su Creador en Génesis 1:1, y esos juicios que acompañaron al fin de aquel período en el cual la tierra llegó a ser desordenada y vacía (Gn.1:1; Is.24:1; Jer.4:23-26). Se verá que esta extensa porción del profeta Ezequiel es una descripción del más potente de los ángeles, (muy significativo en verdad, es el hecho de que se dice más sobre este ángel que sobre cualquier otro, y aún más que sobre todos los demás ángeles juntos), del tiempo de la gloria prístina de la tierra, y del pecado inicial angélico. Es razonable esperar que la Biblia provea la información sobre esta historia tan vital y determinante como lo es ésta, y lo hace. El contexto inmediato que

rodea esta profecía de Ezequiel da una crónica de los juicios divinos sobre los enemigos de Israel, y, según 1 Crónicas 21:1, Satanás pertenece a ese grupo.

La porción que tiene que ver con Satanás está un poco velada, pues se revela mediante imágenes orientales. Por supuesto, tal forma de expresar la verdad es tan legítima como cualquiera otra forma literaria, pero tal modo de expresión sólo es comprensible para los que buscan con diligencia su significado más profundo. Para comprender bien esta revelación acerca de Satanás, no es de poca importancia notar que los versículos anteriores de este capítulo (Ez. 28:1-10), aunque dirigidos al “príncipe de Tiro”, son palabras más bien para el hombre de pecado —esa encarnación y obra maestra satánica— como las que siguen tratan de Satanás mismo. Hay un notable significado en la forma como se relacionan estas porciones y cómo siguen la una a la otra en cierta secuencia. La Palabra de Dios siempre identifica al hombre de pecado por su arrogación blasfema de querer ser Dios. En verdad, esto es lo esencial de la semejanza entre Antíoco Epífano y el hombre de pecado (comp. Dan. 8:9 con 7:8. Nótese también lo relacionado con el hombre de pecado en Mateo 24:15; 2 Tes. 2:3-4; Ap. 13:6). En Ezequiel 28:1-10 se declara esta característica con un énfasis llamativo. Como un príncipe es inferior y sujeto al rey, así el hombre de pecado está sujeto a Satanás.

Antes de este discurso a un “príncipe” y a un “rey” en Tiro, se hace alusión en el capítulo 25 a cuatro naciones que son: Amón, Moab, Edom y Filistea; y los mensajes a estos reinos ocupan sólo diecisiete versículos, mientras el mensaje para Tiro requiere ochenta y tres versículos. Tal proporción nos parece algo llamativa surgiendo así una importancia simbólica de aquella sola ciudad. Como Babilonia anteriormente, Tiro era la ciudad comercial del mundo. Mediante el énfasis ya notado se insinúa una elevación del ideal mundano de lo que significa éxito. Como en la actualidad lo que significa *éxito* es partir al mundo de ultratumba dejando todo aquí sin llevar nada consigo; mientras que el dejar nada aquí y llevar todo consigo le parece al mundo un verdadero *fracaso*. Por lo tanto Tiro llega a ser un símbolo del amor a las riquezas del mundo.

Este mensaje dirigido al “rey de Tiro” sirve para identificar al personaje en vista con uno de los cuarenta títulos por los que se le conoce en la Biblia. Como en los salmos mesiánicos se distingue entre David mismo y el más grande Hijo (el Mesías) por los rasgos sobrenaturales que se incluyen, en la misma manera la persona aludida en esta Escritura como “rey de Tiro” es reconocida como el más sublime de los ángeles. El no podía ser un mortal. Se considerarán ahora algunos de esos rasgos importantes.

Ezequiel 28:11, 12. “Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura.”

Es necesario dar suprema importancia a esta Escritura cuando se reconoce que contiene no la palabra de un profeta para el rey de Tiro, sino la de Jehová. Una endecha, lo que significa una angustia intensa acompañada por golpe de pecho, es un término impresionante para describir el pesar de Jehová por los pecadores, ¿y no es esto siempre así? ¿Falta Jehová jamás en lamentarse por Sus criaturas pecadoras? Concediéndose que pudiera haber una aplicación secundaria de este lamento a algún rey de Tiro, tal conjetura tendría poco valor o significado en vista de los rasgos sobrenaturales que se introducen inmediatamente, como: “Así ha dicho Jehová: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura.” Se insinúa así que todo el poder creativo en lo que tiene que ver con la sabiduría y hermosura se ve en esta criatura. Tales frases no deben salir de la boca de Dios para aplicarse a un hombre caído quien, además, es un rey pagano. La expresión, sin embargo, concuerda con la verdad al notar que es un mensaje al más alto de los ángeles antes de su caída.

Ezequiel 28:13. “En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para tí en el día de tu creación.”

No importa mucho si esto se refiere a un Edén prístino o al Edén de Génesis 3. Satanás ha estado en ambos; pero nadie aseguraría que el rey de Tiro fuese así favorecido. El ornamentárselo con joyas sugiere su gran importancia y el lustre de su apariencia. Así con tanto esplendor se exhibió en el huerto de Edén, porque su nombre *nahash* (hebreo) traducido serpiente, quiere decir *el reluciente*. El apóstol Pablo declara que aún ahora él “se disfraza como ángel de luz” (2 Co. 11:14). Las piedras preciosas que se mencionan aquí se ven sólo tres veces en la Biblia: (a) en el pectoral del sumo sacerdote, y así fueron una manifestación de la gracia divina; (b) en la Nueva Jerusalén que refleja así la gloria de Dios; y (c) como parte de la vestidura de este gran ángel y representa lo más alto de la creación de Dios. No había cómo distinguir esta criatura de Dios en mejor forma que por medio de estas piedras preciosas. En igual forma esta apariencia presenta a este ángel en su creación como diadema de alabanza a su Creador. “Tamboriles y flautas” se prepararon en él. No necesitaba instrumento alguno de alabanza para glorificar a su Creador; él era

diadema de alabanza. Pero la declaración más reveladora en este versículo es la que afirma que él es un ser *creado*. Esta verdad esencial se anuncia otra vez en el verso quince donde dice que era “perfecto” en todos sus caminos desde el día en que fue creado. El poder y la sabiduría de este ser son tan vastos que muchos han pensado que él es tan eterno como Dios mismo. Siendo criatura, a pesar de su posición, él tiene que estar sujeto al fin a su Creador y dar cuenta a El. Y eso lo hará Satanás algún día.

Ezequiel 28:14. “Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas.”

Es muy llamativo que este ser pertenece al orden de los querubines, porque, como hemos indicado antes, estos seres angélicos están relacionados al trono de Dios como protectores y defensores de Su santidad. Habiendo presentado recientemente la prueba al respecto, no hay necesidad de repetirla aquí. Jehová dirige una palabra especial a este ángel: “Yo te puse en el santo monte de Dios.” El rindió este servicio específico como querubín o protector sobre el mismo trono de Dios, pues la frase *el monte de Dios* se ocupa en el Antiguo Testamento para designar el asiento de la autoridad de Dios (comp. Ex. 4:17; Sal. 2:6; 3:4; 43:3; 68:15; Is. 2:2; 11:9). De estos versículos se puede concluir que este gran ángel fue creado superior a los otros ángeles para ser defensor del trono divino. Si se sugiriera que el Dios Todopoderoso no tiene necesidad de defensores, se podría contestar que no es cuestión de lo que Dios necesita, sino lo que El ha revelado. Sin duda El no necesitaba el querubín en la entrada del huerto de Edén; con todo lo puso allí.

La frase que falta escudriñar en el verso 14, “en medio de las piedras de fuego te paseabas”, es algo obscura. Es posible que se refiera a la gloria primordial de la tierra. Las piedras de fuego pueden ser una manifestación del fuego consumidor que Jehová es. En tal caso, esta declaración querrá decir que en su posición tan elevada este ángel andaba en una íntima relación a la santidad divina.

Volviendo por un momento a la identificación de este ser, se admitirá que esta descripción tan exaltada no corresponde a ningún rey de Tiro. Ningún miembro de la raza caída ha sido jamás diadema de alabanza, ni tampoco ha sido creado directamente por Dios, ni tampoco había sido puesto en el santo monte de Dios, ni había andado entre las piedras de fuego, ni tampoco era perfecto en todos sus caminos desde su creación.

Ezequiel 28:15. “Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti iniquidad.”

Ahora se cambia la descripción y se hace mención del primer

pecado de este ángel. Se halló iniquidad en él. Parece que fue descubierto un pecado secreto. La omnisciencia de Dios no puede ser engañada, ni tampoco falta en conocer todas las cosas. Si nuestros pecados secretos se hallan delante de la luz de su rostro (Sal. 90:8), se puede decir lo mismo de los pecados secretos de los ángeles también.

Ezequiel 28:16. “A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad y pecaste; por lo que yo te heché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras de fuego, oh querubín protector.”

La palabra *contrataciones* es muy sugestiva. El mismo pensamiento ocurre en respecto al hombre de pecado en Ezequiel 28:5. Lo que se expresa en esta palabra *contrataciones* no tiene que ver nada con la compra y venta y el cambio de mercaderías de parte del mundo comercial. La palabra en el original significa “dar rodeos” o pasear. Pémbér sugiere que se trata del asunto de la calumnia y eso puede indicar la obra de Satanás de pasear entre los otros ángeles tratando de conseguir su lealtad por calumniar a Dios, y así hacerles rebelarse contra el Creador. La acusación directa “y pecaste” seguida por su arrojamiento del cielo son rasgos importantes en la carrera de Satanás, y los vamos a considerar en detalle más adelante.

Ezequiel 28:17. “Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti.”

Se infiere por estas frases lo que era el pecado de Satanás, el pecado se describe plenamente en otras escrituras. La naturaleza egoísta de todo pecado es evidente en la cita de arriba. Con todo es un paso bien largo desde “las piedras de fuego”, con todo el honor y gloria que tal frase significa, al lago de fuego hacia el cual marcha la carrera de Satanás.

Ezequiel 28:18-19. “Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre tí; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.”

Parece obvio que estos versos indican el juicio inmediato, el futuro y el juicio final de Dios sobre este gran ángel, juicios que se encuentran descritos en otras porciones de la Biblia.

En este solo contexto Dios da el origen, el estado, el carácter y el pecado del más alto de los seres angélicos. No hay cómo exagerar la importancia de esta revelación en lo que tiene que ver con la doctrina de los ángeles y la del hombre. Dios no creó a Satanás como tal; El

creó un ángel que era perfecto en todos sus caminos, y aquel ángel pecó por oponerse a la voluntad de Dios. Por aquel acto él llegó a ser Satanás, el opositor, y todo lo demás que sus títulos significan. La pregunta hecha por los antiguos sobre ¿quién hizo al diablo? ha sido contestada en el pasaje ya considerado. Allí se ve que Dios creó al santo ángel que poseía el poder de escoger entre lo bueno y lo malo, y él escogió lo malo. Mediante el poder degenerador de pecado, lo mismo como Adán, Satanás llegó a ser un personaje muy distinto del que fue creado por Dios. Cuando Dios crea un ser para cumplir un determinado propósito, ese ser tiene que cumplir perfectamente ese ideal divino. Conviene, pues, al tratar de descubrir las dimensiones de este gran ángel, identificar el propósito por el cual él fue creado y evaluar sus cualidades a la vista de tal propósito. Por su pecado Satanás perdió su santidad original y también su posición celestial, pero retuvo su sabiduría y se ha dedicado a seguir en los caminos del mal en los cuales sus conocimientos han sido prostituidos al nivel de *mentiras, engaños, trampas y astucias*. El alcance de estas obras, su carácter elevado, la motivación y los métodos de Satanás constituyen la parte principal de lo que será estudiado más adelante. En su libro, *Satanás*, F. C. Jennings da un resumen al finalizar su exposición de la porción en Ezequiel con las siguientes palabras: “(a) a causa de su fondo y lenguaje, es imposible aplicarla a un hijo caído de Adán; (b) por lo tanto el tal tiene que ser un espíritu o ángel; (c) este ángel o espíritu, cualquiera que sea, era lo más alto de la creación prístina de Dios; (d) su oficio era el de defender el trono de Dios, e impedir que se acercara lo malo y lo injusto; (e) se halló en él la iniquidad que consistía en la exaltación de sí mismo; (f) la sentencia por su pecado consiste en la expulsión de su posición aunque no ha sido llevado a cabo por completo” (ps. 55-56).

II. EL PECADO DE SATANAS

El pecado preciso de Satanás está delineado con claridad y con muchos detalles mayormente en un pasaje bíblico central; a saber, Isaías 14:12-17. Es verdad que, desde el principio Satanás no ha cesado de pecar; pero en éste pasaje el enfoque está sobre su pecado inicial el cual (según la revelación bíblica) es el primero cometido en el universo. Una exposición parcial se ha hecho sobre este pasaje importante en una división anterior de esta tesis, y apropiadamente aparecerá otra vez como asunto fundamental en la hamartiología. En verdad, este primer pecado no sólo ayuda a comprender al primer pecador, Satanás, sino también es la norma o modelo de todo

pecado, pues demuestra con claridad aquel elemento en el pecado que hace que sea lo que es —“sobremanera pecaminoso” (Ro. 7:13).

Por referirse este pasaje a una caída del cielo (Is. 14:12-17) presenta una pregunta de mucha importancia. Se trata de la cuestión del lugar donde Satanás reside ahora. ¿Fue echado en verdad del cielo o sigue ocupando la esfera en que fue puesto originalmente? Un concepto erróneo bien popular es que Satanás vive en las regiones infernales, pero eso no concuerda con la revelación bíblica. Al pensar en eso, conviene darnos cuenta de nuevo que hay en la Biblia tres cielos: (a) el de la atmósfera en el cual se mueven los pájaros, y en que el príncipe de este mundo es muy activo con gran autoridad; (b) el espacio astral que es la morada de las huestes angélicas como hemos indicado antes; (c) el “tercer cielo” que es la morada del Trino Dios y cuya ubicación no hay cómo precisar. La cuestión que estamos considerando es si Satanás y los ángeles caídos fueron echados de su habitación original. Hay ciertos pasajes que arrojan luz sobre el problema. De Cristo está escrito que “él dijo: yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc. 10:18). Si esto es historia o profecía tiene que determinarse por escudriñar otros pasajes de la Biblia. Apocalipsis 12:7-9 nos presenta un lanzamiento de Satanás del cielo a la tierra y parece que eso es futuro según la descripción dada. El pasaje dice: “Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.” El profeta Ezequiel predice un arrojamiento de Satanás al escribir: “Tú pecaste; por lo tanto te arrojaré como profano del monte de Dios” (28:16-19). El pasaje no revela el tiempo cuando esa promesa se cumplirá, fuera del hecho de que está relacionado con los juicios finales que le tocan al Diablo. Hay ciertos pasajes que indican que Satanás está todavía en aquel cielo al que tiene derecho por su creación. En Job 1:6 se dice que Satanás estaba entonces presente en el cielo. Está escrito: “Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás”. Aparentemente no había nada raro en la presencia de Satanás en tal lugar, ni en esa ocasión. Se le pidió que diera cuenta de sus actividades, y lo hizo. En su informe, incidentalmente él revela la verdad de que tiene suficiente libertad para “rodear la tierra y andar por ella”, y a veces puede presentarse en la misma presencia de Dios. El Señor Jesucristo dió esta amonestación a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido (ἐξητήσατο) “demandar por pedir”), para

zarandearos como a trigo” (Lc. 22:31). Se implica por esto que Satanás apareció personalmente delante de Dios con esta petición. También el apóstol manda: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:11-12). Se ve en este pasaje que las potestades malas aún frecuentan las esferas celestes. La evidencia que se nos da en estas escrituras —y aparentemente no hay otras contrarias— es que Satanás aún está en su morada original y estará allí hasta ser echado fuera a la tierra en el tiempo de la gran tribulación según Apocalipsis 12:7-9.

Si queremos interpretar correctamente los dos pasajes más importantes (Is. 14:12-17 y Ez. 28:11-19) que contribuyen más al conocimiento de la historia temprana de Satanás, es necesario que distingamos entre los puntos de vista de los autores humanos. Ezequiel en su visión profética se posa a la entrada de la historia angélica y vió en *perspectiva* hasta el fin de la carrera de Satanás, mientras Isaías en su visión profética se para al fin de la historia y mirando *retrospectivamente* vió lo que describe. La verdad que Isaías vió en retrospectiva explica la fraseología con que se abre su profecía, pues presume que ese gran ángel había caído entonces del cielo. Mucho de lo que se encuentra en esta predicción falta por cumplirse plenamente. Las aspiraciones y obras colosales de este ángel vistas por Isaías todavía no están concluidas.

Otra cosa notable son los extremos contrastes empleados por los profetas al aplicar ciertos títulos a este ángel. Al comenzar su descripción del estado santo y alto cuando Lucero fue creado, Ezequiel se dirige a él (hablando por Jehová) y usa el título terrenal “rey de Tiro”; mientras Isaías, quien trata de expresar la degradación de este ser, se dirige a él con su título celestial, “Lucero, hijo de la mañana”. Parecería que se emplean estos títulos a propósito con el fin de que estos dos estados —uno que expresa lo más alto del poder creativo, y el otro que revela hasta lo bajo que él descendió— sean yuxtapuestos en forma llamativa. El título, “Lucero, hijo de la mañana” es una designación gloriosa celestial que identifica a este gran ángel antes de su caída moral. *Lucero* quiere decir “luciente o brillante” y es casi idéntico con *nahash*, la serpiente que significa “resplandeciente”. El Señor Jesucristo tiene los títulos “la Estrella resplandeciente de la mañana” y “el Sol de justicia”. Los títulos “Lucero, hijo de la mañana” y “estrella resplandeciente de la mañana” se parecen mucho. El Señor Jesús es llamado “el último Adán” como sucesor del primer Adán, quien cayó. ¿No es posible

que en alguna forma no revelada aún, El sea “la Estrella resplandeciente de la mañana” como sucesor del caído “Lucero, hijo de la mañana”? Esto es sólo uno de los paralelos y contrastes que hay entre Cristo y Satanás, entre Cristo y Adán y entre Satanás y Adán.

La profecía dada por Isaías sigue: “¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo. Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos; que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca abrió la cárcel?” (Is. 14:12-17).

Así el profeta anuncia la caída de este ángel, la ocasión de ella, y algo de su poder estupendo. En cuanto al último se dice que fue él que “debilitaba a las naciones”, que “hacía temblar la tierra”, que “trastornaba los reinos” y que “a sus presos nunca abrió la cárcel”. Mucho de este vasto programa falta por cumplirse, y el poder y autoridad que eso connota pertenece a otra discusión más tarde. Otra vez se ve el énfasis que el pecado de Satanás debió haber sido secreto. Esto es lo que quiere decir las palabras, “tú que decías en tu corazón”. También se declaran en este pasaje cinco formas de expresar la voluntad de Satanás opuesta a la de Dios; por ejemplo “yo subiré”. Débil en verdad es la imaginación humana para poder pensar en la crisis que existía en el cielo en aquel momento. Estas cinco formas del “yo haré” de Satanás parecen ser aspectos de un solo pecado. Cuando más tarde el Apóstol describía las características aceptables para un oficial de la iglesia, decía que el tal no debe ser neófito, “no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo” (1 Ti. 3:6). El Señor Jesucristo afirmó que Satanás no permaneció en la verdad, y que fue dominado por un deseo impío, y que ha sido homicida desde el principio (Jn. 8:44). Todas estas declaraciones son, sin duda, simplemente varias formas de describir un pecado —el buscar cómo salir de la esfera en la cual fue creado y del propósito y estado que le fueron asignados. Se observará pues, que esto es esencialmente lo que caracteriza todo pecado humano, como también el pecado angélico. Las cinco formas de expresar la voluntad de Satanás sobre la de Dios son:

1. “*Subiré al Cielo*”. En este primer aspecto del pecado de Satanás, aparentemente él se proponía hacer como su morada propia el tercer,

o más alto, cielo donde Dios reside junto con los redimidos (2 Co. 12:1-4). La habitación de los ángeles evidentemente está en un plano menor; porque, al volverse el Señor Jesús al más alto cielo después de su resurrección, se dice que se sentó “en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío” (Ef. 1:20, 21); pero Satanás, cuya morada es la de los ángeles (aunque sus actividades le permiten acceso tanto a la tierra como al tercer cielo (comp. Job 1:6; Ez. 28:14), impiamente determinó que su morada debiera ser más alta de la que le fué dada por su Creador. La gracia redentora de Dios no se satisfará hasta que algunos de entre la raza humana, aunque por creación fueron hechos un poco más bajo que los ángeles (Sal. 8:4-6; He. 2:6-8), sean llevados a participar en la ciudadanía celestial en la esfera más alta (Jn. 14:3; 17:21-24; Col. 3:3-4; He. 2:10; 10:19-20); pero Satanás no tiene derecho ni por posesión ni por redención a reclamar esa esfera como su morada. Su intención egoísta que se ve en esta Escritura es una afrenta al plan y propósito del Creador.

2. *“Junto a las Estrellas de Dios Levantaré mi Trono”*. Se revela en esta declaración que Satanás (aunque nombrado como defensor del Trono de Dios) aspiraba a posesionarse de un trono suyo propio y reinar sobre las “estrellas de Dios”. Parece obvio que no se refieren al sistema astral, sino más bien a los seres angélicos (Job 38:7; Jud. 1:13; Ap. 12:3-4; 22:16). Evidentemente mucho de esta ambición impía de Satanás en cuanto a un trono se le ha permitido tener, pues está escrito que él es reconocido como rey (aunque juzgado ya) con autoridad tanto en lugares celestiales (Mt. 12:26; Ef. 2:2; Col. 2:13-15) y en los terrenales (Lc. 4:5, 6; 2 Co. 4:4; Ap. 2:13). Es muy claro el carácter pecaminoso del propósito satánico de conseguir un trono.

3. *“En el Monte del Testimonio me Sentaré, a los Lados del Norte”*. Como hemos dicho antes, el concepto, “el monte” parece referirse al asiento del gobierno divino en la tierra (Is. 2:1-4), y la mención del testimonio parece referirse a Israel, pues otra traducción es *congregación*. Así que el pasaje enseña que la ambición también de Satanás es participar en el gobierno mesiánico en la tierra, un gobierno que tiene su centro en Jerusalén, la ciudad del gran Rey. Salmo 48:2 nos dice que el Mesías reinará en el monte de Sion, “a los lados del norte”. También las Escrituras nos revelan que Cristo Jesús fue crucificado al lado norte de Jerusalén y allí El juzgó a los principados y potestades (Col. 2:15). Es posible que en ese juicio Cristo frustrara los designios impíos de Satanás para siempre para el reino mesiánico.

4. *“Sobre las Alturas de las Nubes Subiré”*. Creemos que el significado de este dicho se aprenderá al descubrir lo que quiere decir

la palabra *nubes*. De las 150 referencias a nubes en la Biblia, unas cien a lo menos tienen que ver con la presencia y gloria divina. Jehová apareció en una nube (Ex. 16:10); éste fue llamada “nube de Jehová” (Ex. 40:38); cuando Jehová estaba presente la nube llenó la casa (1 R. 8:10); “Jehová pone las nubes por su carroza” (Sal. 104:3; Is. 19:1). Como el Señor Jesús fue al cielo, así vendrá otra vez en las nubes del cielo (Mt. 24:30; Hch. 1:9; Ap. 1:7); también los distintos pueblos de Dios se comparan a nubes (Israel en Is. 60:8; y la Iglesia en 1 Tes. 8:17). El “hombre de pecado” que es de Satanás, se exaltará “sobre todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto” (2 Tes. 2:4), y en esto parece que Satanás busca para sí algo de la gloria que sólo pertenece a Dios.

5. “*Seré Semejante al Altísimo*”. Esta quinta y última de las expresiones de la voluntad de Satanás en contra de la de Dios puede considerarse como la llave para entender y trazar sus motivos y métodos. A pesar de la impresión casi universal de que Satanás *no quiere ser como* Dios en lo más mínimo, aquí se revela que su propósito principal es *ser como Dios*. Se observará que no es su ambición ser como Jehová, el que existe en sí, lo cual ningún ser creado puede alcanzar, sino más bien él desea ser como el Altísimo, un título que significa “el poseedor de los cielos y la tierra”. Por lo tanto, el propósito de Satanás es llegar a tener autoridad sobre el cielo y la tierra. Como en todo pecado, el carácter pecaminoso de éste se ve en el hecho de no querer permanecer en el puesto que le ha sido designado por el Creador. Al seguir este propósito de su vida como imitador de Dios y hacer imitaciones fraudulentas de las obras de Dios, parece que, con toda sinceridad, Satanás recomiendo a Adán y a Eva que ellos mismos serían “como Dios”, o *Elohim*, el Creador. A esta insinuación impía Adán respondió positivamente, y eso fue un reflejo fiel de la ambición suprema de Satanás de ser como el Altísimo, y así Adán entró en el mismo curso de un repudio del propósito de Dios para él. Tan universal es este pecado hoy que el hombre cree que en verdad ha hecho algo tremendo si, por gracia divina, él rinde su voluntad para hacer la voluntad de Dios, cuando en verdad él no se debiera haber apartado de cumplirla. En el extraño e inexplicable permiso de Dios, el hombre ideal satánico, ese “hombre de pecado”, algún día se proclamará Dios mismo, sentándose en el templo de Dios (2 Tes. 2:4); pero afortunadamente esto parece ser el clímax de la arrogación impía del hombre y constituye una manifestación de que se aproxima el fin de la edad (Mt. 24:14, 15).

Bien se puede hacer un resumen del propósito de Satanás con los siguientes puntos: (1) Buscar la más alta posición en el cielo; (2) conseguir para sí los derechos de reinar tanto en el cielo como en la

tierra; (3) ser reconocido como el Mesías; (4) recibir la gloria que a sólo Dios se debe; y (5) ser semejante al Altísimo, "Poseedor del cielo y de la tierra".

Es imposible evaluar en forma adecuada el efecto inmediato del pecado inicial de Satanás, en primer lugar sobre él mismo, y luego sobre esa vasta hueste de seres espirituales que "no guardaron su dignidad", sino más bien juraron lealtad a Satanás; y finalmente el efecto sobre la raza humana cuya cabeza federal (Adán) siguió la misma repudiación a Dios.

III. SATANAS SEGUN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Se ve a Satanás en el Antiguo Testamento en distintas caracterizaciones, pero sólo cuatro veces bajo el título hebreo *Satán*. En 1 Cr. 21:1 se hace mención de Satanás incitando a David a que hiciese un censo de Israel en contra de la voluntad de Dios. Se ve claramente en este acto del diablo su propósito y carácter maligno. Tanto en el Salmo 109:6 como en Zacarías 3:1-2 podemos ver los designios satánicos. En el primero de estos dos pasajes se invoca la presencia de Satanás como juicio sobre los enemigos de Jehová, mientras el segundo presenta a Satanás como listo a resistir el propósito divino a favor de Josué el sumo sacerdote. Es Jehová mismo quien directamente reprende a Satanás; y esta verdad tiene su paralelo en el Nuevo Testamento en Judas 1:9 donde Miguel pide que Jehová reprenda a Satanás por su oposición. La cita de Satanás en el Antiguo Testamento que nos falta se encuentra en esa narración *iluminativa* de la discusión entre Jehová y Satanás sobre Job. Como esta porción bíblica requiere una investigación extensa en la próxima división de Satanalogía, no vamos a estudiarla por ahora, fuera de mencionar que Satanás, como siempre, se presenta como gran opositor de Dios.

La completa revelación del poder mundial rebelde de Satanás no se ve en el Antiguo Testamento, sino más bien en el Nuevo. Es posible que la revelación plena de tal reino satánico hubiera sido demasiado fuerte a la luz de lo incompleto de la verdad divina en aquel entonces. Así como hay progreso en el desarrollo de la doctrina sobre las cosas buenas, lo hay también de las malas para que la inter-relación y balance entre los dos permanezcan en forma correcta. En el Antiguo Testamento lo básico que aprendemos del reino y poder de Satanás es que Jehová mismo lo ha permitido. (Ex. 10:20; 1 S. 16:14; Is. 45:7; Am. 3:6). Esto del permiso divino en ninguna manera libra a los malhechores de la responsabilidad de sus hechos pecaminosos. El primer título por el cual se introduce este gran ángel

en la Biblia no recibe completa clarificación con respecto a su significado hasta en Apocalipsis 12:9 (Véase también 2 Co. 11:3).

IV. SATANAS SEGUN EL NUEVO TESTAMENTO

Al comenzar a leer el Nuevo Testamento el estudiante bíblico se da cuenta en seguida de la gran actividad de Satanás y los demonios. Parecería que toda posibilidad de oponerse a Dios de parte de estos seres caídos se reunió para el encuentro. Con la certeza de que el propósito eterno de Dios en la redención iba a efectuarse, los poderes de las tinieblas se apresuraron a manifestar su rebeldía violentamente. Tanto esfuerzo satánico no sólo concuerda con lo revelado, sino también con la razón. Hay una sola situación comparable a esto, a saber, el tiempo del segundo advenimiento del Señor Jesús cuando se realizará lo dicho en Apocalipsis 16:13-14, que dice: "Pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso." Esta misma manifestación se revelará más completamente en el Salmo 2, como también en Apocalipsis 19:17-21. El verdadero carácter de aquel conflicto venidero se ve en el hecho de que éstos reyes que pelean son endemoniados.

Se puede atribuir una doble clasificación a la actividad de Satanás en el Nuevo Testamento, la que se manifiesta a causa de su autoridad como rey sobre los espíritus malos, y la segunda la que se manifiesta a causa de su dominio mundial. La contestación del Señor Jesucristo a los que le acusaron de haber echado fuera a Satanás por el poder del mismo Satanás fue que una casa dividida contra sí misma no permanecerá, y El les hizo una pregunta, "Si Satanás echa fuera a Satanás, ¿Cómo permanecerá su reino?" Se hace mención de este pasaje sólo para presentar la verdad de que Satanás sí tiene reino de espíritus malos. Cristo no sólo hace la implicación de un reino satánico, sino que lo dice en forma directa y es menester aceptar lo dicho por el Señor. También está escrito que Satanás es "el dios de este siglo" (mundo), de tal manera que él pudo ofrecer los reinos de este mundo a quien quisiera (Lc. 4:6). Es muy probable que toda actividad de Satanás tiene relación con una u otra de estas esferas de autoridad.

Al comienzo del ministerio del Señor Jesucristo en la tierra, Satanás lo encontró en el desierto. Hay mucho misterio relacionado con ese encuentro que sin duda se extiende a las esferas angélicas. También penetra a la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo. Aparentemente la tentación obra en la esfera de la humanidad y sugiere el ejercicio de los aspectos humanos —cuerpo, alma y

espíritu— su ajuste a la presencia e impulsos de su deidad. Para la mente humana es imposible comprender la relación entre las dos naturalezas sin embargo, las declaraciones claras en la Biblia deben ser aceptadas. Sin duda estos problemas sobrenaturales son comprendidos por Satanás, y le dan amplio campo para conflictos que no tienen paralelos en la experiencia humana, sin embargo se ven los rasgos importantes de la situación con fidelidad. El Señor Jesús lleno del Espíritu, fue impulsado por el mismo Espíritu al desierto y allí se sujetó a una tentación o prueba que continuó cuarenta días y cuarenta noches. Como clímax de esta prueba Satanás le presenta una triple oferta. La primera involucra la destrucción de esa separación entre Su deidad y humanidad que Cristo Jesús siempre preservó. Si las necesidades comunes para comida y bebida fuesen provistas sobrenaturalmente por Su deidad, El no habría sido probado en todo como lo son Sus discípulos en este mundo. La segunda prueba o tentación consistía en posesionarse de los reinos del mundo en un tiempo abreviado y sin pasar por el sacrificio de la Cruz. El Padre tiene pacto con el Hijo en cuanto a la posesión de los reinos (comp. Salmo 2:8-9), pero el camino determinado por el Padre pasaría por la Cruz para llegar al triunfo. En cierto sentido podemos decir que Satanás tiene intereses personales en esto, pues hay gran diferencia entre el cambio de los reinos de este mundo por la adoración del Hijo de Dios en vez de seguir un camino de destrucción final en el lago de fuego. En la tercera tentación se le ofrece a Cristo la oportunidad de recibir un reconocimiento de parte del pueblo sin los sufrimientos y vergüenza predeterminados. En todas estas pruebas el Señor Jesús responde a Satanás con la Palabra de Dios y así demostró claramente que las acciones propuestas por Satanás no concordaban con la voluntad de Dios. El primer Adán fue vencido por Satanás; pero el último Adán hizo huír a Satanás. Como Hijo de Dios a la luz de Su deidad no había otra salida posible; como hombre verdadero Su victoria es inmensurable y llega a ser modelo para los santos de Dios en todas las edades.

Lo que significan los ataques subsecuentes de Satanás sobre el Señor Jesucristo como se infiere de Lucas 4: 13, (“y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo”), no es fácil discernir. Se puede afirmar, sin embargo, que había otros y era posible que Cristo lo experimentara muchas veces antes de morir en la Cruz.

V. SATANAS JUZGADO EN LA CRUZ

Al trazar la carrera de Satanás, el próximo evento que tenemos que

notar es su juicio y el de los espíritus que le siguen, por la obra expiatoria del Señor. Este tema se extiende en su alcance hasta la vida y servicio de los ángeles. Se involucran asuntos que quedan fuera de la esfera terrenal, y es por eso que se debe estudiar el tema con cautela. Lo que está revelado debe ser recibido como Palabra de Dios y de esto ciertas conclusiones generales pueden deducirse. En Su muerte Cristo Jesús trató con el pecado como principio, o en totalidad, y mientras es un privilegio gozoso para un ser humano el saber que su propio pecado personal ha sido pagado en la Cruz, y que Dios está satisfecho con la muerte de Cristo; es muy evidente que lo alcanzado por el Señor es infinito y eterno. La Espístola a los Colosenses contiene dos pasajes notables que presentan el carácter sin límite de la obra de Cristo en la Cruz. En Colosenses 1:15-18 el apóstol atribuye al Señor la obra de la Creación y enseña que El es preeminente sobre todo, para luego declarar lo siguiente (1:19-22): “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él.” El alcance de la reconciliación que se provee mediante la cruz es tan infinito como ese dominio que incluye el cielo y la tierra. El término *reconciliación* no es equivalente con *restauración*, ni tampoco con *salvación*. Su significado preciso es “efectuar un cambio completo” y lo que se logra se ve claramente en que la estimación de Dios de todas las cosas ha cambiado por completo a causa de la obra de la Cruz. Cuando se dice (por ejemplo en 2 Co. 5:19) que Dios ha reconciliado consigo al mundo, eso no quiere decir que todos los hombres son salvos, ni que serán salvos. Y con un significado similar, la reconciliación de “todas las cosas”, como se declara en Col. 1:20 no indica que todas las cosas en el cielo y la tierra son perfectos a la vista de Dios, ni que lo serán jamás. La reconciliación conseguida por la obra de Cristo en la Cruz ha provisto una base para la redención de los que Dios antes había escogido, y también la base para el juicio de los que rechazan la redención ofrecida a ellos. No hay ninguna insinuación en las Sagradas Escrituras de que los hombres caídos que siguen impenitentes, o que los ángeles caídos, serán rescatados del juicio final que les espera. (Mt. 25:41; Ap. 20:12-15). Es muy probable que todo lo que se incluye en la reconciliación no es comprensible a la mente humana, pero la verdad de que hay beneficios que se extienden a las cosas en el cielo y en la tierra

mediante la obra de expiación sí es claramente comprensible. Son juzgados ya Satanás y todos sus seguidores. Estos seres caídos y sus malas obras han sido juzgados por Dios, aunque se espera una ejecución futura del juicio. Aunque el calcañar del Juez fue herido, es igualmente cierto que la cabeza de “la serpiente” ha sido herida. Es imposible herir la una sin herir la otra.

El segundo pasaje en Colosenses es sumamente explícito y claro, aunque es posible que nosotros no lo comprendamos por completo. Reza así: “Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Col. 2:14, 15). Aquí, como en el pasaje anterior, se declara enfáticamente que el valor de la obra expiatoria en la cruz se extiende a dos dominios, el humano y el angélico. No estamos considerando por ahora el efecto en el dominio humano, pero en ese dominio angélico se han realizado cumplimientos estupendos como lo declara el pasaje al mencionar el *despojamiento* de principados y potestades, exhibiéndoles públicamente, *triunfando* sobre ellos en la cruz. La imaginación humana pensaría que tales efectos se lograrían delante de un tribunal de juicio, pero el pasaje enseña más bien que eso es una realidad hoy efectuada en la cruz. Puesto que este tema es tan inmenso como la esfera y destino de los ángeles, el estudiante bíblico debe pedir sabiduría a Dios, y acercarse a su consideración con la debida humildad. La verdad del juicio de Satanás en la cruz se confirma mediante dos declaraciones del Señor Jesucristo, la una en Juan 12:31 que dice: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”; y la otra en Juan 16:11, “y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.” Se hicieron estas declaraciones inmediatamente antes de la crucifixión y así conecta el juicio de Satanás a la muerte anticipada del Señor. A éstas se puede agregar también lo dicho en Hebreos 2:14, “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” En esta forma la enseñanza explícita de la Biblia es que Satanás y sus huestes fueron juzgados, aun siendo despojados, exhibidos públicamente, derrotados y echados fuera por el Señor Jesús mediante la obra del Calvario. Tal en verdad es el hecho histórico, pero falta todavía descubrir cuáles son los rasgos importantes de aquel juicio y los resultados inmediatos y futuros. Tocante al resultado inmediato, se puede repetir aquí que nos es menester hacer una diferencia entre un juicio hecho el cual consiste en una sentencia legal aún no ejecutada, y la ejecución final

de la pena. La evidencia es concluyente de que todavía no se ha llevado a cabo la sentencia, pues Satanás aun anda libre y en esta actual dispensación Dios lo llama "el príncipe de la potestad del aire" (Ef. 2:2) y "el dios de este siglo" (2 Co. 4:4). Evidentemente se le permite seguir como usurpador hasta el tiempo de su ejecución. Una ilustración llamativa de la relación entre Satanás y el mundo la tenemos en una historia tomada del Antiguo Testamento. Se trata de David y Saúl. Es natural que David, primer rey que ocupó el trono davídico, sea tipo del Mesías (o Cristo) de quien se dijo que sería el último rey que ocuparía tal trono (Lc. 1:31-33). Como hubo un tiempo entre el ungimiento de David y la expulsión de Saúl durante el cual éste reinó como usurpador bajo sentencia divina siendo David el rey designado por Dios; así también hay ahora un período durante el cual Satanás reina como usurpador bajo sentencia de muerte eterna, y la ocupación del trono de Cristo aún está en el futuro. En este período Satanás, el monarca rechazado, aún reina buscando como causar la muerte de todos los aliados con el Rey ungido de Dios. Sobre este importante período de la carrera de Satanás y el carácter de ese reino tipificado en Saúl, queremos citar algo escrito por el Sr. F. C. Jennings. Dice él:

"Así que, pueden recordar que Dios permitió que Israel escogiera su primer rey, y escogieron a Saúl, de quien se decía, 'desde los hombros arriba era más alto que todo el pueblo.' ¿Por qué se nos dice eso? ¿Habremos agotado su significado al pensar sólo que él era un hombre bien alto? Estoy seguro que no; sino más bien el Espíritu de Dios quiere proveer así un tipo perfecto de aquél que en la misma manera sobrepasaba a sus colegas. En otras palabras él era, según lo revelado en otras Escrituras, el superior de todas las inteligencias creadas del mundo de los espíritus. Pero Saúl desobedece, o, para conformarnos al lenguaje sugerido por el paralelismo, *se halló en él maldad* (Ez. 28:15), y fue removido de su oficio real, le fue rasgado de él el reino según 1 S. 15:27, 28, y entonces Dios ungió para sí otro rey, un rey-pastor, David. Ahora bien, no hay nadie que dude que David sea un tipo del amado Hijo de Dios, así que, ¿por qué no pudiera ser posible que Saúl fuera el tipo del opositor de Cristo? Seguramente lo es, pero debemos notar un punto importantísimo: *Saúl retuvo su trono, y aún fue reconocido como rey después de ser rechazado por Dios*. La sentencia fue pronunciada pero no se ejecuta en seguida. Y ¿qué de David? El es buscado como ave en las montañas y tiene que esconderse en la cueva de Adulam. Dios no intervino en seguida para quitarle a Saúl su dignidad de rey aunque en verdad él había perdido el derecho, el que le fué dado a David. El poder es de Saúl; el título es de David. David es rey *de jure*; Saúl es rey *de facto*. ¿No le parece que hay aquí una analogía maravillosa? Satanás, aunque ha perdido todo derecho y título de reinar sobre la tierra, sigue cual Saúl en su poder y dignidad. Como Saúl, Satanás reclama todo el poder del gobierno, mientras el 'David' verdadero, a quien pertenecen los derechos, vive en la cueva y en la cual se reúnen los 'descontentos' con las condiciones actuales del mundo en que viven. Los tales se reúnen con El y lo aceptan como Rey, siguiéndole en su rechazamiento. Así

que, mientras Satanás es el príncipe de este mundo en el presente, la analogía de la historia inspirada y otras referencias bíblicas nos inducen a creer que él es un príncipe *usurpador*; un príncipe con el *poder*, pero sin el *título*. También conviene notar que, como Saúl, Satanás había sido ungido, ocupando una dignidad alta y algo de esa dignidad y ungimiento es de él todavía, de tal manera que, como David llama a Saúl 'el ungido del Señor', así Miguel reconoció la dignidad de Satanás y lo reprende en el nombre de Dios.' "Op. cit., ps. 25-27.

Volviendo a la verdad central como está expresada en Colosenses 2:15, se recordará que el pecado específico que causó la caída de Satanás, la de los ángeles y del hombre, aunque motivado por el orgullo que produjo una carrera de impiedad, fué que este ángel presumió oponerse al plan y propósito de Dios tanto para él como para otras criaturas. El introdujo una filosofía de vida, un modo de procedimiento que es directamente opuesto a la voluntad revelada de Dios. Es mentira en el sentido de que contradice lo que es infinitamente verdad. Cuál debe ser el juicio para tal ofensa no corresponde a los hombres determinar, sino que le toca al tres veces santo Dios. El juicio propiamente tiene a la vista la naturaleza del crimen cometido, y por eso se declara que Satanás pasará la eternidad en el lago de fuego. Satanás dijo: "En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono . . . seré semejante al Altísimo." Parece claro que eso es lo esencial del programa de Satanás. Conforme a ese propósito le quitó a Adán el cetro y desde entonces ha dominado la gran mayoría de la familia humana por todas las generaciones. Efesios 2:12 declara enfáticamente que ellos están separados de Dios y no había cómo acercarse a El otra vez hasta que el Señor Jesús efectuara la obra de redención en el Calvario. Por supuesto, ha habido un número reducido de la raza (los patriarcas y el pueblo de Israel) a los cuales se les permitió acercarse por sacrificio de animales; con todo, la gran masa de la humanidad permaneció sin esperanza y sin Dios en este mundo. Por lo tanto, parece que el dominio del diablo sobre la raza humana se basaba en el hecho de que no podían alcanzar una relación más alta. A causa de este hecho fundamental, si Dios se hubiera acercado a los pecadores, Satanás podría haber presentado objeción a causa de la misma santidad de Dios que no le permite hacerlo. Satanás está completamente dedicado a su filosofía infernal y a defender a los que lo aceptan como suyo. Por lo menos jamás los soltaría sin una resistencia digna de su poder. Mientras Dios no trató con la impiedad del hombre en la Cruz, el conflicto resultó mayormente favorable para Satanás. En Isaías 14:17 está escrito que "a sus presos nunca abrió la cárcel." Tal declaración es muy reveladora. Sin embargo el mismo profeta Isaías, cuando hacía referencia a la obra del Mesías venidero, dijo que él vendría "a

publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel” (Is. 61:1 y Lc. 4:16-21). Este encarcelamiento a que se refiere es mucho más serio y extenso de lo que hacen los gobiernos humanos. Jamás se sugiere que los encarcelados justamente por un crimen serán librados. El encarcelamiento vino a causa del repudio de Dios de parte de la cabeza federal (Adán) de la raza humana. Estos encarcelados no sólo son esclavos de pecado, sino también sirven al diablo. Es él quien opera en todos los hijos de desobediencia (Ef. 2:2); Satanás había atado una hija de Abraham por medio de una enfermedad física causada por un espíritu malo (Lc. 13:16); él mismo tenía el imperio de la muerte (He. 2:14, 15); y el apóstol testifica frecuentemente de las actividades de Satanás (comp. 1 Co. 5:5; 7:5; 2 Co. 12:7; 2 Tes. 2:18). Las invitaciones incomparables que se hace —“venga . . . el que quiera” y “al que a mí viene, no le echo fuera”, sólo son posibles hoy por la redención efectuada por el Señor Jesucristo. La puerta está abierta ya y el evangelio debe ser predicado “a toda criatura”.

Así que, se ve ahora que el juicio de Satanás por el Señor Jesús en la Cruz tenía que ver en primer lugar con ese crimen original de Satanás y con esa filosofía del repudio de Dios que ese pecado original representa. El pecado como principio de maldad fue juzgado. El juicio efectuado en la Cruz alcanza al mundo de seres humanos por quienes Cristo murió, y llega a ser la base del evangelio de salvación.

Por ahora será necesario pasar por alto ese extenso cuerpo de literatura relacionado con la actividad e influencia satánica, tanto sobre los impíos como sobre los cristianos, pues será incluido oportunamente en otra división de esta tesis.

VI. EJECUCION DE LOS JUICIOS DE SATANAS

La Palabra de Dios presenta la ejecución de esos juicios contra Satanás por la obra del Calvario en tres etapas o eventos sucesivos. Deben considerarse completamente aparte de los tres juicios ya pasados; a saber, (a) la degradación moral y consecuente pérdida de posición causada por la caída; (b) la sentencia pronunciada contra él en el Huerto del Edén y (c) el juicio de la Cruz. La ejecución futura triple de Satanás es lo siguiente:

1. SATANAS ARROJADO DEL CIELO. El lanzamiento de Satanás del cielo con su consecuente limitación, junto con los ángeles caídos, a la esfera de la tierra es revelado en Apocalipsis 12:7-12. El pasaje reza así: “Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, y luchaban el dragón y sus

ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado el gran dragón, la serpiente antigua; que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual, alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! , porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.” Junto con lo revelado tocante a la verdad central de que Satanás y sus ángeles serán echados fuera del cielo, hay abundante revelación en este pasaje. Los medios que se ocupan para lanzar fuera a Satanás y a sus huéspedes son nada menos que la autoridad y el poder de los santos ángeles encabezados por Miguel. Siendo vencidos los ángeles caídos, se les limita a la esfera de la tierra, expulsados por completo de sus moradas habituales. Se eleva en el cielo un cántico de regocijo a causa del destierro de los ángeles, y todo esto es muy llamativo. Además, se dirige a la tierra y a sus habitantes un ¡ay! de angustia en vista de la calamidad que les ha venido con la presencia de los malos espíritus. Relacionado con ese lanzamiento es la gran ira del diablo, pues parece que por primera vez se da cuenta que la causa a que se había dedicado ya está perdida para siempre. Ciertamente no es causa de regocijo para los moradores de la tierra el tener al diablo enfurecido, juntamente con sus ángeles limitados a actuar en el orbe terrenal. Al contrario, esta situación que describimos es uno de los factores principales en el desarrollo de aquella gran tribulación que la Biblia predice para esos días (comp. Mt.24:21; Dn.12:1). En el pasaje de Daniel (12:13-17) encontramos que la fuerza de esa tribulación recae principalmente sobre el pueblo de Israel, lo que está confirmado en muchas otras Escrituras.

Ese lanzamiento del cielo de las huestes satánicas significa mucho también a los denominados “Hermanos” en el pasaje de Apocalipsis 12, los que son acusados delante de Dios por Satanás día y noche; además es notable lo que sigue: “y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos.” Aquí puede surgir la pregunta acerca de qué es lo que constituye la oposición de Satanás en los caminos de Dios para con los hombres. Es posible que haya gran resentimiento contra la verdad de que la redención no se extiende a los ángeles caídos como a los hombres caídos. Parece que hasta cierto punto Satanás aún ejerce algo de su

responsabilidad como defensor y promotor de la justicia sobre la cual siempre descansa el trono de Dios. Los ministros de Satanás se disfrazan como “ministros de justicia” (2 Co.11:15), pero aquí en este texto se hace referencia a una justicia *personal* o la *justicia propia*. El plan divino de redención propone justificar (declarar justo) a los pecadores delante de Dios a base de los méritos de Cristo que El proveyó en Su muerte por los perdidos. Es muy fácil creer que Satanás se opondría el declarar justos a los pecadores por la obra redentora del Señor Jesús, pues es justamente ese elemento en el mensaje del evangelio a que Satanás resiste, y sobre el cual él “ciega el entendimiento de los perdidos” (2 Co.4:3,4). El que ha sido “especialista” en fomentar el concepto de una “justicia propia”, también ha sido el que menos comprende el concepto de una justicia imputada y se le opone enérgicamente. Esto no debe ser considerado como cosa extraña, pues el concepto de justificarse a sí mismo, o tener una justicia propia que vale delante de Dios es igualmente promulgado por los hombres en los cuales Satanás opera. Es por eso que él se opone al concepto bíblico de la justificación por gracia y por fe. Las acusaciones de Satanás contra los hermanos sin duda tiene que ver con los pecados cometidos personalmente por ellos. No parece concebible que les acusaría de lo que no sea verdad; tal modo de operación sería obviamente mentira. Más bien Satanás mismo está tan ofendido por el hecho de que los santos sean preservados a pesar de ser indignos como lo es imputarles justicia sin méritos propios al salvarlos. La Biblia nos ofrece una ilustración de esta posición inexpugnable de los redimidos. Dios dijo a Balac por medio del maldispuesto profeta Balaam: “Yo no he notado iniquidad en este pueblo, ni perversidad en Israel.” Ciertamente había iniquidad en este pueblo, pero, cuando le ataca el enemigo de la gracia divina, Jehová se deleita en declarar que El no vio nada de lo malo ni perverso en ellos sobre lo cual podían ser acusados. Dios no dice que tales maldades no existen, pero sí los declara cubiertos con la sangre redentora, y así El no ve nada de lo que el enemigo los acusa. Sin embargo, cuando Dios trata con los redimidos mismos no se cansa de indicarles lo malo que cometen y enseñarles el camino de la santificación. De esta gran verdad el Salmista escribe: “Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, o Señor, podrá mantenerse?” El hecho que no le atribuye iniquidad al redimido es posible a causa de la obra de redención y jamás resulta de cortesía de parte de Dios. La actitud del enojo expresado por Balac es un reflejo de la actitud de Satanás quien operaba en él. En la misma manera la maldad condenada en Caín no fue la inmoralidad, sino la manifestación de esa idea satánica de conseguir el reconocimiento divino por una dignidad personal

propia. El sacrificio cruento ofrecido por Abel, el cual miraba hacia adelante a aquel sacrificio redentor de Cristo, se le proveyó una relación perfecta con Dios la cual jamás sería posible establecer por obras de justicia propia.

Se les dará a los santos los premios determinados delante del tribunal de Cristo en el cielo. En ese día jamás se hará mención de los pecados ya lavados por la sangre del Cordero, y tal silencio sólo es posible con el lanzamiento del acusador de los hermanos. Los que han experimentado el perfecto perdón de sus pecados y la justificación divina sentirán gran gozo en aquel día.

2. EL JUICIO DE SATANÁS AL TIEMPO DEL SEGUNDO ADVENIMIENTO DE CRISTO. La venida de Cristo para establecer Su reino milenial termina con el tiempo conocido como la gran tribulación (Mt.24:20) y pone fin al reinado del hombre de pecado (2 Tes.2:8-10), y al mismo tiempo Satanás será atado con una cadena y echado al abismo. Esto se describe en las siguientes palabras bíblicas: “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre el, para que no engañe más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo” (Ap.20:1-3). Este pasaje revela mucho más que el hecho de Satanás atado y arrojado al abismo. Se declara que Satanás es engañador de todo el mundo, y asegura que habrá un tiempo de mil años en la tierra sin esa actividad engañosa de parte del diablo. Su presencia en la tierra durante la tribulación ha hecho una mayor contribución a la angustia de ese tiempo. Por lo tanto, no es extraño de que su ausencia hace que el milenio sea un período de paz y justicia en la tierra. Creemos que no es posible para la mente humana comprender todo lo que está involucrado en estas declaraciones. Un poco más adelante en este pasaje se nos revela que Satanás será desatado por un poco de tiempo. Dice así: “Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y lo consumió” (Ap.20:7-9). Aquí se dice que otra vez las naciones serán engañadas, y ese engaño resulta una vez más en una guerra horrible, pero afortunadamente será la última. Se ha predicho que las guerras cesarían durante la edad milenial que es un tiempo de paz (Is.2:1-4), pero al ser suelto Satanás y sacado del abismo, en seguida

las naciones volverán a los conflictos como solución de sus problemas. Esta verdad doble de que no habrá guerra en la tierra cuando esté ausente el poder y los engaños satánicos, y que, al ser suelto una vez más el diablo, enseguida se vuelven a la guerra tan pronto como Satanás pueda engañar a las naciones; todo demuestra claramente que él es la causa de todas las guerras en la tierra. Pues bien, ésta es la última guerra porque Dios mismo intervendrá con Sus juicios sobrenaturales y su destrucción.

Hay una profecía bíblica en el Antiguo Testamento que contribuye a aclarar lo revelado ya, de que Satanás estará en el abismo. Se dice en Isaías 24:21-23 lo siguiente: "Acontecerá en aquel día, que Jehová castigará al ejército de los cielos en lo alto, y a los reyes de la tierra sobre la tierra. Y serán amontonados como se amontona a los encarcelados en mazmorra, y en prisión quedarán encerrados, y serán castigados después de muchos días. Y la luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Dios y en Jerusalén, y delante de los ancianos sea glorioso." Parece que hay razón suficiente para creer que "los ejércitos de los cielos en lo alto y los reyes de la tierra sobre la tierra" se refiere a los ángeles caídos y sus principados y potestades; y si es así, entonces es claro que todos ellos, con su jefe, se hallarán en el abismo. ¿En cuál otro lugar pudieran estar en aquel tiempo de paz y justicia? Generalmente es una verdad bíblica que un rey y su reino son considerados como una unidad, y lo que pasa con uno, le toca al otro también (comp. Dn.2:37,38). Basándose en ese principio de interpretación, se puede presumir que los ángeles caídos acompañarán a Satanás hasta el fin de su carrera. Se observará que algunos de ellos ya están en cadenas esperando el juicio final que vendrá sobre todos los espíritus (Jud. 6; 2 P.2:4), y nos parece muy significativo que, a lo menos como testigos, los santos se asocian con Cristo en ese juicio (1 Co.6:3).

3. EL JUICIO FINAL DE SATANAS. Apelamos a las Escrituras mismas para describir mejor este último paso en la ejecución del juicio de Satanás. "Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Ap.20:10).

CAPITULO VI

SATANOLOGIA: EL VIL CARACTER DE SATANAS

Al acercarnos a este tema defícil e intrincado, se requiere que pensemos brevemente sobre una pregunta importante, a saber: ¿Cuánta libertad se le permite a los ángeles en el ejercicio de sus poderes para cometer el mal? De las implicaciones de ciertos pasajes bíblicos y las deducciones de la razón, se deduce que mucho de lo posible en lo pecaminoso para los hombres es imposible para los ángeles, y que ellos ni lo conocen. Por ejemplo, no hay evidencia de que los ángeles experimenten la tentación de cometer los pecados en que caen los humanos como son las relaciones inmorales, la glotonería, y la perversión de las funciones normales del cuerpo humano. Es igualmente cierto de que, para los ángeles, no hay tentación a la avaricia, el robo, etc., puesto que, conforme a lo que sabemos, ellos no tienen posesiones de ninguna clase. En verdad es más fácil descubrir los pecados que ellos cometen que sacar una lista de lo que obviamente no hacen. El pecado angélico se ve en dos maldades semejantes: *el orgullo ambicioso y la mentira*, en las formas que se manifiestan en la existencia angélica. Nuestra consideración del vil carácter de Satanás tiene que limitarse a estos dos pecados. Lo grave del pecado de Satanás no se descubre por compararlo con la maldad cometida en las esferas humanas, sino comparándolo con la santidad de Dios, y a la luz de lo que El requiere de los ángeles.

Como Dios es la personificación del bien, Satanás lo es de lo malo en su esfera de actividades. Por cuanto Dios es infinito, El es infinitamente bueno. Satanás, siendo finito, es malo sólo conforme a los medios y recursos a su alcance. Siendo que él es lo más alto de la creación de Dios, es el único que puede asumir el puesto de *antidíós*. Se reconoce que Satanás aún va a presentar a su anticristo y exaltarlo; pero es claro que desde el principio él se ha arrogado a sí mismo las funciones de antidíós, y es este concepto impío de ser dios el que lo motiva a seguir en su carrera de ambicioso orgullo. En la misma forma él es *antiverdad*, pero en las manifestaciones y formas que representan un desafío para los talentos del estudiante bíblico para descubrirlas. Así como la inteligencia de este ángel sobrepasa a

la humana, también no es posible que la mente humana comprenda su naturaleza mala y sus obras. Sin embargo, se anticipa que los creyentes, enseñados por el Espíritu Santo, se dedicarán a estudiar estos importantes temas con discernimiento y con provecho. Las impresiones populares tocante al carácter de Satanás son generalmente erróneas. Sin duda alguna si el hombre de la calle tuviera que enfrentarse con el problema de definir la naturaleza pecaminosa de Satanás, encontraría poco de qué acusarle. Y eso no es extraño, puesto que el hombre pecador ha adoptado como su ejemplo el mismo ideal de Satanás. No se puede esperar que el mundo se juzgase a sí mismo, y esto es especialmente aplicable en vista de que Satanás ha cegado el entendimiento de los incrédulos. El vil carácter de Satanás se verá claramente en la doble maldad de que él es culpable, a saber, el orgullo ambicioso y la mentira.

I. SU DOBLE MALDAD

1. EL ORGULLO AMBICIOSO. Aunque toda la carrera de Satanás se caracteriza por manifestaciones de su orgullo, sin embargo hay tres pasajes bíblicos que directamente le acusan de este pecado específico.

1 *Timoteo* 3:6. Este importante pasaje encarece el uso de sabiduría al elegir obispos, pues no es conveniente nombrar a un neófito. Tal oficial no debe ser un “neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación (juicio) del diablo.” Este es un juicio impuesto por Dios sobre el diablo por el pecado del orgullo. El próximo verso enseña que hay también lo que llama “des crédito del diablo” y “lazo del diablo” (comp. *Jud.* 9; 2 *Ti.* 2:26; 2 *P.* 2:11). Pero el texto que estamos considerando ahora advierte acerca del juicio del diablo que sigue al que cometiera el mismo pecado de él —el orgullo ambicioso. Citamos aquí este pasaje con el propósito de enfatizar la verdad de que el pecado de Satanás fue el orgullo. El efecto sobre el neófito en la posición oficial en la iglesia sería el de obscurecer el entendimiento (como lo hizo en Satanás) con respecto a los valores verdaderos. El verbo *τυφόομαι*, traducido “envaneciéndose” quiere decir “hacerse humo”, y así por él la persona llega a ser cegada (comp. 1 *Ti.* 6:4; 2 *Ti.* 3:4). Es interesante observar lo que hasta cierto punto le hizo posible su carrera de maldad.

Ezequiel 28:17. Otra vez es necesario referirnos a esta cita a causa de su revelación clara del orgullo egoísta y pecaminoso de Satanás. Dice: “Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante

de los reyes te pondré para que se miren en tí.” Satanás se puso orgulloso a causa de su hermosura y así descendió del alto y honorable puesto que le pertenecía desde su creación. Se ve en el verso 12 que llama a su hermosura *perfecta*, y su sabiduría, *acabada*. El significado de tales palabras se escapa a la mente humana puesto que expresan conceptos de Dios mismo concerniente a esta criatura, la más alta que Dios había creado. Sin duda, fueron estas cualidades las que produjeron casi automáticamente el orgullo como una consecuencia natural. Pero con ese obscurecimiento que el orgullo engendra es posible ser desviado de tal modo que llevara a dedicarse a otro curso de acción opuesto al que la sabiduría divina le había señalado.

Isaías 14:12-14. Aunque lo hemos citado antes con algo de exposición, citamos de nuevo este luminoso pasaje. “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte.”

Aquí se ve que fue su orgullo el que impulsó a este gran ángel en su deseo insano. Con su entendimiento cegado, le era fácil repudiar al Creador y demostrar así su desagrado con la posición en que Dios le había puesto. Mediante la ambición y promoción de sí, piensa elevar su posición hasta el más alto cielo, y ser semejante al Altísimo.

Así que, la voz autorizada de Dios revela que la carrera de Satanás principió con el orgullo, y su poder para confundir el entendimiento le ha llevado a seguir en todos los caminos de maldad mencionados en las Sagradas Escrituras. El fruto más importante que ese orgullo satánico produjo se revela en la frase: “No permaneció en la verdad.”

2. LA MENTIRA. Mas adelante ofreceremos una lista completa de las acusaciones contra Satanás, y parecería imposible que todas ellas tienen su origen en el pecado de la mentira el cual fue engendrado por el orgullo. Las palabras del Señor Jesús con referencia a este aspecto del pecado de Satanás son tan reveladoras como terminantes. El dijo: “Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira” (Jn.8:44). A estas palabras del Señor se puede agregar lo dicho en 1 Juan 3:8: “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”

La acusación del Señor Jesús contra estos judíos, de que ellos eran de su padre el diablo, en verdad es bastante seria, y ha provocado

mucha controversia y confusión. Hay en la Biblia lo que se llama el nuevo nacimiento que resulta en la regeneración del pecador, quien llega a ser hijo de Dios al recibir la naturaleza divina —lo que es extraño en la vida normal humana. Del mismo modo hay tal cosa como la recepción de los ideales satánicos, y eso resulta en que la vida del individuo manifieste claramente que él es “hijo” del que es originador de esa manera de vida. Muy significativas son las frases empleadas tres veces por el Apóstol San Pablo, *hijos de desobediencia* (Ef.2:2; 5:6; Col.3:6), y lo dicho por Pedro, *hijos de maldición* (2 P.2:14; comp. 1 P.1:14, en donde dice *hijos obedientes*); y tales pasajes con sus contextos requieren mucho estudio de parte del mensajero de Dios para llegar a entender exactamente el significado de tal terminología bíblica. La desobediencia característica a que se refiere es federal, como lo es la obediencia característica mencionada en Romanos 5:19. Por nacimiento natural todos estamos sujetos a la ira divina que merece la desobediencia de la cabeza federal de la raza, con la cual cayó juntamente, sin embargo, los niños, con respecto a su infancia personal y su inocencia, ostentan la ciudadanía del reino de los cielos (Mt.18:1-4). Puesto que no es la desobediencia personal (sino federal) que está a la vista, lo que el título implica corresponde a todos los no regenerados, sin tomar en cuenta su subordinación personal. Por lo tanto es justo concluir que todos los no regenerados necesitan la gracia divina.

Todo eso establece la verdad de que hay una realidad solemne en las palabras de Cristo: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo,” basándose en esa filiación con la inevitable expresión de sus cualidades interiores, el Señor sigue diciendo: “Y los deseos de vuestro padre queréis hacer.” Con autoridad divina el Señor Jesucristo atribuye el parentesco engendrado por el pecado, no a Adán, quien es un mero eslabón en la cadena, sino a Satanás, quien es el progenitor de la maldad. Ciertamente la frase *hijos de Adán* es un nombre suave en comparación con *hijos del diablo*; pero Cristo declara la realidad de la última.

La declaración de que Satanás es “homicida desde el principio” parece resultar de las influencias de él sobre otras criaturas. No sabemos por cierto si podemos acusar a Satanás de haber causado daño a otros ángeles o no, pero sí es fácil descubrir cómo él sedujo al hombre a pecar, cuyo resultado, como siempre, es la muerte. Es razonable suponer, y no sin base bíblica, que el que indujo a pecar al hombre, también hizo pecar a los ángeles inferiores. La culpa por haber originado el pecado no se atribuye a varios individuos en la Biblia; siempre se le achaca a Satanás, por lo consiguiente es él mismo quien causó la degradación de los ángeles, como lo hizo con los

hombres. El principio satánico que se manifestó en Caín le impulsó a matar a Abel quien había manifestado el propósito e ideal divinos. Según las Sagradas Escrituras, el homicidio consiste no sólo en el acto mismo, sino también en el intento (1 Jn.3:12,15). Satanás mató a Adán y Eva, aunque pasaron muchos años antes de su muerte física. Los que habían sido creados inmortales como los ángeles, recibieron la recompensa de la muerte como pago por haber seguido el consejo de Satanás.

La raíz del asunto queda oculta en la acusación del Señor Jesús contra el diablo cuando dijo: “no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla, porque es mentiroso y padre de mentira.” Como se revela en la Biblia, el tema sobre la mentira (o falsedad) es inmenso; pero se le da importancia específica a la mentira como lo opuesto a la verdad que es Dios. En su naturaleza esencial, la mentira o falsedad es antidiós, porque no sólo es ella una tergiversación de la Persona y carácter de Dios, sino es también una perversión de Sus propósitos y caminos. Como el entendimiento humano no es capaz de comprender la crisis causada por el abandono de la verdad por parte de Satanás, quien “no permaneció” en ella; así tampoco el lenguaje humano es capaz de expresar las mentiras envueltas en su abandono. Satanás escogió no seguir en la esfera precisa en la cual había sido puesto por Dios en Su infinita sabiduría, voluntad y benevolencia. Pero el pecado de Satanás no significa dejar una esfera por otra, sino también escoger voluntariamente un principio o filosofía de vida en lugar de otro. Lo que Dios había revelado de Sí mismo como autoridad máxima, y lo que había designado para este gran ángel con respecto a sus relaciones y actividades, era *la verdad* en la cual la perfecta totalidad incluye todas sus partes constitutivas. Tal expresión general de la verdad, que era el reflejo de lo infinito del Diseñador en todo detalle, no podía sufrir el menor desarreglo de su balance y simetría; peor una completa fragmentación de todos sus aspectos vitales. Por medio de su acción impía el gran ángel propuso una dirección de vida independiente que en seguida en principio destronó al Dios de la verdad y se entronizó a sí mismo. Cada rasgo de su intento se caracterizaba por la independencia de, y la oposición a Dios. Tal voluntad violenta sólo puede ser estimada correctamente al recordar que la criatura —sea ángel u hombre— está hecha de tal modo que necesita ser guiada solo por Dios. Jeremías escribe claramente sobre la necesidad del hombre de la dirección divina así: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es Señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (10:23).

Como hemos indicado antes, el entregarse a una vida de

independencia dirigida por sí solo, es el único camino en el cual la criatura puede satisfacer su deseo satánico de ser semejante a Dios. Tal semejanza en verdad, es muy débil, pero sirve para satisfacer esa locura que en realidad es el pecado. No es de maravillarnos de que haya tanta miseria en el mundo cuando nos damos cuenta de que casi cada persona vive sin depender conscientemente de Dios. Cuanta angustia haya resultado de la carrera angélica de independencia de Dios, no ha sido revelado por completo todavía. Su destino, como el de la humanidad no regenerada, será la consumación normal de lo que merece su carrera miserable. Dios mismo, con todo lo que incluye Su perfecto plan y propósito, es *la verdad* en su sentido pleno y absoluto. El continuar con El en el rumbo que ha designado es el destino más alto para cualquiera de sus criaturas. El apartarse de tal rumbo resulta siempre en que el pecador recibe la pena del mal presente y futura. Hay dos palabras griegas que se han traducido con el sentido de mal, y son: *ἁμαρτία*, que quiere decir “errar el blanco”, y *ἄνομος*, que significa “sin ley, o ilegalidad.” Este último puede referirse a que los gentiles están sin ley, queriendo decir simplemente que la ley mosaica no les fue dada (1 Co.9:21); o puede significar un rechazamiento voluntario de la autoridad (1 Jn.3:4). La palabra “amartía” expresa plenamente esa falta de dar en el blanco de los propósitos y fines perfectos de Dios, mientras que “ánomos” sugiere toda la rebeldía de Satanás en su pecado original. Faltando el propósito de Dios para él, Satanás llegó a ser antidiós, destinado al lago de fuego para siempre. Tal fin, en comparación con su origen perfecto, representa una tragedia a un grado incomprensible. Sin embargo, nuestra discusión presente tiene que ver mayormente con el pecado satánico ilegal cuando repudió a Dios y rechazó Su voluntad para él. Su impío repudio no era un mero rechazamiento de un código de leyes, sino más bien era un rechazamiento completo del Legislador divino y de todas Sus benévolas intenciones para una vida sin fin.

Es notable que la pecaminosidad no se agota al cometer el crimen de rechazar a Dios y Su bondadoso plan; sigue tratando de entronizar el yo y proponiendo una forma de vida que es totalmente distinta, indigna, y que deshonra a Dios. Así que el pecado de Satanás no sólo fue *negativo* en su rechazamiento de Dios, sino también era *positivo* en el sentido de que ofrecía una filosofía de vida, una línea de conducta que se originó con Satanás, y que era egocéntrico, excluyendo a Dios completamente. Nuestra consideración de la Satanalogía tiene que tomar en cuenta estos hechos estupendos.

Se puede concluir pues, que en su última forma, la mentira substituye a Dios por el yo y la adopción de un plan de vida

completamente egocéntrico en vez de teocéntrico. Esto es *la mentira*. Lo es porque es antidiós desde todo punto de vista. Este es el ilimitado significado de las palabras de Cristo concerniente a Satanás, cuando dijo: “no ha permanecido en la verdad”, que es el aspecto negativo del pecado de Satanás. El Señor Jesucristo declaró que Satanás era mentiroso desde el principio, y eso representa lo positivo de aquel pecado original. Apartarse parcialmente de Dios es imposible. Dios o es todo, o no es nada en tales relaciones con la criatura. Todo lo falso visto en las vidas desviadas, participa en, o resulta de la mentira de Satanás, al independizarse de Dios, quien es la Verdad. Satanás “es mentiroso y padre de mentiras” (Ro.1:25; Ef.4:25; 2 Tes. 2:11).

Con un importante significado el contexto de este pasaje revela que Cristo anunció que El mismo dice la verdad; que ninguno puede redargüirlo a El de pecado; y que los que son de Dios oyen Sus palabras. De la misma manera, puesto que Cristo salió de Dios, es imposible que una persona sea de Dios y al mismo tiempo rechace al que Dios ha enviado al mundo. ¡Cuánto se declara en las palabras del Señor Jesús: “Yo soy la verdad!” El no sólo era Dios (la Verdad) encarnado, sino también, como perfecto hombre, permaneció en la verdad en el sentido de que El hacía siempre las cosas que agradaban al Padre. En esa fortísima tentación dirigida por Satanás, el Señor Jesús no pecó en lo mínimo por apartarse del camino que el Padre le había trazado.

La mentira satánica se introdujo al huerto de Edén, y allí nuestros primeros padres la adoptaron como suya. Satanás les dijo: “Seréis como Elohim.” En esta ocasión la mentira no sólo consistía en el mero hecho de que ellos jamás podrían ser como Elohim (aunque eso es lo que Satanás afirmó), sino que consistía en un rechazamiento de Dios y de Su propósito para ellos. La filosofía que se incluye en las palabras de Satanás es diabólica en todas sus partes. Su carácter infernal no es mitigado por el hecho de ser una filosofía casi universal; ni tampoco por la verdad de que los que viven bajo su maldición ignoran que existe otra filosofía mejor. El apóstol escribe acerca de los que se guían por esta filosofía, en la siguiente forma: “Pues, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios... ya que cambiaron la verdad de Dios por mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de injusticia, fornicación,

perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños, y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia" (Ro. 1:21,22,25,28-31). Esta lista lamentable de pecados que se cometen por repudiar a Dios es una de las mentiras que son consecuencia legítima de la primera mentira. Este sistema mundano construido por el hombre es producto y manifestación de la mentira satánica. Se describe la escena de un mundo en rebeldía contra Dios y contra Su Mesías en el Salmo 2:1-3, que dice: "¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra Su ungido, diciendo, Rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros sus cuerdas." Nos parece obvio que esta Escritura se cumplirá en los tiempos finales de esta dispensación cuando la mentira tenga su mayor manifestación. La carrera de maldad seguirá hasta su fin determinado y la teología que no anuncia tal fin, sino la conversión del mundo antes de la venida del Rey, ciertamente, no concuerda con la enseñanza bíblica. No se predice jamás que la mentira se transformará en verdad. Ella sigue su rumbo malo y terminará en el desarrollo del programa predicho concerniente a la segunda venida del Juez, el Señor Jesucristo.

No hay pasaje más determinante en las Sagradas Escrituras con relación a la manifestación de la mentira que 2 Tesalonicenses 2:1-12, en el cual se ve una concentración de todas las fuerzas del mal en la persona del Inicuo. A la vez se nos asegura que todos los participantes en ese desarrollo del mal serán juzgados a base de haber creído la mentira. Puesto que el pasaje es tan importante y final en lo relacionado al tema, lo citamos por completo: "Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado

de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales, y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.”

Tenemos que rechazar aquí la tentación de comentar estos versículos, pues es mejor tratarlos en la consideración de la Escatología. Sin embargo, por ahora, es menester identificar las tres fuerzas mencionadas en el pasaje. Son: (a) La del hombre de pecado, (b) La del que detiene, y (c) La del destructor.

1. LA FUERZA DEL HOMBRE DE PECADO. Con lenguaje inconfundible el Apóstol predice que el Día del Señor (no el Día de Cristo) no llegará antes de que venga el hombre de pecado. El título es específico, y no hay razón para confundirlo con el más general; a saber, el anticristo. Sin duda el hombre de pecado es anticristo con respecto a su doctrina y conducta. En verdad, él aparece como la suprema falsificación satánica del Cristo de Dios. El es el último y más seductor engaño que Satanás presentará al mundo y millares lo seguirán (Ap.13:4-8); pero en ninguna de las Escrituras es él llamado *anticristo*. Enfatizamos esto aquí puesto que muchas personas interpretan el pasaje a la luz del término más general (anticristo), y así no llegan a distinguir lo esencial, de que se trata de una *persona específica*. El aparece en singular por todo el pasaje y se dice de él solamente lo que una persona puede hacer. Quisiéramos citar unas palabras de Dean Alford después de haber citado a muchos padres tempranos de la Iglesia, tales como Ireneo, Tertuliano, Justino Mártir, Orígenes, Crisóstomo, Cirilo de Jerusalén, Agustín y Jerónimo. Alford dice lo siguiente: “Los detalles primordiales de la historia tienen que descubrirse estudiando a los padres tempranos. Y es notable que su interpretación en general es bien clara y consecuente. Todos creen que (el pasaje) es una profecía del futuro no cumplida aún cuando ellos escribieron. Todos creen que la venida a que se refiere es la *parousía*, o el retorno personal de nuestro Señor para juzgar y establecer Su reino. Todos piensan que el adversario descrito aquí es un individuo, la encarnación y concentración del pecado.” (*ibid.*, ps. 79,80). A pesar de los títulos adicionales dados a este personaje —*hijo de perdición* y *el inicuo*— con todo lo que ellos implican, la Iglesia Católico-romana ha enseñado que la profecía se cumple en Martín Lutero y todos los que le siguen. Por el contrario,

no son pocos los protestantes que han creído y enseñado que este inicuo se cumple en el Papa y el sistema que él representa. Con respecto a este último, que ha tenido buena acogida, se puede decir que, aunque es verdad que el Papa ha reclamado ser el vicario de Cristo, y que se sienta en un lugar de poder eclesiástico, con todo, ninguna interpretación del texto que es digna del nombre podrá enseñar que el Papado corresponde a la fraseología del Apóstol al decir: "el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios." De la misma manera, si el Papado es el hombre de pecado, entonces todo se ha cumplido hace quince siglos, incluyendo la destrucción de ese gran enemigo de Cristo en Su retorno a la tierra. Aunque el hombre de pecado es en verdad un super-hombre a causa de su poder satánico, sin embargo es *hombre* y tanto su apareamiento como su carrera predichas no se han cumplido. Cualquier otra conclusión que difiera básicamente de la anterior arrojaría dudas, con respecto a la inspiración del texto mismo. Después de diez y nueve siglos esta profecía todavía falta por cumplirse. El Apostol no cambiaría en lo más mínimo la terminología del texto si tuviera que escribir hoy sobre el mismo asunto. El hombre de pecado no ha aparecido; ni tampoco ha comenzado el Día del Señor. El misterio de iniquidad obra hoy como en los días del Apóstol Pablo. Cualquier otra cosa o sistema que se pudiera concebir para asemejar al anticristo, con todo tendríamos que insistir que el texto de 2 Tesalonicenses 2 tiene que ver con una persona designada como "el hombre de pecado, el hijo de perdición" y "el inicuo." Este último, *el inicuo*, lo conecta directamente con la mentira satánica y la consumación de todo lo que esa mentira implica.

Hay desacuerdo entre los comentaristas con respecto a la identificación del templo en que este Inicuo se sentará. Algunos escritores tempranos optaron por una iglesia, pero los que escribieron más tarde creen que es el templo restaurado de los judíos. Pudiera ser que es solamente una forma de tabernáculo que se utilizará para el servicio de Jehová en el tiempo de la gran tribulación (comp. Dn.9:27; Ap.13:6).

(2). LA FUERZA QUE DETIENE. Después de haber identificado al hombre de pecado, el Apóstol procede a declarar que no se permitirá esa consumación satánica hasta el tiempo determinado por Dios. Sin duda alguna Satanás deseará esa consumación más pronto, pero es Dios quien determinará su consumación. El que Detiene seguirá impidiendo el desarrollo de la iniquidad hasta que El (llamado "quien lo detiene") sea quitado de en medio. La filosofía del antidiós está obrando y no hay nadie que pudiera impedirla en su totalidad

sino una de las Personas de la Trinidad; y, puesto que el Espíritu Santo es el poder activo residente en el mundo en esta dispensación, es razonable concluir que El es “el que detiene”. No sería posible hablar de otra fuerza alguna que a su debido tiempo le sea quitada para que el clímax de lo malo se realice en el aparecimiento y el poder del hombre de pecado. No como el omnipresente Espíritu, sino como el Espíritu Santo residente en la Iglesia, será él quitado del mundo cuando la Iglesia sea llevada al cielo (1 Tes.4:13-18). Lo que es la corrupción en el mundo realmente será demostrada durante esos pocos años que seguirán a la salida del que Detiene, y el Inicuo prosperará.

(3). LA FUERZA DEL DESTRUCTOR. El Señor Jesucristo en Su segundo advenimiento destruirá al Inicuo. Al escribir de este evento, y usando el término *anticristo*, lo que era común en su día, cuando se hacía referencia al hombre de pecado, Crisóstomo dice: “Justamente como el fuego al aproximarse hace que los insectos se encojan y los consume, así Cristo en su *parousía* y con Su palabra consumirá al Anticristo. Basta que haya venido el Señor, para que el Anticristo y todos los suyos perezcan” (citado por Alford, *ibid.*, ps. 80,81). Se dice que la llegada del hombre de pecado es “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.” Así se impone ese Inicuo que ejerce el poder de Satanás y del engaño. A los que se pierden, habiendo rechazado el amor de la verdad (exactamente lo opuesto de la mentira satánica), Dios mismo “les envía un poder engañoso para que crean la mentira a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.” El mal latente en estos que rechazan a Cristo se ve ahora con toda claridad para que no haya nadie que ponga en tela de duda la justicia de ese juicio que cae sobre ellos. Dice que este juicio se debe directamente al hecho de que creyeron la mentira —esa mentira original que resultó en la repudiación del Dios de toda verdad y el rechazamiento de Su propósito benévolo. Esta mentira llega a ser la declaración abierta del querer hacer la voluntad de la criatura en contra de la del Creador a quien se debe toda obediencia, deferencia y sumisión. Estos dos posibles cursos de acción —estar de acuerdo o en desacuerdo con Dios— se ven en los escritos del Apóstol Juan cuando escribe sobre el asunto de la curación del pecado del creyente en Cristo, diciendo: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad” (1 Jn.1:6). *La verdad* es algo que hay que hacer, y el faltar en hacerlo es cometer una mentira por medio de una acción. Al ajustarse

locamente a la filosofía de vida y propósito de Satanás, aparte de Dios, todo el mundo está practicando la mentira y justamente les caerá ese juicio que recibirán Satanás y todos los que repudian a Dios.

II. LA PECAMINOSIDAD DE SATANAS

En este universo existen "los altos y los bajos" que pueden ser impedimentos para los hijos de Dios (Ro.8:39). Con relación a la sabiduría y conocimiento concerniente a Dios, hay lo alto (Ro.11:33; 1 Co.2:10). En el amor de Dios hay tanto alto como lo profundo (Ef.3:18). El uso de "lo profundo" es muy significativo, y con una sola excepción se encuentra en Apocalipsis 2:24 donde se hace referencia a las *profundidades* de Satanás. Esto quiere decir "doctrina satánica" como se ve también en 1 Timoteo 4:1, que menciona *doctrinas de demonios*. Naturalmente la doctrina de Satanás no tiene nada que ver con la redención efectuada por la muerte del Señor Jesús, ni tampoco con la posición de exaltación que recibimos por estar en el Cristo resucitado y exaltado. La doctrina satánica ensalza al *yo* y guía en el camino de Caín, o sea la promoción de la justicia propia personal. Esto es una forma de vida totalmente independiente de Dios a pesar de los pocos elementos de verdad que contenga. Ese pecado original de Satanás ha engendrado el de los ángeles y de toda la familia humana por centenares de generaciones. No hay esperanza para los ángeles caídos, pero sí la hay para la humanidad caída a la cual se predica el evangelio de la gracia divina mediante la sangre del Señor Jesucristo. Por la gracia de Dios, el salvo en Cristo vuelve a estar en correcta relación con Dios.

A Satanás le corresponde el título del primero de los pecadores; él es el pecador original y ha hecho el mayor daño. El ha practicado el pecado por un tiempo más largo que cualquiera otro, y ha pecado contra la mayor luz. Ciertamente sólo Dios es capaz de computar la extensión de su iniquidad, y evaluar el carácter espantoso de la pecaminosidad de Satanás. Sin embargo, es notable que ese pecado satánico es de tal naturaleza que el hombre del mundo lo elogiaría. Esto es lo que los impíos reclaman como su derecho al tratar de vivir independientemente de Dios. Lo siguiente es una lista parcial de las acusaciones divinas contra Satanás:

- (1) El repudió a Dios en el principio (Is.14:12-14).
- (2) El hizo que una tercera parte de las estrellas del cielo le siguieran (Ap.12:4).
- (3) El ha pecado desde el principio (1 Jn.3:8).
- (4) El es mentiroso desde el principio (Jn.8:44)

(5) En el huerto de Edén él menospreció a Dios y aconsejó a nuestros primeros padres a repudiar a Dios (Gn.3:1-5).

(6) El insinuó a Jehová que Job lo amaba y le servía sólo a causa de los beneficios que recibía (Job 1:9). No hay mayor insulto para Dios que éste, de no ser amado a base de Su dignidad, sino que por ser rico, puede sobornar a hombres como Job que *pretenden* que le aman.

(7) Cuando Dios le dio a Satanás permiso, él hizo que cinco calamidades cayeran sobre él (Job 1:13-2:7).

(8) Se levantó contra Israel (1 Cr. 21:1; Sal. 109:6; Zac.3:1-2).

(9) El debilitó a las naciones (Is.14:12).

(10) Hizo temblar la tierra (Is.14:16).

(11) Trastornó los reinos (Is.14:16).

(12) El puso el mundo como un desierto (Is.14:17).

(13) El asoló las ciudades del mundo (Is.14:17)

(14) El nunca abrió la cárcel a sus presos (Is. 14:17).

(15) El ha causado las guerras en la tierra, pues al ser atado por mil años las guerras cesan (Ap.20:2,7,8).

(16) El tentó al Hijo de Dios por 40 días y lo dejó por un poco de tiempo. Propuso a Cristo a que abandonara su misión, que desconfiara de la bondad de Su Padre, y que adorara al diablo (Lc. 4:1-13).

(17) Ató a una hija de Abraham por 18 años (Lc.13:16; comp. Hch.10:38).

(18) Entró en Judas y le impulsó a traicionar al Hijo de Dios (Jn.13:2).

(19) El ciega el entendimiento de los perdidos (2 Co.4:3,4).

(20) El quita la palabra del corazón de los perdidos a fin de que no la crean para ser salvos (Lc.8:12).

(21) Con los santos él usa asechanzas y lazos (Ef.6:11; 2 Ti.2:26).

(22) El ha tenido el imperio de la muerte del que ha abusado (He.2:14; comp. Ap.1:18).

(23) Cual adversario anda como león rugiente buscando a quien devorar (1 P.5:8).

(24) Se opone a Dios; persigue a los santos, y es padre de mentiras. Mediante sus emisarios él destrona el raciocinio, tortura a los seres humanos y los guía a la idolatría y a la superstición.

El Dr. Guillermo Cooke escribe con claridad sobre la depravación de Satanás y sus ángeles:

“La ley de la dependencia es universal, porque sólo Dios es la fuente de todo ser y de todo lo bueno. Cada criatura, no importa su posición en la escala de existencia, depende de Dios, no sólo en cuanto a su ser, sino también por lo bueno que tenga; por lo tanto sólo en la unión con Dios puede la criatura

perpetuar su bondad y santidad. El pecado separa el alma de Dios; y separado de El, no experimenta Su favor, ni su fuerza para sostenerse en la virtud y bondad; y al privarse del favor y poder de Dios el alma tiene que depender de sí misma, llegando a ser motivada por sus propios instintos egoístas; y ese egoísmo, al profundizarse más y más puede producir toda clase de pecado e impiedad. Del aborrecimiento y la envidia nace el deseo de corromper todo lo que sea bueno, y de destruir a todos los que estén felices. Este deseo ocupa toda clase de estratagema y engaño a su Alcance para lograr su propósito. El ser angélico que es jefe de los ángeles caídos se llama Satanás, que quiere decir adversario; 'la serpiente antigua' a causa de su astucia. También es denominado 'mentiroso', 'padre de mentira' y mentiroso desde el principio', y se dice que 'cuando habla mentira, de suyo habla.' Se llama 'Apolión' lo cual quiere decir, destructor porque se goza en destruir a las almas de los hombres. Además 'anda cual león rugiente buscando a quién devorar.' No sólo es un destructor, sino también es 'homicida', tanto de cuerpos como de almas, porque todas sus astucias y estratagemas le sirven para dicho fin. Todo el pecado y miseria de nuestro mundo durante seis mil años de historia, y todo lo que sucederá en el futuro, y toda la miseria que existe en el infierno son resultados de su influencia y le llenan de gran satisfacción." (*Christian Theology*, ps. 631,32).

El poder de Satanás y de sus ángeles caídos es limitado. Son simplemente criaturas que no pueden hacer nada fuera de la voluntad permisiva de Dios. Tanto Satanás como sus ángeles poseen grandes conocimientos, pero no son omniscientes; tienen muchísimo poder, pero no son omnipotentes; van por todo el mundo para cumplir sus responsabilidades delegadas, pero no son omnipresentes. Pueden sugerir lo malo, pero no pueden obligar la voluntad de otra criatura. Pueden usar astucia y engaños para arruinar a los hijos de Dios, pero no pueden forzar a nadie a cumplir sus designios. Tienen poder sobre la naturaleza cuando se les permite, pero no pueden crear nada, y sólo pueden emplear lo creado conforme a los decretos de Dios. Jamás han derrotado a Dios. En verdad Dios ocupa a Satanás como instrumento suyo para castigar y corregir a los santos desviados (Lc.22:31,32; 1 Co.5:5; 1 Ti.1:20). Este conocimiento no puede menos que ser de consuelo a los cristianos que se dan cuenta de lo serio del conflicto con los poderes de las tinieblas.

CAPITULO VII

SATANALOGIA: EL *COSMOS* SATANICO

Esta división de la doctrina concerniente a Satanás es un tema de proporciones inmensas —incomprensible, no reconocida ni identificada. Sin paralelo en la Biblia, este gran cuerpo de Verdad se presenta en las Sagradas Escrituras con una sola palabra— *κόσμος* (cosmos) que se encuentra en el Nuevo Testamento 187 veces y se traduce 186 veces por la palabra *mundo*. Hay dos otras palabras griegas traducidas a veces con la palabra mundo, pero éstas no nos interesan mucho por ahora. Una de ellas es *αἰών* que está relacionado con períodos de tiempo; y la otra *οἰκουμένη* que significa el mundo o tierra habitada. La palabra *αἰών*, cuando se refiere a la dispensación actual, revela que el mundo es malo en su carácter. Se acusó a Demas, no sólo de que había desamparado al apóstol Pablo (2 Ti. 4:10), sino también por haber amado este mundo (aión). Esto no quiere decir que amaba un período de tiempo, sino el mal que caracteriza ese período (comp. Gá. 1:4; Rom. 12:2; 2 Co. 4:4; Ef. 2:2; 6:12).

En su segunda epístola el apóstol Pedro menciona tres fases del mundo o de la tierra; a saber, (a) el mundo antes del diluvio, o “el mundo de entonces” (3:5, 6); (b) “los cielos y la tierra que existen ahora” (3:7); y (c) “cielos nuevos y tierra nueva” que han de venir (3:13). El *cosmos* del Nuevo Testamento sólo trata del mundo que existe ahora.

Los lexicógrafos están de acuerdo que la palabra *cosmos* quiere decir “orden, regularidad, disposición y arreglo”, y que, como están traducidos Ex. 33:4-6 e Is. 49:18 en la versión de los Setenta, significa simplemente ornamento. La idea de orden y arreglo es tan inherente en el texto hebreo de Gn. 1:1, Dios habiendo creado orden perfecto o *cosmos*, el cual (por alguna razón no revelada) llegó a ser un *caos*, exactamente lo opuesto a *cosmos* (comp. Is. 34:11 y Jr. 4:23). Una investigación completa proveerá evidencia de que la versión de los Setenta emplea *cosmos* para traducir la idea de ornamentación (y una vez en el Nuevo Testamento en 1 P. 3:3), pero jamás lo usa para traducir el concepto de “mundo”. La traducción de *cosmos* por “mundo” es peculiar del Nuevo Testamento, y presenta así un concepto enteramente nuevo en el progreso de la doctrina. El desarrollo etimológico es el siguiente: de lo que representa *orden* en

el arreglo de cosas se pasa a pensar en la humanidad en relación a esas cosas; y, después de la caída del hombre, se piensa de él como separado y alejados de Dios por cuanto ahora está bajo la autoridad del anti diós (Satanás). Si estudiamos con cuidadosa atención los 186 usos de *cosmos*, traducido por “mundo”, encontramos que donde se trata de valores morales siempre se indica una manifestación de la autoridad o influencia satánica. El concepto neotestamentario de “*el mundo*” es que éste se opone a Dios como la mundanalidad se opone a la espiritualidad. Aunque el lector descuidado de la Biblia tiene conceptos vagos si la *mundanalidad* mencionada en las Sagradas Escrituras es lo contrario a Dios; más bien el tal aparentemente piensa más que “mundo” se refiere a un lugar donde vivir, al globo o planeta en el cual tanto lo malo como lo bueno existen. Muchos se sorprenden al saber la verdad de que el uso neotestamentario de *cosmos* se presenta en su carácter impío y de anti diós. Como otros en el mundo, ellos son engañados para creer lo que Satanás quiere que crea. tocante al *cosmos* en que viven; por lo tanto ignoran la revelación bíblica de su verdadero significado. Se infieren las tinieblas del *cosmos* en las palabras de Cristo Jesús, “Yo, la luz, he venido al mundo” (*cosmos*, Jn. 12:46). Así también se promete que el Espíritu Santo convencerá al mundo (*cosmos*, Jn. 16:8). Al creyente en Cristo se le dice, “En el mundo (*cosmos*) tendréis aflicción” (Jn. 16:33); y en otro lugar dice, “No son del mundo (*cosmos*) como tampoco yo soy del mundo” (Jn. 17:14); también las palabras de Cristo son enfáticas en Juan 17:25, “El mundo (*cosmos*) no te ha conocido” (al Padre); además tenemos lo siguiente: “Mi reino no es de este mundo” (*cosmos*, Jn. 18:36). Ciertas frases bíblicas son bastante llamativas, como: “el pecado entró en el mundo” (*cosmos*, Ro. 5:12); “para que . . . todo el mundo (*cosmos*) quede bajo el juicio de Dios” (Ro. 3:19); “el mundo (*cosmos*) no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21); “los fornicarios de este mundo” (*cosmos*, 1 Co. 5:10); “para que no seamos condenados con el mundo” (*cosmos*, 1 Co. 11:32); “sin Dios en el mundo” (*cosmos*, Ef. 2:12); “guardarse sin mancha del mundo” (Stg. 1:27); “la corrupción que hay en el mundo” (*cosmos*, 2 Pd. 1:4); “habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo” (*cosmos*, 2 P. 2:20).

El *cosmos* es un vasto sistema u orden que Satanás ha elevado y promovido, el cual se conforma a sus ideales, fines y métodos. Su civilización ahora funciona separada de Dios —una civilización en la cual ninguno de sus promotores esperan que Dios tenga parte, ni tampoco Le toman en cuenta en sus proyectos, ni Le atribuyen a El un poder causativo. Se incluye en este sistema mundial sus gobiernos impíos, sus conflictos, armamentos, celos, educación, cultura,

religiones morales y su orgullo. Esa es la esfera en que el hombre vive diariamente; es lo que él ve y emplea. Para multitudes innumerables es todo lo que conocen mientras viven en esta tierra. Justamente se le denomina *sistema satánico*, y en efecto podemos decir que esa frase es una buena interpretación de la palabra *cosmos*. Es literalmente un *cosmos diabólico*.

Se nos presenta una revelación importantísima en las palabras de 1 Juan 4:9 que reza así: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él." Además se revela en otro lugar que tal misión de parte del Hijo se debe al hecho de que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16). Como en casi ningún otro versículo bíblico, hay un uso restringido de la palabra *cosmos* en esta porción tan conocida; no restringido en el sentido en que los adherentes a la doctrina de una redención limitada demandan; es decir, una limitación a los elegidos de esta dispensación, sino está restringido en su aplicación a la humanidad misma aparte de sus instituciones, prácticas y enlaces. Dios amó a los perdidos que componen *el cosmos*, y ese amor era tan grande que le motivó a dar a Su Hijo unigénito para proveerles una salvación tan completa en Cristo para que los que creen en el Hijo reciban la vida eterna. A la vez es la verdad que el cristiano espiritual experimentará esta misma compasión divina por el *cosmos* a causa del amor en su corazón producido por el Espíritu Santo.

Al contrario de esta revelación tocante al amor divino para con *el cosmos*, encontramos lo del deber del cristiano hacia ese *cosmos* en dos versículos en 1 Juan 2:15, 16, que dicen, "No améis al mundo (*el cosmos*), ni las cosas que están en el mundo (*el cosmos*). Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo (*cosmos*), los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo (*cosmos*).". Parece que hubiera una contradicción. Dios ama al mundo o *cosmos*, pero si el creyente lo ama, el amor del Padre no se reproduce en él. Naturalmente la solución del problema se halla en el significado preciso de la palabra mundo o *cosmos* según sea empleada. Como hemos dicho, mientras el amor de Dios es para con la humanidad separada de sus instituciones, se advierte al creyente en Cristo a que no ame esas mismas instituciones que son totalmente malas en la estimación de Dios y, por consiguiente, él no las ama. De este mundo o *cosmos* tan malo el cristiano ha sido salvado. La limitación impuesta en 1 Juan 2:15, 16 no restringe al cristiano en su aprecio de la naturaleza, ni tampoco de eso que no está bajo la

autoridad de Satanás. La declaración del apóstol Santiago es clara: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo (*cosmos*) es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo (*cosmos*), se constituye enemigo de Dios” (Stg. 4:4).

Satanás no ha creado nada. El orden y sistema de la creación material están incluidos en el mundo o *cosmos* sólo en el sentido de que se permite a Satanás asumir la autoridad sobre ella y así extraviarla. Las manifestaciones del *cosmos* casi en su totalidad provienen a causa de la dedicación de la humanidad (extraviada y dominada por Satanás) a esos principios de vida y acción que la mentira original ha producido. La misma creación fue afectada por la caída del hombre (Ro. 8:19-23), pero todavía retiene el carácter que le fue dado por Dios, y nunca llega a ser la propiedad de otro. En el mismo sentido es notable que esta dispensación actual, según Mateo 13:11, lleva su forma denominada “misterio”. Cualquier gobierno de Dios tiene el carácter de *un reino*. El gobierno ahora sólo en el sentido de que lo que se llama *misterios* y constituyen lo distintivo de sus propósitos durante esta edad, si se llevan a cabo. Más sobre este asunto tan importante reaparecerá bajo la Escatología.

En las 187 veces que se usa la palabra mundo o *cosmos*, es muy significativo que nuestro Señor la ocupó más que todos los demás juntos. Aparece 68 veces en el Evangelio de Juan y 23 veces en su primera Epístola. El Señor Jesucristo usó la palabra mundo o *cosmos* 41 veces en Su discurso en el Aposento Alto, y 19 veces en Su oración sumo-sacerdotal en Juan 17. Parece que la realidad del carácter esencial del mundo o *cosmos* se enfatiza en proporción a lo alto del punto de vista y del santo carácter de la persona que lo contempla. Se ha sugerido que el discurso del Señor en el Aposento Alto corresponde al lugar santo en el templo y la oración sacerdotal al lugar santísimo, y si es así, entonces no es sólo notable que el Santo es consciente al significado verdadero de la palabra mundo o *cosmos*, sino también, conforme a la profundidad de la revelación de la Verdad, se multiplica lo revelado concerniente al sistema satánico opositor. A los cristianos enseñados por Dios el Espíritu Santo, que tienen, por lo tanto, la mente de Cristo, *el cosmos diabólico debe aparecer en su carácter malo esencial como el desarrollo de esa mentira que reclama la independencia de Dios y está opuesta a Sus propósitos. La verdad total con respecto a la naturaleza y extensión de este cosmos, o sistema satánico, se encuentra en las Escrituras que lo mencionan. Se presenta esta revelación en varias divisiones.*

I. AUTORIDAD DE SATANAS SOBRE EL *COSMOS*

El Nuevo Testamento contiene declaraciones casi increíbles tocante a los derechos y el control de Satanás sobre el mundo o *cosmo*, y la revelación misma es desconocida por los incrédulos. Aun el creyente en Cristo que acepta la Palabra de Dios como tal se halla confrontado con declaraciones que parecerían imposibles si no fueran escritos por la mano de Dios. Se puede suponer que Satanás trata de impedir que nosotros comprendamos estas declaraciones estupendas. Hay ciertos pasajes de mayor importancia que debemos examinar con atención:

Lucas 4:5-7. Este pasaje, tomado de la porción que habla de la triple tentación de Cristo por Satanás, dice así: "Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos." El método empleado por Satanás para mostrar al Señor todos los reinos de la tierra es muy llamativo. En seguida todo el procedimiento va más allá del dominio de las experiencias y recursos humanos, y funciona en conformidad a las realidades de otra esfera. Ver todos los reinos de la tierra desde un monte y en un momento implica algo sobrenatural. Nos hace pensar detenidamente al notar que Satanás llevó al Señor a cualquier lugar por algún motivo. Hay aquí manifestaciones de fuerzas que es incomprendible a la mente humana. Pero el rasgo más admirable de esta revelación es la declaración de Satanás (que no la refutó nuestro Señor) de que los reinos de este mundo o *cosmos* (comp. Mt. 4:8 para el uso específico de *cosmo*) se le habían sido entregados a él y a quien quisiera se los daría. Se predice que en algún tiempo en el futuro el dominio mundial será dado al hombre de pecado por Satanás, y esto parece confirmar su reclamo en cuanto a la disposición de tales reinos. Un método muy común de interpretar esta porción es el de decir que Satanás ofreció a Cristo el territorio sólo de Palestina, pero en aquel entonces Palestina fue una provincia sin importancia en el imperio romano; así que en ninguna manera pudiera significar "los reinos de la tierra". También, se ha enseñado que esta oferta de parte de Satanás es otra de sus mentiras; pero si esto fuera verdad entonces no habría sido una tentación a nuestro Señor, a quien nadie puede engañar. También si fuera mentira, la contestación del Señor Jesús no habría sido limitada a la asombrosa petición satánica de que Cristo adorara a Satanás, una criatura hecha por el Hijo de Dios mismo. Y no debe de olvidarse en todo esto, que todas las autoridades y potestades en el mundo de los espíritus fueron creados por Este con quien Satanás hablaba (Col. 1:16). Esté

o no de acuerdo con la razón humana, la simple inspirada Palabra de Verdad sostiene la tesis de que todos los gobiernos humanos están en las manos de Satanás. La historia misma contiene muchas narraciones en donde es fácil ver la actividad de Satanás quien guiaba los destinos de ciertos gobiernos. Es más difícil aceptar este reclamo de Satanás en conexión con los gobiernos que actúan en formas recomendables a la vista humana. A pesar de la aprobación humana por ciertos gobiernos, la verdad es que todos ellos se manejan completamente independientes de Dios.

El reclamo de Satanás en este pasaje de San Lucas es doble: (a) el dominio de todo el mundo o *cosmos* le fue entregado, lo que quiere decir que tal entrega sucedió con el permiso de Dios, y (b) Satanás da los reinos a quien él quiere. Sin duda esta última declaración es verdad desde el punto de vista de Satanás, pero también es cierto que esa donación de parte de Satanás está conforme al propósito soberano de Dios. Permanece la verdad que “no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (Ro. 13:1). Como siempre, Dios es soberano sobre todo, pero se le permite a la criatura seguir en sus caminos voluntariosos y pecaminosos, pero aun en eso él es culpable.

Juan 12:31; 14:30; 16:11. La revelación de que Satanás tiene autoridad sobre el mundo o *cosmos* no descansa sólo en los reclamos de él. Cristo Jesús lo denomina *el príncipe de este mundo o cosmos*. Dice la Biblia: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Jn. 12:31); “No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Jn. 14:30); “y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Jn. 16:11). También tenemos referencias bíblicas autoritativas escritas por manos apostólicas que se refieren a Satanás como “el príncipe de la potestad del aire” (Ef. 2:2), y como “el dios de este siglo” (2 Co. 4:4). Con el mismo fin, cuando el apóstol hacía referencia al conflicto entre el cristiano y las potestades de maldad (Ef. 6:12), declara que esta guerra es en contra de “los gobernadores de las tinieblas de este siglo”, lo cual implica que toda la dispensación se caracteriza por tinieblas y que sobre ella hay gobernadores específicos. Así fielmente la Palabra inspirada de Dios declara enfáticamente la verdad de que el *cosmos* está bajo el control de poderes malos. El Señor Jesús, ascendido y glorificado, dio el mismo mensaje a la iglesia de Pérgamo, diciendo: “Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás” (Ap. 2:13). Aunque aquí no se define lo extenso de la autoridad de Satanás en este pasaje, sí se declara que Satanás ocupaba un trono

terrenal. Finalmente, el apóstol Juan enseñaba que el poder del Espíritu Santo en el creyente es más poderoso que el de Satanás en las palabras siguientes: “Porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4). La frase específica *en el mundo*, identifica la esfera donde Satanás ejerce su poder. Mucha más luz se añade tocante a la relación entre Satanás y el mundo (*cosmos*) al considerar el pasaje siguiente:

1 Juan 5:19. Este pasaje decisivo reza así: “Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.” El mundo de que hace mención aquí es el *cosmos* —el *cosmos* entero. Las dos frases de esta oración comprende todos los miembros de la raza humana. Por la frase “somos de Dios” se reconoce la verdad de que los cristianos están *en* el mundo, pero no son participantes en lo que pertenece a él. Pero lo importante del versículo se descubre en la última frase; a saber, el mundo entero (*cosmos entero*) está bajo el maligno. Otros versículos que traducen *πονηρῶς* así son: 1 Juan 2:13, 14; 5:18 y Juan 17:15 donde la palabra “mal” sería mejor traducida “maligno” también. La identidad del maligno es clara en el contexto de 1 Juan, pues es el mismo *diablo* a quien se refiere en 1 Juan 3:8, 10. Que el *cosmos* entero *está bajo* el maligno es tan llamativo como significativo. La frase “*está bajo*” conlleva la verdad de que el *cosmos* se localiza en, y está bajo el control del maligno. Alford declara: “Por las palabras ‘el maligno’ se entiende que él es la morada de, y representante de todos los suyos, y así es similar a las expresiones, *en el Señor, en Cristo, en Cristo Jesús, y en el verdadero* como dice en verso 20. Estas expresiones llevan el significado de que lo del Señor es de los Suyos también. El verso 19 revela que, mientras nosotros somos de Dios, lo que implica nacer y proceder de El, e incluye un cambio de estado; el *mundo* (lo demás de la humanidad) *está bajo el maligno*, quedando así donde ha estado siempre. Algunos comentaristas han querido evitar la inconsecuencia con tales pasajes como 1 Juan 2:2 y 4:14, y tratan de dar otro significado a la palabra *mundo* en 1 Juan 5:19. Pero no hay inconsecuencia alguna. Si el Señor Jesucristo no hubiera llegado a ser una propiciación por los pecados de todo el mundo, y si El no fuera Salvador de todo el mundo, ninguno se podría haber separado del mundo para creer en El. Pero la verdad es que los que creen en El, se separan del mundo, y así nuestra proposición queda verdadera: el *mundo* es la negación de la fe en Cristo, y como tal está bajo el maligno, el adversario del Señor” (*El Nuevo Testamento para Lectores Ingleses*, nueva edición, vol. II, pt. II, ps. 917-18). La enseñanza de Pope y Moulton en el Comentario de Schaff concuerda en esto, pues dicen: “el maligno tiene todo el mundo en su poder, menos esa parte transformada por

la nueva vida en Cristo. No dice que todo el mundo “es *del* maligno” . . . Los hombres del mundo sí están “en el que es falso”, pero la palabra “en” no se usa aquí en su más sencillo significado, sino dice que *están bajo*, una frase que no se usa en ningún otro lugar y, por lo tanto tiene que entenderse a la luz de la enseñanza general de la Epístola. La frase “mundo entero” no se refiere solamente a los hombres del mundo, sino a su constitución, su economía, sus deseos, sus principios, sus motivos, su carrera y su destino; todo lo que no es de Dios queda en el poder del maligno y son sus esclavos” (citado por Gerhart, *Institutes*, p. 708). Se concluye que el pasaje enseña —como en muchos otros ya indicados— que el *cosmos* entero está en el diablo y controlado por él, menos los que se han salvado en Cristo Jesús.

Isaías 14:12, 16-17; Job 1:13-19; 2:7. Volviéndose a la séxtuple acusación contra Satanás en Isaías 14 y la quíntuple crónica en Job tocante a las actividades de Satanás sobre asuntos del mundo, se verá que Dios le permite a él ejercitar poderes cuyos resultados quedan más allá de la comprensión humana. Hemos de considerar estos once hechos estupendos de Satanás aparte de esas manifestaciones más remotas apuntadas en Apocalipsis 12:4, 15 y también del ejercicio de su poder en el hombre de pecado (2 Tes. 2:9-10), y mediante las dos bestias de Apocalipsis 13:1-7.

Está escrito en Isaías 14 que Satanás, cuando se llamaba *Lucero, hijo de la mañana*, y refiriéndose a un tiempo aún futuro después del cumplimiento de sus hechos maravillosos, (1) *él debilitaba a las naciones*. En la Palabra de Dios dice que las naciones, como tales, están opuestas a Dios (Sal. 2:1-3), y especialmente en contraste con la nación elegida de Dios, Israel. Esas naciones fuera de Israel componen el factor principal de lo que se llama *cosmos*. Lo que ellos hubieran sido si no hubieran aceptado los ideales satánicos sólo Dios lo puede estimar correctamente. No importa lo que piensen respecto de sus propias fuerzas; lo que vale es la estimación divina: “Ante El las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas. Como nada son las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es” (Is. 40:15, 17). Así también está escrito en Isaías 14:16-17: (2) que Satanás, al finalizar su carrera mala, *habrá hecho temblar la tierra*; (3) *habrá trastornado los reinos*; (4) *habrá puesto el mundo como un desierto*; (5) *habrá asolado las ciudades*; y (6) *habrá impedido que la humanidad haya recibido beneficios importantes, pues nunca abrió la cárcel a sus presos*. La imaginación no alcanza a describir el verdadero significado de aquellos hechos de Satanás, y el total de la maldad que el diablo

habrá cometido está más allá de nuestra capacidad de estimación. Echando una mirada a lo que Satanás hizo después de recibir permiso de Dios en relación a Job, encontramos el poder de Satanás sobre la creación manifestado con cinco formas: (7) él hizo que los sabeos se llevaran los bueyes y asnas de Job y mataran a sus criados; (8) hizo caer fuego del cielo que quemó las ovejas junto con sus pastores; (9) hizo que los caldeos arremetieran contra los camellos y mataran a los criados; (10) causó la muerte de los hijos de Job por un viento fuerte del desierto que azotó las cuatro esquinas de la casa donde estaban, la que cayó sobre ellos; e (11) hirió a Job mismo con el peor sufrimiento corporal que jamás había sufrido. Sin duda hubiera matado a Job si Dios le hubiera permitido. Puesto que le fue dicho específicamente que no lo matara, nos hace creer que podía hacerlo y lo hubiera hecho si Dios se lo hubiese permitido. Es aquí donde se introduce todo el campo de revelación con respecto al poder de Satanás sobre el aspecto físico de la vida de los seres humanos, tema que no podemos desarrollar por ahora.

II. EL *COSMOS* ES ENTERAMENTE PECAMINOSO

Esto es en verdad una declaración muy difícil de aceptar, y aunque es la verdad, requiere explicación. Satanás sabe introducir aun cosas buenas en sí mismas en su sistema. Muchos ideales humanitarios, moralidad y aspectos de cultura armonizan con las realidades espirituales, aunque son partes del *cosmos*. La raíz del mal en el *cosmos* está en que su orden o sistema enteramente se ha organizado sobre la base de completa independencia de Dios. Es una manifestación de todo lo que Satanás puede producir como una exhibición total de lo que constituye la mentira original. Es la manifestación completa de lo que la criatura —tanto angélica como humana— puede producir por haberse embarcado en una empresa independiente de Dios el Creador. El *cosmos* no es un campo de batalla en el cual Dios y Satanás contienden por la supremacía; más bien es algo que Dios ha permitido para que la mentira tenga su pleno desarrollo y manifestación.

Es razonable suponer que el *cosmos* represente el empeño máximo de la criatura suprema, y que por haber comenzado repudiando a Dios, se ha mantenido separado de Su voluntad y Su propósito. El hecho de incluirse cosas buenas en este gran sistema es sin duda la razón de los muchos engaños. La verdad fundamental de que “todo lo que no proviene de fe es pecado” (Ro. 14:23; He. 11:6), no se reconoce, ni es aceptada en el mundo o *cosmos*. La *mentira* tiene que

seguir su curso para ser juzgada, no como una hipótesis, sino en su total y final exhibición de que es contra Dios en lo más esencial. Principió con la repudiación de Dios de parte de un ángel y de un hombre, y será caracterizada por esa misma independencia y separación de la Deidad hasta que se manifieste el Anticristo, quien será destruido. Las obras humanitarias, la cultura, las leyes y las formas religiosas del *cosmos* no son una evidencia de que Dios es reconocido ni honrado como debe hacerse. Este es un mundo o *cosmos* que rechaza a Dios. Sus príncipes “crucificaron al Señor de gloria” (1 Co. 2:8), y si no fuera por el poder de Dios en limitarlos, le crucificarían otra vez y destruiría a Sus testigos. No demuestran ningún arrepentimiento por su crimen racial, y aunque siguen rechazando a Cristo como Salvador, toman prestado los ideales sociales de Sus enseñanzas; Su pureza y manera de vida son presentados como algo que se debe imitar, pero la salvación por medio de Su muerte cruenta es rechazada. El mundo o *cosmos* independiente, egocéntrico, engreído y autónomo no busca la redención puesto que no reconoce que tiene necesidad de ella. Es la encarnación de la filosofía de la cual Caín es el prototipo. Lo que Dios contempla en lo humano del *cosmos* se describe en Romanos 3:9-18. En esto la acusación divina contra la raza caída es infinitamente correcta y decisiva: “Como está escrito: no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Ro. 3:10-12). Ciertamente Dios no está engañado en cuanto a los propósitos de Satanás. ¿No los descubrió en el principio? (Is. 14:13; Ez. 28:15). Un mundo o *cosmos* que crucificó a su Redentor aborrece a los redimidos como aborrece al Salvador de ellos (Jn. 15:18, 19), y que ama las tinieblas más que la luz, difícilmente engañará al Todopoderoso. Más bien será juzgado y destruido totalmente y no se hará ningún esfuerzo por rescatar nada de él cuando llegue su día de destrucción. Los pasajes siguientes son un suficiente testimonio acerca del carácter pecaminoso del *cosmos*: “Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina habiendo huído de la corrupción que hay en el mundo (*cosmos*) a causa de la concupiscencia” (2 P. 1:4); “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo (*cosmos*), por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero” (2 P. 2:20); “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin

mancha del mundo" (*cosmos*, Stg. 1:27); "¡Oh, almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo (*cosmos*) es enemistad contra Dios? Cualquier, pues, que quiera ser amigo del mundo (*cosmos*), se constituye enemigo de Dios" (Stg. 4:4); "Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo" (*cosmos*, 1 Jn. 5:4); "No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo (*cosmos*) y él nada tiene en mí" (Jn. 14:30); "Y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora está en el mundo" (*cosmos*, 1 Jn. 4:3). De la misma manera se dice que el creyente en Cristo ha sido "librado del actual siglo malo" (Gá. 1:4), y "librado de la potestad de las tinieblas" (Col. 1:13), y que no debe "conformarse a este siglo" (Ro. 12:2).

III. OBRAS SATANICAS EN EL *COSMOS*

Hemos de limitar nuestro estudio de este tema aquí, pues reaparecerá más adelante en otra división de la Satanalogía. El ángel que comenzó su carrera para "ser semejante al Altísimo" en ninguna manera ha abandonado ese ideal. El hecho de que de algún modo Satanás trata de hacer las obras de Dios no indica sino otro aspecto de su gran engaño. Las obras satánicas se ven claramente en algunos pasajes llamativos, y presentan a la vez el más alto ideal y los motivos más profundos de la gran multitud de la raza humana impulsada por Satanás. Un sólo pasaje contiene la completa revelación: "Porque todo lo que hay en el mundo (*cosmos*), los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo" (*cosmos*, 1 Jn. 2:16). La tentación de Eva en el huerto de Edén consistió en tratar de satisfacer esos mismos deseos. "Y vió la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dió también a su marido, el cual comió así como ella" (Gn. 3:6). Se puede reconocer con facilidad que la verdadera naturaleza de estos deseos son egocéntricos, y que no toman en cuenta a Dios.

Todos los "pleitos y guerras" (Stg. 4:1) entre los hombres simplemente son el resultado natural de las cualidades de esta gran federación. El Señor Jesús dijo a Pilato: "Mi reino no es de este mundo (*cosmos*); si mi reino fuera de este mundo (*cosmos*), entonces mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí" (Jn. 18:36). Es un hecho notable que los gobiernos del mundo dependen de la fuerza física y una demostración de su poder para mantener su posición y autoridad, y

la ley superior de amor no se adapta a los elementos que componen el *cosmos*, ni tampoco lo entienden.

IV. LAS COSAS DEL *COSMOS*

Toda propiedad terrenal es del orden satánico, la cual el creyente puede usar, pero no abusar: “Pero el que tiene bienes de este mundo (*cosmos*) y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? ” (1 Jn. 3:17). “Pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Mr. 4:19). “Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo (*cosmos*), como si no lo disfrutasen” (1 Co. 7:29-31). El apóstol Santiago escribe: “Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo (*cosmos*), para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? ” (Stg. 2:5).

V. AUNQUE LOS CRISTIANOS ESTAN EN EL COSMOS, NO SON DE EL

Dos veces en su oración sacerdotal el Señor Jesús declara acerca de los Suyos: “No son del mundo (*cosmos*), como tampoco yo soy del mundo” (*cosmos*, Jn. 17:14, 16). También en otro lugar encontramos lo siguiente: “Si el mundo (*cosmos*) os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo (*cosmos*), el mundo (*cosmos*) amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo (*cosmos*), antes yo os elegía del mundo (*cosmos*), por eso el mundo (*cosmos*) os aborrece” (Jn. 15:18-19). Y el Apóstol Juan dice: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo (*cosmos*) os aborrece” (1 Jn. 3:13). Los cristianos son enviados al mundo o *cosmos* (Jn. 17:18), como los que no tienen ninguna relación con él, fuera de la de ser sus testigos ante el mundo. Son *embajadores* (2 Co. 5:20); *extranjeros y peregrinos* (2 P. 2:11); y *ciudadanos del cielo* (Fil. 3:20) con respecto a este sistema mundano. Así es como Dios ve al cristiano en su relación con el *cosmos*.

Aunque Job pertenecía a una edad muy remota, su experiencia nos da una ilustración bien vívida tocante al cuidado de Jehová por los Suyos con respecto a los ataques de Satanás. En aquella narración se nos presenta a Job, no como un creyente que necesita castigo (ese

fue el concepto erróneo de los tres amigos de Job; un error que Jehová condenó fuertemente después de la prueba), sino como uno de quien Jehová declara tres veces como “perfecto y recto” (Job 1:1, 8; 2:3). La querella de Satanás es doble: (a) que Jehová lo protege tanto que Satanás no lo puede alcanzar, y (b) que Job no ama en verdad a Jehová. Satanás acusa a Jehová de que Job Le sirve sólo por la recompensa que recibe como un soborno de parte de Dios. Para probar si esto es o no así, Jehová sujeta a Job a ser probado por Satanás mismo, y es entregado a su poder. El cambio de la protección de Jehová a la prueba satánica tiene una importante limitación —el diablo no puede matarlo. Por lo tanto a Job le fue dado el honor inestimable de probar que Jehová es digno de toda adoración aparte de Sus beneficios dados a los hombres. La mentira de Satanás fue expuesta completamente para la gloria de Dios.

VI. LA IMPOTENCIA DEL *COSMOS*

La impotencia y limitaciones de este sistema mundano son muy evidentes. Su líder, aunque muy poderoso, es inferior al Señor Jesucristo: “Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo” (*cosmos*, 1 Jn. 4:4). Sus conocimientos y alcances son limitados: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo (*cosmos*) no nos conoce, porque no le conoció a él” (1 Jn. 3:1). “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie” (1 Co. 2:14, 15). “No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (Ro. 3:11). “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el Dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:3-4). “Ellos son del mundo (*cosmos*); por eso hablan del mundo (*cosmos*), el mundo (*cosmos*) los oye” (1 Jn. 4:5).

VII. EL FIN DEL *COSMOS*

Este tema específico pertenece en verdad a la Escatología y será considerado más detalladamente bajo esa división de la Teología Sistemática. El hecho de que el *cosmos* será destruido y así terminado se declara en ambos Testamentos.

Salmo 2. En la predicción contenida en este Salmo, se ve a las naciones en su última y más diabólica rebelión contra Jehová y contra Su Mesías (comp. Ap. 16:13-14); pero, a pesar de su resistencia unificada, Jehová pondrá Su Rey sobre el trono de David en Jerusalén, que es el “santo monte de Sion”. El Hijo recibe de la mano de Su Padre el gobierno y destruye a las naciones como vasija del alfarero con vara de hierro. Se advierte a los reyes y gobernantes que arreglen cuentas con Cristo antes de que comience al juicio.

Daniel, capítulos 2 y 7. En estas profecías que tratan del rumbo y el fin de las naciones gentiles, Dios revela la verdad de que serán aplastadas y llevadas “como se lleva el viento la paja del trigo”, y el Rey de reyes gobernará sobre toda la tierra.

Mateo 25:31-46. Las naciones, las cuales no pueden resistir el poder soberano de Dios, se reúnen ante El para ser juzgadas, y entonces se determinará su destino. Unas entrarán a participar en Su reino milenial, mientras las demás serán echadas al lago de fuego preparado para el diablo y sus ángeles.

2 Tesalonicenses 1:7-10. Lo distintivo de este pasaje es la pavorosa destrucción de todo lo que compone el *cosmos*.

Apocalipsis, capítulos 14-22. Se requiere un entendimiento correcto de este extenso pasaje. No hay nada aquí que pudiese haber sucedido ya en la historia de la tierra. Se describe más detalladamente, no un tema nuevo, sino lo que ha sido ya presentado en la Palabra de Dios. Las falsas pretensiones religiosas y la apostasía que se aparta de la verdad divina, juntamente con el *cosmos* tendrán que ser juzgados finalmente antes de que el Rey tome posesión de Su trono para reinar en justicia sobre toda la tierra. Sólo Apocalipsis 18:24 sirve para identificar esta destrucción final como el juicio de Dios sobre el mundo o *cosmos* y de todo lo que éste siempre ha hecho.

Indudablemente, entonces, lo que Dios por ahora tolera en su sabiduría infinita, será destruido completamente. Se declara directamente: “Porque la apariencia de este mundo (*cosmos*) se pasa” (2 Co. 7:31); “Y el mundo (*cosmos*) pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:17); “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos se pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 P. 3:10).

CAPITULO VIII

SATANALOGIA: MOTIVO DE SATANAS

Sea lo que fuere el motivo que ha impulsado a Satanás a obrar así desde el principio de su carrera, hay un problema más fundamental que antecede a todo lo malo en el universo. Ese es el del motivo que ha impulsado a Dios a permitir que existiera la maldad. El hecho de que El podría haberlo impedido no necesita defensa alguna puesto que El es el Absoluto Creador y Promotor de todo lo que compone el universo. Se han sugerido varias opiniones para solucionar este problema. Sin duda hay verdad en todas ellas y al unir todas las que son aceptables, representarían sólo una fracción de los motivos que hacen a Dios actuar así. Uno de los motivos más obvios, y que tiene relación al tema que estamos considerando, es el que enseña que, como regla general visto a través de las edades de la historia, y especialmente en las relaciones personales con Dios, es que El permite que lo que la criatura propone tenga una prueba experimental. Eso es lo que Jehová hizo en el caso de la acusación de Satanás contra Job, a saber: si se le sujetara a suficiente prueba, Job repudiaría a Jehová. Dios pudiera haber negado la veracidad de la acusación satánica, pero se le dió permiso a Satanás probar a Job para que la mentira tenga expresión experimental. Tal método era bien costoso en verdad, pero nadie puede dudar que la victoria ganada valía mucho más que el precio pagado. Es posible que Job sirva como tipo o representante de asuntos más importantes que ahora se desarrollan hasta su consumación en el mundo o *cosmos* entero. El tema es extenso y ofrece mucha luz al que lo siga a través de toda la Biblia.

Concediendo que sea verdad que Dios sujete los reclamos de la criatura a la prueba experimental, parece claro que la determinación de Satanás de edificar un sistema u orden de cosas completamente autónomo, y con Satanás mismo como el centro de toda actividad y relación, fue permitida por Dios su existencia para ser probada experimentalmente hasta ser destruida por el juicio divino. Si esto es o no un procedimiento sabio de parte de Dios, no hay criatura alguna que tenga suficiente información o conocimiento detallado que la capacite para juzgar lo que el Creador permitió. Lo que se puede

observar señala en una sola dirección: que Satanás propuso tal rumbo; que Dios pudiera haberlo impedido pero más bien le permitió seguir el curso escogido, y así hizo que ese mismo curso de acción fuera la base para su justa condenación. Cuando Satanás y su "teoría" lleguen ante Dios para su juicio y ejecución, "toda boca se tapará", y todos serán culpables, no sólo a la luz de los ideales divinos, sino absolutamente culpables a la luz del fracaso total del *cosmos* edificado por Satanás. Se reconocerá que la mentira sí es mentira. ¿Cómo sería posible convencer a las criaturas voluntariosas y engañadas, con libre albedrío, sin una demostración completa que no dejaría lugar a duda, ni que se levantara voz alguna a reclamar que la mentira llegaría a probarse verdad con tal que hubiera suficiente oportunidad de demostrar su propia filosofía? La Biblia (2 Tes. 1:9-12) declara que aun se enviará a los hombres un poder engañoso a fin de llevar la mentira a su consumación final. No sólo se tapará toda boca, sino también todo el mundo (*cosmos*) quedará bajo el juicio de Dios (Ro. 3:19). Un *cosmos culpable*, y eso probado de tal modo que ninguna voz (aun la de Satanás) se alce para defenderlo es algo que representa una obra estupenda. Tal fin del *cosmos* sin duda contribuirá grandemente a la felicidad en el universo en la eternidad. La mentira incluye toda forma de rebelión de parte de las criaturas creadas por Dios, y el completo desengaño de todos los rebeldes y su juicio final representa una mayor contribución a la paz y felicidad de las edades futuras. Se dice en cuanto a Cristo que El "reinará hasta que haya puesto todos Sus enemigos debajo de sus pies." Aun la muerte, la pena divina por el primer pecado humano, será destruida, a fin de que "Dios sea todo en todos" (1 Co. 15:24-28). Por lo menos en una instancia el fin justificará los medios, y ninguna criatura temporal es suficientemente sabia para ofrecer una evaluación de los *medios* cuando necesariamente no es capaz de comprender el *fin*.

Muy a menudo se cree que la presencia de pecado y sufrimiento en el mundo son como intrusiones extrañas en el orden perfecto de Dios, y por ello se desafía a Dios. J. M. E. Taggart dice que "es una creencia desalentadora y repugnante que el destino del universo esté a merced de un ser que tiene todos recursos de la Omnipotencia, pero que no lo ha hecho mejor de lo que es" (*Some Dogmas on Religion*, p. 220). Al contrario de eso tenemos la revelación bíblica de que el *cosmos* es de origen satánico y que Dios interviene sólo para limitarlo hasta que el día de juicio llegue, y arrebate del *cosmos diabólico* a los que El, en Su divino propósito soberanamente ha elegido redimir. La presencia de pecado y sufrimiento no representa un fracaso de parte de Dios. Son resultados inevitables de la mentira satánica cuyas

manifestaciones se extienden por todo el universo. O Dios reina sobre Su universo o no reina. La mentira dice que no reina Dios; la *verdad* declara que sí reina. Tal prodigioso aspecto en disputa no se puede tratar con indiferencia. Sus juicios son ciertos.

Al desarrollar este tema en cuanto a explicar la presencia del pecado y el sufrimiento en el mundo, se reconoce que existen otras válidas que ofrecen más valor evidencial con respecto a la justicia de Dios al permitir que el pecado entre al universo. Estas serán consideradas a su debido tiempo bajo hamartialogía.

Tanto el motivo como el método de Satanás se reflejan precisamente en la actitud y las acciones del hombre de pecado, a quien Satanás inspirará y por quien Satanás expresa sus propios designios. En 2 Tesalonicenses 2:4 se dice del hombre de pecado que “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto”. El propósito de Satanás es el de obstaculizar el programa divino, especialmente el de salvar a los perdidos, y, a la vez hacerse superior a Dios. Se implica que la ambición de Satanás le llevaría a posesionarse de la autoridad de Dios, y busca ser adorado como Dios, y llegar a ser el Todopoderoso.

El pasaje central que trata sobre el motivo de Satanás se encuentra en Isaías 14:12-14. Como se ha observado, cinco veces Satanás se expresó con el deseo de ser semejante al Altísimo o de exaltarse a sí mismo en alguna forma. Como hemos demostrado antes, hay una sola forma en que la criatura —sea ángel u hombre— puede tratar de ser como Dios, y es la de ser independiente como lo es Dios mismo. Para lograr dicho deseo es necesario que la criatura repudie su dependencia normal de Dios, y el que lo hace tiene que consagrarse a un programa ideado por sí solo y mantenerse completamente separado de Dios hasta llegar al fin de su carrera. En todas estas actividades la exaltación propia es suprema y al oponerse a Dios persigue sólo el poder glorificarse a sí mismo. La Escritura dice claramente que el orgullo o el engrimiento es lo que incitó al más grande de los ángeles a embarcarse en una carrera independiente de Dios (Ez. 28:17; 1 Ti. 3:6). Parece que el diablo siempre vive confiado de que va a alcanzar su deseo hasta ese tiempo en el futuro, cuando sea arrojado del cielo a la tierra. Acerca de él en ese tiempo se declara: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo” (Ap. 12:12).

Este gran proyecto de Satanás, inspirado por su orgullo desordenado, se limitó necesariamente a la esfera celeste hasta la creación del hombre. Durante esas edades se cree que él trataba de conseguir la lealtad de los ángeles de menor importancia (Ez. 28:18)

para que siguieran la misma filosofía de liberación e independencia del Creador. La creación del hombre le presentó a Satanás la posibilidad de un nuevo campo para demostrar su poder para diseñar y ejecutar sus obras. Este *cosmos* actual es lo que Satanás propuso y cuya existencia Dios permite hasta llegar a su trágico fin profetizado.

Hay cuatro puntos importantes que indican el curso de Satanás en su determinación de actuar independiente de Dios:

(a) El dijo: “Seré semejante al Altísimo”. Esto representa el origen de toda maldad y no requiere más comentario.

(b) El dijo a Adán y Eva, “Seréis como Dios” (*Elohim*, Gn. 3:5). Cuántos ángeles han escuchado esta sugestión y la han seguido nadie lo sabe aquí en la tierra. Su consejo fue oído y seguido por los progenitores de la raza humana. Por escoger ellos tal carrera, recibieron el castigo prometido por Dios en Su bondadosa amonestación. El había dicho: “El día que de él comieres, ciertamente morirás (*muriendo, morirás*). Jamás faltará ninguna promesa de Dios. Así que toda forma de muerte era la suerte de estas criaturas pecadoras. En el universo no se había conocido ninguna clase de muerte. No fue ésta el castigo divino sobre los ángeles que pecaron, pero para el hombre sí lo fue. Un aspecto grave de este castigo es la muerte espiritual que quiere decir la separación del alma y espíritu humano de su Dios. Este estado de los primeros padres de nuestra raza ha sido la herencia de todos sus descendientes en todas las generaciones. Pertenecen al *cosmos diabólico*. Hasta que sean redimidos por la gracia infinita, ellos participan no sólo en las obras de este *cosmos*, sino también en el espíritu satánico de independencia de Dios. Si un miembro de la raza perdida desea tener una relación correcta con Dios, el primer paso no es el de dar evidencia de querer obedecer a Dios en una forma general, sino el obedecer al evangelio de la salvación divina (Hch. 5:32; Ro. 2:8; 2 Tes. 1:8; He. 5:9; 1 P. 4:17). Detrás de este requisito está la verdad esencial de que una relación correcta con Dios requiere más que un arrepentimiento, seguido por el perdón divino. Se requiere que haya una satisfacción para la santidad de Dios ofendida. Esto se ha provisto en la muerte de Cristo y no se encuentra en ningún otro, y eso hace que Cristo Jesús sea el Camino hacia Dios para ser librado de la mano del maligno. No hay cómo medir el valor de esta curación divina provista en Cristo; porque al creer en El hay paz con Dios, perdón, regeneración juntamente con la vida eterna, justicia imputada y justificación. También está la promesa divina de que el creyente pronto experimentará la conformidad completa al Hijo de Dios en gloria. La mentira satánica: “Seréis como Dios” (*Elohim*), llega a ser un engaño espantoso, mientras las ofertas de la gracia divina dan la seguridad de

que finalmente estaremos unidos a Dios y viviremos conformes a Su santa voluntad para siempre. La mentira llega a ser el antípoda de la verdad en sumo grado. La mentira lleva a la ruina eterna a todos los que la siguen; la verdad llevará a la felicidad eterna con Dios a los que confían únicamente en el Señor Jesucristo. Es una maravilla de la gracia divina la que un alma sea trasladada de la potestad de las tinieblas al reino del Hijo amado (Col. 1:13). ¡Qué tragedia, en verdad, es la vida actual y el destino de cualquier ser humano que, a pesar de haber nacido ya perdido, siga rechazando la gracia de Dios y obstinadamente continúe en su afiliación con el *cosmos diabólico* y al fin participará en el juicio del enemigo de Dios en el lago de fuego.

Pero el plan de llegar a ser como *Elohim* por una mera independencia de Dios tuvo su origen con Satanás, y el proponérselo a Adán indica que el diablo sigue con su propósito original sin cambio alguno.

(c) Cuando se enfrentó con el último Adán (Cristo), Satanás no le dijo a El que sería como *Elohim*, pues bien sabe que Jesucristo es Dios mismo. Sin embargo, tenemos evidencia de su fuerte deseo de ser “semejante al Altísimo” expresado en las palabras “me adorares”. El carácter presuntuoso e impío de esa demanda no puede repetirse en la historia del universo, ni tampoco en las edades futuras. Es probable que aquí, como en ningún otro lugar, la mentira se manifiesta en su carácter falso y pecaminoso al dirigirse directamente a El quien es la Verdad. Audacia sin medida es la palabra que describe la obra satánica de buscar la co-operación de los ángeles y de los hombres; pero ¿quién puede estimar la maldad del que sugiere que Dios, el Creador, se incline ante una de Sus criaturas? El orgullo evidentemente había cegado el entendimiento de Satanás, y tenemos nada menos que la locura angélica, la que aún es responsable por sus hechos. De todo lo que aprendemos de la triple tentación en el desierto, hay una verdad sobresaliente, a saber, que Satanás siempre busca ser semejante al Altísimo.

(d) No es un accidente el que la última manifestación de la mentira de Satanás sea el hombre de pecado, de quien se dice que “se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto,” y quien viene “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad”; quien siempre se distingue por su reclamo blasfemo de ser Dios. En el escrito más antiguo se le describe en las palabras siguientes: “Hijo de hombre, dí al príncipe de Tiro: Así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto se enaltecíó tu corazón, y dijiste: Yo soy un dios, en el trono de Dios estoy sentado en medio de los mares (siendo tú hombre y no Dios), y has puesto tu corazón como corazón de Dios. . . Por tanto,

así ha dicho Jehová el Señor: Por cuanto pusiste tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí yo traigo sobre tí extranjeros, los fuertes de las naciones, que desenvainarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría, y mancharán tu esplendor. Al sepulcro te harán descender, y morirás con la muerte de los que mueren en medio de los mares. ¿Hablarás delante del que te mate, diciendo: Yo soy Dios? Tú hombre eres, y no Dios, en la mano de tu matador” (Ez.28:2,6-9). Dos veces se refiere a esta encarnación de Satanás en la profecía de Daniel (Dn.7:8; 9:27). En el primer pasaje se le caracteriza como el que tenía “boca que hablaba grandes cosas”, y en el último se dice que es el que “hace cesar el sacrificio y la ofrenda.” Esto es precisamente el testimonio del apóstol Pablo quien declara que él “se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Ts.2:4). Parece que él hace cesar el culto dado a Jehová para ser adorado él mismo. De este mismo personaje Juan el apóstol escribe: “Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses, y abrió su boca en blasfemias contra Dios para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra todos los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap.13:3-8). Se espera, por lo tanto, que ese reclamo de ser Dios y ser adorado como Dios, sea el último acto en el drama de la iniquidad; y así es, según el testimonio apostólico en 2 Tesalonicenses 2. Es igualmente razonable que el Señor Jesús indicara a los judíos que la aparición de este inicuo “en el lugar santo” constituye el fin del siglo y una señal para los judíos que huyeran para alcanzar la seguridad (Mt.24:15-22).

El hecho de que Dios permite a Satanás seguir su carrera de mentira hasta su completa consumación con su hombre de pecado (la cabeza federal de las naciones), blasfemando de tal modo hasta reclamar ser Dios, al punto que matará a todos los que no le adoren; todo eso no representa un tema más misterioso que el de dar permiso a que la mentira tuviera existencia en el principio.

Seguindo los aspectos más profundos de todo lo que mueve a Satanás, se ha sugerido que es motivado en primer lugar por el orgullo que es la causa predominante de su ambición impía. En segundo lugar, es posible que Satanás esté ofendido a causa del plan

divino por el cual sus víctimas puedan ser rescatadas, alcanzando así una posición más gloriosa a la que jamás llegará ningún ángel. El Dr. Guillermo Cooke cita lo siguiente de los escritos de Plutarco: "Ha sido opinión bien antigua de que hay ciertos demonios impíos y malignos, que envidian a los hombres buenos y tratan de impedirles en su búsqueda de la virtud para que no alcancen una felicidad más alta que la de ellos" (*Christian Theology*, quinta Ed., p. 628). El hecho de que no hay redención ni para él, ni para los ángeles caídos tiene que resultar en envidia y ofensa, y engendra aborrecimiento satánico hacia Dios y los suyos. Y, en tercer lugar, aparentemente es imposible para Satanás reconocer otra base de relación entre Dios y Sus criaturas fuera de la del mérito personal, la cual era la forma de relación entre ellos en el principio. El mérito personal fue la base de la autoridad de Lucero en su defensa del trono de Dios. Así que la relación con Dios en base de Su gracia, en verdad era cosa extraña y ofensiva para Satanás, pues él sólo acepta la base del mérito personal. El hecho de que las criaturas pecaminosas y perdidas ya pueden justificarse sobre la base de la fe en un Cristo crucificado y resucitado, sin duda es desconcertante y detestable para Satanás. Su ideal siempre es éste y que promulgan sus mensajeros que se llaman "ministros de justicia (personal)" según 2 Corintios 11:13-15. En lo relacionado al mensaje de la salvación por gracia por el cual se salvan los pecadores, Satanás ciega el entendimiento de los hombres en cuanto a esta verdad "para que no les resplandezca la luz del evangelio" (2 Co.4:4). Todo creyente que trata de evangelizar a los perdidos pronto se da cuenta de cuán difícil es para los incrédulos entender el mensaje del evangelio, un mensaje de salvación aparte del mérito humano y que se recibe simplemente por la fe. F. C. Jennings escribe acerca de esa obra de Satanás al cegar el entendimiento humano, diciendo: "El (Satanás) trama en forma tal el curso de este cosmos: sus formas religiosas, sus ceremonias, todo lo decente y respetable, que llegan a formar un grueso velo que cubre *la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*, la cual consiste en ofrecer la misericordia justa a los pecadores penitentes. Este velo no consiste en una vida depravada y pecaminosa, o cualquier otra forma de impiedad humana, sino en una fría formalidad, una decencia sin corazón, un engreimiento orgulloso, una etiqueta de alta estima, y aun en la membresía de una iglesia —pero todo eso *sin Cristo*. En verdad, es lo más fatal de las mentiras, el más oscuro de los velos, y lo más común entre los seres humanos. Es el camino que, por ser religioso, respetable y decente, "parece ser recto al hombre, pero su fin es la muerte," pues no hay ni Cristo, ni Cordero de Dios, ni sangre expiatoria" (*Satanás*, ps. 29,30). Nos falta considerar el caso de que

al oponerse a Dios, Satanás aun se mete en asuntos religiosos.

CAPITULO IX

SATANOLOGIA: METODO DE SATANAS

Al comenzar esta división de la satanología debemos notar otra vez que el propósito dominante de Satanás no es (como muchos suponen) el de tratar de ser diferente de Dios. Satanás mismo ha declarado explícitamente en Isaías 14:14 que la pasión suprema de su existencia es la de ser semejante al Altísimo. Anteriormente hemos trazado los designios de Satanás a través de la historia y de la profecía hasta su consumación; ahora se requiere que lleguemos a la conclusión de que desde la primera manifestación de su ambición hasta su última en el hombre de pecado, el hijo de perdicción quien se declara ser Dios —todo revela que el diablo es impulsado por un solo motivo. La importancia de esto se ve en lo esencial que es para Satanás la adoración que pide que se le de al hombre de pecado, ya que si los moradores de la tierra no lo hacen, los pena con la muerte instantáneamente (Ap.13:15).

Se dice que la multitud no regenerada de la humanidad es engañada por Satanás, y tal engaño es tan trágico como digno de lástima. Satanás se impone sobre ellos por fraude, traición y subterfugio. No hay nada substancial en los objetivos en que han puesto sus esperanzas. Las Sagradas Escrituras reconocen una distinción en el efecto de las mentiras satánicas; a saber, que afectan el elemento humano en el mundo o *cosmos*, pero no el sistema entero que constituye el *cosmos*. Así que no se emplea la palabra *cosmos* en relación con estos engaños; en tal caso se usa la palabra *οἰκουμένη*, que significa los habitantes de la tierra, o sea las naciones. Está escrito en Apocalipsis 12:9 acerca de ellos en la siguiente forma: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero (la tierra habitada); fue arrojado en la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.” También se dice en Apocalipsis 13:14 que sus engaños alcanzan “a los moradores de la tierra.” Además, tenemos en el capítulo 20:3,8 y 10 que él engaña a todas las naciones de la tierra con la excepción de los individuos salvos. Con el mismo fin nos habla del poder de Satanás que ejercerá el hombre de pecado, el que será “con todo engaño de iniquidad para los que se pierden” (2 Tes.2:10). En ese cuadro tan negro, ciertamente, no hay esperanza

alguna para los miembros de esta raza que rechazan al Señor Jesucristo. La Escritura dice, hablando del futuro de los hombres caídos: "los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados" (2 Ti.3:13). A la luz de toda esta revelación los sueños de los guías religiosos, que predicán un mundo o *cosmos* transformado y regenerado por fuerzas humanas, son sin fundamento. Los engaños de Satanás continuarán hasta que sea atado y arrojado al abismo. Pero, ¿Quién va a atar a Satanás y ponerlo en esa prisión? Para ensalzar la justicia divina, es necesario que la disolución del *cosmos* y la desilusión de la mentira lleguen a los fines ya predichos cuando todo sea destruido en el momento de haber llegado al cenit de la maldad. Sólo entonces el Rey de los reyes reinará en justicia y prosperará. En aquel día la justicia y la paz cubrirán la tierra como el agua cubre el mar. ¿Qué forma de engaño es éste que aun los hombre buenos no entienden las enseñanzas sencillas de la Biblia con respecto al curso y el fin de la maldad? Las realidades estupendas representadas en el *cosmos diabólico* no son capaces de transformarse. Cuando Dios ha declarado que este mundo (*cosmos*) continuará hasta su fin predicho y con mayores engaños aún, y que habrá una encarnación de la mentira hasta ser destruida por el Señor Jesús en Su retorno a la tierra, no conviene buscar cómo salvarlo ni transformarlo. Se exhorta a los cristianos que busquen la salvación de los *individuos* a tiempo y fuera de tiempo; pero eso es muy lejos de tener como objetivo el rescatar lo que Dios ha destinado a la destrucción, lo que en su misma naturaleza es antidiós. El más grande engaño que Satanás impone (después de la *mentira* misma) sobre todos los *impíos* y sobre un gran número de cristianos también, es la idea de que sólo lo que la sociedad considera como malo pudiera originarse con el diablo —si en verdad existiera un diablo que pudiera originarlo. No es la mente humana, sino la revelación divina la que indica que gobiernos, moralidad humana, educación, comercio, arte, grandes empresas y mucha actividad religiosa se incluyen en el *cosmos diabólico*. Eso es, que el sistema elaborado por Satanás incluye todo lo bueno que él puede incorporar en el *cosmos* que sea consecuente con los ideales que persigue. Un asunto importante que se presenta aquí es si la presencia de la maldad grosera en el mundo se debe a la voluntad directiva de Satanás o si es a causa de su incapacidad de llevar a cabo todo lo que ha querido hacer. Lo probable es que él se ha embarcado en una empresa, impulsado por su orgullosa ambición, pero que no es capaz de controlar las fuerzas que ha puesto en acción. La revelación divina dice que todo el *cosmos* tiene que ser aniquilado, no sólo lo malo en él, sino todo, lo bueno y lo malo. Dios no va a incorporar en Su reino terrenal los

vestigios de la empresa satánica caída. El *cosmos diabólico* tiene que ser “desmenuzado” y ser como el tamo de las eras que se lo lleva el viento, y todo sucede antes de que Cristo (la Piedra no cortada con mano humana) venga a la tierra para establecer Su reino que llenará toda la tierra (Dn.2:34,35,44,45). El Nuevo Testamento predice el mismo fin, diciendo: “y el mundo (*cosmos*) pasa, y sus deseos” (1 Jn.2:17). Lo único que sobrevivirá a este cataclismo se ve en la última parte del texto ya citado; a saber, “el que hace la voluntad de Dios permanecerá para siempre.” *La mentira* se extiende al punto de que su manifestación incluye todo lo que hay en el *cosmos* edificado sobre el concepto satánico que lo dio a luz —*la independencia de Dios*. El hacer la voluntad de Dios es *hacer* la verdad; el actuar aparte de Dios es *hacer* la mentira. *La verdad*, que es la voluntad de Dios, y los que la hacen, permanecerán para siempre. No debe sorprendernos a nosotros que la estructura edificada por Satanás termine en tal forma, pero los que son del mundo (*cosmos*) no prestan atención a la Palabra de Dios ni aun a los cristianos les impresiona mucho la Verdad revelada. En eso se ve el alcance de la mentira satánica. La independencia de Dios que influye en todo el sistema, las mentiras acerca de la persona del diablo, de sus propósitos y la extensión de su sistema, todos ellos constituyen los aspectos primarios del *método* satánico en el *cosmos*.

Para poder seguir su propósito de exaltarse sobre Dios mismo, Satanás tiene que oponerse a las obras divinas, y tal oposición naturalmente se verá donde Dios está obrando actualmente. Puesto que Dios no tiene ningún programa de reformación, ni de educación, ni de civilización, jamás habrá conflicto entre el diablo y Dios en esas esferas. No hay evidencia alguna de que este presente orden de cosas representa parte del programa o propósito de Dios. La relación actual entre Dios y el *cosmos*, fuera de que El permite que exista, y le pone sus límites, es la de salvar del mundo un pueblo elegido para Su gloria eterna. Por el contrario, el doble objetivo de Satanás de exaltarse a sí mismo y oponerse a Dios son claves para poder entender lo que no sería posible sin ese conocimiento. Se revela además, que la enemistad de Satanás no sólo se dirige a la Persona de Dios (a quien teme con razón), sino está dirigida hacia todo verdadero hijo de Dios. Esto es algo que no se puede enfatizar demasiado. Satanás no tiene guerra con los suyos, o sea, aquella masa de la humanidad impía, pero hay evidencia abundante en las Sagradas Escrituras para probar que él no descansa nunca en la guerra contra los santos para dañar sus vidas o servicio. El motivo que lo explica se ve en 2 Pedro 1:4, donde dice que el creyente “participa de la naturaleza divina”, y así le ofrece a Satanás una oportunidad de alcanzar a Dios al herir a

aquellos que son la morada del Espíritu Santo. Es así como el creyente sirve a manera de enlace entre el sistema satánico y la Deidad, porque es la verdad también que Dios ama a los pecadores mediante los creyentes (Ro.5:5). En respuesta, el príncipe del sistema satánico busca siempre una oportunidad de alcanzar a Dios a través de los Suyos.

Hay varios pasajes importantes sobre este asunto, que podemos anotar aquí, y son: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn.16:33); “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo” (1 P.5:7-9); “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en regiones celestes” (Ef.6:10-12). Estos pasajes enseñan claramente que hay una enemistad satánica contra el creyente en Cristo, y que el cristiano necesita ayuda divina para defenderse. También revelan una intensidad de odio que resultaría en la muerte del cristiano si no fuera por la oración del Señor a favor de ellos, diciendo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal (o maligno)” (Jn.17:15). Con razón el creyente puede esperar fuerte oposición de parte de Satanás y de sus huestes, y su sola defensa para su vida y servicio es la fe que vence al mundo (*cosmos*).

También el creyente es el blanco de los ataques de Satanás por cuanto le ha sido encomendado el ministerio de la reconciliación, que por su vida victoriosa, la palabra predicada, y sus oraciones fervientes, se conocen las grandes verdades de la redención que es en Cristo Jesús. Si el diablo puede dañar en alguna forma el servicio del cristiano, impide así el desarrollo del propósito de Dios en el mundo. No hay otra explicación para las negras páginas de la historia eclesiástica, ni para el triste fracaso de la iglesia en cumplir con la evangelización del mundo, ni para las divisiones sectarias e indiferencia egoísta, o por su estado final según la presenta Apocalipsis 3:15-17. Es posible sentir esta oposición satánica cada vez que se hace un esfuerzo por alcanzar a los perdidos con el mensaje del evangelio. Se ve, por ejemplo, en el hecho de que aun en

Norteamérica hay pocos que han recibido un mensaje adecuado de la salvación en Cristo Jesús. Además, cuando se les predica el evangelio muchas veces se desvía introduciendo asuntos ajenos o de menor importancia. El obrero cristiano fiel, sea pastor o evangelista, es atacado fuertemente, pues Satanás usa toda estratagema para hacer que los perdidos no comprendan el mensaje de redención por gracia divina. A veces el llamamiento a aceptar a Cristo no es muy claro, y aun puede hacer que el oyente se extravíe, haciendo incomprensible el significado de la fraseología que se utiliza; y el resultado es que todo el esfuerzo llega a fracasar. También, el poder opositor de Satanás se ve en el ofrendador cristiano. Se dan millones de dólares para la educación, la civilización, la medicina y otras cosas importantes; pero lo de suma importancia, la evangelización del mundo, siempre está a la zaga y sufre por falta de fondos. Pero más notable aún es la guerra de Satanás en lo relacionado con la vida devocional del creyente, y porque esto representa un campo de actividad más perjudicial al éxito de los deseos satánicos hay necesariamente más fuertes ataques de parte del diablo y los suyos. Desgraciadamente hay pocos de los creyentes en Cristo que participan en este ministerio tan efectivo, a pesar de las promesas de Dios de bendecir al que lo haga. Si el diablo no puede inducir al creyente a negar a Cristo en alguna forma, o hacerle indiferente a las cosas espirituales, entonces procurará que caiga en la trampa de enfatizar alguna verdad de menor importancia, y eso hará que su testimonio sea menos efectivo por falta de balance.

La guerra de Satanás contra los propósitos de Dios es más evidente en lo que hace para impedir a los impíos el conocer la verdad. No sólo les ciega el entendimiento a los pecadores en cuanto al evangelio, sino también que sus mentes se llenan de temores cuando el Espíritu Santo los atrae a Cristo. El hecho de que no pueden descansar en Cristo para su salvación es un misterio aun para ellos, y sólo el poder iluminador del Espíritu de Dios puede convencerlos de su necesidad espiritual.

Satanás siempre ha podido adoptar sus métodos a lo que requieren las circunstancias y los tiempos. Si se ha ganado la atención de una persona, él hace que se niegue por completo la verdad en que piensa; o si se requiere que una verdad sea reconocida, él se lo permite con tal de que lo vital del plan de redención sea omitido. Este reconocimiento parcial de la verdad es practicado en el mundo hoy en día, porque mientras el resultado directo del testimonio del creyente al mundo o *cosmos* ha sido el de sacar de él una Esposa para Cristo, ha habido una influencia indirecta de ese testimonio que ha hecho que el mundo crea que sus ideales ya se ven en la Biblia, y aun

ejemplificados en Cristo. Además, el mundo sabe que todos los principios de simpatía humanitaria o de gobierno justo son revelados en las Sagradas Escrituras. Así que ha surgido un reconocimiento popular del valor de esos preceptos bíblicos y del ejemplo que se ve en la vida del Señor Jesús. Tal condición ha prevalecido en el mundo hoy y ha hecho necesario que si un nuevo sistema de doctrina quiere adquirir seguidores, tiene que buscar sus preceptos en la Biblia, y hasta cierto punto incluir algo de la persona y obra de Cristo Jesús. El hecho de que el mundo ha reconocido el valor de las enseñanzas bíblicas es aceptado por algunos como una gran victoria de Dios, mientras la verdad es que más que nunca la humanidad caída rechaza las ofertas de salvación por gracia en Cristo. Es evidente que esta aceptación parcial del testimonio bíblico ha permitido que se levanten varios sistemas falsos e imitadores de la verdad, los cuales, según las Escrituras proféticas, constituyen los métodos más espantosos en la guerra satánica contra Dios. Pero es menester reconocer que el diablo no ha cedido en nada de lo básico de su posición, pues él puede aceptar mucha verdad bíblica con tal que no se reconozca la que es esencial a la salvación. Al favorecer mucho de la verdad bíblica en la forma de un sistema religioso espurio, él puede avanzar en su propia causa porque así satisface todos los deseos externos de religión que reclama el mundo sin darles lo necesario para salvarse del pecado que los tiene encadenados. Por lo tanto, no conviene consentir ciegamente a lo que promete de lo bueno en general simplemente porque es bueno o porque contiene algunas enseñanzas bíblicas; porque ha cesado el tiempo cuando todo lo bueno es de Dios y todo lo malo es del diablo —hay algo de bueno en las doctrinas diabólicas. En verdad, lo que es malo en su propósito se ha apropiado de lo bueno de tal modo que hay un solo asunto que los distingue. La enseñanza parcial de la verdad está hoy en conflicto con la de la verdad total, o sea la predicación de todo el consejo de Dios, y ¡ay de los que no pueden discernir la diferencia! La verdad parcial, aunque externamente religiosa, es de Satanás y lleva a los seguidores a la perdición eterna, mientras la verdad bíblica total es de Dios y conduce a sus seguidores a la vida eterna.

También se ha notado que la palabra “infiel” casi ha desaparecido del vocabulario dentro de una generación, y tal forma de negarse abiertamente la verdad se ha abandonado. Con todo, la Iglesia verdadera no está sin enemigos, éstos son más numerosos y temibles que nunca. Sin embargo, estos enemigos actuales, como las aves inmundas en el árbol de mostaza, han anidado en sus ramas. Rinden culto delante de sus más sagrados altares y dirigen aun sus instituciones. Estos “gallinazos” comen de la multitud, tanto dentro

como fuera de la iglesia, que cegados por Satanás, están listos a aceptar formas de doctrina que prometen el mejoramiento del mundo aparentemente basadas en las Sagradas Escrituras; pero que, en realidad, están lejos de la voluntad de Dios, y realmente apoyan a Satanás, el enemigo de Dios.

Una imitación es la forma más natural que se esperaría de Satanás para resistir el propósito de Dios, porque por ella se logra el deseo satánico de ser semejante al Altísimo. Todo lo necesario está a la mano hoy día para el cumplimiento de esas condiciones predichas para el fin de la dispensación. En 2 Timoteo 3:1-5 encontramos lo siguiente de la pluma apostólica: "También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita."

Cada palabra de esta profecía es digna de atención, especialmente a la luz de las tendencias corrientes de la sociedad. Llamamos la atención especialmente al verso cinco, porque tiene aplicación al asunto de los falsificadores de la verdad: "que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita." Dice claramente que en los postreros días aparecerán formas de piedad que negarán la eficacia de ella; y se advierte al creyente a que eviten a los tales. El elemento importante de la fe verdadera que será omitido en esta "apariencia de piedad" se describe en otras Escrituras. "Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego" (Ro. 1:16). "Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; más para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios" (1 Co. 1:23-24). Por consiguiente, lo que se omite en estas "apariencias de piedad" es la salvación en Cristo Jesús. Esto es muy significativo, porque "no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos", y es únicamente por esa salvación que el hombre puede escapar del reino de las tinieblas. Sin ser salvos así, Satanás puede reclamarlos a todos como suyos. Tal vez sea necesario añadir que, según todos sus escritos, el apóstol Pablo predicaba esta salvación (de la cual no se avergonzaba) como una obra de regeneración efectuada por el Espíritu Santo; y cualesquiera que sean las otras teorías presentadas, esa es la enseñanza del Espíritu por medio de Pablo, el apóstol a los gentiles. La profecía acerca de los postreros días que

hemos anotado, termina con un mandato dirigido a los creyentes que vivirán para Cristo en ese tiempo. A los tales se dice: "A éstos (los que tienen apariencia de piedad, pero que niegan su eficacia) evita." Puesto que las señales indican que ya estamos en los postreros días, es menester que obedezcamos el mandamiento del Señor y nos separemos de aquellas denominaciones e instituciones que niegan el evangelio de la gracia de Dios mediante la expiación cruenta de Cristo en la Cruz. El prestar apoyo a los ministerios o instituciones que niegan "la eficacia de ella" es apoyar a Satanás, el enemigo de Dios. Hay una fuerte advertencia en 2 Pedro 2:1 que conviene incluir aquí, y que dice: "Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina." En la misma forma, según este pasaje, la negación no es de la *persona* de Cristo, sino Su obra redentora —"al Señor que los rescató." Por lo consiguiente un rasgo importante de las herejías de los postreros tiempos es una apariencia de piedad que niega el poder de la salvación en Cristo.

Además, se dice que Satanás será el promotor, en los postreros tiempos, de un sistema de verdad o de doctrina: "Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia . . ." (1 Ti. 4:1-2). Aquí tenemos una descripción exacta de estos sistemas predichos. Lo que ofrecerán será tan atractivo y externamente religioso que "algunos apostatarán de la fe" siendo seducidos por espíritus engañadores. La palabra "fe" aquí no se refiere a la fe personal o sea la actitud de creer, sino es en referencia a la fe como un cuerpo de verdad (comp. Judas 3) que primeramente uno cree y luego la rechaza. Esto jamás lo hará una persona verdaderamente regenerada. Estos sistemas no sólo son de Satanás, sino también en sí son "hipocresía de mentirosos" y son predicados por los que tienen sus conciencias cauterizadas; esta terminología es bien llamativa. Una mentira cubierta por la hipocresía quiere decir que ellos todavía tratan de ser contados entre los fieles; y la conciencia cauterizada parece indicar que son capaces de pervertir el testimonio de Dios, guiando a otros ciegamente al camino de la perdición sin remordimiento ni pesar. Se hace referencia a las doctrinas de demonios otra vez en Apocalipsis 2:24 llamándolas "las profundidades de Satanás", que son la falsificación de lo que Pablo llama "lo profundo de Dios" revelado a los que Le aman (1 Co. 2:10). Así que se predice para los postreros días de esta dispensación tanto una apariencia de piedad que niega la eficacia de la salvación en

Cristo, y también un sistema conocido como “las profundidades de Satanás”, o “las doctrinas de demonios”, por la hipocresía de mentirosos. ¿Habría duda de que estas escrituras describan la misma cosa puesto que se refieren al mismo tiempo? La mentira del uno es nada más que la negación hipócrita del otro.

Además de esto, Satanás tiene su asamblea o congregación, que es una imitación de las iglesias cristianas locales. Se refiere a esta congregación en Apocalipsis 2:9 y 3:9 como “sinagoga de Satanás”, porque una asamblea organizada es igualmente necesaria para doctrinar en las profundidades de Satanás como lo es en la iglesia local en las cosas profundas de Dios. En Mateo 13 la cizaña aparece *entre* el trigo y esto sucede después de el aparecimiento del trigo. Así es como a veces los “hijos del maligno” se asoman en las congregaciones del Señor. La asamblea de Satanás, llamándose parte de la iglesia visible cristiana, tiene sus ministros y maestros. Esto se declara en 2 Corintios 11:13-15: “Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y esto no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.” En esto tenemos una revelación extraordinaria de la extensión posible de la falsificación satánica, pues aquí hay “falsos apóstoles, obreros fraudulentos que se disfrazan como apóstoles de Cristo y ministros de justicia.” Nos dice que ellos son agentes del mismo Satanás, el gran engañador, que se disfraza como ángel de luz. Es claro que el método de este engaño es el de imitar a los ministros verdaderos del Señor Jesús. Ciertamente es que estos falsos apóstoles no pueden presentarse como tales sin incluir en su mensaje una “apariencia de piedad” y también cubrir sus mentiras con la hipocresía más sutil. La maldad no se verá exteriormente en estos sistemas; más bien se lo anunciará como “otro evangelio”, o como un entendimiento más amplio de la verdad ya aceptada, y porque son proclamados por los llamados ministros de Cristo, serán muy atractivos y engañosos. Estos “ministros” tendrán sus vidas libres de grandes tentaciones diabólicas y se verá algo de la hermosura de aquel ángel de luz quien es la encarnación del engaño. Pero se debe notar que muchas veces estos falsos ministros no necesariamente conocerán el verdadero significado de sus ministerios. Por ser personas del *cosmos*, no regeneradas y así, ciegos con respecto al evangelio verdadero, son sinceros y predicán lo que su jefe, el ángel de luz les ha revelado. Su evangelio es el de la razón humana y apela a los recursos humanos. No hay ningún aprecio para la revelación divina porque no conocen en verdad al Hijo de Dios, el Señor Jesucristo. Son ministros de

justicia y tal mensaje no debe confundirse con el de la gracia de Dios. Se predica el primero buscando la reforma del hombre natural, mientras el de la gracia tiene el propósito de regenerarle por el poder de Dios. Porque todo esto es la pura verdad, ¡cuán peligrosa es la actitud de los que siguen a los ministros y guías atractivos simplemente porque reclaman ser tales, y porque son sinceros! Tales personas no se dan cuenta de que hay una prueba conclusiva de doctrina por la cual se puede discernir que tales sistemas religiosos son en realidad satánicos y no representan jamás la verdad de Dios. Vale la pena citar aquí la advertencia del apóstol Juan en 2 Juan 10: “Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!”

Los falsos maestros usualmente están llenos de celo humanitario y son sinceros; pero son personas no regeneradas. Este criterio necesariamente se sigue al comprender que ellos niegan la única base de redención. Porque no son regenerados se dice de ellos que: “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Estos líderes religiosos pueden ser inteligentes, preparados y capaces de hablar con autoridad sobre todo aspecto de conocimiento humano, pero si no han nacido de nuevo su criterio en los asuntos espirituales no vale nada. Todo maestro debe ser examinado en cuanto a su actitud hacia la doctrina de la redención por la sangre de Cristo, y no considerar nada de sus personalidades, ni preparación, ni sinceridad.

Siendo que la redención por sangre expiatoria efectuada por el Señor en la cruz es la verdad central que da valor a la fe de la persona que cree porque es “poder de Dios para salvación” (Ro. 1:16; 1 Co. 1:23-24), cualquier sistema falso de doctrina que la omita tendrá que poner una verdad secundaria en ese lugar prominente desocupado. Se puede substituir por cualquiera de las grandes verdades bíblicas, tales como la salud física, la vida de ultratumba, la moralidad, la profecía no cumplida, o ritos religiosos. Todos estos tópicos se encuentran desarrollados en las Sagradas Escrituras, pero con énfasis y proporción apropiados; pero el hecho de que son de gran interés para la humanidad le proveen a Satanás la oportunidad de ocuparlas como verdades básicas y fundamentales en su falso sistema. Esto hace que muchas personas se fijen en lo secundario y pasen por alto lo de suprema importancia, porque las cosas secundarias son tangibles y visibles, mientras las espirituales no lo son. También Satanás les ha cegado el entendimiento en cuanto a lo que tiene valor eterno. Así que, es posible formular un sistema de doctrina que incluye toda verdad bíblica menos una: la exaltación de la Persona de Cristo, pero

no su obra, y en esa forma una verdad secundaria llega a ser lo principal. Tal sistema será aceptado por la humanidad ciega, pero éste no incluirá el poder de Dios para salvación. Naturalmente se supondrá que esos sistemas satánicos no tendrán ni valor ni poder, porque Dios no los bendice, pero tal suposición no toma en cuenta el poder inherente en Satanás. Las Escrituras lo describen como un ser que tiene poderes milagrosos de tal modo que puede hacer maravillas que inducirán a todos en el mundo a seguirle y adorarle. El puede también conceder ese poder a otros según Apocalipsis 13:2. Así que no es una maravilla si sus “ministros de justicia” son capaces de ejercer poder sobrehumano si de este modo se logra un objetivo deseado por el diablo. Sin duda alguna ha habido manifestaciones del gran poder de Satanás durante todas las edades pasadas, porque es imposible que la humanidad haya adorado a otros dioses ciegamente sin recompensa alguna, y por eso Satanás mismo ha sido adorado (Lev. 17:7; 2 Cr. 11:15; Ap. 9:20).

Por lo tanto no es una evidencia conclusiva que un sistema de doctrina es de Dios simplemente porque hay manifestaciones de poder sobrehumano que la acompaña, ni tampoco que Dios ha contestado las oraciones porque ha habido contestaciones. Dios necesariamente se limita en Sus actividades conforme a la ley de Su propia santidad, y el acceso a Su presencia es únicamente por la sangre de Cristo, “por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne” (He. 10:19-20). El presentarse ante Dios en oración sin tomar en cuenta esa verdad es insultar y ensuciar al que es infinitamente puro y santo. Ciertamente es que este mundo dominado por Satanás no se allega a Dios por la sangre de Cristo Jesús.

A veces las iglesias cristianas caen en la trampa doctrinal de “todo engaño de iniquidad” que Satanás origina. Es triste cada semana observar a las iglesias llenas de personas que escuchan únicamente las filosofías humanas y que ninguno de ellos se levanta a protestar esa negación de la verdad que es la base para la existencia de la iglesia y la esperanza eterna del creyente. Los infieles de los siglos pasados eran hombres más honorables que éstos que predicán en las iglesias porque quedaron fuera de ella. Pero hoy es notable cuán inconsecuentes son, pues hombres aun vestidos con ropa eclesiástica, que ministran sus ordenanzas y sostenidos con su dinero, atacan a Dios, que hizo que Cristo Jesús sea el único fundamento de justicia, santificación y redención. Las predicciones acerca de los postreros días no sólo se cumplen en el establecimiento de sistemas falsos de doctrina, sino también se encuentran en la misma iglesia visible: “Porque vendrán tiempos cuando no sufrirán la sana doctrina, sino

que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (2 Ti. 4:3-4). Grandes actividades religiosas son posibles sin incluir la fe salvadora. Es posible pelear contra el pecado y aun no predicar a Cristo; hay como buscar los ideales más altos de las Sagradas Escrituras sin ofrecerles a los oyentes la forma de alcanzarlos. En verdad, son bien fascinantes estas actividades humanitarias, pero que son religiosas sólo en su forma y título. A la vez son bien atractivos esos líderes que anuncian que no están tan preocupados con las doctrinas bíblicas porque más importante les es ayudar a la humanidad que sufre tanto. Pero, toda esta actividad y preocupación son perdidas si no se incluye el mensaje positivo de la salvación en el Señor Jesús, quien dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn. 14:6).

¿Quién será el Dios de estos sistemas, o el poder que obra en esta gente, o el que contesta sus oraciones? Seguramente no puede ser el Dios de la Biblia el cual no puede negarse a sí mismo, cuya palabra jamás pasará. La revelación divina nos presenta un sólo ser que es capaz de efectuar tales obras, el mismo que tiene motivo suficientemente fuerte para hacerlos, porque la Biblia claramente predice que "se opondrá" y "se exaltará" así en los postreros tiempos. Muchas de las verdades secundarias son la herencia de los hijos de Dios; sin embargo, si hay necesidad de escoger lo mejor, la sabiduría divina indicaría que todas las verdades secundarias enfatizadas por Satanás son temporales, y jamás se les puede comparar con las riquezas eternas de la gracia divina en el Señor Jesucristo.

Hay ciertos grandes ^{HINDUISMO, BUDDISMO, ISLAM,} sistemas religiosos que no tienen relación alguna con la Biblia que han existido por centenares de años con millones de devotos, y que dan evidencia clara de que son de origen satánico. Entre ellos se cuenta el paganismo y el espiritismo. El problema moral del hombre siempre es instrumento ocupado por estos sistemas de religión para ganar adherentes. Se ha predicado una religión de buen carácter o dignidad personal y esta herejía es diametralmente opuesta al evangelio de la gracia de Dios en Cristo, la que salva al pecador sin mérito alguno. Tal mensaje se oye aún en la iglesia de tal modo que pocos que predicán el evangelio escapan de esa propensión. Podemos afirmar, sin temor de contradicción, que a la medida en que se incluya algo de mérito humano en nuestra predicación, hasta ese punto hay algo del mensaje satánico. Los ministros de Satanás proclaman la justicia personal como base para ser aceptados por Dios (2 Co. 11:13-15). Y la Iglesia Católica Romana ha sido una de las principales fuentes de esa doctrina, ✓

confundiendo a millares de personas, guiándoles a la perdición.

Como se ha observado, las sectas se multiplican hoy en día como en ningún otro tiempo. Se incluyen entre ellos toda forma de doctrina desde la Ciencia Cristiana hasta el Buchmanismo, que igualmente niegan la redención mediante el sacrificio del Señor Jesús en la Cruz. La Ciencia Cristiana substituye la salud física por la salvación del alma, y el Buchmanismo predica el consagrarse a Dios en lugar del nuevo renacimiento por el Espíritu Santo. La creencia moderna de que la salvación es por fe mas la consagración es también errónea. Probablemente la secta moderna *Yo Soy* es la más atrevida de todas porque abiertamente declara que acepta todo lo incluido en la mentira original, lo que se ve en el nombre blasfemo de esta religión. Bien pudiera haberse denominado, *Yo seré semejante al Altísimo*. No hay espacio aquí para apuntar todas estas nuevas sectas y es imposible conceptuar cuán numerosas serán al pasar los años. Sin embargo, para todas, la prueba doctrinal por la cual tienen que ser examinadas es: ¿Qué lugar ocupa en su sistema la gracia redentora de Dios mediante el sacrificio y sangre derramada del Señor Jesús ?

CONCLUSION A LA SATANALOGIA

A la luz de lo que se ha escrito en las divisiones anteriores de la satanalogía, se puede concluir que, por la creación Satanás es el más elevado de los ángeles, el cual cayó en pecado cegado por el entendimiento torcido que siempre engendra el orgullo. Su pecado adoptó la forma de tratar de actuar independiente del Creador, lo que resultó en su encarnación de la Mentira como Dios lo es de la Verdad. Según el método divino de tratar con sus criaturas desviadas, le permite —si no se le requiere— desarrollar experimentalmente su filosofía, y hoy día la corrupción manifiesta en el mundo demuestra la naturaleza de pecado que aún no ha terminado su carrera. Las Escrituras proféticas infalibles indican que terminará después de demostrar cuán irracional, incomprensible y de ruina espiritual es dicha filosofía. Durante estas edades terribles de prueba, la Luz y las tinieblas luchan y también la Verdad contra la mentira. Cierto es que poca atención han prestado a las Escrituras los que enseñan que el maligno es una mera influencia en el mundo. Acerca de esa falta de atención a la revelación divina el Dr. Gerhart escribe: “En la historia de Jesús el hecho del aborrecimiento mortal de lo Malo contra lo Bueno, de la malicia demoníaca contra la Virtud inmaculada no se puede negar. Los que prefieren adjudicar tal inhumanidad y espíritu diabólico exclusivamente a los judíos y gentiles (en vez de reconocer a un espíritu personal maligno en el fondo), no se pueden librar del

diablo, como lo suponen. Hacen del hombre un *diablo* porque él está investido con una clase y grado de *malicia* que deshumaniza la naturaleza humana; convierte a la tierra en un infierno, y la historia humana llega a ser la de una guerra entre demonios encarnados” (*Institutes of the Christian Religion*, I, 697). Tal vez las dos cosas declaradas aquí son la verdad. No sólo se ve a Satanás y sus ángeles como en verdad lo son, sino que la humanidad aliada con ellos a los ojos divinos es totalmente mala, si no diabólica. Los que han decidido seguir con el mundo o *cosmos*, si no se salvan por medio de Cristo, tendrán su parte en el lago de fuego preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25:41; Ap. 20:10). A los tales, sin embargo, se les debe anunciar el evangelio de redención eterna por Cristo Jesús. ¡Cuán maravillosa es la gracia de Dios ofrecida a estos enemigos (Ro. 5:10)! Y ¡cuán benditas son las palabras del Señor . . . “que no se pierda, mas tenga vida eterna! ”

CAPITULO X

DEMONOLOGIA

Inevitablemente mucho de este tema ha aparecido anteriormente en esta tesis. Falta, sin embargo, considerar más específicamente lo revelado acerca de los ángeles caídos denominados *demonios*. Se ha presentado alguna evidencia de que éstos son ángeles que siguieron a Satanás en su rebelión contra Dios, y no es insignificativo que se les llame ángeles propios de Satanás (Mt. 25:41; Ap. 12:9). Esto no quiere decir que él los creara, sino que es responsable por haberlos influenciado a enrolarse en su carrera de maldad. El testimonio de Dios en el huerto del Edén al trazar la culpabilidad del pecado de Adán a la mujer, y luego a la serpiente, bien puede aplicarse a estos seres angélicos caídos y así la responsabilidad por el comienzo del pecado cae última y justamente sobre el primer pecador —Satanás. También es muy significativo el hecho de que hay más pasajes bíblicos para desarrollar la verdad acerca de Satanás que los existentes acerca de todos los ángeles caídos juntos. En verdad este arcángel quien es jefe supremo de los demonios es muy fuerte. El es aquel *hombre fuerte* de Mateo 12:29 quien será atado y su casa destruida.

La Biblia declara que Satanás es rey de dos reinos; el de los espíritus caídos cuyo número es legión (Mr. 5:9; Lc. 8:30), y el del *cosmos*. Se hace mención de la autoridad que Satanás ejerce sobre las huestes de demonios en muchas porciones bíblicas, y la de Mateo 12:22-30 es un ejemplo bien claro, que dice así: “Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo, y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba. Y toda la gente estaba atónita, y decía: ¿Será éste aquel Hijo de David? Más los fariseos, al oírlo, decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios. Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino? Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan fuera vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y

saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa. El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama." Los títulos *principados* y *potestades*, cuando se refieren a los espíritus caídos, indican a los ángeles fuertes sobre los cuales Satanás reina supremo.

Con referencia a la autoridad de Satanás sobre el *cosmos* las declaraciones son directas y terminantes. Dice que él es *dios de este siglo* (2 Co. 4:4), "el príncipe de este mundo" (*cosmos*), el que obra en los hijos de desobediencia, el que justamente se llama *la potestad de las tinieblas*, y el *maligno*, bajo cuya autoridad está todo el cosmos. En la misma manera la Biblia habla del trono terrenal de Satanás en Apocalipsis 2:13. Efesios 6:12 nos habla de la misma autoridad satánica donde dice: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes."

La Biblia declara enfáticamente que los demonios ejercen la voluntad de su rey, y parece que se han consagrado a llevar a cabo el último propósito de Satanás. A tal propósito se dedicaron cuando dejaron su dignidad de ángeles no caídos (2 P. 2:4; Jud. 6). Su servicio parece extenderse a todo el universo dondequiera que alcance la autoridad de Satanás. Aunque Satanás desea ocupar el trono de Dios, con todo, él no es omnipotente; sin embargo su autoridad y poder se extienden grandemente por tener a su mando todos los demonios. Satanás no es omnisciente; pero alcanza a saber mucho por la inteligencia y observación de sus súbditos malignos. Tampoco él es omnipresente, pero puede actuar en todo lugar mediante la presencia de su hueste leal de demonios.

Clarence Larkin, escribiendo en su libro, *The Spirit World*, (p.23), distingue entre los ángeles caídos atados y los que están libres. Citando Judas 6-7 dice: "Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno", y uniéndolo con Génesis 6:1-4 que dice: "Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, y viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años. Había gigantes en la tierra en

aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y los engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre,” el Sr. Larkin concluye que los ángeles caídos encadenados son así por haber tenido relaciones sexuales con mujeres de la raza humana. Las frases “en pos de vicios contra naturaleza” y “fornicación” refiriéndose a Sodoma y Gomorra, para el Sr. Larkin sugiere que Judas 1:6-7 enseña semejanza con el pecado de los ángeles caídos en prisiones.

Se debe incluir todo lo relacionado con el asunto de los “hijos de Dios” mencionados en Génesis 6:1-4 (comp. Job 1:6; 2:1; 38:7) bajo el tema de demonología. Muchos eruditos bíblicos creen que éstos se refieren a los descendientes del linaje de Set; otros (por ejemplo, el Sr. Larkin) creen que esto se refiere a la unión de mujeres humanas con seres angélicos caídos. Probablemente no se llegará nunca a una solución satisfactoria para todos. El argumento del Sr. Larkin, que incluye mucho del argumento contrario, sigue:

“¿Quiénes son estos ángeles? No son de Satanás pues sus ángeles no están encarcelados en tinieblas, sino que andan libremente como su jefe. El lugar de su encarcelamiento no es el infierno, sino el tártaro. ¿Qué fue su pecado? La fornicación, y esto de una naturaleza anormal, la relación sexual ilegal de seres angélicos con ‘carne extraña’, o sea seres con una naturaleza distinta que las suyas. ¿Cuándo se cometió este pecado? El texto dice ‘en los días de Noé’ y que fue la causa del diluvio.

¿Quiénes eran estos ‘hijos de Dios’? Algunos dicen que eran hijos de Set, y que las ‘hijas de los hombres’ eran hijas de Caín, y que el significado del texto es que los hijos del linaje justo de Set se unieron en matrimonio con las hijas de Caín, y el resultado fue descendientes impíos. La base de esto es que los ‘hijos de Dios’ eran descendientes de Set que vivían apartados de los de Caín hasta un poco antes del diluvio, y que constituían una raza pura y santa, mientras los descendientes de Caín eran impíos, sus mujeres irreligiosas y carnales, que poseyeron encanto físico que no lo tenían las hijas de Set. Tal suposición no tiene ninguna base bíblica. Es verdad que Génesis 4:26 dice que después del nacimiento de Enós, hijo de Set, los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová; pero eso no debe limitarse necesariamente a los descendientes de Set, ni tampoco concluir que todos los descendientes de Set eran justos. Como fue en los años tempranos de la historia humana, era necesario que hermanos y parientes cercanos se casaran, sería poco probable que los descendientes de Set y de Caín no se casaran hasta un poco antes del diluvio, y sería bien raro que cuando se casaran les nacieran gigantes u hombres de renombre. Es notable que no haya mención de gigantas o “mujeres de renombre”, lo que hubiera sucedido si esta unión fuera sólo entre los hijos de Set e hijas de Caín. Puesto que tanto los descendientes de Set (menos 8 personas) y los de Caín se murieron en el diluvio, es evidente que todos eran igualmente pecadores a la vista de Dios. Si se quiso decir los hijos de Set y las hijas de Caín, ¿por qué no lo dijo Moisés quien escribió el pentateuco? No basta decir que la gente del tiempo de Moisés supo lo que él quería decir. Las Escrituras deben decir lo que quieren decir. Nos dice que

cuando *los hombres* comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, los ‘hijos de Dios’ vieron a las hijas de los *hombres*. Este uso de la palabra *hombre* significa toda la raza adámica, y no sólo los descendientes de Caín, y así se distinguen de los hijos de Dios. Si los ‘hijos de Dios’ fueran hombres no habría contraste en las dos frases enunciadas.

Se usan cuatro nombres en Génesis 6:1-4. Primeramente ‘*Bne-Ha-Elohim*’, traducido ‘hijos de Dios’; ‘*Bnoth-Ha-Adam*’, traducido ‘hijas de los hombres’; ‘*Hans-Nephi-lim*’, traducido ‘gigantes’; y ‘*Hog-Gibborim*’, traducido ‘hombres de renombre’. El título ‘*Bne-Ha-Elohim*’ o ‘hijos de Dios’ no tiene el mismo significado en el Antiguo Testamento como lo tiene en el Nuevo. En el Nuevo Testamento se le aplica a los que han llegado a ser ‘hijos de Dios’ por el nuevo nacimiento (Jn. 1:12; Ro. 8:14; 1 Jn. 3:1-2). En el Antiguo Testamento se aplica únicamente a los ángeles, y se encuentra así cinco veces. Dos veces se ve en Génesis (6:2-4), y tres veces en Job donde se clasifica a Satanás, un ser angélico, entre los ‘hijos de Dios’ (Job 1:6; 2:1; 38:7). La frase ‘hijo de Dios’ así denota un ser que existe por un acto creativo de Dios. Tales seres eran los ángeles y también Adán denominado así en Lucas 3:38. Los hijos que nacen naturalmente de Adán no son creados específicamente por Dios. Adán fue creado ‘a semejanza de Dios’ (Gn. 5:1) pero sus descendientes nacieron a semejanza de Adán, porque leemos en Génesis 5:3 que Adán *engendró un hijo a su semejanza conforme a su imagen*. Así que, todos los que nacen de Adán y sus descendientes por generación natural se llaman ‘hijos de los hombres’ y es únicamente por “nacer de nuevo” (Jn. 3:3-7), que es una nueva creación, que ellos llegan a ser ‘hijos de Dios’ en el sentido neotestamentario. La Sinagoga Judía antigua enseñaba que los ‘hijos de Dios’ de Génesis 6:1-4 eran ángeles, y también los judíos helenistas antes y durante el tiempo de Cristo en la tierra. La Iglesia Cristiana sostenía la misma creencia hasta el siglo cuatro cuando comenzó a llamarlos ‘hijos de Set’ por dos razones. Primeramente porque se comenzó la adoración de los ángeles, y si los hijos de Dios de Génesis 6:1-4 fueran ángeles que cayeron, querría decir que habría posibilidad de otra caída y eso afectaría el culto dado a los ángeles. En segundo lugar, se comenzó a enseñar el celibato, y si se enseñaba que los ángeles en el cielo no se casaban; pero que algunos fueron seducidos por la hermosura de mujeres humanas y las tomaron para satisfacer sus deseos amorosos, se podría perdonar con facilidad a los célibes si acaso fuesen seducidos en la misma forma, en el siglo diez y ocho se revivió la ‘interpretación angélica’ y eso es aceptado por muchos eruditos bíblicos hoy día.” ps. 23-27.

El Sr. Larkin también enseña que Satanás tendrá un verdadero hijo en la persona del hombre de pecado. Este argumento se basa en una interpretación arbitraria de Génesis 3:15 que presume que la simiente de Satanás es en realidad el hombre de pecado. Si se sigue tal interpretación necesariamente todos los impíos serían en realidad descendientes de Satanás porque Cristo Jesús los llamó “hijos de vuestro padre, el diablo” (Jn. 8:44). Esta teoría también enseña que el conflicto mortal entre las dos simientes de Génesis 3:15 sucederá cuando el Señor Jesús destruye al hombre de pecado en Su segunda venida. Según 2 Tesalonicenses 2:8 el hombre de pecado es destruido en verdad, lo que pudiera corresponder a herir la cabeza de Satanás; pero no hay nada en tal evento que corresponda a herir a Cristo en

Su calcañar.

Los demonios evidentemente han estado activos en este universo desde el comienzo de la historia humana, pero a veces se ponen más activos de lo que son ordinariamente. La presencia en este mundo del Señor de gloria, su creador y contra quien se ha rebelado, parece haber incitado más que nunca la oposición de parte de los demonios. Aun Satanás después de haber tentado al Señor Jesús tres veces, le dejó por un tiempo no más. El conflicto final entre los dos sucedió en la Cruz cuando el que hirió el calcañar del Salvador, recibió una herida mortal en la cabeza.

Se predice un aumento de actividad demoníaca al finalizar esta dispensación y también en la Gran Tribulación. Todo eso llegará a su consumación cuando se echa fuera a Satanás y sus ángeles y sean confinados a la tierra. Es entonces cuando se pronuncia un *ay* sobre la tierra y un nuevo gozo se ve en el cielo. Gran actividad demoníaca se nota como uno de los *ismos* más antiguos de la raza humana, lo que la Biblia llama la posesión de espíritus malignos, y es nada menos que el *espiritismo* del día actual. Esto es pura demonología (comp. Lv. 20:6, 27; Dt. 18:10-11). La condenación absoluta de Dios cae sobre el espiritismo. El señuelo que los espiritistas ocupan para atraer a los interesados es esa curiosidad de los humanos por saber algo del más allá de la vida presente; y especialmente se despierta esa curiosidad en los que lamentan la muerte de un ser amado. Recientemente se ha revivido disfrazado en forma de una *investigación* de parte de hombres de ciencia. Una apostasía especial fue anunciada para los últimos días de la dispensación de la iglesia. Dice en 1 Timoteo 4:1-3: "Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrina de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad." Sin duda estas desviaciones de la verdad revelada se manifestarán en distintas maneras. A la vez se predice una manifestación de doctrina de demonios. La abrogación de la unión matrimonial que se menciona no es otra cosa que rebelión contra lo ordenado por Dios. A todo eso se puede añadir lo declarado en 1 Corintios 10:20-21 acerca del culto a los ídolos: "Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios, y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios."

Tal vez no haya otra Escritura acerca del mundo de los espíritus

más malinterpretada que la de 1 Samuel que presenta el relato de la adivina de Endor y el rey Saúl. El espiritismo la ocupa para justificar sus reclamos, sin tomar en cuenta el hecho de que en todo lugar la Biblia condena enfáticamente lo que los espiritistas practican y enseñan. Hay una pequeña diferencia entre un supuesto contacto con una persona muerta y con el de los demonios o ángeles caídos. Aparte de esta sólo instancia en la experiencia del rey Saúl no hay ninguna evidencia de que ha habido contacto entre los espíritus de los muertos y los vivos. Un demonio fácilmente puede personificar un espíritu humano, y eso sería la explicación si en verdad ha habido contactos. El caso de la adivina de Endor es una excepción permitida por Dios para llevar a Saúl a juicio. Lo que sucedió no fue esperado por la adivina y no concordaba con ninguna experiencia anterior que ella hubiese tenido. Estaba acostumbrada a la co-operación de un espíritu maligno, pero ella vió lo que jamás había sido visto por ser humano y se espantó grandemente. Lo que pasó era en verdad el último acto de rechazamiento de parte de Saúl para Dios. El había ido a buscar información de los demonios en vez de pedirla de Dios. Una cosa es cierta, aunque es poco lo que explica en el relato de este episodio, es esencial recordar que es el único de esta clase que se relata en la Biblia. Lo apuntado no concuerda con la práctica de los espiritistas de hoy. La mujer, espantada, abandona su papel de *medium* y el espíritu de Samuel habla directamente a Saúl.

Al considerar el servicio que estos espíritus malignos prestan a Satanás, es importante distinguir entre el ser poseído o controlado por demonios, y la influencia de demonios. En la posesión demoníaca éstos se entran en el cuerpo humano y lo controlan; mientras que en el otro caso se hace guerra desde afuera por sugerencias, tentaciones y otras formas de influencia. Una investigación de las Escrituras con respecto a la posesión demoníaca nos revela lo siguiente:

Primeramente: que esta hueste se compone solamente de espíritus incorpóreos. Para probar esto ofrecemos la siguiente cita bíblica: “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí. y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación” (Mt. 12:43-45); “Y le rogaron todos los demonios diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos” (Mr. 5:12).

En segundo lugar ellos buscan cómo entrar en los cuerpos

mortales, sean de hombres o de animales, porque parece que la manifestación de su poder depende, hasta cierto punto, de estar así encarnados; además, siempre se ven así según el Nuevo Testamento. Citamos algunos de estos pasajes: “Cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a los enfermos” (Mt. 8:16); “Y la gente unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados” (Hch. 8:6-7); “Mientras salían ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado, y echado fuera el demonio, el mudo habló” (Mt. 9:32-33); “Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando” (Hch. 16:16); “Y vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. Y cuando salió él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre de día y de noche, andaba dando voces en los montes, y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. Cuando vió, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrojó ante él. Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo. Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos. Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región. Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos pasciendo. Y le rogaron todos los demonios diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos. Y luego Jesús les dió permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron” (Mr. 5:1-13).

En tercer lugar ellos son malignos, inmundos y depravados. Hay varios pasajes que comprueban eso; por ejemplo: “Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino” (Mt. 8:28); “Entonces llamando a sus doce discípulos, les dió autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia (Mt. 10:1). También, parece que hay grados de iniquidad representados por estos espíritus, porque en

Mateo 12:43-45 se dice que el demonio “toma consigo otros siete demonios peores que él.”

A veces se pregunta si la posesión demoníaca existe hoy día. Aunque el registro auténtico de tal actividad de los demonios se limita al período de los tres años y medio del ministerio público del Señor Jesús, es increíble que la posesión demoníaca no existiera antes de ese tiempo, o que no haya existido desde entonces. Debemos recordar que estos seres angélicos son bien inteligentes y que son gobernados por la inteligencia de Satanás, cuya sabiduría e inteligencia están claramente reveladas en las Escrituras. Es razonable concluir que ellos saben adaptarse a las distintas condiciones y circunstancias que hay hoy día según la región geográfica. Es evidente que todavía ellos desean tomar posesión de cuerpos mortales. La posesión demoníaca en el presente probablemente no es reconocida, puesto que hay gran ignorancia del hecho de que ellos son capaces de inspirar una vida ejemplar de moralidad tanto como manifestarse en los espiritistas religiosos. Con todo, desde los campos misioneros llegan todavía noticias de esas groseras manifestaciones semejantes a las de los tiempos bíblicos. Hay que recordar que tanto los demonios como su jefe aparecerán como “ángeles de luz” y no sólo como “leones rugientes”, si es que pueden así lograr lo deseado por Satanás en su guerra contra la obra del Señor.

La influencia demoníaca, como la actividad de Satanás, tiene un motivo doble: el de obstaculizar el propósito de Dios para la humanidad, y el de extender la autoridad de Satanás. Por lo tanto, siguen fielmente las órdenes de su jefe supremo para destruir las obras divinas. Ejercen su influencia tanto para desviar a los impíos como para combatir sin cesar contra los creyentes en Cristo (Ef. 6:12).

Se puede comprender el motivo de los demonios en lo revelado acerca de su conocimiento de la autoridad y deidad del Señor Jesús, y del juicio eterno que les espera. Los pasajes que siguen son importantes a este respecto: “Y clamaron diciendo: ¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt. 8:29); “Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dió voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. Pero Jesús le respondió diciendo: ¡Cállate, y sal de él!” (Mr. 1:23-25); “Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?” (Hch. 19:15); “Tu crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Stg. 2:19).

Los demonios tienen poder de causar mudez (Mt. 9:32-33),

ceguera (Mt. 12:22), insensatez (Lc. 8:26-35), heridas (Mt. 9:18), gran fuerza física (Lc. 8:29), sufrimiento y deformidades (Lc. 13:11-17).

Hay una realidad bien solemne en toda esta Escritura citada. Indica que en verdad ha habido una intrusión de espíritus caídos al *cosmos*. Tal intrusión es normal en vista de que es Satanás mismo el arquitecto del *cosmos*. No hay nadie que pueda decirnos anticipadamente cuánto sentirá el universo cuando Cristo Jesús venga y “haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Co. 15:24), y que se cumpla la profecía de Apocalipsis 11:15: “Los reinos del mundo (*cosmos*) han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.”

ANTROPOLOGIA

ANTROPOLOGIA

CAPITULO XI

INTRODUCCION A LA ANTROPOLOGIA

La ANTROPOLOGIA —el estudio del hombre— se estudia desde dos ángulos completamente diferentes: el de la filosofía humana y el de la Biblia. El primero no tiene ninguna relación con la Biblia, y evita toda clase de relación con la revelación bíblica. El segundo es bíblico; se confina a la Palabra de Dios y a aquellas experiencias humanas que la corroboran y que pueden servir de testimonio confirmatorio de la verdad revelada en las Sagradas Escrituras. La primera es la concepción de los hombres, y refleja la filosofía humana de la vida. Esta se ofrece como disciplina secular en las escuelas universitarias. La segunda es la revelación de Dios en el sentido de que las Escrituras se originan en El y que presentan el informe que el hombre vanidoso se muestra reacio a aceptar. Es verdaderamente sugestiva la actitud de la educación moderna, que generalmente no le concede lugar a la revelación dentro de sus filosofías. Contra esta actitud, la antropología de la teología, aunque le presta la debida atención a las afirmaciones de los hombres, se estructura sólo en las verdades que Dios ha declarado en su Palabra. En la Biblia se descubre abundante material de naturaleza positiva y confiable. La Palabra de Dios no ofrece la información decisiva sobre este complejo tema. Y hay todavía una distinción más vital entre estas dos disciplinas antropológicas que difieren tan ampliamente. Esta diferencia está en la parte inmaterial del hombre. La antropología no bíblica es sólo una penetración en los aspectos emotivos e intelectuales de la vida humana, es decir, en lo que es psicológico; mientras que la antropología bíblica penetra más profundamente en los reinos de lo moral, lo espiritual y lo eterno. La antropología que no toma en cuenta la Biblia, no le da a Dios ningún lugar en el origen del hombre, ni en su cuidado, ni en su destino; en tanto que la antropología bíblica, puesto que es una inducción de la revelación divina, afirma verdades sumamente profundas en relación con esos aspectos del hombre. Como asunto general en la educación moderna, la antropología, aunque se ha desarrollado recientemente,

reclama la misma importancia de las ciencias afines a ella: la biología y la psicología. La antropología incorpora las teorías de la evolución y es de carácter materialista. Aparte del hecho notable de que la biología y la psicología son también estudios que se relacionan con el hombre, es muy poco lo que hay en común entre ellas y la antropología.

La Enciclopedia Británica trae, en su decimocuarta edición, la siguiente definición de antropología: "Aquella rama de la historia natural que trata sobre la especie humana . . . Así que es parte de la biología, que es la ciencia de los seres vivos en general. En realidad, la antropología fue el desarrollo de los estudios biológicos realizados durante el siglo XIX. La llegada de la antropología a su forma moderna se debe principalmente al estímulo aportado por la investigación sobre el origen de las especies." Esta "forma moderna" de la doctrina del hombre tiene dos aspectos: (a) Lo que es el hombre —su evolución natural— y (b) lo que hace el hombre: su historia cultural, su relación con las cosas materiales, con él mismo, y con los demás.

La obra *The New Standard Dictionary* define la antropología teológica como "la rama de la ciencia teológica que trata sobre el hombre, tanto en su condición original como en su estado caído. Abarca la consideración de la creación del hombre, su condición primitiva, su prueba y su apostasía, su pecado original y sus actuales transgresiones" (edición de 1913).

Así como la teología sistemática incorpora lógicamente toda otra ciencia, así la antropología incorpora todo lo que se refiere al ser del hombre, tanto lo material como lo inmaterial, y, si fuera prudente ampliar su alcance, podríamos decir que también incluye varias disciplinas que son importantes ramas de la ciencia, pues en ella entran muchos aspectos de la biología y de la psicología. Atendiendo a los intrincamientos de esta última, y a su similitud con los dominios de la existencia espiritual, en la antropología se hace especial hincapié en todo aquello que pertenece a la psicología. Aquí surge una cuestión decisiva: la de si la Biblia se preocupa de enseñarnos las ciencias como tales o no. A pesar del hecho de que algunos hombres honestos han creído que se puede estructurar un amplio sistema de psicología basado en el texto bíblico, los maestros más ortodoxos creen que la verdad con respecto a Dios —su creación, y el hombre en relación con El— está en la Biblia en forma completa y final, pero en los temas relativos, la Biblia sólo da algunos datos los cuales son exactos. Esto queda muy ilustrado en lo relativo a la ciencia histórica. Todo lo que hay en la Palabra de Dios, que sea de naturaleza histórica, es absolutamente cierto; pero la Biblia no afirma

ser un tratado exhaustivo de la historia del universo ni de la del mundo. El estudio del hombre tiene que incorporar algunos aspectos importantes de la verdad relacionada con lo que fue el hombre, con lo que es ahora y con lo que pudiera ser. En todo caso, es esencial un claro entendimiento de las realidades humanas. Con respecto a esta parte de la investigación, la Biblia no es deficiente. En lo que se refiere a la naturaleza, el hombre ocupa la posición central según la Biblia.

Al hablar sobre las afirmaciones que hacen algunos de que se puede sacar un completo sistema de psicología de la Biblia, J. I. Marais dice:

“Las afirmaciones extravagantes que hacen algunos escritores, en el sentido de que se puede desarrollar un sistema de psicología bíblica, le ha dado mala reputación a este asunto. Tan es así que Hofmann (*Schriftbeweis*) ha afirmado osadamente que ‘se ha estructurado un sistema de psicología bíblica sin ninguna justificación que se halle en las Escrituras.’ Como principio, por tanto debe tenerse en mente que la Biblia no nos ofrece un sistema filosófico del hombre, sino que nos da en forma popular, un informe sobre la naturaleza humana en sus diversas relaciones. El estudio reverente de las Escrituras conducirá indudablemente al reconocimiento de un sistema bien definido de psicología sobre el cual se basa todo el plan de la Redención. Grandes verdades con respecto a la naturaleza humana se proponen y se aceptan tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; se hace hincapié en otros aspectos de la verdad desconocidos para los escritores que son ajenos a la revelación, los cuales se nos presentan, no en el lenguaje de las escuelas psicológicas, sino en el de la vida práctica. Allí se nos presenta a un hombre caído y depravado; pero también se nos presenta a Dios haciendo el intento de levantarlo, de redimirlo y de renovarlo. La psicología bíblica debe estudiarse desde este punto de vista, y nuestra meta debe ser la de “extraer los puntos de vista de la Escritura con respecto a la naturaleza, la vida, y los destinos de la vida y del alma, tal como se hallan determinados en la historia de la salvación” (*Delitzsch, Bible Psychology*, p. 15).—*The International Standard Bible Encyclopaedia*, Vol. IV, ps. 2494, 2495.

Algunos han afirmado que lo que la Biblia presenta no es más que una psicología de los antiguos judíos. Otros declaran que, en los asuntos de la naturaleza, se les permitió a los escritores sagrados el empleo de los conocimientos que los hombres tenían en el tiempo en que fueron escritos los libros de la Biblia. Razonablemente, el concepto de la inspiración tiene que adaptarse a esos puntos de vista. C.A. Row, en sus Conferencias de Bampton de 1877, dice “que la inspiración no era un don general, sino funcional, y en consecuencia, se limitaba a los temas en los cuales entraba directamente la religión; y que en los demás temas, se dejaba en libertad a los escritores de los diversos libros de la Biblia para que usaran libremente sus facultades ordinarias” (citado por Laidlaw en *Bible Doctrine of Man*, p. 18). Parece que algunos hombres piensan que el escritor tiene más libertad

de ejercer sus facultades cuando no está inspirado. Pero las sugerencias de esa naturaleza implican que la Biblia no es inspirada en todas sus partes. Ya no podemos devolvernos a estudiar estas cuestiones. Ya hemos ofrecido pruebas conclusivas sobre la infalibilidad de las Escrituras. El asunto que estamos tratando no es excepción en ninguna manera. La *integridad* de la declaración y la *exactitud* de la declaración son dos ideas completamente diferentes. Matthew Fontaine Maury —científico a quien el mundo honra como “el explorador de los océanos”— afirmó en un discurso académico, lo siguiente:

“He sido criticado por hombres de ciencia, tanto de los Estados Unidos como de Inglaterra, por citar la Biblia para confirmar las doctrinas de la geografía física. La Biblia, dicen ellos, no fue escrita con propósitos científicos y, por tanto, no tiene autoridad en cuestiones de ciencia. ¡Les imploro el perdón! La Biblia *es* autoridad en cualquier asunto con el cual se relacione. ¿Qué pensarían ustedes de un historiador que rehuse consultar los documentos de la Biblia por la sola razón de que la Biblia no fue escrita con propósitos históricos? La Biblia es verdadera, y la ciencia es también verdadera. Los agentes que están empeñados en la economía física de nuestro planeta son ministros de Aquel que hizo tanto el planeta como la Biblia. Los documentos que El ha querido hacer, por medio de sus siervos, sobre la corteza de la tierra son tan verdaderos como los documentos que a El le ha placido hacer, por medio de sus siervos los profetas, en el Libro de la Vida. Las dos clases de documentos son verdaderos. Cuando vuestros hombres de ciencia, con vanos y apresurados conceptos, anuncian el descubrimiento de un desacuerdo entre la Geografía y la Biblia, confiad en que la falla no está en el Testimonio de los documentos de Dios, sino en el *gusano* que trata de interpretar la evidencia que no comprende. Cuando yo, que soy pionero de una de las ramas de esta bella ciencia, descubro que las verdades de la ciencia y las verdades de la revelación derraman luz unas sobre otras, y las unas sostienen a las otras, ¿cómo puedo, como hombre amante de la verdad que busca el verdadero conocimiento, dejar de señalar la belleza y el regocijo que hay en ese descubrimiento? La reserva en este caso sería pecado. Y si yo evitara la emoción con que tal descubrimiento sacude al alma, las ondas del océano levantarían su voz contra mí, y las mismas piedras de la tierra me acusarían” (informe presentado por Charles Lee Lewis en su *Biografía de Maury*, ps. 98,99).

Además de todo esto, la revelación que se encuentra en la Biblia con respecto al hombre se extiende a diversos campos en los cuales no puede entrar la antropología de concepción humana, como por ejemplo, la forma verdadera de la creación, el estado original del hombre, su caída, la causa real de la muerte en el mundo, el nuevo nacimiento, la base del derecho de la moral y la resurrección del cuerpo. En vano buscaría la antropología no bíblica conocer lo referente a estos temas; sin embargo, son realidades de la vida humana como tales son factores determinantes en cualquier psicología que tenga valor.

Por tanto, debe hacerse una fina discriminación. Por una parte, las verdades que enseña la Biblia con respecto al hombre no son conjeturas, ni están sujetas a los errores de los hombres de las épocas primitivas; por otra parte, esas verdades no constituyen, en lo que respecta a su condición de completas, una ciencia sobrenatural. Es cierto que el relato del origen del hombre lo tenemos en términos empleados por los hombres de los primitivos tiempos y que fue escrito directamente para las gentes de ese época. También es cierto que el desarrollo de esa doctrina sigue el encadenamiento de la revelación divina; pero así se logra una cualidad sobrenatural desde el principio hasta el fin, lo cual hace que armonice todo lo que se dijo durante muchos siglos como si fuera una sola narración consistente. Los hombres de los tiempos primitivos hablaron en su propio lenguaje a la gente de los tiempos primitivos. Pero la verdad que se revela en ese lenguaje se eleva sobre el nivel de los hechos naturales de tal modo que manifiesta el tino divino. La ciencia de todos los tiempos ha descubierto que estas sublimes enseñanzas de la Biblia están fuera del campo de sus propias observaciones, que es sumamente limitado. Las expresiones bíblicas sobre la verdad relativa al origen del hombre y sobre el lugar que le corresponde en la tierra, aunque se formaron en la edad en la cual fueron escritas, han servido perfectamente de vehículo del pensamiento en toda la historia humana. En todas las épocas, la ciencia de ese tiempo ha impuesto sus nociones siempre cambiantes relativas al origen del hombre sobre la teología. A la teología le ha tocado la tarea, en todas las épocas, de deshacerse de los espíritus difuntos de las opiniones de la filosofía y de la ciencia de la era anterior. En las Escrituras se indica claramente que el objetivo que tenían delante de sí los escritores bíblicos no era el de la ciencia, sino el de la teología. La iglesia primitiva fue pronto arrastrada hacia la filosofía platónica y hacia las doctrinas aristotélicas del alma. Esa fue la situación que caracterizó la doctrina del hombre en los siglos de la Edad Media. Esa doctrina es la concepción que tiene el hombre de que el relato divino del origen de las cosas es cierto en tanto que se conforme a la ciencia de su propio día. Si la ciencia de hoy es fiel al curso que establecieron para ella las pasadas generaciones —¿y por qué no serlo?— los mismos científicos la descartarían; sin embargo, la Palabra de Dios permanece la misma y para siempre. Las opiniones futuras de los humanos no podrán modificar la Palabra de Dios, así como no han tenido éxito en esa empresa ninguna de las opiniones pasadas. Hablando literalmente, la ciencia puede ir y venir, pero la Palabra de Dios marcha firmemente y para siempre.

CAPITULO XII

EL ORIGEN DEL HOMBRE

La respuesta al problema del origen del hombre es de una importancia inmensurable, puesto que de esa respuesta depende toda la estructura de la antropología. Por necesidad, la naturaleza del hombre, su responsabilidad y su destino están determinados por el hecho de su ser esencial tal como fue creado. Dos sistemas de pensamiento —el uno, pura suposición; el otro, una revelación— ofrecen la respuesta para la cuestión del origen del hombre. La suposición, es decir, la teoría de la evolución, es una especulación, una conjetura, una asunción. Esa es la mejor solución que la mente finita puede ofrecer, la mente no regenerada, la mente no iluminada espiritualmente. La revelación abarca una serie de armoniosas y razonables verdades, si se reconoce al Creador: Su Persona, Su poder y Su designio. Debemos estudiar estos dos sistemas de pensamiento por separado.

I. LA TEORIA DE LA EVOLUCION

En el volumen primero de esta obra se incluyó un análisis de la evolución, cuando estudiamos el teísmo naturalista. Por tanto, omitiremos una larga discusión sobre ese punto en esta parte. Si los hombres pensantes tuvieran cualquier cosa que pudieran colocar en el lugar de la evolución, no tolerarían nunca este sistema que no ofrece ni una prueba para las afirmaciones que hace. El hecho de llegar el hombre a la existencia es de estupendas proporciones. Entender que el hombre es el resultado de un proceso evolutivo accidental, que emergió de un supuesto germen primordial —germen que no puede explicarse aparte del Creador— y basar ese entendimiento en la pura imaginación fantástica, que no tiene siquiera una sombra de sustancia sobre la cual se pueda basar la prueba, es algo rayano con la desesperación mental y con la bancarrota de las ideas. Sin embargo, esta nociones indemostrables son las que se le están dando al mundo con el patrocinio de la educación y de la ciencia. Para la mente no regenerada, para la cual en realidad no existe Dios, el problema del origen de las cosas no se resuelve mediante la aceptación de la declaración de que Dios creó al hombre. Se puede saber cuán

desesperadamente irreal es la revelación para tales personas, cuando se considera la farsa dogmática que colocan en lugar de aquella: la evolución. Tales maestros harían un gran descubrimiento si permitieran que la humildad y la sinceridad que está latente en sus seres los condujeran a averiguar *por qué* ellos no quieren aceptar que Dios es el Creador.

La evolución, considerada abstractamente, se nos presenta en dos formas diferentes. Por una parte, puede ser *naturalista*. Esta es la que sostiene que mediante la “selección natural” y la “supervivencia del más apto”, las diversas formas de seres animados llegaron a ser lo que son, como resultado de una situación fortuita. Por otra parte, puede ser teísta. Este sistema quiere darle algún reconocimiento a Dios, al reconocerlo como Causa original, pero se adhiere a un supuesto proceso evolutivo por medio del cual Dios desarrolló al hombre de la cédula original que había creado. En este caso, la evolución es el *método* de Dios. Esta teoría evolutiva no sólo es indemostrable e irrazonable, sino que deshonra a Dios. El dice en su Libro, único en el cual se originan todas las concepciones de su Ser, cuál fue el método que El empleó para la creación del hombre. Descartar esta revelación y sustituirla por una infundada ficción humana es acusar a Dios de mentiroso y rechazar una clara afirmación de la Escritura, con la misma libertad con que otros rechazan otras páginas de la Biblia, si su incredulidad así se lo demanda. El método divino de creación reaparece constantemente en el Texto Bíblico y siempre precisamente de acuerdo con la primera revelación del libro de Génesis (comp. Mt.19:4; Ro.5:12-19; 1 Co.15:45-49; 1 Ti.2:13). Los esfuerzos que hacen los hombres para explicar las obras de Dios, parecen a menudo intentos para impedir que otros crean en El. El informe que Dios nos da es digno de El. Los que desprecian ese informe, también desprecian a Dios, desprecian sus divinos consejos y rechazan su gracia. Los que abrazan la teoría de que nuestros antepasados fueron animales irracionales deshonran a Dios y se deshonran a sí mismos.

Además del insulto contra Dios y contra el hombre, y además de su imperdonable e indefendible fracaso en presentar pruebas científicas para sus osadas afirmaciones, hay un efecto moral que causa la impía hipótesis de la evolución. Con esto no estamos diciendo que la evolución como sistema enseña la inmoralidad; pero sí queremos decir que esta filosofía pagana, puesto que desecha a Dios, que es la única fuente de los ideales morales, no puede engendrar ningún impulso moral. Así como es cierto que Dios creó al hombre, así también es cierto que en éste hay una inherente responsabilidad moral de ser como Dios en conducta, así como lo es

por creación. Dios les ha dado un mandamiento razonable a las criaturas humanas: "Sed santos, porque yo soy santo" (1 P.1:16; comp. Mt. 5:48). El bienestar de las criaturas humanas no sólo fue planeado por Dios, sino que debe cumplirse para la gloria de El. Toda conducta moral se basa en ese hecho; no hay otra base sobre la cual pudiera descansar. Las acciones del hombre son buenas cuando se conforman con el carácter de Dios, y son malas cuando no se conforman con ese carácter. No existe otra base para la distinción entre el bien y el mal.

Por otra parte, si el hombre fuera producto de las fuerzas naturales, entonces no tendría más responsabilidad moral que la que demandan las fuerzas naturales. Si se elimina a Dios y su Palabra, así como quiere eliminarlos la hipótesis de la evolución, entonces los hombres pueden buscar sus ideales en los renacuajos, entonces la verdad no tiene fundamento, la santidad de los ángeles es una ficción, la corrupción del diablo es una difamación. Eso quiere decir que estamos advirtiéndolo sobre algo que no existe. Debe esperarse entonces que el animalismo se trepe a la sociedad y a las instituciones educativas en las cuales se apoya este sistema ateo. Si la sociedad y las instituciones educativas retienen todavía algunas ideas morales, a pesar de su filosofía impía, eso no es sino el impulso moral de la generación precedente, la cual honró a Dios. Pero tal impulso moral va menguando rápidamente. En realidad, la Biblia tendría que estar muy lejos, en un pobre comienzo, con sus concepciones sobre la conducta humana, que son tan altas como el cielo, para que el relato bíblico de la creación sea sustituido por las infundadas afirmaciones de la hipótesis evolucionista.

Además del gobierno natural de Dios, que El ejerce sobre la creación material y sobre todos los seres vivos, que son partes de su creación ordenada, El también ejerce una disciplina moral que aplica a los seres racionales tanto angélicos como humanos. Estos seres deben saber la diferencia entre el bien y el mal. Tal diferencia y tal gobierno moral quedarían eliminados si se elimina a Dios.

Aquella forma de modernismo que abraza las teorías humanas y rechaza la revelación de Dios es incapaz de estructurar un sistema de teología, y su manifiesta repugnancia por los aspectos doctrinales es un testimonio contra la teología. En realidad, uno tiene que acudir de nuevo a la Biblia, la cual declara: "... sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso" (Ro.3:4).

La certidumbre que caracteriza ahora a los que respaldan la teoría de la evolución se refleja muy bien en el párrafo inicial de un artículo sobre la *evolución del hombre* que se encuentra en la décimocuarta edición de la *Enciclopedia Británica*, el cual dice:

“El difunto Sir E.B. Tylor, al escribir sobre la teoría evolutiva del origen del hombre, hizo la siguiente afirmación: ‘En una forma o en otra, la teoría del origen humano se ha vuelto, en nuestro tiempo, parte de una estructura aceptada de la zoología, si no como una verdad demostrable, por lo menos como una hipótesis operante que no tiene rival efectivo.’ Cuando Sir Edward Tylor hizo esta declaración en 1910, ya tenía 78 años de edad; su memoria hubiera podido hacerlo volver al tiempo cuando se creía que el hombre había venido al mundo como resultado de una creación especial, unos cuatro mil años antes del nacimiento de Cristo, y que no tenía parentesco con otros seres vivos. El tenía 27 años de edad cuando se publicó el *Origen de las Especies* de Darwin, en 1859. Dos años después que Huxley publicara su renombrado tratado sobre *El Lugar del Hombre en la Naturaleza*, en 1865, el mismo Tylor publicó una obra que arrojó nueva luz sobre la historia humana: *Researches into the Early History of Mankind and the Development of Civilization* (*Investigaciones sobre la historia primitiva de la Humanidad y el Desarrollo de la Civilización*). Cuando Darwin publicó *El Origen del Hombre*, en 1871, Tylor también publicó su obra *Primitive Culture; Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Art and Custom* (*Cultura Primitiva: Investigaciones sobre el desarrollo de la Mitología, la Filosofía, la Religión, el Arte y las Costumbres*). Hacia fines del siglo XIX, él ya había visto a muchos hombres que ocupaban las sillas rectorales de las universidades del mundo plenamente convencido de que la evolución era cierta. Cuando él murió en 1917, a la edad de 85 años, ya había visto otra generación de investigadores que se había desarrollado y que, después de aplicar las enseñanzas de Darwin a todos los aspectos del mundo del hombre —a su cuerpo, a su mente y a su cultura— permanecieron convencidos de que, como hipótesis operante, la evolución no tenía rival” (Vol. XIV, p. 758).

Así que, Sir E. B. Tylor admite que la teoría de la evolución es por lo menos una hipótesis eficaz, aunque no sea una verdad demostrable.

La semejanza de la constitución física del hombre con la de los animales superiores se afirma plenamente y se incluye en el relato del Génesis. Sin embargo, los que sostienen la teoría evolutiva se apoderan de estas similitudes como si pertenecieran exclusivamente a dicha teoría. Esto lo comprueba el primer párrafo del “resumen de la evidencia” que se incluye en el mismo artículo citado: “No importa cuál sea el aspecto del hombre que el estudiante de hoy quiere estudiar, la convicción de la evolución (cuantas veces quicra) le resulta cierta y obligatoria. Si lo que estudia es el desarrollo del niño en el vientre, se encuentra con una complicada serie de fenómenos que solo pueden explicarse mediante la aceptación de las enseñanzas de Darwin.”

En la cuestión de las formas fósiles, se afirman los puntos más improbables con prejuicio a favor de la teoría de la evolución, lo cual va en detrimento de la teoría que se ha propuesto. Al tratar sobre la *paleontología*, y para presentar *evidencia*, el mismo artículo afirma: “Las formas fósiles del hombre se hallan en los estratos de la tierra

recientemente formados; los que se encuentran en los estratos más antiguos son más simiescos que los que se hallan en los estratos más recientes. En los estratos aún más antiguos se hallan fragmentos fósiles de grandes antropoides; y en los anteriores a ellos se hallan los de los pequeños antropoides. En los documentos más profundos de la tierra no se han descubierto hasta ahora ninguna huella de antropoides. En esos estratos aún más antiguos aparecen restos fósiles de pequeños monos como los primates. Las capas geológicas, hasta donde el hombre las ha conocido, apoyan la teoría de Darwin sobre el origen del hombre; esos testimonios se oponen completamente a la creencia de que el hombre apareció de repente, mediante un acto especial de creación.”

En este punto, el autor que estamos citando admite una completa contradicción entre la geología y el libro de Génesis. En lo que se refiere a las formas fósiles, no se han hallado ningunas que sean tan impresionantes como las llamadas *Pithecanthropus erectus*. El mismo autor dice lo siguiente al respecto:

“El descubrimiento que arroja más luz sobre el progreso evolutivo del hombre lo hizo el profesor Eugène Dubois en Java durante 1891 y 1892. El era entonces cirujano del servicio militar colonial. Posteriormente fue profesor de geología en la Universidad de Amsterdam. En un estrato que contenía huesos fósiles de muchas especies extintas de animales, él consiguió 5 fragmentos de una clase extraña de seres. El reconoció que uno de esos huesos correspondía a una forma de transición entre el hombre y el simio: es decir, era realmente un eslabón perdido. A ese hueso le dio el nombre de *Pithecanthropus erectus*, y se lo atribuyó a una familia diferente de primates: la que está en el punto de transición entre los antropoides y el hombre. . . Los 5 fragmentos fósiles que se hallaron fueron estos: un casquete de cráneo que tenía exteriormente la forma que debía esperarse de una clase gigante de mono asiático, un fémur izquierdo y tres dientes. La distancia mayor que había entre los fragmentos era de 20 pasos. Posteriormente, él sexto fragmento: parte de un maxilar inferior que halló en otra parte de la isla, pero en un estrato de la misma edad geológica. El casquete craneano es plano, bajo y tiene grandes aristas como cejas; sus caracteres son más de simio que de humano; sin embargo, cuando el profesor Dubois logró obtener un vaciado en el interior del casquete, en él apareció el modelo de circunvolución que corresponde al cerebro del *Pithecanthropus*, el hombre fósil de Java. Ese modelo indicaba, todo en conjunto, que era humano. El *Pithecanthropus* tenía un cerebro más pequeño, más sencillo e infinitamente más primitivo que el del hombre inferior que vive en nuestro día.”

Después de un largo trozo en el cual se amplía sobre el probable tamaño y la probable capacidad del cerebro de ese supuesto ser humano, el escritor concluye:

“El profesor Dubois, basado en evidencias dignas de confianza, le asignó al *Pithecanthropus* la época posterior del período Plioceno. Si aceptamos que la duración del Plioceno fue de 250,000 años, y consideramos al *Pithecanthropus*

como representante del estado evolucionado que logró la humanidad en el principio de ese período, entonces tenemos que concluir que el cuerpo del hombre había llegado a adaptarse a su postura y porte peculiar antes del fin del período Plioceno, y que el desarrollo superior del cerebro ocurrió en el siguiente período, que fue el Pleistoceno. . . ¿Debemos considerar al *Pithecanthropus* como hombre o como simio? La respuesta es que era humano por causa de las siguientes razones: En punto a tamaño y forma, su cerebro casi logró el límite inferior del hombre moderno o *Neanthropus*; su postura y modo de moverse eran humanos; sus manos y brazos estaban libres de la locomoción; sus dientes estaban dentro del nivel de la variación humana. El *Pithecanthropus* representa una de las primeras formas de humanidad, y mediante su descubrimiento se hizo posible afirmar que la antigüedad del hombre podía situarse con certeza al fin del Plioceno. No es improbable que las formas superiores que el *Pithecanthropus* hayan evolucionado antes del fin del Plioceno. El estado que alcanzó el hombre de Piltown en la primera parte del Pleistoceno apoya esa inferencia. La consideración de toda la evidencia nos hace esperar que los restos fósiles del primitivo hombre evolucionado deben buscarse en los estratos del período Plioceno, y los del hombre evolucionado de Neandertal, en las capas geológicas del Pleistoceno."

Esa credulidad que se aferra a 5 huesos o 6, que son "fragmentos fósiles", y que no representan más que un casquete craneano, un fémur y tres dientes, que cuando fueron hallados estaban a una distancia de 20 pasos entre sí, o sea alrededor de 20 metros, y que declara que este es el descubrimiento que arroja más luz sobre el progreso evolutivo del hombre", es casi imposible tomarlo en serio. Los hombres cultos no tratarían de situarse de ese modo en la sombra de la sombra, si pudieran, mediante alguna visión espiritual, entronizar a Dios en el lugar que le corresponde como Creador. Pero todavía es claro que, a pesar de los 5 o 6 "fragmentos fósiles", separados unos de otros por 20 metros de distancia (¿y por qué no aceptarían aquel poder que obró en la visión de Ezequiel de tal modo que los huesos secos "vivieron y estuvieron sobre sus pies"?), Dios creó al hombre a su imagen. Algunos hombres evidentemente prefieren la *imagen* del simio, pero todavía hay algunos que prefieren la *imagen* de Dios.

II. LA REVELACION

El hombre fue creado a la "imagen" y "semejanza" de Dios, y Dios es el único que puede realizar tan estupenda tarea. Dios, en su Palabra, no nos impone nociones pueriles y absurdas para que los hombres las creamos. El nos dice que hay una Causa suficiente y racional de todas las cosas. Eso es lo que quiere indicarnos cuando nos dice que El es el Creador. Un maravilloso cuerpo de armoniosa verdad se halla comprimido en los dos primeros capítulos de la Biblia. Es un acta de Dios que declara la relación existente entre el

Creador y la criatura humana. Ninguna otra literatura del mundo tiene una revelación directa tan completa, calculada para tener informada la mente del hombre y para guiar la investigación científica, como la que se encuentra en estos primeros pasajes de la Biblia. Esta porción de la Escritura ha inspirado un cuerpo incomparable de literatura, tanto constructiva como crítica; y sin embargo, el Texto permanece inmutable, y es actualmente tan satisfactorio como lo ha sido en todos los tiempos.

El hecho de que hay dos relaciones de la creación del hombre —una en cada uno de los dos primeros capítulos del Génesis— ha causado mucha discusión. Volvemos a decir que la repetición indica un gran hincapié, y en un tema como ése, teniendo en cuenta la incredulidad humana, sin duda, se hace indispensable una acentuada amplificación. Deben notarse, sin embargo, ciertas variaciones en los relatos, y, como se nota a menudo en la Biblia, los dos relatos son necesarios y complementan el informe. El primero es general. El segundo introduce detalles que, si hubieran formado parte del primero, hubieran echado a perder su majestuoso ritmo y su simetría. Según el primer relato, el hombre y la mujer son igualmente creación de Dios (1:26, 27); pero en el segundo relato se nos dice que el hombre fue el primero que llegó a existir, y que fue formado del polvo de la tierra, en tanto que la mujer fue tomada del hombre, mediante un arreglo especial de Dios que resultó en un ser de la misma plenitud (2:7, 21-25). Según la primera narración, la creación del hombre está estrechamente relacionada con la de los animales, los cuales son de tres clases: “animales de la tierra”, “ganado” y “animales que se arrastran sobre la tierra.” Pero en el segundo relato sólo se dice de estos animales que Dios los hizo según su clase. Sin embargo, del hombre se dice tres veces en un solo versículo, que forma parte del primer relato, que Dios lo creó (1:27). Este gran hincapié se hace inmediatamente después de la declaración solemne y formal de que Dios tenía el *propósito* de crear al hombre (1:26). La repetición insistente se ve otra vez en el hecho de que se nos dice tres veces que el hombre fue hecho a la *imagen* de Dios (1:26, 27). El lenguaje que se empleó en la Palabra de Dios no podía ser más insistente de lo que en realidad fue, al afirmar tres veces que Dios creó al hombre directamente, y tres veces que El creó al hombre a su propia imagen. Cualquier filosofía humana que niegue estas aseveraciones determinantes no está escogiendo ninguna de las dos opiniones dudosas con respecto a lo que Dios ha dicho; sino que pasa directamente sobre la más clara verdad que Dios haya revelado jamás al hombre, e implica que Dios es mentiroso hasta ese grado. Aunque sean los pseudo-eruditos los que sostienen tal perversidad, hay que

tener en cuenta que es una tendencia falsa hasta el último grado, y que procede de aquel osado carácter impío que fue el primero que contradijo a Dios al decir: "No moriréis" (comp. Gn. 2:17 con 3:4). La primera crónica de la creación del hombre registra con sublime sencillez el más difícil de todos los temas, es decir, el de que el hombre participa de la existencia animal, y sin embargo, en un sentido especial, fue hecho a semejanza de Dios. Y en cada caso se dice que fue el trino *Elohim* el que creó.

En el segundo relato, que se caracteriza por los detalles que se le agregan, se declara que el hombre y la mujer son semejantes en el aspecto físico, por haber sido hechos, el hombre directamente, y la mujer indirectamente, del polvo de la tierra. Aquí entra la química en lo que tiene que ver con el cuerpo humano. Macdonald, en su obra *Creation and the Fall (La Creación y la Caída)*, pág. 326, afirma: "Es bien sabido que el cuerpo animal se compone, de una manera inescrutable que se llama *organización*, de carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, cal, hierro, azufre y fósforo, sustancias estas que en sus diversas combinaciones constituyen una gran parte de la tierra sólida" (citado por Laidlaw en *The Bible Doctrine of Man (La Doctrina Bíblica del Hombre)*, pág. 280. Es probable, también, que este origen terrenal del cuerpo del hombre explique el hecho de que se le dio el nombre *Adán*, el cual parece ser una derivación de *adhamah*, palabra que significa *tierra*. Un aspecto más distintivo del ser del hombre, tal como se nos narra en relación con su creación, es la verdad de que Dios sopló en su nariz el aliento de las vidas (literalmente, la palabra es plural). F. Delitzsch escribe sobre esto: "No es solamente el principio general de vida que se le impartió al mundo que se individualiza en el hombre, sino que Dios sopla en la nariz del hombre la plenitud de su Personalidad . . . para que, en una forma correspondiente a la Personalidad de Dios, el hombre pueda llegar a ser alma viviente" (citado por Laidlaw, *ibid.*, pág. 283). De estos hechos tan sencillamente establecidos en estos dos capítulos se han desarrollado verdades doctrinales casi sin fin.

John Laidlaw resume la comparación general de los dos relatos de la creación en su obra *The Bible Doctrine of Man*, págs. 35-37, de la siguiente manera:

"En todos los eventos, la relación de los dos relatos se hace muy clara cuando los colocamos el uno junto al otro. Al primero pudiéramos calificarlo de cósmico; al segundo, de fisiológico. El primero es el relato general de la creación del hombre: del hombre raza, del hombre ideal. El segundo es el relato de la producción del hombre real, del Adán histórico. El primero habla del mandato creador que puso al hombre en existencia; el último, del proceso plástico mediante el cual el Creador formó tanto al hombre como a la mujer: a él del polvo de la tierra; a ella de la carne y de los huesos del hombre. El primero se

refiere a ellos según su género: a imagen de Dios. El segundo, del elemento mediante el cual se realizó ese género: una estructura material informada por el soplo del mismo Dios. El primero se refiere al hombre como cabeza de todas las criaturas, señoreador de la tierra y de ellas. El último, al hogar que Dios le proveyó al hombre, a la obra que Dios le encomendó, a las relaciones formadas por el hombre, y finalmente, a la ley moral según la cual se iba a regir su comunión con Dios. Ningún lector desprejuiciado podrá ver otra cosa en los dos relatos que no sea una armonía razonable y real, que los distingue de una concordancia literal o verbal. Tampoco podemos dudar que la mano maravillosa que integró en un todo maravilloso —el libro de Génesis— varios párrafos de preciosa tradición, custodiando así la más sublime verdad espiritual, haya puesto estos dos relatos de la creación del hombre el uno junto al otro, para que se den luz mutuamente, sin necesidad de tener contacto absoluto, y sin necesidad de que se contradigan. Los resultados de este doble informe bíblico con respecto a la creación del hombre son claros, definidos e inteligibles. El origen del hombre no fue una emanación, sino la creación. Es decir, la formación del hombre de materiales existentes, por una parte, y de la plenitud bendita de la vida divina, por otra. Su origen está en la línea del orden natural de los seres vivos, pero en su clímax. Su posición entre ellos es central y suprema; pero su naturaleza se distingue de todos ellos en que el hombre fue formado a imagen de Dios”

Según ésta y todas las demás partes de la Biblia, Adán fue una persona real, como cualquiera que haya vivido sobre la tierra. No fue un hombre inferior de ninguna manera. Huxley declaró que el más antiguo esqueleto humano podía ser los restos de algún filósofo. Y Dana admitió que la especulación humana no se funda en ninguna evidencia. Así también, Darwin afirmó que la brecha entre el mundo animal y el hombre es sorprendente.

La única “teoría operante” sobre el origen del hombre es la que Dios mismo nos da. Y el evento de la creación no necesita restringirse con respecto al tiempo. No estamos obligados a aceptar la cronología tradicional que le asigna al hombre una existencia de 6000 años sobre la tierra. Fácilmente, y sin violencia al Texto Sagrado, la historia del hombre puede remontarse más allá de ese número de años. Sea cual fuere el número de años que lleva el hombre sobre la tierra, lo cierto es que Dios lo creó en forma inmediata y directa. Esta es la premisa de las Escrituras, y el que se aparta de ese testimonio renuncia a Dios como Creador.

III. CUANDO SE ORIGINO EL HOMBRE

Con respecto al tiempo del origen del hombre, éste constituye un desafío para varias clases de científicos: es un desafío para el historiador, que se preocupa por los hechos relativos a las primeras naciones, la distinción entre las razas y la posibilidad del origen común; lo es para el filólogo, que estudia el problema del origen de las lenguas a la luz de sus variadas formas de la actualidad; es un

desafío para el arqueólogo y para el geólogo, que buscan la evidencia sobre la antigüedad del hombre. Lo que afirman estos hombres con respecto a la edad de la familia humana varía de tal modo que todas las posibilidades de infalibilidad se destrazan. El desacuerdo entre las autoridades de estas disciplinas no tiene la posibilidad de engendrar fe ni de establecer datos de confianza. Uno de los argumentos generales sostiene que el hombre ha vivido sobre la tierra mucho más tiempo que el transcurrido desde el año 4004 a. de J. C. Esta es la fecha que el arzobispo Usher le asigna al origen del hombre. Las demandas imperativas de los científicos modernos merecen sincera consideración por parte de los teólogos. Uno debe preguntarse si está obligado a aceptar los datos de la teología ortodoxa, que se basan en la cronología de Usher. Sobre el problema de la cronología escribe el Dr. Miley:

“Es bien sabido que el asunto de la cronología bíblica es, y siempre lo ha sido, algo indeterminado. Puede que algunos individuos hayan llegado a conclusiones muy positivas con respecto a los años exactos de las grandes épocas de la historia del mundo, pero no hay coincidencia de opiniones sobre este particular. Los estudiantes que han estudiado más profundamente este asunto hallan diferentes medidas de tiempo, y no varían tan ampliamente como los científicos; sin embargo, varían lo suficiente como para impedir el ajuste de la época posible con los hechos de la ciencia. Los principales puntos de vista en este particular son bien conocidos y fácilmente se pueden declarar. El origen del hombre ocurrió 4004 años antes del nacimiento de nuestro Señor, según Usher, el cual se basa en las Escrituras Hebreas. Según Hales, que se basa en la *Versión septuaginta*, el origen del hombre ocurrió 5411 años antes de Cristo. Entre estas dos cronologías hay una diferencia de 1407 años, la cual cubriría muchos de los hechos de la ciencia con respecto a la presencia del hombre en el mundo, y los pondría en armonía con la cronología bíblica. La aceptación de este cálculo no requiere ningún artificio ingenioso. Aunque, por causa de la *Vulgata*, prevaleció en la iglesia de Occidente la idea del período más corto, en la del Oriente prevaleció la del período más largo. Para toda la iglesia, éste ha sido un asunto común; y, aunque en raras ocasiones se ha hecho algún cálculo menor que el de Usher, también es cierto que no han sido raros los cálculos superiores a los de Hales. La incertidumbre de la cronología bíblica es de valor especial en su ajuste con los postulados razonables de la ciencia con respecto al tiempo del origen del hombre. Esa incertidumbre no es una idea reciente, ni un mero artificio que haya aparecido como resultado forzado de las exigencias que la ciencia les hace a los autores de cronologías bíblicas, sino que ha existido desde hace largo tiempo y se ha manifestado abiertamente. Los muchos resultados diferentes, que varían ampliamente, en los más cuidadosos cálculos, dan testimonio sobre la incertidumbre del tiempo al cual se refieren esos cálculos. Las tablas genealógicas son los principales datos de que se dispone para este cálculo; y hay que tener en cuenta que el objetivo de esas tablas es el de trazar el linaje de descendencia, y no la sucesión de los años. Por esta razón, la línea de conexión no siempre aparece trazada de padre a hijo, sino que, a menudo, conecta a un antepasado con algún descendiente prominente de alguna generación distante de él. Esto resulta bien para el propósito de establecer el linaje, pero, en lo que respecta a

tiempo, causa perplejidad. 'Así, en Génesis 46:18, después de registrar los hijos de Zilpa, sus nietos y sus biznietos, el escritor agrega: *Estos fueron los hijos de Zilpa, . . . y dio a luz éstos a Jacob; por todas dieciséis personas*. Lo mismo ocurre en el caso de Bilha (v. 25): *. . . ella dio a luz éstos a Jacob; por todas siete personas*. Compárense también los versículos 7 y 22. Nadie puede pretender que el autor de este registro no usó un término comprensible para referirse a los descendientes posteriores a la primera generación. De la misma manera, según Mateo 1:11, Josías engendró a su nieto Jeconías; y según el versículo 8, Joram engendró a su biznieto Uzías. Y en Génesis 10:15-18 se dice que Canaán, el nieto de Noé, engendró a varias naciones enteras: al jebuseo, al amorreo, al gergeseo, al heveo, al araceo, al sineo, etc. Nada puede ser más claro, por tanto, que el hecho de que, en el uso bíblico, los verbos *engendrar* y *dar a luz* se usan en el sentido más amplio, para indicar la descendencia, sin restringirla a la generación inmediata" (Green: *The Pentateuch Vindicated from the Aspersions of Bishop Colenso*, pág. 132). Sería fácil presentar muchos otros ejemplos de hechos similares. Tales hechos justifican la incertidumbre prevaleciente con respecto a la cronología bíblica. En realidad, las tablas que proveen los datos principales, por su construcción son puramente genealógicas, y en el sentido propio no son cronológicas. Con tal incertidumbre de datos, no hay cronología bíblica que pueda estar establecida en cuanto a límites ni en cuanto a postulados doctrinales. De ello se deduce que el cálculo corriente puede extenderse como para que cuadre con cualquier demanda razonable de los hechos científicos con respecto al tiempo del origen del hombre, sin necesidad de pervertir ninguna parte de la Escritura ni de violar ninguna ley de la hermenéutica. Tales son las opiniones de los teólogos completamente ortodoxos en cuanto a credo, y sumamente leales a las Escrituras" (*Systematic Theology*, Vol. I, págs; 359-361).

Con respecto a su comienzo, el hombre es la más reciente de todas las criaturas; y a pesar del hecho de que los científicos suelen hablar en función de amplísimas edades, cuando se refieren al problema de la vida humana sobre la tierra —especialmente los evolucionistas cuya concepción depende tan completamente del asunto del origen, que está enterrado en el olvido de un tiempo pasado incomprensible— la extensión razonable de la historia humana sólo va varios miles de años más allá del tiempo propuesto por Usher. Esa extensión no está en conflicto, como ya se ha dicho, con el relato bíblico. Sin embargo, concede el tiempo suficiente para que justifiquen sus argumentos los historiadores, los geólogos, los arqueólogos y los filólogos.

Al considerar los postulados de los geólogos y los arqueólogos, el Dr. Miley (*ob. cit.*, Vol. I, págs. 363-365) cita ampliamente a un científico de su tiempo a cuyos descubrimientos no se han agregado ningunos hechos materiales en esta generación. Reproduciremos la cita completamente:

"Los cálculos que durante un largo tiempo se han basado en las gravas de Somme, región situada en el cono del Tinière, en las minas de turba de Francia y Dinamarca, en ciertos yacimientos cavernosos, han demostrado, todos ellos, que son más o menos deficientes. Posiblemente ninguno de estos cálculos llega más

allá de seis o siete mil años que, según el Dr. Andrews, han transcurrido desde que se completaron los depósitos de guijarro arcilloso en América... Consideremos algunos hechos, aunque sean pocos. Se ha hecho mucho uso del "cono" o delta del Tinière, que está situado en el lado occidental del lago de Ginebra, como ilustración de la duración del período moderno. Esta pequeña corriente ha depositado en su desembocadura una masa de desechos, que ha arrastrado desde las montañas. En este depósito, que está cortado por una vía férrea, se halló que contenía restos romanos hasta una profundidad de 1,20 metros, utensilios de bronce hasta una profundidad de 3 metros y utensilios de piedra hasta una profundidad de 6 metros. La sedimentación cesó hace 300 años, y, calculándole al período romano una duración de 1300 a 1500 años, podríamos decir que la edad del cono es de 7000 a 10.000 años. Pero antes de la formación del presente cono, se había formado otro que era tan grande como 12 veces el tamaño del actual. Así que se afirma que la duración de los dos conos en conjunto debe ser de más de 90.000 años. Parece, sin embargo, que este cálculo se ha hecho sin tomar en cuenta dos elementos esenciales del asunto. No se ha hecho provisión para el hecho de que los estratos internos de un cono son necesariamente más reducidos que los externos; ni tampoco para el hecho posterior de que el cono más antiguo corresponde a un tiempo diferente (a la edad pluvial, a la cual hemos hecho referencia), cuando la lluvia era más abundante, y el poder transportador del torrente era más grande en proporción. Teniendo en cuenta estas condiciones, la edad del cono más reciente, que es el que contiene restos humanos, resulta ser de unos 4000 a 5000 años. El yacimiento de turba que se encuentra en Abbeville, al norte de Francia, ha crecido a razón de 3,75 centímetros por siglo. Puesto que dicho yacimiento tiene aproximadamente 8 metros de espesor, su crecimiento tuvo que haber durado más de 20.000 años; y sin embargo, es probable que sea más reciente que algunas gravas del mismo río que contienen utensilios de pedernal. Pero la composición de la turba de Abbeville indica que es de origen vegetal, y los tallos erectos que se preservan en ella prueban en primer lugar que el crecimiento del depósito ha debido ocurrir a razón de un metro por siglo, y que, después de la destrucción de la flora, su proporción de crecimiento ha disminuído rápidamente hasta el presente cuando casi no tiene ninguno. Así que la edad de ese yacimiento se reduce tal vez a menos de 4000 años. En 1865 tuve la oportunidad de examinar las gravas de la región de San Acheul, en el Somme, que ahora son famosas, y que algunos suponen que pertenecen a un período muy antiguo. Con los escritos de Prestwick y de otros observadores muy capacitados en mi mano, sólo pude comprobar que esas tranquilas gravas eran anteriores al período romano, pero sólo un levantamiento topográfico detallado hubiera podido demostrar hasta dónde eran más antiguas. Y eso, teniendo en cuenta las posibilidades de un nivel diferente de la tierra, la condición forestal del campo, una mayor abundancia de lluvias y un llenamiento glacial del valle del Somme con arcilla y piedras, apido subsecuentemente por agua corriente, difícilmente pudieran esas gravas ser más antiguas que el depósito de turba de Abbeville... Creo, sin embargo, que Taylor y Andrews han demostrado subsecuentemente que mis impresiones eran correctas. Del mismo modo, tampoco puede percibir —y creo que todo geólogo americano que se haya relacionado con los monumentos prehistóricos del continente occidental debe estar de acuerdo conmigo— ninguna evidencia de gran antigüedad en las cavernas de Bélgica e Inglaterra, ni en las llamadas cocinas de Dinamarca, ni en los refugios rocosos de Francia, ni en los palafitos de Suiza. Al mismo tiempo yo desconocería todo intento de establecer fechas con términos precisos de años. Sólo tengo que agregar que las

observaciones elaboradas y cuidadosas del Dr. Andrews en las playas elevadas del lago Michigan —observaciones que, según mi conocimiento son mucho más precisas que cualesquiera otras que se haya hecho en los depósitos de Europa— lo capacitan para calcular el tiempo que ha transcurrido desde que la América del Norte surgió de las aguas del período glacial, entre 5500 y 7500 años. Esto establece por lo menos la duración del período humano en la América del Norte, aunque yo creo que hay otras fuentes de evidencia que reducirían la residencia del hombre en la América a un período mucho más corto. Del estudio del delta del Misisipi y de la garganta del Niágara, sé que se han deducido períodos más extensos, pero Hilgard ha descubierto que los depósitos del Misisipi son en gran parte marinos, y la excavación del Niágara comenzó probablemente un largo tiempo antes del advenimiento del hombre” —Dawson, *Story of the Earth and Man*, págs. 292-296.

El profesor W. C. Green, doctor en divinidad, en su obra *The Pentateuch Vindicates*, pág. 128, dice:

“No debe olvidarse que hay un elemento de incertidumbre en el cómputo del tiempo que se basa en las genealogías; y la cronología sagrada se basa ampliamente en ellas. ¿Quién va a certificarnos que las genealogías antediluvianas y las anteriores a Abraham no han sido condensadas en la misma forma como fueron condensadas las posteriores a él? Si Mateo omitió nombres en la genealogía de nuestro Señor, para equilibrar los tres grandes períodos por los cuales pasó, ¿no podía Moisés haber hecho lo mismo para establecer siete generaciones entre Adán y Enoc y diez entre Adán y Noé? La cronología corriente se basa en la impresión *prima facie* de estas genealogías. Nos adherimos a esta cronología hasta que veamos buenas razones para abandonarla. Pero si estas indicaciones descubiertas recientemente sobre la antigüedad del hombre, con las cuales se han excitado tanto los científicos, cuando se estudien y se pesen cabalmente demuestran lo que cualquiera haya imaginado que pudieran demostrar, ¿qué sucederá entonces? Sencillamente, indicarán que la cronología popular se basa en una interpretación equivocada, y que, por equivocación se ha tomado un registro seleccionado y parcial de los nombres anteriores a Abraham, como si fuera un registro completo” (citado por A. A. Hodge en *Outlines of Theology*, pág. 297).

El filólogo, basándose en la suposición de que el hombre originó su propio lenguaje, arguye que se requieren vastas edades para poder cumplir esa finalidad, y a esto agrega aún más edades para el desarrollo del lenguaje hasta llegar a sus presentes formas variadas. Esta teoría pasa por alto el relato bíblico. Existen las mejores razones para creer que el hombre fue creado con la capacidad de hablar y de entender el lenguaje. La mente de Adán era madura cuando fue creado, como lo era su cuerpo. El relato del Génesis indica que él empleó el lenguaje desde el comienzo de su estado de consciencia. El relato de Génesis también registra que, después de un período durante el cual el hombre tuvo sólo una lengua sobre la tierra, Dios, directamente y con propósito determinado, confundió la lengua, y el

resultado es el que tenemos hoy (Gn. 11:5-9). Si se aceptan estos relatos bíblicos, no tienen importancia las afirmaciones del filólogo.

Del mismo modo, el argumento del historiador según el cual se necesitó un tiempo extenso para el desarrollo de pueblos y naciones de aspectos físicos completamente diferentes, todos procedentes del mismo tronco, tampoco toma en cuenta la revelación divina. La variación de las naciones llevó a Agassiz a afirmar que cada división de la raza fue creada por separado. La teoría de Agassiz, aunque no tenía ninguna base, tenía por finalidad la solución de un problema que la ciencia nunca ha resuelto. El registro bíblico afirma que, cualquiera que haya sido el impulso de las características humanas antes del diluvio, la raza se reducía a una sola familia, y de ese tronco limitado brotó la actual población de la tierra. En Génesis 10:32 leemos el siguiente testimonio: "Estas son las familias de los hijos de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio." Este versículo es excesivamente claro con respecto al origen de las naciones. Dios hizo que las cabezas de las naciones fueran del linaje de Noé. No se nos da ninguna información sobre el grado hasta el cual llega esta relación de linaje. Es suficiente saber que, según la Palabra de Dios, el problema de las diferentes naciones que emergieron del mismo tronco se explica en este pasaje. Que Dios podía fundar razas procedentes de un solo hombre queda probado por medio del caso reciente de la formación del pueblo hebreo, el cual procede de Abraham. Originalmente, Abraham procedía del tronco común de los ciudadanos de Ur; sin embargo, Dios produjo, por medio de él, la raza mejor identificada que existe sobre la tierra. Y eso, sin decir nada de Ismael, y del pueblo característico que brotó de sus lomos.

Además de esos aspectos raciales que a Dios le ha placido establecer mediante control directo, está la verdad de que los tipos y las características humanas están siempre cambiando, por la fuerza de diversas influencias; pero sobre todas estas cosas, la familia humana no cambia. Retiene su unidad y su estructura física; y exhibe las mismas capacidades y la misma naturaleza moral y religiosa. Algunas partes de la raza pueden naufragar en el paganismo, y otras seguir el camino real de la sublime revelación; sin embargo, los hechos y las formas de la realidad humana no pueden cambiar. No hay restricciones híbridas entre las razas, por más distantes que se encuentren. Este solo hecho afirma la unidad de la familia humana. Ni el *poligenismo* —que arguye que hubo creaciones separadas para cada una de las distintas especies— ni el *preadamismo* —que afirma que la humanidad existió antes de Adán, y que él fue solamente la cabeza de un tronco específico— encuentran apoyo de ninguna clase

en las Escrituras.

Cuando los hombres rechazan la Biblia y buscan hacer su propio camino a través de los problemas de la vida, sus tanteos son de poco valor, aunque pueden ser sinceros. La Biblia revela lo que Dios quiere que el hombre sepa. "Por la fe entendemos" (He. 11:3).

CAPITULO XIII

LA PARTE MATERIAL DEL HOMBRE EN LA CREACION

Habiendo considerado un poco la controversia entre los dos sistemas que tratan de resolver el problema del origen humano, esta obra procede sobre la base segura de que el hombre proviene de la mano de su Creador, en la forma precisa en que se declara en los infalibles Oráculos de Verdad. Hay, entonces, otra consideración que tenemos que hacer: la del estado del hombre en el momento de la creación. Aquí no surgen otras complicaciones que no sean las referentes a la correcta comprensión del Texto Sagrado. La teoría evolucionista es incapaz de ofrecer alguna clase de explicación sobre el primitivo estado del hombre. En ese sistema hay que depender de supuestas edades interminables que crean un olvido del cual no se puede esperar nada definido. Es muy lógico que, habiendo comenzado con nada, se termine con nada. Si se tomara prestada la idea de la existencia interminable del hombre, habría que afirmar que sólo el hombre creado por Dios puede durar para siempre. El supuesto hombre de origen natural no puede tener un destino más digno que aquel que se le asigna desde el principio. Con respecto a esa clase de hombre no hay información en la cual pueda confiarse. El sistema que, por su arrogancia, estigmatiza a Dios como mentiroso en los asuntos relativos al origen humano, tiene que hallar un destino lógico, sin depender para ello de la revelación. La teología sistemática se ocupa solamente de la verdad que se registra en la Biblia; y con respecto al hombre, la Biblia presenta un amplio número de hechos armoniosos que deben considerarse, y de los cuales deben sacarse conclusiones definidas.

La biforme naturaleza del ser del hombre —material e inmaterial— está determinada por el mismo modo en que fue creado. Está escrito: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz —es decir, en su rostro— aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn. 2:7). Así que la parte material del hombre fue formada, en toda su integridad, del polvo de la tierra. Sólo le faltaba algo que Dios le daría, que era la vida. Ese soplo de Dios era el alma racional y el espíritu, con lo cual el hombre llegó a ser tan completamente diferente de las otras formas de vida que hay

en el mundo, como Dios es distinto de la creación. Este aliento era una vida sin fin; una vida que no estaba sujeta a la muerte, aunque, como castigo por el pecado, el hombre tiene que morir. Ese es el carácter, y esa la duración de la vida que Dios insuffló en el hombre. Esta vida de Dios no debe confundirse con "... la dádiva de Dios —que— es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23). Esta última es la vida de la regeneración, que se otorga gratuitamente a todo el que cree en Cristo con respecto a la salvación de su alma. La Palabra de Dios registra tres clases de soplos de vida de Dios: (1) El soplo de vida por medio del cual el hombre llegó a ser alma viviente con existencia eterna. Esa existencia puede ser de bienestar o de dolor; (b) el soplo del Espíritu Santo, que el Cristo resucitado les dio a sus discípulos (Jn. 20:22); el soplo de la Palabra de Dios, que es la inspiración de la Biblia (2 Ti. 3:16).

La verdad con respecto al ser del hombre se puede dividir, de una manera algo natural, en siete partes, a saber: (a) la parte material del hombre; (b) la parte inmaterial del hombre; (c) el ambiente del primer hombre; (d) la responsabilidad del primer hombre; (e) las cualidades morales del primer hombre; (f) el temperamento del primer hombre; y (g) la tentación a que fue sometido el primer hombre.

Puesto que combina en sí mismo lo material —un cuerpo físico— y lo inmaterial —un alma y un espíritu— el hombre tiene dos clases de relaciones: con la sustancia y con la existencia del espíritu. Es verdad que los animales irracionales participan también de factores biformes similares; pero su parte inmaterial es sólo una forma de vida creada; y en su parte material, aunque son similares en muchos aspectos con el hombre —poseen carne, huesos, nervios, cerebro, sangre, órganos vitales y poderes de procreación— carecen de los refinamientos del cuerpo humano. El cuerpo del irracional se adapta a las actividades del bruto; mientras que el cuerpo del hombre se adapta a la participación en el arte, la ciencia, la literatura y la mecánica. Es evidente que el cuerpo humano es un medio adecuado para la sensación, el éxtasis y el dolor que corresponden al carácter exaltado de la naturaleza humana, en contraste con los requerimientos menos elevados de la vida animal. Mucho de lo que es afín con esta parte de la discusión ya lo consideramos, cuando estudiamos el argumento antropológico para probar la existencia de Dios. El cuerpo del hombre y el cuerpo del animal irracional exhiben el pensamiento y el designio del Creador. Pero el cuerpo del hombre, puesto que es más delicado y refinado, es una manifestación imponente e impresiva del propósito de Dios.

I. EL CARACTER ESTRUCTURAL DEL CUERPO HUMANO

Con su incomparable y sublime sencillez, la Palabra de Dios declara que Dios formó el cuerpo del hombre del polvo de la tierra. Químicamente, esto es cierto. Una autoridad científica afirma que en el cuerpo humano están representados 16 elementos de la tierra. El los enumera: calcio, carbono, cloro, flúor, hidrógeno, yodo, hierro, magnesio, manganeso, nitrógeno, oxígeno, fósforo, potasio, silicona, sodio y azufre. Los minerales vitales son: calcio, hierro, potasio, magnesio, sodio y silicona. Todos estos minerales están presentes en el cuerpo humano, en forma orgánica, y constituyen cerca del 6 por ciento del cuerpo. El resto del cuerpo está compuesto por agua, carbono y gases. Aunque ningún mineral puede ser absorbido en su forma inorgánica, mediante la absorción en los vegetales o por medio de la acción química, está en condiciones de entrar al cuerpo humano. Así que se puede decir que el testimonio de la ciencia reitera la revelación bíblica según la cual “El . . . hombre es de la tierra, terrenal” (1 Co. 15:47-49); y el espíritu del hombre, como un “tesoro”, está en “vasos de barro” (2 Co. 4:7).

Mediante una función maravillosa del cuerpo humano, la cual corresponde al proceso de la vida, el cuerpo normal de una persona viva está constantemente desechando y tomando los elementos que le son propios. El niño crece y el cuerpo de la persona madura se sostiene mediante la incesante apropiación de nuevos materiales que vienen directa o indirectamente del polvo de la tierra. Hasta cierto punto, el crecimiento y el sostenimiento del cuerpo es la continuación de la primera empresa creadora de Dios, cuando El formó el cuerpo del polvo de la tierra.

De solemne importancia son las palabras que afirman que el cuerpo del hombre vuelve a la tierra de la cual fue tomado. Sobre esta disolución está escrito: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19).

Tan adaptado está el cuerpo a los propósitos y funciones del hombre inmaterial que él mismo no es consciente en ninguna forma de la separación entre alma y cuerpo. Todo éxtasis, todo dolor, toda sensación, toda habilidad que se exprese por medio del cuerpo, se identifica como algo que procede de una sola entidad, de la propia persona, como algo que le corresponde a su propio ser. En la más excepcional experiencia espiritual, el apóstol Pablo declara de sí mismo: “Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue

arrebatado hasta el tercer cielo" (2 Co. 12:2).

Aunque la parte material y la parte inmaterial del hombre se colocan a menudo la una contra la otra, y se hace referencia a ellas como partes componentes del ser del hombre, sin embargo, el hombre es una unidad —un ser— y lo único que puede separar lo material de lo inmaterial es la muerte. Hay una clase de psicología que considera que el hombre es una sola unidad, una mónada; y afirma que la parte inmaterial del hombre no es el hombre, y que la parte material tampoco lo es; sino que el hombre es el *tertium quid* de la unión de los dos elementos. Naturalmente, hay una base sobre la cual puede descansar esta tesis; pero la Biblia separa en forma definida y constante estos dos factores del ser del hombre. La consecuencia lógica de dicha psicología es que la muerte es el fin de la existencia del hombre, puesto que el cuerpo tan obviamente cesa en sus funciones y decae, y que la parte inmaterial del hombre, siendo, como se supone, inseparable del cuerpo, tiene que sufrir el mismo destino. Contra todo esto, las Escrituras enseñan con claridad que el hombre, aunque es una unidad, se compone de dos partes separables. Aunque la parte inmaterial reside en el cuerpo, lo único que el hombre experimenta es el sentido de la unidad. En la muerte, estos dos elementos se separan por un tiempo, para volverse a reunir en el tiempo y del modo que Dios ha determinado. De este modo queda demostrado que las dos partes son separables.

J. B. Heard, en su obra *Tripartite Nature of Man*, págs. 58, 59, declara:

"Estamos avanzando en la dirección correcta cuando sostenemos la existencia separada de la mente y el cuerpo, y sin embargo, consideramos que la mente satura completamente el cuerpo, y aún más, que es el principio formativo mediante el cual el cuerpo se constituye y se adapta a nuestra naturaleza y a nuestro uso. La meta hacia la cual marcha la investigación moderna es aquel punto en que el antiguo dualismo entre la mente y el cuerpo no desaparece, sino que más bien se combina según la misma alta ley de la unidad que hasta ahora no hemos comprendido. Si aceptamos esa unidad, ya no estarán en contraste la fisiología y la psicología, como lo están ahora, sino que más bien parecerán como dos partes de una misma cosa, o sea, sus aspectos externo e interno. La resurrección del cuerpo, que al presente es un tropiezo para los espiritualistas y una necedad para los materialistas, llegaría a ser entonces la sabiduría de Dios y también el poder de Dios, y de ese modo, las enseñanzas de la Escritura sobre la unidad de la verdadera naturaleza del hombre en una sola persona quedarían completamente vindicadas. Según la Escritura, el cuerpo no es esclavo del alma, ni tampoco es su cárcel, como ha enseñado constantemente la filosofía que sostiene el dualismo entre el cuerpo y el alma. Puede decirse que la relación entre las dos partes es simbólica: el cuerpo es la manifestación externa y el signo visible de la mente, que es interna y espiritual. La mente no se encuentra asentada en una sola parte del cuerpo, sino en todo; no emplea solamente una clase de órganos, los emplea todos. De donde el bien conocido hebraísmo,

‘ Todos mis huesos dirán: Jehová ’; y la otra expresión *Naphshi*, que se traduce *mi alma*, pero que pudiera expresarse en mejor forma al decir *yo*, tienen su razón de ser. Toda la naturaleza de la mente respira por medio del cuerpo (citado por Laidlaw, *The Bible Doctrine of Man – Doctrina Bíblica del Hombre*, págs. 303,304).

En 1876, George Mivart escribió en sus *Lessons From Nature (Lecciones de la Naturaleza)*:

“Nos parece, pues, que la lección que aprendemos de la naturaleza, con respecto al hombre, tal como la comprende nuestra consciencia y como se observa externamente, es que el hombre difiere fundamentalmente de cualquiera otra criatura que se presente a nuestros sentidos. Que difiere absolutamente y, por tanto, también difiere con respecto a origen. Aunque es una estricta unidad, un todo material que tiene una forma y una fuerza (no constituido de dos partes que actúan mutuamente, según la noción vulgar de cuerpo y alma), sin embargo, parecer ser una unidad compuesta en la cual se unen dos seres de distinto orden. Manifiestamente el hombre es *animal*, con funciones reflejas, sentimientos, deseos y emociones de animal. Sin embargo, es igualmente manifiesto que el hombre tiene una naturaleza especial, según la cual puede *mirar antes y despues*, lo cual lo hace *racional*. También vemos en él aquello que manifiestamente señala que es superior a la naturaleza: su capacidad de gobernar, comprender, interpretar y de completar mucho de la naturaleza. Esto lo vemos, por cuanto sabemos que él puede concebir que su mente tiene un poder aumentado infinitamente, y que carece de las limitaciones e imperfecciones que ella misma exhibe en él. Manifiestamente, el estudio de la naturaleza tiene que ser fútil cuando descuida las ideas de poder, sabiduría, designio, bondad y voluntad, las cuales se revelan en su propia naturaleza tal como él sabe que existe, y por tanto, puede concebir que existe en una forma mucho más elevada en ese vasto universo del ser del cual él es un fragmento consciente” (págs. 190, 191; citado por Laidlaw, *ibid.*, pág. 305).

El hecho de que en el Antiguo Testamento no se encuentra ninguna palabra distintiva para el cuerpo del hombre sugiere las limitaciones de esa doctrina en la revelación primitiva. Esto, sin embargo, está en armonía con el progreso de la doctrina que se observa en muchos temas específicos. El Antiguo Testamento se refiere al alma como una parte específica del hombre, y a porciones del cuerpo como miembros particulares. Santiago afirma que “. . . el cuerpo sin espíritu está muerto” (Stg. 2:26), lo cual implica que estos dos aspectos —cuerpo y espíritu— son separables. El apóstol Pablo declara: “. . . entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor . . . pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor (2 Co. 5:6-8). Y el Apóstol compara también el cuerpo con “el hombre exterior”, y el alma y al espíritu con “el interior.” Así escribe él: “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Co.

4:16). El testimonio personal de Pedro es definido: "Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas" (2 P. 1:13-15). Cristo dio una impresionante advertencia que incorpora la misma verdad: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (Mt. 10:28). Estas y otras Escrituras constituyen la prueba de que el hombre es un *ego* unificado entre tanto esté en el cuerpo; sin embargo no está tan unificado que no pueden identificarse sus elementos esenciales, y hasta, en determinadas circunstancias, separarse.

El cuerpo humano sufrió por causa de la caída. Nadie puede estimar cabalmente hasta qué punto se echó a perder. Llegó a ser un cuerpo moribundo y condenado a muerte. El hecho de que, tal como fue creado originalmente, poseía órganos vitales y se sostenía por sí mismo, como se sostiene actualmente, indica que, aparte de la protección y del sustento que Dios le puede proveer, el cuerpo original aún no caído era susceptible de muerte. La muerte entonces no era inevitable, aunque era posible evitarla. Dios impuso la sentencia de muerte —muerte en todas sus formas— sobre el primer hombre y, a través de él, sobre toda la raza (Ro. 5:12), como castigo por el pecado. El primer hombre que fue creado no estaba sujeto a la muerte; sin embargo, por causa del pecado, el hombre llegó a ser una criatura mortal. Aunque la vida está siempre construyendo el cuerpo, la muerte está siempre destruyéndolo, y tenemos la certeza de que, aparte de los que tomen parte en el traslado de la Iglesia y, por tanto, no verán muerte, la muerte ganará el conflicto. "... está establecido para los hombres que mueran una sola vez" (He. 9:27).

II. EL PORVENIR DEL CUERPO HUMANO

Aunque a menudo no se tiene en cuenta esta verdad, la Palabra de Dios declara que tanto los salvos como los impíos se levantarán de entre los muertos. Las siguientes palabras de Cristo no necesitan ninguna interpretación: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a

resurrección de condenación” (Jn. 5:26-29). El hecho de que Daniel 12:2, 3 es algo restringido indica que, tal como se afirma en el mismo contexto, sólo se refiere al pueblo de Dios, es decir, a Israel. Después de haber hecho referencia a la incomparable tribulación que está predicha para Israel, el profeta declara: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetuas” (Dn. 12:2). La restricción se nota en las palabras “muchos de los que”, expresión que indica que no son todos los que duermen en el polvo de la tierra. Indudablemente, los que no han de resucitar en ese tiempo son los gentiles no regenerados, de cuya resurrección hay revelación específica (comp. Jn. 5:28; Ap. 20:12). Hay todavía otro pasaje muy lúcido que declara la universalidad de la resurrección de todos los cuerpos humanos: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Co. 15:22-26). La única excepción que se menciona en este texto es la de los santos que no “duermen”; sin embargo, sus cuerpos han de ser también cambiados. Está escrito: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Co. 15:51-53). Y también con respecto a la universalidad de la resurrección de los cuerpos dice el mismo Apóstol: “Teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos” (Hch. 24:15).

Se puede obtener una descripción completa del carácter de la resurrección del cuerpo del creyente en Cristo, mediante deducción de toda la revelación que nos ofrece el Nuevo Testamento con respecto a la resurrección del cuerpo de Cristo: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20, 21). Esta declaración, sin embargo, se refiere sólo a los que, por ser salvos, serán resucitados cuando Cristo venga por su

Iglesia (comp. 1 Co. 15:23). Con respecto a la naturaleza de la resurrección del cuerpo de los no salvos, la cual tiene que esperar hasta el tiempo del juicio del gran trono blanco (Ap. 20:12), es muy poco lo que puede determinarse. No puede haber duda con respecto al *hecho* de su resurrección y de que sucederá en el tiempo divinamente señalado.

Hay una cuestión que es de sumo interés: ¿Cómo han de resucitar los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo resucitarán? (1 Co. 15:35). Estas preguntas las contesta el apóstol Pablo en 1 Corintios 15:36-44. El problema de la posibilidad de que el cuerpo del creyente en Cristo reaparezca en forma literal y real, por medio de la resurrección, después de haberse disuelto en la tumba, o después de una destrucción directa de los elementos, ha dado motivo para que se propongan diversas teorías. La verdad más determinante en la resurrección de Cristo —que es el modelo de la resurrección del cristiano— es que El no dejó nada de su cuerpo material en la tumba. Contra esta revelación está la declaración de Pablo de que el cuerpo resucitado se relaciona con el cuerpo actual como se relaciona la cosecha con la semilla de la cual germinó, la cual siempre tiene que morir. Aun en la existencia presente del cuerpo hay dificultad para identificar sus partes en cualquier período de tiempo. La constante renovación de su sustancia es tal que todo el cuerpo se disuelve y se vuelve a construir cada siete años por lo menos. Por tanto, casi no se puede hablar de la identidad de las partículas ni de resurrección de reliquias así como la cosecha no es la reaparición de la materia real que había en la semilla que murió. En el caso de Cristo, cualquier vestigio de su cuerpo que se hubiera encontrado en la tumba hubiera servido para afirmar que El no había resucitado de entre los muertos. En esto hay un misterio evidente. No existe ninguna base para dudar de que la personalidad del individuo en su unidad orgánica: cuerpo, alma y espíritu, no solamente es redimida teniendo en cuenta la eternidad; sino que el cuerpo ha de ser también resucitado, y ha de participar de su redención específica juntamente con el alma y el espíritu del hombre (comp. 1 Co. 15:42-44). La especulación humana con respecto a las partículas específicas que identifican a cualquier cuerpo, en esta vida o en la otra, es inútil.

Habiendo declarado el hecho de que hay variedad en los cuerpos de las criaturas, y habiendo dicho que la resurrección del cuerpo tiene relación con el cuerpo actual, así como la cosecha se relaciona con la semilla, el Apóstol afirma que el cuerpo actual “se siembra”. Estas son sus palabras: “Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad,

resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual” (1 Co. 15:42-44). En este pasaje se demuestra el alcance del cambio por el cual ha de pasar el cuerpo del creyente en Cristo que haya experimentado la muerte. Habrá cuatro poderosas transformaciones: de la corrupción a la incorrupción; de la deshonra en gloria; de la debilidad en poder; del cuerpo animal, es decir, aquello que se adapta al alma, al cuerpo espiritual, esto es, aquello que se adapta al espíritu.

En todo el contexto en que se encuentra este pasaje hay dos palabras vitales: los verbos *sembrar* (v. 42) y *dormir* (v. 51). Las dos tienen el efecto de suavizar la expresión. La primera se usa en lugar del conocido verbo *sepultar*. Tanto en *sembrar* como en *sepultar* se encuentra la idea de enterramiento, pero en *sepultar* no se implica la esperanza de resurrección, la cual está envuelta en la palabra *sembrar*. Y aunque el verbo *dormir* es un término del Nuevo Testamento y significa *muerte* (Jn. 11:11-14; 1 Co. 11:30), sólo se refiere a los cristianos, por cuanto sus cuerpos serán despertados con la trompeta de Dios; cuando Cristo venga por su Iglesia (1 Ts. 4:16; 1 Co. 15:22). Se nos revela que el tiempo de esta resurrección será cuando Cristo venga a recibir a los suyos, es decir, a los que se salvan en Cristo en esta época de gracia. En el mismo capítulo de 1 Corintios se establece esta verdad: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (vs. 22 y 23). Y con el mismo propósito está escrito: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Ts. 4:13-18; comp. Fil. 3:10, 11, 20, 21; Tit. 2:11-13).

Una excepción de esta clara enseñanza con respecto a la universalidad de la resurrección de los cuerpos de los cristianos se encuentra en la siguiente declaración abrupta: “No todos dormiremos” (1 Co. 15:51); es decir, no todos los cristianos han de pasar por la muerte. Mediante estas sorprendentes palabras se nos

revela un plan eterno de Dios que hasta ese momento era desconocido, y que, por tanto, se le denomina *misterio*. Como en otras partes de la Biblia se declara, algunos permanecerán vivos hasta el momento cuando Cristo venga por su Iglesia (1 Ts. 4:15-17); pero no entrarán en el cielo con las limitaciones del cuerpo que tengan aquí en la tierra. El cuerpo de ellos será transformado; y eso sucederá “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos” (1 Co. 15:51, 52). El cambio que aquí se indica no es con respecto a residencia, aunque ése también está determinado (1 Ts. 4:17), sino el cambio de la misma naturaleza del cuerpo. Se declara también que la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, “ni la corrupción hereda la incorrupción” (1 Co. 15:50). “... se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (v. 52). Incluyéndose a sí mismo como de aquellos que pudieran no morir, el Apóstol establece el contraste entre los que serán levantados incorruptibles y los que serán transformados en cuerpos vivos sin experimentar la muerte. “Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (v. 53). Aquellos a quienes se dirigen estas promesas son los que se han despojado “del viejo hombre”, y se han vestido “del nuevo hombre” (Ef. 4:22-24; Col. 3:9, 10). En aquel día se vestirán de *incorrupción* o de *inmortalidad*; todo lo cual indica que la corrupción y la mortalidad desaparecerán. La incorrupción es aquel estado del cuerpo que se logra mediante la resurrección de entre los muertos, tal como se describe en los versículos que preceden (35-40), y ha de ser la experiencia de todos los creyentes en Cristo que hayan muerto; mientras que la inmortalidad es el estado del cuerpo que se logra mediante una transformación inmediata, sin necesidad de que intervenga la muerte. La inmortalidad será una excepción, pues sólo será para aquellos cuerpos que estén vivos cuando el Señor venga a llevar a su pueblo. El resultado final en ambos casos será idéntico: un cuerpo glorioso como el del Cristo resucitado (Fil. 3:20-21).

El uso teológico de la palabra *inmortalidad* en relación con la existencia eterna del alma tiene que estudiarse detenidamente. *Mortalidad* es un término que se refiere absolutamente a lo físico; y su palabra antónima, que es *inmortalidad del alma* tiene que ser una expresión equivocada, y no tiene la menor garantía bíblica.

Cristo es la única excepción en el programa humano que, de otro modo, sería universal: en El se logran tanto la incorrupción como la inmortalidad. Aunque murió, El no vio corrupción. Su estado presente no es el de la incorrupción, sino el de la inmortalidad. El Salmo 16:10 predice, tanto la muerte de Cristo como la verdad de que El no vería corrupción: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni

permitirás que tu santo vea corrupción”. El apóstol Pedro cita la misma verdad en el sermón del día de Pentecostés (comp. Hch. 2:25-31). Pedro afirma que esas palabras no pueden referirse a David, puesto que David ya había visto corrupción. Por tanto, es una declaración exacta con respecto al estado corporal de Cristo, actualmente en el cielo: “El único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Ti. 6:16). El hecho específico de que sólo Cristo tiene inmortalidad sólo puede entenderse a la luz de la verdad de que los que *duermen en Cristo* esperan la hora cuando El regrese, según el tiempo señalado. Ese será el momento cuando ellos experimentarán el cambio de la corrupción a la incorrupción; y lo mortal de los que estén vivos estará esperando el mismo momento para cambiarse a lo inmortal. Así que, Cristo es el único que ha entrado en la gloria con cuerpo inmortal. El es la manifestación de la realidad de la resurrección y las “primicias de los que durmieron” (1 Co. 15:20, 23).

En consecuencia, en la Biblia se presenta a la muerte como algo anormal, un castigo sobre el hombre por causa del pecado. Esta advertencia le fue dada, con toda fidelidad, a Adán. Se le dijo que si desobedecía “ciertamente morirás” (Gn. 2:17). Cuando Adán fue creado estaba libre de muerte. Pero, teniendo frente a él dicha advertencia, desobedeció, y la sentencia cayó sobre él. La discusión amplia de este evento corresponde al estudio del pecado. En esa parte, pues, lo discutiremos. Por ahora es suficiente indicar que las tres formas de muerte —la física, la espiritual y la muerte segunda— llegaron a aplicársele a la cabeza de la raza humana por causa del pecado. La muerte física es universal para toda la posteridad de Adán, y fue también *inmediata*, por el hecho de que Adán era el representante de dicha posteridad, por lo cual ella participó en la sentencia contra el pecado. Los descendientes de Adán participaron en el pecado, aunque esa descendencia “. . . aún estaba en los lomos de su padre” Adán (comp. He. 7:9, 10). Esa es la interpretación del versículo que se encuentra en Romanos 5:12, pues es la única que concuerda con la explicación que se halla en los versículos que siguen (13-21). El hecho de que la muerte física del hombre se explique en la Biblia como consecuencia de que éste participó en el pecado de Adán, es una realidad innegable. En el caso de Adán, la experiencia de la muerte física se le pospuso por muchos años, aunque, así como la muerte obra en todos los hombres, Adán comenzó a morir físicamente desde el día cuando pecó. En el aspecto espiritual, Adán murió en el momento cuando cometió la transgresión, y mediante un cambio degradante llegó a convertirse en un ser completamente

diferente al que Dios había creado. Llegó a poseer una naturaleza humana caída, lo cual en sí es la muerte espiritual. Y él la transmitió en forma *mediata* a su posteridad, según las leyes de la generación. Puesto que Adán, que ya era un ser caído, sólo podía reproducirse según su especie, la raza también está tan caída como su cabeza. La muerte segunda es un resultado inevitable de la muerte espiritual, y tendrán que experimentarla todos los que no acuden a Cristo por la fe, los que no quieren recibir el poder regenerador de Dios (Ap. 20:12-15).

La promesa con respecto a que la muerte física será destruida, y que no podrá haber más muerte, se afirma dos veces. Al enumerar las obras maravillosas que Cristo realizará durante su reino terrenal, el Apóstol declara: "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Co. 15:24-26). Así también, en Apocalipsis 21:4, donde se nos revela el estado futuro de los redimidos, está escrito: "y ya no habrá muerte." La abrogación de la muerte no es otra cosa que la revocación de la sentencia que se dio en el Edén, con excepción de los aspectos espirituales permanentes de la muerte; y se producirá no solamente mediante un decreto divino que determina su fin, sino también mediante una resurrección o reversión de todo lo que ha obrado la muerte física. La referencia a la cesación del reino de la muerte se presenta en 1 Corintios 15:26, en relación con el evento de la resurrección *final*, con la cual termina todo el programa de resurrección que comenzó con la resurrección de Cristo e incluye la resurrección de los que son de Cristo, en su venida. Incluye, por supuesto, también esta última resurrección de los demás muertos, los cuales tendrán que comparecer ante el gran trono blanco (Ap. 20:12). Ninguna disposición con respecto a la muerte física pudiera ser más completa y efectiva como aquella según la cual todos los que han vivido sobre la tierra se levantarán para vivir en estado consciente eternamente. De ahí en adelante, nadie podrá morir, pues no existirá muerte. Está predicho en forma muy clara que muchos, los que no tienen relaciones correctas con Dios, tendrán que existir completamente separados de Dios y de las bendiciones que les corresponden a los redimidos: "Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Ap. 22:10, 11).

No hay ninguna complicación en la Palabra de Dios, cuando da el testimonio con respecto a la verdad de que el cuerpo del creyente en Cristo será de carácter eterno, así como el alma y el espíritu. Ya hemos aclarado que la palabra *inmortalidad* se refiere sólo al cuerpo del creyente cristiano, y no al alma. Cualquiera que sea la gran realidad que afirme esta palabra, sólo se refiere al cuerpo. Aunque habrá necesidad de cambios estructurales por el hecho de que la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (1 Co. 15:50), el cuerpo que el cristiano tiene ahora se levantará de entre los muertos, y no dejará nada atrás; entonces experimentará los cambios que Dios ha determinado. La última de las cuatro transformaciones físicas que se describen en 1 Corintios 15:42-44 es especialmente de gran significado y nos concede mucha iluminación. Allí se establece la verdad de que el cuerpo actual del cristiano se adapta al alma, y por tanto, es un *σῶμα ψυχικόν* mientras que el cuerpo que ha de tenerse adaptará al espíritu, y por ello, será un *σῶμα πνευματικόν*. La medida de esta distinción se corresponde con la diferencia que hay entre el alma y el espíritu, ¡problema que es realmente difícil en la metafísica! Las implicaciones de esta diferencia tan amplia entre el alma y el espíritu del cristiano, tal como se nos presenta en estas dos clases de cuerpo, podría ayudar muchísimo a corregir ciertas teorías que afirman que alma y espíritu son una misma cosa. Puesto que el cuerpo resucitado o transformado ha de ser como el cuerpo glorificado de Cristo, y puesto que el cuerpo se adaptará al espíritu, se deduce que el espíritu del hombre deseará aquellos refinamientos indescriptibles que caracterizaron el cuerpo glorificado de Cristo. La Biblia dice que el cuerpo actual del cristiano es el de la humillación o de la limitación (1 Co. 15:43; Fil. 3:20, 21), pero el cuerpo que tendrá entonces satisfará todos los deseos del espíritu. Sobre este interesante tema, Laidlaw ha dicho lo que sigue:

“No es prudente que nosotros intentemos decir mucho en cuanto a cuándo y cómo vendrá el cuerpo. Sabemos que será un traje adecuado para un espíritu redimido y glorificado. Sabemos que será en sí una prenda, un trofeo, por el hecho de que todo lo que Cristo recibió del Padre lo conservó sin perder nada. Ese cuerpo espiritual representará el polvo redimido, el cuerpo rescatado de la tumba. No podemos aventurarnos a suponer cómo se estructurará dicho cuerpo en el secreto escondido de la vida después de la muerte. Si observamos cómo el cuerpo, aun aquí en la tierra, presenta una semejanza y una correspondencia con el hombre real, con la vida interna, no es difícil pensar que, para la maduración cristiana, su cuerpo futuro lo está preparando el Espíritu de Cristo que ya mora en su cuerpo mortal, y está vivificando dentro de él lo que ha de vivir para siempre. No se afirma ni se niega si el proceso de perfeccionamiento de los espíritus de los justos se está realizando ahora en el mundo invisible; tenemos libertad para creer lo uno o lo otro. Esto se aclarará cuando dichos espíritus aparezcan con Cristo, en su venida, cuando los hijos de Dios resplandezcan como

un gran ejército. Aquél será el día de la adopción, es decir, de la redención de sus cuerpos. *Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido*" (Op. cit., págs. 260, 261).

Ahora bien, algunos creen que en 2 Corintios 5:1-8 tenemos una revelación especial en el sentido de que hay un cuerpo intermedio que ocupa el cristiano entre su muerte y la segunda venida de Cristo. El pasaje es el siguiente:

"Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciera, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes del Señor."

El pensamiento que se expresa en esta porción es el de que los redimidos no desean esa larga separación entre su cuerpo y su alma, lo cual es necesaria e inevitable en caso de que no haya cuerpo intermedio. El cuerpo al cual se refiere se denomina "nuestra habitación celestial", y no el cuerpo que resucita de la tumba. Puesto que es de procedencia celestial corresponde a aquellas realidades que son eternas. El hecho de que pertenezca a las realidades eternas no quiere decir que ha de ser empleado eternamente. Con toda seguridad, el cuerpo final y glorioso se obtendrá cuando Cristo venga por su Iglesia. De igual manera, el cuerpo de que se habla en 2 Corintios 5:1-8 parece que se provee para que el espíritu del cristiano no esté fuera del cuerpo. Estos dos hechos parecen llevar a la conclusión de que sí hay un cuerpo intermedio.

En la *Biblia Anotada de Scofield*, el Dr. Scofield nos presenta un resumen exhaustivo sobre la doctrina de la resurrección. Es el siguiente:

"(1) Los patriarcas creían en la resurrección de los muertos (Gn. 22:5 con He. 11:19; Job 19:25-27); ésta fue revelada por medio de los profetas (Is. 26:19; Dn. 12:2, 12; Os. 13:14), y en las páginas del Antiguo Testamento se consignan casos de personas que resucitaron de entre los muertos (2 R. 4:32-35; 13:21). (2) Jesucristo dio vida a los muertos (Mt. 9:25; Lc. 7:12-15; Jn. 11:43, 44), y predijo su propia resurrección (Jn. 10:18; Lc. 24:1-8). (3) Una resurrección de 'muchos cuerpos de santos' siguió a la resurrección de Cristo (Mt. 27:52, 53, V. M.); y los apóstoles efectuaron también el milagro de dar vida a los muertos

(Hch. 9:36-41; 20:9, 10). (4) En el futuro habrá todavía dos resurrecciones que incluirán a ' todos los que están en los sepulcros ' (Jn. 5:28), que se distinguen como la resurrección ' de vida ' (1 Co. 15:22, 23; 1 Ts. 4:14-17; Ap. 20:4) y la resurrección ' de condenación ' (Jn. 5:28, 29; Ap. 20:11-13), y que estarán separadas la una de la otra por un período de mil años (Ap. 20:5). La ' primera resurrección ', la ' de vida ', ocurrirá en la venida del Señor (1 Co. 15:23); los santos del Antiguo Testamento y los de la edad de la Iglesia se reunirán con El en el aire (1 Ts. 4:16, 17), mientras que los mártires de la gran tribulación, quienes también tendrán parte en la primera resurrección (Ap. 20:4), serán levantados al fin del período de dicha tribulación. (5) El cuerpo mortal estará relacionado con el cuerpo de la resurrección así como el grano que ha caído en tierra se relaciona con la siega (1 Co. 15:42-44, 49). (6) Los cuerpos de los santos que en aquel tiempo estén viviendo sobre la tierra, serán instantáneamente transformados (1 Co. 15:50-53; Fil. 3:20, 21). Esta ' transformación ' de los santos vivientes y la resurrección de los muertos en Cristo, es lo que se llama ' la redención del cuerpo ' (Ro. 8:23; Ef. 1:13, 14). (7) La ' resurrección de condenación ' (Jn. 5:29) ocurrirá después de los mil años. La resurrección corporal de los impíos no se describe. Ellos serán juzgados según sus obras y lanzados al lago de fuego" (Ap. 20:7-15). Págs. 1185.

III. DIVERSOS USOS DE LA PALABRA CUERPO

Debemos considerar los diversos usos que se le dan a la palabra *cuerpo* en el Nuevo Testamento.

Cuerpo del pecado (Ro. 6:6). Esta expresión no ofrece ninguna garantía para la antigua filosofía que enseña que el cuerpo es el asiento del mal y, por tanto, debe debilitarse y despreciarse. Ese punto de vista contradice el testimonio bíblico con respecto al cuerpo del hombre. El pecado no comenzó con el cuerpo, sino que es una rebelión de la voluntad contra Dios, y siempre ha continuado siendo igual. El cuerpo del cristiano tiene marcas inequívocas de honor y dignidad. El cuerpo es para el Señor y Señor es para el cuerpo (1 Co. 6:13); es templo del Espíritu Santo (1 Co. 6:15, 19); sus miembros deben ofrecerse completamente a Dios como instrumentos de justicia (Ro. 6:13); y el cuerpo debe presentarse a Dios en sacrificio vivo (Ro. 12:1). Si el cuerpo es el asiento del pecado, debiera ser abandonado, y no redimido; pero se dice que el Espíritu "vivifica" nuestros cuerpos mortales. En medio de sufrimientos anormales, la persona puede estar dispuesta a aceptar la liberación de su propio cuerpo; pero la actitud normal es la de alimentarlo y cuidarlo (Ef. 5:29). El hecho más conclusivo es el de que Cristo tuvo un cuerpo humano normal, pero sin pecado. No se indica nunca que su cuerpo haya sido fuente de ninguna clase de incitación al pecado. Aquí surge la distinción entre *cuerpo* (σῶμα) y

carne (σάρξ). Esta distinción la consideraremos a su debido tiempo.

La expresión *el cuerpo del pecado* se emplea en Romanos 6:6 para referirse al "viejo hombre", o sea la naturaleza de pecado. Como el cuerpo humano expresa la vida del hombre, así el poder del pecado para expresarse puede ser anulado por el poder superior del Espíritu Santo. *El cuerpo del pecado*, por tanto, no es otro que el poder del pecado para manifestarse.

Este cuerpo de muerte (Ro. 7:24). Aquí hay otra vez una referencia a la naturaleza de pecado, es decir, la naturaleza que está en la carne (σάρξ), la cual se opone a Dios. La lucha de Pablo, según el testimonio que él mismo da en el contexto de este versículo (Ro. 7:15-25), es entre el *yo* que es salvo, considerado en forma hipotética, y la *carne*, considerada éticamente. El clama por la liberación, es decir, que él sea libertado de algo que él compara con un cuerpo muerto, que siempre está presente a él. El mismo Apóstol escribió con respecto a sí mismo que él golpeaba su cuerpo para mantenerlo en sujeción (1 Co. 9:27), pero lo que él hacía con el cuerpo era sólo un medio para lograr el letargo de su alma.

Cuerpo de la humillación nuestra (Fil. 3:21). En este caso, la *Versión Autorizada* en inglés, tiene una mala traducción (*Our Vile Body-Nuestro Cuerpo Vil*). Nada de lo que Dios hizo es *vil*. Así que dicha versión favorece las ideas paganas con respecto al cuerpo humano. En cambio, la traducción de la *Versión Revisada* en inglés tiene la misma traducción de nuestra *Versión Reina-Valera*, revisión de 1960: "*el cuerpo de la humillación nuestra*." Todos los exégetas sostienen que ésa es la traducción correcta. De igual modo, se interpreta mal la expresión "se siembra en deshonor, resucitará en gloria" (1 Co. 15:43). Allí se nos presenta el contraste entre el cuerpo actual —especialmente por el hecho de que tiene que experimentar la corrupción— y el cuerpo que ha de tener el creyente cristiano. La palabra "*deshonra*" no implica fracaso moral. Esta es una declaración que indica que este cuerpo no es el cuerpo de gloria como el que hemos de tener.

IV. EL CUERPO DE CRISTO

La expresión *el cuerpo de Cristo* tiene un significado biforme. Puede referirse a su propio cuerpo o su Cuerpo místico que se compone de todos los que son salvos de los cuales Cristo es la Cabeza.

En vista del hecho de que como cumplimiento de todos los símbolos de los sacrificios del Antiguo Testamento, y como Cordero de Dios, tenía que derramar la sangre que sirviera de base a la

Redención, fue el Hijo de Dios Quien, al entrar al mundo, expresó una palabra de gratitud a su Padre, en la siguiente forma: "Mas me preparaste cuerpo" (He. 10:5). Aunque el suyo fue un cuerpo humano real, no afectado por la caída, llegó a ser un cuerpo de distinción inapreciable por ser el cuerpo del Hijo de Dios. Ese es el cuerpo que, como ningún otro, se vistió de inmortalidad y llegó a ser un cuerpo de excelente gloria. Nadie en este mundo pudiera estimar realmente la actual y única distinción de ese cuerpo.

En lo que respecta al Cuerpo místico, es decir, la Iglesia, ninguna figura que se utilice para expresar la relación que existe entre Cristo y la Iglesia se emplea con más frecuencia que la de la cabeza y el cuerpo con sus muchos miembros. En esta figura hay dos notables pensamientos: el de la manifestación y el del servicio. Así como la vida interna se manifiesta por medio del cuerpo, así el Cuerpo de Cristo sirve para manifestar a Cristo en este mundo, y es el medio por el cual El realiza su actividad a través del Espíritu Santo.

CONCLUSION

Con respecto al cuerpo humano, podemos concluir que es, por creación, un producto del polvo de la tierra; se sostiene por medio de los elementos que se derivan de la tierra; y torna a la tierra. El cuerpo está sentenciado a muerte por causa del pecado. Está sujeto a la resurrección o a la traslación, y es eterno como el alma y el espíritu.

CAPITULO XIV

LA PARTE INMATERIAL DEL HOMBRE EN LA CREACION

I. EL ORIGEN DE LA PARTE INMATERIAL DEL PRIMER HOMBRE

Habiendo considerado de algún modo la doctrina de la parte material del hombre, y reconociendo que la revelación más importante con respecto al hombre cuando fue creado se encuentra en las palabras que afirman que el hombre fue hecho a *imagen* y *semejanza* de Dios, y que esta imagen se manifiesta en la parte inmaterial, y no en la material, nos corresponde investigar la verdad que Dios nos ha revelado con respecto a la parte inmaterial del hombre. Con respecto a su parte material, se dice que el hombre es creación directa e inmediata de Dios y que fue hecho de la materia existente. Esta escrito: "Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra" (Gn. 2:7). Pero de la parte inmaterial del hombre no se nos dice que haya sido creada por Dios, ni que haya sido hecha de algún material existente, sino que el hombre llegó a ser un alma viviente como resultado del sopro divino en el vaso de barro; es decir, el sopro de las vidas (la palabra en el origen es plural). "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gn. 1:26, 27). Estas declaraciones nos presentan hechos que están muy lejos del entendimiento humano y poderes incomprensibles. Queda claro, sin embargo, que la parte inmaterial del hombre no se originó mediante un acto de creación, sino mediante un acto de transmisión. Puede que haya estado presente y activo algún elemento de la creación, pero es evidente que el hombre llegó a ser "alma viviente" mediante el sopro divino y, por tanto, su parte inmaterial es más increada que creada. Es una comunicación del Eterno. Los ángeles son seres creados (Col. 1:16), y puesto que son seres inmatrimales, se deduce que sus seres, en todos sus aspectos, son creación directa muy aparte de cualquier materia existente. Tampoco se nos dice que ellos llegaron a ser lo que son

mediante el soplo divino. Parece que el hombre ha sido exaltado al sitial de excelente dignidad y honor. El es, por señalamiento divino, el señor de la pequeña parte del universo en que vive; y es el medio de instrucción para los seres angélicos; y es razonable que el hombre sea altamente ennoblecido. Cualesquiera que sean las esferas en que los ángeles puedan ser excelentes, entre las criaturas de la tierra es esencial que haya uno que, siendo racional pueda tener preeminencia sobre todo lo que es mundano.

En realidad, son grandes las implicaciones del hecho del soplo divino con respecto a la prominencia y permanencia, y con respecto a la noble y solemne grandeza de los seres que fueron así engendrados. El alma y el espíritu humanos fueron, pues, originados por *Elohim*, título este que implica que las tres Personas de la Trinidad tomaron parte —y cada una como Persona suficiente en Sí misma— para garantizar el éxito de esta obra que es la corona de la creación, de los poderes creadores de *Elohim*.

II. LA IMAGEN DIVINA

Ya notamos el origen incomparable de la parte inmaterial del primer hombre. Ahora nos corresponde investigar el significado de la expresión *imagen* y *semejanza* de Dios. Estas palabras no sólo son representaciones exactas de hechos, sino que tienen en sí todo lo que la lengua puede decir con respecto a lo que es importante y supremo en el campo del entendimiento humano. Ninguna creación ni producción divina hubiera podido haberse inaugurado en un nivel más alto que éste de ser conforme a la *imagen* y a la *semejanza* de Dios. Estas dos palabras reaparecen en las Escrituras subsiguientes, y confirman la verdad de que toda la Biblia guarda armonía con el relato de la creación que se encuentra en Génesis. Se ha escrito mucho con el propósito de demostrar alguna diferencia vital entre estas dos palabras. Tales esfuerzos han fracasado en cuanto a establecer distinciones, aunque puedan existir. No era costumbre de los escritores bíblicos el multiplicar palabras cuando en realidad no existía ninguna distinción. ¿En qué consisten, pues, esta *imagen* y esta *semejanza*? Sólo necesitamos un poco de espacio para refutar algunas ideas indignas al respecto. Una de estas ideas ha llegado a hacer el esfuerzo de conectar esta *imagen* y *semejanza* con lo que se nos dice en Eclesiastés 7:29: “. . . Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones.” Basados en esto arguyen que la postura recta del cuerpo del hombre refleja la postura de Dios, y que la *imagen* y la *semejanza* de Dios se refieren a esa postura. Pero, puesto que Dios es un Ser incorpóreo, no es perpendicular ni

horizontal en cuanto a postura. Con la misma insuficiencia inherente, otros afirman que la idea de la imagen y la semejanza se agota en el solo hecho de que el hombre, como Dios, tiene su esfera de dominio. A esto se puede replicar que el hombre tuvo que existir antes que fuera investido de dominio, y que el hombre tiene autoridad en atención a que fue hecho a imagen y semejanza de Dios. La autoridad no es la que causa la imagen y la semejanza, sino que la imagen y la semejanza son las que confieren la autoridad. Es probable que sea igualmente ineficaz el intento de restringir la idea de la imagen y la semejanza a algún aspecto particular de Dios. El apóstol Pablo hace una declaración de amplio concepto: "Siendo, pues, linaje de Dios" (Hch. 17:29). Esta concepción difícilmente se pudiera restringir a un solo vínculo de afinidad. Que esta semejanza va mucho más allá de lo material y más allá de cosas específicas, y que envuelve realidades de Dios que el hombre no puede comprender, es algo que John Howe explica muy bien cuando dice que "tenemos que entender que nuestra semejanza con El, por ser linaje suyo, reside en algo más sublime, más noble y más excelente de lo que uno puede figurarse, así como ¿quién puede decirnos cuál sea la figura o imagen de un pensamiento, o de la mente, o del poder de pensar?" (citado por Watson, *Institutes—Principios*— Vol. II, pág. 10).

Con respecto a la creación, Dios había dicho que *era buena*. No sólo cumplió su plan cabalmente, sino que le produjo suprema satisfacción. Y en ella se incluían los aspectos morales —como el caso del hombre— no podía haber excepción. Su perfecta santidad no encontró deficiencia en lo que El había hecho. Esto puede que no implique una justicia sobredominante por parte del primer hombre, pero sí significa que el hombre tenía una inocencia real y satisfactoria. Hay pasajes del Nuevo Testamento que nos presentan tres aspectos que les corresponden a los que *se visten* de Cristo; es probable que éstos fueron los que el hombre perdió en la caída. Ciertamente, se vuelven a obtener por medio de la gracia salvadora. Está escrito: "Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Ef. 4:24). "Y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Col. 3:10). La regeneración que se realiza en la nueva criatura, con todo lo que ella implica, le asegura *justicia, verdadera santidad y conocimiento*. Aunque en estos pasajes se afirma directamente sólo lo que obra la salvación, el lenguaje de ellos implica claramente que el hombre fue originalmente constituido según la imagen divina. No se puede hacer otra clase de deducción de estos notables pasajes. Aquello que es mejor en la criatura, evidentemente no es más que una miniatura de lo que es el Creador

en grado infinito. Estas dos ideas —lo que es verdadero con respecto a Dios y lo que es cierto con respecto a los redimidos— pueden ser equivalentes en naturaleza, aunque no en grado. En todo caso, aquello que no es verosímil en Dios no pudiera formar parte de un ser que fue hecho a la semejanza de Dios.

Con respecto al conocimiento original que poseía Adán, Richard Watson escribe:

“El ‘ conocimiento ’, en el cual el apóstol Pablo, según *Colosenses 3:10*, dice que reside la *imagen de Dios*, de acuerdo con la cual fue creado el hombre, no es solamente la facultad del entendimiento, la cual es parte de la imagen natural de Dios; sino algo que puede perderse, puesto que eso es lo que ‘ se va renovando ’ en el nuevo hombre. Debe entenderse, por tanto, que tal conocimiento es la facultad de saber en el ejercicio pleno de su poder original, y aquella disposición a aceptar, y a retener firmemente, y a dar aprobación sincera a la verdad religiosa. Este es el sentido en que se entiende el conocimiento en las Escrituras, cuando se habla en el sentido moral. Puede que no estemos dispuestos a aceptar, como otros conceden, que Adán entendió la profunda filosofía de la naturaleza, y que podía comprender y explicar los sublimes misterios de la religión. La circunstancia de que él le diera nombre a todos los animales, ciertamente no es prueba suficiente de que él había logrado un conocimiento filosófico con todas las cualidades y hábitos que lo distinguen, aunque tenemos que aceptar que esos nombres todavía se retienen en hebreo, y que es verdad que expresan las peculiaridades de los seres a que corresponden, como lo han afirmado algunos expositores. Parece que no se le concedió suficiente tiempo para estudiar las propiedades de dichos seres, ya que este evento ocurrió antes de la formación de Eva. En cuanto a la idea de que él pudo haber adquirido el conocimiento por intuición, es algo que contradice la Biblia, por el hecho de que se nos ha *revelado* que los mismos ángeles adquieren su conocimiento por medio de la observación y el estudio, aunque sin duda, con mayor rapidez que nosotros. Toda la transacción fue sobrenatural: Dios le presentó los animales a Adán, y es probable que él les diera los nombres mediante la dirección divina. Se ha supuesto que él fue el que le dio origen al lenguaje, pero la historia bíblica indica que nunca careció de lenguaje. Desde el principio tuvo la capacidad de hablar con Dios; así que podemos inferir que el lenguaje fue en él una dotación milagrosa y sobrenatural. Según la perfección con que fue creado, tenemos que llegar a la conclusión de que su entendimiento era cabal, profundo y mucho más perfecto que el de su posteridad; y que la adquisición de conocimiento le debió ser, por tanto, rápida y fácil. Sin embargo, tenemos que suponer que la excelencia de su conocimiento se relacionaba con la verdad moral y religiosa, puesto que ésa era su primera preocupación. ‘ Su razón era clara, su juicio, sin perversiones y su consciencia, sincera y sensible ’ (Watts). En él, el mejor conocimiento ha debido estar primero, y toda otra clase de conocimiento ha debido estar al servicio del principal, según la relación que con él tuviera. El apóstol agrega al conocimiento ‘ la justicia y santidad de la verdad ’, términos éstos que no sólo expresan la liberación del pecado, sino también virtudes positivas y activas” (*Theological Institutes —Principios teológicos—* Vol. II, págs. 14, 15).

El Dr. Isaac Watts afirma con respecto a las cualidades morales de Adán:

“Una criatura racional hecha de ese modo, no sólo tenía que ser inocente y libre, sino que también tenía que haber sido formada con una condición santa. Su voluntad tuvo que haber tenido un prejuicio interno hacia la virtud. Tuvo que haber en él una inclinación de complacer al Dios que lo hizo: un amor supremo hacia su Creador, un celo por servirle a Él, un tierno temor de ofenderlo. Porque no había alternativa: o el nuevo hombre que acababa de ser creado amaba a Dios supremamente, o no lo amaba en absoluto. Si no lo hubiera amado, entonces tampoco hubiera sido inocente, pues la ley de la naturaleza requiere que haya un supremo amor hacia Dios. Si lo amaba, entonces debía estar dispuesto para todo acto de obediencia: esta es la verdadera santidad del corazón. Y, en realidad, si el hombre no hubiera tenido esta característica, ¿cómo podía un Dios santo declarar que la obra que había hecho era buena? Tenía que haber también en esta criatura una sujeción regular de las capacidades inferiores al sentido superior, y en ella, los apetitos y las pasiones debieron estar sujetas a la razón. La mente tuvo que tener el poder de gobernar en las facultades inferiores, para que el pudiera evitar la ofensa contra la ley de la creación. El debió también tener su corazón lleno de aprecio hacia las criaturas, especialmente hacia las que son de su misma especie, puesto que él iba a ser colocado entre ellas: el debía poner en práctica un principio de honestidad y verdad al tratar con ellas. Y si muchas de esas criaturas fueron hechas a un mismo tiempo, ha debido no haber orgullo, ni malicia, ni envidia, ni engaño, ni disputas, ni contenciones entre ellos; ha debido haber sólo armonía y amor” (citado por Watson, *ibid.*, pág. 15).

En este caso, los socinianos y sus sucesores han impuesto la opinión de que la santidad puede existir sólo como resultado de la concurrencia y la cooperación del individuo. En otras palabras, se afirma que la santidad es producto de la experiencia en la vida. Con esto están confundiendo dos cosas diferentes: el *hábito* de la santidad con el *principio* de la santidad. El hábito de la santidad no se logra mientras no esté adentro ese principio que obre con ese fin. Jonathan Edwards dice en su obra *Original Sin*:

“Creo que eso es una contradicción a la naturaleza de las cosas, tal como las juzga el sentido común de la humanidad. Es agradable para el buen sentido de los hombres, en todas las naciones y en todas las épocas, no sólo que el fruto o efecto de una buena elección sea virtuoso; sino que la misma buena elección, de la cual procede tal efecto, también lo sea. Sí, también el antecedente, sea alimento, disposición, temperamento, afecto de la mente o cualquiera otra cosa de la cual procede esa buena elección, se considera virtuoso. Esta es la noción general: no que los principios deriven su bondad de las acciones, sino que las acciones la deriven de los principios de los cuales proceden. Así que el acto de escoger lo que es bueno no es más virtuoso que el hecho de que procede de un buen principio o de una disposición virtuosa de la mente. Esto supone que una disposición virtuosa de la mente puede ser anterior a la elección de un acto virtuoso; y que, por tanto, no es necesario que haya primero pensamiento, reflexión ni elección, antes que pueda haber cualquier disposición virtuosa. Si la elección fuera primero, antes de la existencia de una buena disposición del corazón, ¿cuál sería el carácter de la elección? No puede haber virtud en una elección que no proceda de un principio virtuoso, según nuestra noción natural; la que no procede de un principio tal corresponde al amor propio, a la ambición, o a los apetitos animales. Un temperamento virtuoso, por tanto, puede ser anterior a un buen acto de elección,

así como el árbol puede ser anterior a su fruto, y la fuente puede ser anterior a la corriente que de ella procede" (citado por Watson, *ibid.*, pág. 17).

La siguiente cita de Richard Watson manifiesta una clara comprensión con respecto al primitivo estado del hombre, y revela que la ha obtenido por medio de la observación y la meditación:

“La *causa final* de la creación del hombre fue la manifestación de la gloria de Dios, especialmente de sus perfecciones morales. Entre estas perfecciones brillaba con brillo supereminente la benevolencia. La creación de criaturas racionales y santas, según parece, era el único medio de realizar un plan paternal y benevolente, para así impartir a otros seres una parte de la felicidad divina. La felicidad de Dios es el resultado de su perfección moral, y es completa y perfecta. Y también es específica: es la felicidad del conocimiento, de la rectitud consciente, de la suficiencia y de la independencia. Las criaturas eran capaces del conocimiento y de la rectitud consciente, pero solamente las de escoger lo que es bueno no es más virtuoso que el hecho de que procede de un buen principio incapaz de ser feliz. Sin embargo fue dispuesta y adornada para otros, y no sólo para ella misma. Si fue primorosamente preparada, fue para que otros se maravillen; si es útil es con el propósito de que les sirva a otros; si tiene belleza es para que la vean otros; si tiene armonía es para los oídos de otros. Las criaturas animadas irracionales pueden obtener ventajas de la sola materia; pero no parece que ellos estén conscientes de ello. Ellos disfrutaban de los sentidos, pero no poseen los poderes de la reflexión, la comparación y el gusto. Ellos ven, pero no se admiran; ellos no pueden establecer relaciones. Ellos no están conscientes como para saberlo y para sentir el placer del conocimiento; ni para impartir el conocimiento a otros; ni para establecer bases para el porvenir; ni para ampliar conocimientos; ni para descubrir la causa eficiente y la causa final de todas las cosas; ni para disfrutar los placeres del descubrimiento ni las certidumbres de la imaginación y del gusto. Todo esto sólo les es peculiar a los seres racionales. Sobre todo, a los seres racionales les es peculiar conocer al gran Creador y Señor de todo; ver las distinciones entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal, en su ley; tener, por tanto, la consciencia de la integridad y de las pasiones bien ordenadas y perfectamente balanceadas; sentir la felicidad de la benevolencia universal e ilimitada; ser consciente del favor del mismo Dios; tener perfecta confianza en su cuidado y en su constante bendición; adorarlo; ser agradecido; tener esperanza sin límites en las incesantes bendiciones del porvenir; todos estos recursos de felicidad se agregaron a los placeres del intelecto y de la imaginación en la creación de los seres racionales. En cualquier parte del universo que hayan sido creados y colocados, tenemos suficientes razones para creer que esa fue la condición primitiva de todos ellos. Y sabemos, con toda seguridad, por la revelación de Dios, que esa fue la condición del hombre. En su creación y condición primitiva se manifestó eminentemente la bondad de Dios. El hombre fue hecho un espíritu racional e inmortal, sin límites para la constante ampliación de sus capacidades; porque, según toda la evidencia que nos provee nuestra propia consciencia, aun en nuestra condición caída, parece posible que el alma humana se esté acercando eternamente a lo infinito en cuanto a fuerza intelectual y logros. El hombre fue hecho santo y feliz; se le permitió la comunicación con Dios. No se lo dejó aislado, sino que tuvo el privilegio de vivir en sociedad. El fue colocado en un mundo de grandeza, armonía, belleza y utilidad; un mundo que estaba en correlación con otros mundos distantes, para que él mismo pudiera tener el sentido de la manifestación de la extensidad del espacio y de la vastedad de los diversos

universos; y también para que sirvieran de incentivo a su razón, su imaginación y su devoción, para los ejercicios más vigorosos y saludables. El hombre fue colocado en un paraíso donde, probablemente, estaba exhibido en *modelo* todo lo sublime y lo gentil del escenario de toda la tierra; y todo aquello que pudiera deleitar el sentido inocente y excitar las investigaciones curiosas de la mente. Se le encomendó un trabajo para que pudiera emplear su atención; pero era de tal clase que no podía debilitarlo; también se le concedió tiempo para los altos propósitos de conocer a Dios, su voluntad y sus obras. Todo esto era una manifestación universal de su amor, del cual él era el principal objeto visible. Y la felicidad y la gloria de esta condición tendría que impartirse a su posteridad para siempre, mediante su obediencia y la de la descendencia suya en sucesión. Tal era el mundo; tales sus habitantes racionales, la primera pareja. Y así, la creación no sólo manifestó el poder y la sabiduría, sino también la benevolencia de la Deidad. El los hizo como El mismo, y los hizo capaces de disfrutar una felicidad como la suya" (*ibid.*, págs. 17-19).

Es posible que, como muchos afirman, la palabra *semejanza*, tal como se usa en Génesis 1:26 (comp. 5:1), se refiere a aquello que el hombre original tenía antes de la caída, y que perdió en ella; lo cual era en realidad un conjunto de grandes potencialidades que tenía el hombre, mayores que las que vuelve a adquirir por medio de la Redención. La suposición de que el Adán que cayó era la obra suprema de Dios, su máximo propósito, y de que la Redención es un intento de salvar algo de los escombros que quedaron de la caída, está muy lejos de la verdad. En su obra *Christian Doctrine of Sin* dice Müller:

"No se puede probar que la nueva criatura en Cristo no es nada más que la restauración al estado en el cual Adán fue creado. Hay, en realidad, cierta relación entre las dos. La Imagen divina que obra Cristo mediante la Redención es la única realización verdadera de la imagen con que el hombre fue creado. Al hombre se le dio originalmente una imagen, para que pudiera lograr la otra, si no directamente, mediante la fidelidad continua en obediencia y comunión con Dios; por lo menos indirectamente después de la caída, por medio de la Redención. Pero es evidente, por la misma naturaleza de esta relación, que las dos imágenes no son idénticas" (citado por Laidlaw, *The Bible Doctrine of Man*, pág. 135).

La salvación actual no es para que el hombre vuelva al estado del Adán no caído, sino para que llegue a estar en conformidad con el último Adán, que es el glorificado. Está escrito: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29). "El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21). "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es"

(1 Jn. 3:2). Sea que esta consideración sobre la semejanza original del hombre con Dios esté de acuerdo con todo lo que es cierto, o que no lo esté, las Escrituras declaran con insistencia que, por causa del pecado, los hombres “están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). Los hombres no regenerados se encuentran “muertos en . . . delitos y pecados” (Ef. 2:1). “. . . están bajo pecado” (Ro. 3:9); “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef.2:12); pertenecen al mundo que “está bajo el maligno” (Jn.5:19). Cualquiera que haya sido el estado original del hombre, y cualquier cosa que de ese estado se preserve bajo las condiciones anotadas, debe identificarse con un cuidado excepcional. Con este fin debe ponerse mucha atención especialmente a lo que se nos quiere indicar mediante la palabra *imagen*.

Cualquiera que pueda ser la fuerza de significado de la palabra *semejanza* —sea que se refiere a diversos aspectos del hombre original, que éste perdió o que se echaron a perder con la caída; sea que sólo obedezca a una repetición con propósitos de insistir en un hecho; o sea que se refiera, como G.F. Oehler sostiene, al modelo original que siempre se reproduce en el hombre— lo cierto es que la palabra *imagen* sí es un término que emplean las Escrituras con completa libertad. En Génesis 1:26,27, aparecen las dos palabras: *imagen* y *semejanza*; pero la palabra *imagen* aparece tres veces, mientras que el término *semejanza* sólo aparece una vez. Esta última aparece otra vez en Génesis 5:1-3, junto con la palabra *imagen*, y con fuerza de significado: “Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados. Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.” En este pasaje debemos observar otra vez que no se hace ningún esfuerzo aparente para asignarles significados específicos y distintos a estas palabras importantes. El pasaje sirve para establecer una verdad vital: que Adán, el cual fue hecho a imagen de Dios, engendró un hijo conforme a esa imagen, es decir, a Set. La Biblia no trata de revelarnos lo que le sucedió al linaje de Caín. No se encuentra su genealogía en la historia sagrada. Hay tres pasajes en el Nuevo Testamento que sirven para recordar lo que debe saberse con respecto a Caín, fuera del relato histórico que se nos da en Génesis (He.11:4; 1 Jn.3:12; Jud.1:11; comp. Lc.3:38). El importante pasaje que se encuentra en Génesis 5:1-3 debe reconocerse primariamente por la verdad que allí se afirma; que la *imagen* de Dios, sea cual fuere el significado verdadero del término *semejanza*, fue transmitida mediante la generación física y describe lo que es real en todo

miembro de la familia humana. Debe dársele la debida consideración al mal que posteriormente impuso la caída; pero todavía permanece el hecho, como lo afirma la Palabra de Dios por todas partes, de que el no regenerado, el hombre caído, tiene también la imagen de Dios, su Creador. La importancia de esta revelación no pudiera jamás ser sobreestimada. Aquí no hay ninguna implicación con respecto a que el hombre no está caído, ni de que no está perdido aparte de la Redención. Más bien se entiende que la Redención se provee por causa de lo que el hombre es. La verdad de que el hombre tiene la imagen de Dios le da más valor a la realidad tanto de su estado perdido como de su condición final, en caso de que no acepte la salvación. El informe sublime y majestuoso nos dice que Dios creó al hombre, no como un mero ser sin identificación. Su individualidad es importante y él es supremo entre todas las criaturas de la tierra. El fue hecho a la semejanza de Dios. Casi es imposible dudar que Génesis 9:6 y Santiago 3:9 se refieren al hombre en su estado actual. "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre." "Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios." Pecar contra el hombre, ya sea mediante asesinato o por difamación es un hecho reprobable por el hecho de que la imagen de Dios reside en el hombre. A la vida humana le corresponde un carácter sagrado. El hombre tiene que respetar a su prójimo, no por causa del parentesco, sino por causa de la gloriosa verdad de que la vida humana le pertenece a Dios. Herir a un hombre es herir a uno que tiene la imagen de Dios.

El carácter sublime del hombre se indica especialmente en el Salmo 8, en el cual se presenta su grandeza en su pequeñez: "De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos." En este salmo se dice que al hombre "Le has hecho poco menor que los ángeles." La palabra hebrea que se usa allí es *Elohim*, y se refiere específicamente a Cristo (comp. He.2:9), el cual estuvo durante un corto tiempo en un estado poco menor que el de los ángeles, de tal modo que pudiera sufrir la muerte. La aplicación más amplia (comp. He.2:6-8) se refiere al hombre, del cual se dice que fue coronado de gloria y de honra, y colocado sobre las obras de Dios. Teniendo en cuenta esta misma posición elevada del hombre, el apóstol Pablo dice: "... él es imagen y gloria de Dios" (1 Co.11:7). No es importante que en este momento decidamos qué significa esa gran declaración, que es grande en realidad, pues no pudiera decirse nada más loable del hombre, fuera de aquella nueva posición en que es colocado el redimido, el que está *en Cristo*.

Sobre los pasajes bíblicos que hemos citado, debe observarse que

todos, con excepción de Génesis 1:26,27 y 2:7, se refieren al hombre en su condición actual. Aunque en toda la Biblia se dice mucho con respecto a la pecaminosidad del hombre y con respecto a las profundidades hasta las cuales ha descendido, nunca se dice que el hombre haya perdido la imagen de Dios. En efecto, como ya lo declaramos, la Biblia enseña directamente que el hombre caído retiene la imagen de Dios y que, precisamente, esta realidad es la que determina lo horrible de su degradación.

Los siguientes pasajes nos ofrecen una fuerte sugestión con respecto a lo que fue la manifestación original de la imagen divina: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt.5:48). “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc.6:36). “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 P.1:15,16). En estos pasajes puede observarse que, hasta un grado bastante completo, se describe aquel hombre original en el Cual el Creador halló satisfacción.

Dos excelentes verdades muy importantes surgen en todo este cuerpo de escritos teológicos con respecto a la imagen con la cual fue creado el hombre: (a) Que el hombre caído tiene la imagen inalienable de Dios y (b) que el hombre fue lesionado por causa de la caída hasta tal grado que sólo la gracia redentora puede rescatarlo. Estas dos verdades están profundamente enclavadas en las Escrituras, sin hacer caso a las aparentes contradicciones que puedan presentar. La verdad no puede modificarse ni abandonarse. Sería fácil para las mentes no acostumbradas a la investigación decir que toda esta discusión con respecto a la imagen de Dios en el hombre es sólo una batalla de palabras, que casi no tiene valor práctico; pero lo cierto es que en este punto es donde se descubre la base para la antropología, la soteriología y la escatología. La parte vital que tiene la doctrina de que el hombre fue hecho a imagen de Dios en todas las partes de la teología es tan patente que no necesita ninguna elucidación. La base de la distinción entre los diversos sistemas de teología se determina en gran parte mediante este punto. Tanto luteranos como calvinistas sostienen la más alta condición del hombre antes de la caída, y el más oscuro cuadro después de la caída. Los romanistas, los socinianos y los modernistas de hoy consideran que el hombre no tenía un nivel tan elevado antes de la caída, pero creen que, después de la caída, su condición es halagadora. Esto no significa que los agustinianos —ni los luteranos, ni los calvinistas— vilipendian la vida humana, mientras que los modernistas la exaltan. No puede haber una concepción más alta del hombre que la de los luteranos y los calvinistas. Pero toda

esta verdad se caracteriza en mucho por las presuposiciones dogmáticas. Esto, sin duda, se debe a las declaraciones de la Escritura en este respecto, que son sumamente breves. Hay muchos aspectos en los cuales Dios no ha hablado a los teólogos, y en esos lugares ellos colocan lo que se presenta agradable a su manera de pensar. Luego, en el posterior desarrollo de sus sistemas, ellos deducen de sus propias creaciones precisamente lo que habían preparado y necesitaban. A la luz de esto, es interesante leer los materiales que los hombres han preparado sobre este tema. Haría bien el estudiante en leer dichos escritos con atención.

Al concluir el estudio de la imagen divina en el hombre es esencial llegar a algunas convicciones definidas. Debe estructurarse una doctrina constructiva que esté de acuerdo con la Palabra de Dios. Estamos completamente de acuerdo con John Laidlaw cuando escribe:

“La Escritura nunca habla de la imagen divina en el hombre, sino que siempre dice que el hombre fue hecho a imagen de Dios. Esto indica un profundo principio del pensamiento bíblico; presupone a Dios para poder explicar al hombre. Este principio no nos impone la ‘tarea de Sísifo’, que consiste en probar la existencia de Dios y lo sobrenatural con argumentos provenientes del hombre y de la naturaleza. Así que, con la expresión “imagen divina” no se refiere a aquellos elementos que hay en el hombre de los cuales puede deducirse una idea de Dios, sino, al contrario, a aquellos aspectos del Ser divino de los cuales el hombre es una copia. Si leemos lo que dice la Biblia con respecto a Dios en relación con el mundo, y lo que dice con respecto a Dios mismo, obtendremos magníficas conclusiones en relación con el hombre. Teniendo siempre como premisa la Idea divina, el hombre es una copia creada, y no como el *Logos*, que es la Imagen esencial” (*ibid.*, p. 118).

Así también, G F. Oehler declara que el hombre tiene la imagen divina en vista de los siguientes hechos: (a) Que la naturaleza humana se distingue de la de las bestias, puesto que Adán no halló ayuda idónea para él entre los seres inferiores de la creación, y el hombre puede matar animales irracionales, pero no puede dar muerte al ser que fue hecho a imagen de Dios. (b) El hombre fue puesto sobre la naturaleza como persona libre, por el hecho de que fue hecho de tal modo que pudiera tener comunión con Dios, y porque Dios lo escogió para que ejerciera la autoridad divina sobre los asuntos de la tierra (*Old Testament Theology*, Vol. I, pgs. 211, 212; citado por Laidlaw, *ibid.*, p. 346).

Jonatán Edwards resume este asunto de la siguiente manera: “La *imagen natural* de Dios consiste en gran parte en aquello mediante lo cual Dios, en su creación, estableció la diferencia entre el hombre y los animales irracionales; es decir, aquellas facultades y principios de la naturaleza según los cuales él es un ser moral; mientras que la

imagen espiritual y moral con la cual fue hecho el hombre consiste en aquella excelencia moral con la cual fue dotado" (*On the Freedom of the Will*, parte 1, sec. 5; citado por Laidlaw, *ibid.*, p. 112).

No se ha hallado ninguna declaración tan luminosa como la que sigue, que es de John Laidlaw, y aunque es algo extensa, la utilizaremos:

"Pasando del punto de vista de la Escritura con respecto a la relación de Dios con el mundo, al punto de vista bíblico sobre lo que Dios mismo es, descubrimos aquellas definiciones sublimemente sencillas del Ser divino: Dios es 'Espíritu', 'Amor'. Veamos cómo estos atributos pueden hallar su paralelo en el hombre, que es la copia creada de Dios.

Dicha copia se corresponde con lo que hemos investigado sobre la psicología bíblica, es decir, que es por el lado del *espíritu* por donde el hombre debe exhibir una analogía con la naturaleza divina. Ese es el único elemento en la constitución del hombre que puede atribuírsele propiamente a Dios. El es Espíritu. La existencia espiritual se afirma con respecto a Dios en forma absoluta y suprema. Aun más, de Dios se dice que es el Padre de los espíritus, y el Dios de los espíritus de toda carne. Esto indica que el mundo espiritual, incluyendo en él al hombre en tanto que él también tiene espíritu, guarda una relación más estrecha con Dios que el mundo de lo corpóreo. Nos hemos cuidado lo suficiente contra la idea platónica en este aspecto una forma que le dieron a esta idea algunos padres griegos, lo cuales hicieron del *pneuma* algo físico que servía para conectar al hombre con Dios. Esta forma de declaración conduce fácilmente a la conclusión de que, por causa de la caída, la naturaleza humana ha sido alterada estructuralmente por la pérdida de una parte o elemento; mientras que la doctrina bíblica enseña que la naturaleza del hombre se ha degradado moralmente por la pérdida de su pureza. El punto principal de la psicología bíblica es siempre el del origen divino del hombre. Su vida, que es animal, intelectual y moral, es espiritual, por el hecho de que recibió el soplo especial de Dios. El 'espíritu en el hombre' es la 'inspiración del Omnipotente', y el hombre es espiritual en tanto que viva y actúe conforme a su origen divino y a la base de su vida. Así que, la Escritura enseña que la naturaleza espiritual que el hombre tiene, el espíritu del hombre que está en él, es un paralelo absoluto o una analogía suprema con el Espíritu absoluto y supremo que es Dios.

Así hallamos que, en la Biblia, se nos presenta el *intelecto* o la *racionalidad* en el hombre, no sólo como una función del 'espíritu' que está en él, sino como una función que fluye de una correspondencia con algo que hay en Dios. Es el soplo del Omnipotente el que le da al hombre el entendimiento y la instrucción. En el Edén cuando Dios presentó todos los animales a Adán para que les pusiera nombre, nos ofrece esta idea en forma pictórica. Esa 'admirable conferencia de filosofía', como la ha llamado el obispo Bull, que Adán, por indicación del mismo Dios, leyó en todos los demás animales, denota la correspondencia entre la *inteligencia divina* y la *humana*. 'Y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre' (Gn.2:19). 'Pienso, oh Sócrates, que la explicación más cierta de estas cuestiones es que alguna facultad superior a la humana fue la que les dio los primeros nombres a las cosas, de tal modo que necesariamente resultaron correctos.' Algo similar hay que atribuirles a los artifices del tabernáculo, en cuanto a sabiduría, entendimiento, hábil ejecución, todo lo cual

fue realizado en colaboración con el Espíritu de Dios. Así que, la Escritura le atribuye a la asistencia divina el conocimiento científico, la habilidad artística y todos los resultados de la razón. Y esto no procede de un vago sentido de piedad, sino de la teoría bíblica consecuente de que el espíritu del hombre se corresponde con el Espíritu de su Creador, y que aquel recibe sustento de Este. Cuando se enseña de este modo, se está poniendo el más noble cimiento a la filosofía del hombre. Y esto es a la vez una manifestación de la preciosidad del individuo y una predicción del progreso de la raza. La verdadera idea de la grandeza humana no se la debemos al pensamiento moderno, sino de los primarios axiomas de la revelación.

“Otro punto de analogía que señala la Biblia entre lo divino y el espíritu humano es la *consciencia propia*. “Una llama del Señor en el espíritu del hombre que escudriña todo lo que hay en las cámaras del corazón.” La expresión “llama del Señor” puede afirmar el origen divino —la luz que el Señor ha encendido en el hombre— o la posesión divina, —la luz que es de Dios, la verdadera luz que ilumina a todo hombre—, o ambas cosas; pero la característica del espíritu humano en la cual se fija la descripción, es su poder de auto-penetración que escudriña lo más recóndito del ser humano. Con una figura muy similar se designa a la consciencia o consciencia moral en el Nuevo Testamento, como “el ojo”, “la luz del cuerpo”, “la luz que está en”. Se afirma aun en forma más explícita que el espíritu del hombre que está en él es el único que conoce las cosas del hombre, y por tanto, es análogo con el Espíritu de Dios, que es el único que conoce las cosas de Dios. Esta analogía está reforzada, en otro texto, por la idea de la correspondencia o comunicación. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro.8:16). De estos pasajes bíblicos se puede inferir claramente la consciencia propia del hombre como un aspecto esencial de su similitud con lo divino.”

De la consciencia propia sólo hay un corto paso a la *personalidad*. Es una verdad manifiesta que la presentación que la Biblia hace de Dios es la de una Personalidad libre y auto-consciente. La asunción de que Dios es personal penetra en todas las páginas de la Escritura, desde el principio hasta el fin. Es tanto que a esto se le puede dar el nombre de antropomorfismo. La Biblia, como revelación de Dios para el hombre, comienza con Dios. Y su propia explicación de la doctrina no es que ella presenta a un Dios a la manera del hombre, sino que Dios puede revelarse al hombre, por el hecho de que el hombre fue hecho a semejanza de Dios. No es extraño que esto indique que al hombre se le debe enseñar a pensar con respecto a Dios como Persona, como Voluntad, como Santidad, como amor; ideas éstas de las cuales el hombre halla algunas copias en su propia constitución, puesto que dicha constitución se estableció según el modelo divino. Cuando la Biblia afirma que la personalidad del hombre tiene alguna relación con algo que hay en Dios, no se coloca en ninguna fórmula metafísica, sino en su profundo principio de la relación que hay entre Dios y el hombre, es decir, entre Dios y el ser humano individual, y también entre Dios y la raza humana. Este principio se afirma, por ejemplo, en Números 16:22, donde se invoca

la relación de Dios con los espíritus de toda carne como razón para castigar a un hombre que había pecado, en vez de castigar a todo el pueblo. Esto se repite en Números 27:16 como razón por la cual Dios debe escoger a un dirigente especial para la congregación. El profeta Ezequiel utiliza el mismo argumento de propiedad divina como fundamento para una espléndida declaración sobre la moral de Dios al tratar con los individuos, en contraste con el federalismo inquebrantable con el cual presumía Israel que tenía que contar. El derecho de Dios en cada alma —pues *nephesh* se refiere al ser humano: “todas las almas son mías”— se convierte en la base de la prerrogativa divina de ejercer en cada individuo tanto el castigo como el perdón. El otro lado de esta relación se nos presenta en aquellos pasajes que afirman que el hombre existe para Dios, que es su Padre, que Dios lo ha buscado para que lo adore a El, que lo quiere redimir para que tenga vida eterna, la cual consiste en el conocimiento del Padre y del Hijo. Aun en la presente condición caída, y en las formas más desfavorables de esa condición, San Pablo presenta al hombre como un ser que es linaje de Dios, “para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle.” En este pasaje, toda la esencia de la similitud entre el linaje y el gran Pariente se convierte en poderosa razón contra los esfuerzos artísticos del paganismo griego para humanizar lo divino. Puesto que el hombre es descendencia de Dios, no debe pensar que puede formar una imagen externa de Dios, ya que en él mismo está una imagen mucho mejor. No debe pensarse que la relación del hombre con Dios sea física, sino moral. La realidad de que somos del linaje divino se cita para ilustrar la verdad de que la humanidad está destinada a buscar a Dios, el cual no está lejos de ellos. Es decir, El se ha hecho cognoscible y concebible para los hombres. Solamente los seres personales pueden palpar y encontrar a un Dios personal; y al hacer eso, su semejanza con El se afirma y se confirma” (*ibid.*, ps. 120-126).

Cualquier estudio digno sobre la doctrina de la imagen de Dios en el hombre tiene que tomar en cuenta muy bien la relación del Señor Jesucristo con este tema. El es el Hijo de Dios; y la Biblia enseña que El, junto con el Padre y el Espíritu, también fue Creador de todas las cosas. Así que el hombre es producto de su poder creador. Pero la Biblia declara que El mismo es el Primogénito de toda la creación y, por tanto, el Señor de todo. En esto hay también un paralelo entre El y el hombre, puesto que de éste se dice que Dios le ordenó ser señor de todas las criaturas terrenales. Del Hijo se dice que El es “la Imagen” expresa de Dios. Su encarnación en la humanidad caída no le quitó nada a esta sublime realidad. La clase de Imagen que El es, pudiera compararse con un grabado en acero que reproduce todos los

aspectos hasta el más mínimo detalle. Por otra parte, la clase de imagen que el hombre es pudiera compararse con un perfil oscuro, pero tiene toda la imagen. Esta verdad no puede despreciarse. La primera creación humana tiene su arquetipo en *Elohim*, pues el hombre fue hecho a imagen de *Elohim*. La Nueva Creación tiene su arquetipo en el Hijo de Dios. La gracia salvadora le da al hombre redimido la imagen de Cristo (Ro.8:29; 1 Jn.3:2).

III. LA DERIVACION Y LA PERPETUACION DE LA PARTE INMATERIAL DEL HOMBRE

Ya le hemos dado la debida atención a la verdad relativa a la parte inmaterial del hombre, al origen de esa parte en el primer hombre. Se nos ha revelado que el llegó a ser alma viviente mediante el soplo divino de las vidas (en el original, la palabra es plural). El problema que tenemos ahora delante es el relativo a la generación o perpetuación de la vida humana. En el plan de Dios para la humanidad, a dos seres originales —macho y hembra— se les dio esta orden: “Fructificad y multiplicad; llenad la tierra” (Gn.1:28). Así se nos indica que a Adán y Eva, lo mismo que a su posteridad, se les dio poderes creadores, que no sólo engendran el cuerpo de su descendencia, sino que explican directamente la existencia de sus naturalezas inmatrimales. Sin embargo, se han presentado varias teorías para explicar el origen de la parte inmaterial del hombre, en el caso de cada miembro de la raza de Adán. Consideraremos tres de estas teorías.

1. LA TEORIA DE LA PREEXISTENCIA. Los abogados de esta hipótesis afirman, sobre bases racionales y muy aparte de la autoridad bíblica, que cualquiera que haya sido el origen del cual se derivó al principio la parte inmaterial del hombre —si fue creada o si existió eternamente— está sujeta a la reencarnación o transmigración de un cuerpo a otro, incluyendo los cuerpos de las formas inferiores de vida. Esta teoría, aunque la han abrazado con diversas modificaciones algunos hombres que pudieran servirse de la verdad bíblica, le debe su origen completamente a la filosofía pagana. Es uno de los postulados del hinduismo, y modernamente está representada por la teosofía. Una teoría primitiva le atribuía un alma humana al Cristo preexistente. La *Enciclopedia Británica* afirma con respecto a este sistema:

“En teología se halla la doctrina de que Jesucristo tuvo un alma humana que existió antes de la creación del mundo —el primero y más perfecto de todos los seres creados— y que subsistió antes de su nacimiento humano, en unión con la segunda Persona de la Divinidad. Esta alma humana fue la que sufrió los dolores

y las angustias que se describen en los Evangelios. La principal exposición sobre esta doctrina es la del Dr. Watts (*Works*, Vol. V, p. 274). Es muy poco el apoyo que ha tenido. En forma más amplia, esta doctrina se les ha aplicado a los hombres en general; es decir, se afirma que, en el principio de la creación, Dios creó las almas de todos los hombres, las cuales fueron como un castigo, para que se encarnaran en los cuerpos físicos de los que obraban el mal, hasta que la disciplina los acondicionara para la existencia espiritual. Los que apoyan esta doctrina de la preexistencia se hallan tan temprano como en el siglo II, entre los cuales se encontraron Justino Mártir y Orígenes. La idea no sólo corresponde generalmente a la metempsicosis y al misticismo, sino que prevalece ampliamente en el pensamiento oriental. Fue condenada por el Concilio de Constantinopla, en 540; pero ha reaparecido frecuentemente en el pensamiento moderno (comp. Wordsworth, *Intimations of Immortality* — y es en efecto, una tendencia natural correlativa con la fe en la inmortalidad” (XIV ed., Vol. XVIII, p. 434).

El argumento de que la vida humana preexistió le da fuerza a la esperanza de la vida consciente después de la muerte; refleja el deseo natural del corazón humano de tener una existencia sin fin. El siguiente es un análisis claro de este sistema, y es del Dr. William G. T. Shedd, en su obra *History of Christian Doctrine*:

“La teoría de la *preexistencia* enseña que todas las almas humanas fueron creadas al principio de la creación; no sólo las de este mundo, sino las de todos los mundos. Todos los espíritus finitos fueron creados simultáneamente antes de la creación de la materia. El universo intelectual precede al universo sensible. Las almas de los hombres, en consecuencia, existieron antes de la creación de Adán. La vida preexistente fue antes de Adán. Los hombres fueron seres angélicos al principio. Por causa de su apostasía en la esfera angelical fueron transferidos, como consecuencia de su pecado, a cuerpos materiales en la esfera terrena; y actualmente están pasando por un proceso disciplinario, con el propósito de que sean restaurados todos ellos sin excepción, y vuelvan a disfrutar de su condición angélica preexistente. Estos cuerpos, a los cuales se unen, vienen a la existencia mediante el curso ordinario de la propagación física; de tal modo que la parte sensoria y material de la naturaleza humana no tiene existencia anterior a Adán. Sólo se afirma la existencia anterior a Adán del principio racional y espiritual de la vida” (tercera edición, Vol. II, ps. 4,5).

A esta teoría se le hacen tres objeciones: (a) No toma en cuenta las Escrituras. Aunque Orígenes, de quien se ha dicho que fue “la aurora y el ocaso” de la teoría de la preexistencia, en su método usual alegórico, intentó armonizar sus ideas con la Palabra de Dios, las distorsiones que le hizo a la Biblia le dejaron poca apariencia a las claras enseñanzas de la Palabra de Dios. (b) Aunque se reconoce el hecho del pecado en dicha teoría, sin embargo, se desacredita la doctrina del pecado original (c) Esta teoría no descansa sobre ninguna prueba.

2. LA TEORIA DE LA CREACION. Las doctrinas de la creación

de la parte inmaterial para cada cuerpo, y del generacionismo —que consideraremos posteriormente— se relacionan con el origen de la parte inmaterial del hombre. Una y otra son defendidas por hombres de igual ortodoxia, aunque son ampliamente diferentes hasta el punto de contradecirse. La doctrina de la creación enseña que Dios crea directa e inmediatamente un alma y un espíritu para cada cuerpo en el momento en que nace, y que lo único que engendran los padres humanos es el cuerpo. En cambio, el generacionismo enseña que el alma y el espíritu del hombre son también engendrados junto con el cuerpo. La cuestión no está determinada en forma definitiva. Cuando los hombres de buenas intenciones difieren tan ampliamente se debe generalmente a la falta de un testimonio decisivo de las Escrituras. Debe observarse que, en la historia de la iglesia, la teoría de la creación fue ampliamente aceptada en el Este, en tanto que el generacionismo era la doctrina aceptada en el Oeste. El asunto ha dependido siempre de la opinión personal; no ha habido orden ni separación sobre base teológica. Este asunto, sin embargo, envuelve grandes temas. Allí está incluida la humanidad de Cristo y toda la verdad con respecto a la transmisión del pecado original, y con respecto a la herencia.

Dos grandes teólogos de los tiempos modernos, los doctores Charles Hodge y William Shedd, aunque los dos se someten al sistema de teología calvinista, el primero defiende la teoría de la creación y el segundo, la del generacionismo. El plan que seguiremos en esta discusión consiste en citar con suficiente amplitud a cada uno de estos hombres, según su propio punto de vista. De esa manera obtendremos algunas ideas generales. El Dr. Hodge escribe:

“La doctrina común de la iglesia, y especialmente de los teólogos reformados, ha sido siempre la de que el alma del niño no la engendran los padres, ni se deriva de ellos, sino que es creada de manera inmediata por Dios. Los argumentos que generalmente se presentan a favor de este punto de vista son los siguientes:

1. Que es más consecuente con las enseñanzas prevalecientes de las Escrituras. En los documentos originales de la creación hay una notable distinción que se hace entre el cuerpo y el alma. El primero es de la tierra; la segunda es de Dios. Esta distinción se conserva a través de toda la Biblia. El cuerpo y el alma no sólo se presentan como sustancias diferentes, sino que también se indica que tuvieron diferentes orígenes. El cuerpo vuelve al polvo, dice el sabio Salomón, y el espíritu a Dios que lo dio. Aquí se indica que el alma es de un origen más elevado que el del cuerpo. El alma es de Dios en un sentido en que el cuerpo no lo es. Del mismo modo se nos dice que Dios ‘... forma el espíritu del hombre dentro de él’ (Zac. 12:1); para dar ‘aliento al pueblo’ que mora en la tierra, ‘y espíritu a los que por ella andan’ (Is. 42:5). Este lenguaje concuerda muy bien con el relato de la creación original, en el cual se nos dice que Dios le dio al hombre sople de vida, para indicar que el alma no es terrena ni material, sino que tuvo su origen inmediato en Dios. De donde a El se le llama “Dios de los

espíritus de toda carne' (Nm. 16:22). No estaría bien decir que El es el Dios de los cuerpos de todos los hombres. La realización que tiene el alma con Dios, por cuanto El es su Dios y su Creador, es muy diferente de la que tiene el cuerpo. Por tanto, en Hebreos 12:9, se nos dice: 'Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?' La obvia antítesis que aquí se nos presenta es entre los que son padres de nuestros cuerpos y el que es el Padre de los espíritus. Nuestros cuerpos proceden de nuestros padres terrenales; nuestras almas proceden de Dios. Esto está de acuerdo con el uso corriente de la palabra *carne*, pues siempre se contrasta, ya sea expresamente o por implicación, con el alma. Pablo habla de los que *nunca han visto su rostro —en la carne—* de 'el vivir en la carne'. El les dijo a los filipenses que les era necesario que él permaneciera 'en la carne'; habla de su 'carne mortal'. El Salmista dice, al referirse al Mesías: 'Mi carne también reposará confiadamente'; y el apóstol Pedro explica que eso significa que su carne no vería corrupción. En todos éstos, y en una multitud de pasajes similares, la palabra *carne* significa el cuerpo, y la expresión 'padres terrenales' —de nuestra carne— significa *padres de nuestros cuerpos*. Hasta donde las Escrituras revelan cualquier cosa sobre este tema, su autoridad, por tanto, va contra el generacionismo, y a favor de la teoría de la creación de la parte espiritual del hombre.

2. *Deducción del argumento de la naturaleza del alma.* La doctrina de la creación de la parte espiritual del hombre es claramente más consecuente con la naturaleza del alma. Los cristianos admiten que el alma es inmaterial y espiritual. Que es indivisible. El generacionismo niega esta doctrina que se reconoce universalmente. Afirma que el alma admite 'la separación o división de su esencia'. Sobre la misma base en que se afirmó universalmente la iglesia para rechazar la doctrina gnóstica de la emanación, por ser inconsecuente con la naturaleza espiritual de Dios, se ha afirmado para rechazar, casi con la misma unanimidad, la doctrina de que el alma admite la división de su sustancia. Esta es una dificultad tan seria que algunos de los abogados de dicha doctrina se esfuerzan por evitar ese tema, negando simplemente que su teoría asume tal separación o división de la sustancia del alma. Pero esta negación es muy útil. Ellos sostienen que la misma esencia cuantitativa que constituyó el alma de Adán, constituye nuestras almas. Si esto fuera así, entonces, o la humanidad es una esencia general de la cual los hombres individuales son los modos de existencia; o lo que era total en Adán está distributivamente, partitivamente y por separación, en la multitud de sus descendientes. La derivación de la esencia, por tanto, implica, y generalmente se admite que implica, la separación o división de ella. Y esto tiene que ser así si se afirma que la identidad cuantitativa de la esencia en toda la humanidad se logra mediante la generación o propagación.

3. Un tercer argumento a favor de la teoría de la creación de la parte espiritual en cada ser humano, y contra el generacionismo, se deriva de la doctrina bíblica de la persona de Cristo. El fue verdadero hombre; tuvo una naturaleza humana verdadera; un verdadero cuerpo y un alma racional. El nació de una mujer. En cuanto a la carne, fue hijo de David. Descendió, pues, de sus padres. El se hizo en todo sentido como nosotros, pero sin pecado. Las dos teorías admiten esto. Pero, como ya lo indicamos con referencia al realismo, en la teoría del generacionismo, esto lleva necesariamente a la conclusión de que la naturaleza humana de Cristo fue culpable y pecaminosa. Nosotros somos participantes del pecado de Adán, tanto en la culpa como en la contaminación, por cuanto la misma esencia cuantitativa que pecó en él se nos comunicó a

nosotros. Se dice que el pecado es un accidente, y que supone una sustancia en la cual está inherente, o a la cual pertenece. La comunidad en el pecado supone, por tanto, comunidad en la sustancia. Si no estuviéramos en Adán como esencia, no pecaríamos con él, ni heredaríamos una naturaleza corrompida de él. Pero si estamos en él en cuanto a esencia, entonces su pecado es nuestro pecado, tanto en culpabilidad como en contaminación. Este es el argumento que el generacionismo repite en todas sus formas. Pero ellos insisten en que Cristo estaba también en Adán en cuanto a la sustancia de su naturaleza humana, en la misma forma como estamos nosotros en él. Afirman que si su cuerpo y su alma no se derivaron del cuerpo y del alma de su virgen madre, entonces El no fue verdadero hombre y, por tanto, no puede ser Redentor de los hombres. Lo que es cierto con respecto a los hombres tiene que ser, consecuentemente, cierto con respecto a El. El, por tanto, tiene que estar tan envuelto en la culpa y en la corrupción de la apostasía como los demás hombres. No vale afirmar y negar la misma cosa a la vez. Es una contradicción decir que somos culpables del pecado de Adán, por el hecho de que somos participantes de su esencia; y que Cristo no es culpable de ese pecado, ni está envuelto en esa contaminación, aunque El es también participante de la misma esencia. Si la participación en esa esencia envuelve comunidad de culpa y depravación en un caso, tiene que envolver lo mismo en el otro. Puesto que ésta parece ser la conclusión legítima del generacionismo, y puesto que esta conclusión es anticristiana y falsa, tal doctrina no puede ser verdadera" (*Systematic Theology*, Vol. II, págs. 70-72).

3. LA TEORIA DEL GENERACIONISMO. Este sistema de fe afirma que tanto la parte inmaterial del hombre como la material se propagan mediante la generación humana. El Dr. Shedd escribe sobre el carácter general de esta doctrina:

"El generacionismo explica la idea de las especies tanto al cuerpo como al alma. El sexto día, Dios creó dos individuos humanos, un macho y una hembra; y en ellos creó también la específica naturaleza psico-física de la cual se han procreado todos los individuos descendientes de la familia humana tanto psíquica como físicamente... La teoría de la creación individual de la parte inmaterial del hombre confina la idea de las especies al cuerpo; en este respecto concuerda con la teoría de la preexistencia; la única diferencia es la relativa al tiempo en que el alma es creada. Tanto la doctrina de la creación como la de la preexistencia sostienen que el alma humana es individual, y que nunca tuvo existencia para toda la raza en Adán. La doctrina de la creación de la parte espiritual en cada individuo afirma que el sexto día, Dios creó dos individuos humanos, un macho y una hembra; y en ellos creó también la específica naturaleza física de la cual se han procreado todos los descendientes individuales; y que el alma ha sido en cada caso una creación *ex nihilo*, que se ha infundido en el ser procreado... Hay que hacer la elección entre el generacionismo y la doctrina de la creación *ex nihilo* de la parte espiritual; puesto que la opinión de que el hombre en cuanto a su alma existió antes de Adán no tiene apoyo en la revelación. La Biblia enseña claramente que Adán fue el primer hombre; y que todos los espíritus finitos que existían antes de él eran ángeles. El problema de el generacionismo y la doctrina de la creación de la parte espiritual es el siguiente: Cuando Dios creó los dos primeros individuos humanos, Adán y Eva, ¿creó en ellos y con ellos la sustancia invisible de todas las generaciones subsiguientes,

tanto del alma como del cuerpo, o solamente la del cuerpo? ¿Era simple o compleja la naturaleza humana que fue creada en Adán y Eva? ¿Era solamente física, o era psico-física? ¿Tenía la naturaleza humana en el primer par de individuos dos partes o una sola? ¿Se hizo provisión para la propagación de la naturaleza específica depositada en Adán, de tal modo que hubiera individuos que fueran una unión de cuerpo y alma, o solamente cuerpos sin alma? En consecuencia, la cuestión envuelve el valor *cuantitativo* del ser que fue creado el sexto día, cuando dice la Biblia que Dios hizo al ' hombre '. El generacionismo afirma que toda la sustancia invisible de todas las generaciones de la humanidad se originó *ex nihilo*, mediante el sencillo acto de Dios que se menciona en Génesis 1:27, en el cual creó al hombre, ' varón y hembra '. La doctrina de la creación afirma que sólo una parte de la sustancia invisible de todas las generaciones de la humanidad fue creada en el primer acto: la de los dos primeros cuerpos; la sustancia invisible que constituye sus almas se ha creado subsiguientemente, mediante tantos actos creadores como almas individuales hay. El generacionismo y la doctrina de la creación individual están de acuerdo en uno de los puntos más difíciles del problema: en la clase de existencia anterior a la existencia individual. La doctrina de la creación concede que la historia humana no comienza con el nacimiento del primero individuo humano. No intenta explicar el pecado original con referencia a Adán. Sostiene que el cuerpo y la vida física del individuo no es una creación *ex nihilo* en cada caso, sino que se deriva de una naturaleza física común que se originó el sexto día de la creación. Al hacer eso, tal teoría concede que en Adán hay existencia hasta ese punto. Pero este sistema de raza de la existencia humana, que es anterior al modo del individuo, constituye la dificultad en este problema; y al aceptar su realidad en cuanto al cuerpo, la teoría de la creación se echa encima la misma carga que el generacionismo. Porque es tan difícil pensar en una existencia invisible del cuerpo humano en Adán, como pensar de la existencia invisible del alma humana en él. En realidad es aún más difícil; porque el cuerpo de un hombre individual, como lo conocemos nosotros, es visible y tangible, en tanto que su alma no lo es. Y es más concebible una existencia invisible e intangible en Adán que una visible y tangible . . . Hay dificultades en cualquier teoría que se proponga sobre el origen del hombre, pero son menos las del generacionismo que las de la teoría de la creación de la parte espiritual en cada individuo. Si el misterio de una *completa* existencia en Adán, tanto en lo psíquico como en lo físico, se acepta, las dificultades con respecto a la imputación del primer pecado y a la propagación de la corrupción se alivian. Turretin dice que ' no hay duda de que, mediante esta teoría, parece que desaparecen todas las dificultades '. Pero el primer paso es el que cuesta. Adoptar un misterio revelado al principio, este misterio en este caso, como en todos los demás casos de los misterios revelados, es un paso que arroja una iluminación intensa, y hace que todas las cosas queden claras" (*Dogmatic Theology*, Vol. II. págs. 7-19).

Si seguimos esta porción del tratado del Dr. Shedd sobre este tema, descubrimos que él se propone discutir en 75 páginas algunos problemas que corresponden a tres distintos enfoques: las Escrituras, la teología y la psicología. Los estudiantes están obligados a hacer un estudio atento de estas páginas, que persiga una consideración exhaustiva de estos profundos aspectos. Hasta ahora, ningún partidario de la teoría de la creación individual de la parte espiritual

ha presentado ningún cuerpo argumentativo convincente, y se estima que es dudoso que dicha teoría pueda presentar algún argumento de valor. Como ya se indicó, el problema de la humanidad de Cristo —que incluye un alma humana, un espíritu humano y un cuerpo humano— y el problema del pecado original y de la herencia entran ampliamente en esta controversia. Con respecto al alma humana y al espíritu humano de Cristo, el Dr. Hodge, influido por sus puntos de vista de la teoría de la creación, no puede ver cómo, según el generacionismo, Cristo pudiera salvarse de la participación en la naturaleza de Adán. Los teólogos del generacionismo han creído siempre que se ejerció una protección divina especial contra la naturaleza de Adán, que hubiera podido comunicarle al Hijo la madre humana. Lo que se llama “la inmaculada concepción”, según el punto de vista generacionista de la Iglesia Católica, afirma para Cristo la libertad de la mancha del pecado original. Hablándole a María, el ángel le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1:35). Por otra parte, es difícil entender que esa naturaleza pecaminosa que se les atribuye a todos los hombres, y que procede del pecado de Adán, pueda existir, si Dios crea cada alma y cada espíritu *ex nihilo* en el momento de nacer. Si, como arguye el generacionismo, la parte inmaterial del hombre se transmite de padre a hijo, y que el padre procrea según su especie, la comunicación de la naturaleza que tuvo Adán no es sólo una consecuencia razonable, sino también inevitable. Cuando se intenta explicar la naturaleza universal del pecado, los partidarios de la teoría de la creación presentan extrañas especulaciones. Hemos de examinar estas especulaciones posteriormente cuando estudiemos lo relativo a la imputación del pecado. La Biblia da testimonio de que los padres engendran hijos, y no sólo cuerpos humanos. También es claro que las características mentales y temperamentales se heredan en la misma forma que la semejanza física. Probablemente no hay ningún pasaje bíblico tan revelador al respecto como el de Hebreos 7:9, 10: “Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos, porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.” En este pasaje se declara que Leví pagó diezmos —acto que no pudiera atribuírsele al solo germen o a un cuerpo humano sin vida— cuando estaba en los lomos de su bisabuelo Abraham. El generacionismo reconoce que Dios realiza un acto creador cuando regenera a los hombres, y que todavía El ha de crear nuevos cielos y nueva tierra; pero que también es cierto que el orden de sucesión en la creación, en el cual el hombre llegó a ser un ser existente, cesó con la creación del primer hombre y

con la consumación del sexto día. Debe reconocerse también que, si el hombre no es íntegramente procreado —cuerpo, alma y espíritu— él sería la única excepción entre todas las formas de vida creadas. Habría una sorprendente falta de real parentesco entre aquellos que, por ventura, son creados individualmente *ex nihilo* en el momento de nacer, y todos los demás animales. Bajo estas condiciones, la relación humana tiene que depender solamente de la procreación de un cuerpo sin vida. Así que la doctrina del Pariente que redime también entra en este asunto. Si la parte inmaterial de Cristo que fue humana fue una creación de Dios en forma directa y completamente desconectada del género humano procedente de Adán, entonces, la base para que el pudiera servir como Pariente redentor desaparece casi hasta desvanecerse.

La conclusión es que, aunque este tema está oculto en el misterio —como lo está el hecho de la vida de cualquier clase— la preponderancia de la evidencia sostiene la teoría del generacionismo.

IV. ELEMENTOS QUE CONSTITUYEN LA PARTE INMATERIAL DEL HOMBRE

El misterio de la vida es desconcertante, y nunca lo es tanto como cuando se acomete un análisis de la parte inmaterial del hombre. Toda la realidad del ser se debe ampliamente al hecho de que es una persona viviente la que actúa en el cuerpo, la que sostiene una relación consciente con todas las cosas, y sin la cual el cuerpo no sólo está muerto, sino también sujeto a inmediata decadencia. Pero en tanto que esa realidad permanezca en el cuerpo, la vida continúa, el cuerpo se preserva, y su estructura se renueva. Esa realidad es la que piensa, la que siente, la que razona, la que tiene voluntad. Esa realidad enigmática es la que comprende; y, sin embargo, no puede ser comprendida.

Para referirse al “hombre interior”, la Biblia emplea varios términos: alma, espíritu, corazón, carne, mente. Y surge entonces la pregunta sobre si estos son elementos separados que pueden existir separados los unos de los otros, o si son funciones o modos de expresión del mismo *ego*. Generalmente se cree que esto último es lo que está más cerca de la verdad, y hay razones para ello. Sin embargo, en la Biblia se hace constantemente referencia a estos elementos o facultades del “hombre interior” de tal modo que ninguno de esos términos puede representar toda la naturaleza inmaterial del hombre. Sólo cuando se logra una inducción completa se descubre lo que es específicamente cierto con respecto a cada uno de dichos elementos. Y el significado que dichos términos tienen en

el uso bíblico hay que descubrirlo según el uso que se les da en el Texto Sagrado. La Biblia no es un libro de definiciones. Sus grandes realidades se asumen tales como son. En lo que tiene que ver con estos aspectos de la vida humana, se puede decir que la especulación humana tiende más a confundir que a clarificar. Estos términos son distintivos, y se usan en la Palabra de Dios con absoluta exactitud. De estos términos, hay dos a los cuales les daremos especial atención: *alma* y *espíritu*. Con esto no queremos decir que su uso es numéricamente superior, sino que tienen prominencia por causa de la manera en que se emplean. Del hombre íntegro se dice que está constituido de cuerpo, alma y espíritu; y eso, sin el reconocimiento de los otros aspectos del "hombre interior" que acabamos de mencionar.

Aquí surge una pregunta que ha unido y separado a los teólogos de todas las generaciones ¿Es el hombre un ser *dicótomo* —que tiene dos partes: material e inmaterial, con la suposición de que alma y espíritu son una misma cosa— o es un ser *tricótomo* —cuerpo, alma y espíritu—? Todos concederían de inmediato que, desde cualquier punto de vista, no hay la misma amplitud de distinción que se observa entre *cuerpo* y *alma*, o entre *cuerpo* y *espíritu*, en el caso de *espíritu* y *alma*. Una verdadera y profunda distinción se implica muchas veces entre *alma* y *espíritu*; sin embargo, muchas veces se usan los dos términos como sinónimos. Así que la controversia está entre los que quedan impresionados con las distinciones y los que se impresionan con las similitudes. Haríamos bien en reconocer que, cuando uno lo demanda, la Biblia les asigna a estos dos términos distintos significados; y cuando no se tiene en cuenta la distinción específica, la Biblia emplea en forma intercambiable. En otras palabras, la Biblia apoya tanto la dicotomía como la tricotomía. La distinción entre el alma y el espíritu es tan incomprensible como la misma vida; y todos los esfuerzos que hacen los hombres para establecer definiciones tendrán que ser siempre insatisfactorios. Para confirmar lo que se acaba de decir con respecto al uso que se les da en la Biblia a estos términos, se puede notar lo siguiente: el término *espíritu* se usa libremente para indicar la parte inmaterial del hombre (comp. 1 Co. 5:3; 6:20; 7:34; Stg. 2:26); y el término *alma* se emplea también de la misma manera (comp. Mt. 10:28; Hch. 2:31; 1 P. 2:11; véase el uso paralelo de estos términos en Lc. 1:46, 47). De igual manera, las mismas funciones generales se atribuyen tanto al alma como al espíritu (comp. Mr. 8:12; Jn. 11:33; 13:21 con Mt. 26:38; Jn. 12:27. Comp. 2 Co. 7:1 con 1 P. 2:11; 1 Ts. 5:23; He. 10:39. Comp. Stg. 5:20 con 1 Co. 5:5. Obsérvese también Mr. 8:36, 37; 12:30; Lc. 1:46; He. 6:18, 19; Stg. 1:21). Sobre los que parten

de esta vida, a veces se dice que son *almas* y otras veces que son *espíritus* (Gn. 35:18; 1 R. 17:21; Mt. 27:50; Jn. 19:30; Hch. 2:27, 31; 7:59; He. 12:23; 1 P. 3:18; Ap. 6:9; 20:4). Así, también se nos presenta a Dios como Espíritu y como Alma (Is. 42:1, Jr. 9:9; Mt. 12:18; Jn. 4:24; He. 10:38).

Los que basan sus conclusiones sobre estas generalidades han afirmado que la Biblia enseña solamente la dicotomía. Pero contra esa posición está la verdad de que muy a menudo estos términos no pueden utilizarse intercambiabilmente. En este punto debe observarse que existe la más estrecha relación entre el espíritu humano y el Espíritu Santo; tan estrecha, en realidad, que no siempre es posible saber a cuál de los dos se refieren ciertos pasajes del Texto Sagrado. El Espíritu Santo obra en el espíritu humano y por medio de él; pero esto no puede decirse con respecto al alma. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16). El alma puede perderse, pero no se afirma eso del espíritu (Mt. 16:26). Los tres pasajes bíblicos importantes que distinguen entre *alma* y *espíritu* son los siguientes: “Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual” (1 Co. 15:44). “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23). “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He. 4:12). Se ha escrito mucho con el propósito de armonizar estos tres pasajes con el punto de vista de la dicotomía. En este esfuerzo se pasa a menudo por alto el contenido de 1 Corintios 14:55, aunque presente una distinción que es inmensurable. La traducción “*cuerpo animal*” oscurece el hecho para el lector corriente. Realmente se refiere al cuerpo presente, el cual se dice que se adapta al alma, en contraste con el cuerpo futuro, el cual se adaptará al espíritu. El cuerpo futuro ha de ser como el cuerpo glorificado de Cristo, y la diferencia entre el cuerpo presente —corruptible, vergonzoso, débil y adaptado al alma— tal como se mide en este caso, y el cuerpo resucitado —incorruptible, glorioso, poderoso y adaptado al espíritu— indica cuál es el concepto y la capacidad del alma en contraste con el concepto y la capacidad del espíritu.

“Cara a cara, ¡cuán glorioso ha de ser así vivir!

¡Ver el rostro de quien quiso nuestras almas redimir!

Cara a cara espero verle más allá del cielo azul,

Cara a cara en plena gloria he de ver a mi Jesús.”

Hemos de considerar individualmente cada uno de estos elementos que, en conjunto, constituyen la parte inmaterial del hombre:

1. EL ALMA. No se ha hallado un análisis mejor, tanto del alma como del espíritu, que el de J. I. Marais, en la *International Standard Bible Encyclopaedia*. Con respecto al alma humana, él escribe:

“El alma, como el espíritu, tiene varios matices de significado en el Antiguo Testamento, los cuales se pueden resumir de la manera siguiente: ‘alma’, ‘ser viviente’, ‘vida’, ‘sí mismo’, ‘persona’, ‘deseo’, ‘apetito’, ‘emoción’ y ‘pasión’. En el primer caso significa aquello que respira, y se distingue como tal de la palabra ‘carne’ (*bāsār*; Is. 10:18, Dt. 12:23), de la misma palabra ‘alma’ (*she,er*), que se refiere a la carne interna que está pegada a los huesos (Pr. 11:17; ‘A su alma’), y de la palabra ‘cuerpo’ (*beten*; Sal. 31:9: ‘mi alma también y mi cuerpo’), etc.

Como *respiración de la vida*, el alma parte en el momento de la muerte (Gn. 35:18; Jer. 15:2). De ahí parte el deseo de los santos del Antiguo Testamento de ser librados del Seol (Sal. 16:10: ‘Porque no dejarás mi alma en el Seol’, y también del sepulcro (*shahath*; Job 33:18: ‘Detendrá su alma del sepulcro’).

Mediante una fácil transición, esta palabra llega a representar el *individuo*, la *vida personal*, la *persona*, con dos distintos matices que podrían indicarse mejor con las palabras latinas *ánima* y *animus*. Como *ánima*, el ‘alma’ es la vida inherente en el cuerpo, el principio que anima la sangre (comp. Dt. 12:23, 24: ‘Solamente que te mantengas firme en no comer sangre; porque la sangre es la vida, y no comerás la vida juntamente con su carne’). Como *animus*, es la ‘mente’, el centro de nuestras actividades y de nuestras pasividades mentales. Así leemos de ‘el alma hambrienta’ (Sal. 107:9), de el ‘alma cansada’ (Jer. 31:25), del ‘alma’ que no ‘abominará’ (Lv. 26:11), del ‘alma’ que ‘tiene sed de Dios’ (Sal. 42:2), del ‘alma’ que ‘se entristeció’ (Job 30:25), del ‘alma’ que ama (Cnt. 1:7), y muchas otras expresiones afines. Cremer ha caracterizado el uso de esta palabra en una sola declaración: ‘*Nephesh* (alma) en el hombre es el sujeto de la vida personal, de lo cual se deduce que *pneuma* o *rūah* (espíritu) es el principio’ (*Léxico*, Vol. II, Pág. 795).

La individualidad del hombre, sin embargo, puede denotarse mediante la palabra *pneuma* también, pero con una distinción. *Nephesh* o ‘alma’ sólo puede denotar la vida individual en una organización material o cuerpo. La palabra *pneuma* o ‘espíritu’ no es tan restringida. La Escritura habla de ‘los espíritus de los justos hechos perfectos’ (He. 12:23). Allí no puede haber la idea de organización material, física ni corpórea. Hay ‘seres espirituales libres de los asaltos de las profanaciones de la carne’ (Delitzsch). Si se quiere hacer un estudio del empleo excepcional de la palabra *psuchê*, en el mismo sentido, conviene examinar *Apocalipsis* 6:9, 20:4 y (sin tomar en cuenta el significado de Salmo 16:10) y *Hechos* 2:27.

En el Nuevo Testamento aparece la palabra *psuchê* más o menos en las mismas condiciones en que aparece en el Antiguo Testamento. El contraste se mantiene cuidadosamente en ambos Testamentos. Se usa dondequiera que *pneuma* no pudiera emplearse; y sin embargo, parece a veces que se emplea en lugares donde pudiera sustituir a la palabra *pneuma*. Así, leemos en Juan 19:30: ‘... entregó —Jesús— el *pneuma*’ al Padre. Y en el mismo Evangelio se nos dice: ‘... pongo mi vida *-psuchê-* por las ovejas.’ Y en Mateo 20:28 se nos dice que el Hijo del Hombre vino ‘para dar su *psuchê* —no su *pneuma*) en rescate por muchos.’ Esta diferencia es característica. Porque el *pneuma* tiene una

relación con Dios que es diferente a la que con El tiene el *psuchê*. El 'espíritu' —*pneuma*— es el soplo de Dios en la criatura, el principio de vida que se deriva de Dios. El 'alma' —*psuchê*— es la posesión individual del hombre, aquello que distingue a un hombre del otro y de la naturaleza inanimada. El *pneuma* de Cristo estuvo sujeto al Padre en la hora de la muerte; su *psuchê* estaba también sujeta, su vida individual fue entregada 'en rescate por muchos'. El dio su vida 'por las ovejas'.

Esto explica aquellas expresiones del Nuevo Testamento que tratan sobre la salvación del alma, y de su preservación en las regiones de la muerte. 'Porque no dejarás mi alma en el Hades' (el mundo de las tinieblas; Hch. 2:27). 'Tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo' (Ro. 2:9). 'Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma' (He. 10:39). '... recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas' (Stg. 1:21). Con las mismas expresiones o con otras similares podemos encontrarnos en el Antiguo Testamento cuando habla con respecto al alma. Así en Salmo 49:8 leemos: 'Porque la redención de su vida —alma— es de gran precio.' Y también leemos: 'Pero Dios redimirá mi vida —alma— del poder del Seol' (Sal. 49:15). Tal vez esto explique —por lo menos ésa es la explicación que da Wendt— por qué aun un cadáver recibe el nombre de *nephesh* o alma en el Antiguo Testamento; porque en la región de los muertos, el individuo retiene su individualidad, hasta cierto punto separada de Dios (comp. Hag. 2:13; Lv. 21:11).

La distinción entre *psuchê* y *pneuma*, o entre *nephesh* y *ruah*, a la cual hemos hecho referencia, se puede describir mejor en palabras de Oehler (*Old Testament Theology*, Vol. I, pág. 217): 'El hombre *no es* un espíritu, sino que *tiene* un espíritu. El es un *alma*. . . En el alma, que brota del espíritu, y que existe continuamente por medio de él, descansa la individualidad; en el caso del hombre, su personalidad, su *yo*, su *ego*'. El llama la atención a las palabras de Eliú que se encuentran en Job 33:4: 'El espíritu de Dios me hizo', es decir, ordenó la existencia del alma; 'y el soplo del Omnipotente me dio vida', es decir, le puso energía y fortaleza al alma, en existencia continua. Eso lo hizo el Omnipotente, a cuyas manos se rinde el espíritu que El sopló, cuando el alma parte de nosotros, o es tomada de nosotros (1 R. 19:4). Por consiguiente, según Oehler, las expresiones *naphshî* (mi alma), y *naphshekhâ* (tu alma), pudieran traducirse en latín *egomet*, *tu ipse* (yo mismo, tú mismo); pero no pudieran traducirse así las palabras *ruhî* (mi espíritu), *ruhakha* (tu espíritu), que se refieren al alma que representa a toda la persona, como en Génesis 12:5, 17:14; Ezequiel 18:4" (Vol. V., págs. 2837, 2838).

2. ESPIRITU. Del mismo modo, citaremos parcialmente el análisis del espíritu humano que hace el mismo autor:

"Se usa primariamente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento para referirse al *viento*, como en Génesis 8:1; Números 11:31; . . . Hebreos 1:7 (ángeles, 'espíritus'). Se usa a menudo como *hábito*, como en Job 12:10; 15:30, y en 2 Tesalonicenses 2:8 (el Señor matará al inicuo 'con el espíritu de su boca'). En un sentido figurado se empleó para indicar el *disgusto*, la *ira* y como tal se le aplica al mismo Dios, de Quien se dice que destruye 'por el soplo de su ira' (Job 4:9; Ex. 15:8; 2 S. 22:16; comp. 2 Ts. 2:8). Por tanto, también se aplica al hombre, en el cual es el asiento de las emociones en cuanto a deseos e

inquietudes, y así gradualmente se le aplica a toda cualidad moral y mental en general (Ex. 28:3: 'espíritu de sabiduría'; Ez. 11:19: 'nuevo espíritu'). Donde el Espíritu divino conmueve profundamente al hombre es en los escritos de los profetas, y allí tenemos un empleo algo similar de dicha palabra, en expresiones como: 'y el Espíritu de Dios vino sobre él con poder' (1 S. 10:10).

El espíritu como principio de vida en el hombre tiene varias aplicaciones: algunas veces denota *aparición* (Mt. 14:26: 'diciendo: ¡Un fantasma!'; comp. Mt. 12:43; Mr. 1:23, 26, 27; Ap. 1:4: '... los siete espíritus que están delante de su trono'). Así que el espíritu es el principio de vida en el hombre —pero del hombre en tanto que se distingue de los irracionales— de tal modo que en el momento de la muerte, el espíritu se entrega en las manos del Señor (Lc. 23:46; Hch. 7:59; 1 Co. 5:5: 'a fin de que el espíritu sea salvo'). Por tanto, también se dice que Dios es 'el Padre de los espíritus' (He. 12:9). Así se emplea generalmente para referirse a todas las manifestaciones de la parte espiritual del hombre: pensamientos, sentimientos, voluntad; y también para denotar ciertas cualidades que distinguen al hombre, por ejemplo, 'pobres en espíritu' (Mt. 5:3); 'espíritu de mansedumbre' (Gá. 6:1); 'espíritu de esclavitud' (Ro. 8:15); 'espíritu de celos' (Nm. 5:14); 'espíritu de cobardía' (2 Ti. 1:7); 'espíritu de estupor' (Ro. 11:8). Y se nos advierte contra la posibilidad de ser dominados por un espíritu malo: 'Vosotros no sabéis de qué espíritu sois.' Así que los hombres pueden someterse al 'espíritu de error', y apartarse del 'espíritu de verdad' (1 Jn. 4:6). Leemos, por ejemplo, con respecto al 'espíritu de consejo' (Is. 11:2), y al 'espíritu de sabiduría' (Ef. 1:17).

Podemos avanzar un paso más hacia arriba cuando encontramos al espíritu humano en su relación con el Espíritu de Dios. Porque no es más sino una criatura a la cual Dios le ha impartido la vida de su Espíritu: la vida, pues, no es otra cosa que un resultado del sople de Dios. De ese modo, la vida y la muerte se explican en forma realista, como el acto de impartir o de quitar el hálito de Dios, como en Job 27:3; 33:4; 34:14. En este último versículo, el espíritu y el aliento van juntos. El espíritu puede *revivir* (Gn. 45:27), o puede *angustiar* (Sal. 143:4), o puede *abatirse* (Pr. 15:13). Y donde se ha sentido vivamente el pecado, hay 'espíritu quebrantado', que se considera como un *sacrificio de Dios* (Sal. 51:17). Cuando el hombre se somete al poder del pecado, su mente sigue una nueva dirección, por cuanto lo domina el 'espíritu de fornicaciones' (Os. 4:12); su espíritu se hace 'altivo' (Ex. 7:8), en vez de ser 'sufrido de espíritu'; se hace necio, 'porque el enojo reposa en el seno de los necios', y se apresura en su 'espíritu a enojarse' (Ec. 7:9). 'El de espíritu fiel' es el que resiste los chismes y la murmuración (Pr. 11:13). En casos como estos es donde aparece la diferencia entre 'alma' y 'espíritu'" (*ibid.*, Vol. V, págs. 2841, 2842).

En la misma obra, y bajo el título *Psicología*, el mismo autor presenta contrastes importantes entre el *alma* y el *espíritu*:

"Uniendo todo, la posición bíblica parece ser la siguiente: El Espíritu divino es la fuente de toda vida, y su poder se comunica en la esfera física, intelectual y moral. Ese Espíritu, como *spiritus spirans*, o sea el *espíritu que inspira*, mediante su mismo sople hace del hombre un alma viviente: 'Y haya hálito de Dios en mis narices' (Job 27:3). 'Les quitas el hálito —*ruah* (espíritu)— dejan de ser, y vuelven al polvo' (Sal. 104:29). Por tanto se dice que Dios es el 'Dios de los espíritus de toda carne' (Nm. 16:22; 27:26).

El alma, aunque es idéntica con el espíritu, tiene algunos matices de

significado que no los tiene el espíritu; ella es la que representa al individuo. 'El hombre es espíritu, por cuanto depende de Dios. El hombre es un alma, porque, a diferencia de los ángeles, tiene cuerpo, lo que lo relaciona con la tierra. Es animal por cuanto posee *anima*, aunque es un animal racional, lo cual lo distingue del bruto' "(Bavinck, *German Dogmatics*, Vol. II, pág. 268). (*Ibid.*, Vol. IV, pág. 2497).

Habiendo dicho que C. A. Auberlen dijo: "Cuerpo, alma y espíritu no son otra cosa que la base real de los tres elementos del hombre: consciencia del mundo externo, consciencia propia y consciencia de Dios"; John Laidlaw continúa diciendo lo siguiente:

"Sería relativamente fácil refutar cada una de estas divisiones propuestas, al confrontarlas con uno o más textos que no pudieran explicar. Es mejor aceptarlas como evidencia del empleo de la tricotomía en las Escrituras, el cual requiere reconocimiento y explicación. Sólo una paciente investigación sobre su surgimiento podría capacitarnos para comprender su fuerza. El hecho de que alma y espíritu indican distintas naturalezas del hombre, o, como lo expresa Delitzsch, denotan elementos separables de una misma naturaleza; o, como la expresan otros, se refieren a distintas facultades del hombre interno, implica una clase de análisis que está fuera de la armonía con el pensamiento bíblico, y que no sería consecuente con el examen imparcial de la fraseología bíblica. Por otra parte, el hecho de afirmar que en los pasajes que hay que explicar no hay más que una acumulación retórica de términos, no nos deja satisfechos . . .

Pasemos ahora del empleo natural al uso teológico de estos dos términos en el Nuevo Testamento. Surge un asunto importante: si la distinción que ha de hallarse entre *pneuma* con su valor de adjetivo por una parte, y *psyche* con su valor de adjetivo por otra, en el grupo bien conocido de pasajes, especialmente de Pablo (1 Ts. 5:23; 1 Co. 2:14; 15:44; He. 4:12; Jud. 19), es idéntica con la de las escuelas judías, o le debe su fuerza a una influencia superior. Si el empleo que les daba el Antiguo Testamento a estos términos, según se deduce de los Evangelios, en el empleo que les dieron nuestro Señor y los antiguos apóstoles, es analítico, entonces era natural y real que se opusiera a lo filosófico. Entonces, aunque se puede decir que Pablo adoptó el lenguaje filosófico de las escuelas judías, más bien estaba rescatando de las manos de ellas los términos empleados en el Antiguo Testamento, con un nuevo propósito. El paralelo entre su lenguaje tripartito y el de los platonistas y estoicos es bastante obvio. Pero la diferencia no es menos clara. Lo que Pablo tomó de ellos estaba sancionado en el uso de la *Septuaginta*; lo que él agregó era una aplicación del lenguaje del Antiguo Testamento para expresar la revelación de la gracia del Nuevo Testamento. El ser tripartito de Platón y de las escuelas platónicas era parte de un método para resolver el problema del mal. Tenía el propósito de explicar fuerzas morales divergentes en el hombre, por causa de que lo que es peor en él subyuga a lo que es mejor. Y lo explicaba así, asumiendo que había en la formación del hombre un elemento físico que se oponía eternamente a lo divino. En los términos de la tricotomía, tal como se deriva del Antiguo Testamento, no había tal corrupción. Estaban apropiados para algo mejor que para una explicación del mal en el hombre; es decir, para expresar, según el poder de la nueva revelación, la forma de su restauración. Esas palabras eran especialmente a propósito para expresar la nueva idea. Una de ellas especialmente, *espíritu* (*πνευμα*), no había sido nunca adulterada por el pensamiento étnico o erróneo. Nunca se había usado en la

psicología griega. Aun el más alto principio de Platón no era *πνεῦμα* sino *νοῦς* y sus derivados. Por tanto, aunque la idea de tricotomía del Nuevo Testamento fue sugerida por el uso de las escuelas griegas y greco-hebreas, los términos en sí eran bíblicos. El significado resultaba cierto de una vez para la sencilla psicología del Antiguo Testamento, y ampliado con plenitud en la revelación del Nuevo Testamento. Es claro que la distinción entre el hombre físico y el espiritual, entre el cuerpo físico y el cuerpo espiritual, es un pensamiento radical en la teología de las epístolas de Pablo. Pero en vez de estar basado en los elementos constituyentes de la naturaleza humana, surge principalmente de dos manifestaciones del pensamiento revelado. Uno de ellos se revela en la personalidad de una tercera Hipóstasis en la Divinidad, la cual se encuentra definida y completamente revelada en el Nuevo Testamento con el nombre de Espíritu, Espíritu Santo de Dios, Espíritu de Cristo. La otra es la unión espiritual de la humanidad redimida con Dios por medio de Jesucristo. La nueva vida que así se origina se denomina de varias maneras: 'el nuevo hombre', 'nueva criatura', 'el hombre interior', y especialmente 'el espíritu' en contraste con 'la carne'. La razón por la cual hubo que adoptar la palabra *pneuma* para expresar la nueva naturaleza de los creyentes cristianos, o la morada de Dios con los hombres, es clara. La tercera Persona de la Trinidad es el Agente que origina y sostiene esta vida nueva. Y con raro acierto, la misma palabra (*ruach* en el Antiguo Testamento, y *pneuma* en el Nuevo) denota al Espíritu de Dios y la vida que procede del cielo en el nuevo hombre. Este es, a la vez, un ejemplo de la influencia ennoblecedora de la revelación sobre el lenguaje, y de la capacidad y penetración que tiene la revelación progresiva en los destinos de la naturaleza humana. *Pneuma* y *psyche*, con sus derivados, asumen así, por la influencia del Nuevo Testamento y de su teología, un nuevo y más amplio significado. Además de denotar la vida física en común, y sin embargo, con diferencia de aspectos; además de denotar la vida interna en general, con su correspondiente diferencia de énfasis, indican también una distinción moral y espiritual. El hombre físico es hombre, tal como lo ha constituido su naturaleza y como lo ha afectado el pecado. El hombre espiritual es hombre, por cuanto la gracia lo reconstituye, y por cuanto el Espíritu de Dios mora en él. El hombre no regenerado es un hombre 'físico que no tiene el Espíritu'. La palabra de Dios hace diferencia entre lo que es físico y lo que es espiritual. El cristiano ha de ser santificado íntegramente en su vida tripartita: la vida física del cuerpo, la vida individual del alma y la vida interna del espíritu. Estos dos últimos aspectos son las bases de la vida natural y de la vida regenerada respectivamente. A medida que avanza el plan de la Redención, él tendrá que cambiar su cuerpo físico o natural, que tiene en común con todos los hombres, por haberlo recibido de Adán; por un cuerpo espiritual, glorificado, adaptado a su nueva naturaleza, y constituido a la manera del cuerpo glorioso de nuestro Señor. El primer hombre, cabeza de la raza, fue hecho *psyche* viviente; pero el segundo Adán es un *Pneuma* vivificante" (*op. cit.* págs. 66, 67, 70-73).

3. CORAZON. En su sentido psicológico, el término *corazón* se refiere, en ambos Testamentos, a la vida humana y al ejercicio de sus energías. El órgano físico que tiene este nombre es el distribuidor de la sangre, y la Biblia tiene el concepto de que la vida del cuerpo está en la sangre (Lv. 17:11). Así que es natural que se considere el corazón como el centro de la vida. Del mismo modo, el corazón es el

órgano que reacciona ante las emociones humanas y, por tanto fácilmente puede considerarse como el centro de la sensibilidad. Está escrito en el libro de Proverbios: “El corazón conoce la amargura de su alma” (14:10). Y también: “guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (4:23). De este modo, la Palabra de Dios relaciona el término *corazón* con la consciencia propia natural. En este mismo sentido, Isaías 6:10 (pasaje que se cita seis veces en el Nuevo Testamento y 1 Corintios 2:9 son pasajes específicamente reveladores. Dicen así: “Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Is. 6:10). “Antes bien, como está escrito: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co. 2:9). Muy al principio de la historia se dijo con respecto al hombre: “. . . todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5). El profeta Ezequiel declara que Jehová tiene el propósito de darle a Israel un “corazón nuevo” (Ex. 36:26). Y el apóstol Pablo habla de la ley que estaba “escrita en sus corazones”. El corazón se purifica “por la fe”. Pedro escribe sobre el ornato “interno, el del corazón.” Jehová “escudriña el corazón.” De estos pasajes se puede deducir que el término *corazón* representa el ejercicio específico de las realidades de la vida humana y, por tanto, puede distinguirse hasta cierto punto del alma y del espíritu, aunque otra vez hay que decir que no se puede establecer una línea precisa entre estos conceptos, y que poco aprovecha la especulación humana con estos términos.

La palabra *corazón* aparece 600 veces en el Antiguo Testamento y por lo menos 120 en el Nuevo. La palabra *alma* sólo se nos presenta unas 400 veces en toda la Biblia. Y la palabra *espíritu*, un poco más que *alma*, incluyendo las referencias al Espíritu de Dios. El amplio uso de la palabra *corazón*, con todas sus variadas implicaciones, la coloca en una posición de suprema importancia en la psicología bíblica. Estrechamente relacionada con el término *corazón* está la palabra *riñones*, que aparece 15 veces en la Biblia, y sólo una de ellas en el Nuevo Testamento (Ap. 2:23). Parece que la palabra *riñones* simboliza la parte más interna del ser del hombre, el asiento de las emociones más profundas que sólo Dios puede conocer cabalmente. Seis veces se usa esta palabra *riñones* juntamente con la palabra *corazón*, lo cual es evidentemente para hacer hincapié en la naturaleza emocional del hombre.

4. CARNE. Este cuarto término psicológico que se menciona en la Biblia introduce una realidad aún más compleja que la que introducen los otros. La palabra *carne* (σάρξ) está sujeta a un empleo

triforme en el Nuevo Testamento. Cuando se pueden distinguir estos usos, cae cierta luz sobre este tema, que fácilmente se presta a incomprendiones. En algunos ejemplos, la “carne” se refiere solamente a la parte material del hombre. Claro que en tales casos no tiene ningunas implicaciones psicológicas. En esos casos es equivalente de la palabra *cuerpo* (σῶμα). En el sermón del Pentecostés, Pedro, refiriéndose a la esperanza que tenía David de que Cristo se levantaría de entre los muertos, dice: “Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción” (Hch. 2:30, 31). En los dos casos en que se usa en este pasaje, su significado se restringe a la sustancia del cuerpo. En 1 Corintios 15:39, el apóstol Pablo amplía su significado hasta incluir la sustancia de todas las criaturas vivientes. Algunas veces dicho término va unido con la palabra *sangre*: “carne y sangre”. En estos casos tiene profundo significado. Aunque también se utiliza para referirse al cuerpo humano (Ef. 5:29) y al cuerpo de Cristo (Jn. 1:14; 1 Ti. 3:16; He. 5:7), en estos casos específicos no es más que un sinónimo de *cuerpo*.

En su segundo significado se refiere a las relaciones y clasificaciones humanas. Con este significado, el término *carne* aparece muchas veces en el Antiguo Testamento. Pedro, citando a Isaías 40:6-8, declara: “Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 P. 1:24, 25). Aquí se refiere a la gente que mora sobre la tierra —no a determinado número de cuerpos que se componen de carne, sino a cuerpos que tienen almas y están vivos. Sin embargo, aunque este empleo de la palabra sirva para indicar tanto el cuerpo como la vida que está en él, no envuelve ninguna referencia directa a las cualidades morales y éticas.

El tercer uso de la palabra *carne* es para designar aquello que se restringe absolutamente a la parte inmaterial del hombre. Al enfocar este uso específico de la la palabra, debe observarse que en el primer caso parece restringirse al cuerpo solamente; en el segundo, combina lo material con lo inmaterial, pero sin significación moral; mientras que en el tercero se restringe a la parte inmaterial del hombre, con significado especialmente ético y moral. La *carne*, pues, es un elemento en el hombre, que le corresponde tanto al regenerado como al no regenerado. Se opone a Dios y a la santidad. Aislando el

significado de la sustancia material, bien pudiera definirse como la naturaleza caída, la disposición a pecar. La carne manifiesta el *yo*, y al hacer la evaluación de esa manifestación, puede suceder que el cuerpo esté incluido directamente, pero sin ninguna contribución de importancia. El apóstol Pablo habló de *sí mismo* en los siguientes términos: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Ro. 7:18). La carne se manifiesta ordinariamente por medio del cuerpo, pero no se emplea el término *carne* para indicar las tendencias malas. Hay también malos deseos de la mente (Ef. 2:3), y contaminación de espíritu (2 Co. 7:1). Algunas “obras de la carne”, como “iras, contiendas, disensiones, herejías”, no tienen ninguna relación con el cuerpo. A esas se les da el nombre de “sabiduría humana” —de la carne— (2 Co. 1:12). La sabiduría de los hombres se opone a la de Dios, pues procede de una “mente carnal” (Col. 2:18). Esta es la que caracteriza el gnosticismo. El término *carne*, cuando es de carácter ético, es similar a las expresiones “viejo hombre”, “cuerpo de pecado” (Ro. 6:6), “cuerpo de carne” (Col. 1:22), “otra ley en mis miembros” (Ro. 7:23), “lo terrenal en vosotros” (Col. 3:5).

Así hemos descubierto que el término *carne*, cuando tiene significación ética, se refiere a la parte del hombre que por causa de la caída, se opone a Dios y a su santidad. Es aquella naturaleza caída que, aunque se expresa por medio de las obras del cuerpo, se debe identificar, sin embargo, como aquella parte inmaterial del hombre que está relacionada con la parte material en tanto que ésta es la residencia de aquélla, y aquélla se expresa por medio de ésta. Para el apóstol Pablo, la vida presente es una vida “en la carne” (Gá.2:20). En muchos sentidos, él está en la carne en la misma forma como está en el *cosmos*. Es la esfera de su actual morada y, por tanto, siempre es una ocasión de conflicto. En este sentido se introduce la palabra *carnal*, que es la traducción del término griego *σαρκικός*, y que se refiere a aquello que tiene carácter de *carne*. Hay un pasaje bíblico que trata directamente este tema (1 Co.3:1-4), en el cual aparece esta palabra griega dos veces. El hecho de que la carta se les dirige a los corintios, a quienes se distingue con los calificativos de “hermanos” y “niños en Cristo” (3:1), nos proporciona una evidencia conclusiva de que son personas regeneradas. Sin embargo, según las condiciones que se mencionan en el contexto, son *carnales*. Así que el término *carnal* aparece como una descripción del estado espiritual del cristiano que se deja dominar por la carne y no por el Espíritu de Dios. Esa clase de cristianos es la que “anda” según la *carne*. En la misma porción en que Pablo declara que está en la *carne* (Ro.7:14-25), escribe: “mas yo soy carnal, vendido al pecado”

(7:14). En esta porción de las Escrituras —que es de carácter muy personal— el Apóstol presenta un ejemplo del conflicto que se realiza por la presencia de la *carne* en el que es salvo. Pedro contribuye en este aspecto con una admonición: “que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 P.2:11). La función del alma está generalmente en una esfera más baja de la vida humana que la del espíritu (comp. 1 Co. 15:44); pero aquí se descubre que la carne está en un nivel aún más bajo que el del espíritu, pues sus deseos van en detrimento del alma.

En un pasaje similar (Ro.8:5-13), el problema fundamental de si es la carne la que debe dominar al creyente cristiano, o el espíritu, se desarrolla hasta su fin lógico; es decir, vivir conforme a la carne es estar en el camino de la muerte; y vivir conforme al Espíritu es estar en el camino de la vida, que es la victoria sobre la *carne*. Allí se nos afirma que los cristianos están en peligro de muerte espiritual; sin embargo, es cierto que pueden llegar a vivir en la misma condición de aquellos que están muertos espiritualmente (comp. Ef.2:3). Pueden llegar a hacer “la voluntad de la carne.” La *Versión Autorizada*, en inglés, emplea los adjetivos *carnally* (carnal) en Romanos 8:6, y *carnal* (carnal) en el versículo 7 del mismo capítulo. Pero en el original griego no aparece allí la palabra *σαρκικός* (carnal), sino el sustantivo *σὰρξ* (carne). (La *Versión Reina-Valera*, revisión de 1960, sí utiliza la palabra “carne” en el versículo 7). La debida consideración de este contexto no dejará de impresionar la mente con respecto al carácter maligno de la *carne*, cuando se emplea en sentido ético. En ese caso, la *carne* tiene una oposición determinada e inalterable contra el Espíritu de Dios.

Siendo que el Espíritu Santo no mora en ninguna persona que no sea regenerada, el conflicto que se describe en estas porciones es entre lo que el cristiano es en sí mismo —*carne*— y el Espíritu de Dios que mora en él. Ese estado de guerra sólo lo tiene el que es hijo de Dios. Con respecto a este conflicto, debe hacerse la distinción entre la *carne* en su equilibrio con la *mente* (*νοῦς*; Ro.7:23,25), y la *carne* en su equilibrio con el Espíritu Santo (Ro.8:4-13; Gá.5:16-26). En el primer conflicto, es decir, el que hay entre la *carne* y la *mente*, no hay sino derrota, aunque se establece la verdad de que el cristiano puede servir con la mente a “la ley de Dios”, en tanto que con la carne sirve a “la ley del pecado” (Ro.7:25). En el conflicto más amplio entre la *carne* y el Espíritu Santo, puede que haya victoria. El posible triunfo se publica en dos pasajes principales, después de cada uno de los cuales hay una porción explicativa de lo más vital. He aquí los pasajes: “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era

imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro.8:2-4). “Digo, pues: Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiéreis” (Gá.5:16,17). Desde el punto de vista ético, no queda duda del carácter malo de la *carne*, después de estudiar más de 20 pasajes del Nuevo Testamento que tratan sobre este tema. Basta citar de ellos: “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis, más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro.8:13). “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gá.5:24). “Porque el que siembra para la carne, de la carne segará corrupción; más el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gá.6:8). “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo” (Col.2:11). “A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne” (Jud.23).

5. MENTE. En las Epístolas de Pablo, la palabra *mente* se emplea como uno de los elementos de la parte inmaterial del hombre, y está estrechamente relacionada tanto con el Espíritu como con la *carne*. El Apóstol habla de una *mente del Espíritu* y una *mente de la carne*. Obviamente, la *mente* humana puede relacionarse con lo malo y con lo bueno. Ya dijimos que Pablo escribe que él con la mente sirve a la ley de Dios (Ro.7:25). El mismo afirma en forma definida que la *mente* carnal es enemistad contra Dios (Ro.8:7). En otra parte, él incluye la *carne* y los *pensamientos* en una sola expresión: “haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos” (Ef.2:3). Esto implica el mal tanto en la *carne* como en la *mente*. La mente puede corromperse (Tit.1:15). Contra esto, Pedro dice que podemos ceñir “los lomos de vuestro entendimiento” (1 P.1:13).

John Laidlaw presenta el siguiente resumen con respecto a los cuatro elementos esenciales que constituyen la parte inmaterial del hombre: *alma, espíritu, corazón y carne*:

“Resumen: Nadie debe perder la comprensión de la psicología sencilla de la Biblia, la cual tiene muy en cuenta la significación original y el desarrollo de los cuatro términos principales: ESPIRITU, ALMA, CARNE, CORAZON. Estas son las *voces signatas* del punto de vista de las Escrituras sobre la naturaleza y la constitución del hombre. Todas giran en torno a la vida y al ser viviente. Las dos primeras, *alma y espíritu*, representan de diferentes maneras la vida en sí misma

del ser viviente (no la vida abstracta). Las últimas, *carne* y *corazón*, denotan el ambiente de la vida y el órgano de la vida respectivamente; la *carne* indica aquello en lo cual es inherente la vida; el *corazón* denota aquello por medio de lo cual actúa la vida. Este sería el significado primigenio y sencillo de estos términos. Tienen también un significado secundario (el cual, en el caso de los tres primeros elementos — *espíritu*, *alma* y *carne* son expresiones que se refieren a la naturaleza del hombre vista desde diversos puntos. No son tres naturalezas. La única naturaleza del hombre se expresa realmente mediante cada una de estas formas de manifestación, de tal modo que cada una de ellas en particular puede designar el ser humano. El hombre, pues, es *carne*, como criatura corporal perecedera: 'Toda carne es como hierba.' Es *alma*, por cuanto es ser viviente, criatura individual responsable: '... todas las almas son mías' (Ez.18:4). 'Y se añadieron aquel día como tres mil personas' — *almas*— (Hch.2:41). Y también es *espíritu*. En forma más común, sin embargo, se dice que tiene *espíritu*, como principio de vida derivado de Dios. El hombre es de un orden espiritual; es decir, de aquel al cual pertenecen Dios y los ángeles. Pero la palabra '*espíritus*' sólo se emplea para indicar la parte inmaterial de los hombres, sin tener en cuenta el cuerpo: 'A los espíritus de los justos hechos perfectos' (He.12:23). '... a los espíritus encarcelados' (1 P.3:19). El significado en estos pasajes es igual al de 'vi bajo el altar las almas' (Ap.6:9). El *corazón* queda afuera de la tríada, pues nunca se dice que el hombre sea un *corazón*, ni que los hombres sean *corazones*. El *corazón*, pues, nunca se refiere al sujeto personal, sino al órgano personal. También se pueden agrupar así: *espíritu*, *alma* y *corazón*. Cada uno de estos términos puede emplearse para indicar un aspecto de la doble naturaleza del hombre, es decir, su vida superior o interna. Contra esos términos está la palabra *carne*, que representa la naturaleza inferior o el lado externo; de tal modo que cualquiera de los tres primeros elementos combinado con la *carne* puede formar una dicotomía que expresa el ser del hombre: *carne* y *espíritu*, *carne* y *alma*, *carne* y *corazón*. Volviendo otra vez a *espíritu*, *alma* y *corazón*, no en relación con la *carne*, sino en sus relaciones mutuas con la *vida*, llegamos a esa división conveniente y correcta sugerida por Beck, y seguida por la mayor parte de los investigadores desde entonces — un resultado claro e inteligible, que se justifica a través de todas las Escrituras, a saber, que el *espíritu* representa el principio de la vida, el *alma*, el sujeto de la vida, y el *corazón*, el órgano de la vida; definiciones estas que se pueden aplicar exactamente a los tres elementos constituyentes de la vida humana: (a) la vida física, (b) la vida mental y moral, (c) la vida espiritual y religiosa"—*ibid.*, págs. 91-93).

V. CAPACIDADES Y FACULTADES DE LA PARTE INMATERIAL DEL HOMBRE

Al pasar de los elementos que constituyen la parte inmaterial del hombre a sus capacidades y facultades, dejamos de considerar lo que es dicha parte inmaterial y nos concentramos en lo que *hace*. Gran parte de esta verdad la podemos deducir de las partes de la Biblia que tratan sobre las actividades de la parte inmaterial del hombre. La filosofía de Kant, que clasifica estas actividades en *intelecto*, *sensibilidad*, y *voluntad*, se acepta generalmente como base de las operaciones del pensamiento. A ella, sin embargo, habría que

agregarle, aquella extraña y misteriosa función que se llama la *consciencia*, la cual también pudiera clasificarse fácilmente con los elementos que constituyen la parte inmaterial del hombre, y también con las actividades que él realiza. En efecto, la consciencia es como un solitario monitor que juzga todo lo demás dentro del hombre. Siguiendo la división kantiana, estudiaremos cada una de estas actividades por separado.

1. INTELLECTO. La *Enciclopedia Británica*, decimocuarta edición, Vol. II, alude a la palabra *intelecto* como “un término general que denota la mente en relación con su capacidad para entender.” Este tema propiamente le corresponde a la psicología. Sin embargo, cuando se toma en cuenta esa comprensión aumentada que obra el Espíritu Santo en la mente humana, el asunto entra al campo teológico. El Señor Jesucristo prometió una iluminación sobrenatural para los no regenerados, cuando dijo: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Jn.16:7-11). Esta iluminación evidentemente tiene el propósito de que el no regenerado pueda vencer esa incapacidad de la cual se nos habla en 2 Corintios 4:3,4: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” Del mismo modo, el Espíritu Santo guía a los regenerados a toda la verdad. Sobre esta obra de enseñanza e iluminación del Espíritu Santo habló Cristo, según se encuentra en Juan 16:12-15: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.” (comp. Jn.3:3; 1 Co.2:9-3:4; He.5:12-14; 11:3; 1 P.2:2; 1 Jn.2:27). Cuando el apóstol Pablo oró por los santos de Efeso, introdujo una realidad vital, al pedir “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a la cual él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en todos los santos” (Ef.1:17,18). En este

caso, la palabra “*entendimiento*” es una traducción del griego *καρδία*, tal como aparece en los mejores manuscritos. Y el pensamiento que evidentemente expresa es que el corazón, aunque generalmente se supone que es el asiento de las emociones, es también asiento del pensamiento y de la voluntad (comp. Ro.1:21). Por tanto, la recepción de la gran revelación por la cual ora Pablo es mucho más amplia de lo que pudiera ser si estuviera restringida solamente al intelecto o a las emociones. Platón emplea la expresión “ojo del alma” (*El sofista*, p. 254), y Ovidio, hablando de Pitágoras, dice: “Con su mente se acercó a los dioses, aunque estaban muy lejos en el cielo, y lo que le negó la naturaleza a la vista humana, él lo sacó a la vista con los ojos de su corazón” (*Metamorfosis*, c. 15, pgs. 62-64; citado por M. R. Vincent, *Word Studies*, Vol. III, p. 371). Toda la oración de Pablo tiene un propósito: “para que sepáis”, y que sepáis mediante la capacidad peculiar del corazón, puesto que el corazón siente y entiende.

2. SENSIBILIDAD. Esta otra función de la parte inmaterial del hombre se clasifica propiamente como una parte importante de la psicología; sin embargo, hay mucho que es emocional tanto en Dios como en el hombre, lo cual es teológico. En este respecto, el hombre reflexiona sobre lo que es verdadero en Dios, o se lo imagina. ¡Cuán inmenso es el amor de Dios, y cuán real el amor y la devoción del corazón humano! En el caso de la sensibilidad, como en el del intelecto, el poder del Espíritu Santo puede obrar y ampliar la capacidad experimental. “. . . el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro.5:5). Las Escrituras declaran que la compasión divina puede hallar expresión por medio del cristiano, y que dicha compasión no surge por motivo de la capacidad de los cristianos, sino por el Espíritu que mora en ellos. “. . . el fruto del Espíritu es amor” (Gá.5:22; comp. 1 Co.13:1-13). El cristiano que ama con amor divino tiene que amar a aquellos que son objeto del amor de Dios. La amplitud de esta posibilidad es ilimitada. Este amor divino es la fuerza impulsora del cristiano, y como consecuencia, en el cristiano deben elevarse las emociones y la vida al nivel de lo sobrenatural.

3. VOLUNTAD. La voluntad es justamente uno de los principales temas de la teología. No sólo aparece en la antropología, sino también en la soteriología. Y, por cuanto el hombre fue creado a imagen de Dios, y refleja los atributos divinos, la voluntad del hombre está directamente relacionada con el teísmo. El *hecho* mismo de la voluntad es una verdad teológica. Este último aspecto del tema corresponde específicamente a la soteriología, y lo hemos de considerar en su debido tiempo. Aquí debemos anotar, sin embargo,

que la voluntad actúa generalmente movida o influida por el intelecto y las emociones, y su voluntad no es otra cosa que la experiencia de actuar sin necesidad *consciente*; sin embargo, no se puede imponer ninguna necesidad que sea mayor que la que surge cuando el intelecto y las emociones reciben influencias de un poder superior. Con respecto a los que no son regenerados, la Biblia dice que Satanás obra en ellos y les da energía (Ef.2:2); y del regenerado dice que Dios es el que produce en él “tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil.2:13). Estos dos pasajes explican el caso de toda la humanidad y, por tanto, determinan la verdad, realmente importante, de que no hay voluntad humana que sea libre en el sentido absoluto de la palabra. Cristo se dirigió a los que estaban bajo la influencia satánica, como lo están todos los no regenerados, y les dijo: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn.5:40). Y también declaró: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn.6:44; comp. 5:21). Esta acción de traer es evidentemente la conmoción que Dios causa en todo el hombre interno, y lo experimenta el intelecto, las sensibilidades y la voluntad. La fe, o sea la confianza en Dios, es una obra divina en la mente, y para ello, ahí está la bondadosa invitación: “. . . al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn.6:37). Esa es la invitación más atractiva. Existe un principio según el cual el que ve al Hijo, cree en El por causa de esa visión (Jn.6:40). Aparte de ese principio, nadie se inclina por naturaleza a creer. Para aquellos que están sujetos a la voluntad de Dios siempre hay un cúmulo creciente de conocimiento de la verdad a su disposición. A este respecto dijo Cristo: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Jn.7:17).

La *Enciclopedia Británica* dice lo siguiente con respecto a la voluntad en general:

“En psicología, la palabra *voluntad* se usa algunas veces como sinónimo de empeño, pero se emplea más usualmente en el sentido restringido de decisión deliberada, en contraste con el mero impulso o deseo. En un acto de la voluntad hay deliberada elección entre varias alternativas, y frecuentemente una relación consciente con los intereses generales del yo del sujeto. La gente habla algunas veces como si la voluntad fuera una entidad independiente, o como una facultad que hace las decisiones, etc. Pero esa es solamente una manera indeterminada de hablar. Tal como Spinoza y Locke lo señalaron hace tiempo, no hay voluntad fuera de los actos voluntarios o procesos del querer; y no es solamente la voluntad la que quiere, sino todo el ser. Lo mismo sucede con las hipótesis ‘querer es poder’ y ‘fuerza de voluntad.’ No hay ninguna voluntad que sea fuerte, pero sí hay caracteres de voluntad fuerte, es decir, personas que pueden perseguir fines distantes (buenos o malos) con gran perseverancia; por otra parte hay también gente de carácter débil que fácilmente se deja influir y llevar por cualquier instinto, impulso o deseo que la mueva de tiempo en tiempo, y que no

los puede dominar para poder perseguir fines remotos (XIV ed., Vol. XXIII, p. 605).

Sobre la voluntad, desde el punto de vista teológico, escribe el Dr. Augusto H. Strong:

"A. Definición de Voluntad. Voluntad es la facultad del alma para elegir entre diversos motivos, y para dirigir su actividad subsiguiente de acuerdo con el motivo que ha elegido. En otras palabras, es la facultad del alma para elegir tanto el fin como los medios para lograrlo. Llamamos preferencia inmanente a la elección del fin último. Y a la elección de los medios la llamamos volición ejecutiva.

B. La Voluntad en Relación con Otras Facultades. (a) Aceptamos la división tripartita de las facultades humanas: intelecto, sensibilidad y voluntad. (b) Intelecto es el conocimiento del alma; sensibilidad es el sentimiento del alma (deseos, afectos); voluntad es la elección del alma (fines y medios). (c) En cada acto del alma actúan todas las facultades. El conocimiento envuelve sensibilidad y voluntad; el sentimiento envuelve conocimiento y voluntad; la voluntad envuelve conocimiento y sentimiento. (d) Lógicamente, cada una de estas facultades envuelve a la otra: el alma tiene que conocer para poder sentir; tiene que saber y sentir para poder querer. (e) Sin embargo, puesto que conocer y sentir son actividades, ninguna de estas dos actividades es posible sin la voluntad.

C. La Voluntad y los Estados Permanentes. Aunque todo acto del alma envuelve la actividad de todas las facultades, sin embargo, en cualquier acción particular, alguna de las facultades puede ser más prominente que las otras. Esa es la razón por la que hablamos de actos del intelecto, del afecto y de la voluntad. (b) Esta acción predominante de cualquiera de las facultades produce efectos sobre las otras facultades que están asociadas con ella. La acción de la voluntad le concede dirección al intelecto y a los afectos, y también una permanente inclinación a la misma voluntad. (c) Cada facultad, pues, tiene sus propias condiciones permanentes, y también sus actos transitorios, y la voluntad puede originar estas condiciones. Esa es la razón por la cual hablamos de afectos voluntarios, y con igual propiedad podríamos hablar de opiniones voluntarias. Estas condiciones voluntarias permanentes es lo que denominamos carácter.

D. La Voluntad y los Motivos. Las condiciones permanentes que acabamos de mencionar, tan pronto como han sido determinadas, también influyen en la voluntad. La fuerza de los motivos está constituida por puntos de vista y por disposiciones internas, y no simplemente por manifestaciones externas. (b) Estos motivos están a veces en conflicto y, aunque el alma no actúa nunca sin motivos, actúa, sin embargo, haciendo elección entre ellos, para determinar así el fin hacia el cual ha de dirigir sus actividades. (c) Los motivos no son *causas* que fuerzan la voluntad, sino *influencias* que la persuaden. El poder de estos motivos, sin embargo, está en proporción con la fuerza de voluntad que ha entrado en ellos, y ha hecho de ellos lo que son.

E. La Voluntad y la Elección Contraria. (a) Aunque no es posible ningún acto de pura voluntad, el alma puede poner en acción voliciones simples en dirección opuesta al previo propósito dominante; y en este sentido, el hombre tiene la facultad de la elección contraria (Ro. 7:18: "... el querer el bien está en mí"). Pero, tan pronto como la voluntad ha entrado y se ha revelado en condiciones permanentes del intelecto, y de la sensibilidad, y en una inclinación fija de la misma voluntad, el hombre no puede hacer ningún acto que revierta su estado

moral; y en este respecto, no tiene facultad de elección contraria. (c) En este último caso, el hombre puede cambiar su carácter sólo indirectamente, volviendo su atención a ciertas consideraciones convenientes que despiertan consideraciones opuestas, e invocando así motivos que impulsan un curso opuesto.

F. *La Voluntad y la Responsabilidad.* (a) Mediante actos repetidos de la voluntad en determinada dirección moral, los afectos pueden llegar a confirmarse en el bien o en el mal, hasta el punto de que previamente se haga cierta o necesaria la futura acción del hombre, buena o mala. Así, aunque la voluntad es libre, el hombre puede ser "esclavo... del pecado" (Jn.8:31-36), o "siervo de la justicia" (Ro.6:15-23; comp. He.12:23): "espíritus de los justos hechos perfectos"). (b) El hombre es responsable de los efectos de su voluntad y de la voluntad misma; de los asuntos voluntarios y de los actos voluntarios; de los puntos de vista intelectuales que asume y de los actos de la voluntad por medio de los cuales se han formado y mantenido hasta el presente tales puntos de vista (2 P.3:5: "ignoran voluntariamente").

G. *Inferencias Procedentes de Este Punto de Vista Sobre la Voluntad.* (a) Podemos ser responsables de los malos afectos voluntarios con los cuales nacemos, y de las preferencias de egoísmo heredadas de la voluntad, sólo basados en la hipótesis de que nosotros mismos originamos estos estados de los afectos y la voluntad, o tuvimos parte en su origen. La Escritura provee esta explicación, en su doctrina sobre el pecado original, que es la doctrina de una apostasía común de toda la raza en el primer antepasado, y de que hemos heredado de él la naturaleza corrompida mediante la generación natural. (b) Aunque permanece en el hombre, aun es su condición presente, una facultad natural de la voluntad, por medio de la cual puede poner en acción ciertas voliciones transitorias que se conforman externamente con la ley divina y, por tanto, pueden modificar su carácter hasta cierto punto; todavía es cierto que la inclinación pecaminosa de sus afectos no está directamente bajo su control; y esta inclinación constituye un motivo hacia el mal tan constante, inveterado y poderoso, que realmente influye en cada miembro de la raza para reafirmar su mala elección, de tal modo que se hace necesaria la obra especial del Espíritu de Dios en cada corazón para asegurarle la salvación. De ahí la doctrina bíblica de la regeneración" (*Systematic Theology*, pgs. 257,258).

4. CONSCIENCIA. La facultad de la *consciencia* es una de las mayores manifestaciones de la parte inmaterial del hombre. Sin duda, no hay otra facultad que revele más completamente lo que es la imagen de Dios en el hombre. La estimación por parte de los hombres sobre lo que realmente es la consciencia varía ampliamente. Algunos sostienen que no es una parte integral del hombre, sino la voz de Dios que habla directamente al que se ejercita en la consciencia. Por otro lado, y muy lejos de la posición anterior, está la noción de que la consciencia no es más que una inclinación de la mente, que le ha quedado por la disciplina de la niñez. La Escritura no apoya ninguno de estos extremos. Debe observarse, sin embargo, que la voz de la consciencia, cuando es normal aunque sea hasta cierto grado, siempre es leal al ideal divino, y esto a pesar del hecho de que en el hombre hay mucho —especialmente en la *carne*— que es

contrario a Dios. La consciencia no está sujêta a la voluntad, sino que más bien se sienta a juzgar la voluntad y todos los demás aspectos de la vida del hombre. La unidad del ser del hombre es, sin embargo, real, a pesar de los diversos elementos de su naturaleza inmaterial: *alma, espíritu, corazón y mente*; y a pesar de los diversos modos de expresión de esa naturaleza inmaterial: *intelecto, sensibilidad, voluntad, memoria y consciencia*. Todos estos elementos y manifestaciones se articulan perfectamente para formar una experiencia que se llama *vida*. La mente puede originar pensamientos; la memoria puede retenerlos; el espíritu puede discernir el valor de ellos; y el alma responde a dichos pensamientos; pero la consciencia juzga esos pensamientos con respecto a su valor moral. Naturalmente, sólo una pequeña parte de lo que experimenta el hombre es de carácter moral y, por tanto, no siempre se ejerce la consciencia. A veces, según lo demande la ocasión, la consciencia puede convertirse en un tormento, en un azote insoportable. En esto parece que cada individuo identifica más o menos a Dios. El individuo entiende que Dios sabe lo que sabe el individuo. Es poco lo que se preocupa la consciencia de que otros sepan lo que constituye su propia carga, cualquiera que sea el caso.

El testimonio de la Biblia con respecto a la consciencia es que ella puede ser natural, si corresponde a los no regenerados, y sobrenatural, si corresponde a los regenerados. La consciencia del no regenerado es *corrompida* (Tit.1:15), *mala* (He.10:22), *acusadora* (Jn.8:9), está cauterizada (1 Ti.4:2). Por otra parte, la consciencia sobrenatural, que es la del cristiano, es mucho más compleja. En efecto, surge una cuestión real sobre si es verdad que el cristiano vive según su consciencia. Se arguye que el cristiano es influido por el Espíritu Santo que mora en él, el cual se aflige o no se aflige, según la vida que lleva el cristiano. No hay ninguna descripción más vívida de la experiencia de alguno que haya entristecido al Espíritu como la que escribió David con respecto a sí mismo en el Salmo 32:2-4: "Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano." El apóstol Pablo afirma significativamente que su consciencia le daba testimonio en el Espíritu Santo (Ro.9:1). Según esto, parece que el Espíritu emplea la consciencia como medio de impresión y de expresión. Tal vez éste sea el descubrimiento de la verdadera realación entre el Espíritu Santo y la consciencia del cristiano. Teniendo esto en mente, podemos considerar ciertas verdades reveladas con respecto a la consciencia del cristiano. La consciencia se *purifica*. Está escrito: "Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la

imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más consciencia de pecado” (He.10:1,2). Aquí no hay ninguna indicación de que el cristiano no es consciente del pecado que hay en su vida y que no confiesa. Se enseña, más bien, que todos los pecados pasados, habiendo sido perdonados como parte de la salvación, han dejado limpia la consciencia, de modo que ya no recrimina. Este pasaje bíblico nos presenta una prueba vital con respecto a la salvación de la persona, y se puede aplicar a cualquier creyente que profesa ser cristiano. Estrechamente relacionada con esta verdad está la llamada *buena* consciencia, que se menciona seis veces en el Nuevo Testamento (comp. 1 P. 3:16). Este aspecto de la consciencia se relaciona con el estado del corazón del creyente cristiano o lo refleja. La buena consciencia está libre de auto-acusaciones. Hay dos pasajes que sirven para describir esta realidad. En 1 Corintios 4:4, afirma el Apóstol: “. . . de nada tengo mala consciencia.” En 1 Juan 3:20-22 se nos dice que la buena consciencia es un factor importante en la oración. Así dice el pasaje: “Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.” Evidentemente, esta forma específica de consciencia de que se nos habla en esta porción experimentaron los que eran fieles a Jehová en el judaísmo (comp. Hch.23:1; 2 Ti.1:3). De esta manera, la consciencia *da testimonio* (Ro.9:1) y puede ser sin ofensa (Hch.24:16). También es digno de notar el hecho de que la consciencia del cristiano inmaduro puede ser impulsada hacia el camino del pecado por el ejemplo que presentan los otros cristianos. Está escrito: “Porque si alguno te ve a tí, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un lugar de ídolos, la consciencia de aquel que es débil, ¿no será estimulada a comer de lo sacrificado a los ídolos?” (1 Co.8:10). El Apóstol califica a la consciencia que es estimulada como *consciencia* herida: “De esta manera, pues, pecando contra los hermanos e hiriendo su débil consciencia, contra Cristo pecáis” (v. 12).

CAPITULO XV

EL ESTADO DE INOCENCIA

I. EL AMBIENTE DEL PRIMER HOMBRE

La descripción del ambiente del primer hombre se encuentra en Génesis 2:8,9,15, donde leemos: “Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. . . . Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase.” Se pudiera decir que, puesto que Jehová plantó un huerto en el cual “hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer”; el ambiente era tan placentero como pudiera serlo en lo que respecta a las cosas materiales. La atracción del jardín estaba en armonía con todas las demás cosas que Dios había creado, con respecto a lo cual El “vio. . . que era bueno.” La evidencia señala inequívocamente que un ambiente pobre tiende a impulsar a toda clase de mal. La situación en la cual fue colocado el primer hombre, por ningún motivo hubiera podido contribuir a la causa de la caída. Lo que queda de este maravilloso jardín es sólo el sueño de un poeta. J. Vondel (1654), el más distinguido de los poetas holandeses, en su gran obra *Lucifer*, presenta a Apolión en el momento en que le da el informe a Beelzebú sobre su visita al jardín de Edén, en la siguiente forma (traducción al inglés de Leonard Charles van Noppen, págs. 269, 270):

Apolión:

Señor mío, Beelzebú,
la tierra he observado con perspicaces ojos,
y ahora te presento los frutos que allí crecen,
lejos de estas alturas, bajo otros cielos solos,
debajo de otro sol. Juzga tú si merecen
alabanza estos frutos. Son del jardín de Dios.
¡Plantado allí y bendito deleita al morador.

Beelzebú:

Veo esas hojas de oro cargadas con sus perlas,

Veo el fulgor chispeante del rocío argentado.

¡Qué excelente perfume, si sólo puedo olerlas!
Color inmarcesible de luces irisado.
El placentero fruto de carmesí y de oro
no debieran tocarlo manos contaminadas.
El ojo tienta al gusto. Y aquí donde yo moro,
¿Quién no codiciaría el lujo terrenal?
El que extienda su mano y tome de aquel fruto
odiará nuestro día y hasta el pan celestial.
Y maldecir pudiera nuestra morada aquí.
¡Palidece ante el hombre la dicha angelical!

Apolión:

Sí, señor Beelzebú.
Aunque alto es nuestro cielo, abajo se nos va
ante aquello que vi. Mis ojos no me engañan.
Edén es el deleite del mundo de Jehová.
¡Más excelso ese huerto que nuestra gran morada!

Apolión:

Como la tierra misma, el huerto es circular.
En el centro se eleva el monte desde el cual
fluye la dulce fuente los campos a regar,
que lo divide en cuatro, pura como el cristal,
que riega campos y árboles. Los arroyuelos fluyen
y su rico aluvión alimenta la tierra.
El bedelio y la ónice en brillo se diluyen,
fulguran como el cielo tachonado de estrellas.
La gran naturaleza sembró constelaciones
de gemas cuyo brillo nuestro fulgor opacan,
y una gran vena de oro; pues ella deseaba
juntar sus mil tesoros para que allí brillaran.

Apolión:

Ninguno de nosotros, los ángeles de abajo
exhala ese suspiro tan dulce y refrescante
como el aire que el hombre respira sin trabajo,
y le acaricia el rostro. ¡Toque vivificante!
Todo allí son ternuras y bienaventuranzas
Muy bien se abulta el pecho de los fértiles campos
con hierbas y colores. Sus ramas flores lanzan.
Y múltiples perfumes con prodigiosos mantos
refrescan el rocío. La aurora y el ocaso
conocen su destino, miden su propio tiempo.
Y así flores y frutos reciben de sus rayos
la fuerza necesaria momento tras momento.

II. LA RESPONSABILIDAD DEL PRIMER HOMBRE

Con respecto a la manera de vida, la obligación que recayó sobre él —aparte de la tarea de arreglar y cuidar el huerto— es la misma norma o el mismo dechado para toda vida humana en la tierra. Durante el período indeterminado que vivió Adán antes de la caída, ese ideal se cumplió a cabalidad para satisfacción del Creador. Esa responsabilidad la podemos concretar en las palabras: *El hizo la voluntad de Dios*. No carecemos de evidencias para comprobar que Adán disfrutaba de una comunión ininterrumpida con Dios diariamente, y que recibía consejos y dirección de Dios. Pero Dios le impuso una prohibición. Esta prohibición era en realidad sumamente insignificante en proporción con todas las bondadosas instrucciones que recibía de la boca de Jehová. El ideal que Dios tiene actualmente para los redimidos es también el de que ellos descubran la voluntad de El y la practiquen. A menudo exageramos la parte negativa de la voluntad de Dios. Hay cosas que son malas y que no le convienen al cristiano, de las cuales deben abstenerse, pero la voluntad de Dios es positiva. La voluntad de Dios es aquello que uno puede *hacer*, con lo cual se mantiene la comunión con el Padre y con su Hijo (1 Jn. 1:3, 4). El hecho de que el cristiano puede andar y hablar con Dios, de que se le otorga la guía y la enseñanza del Espíritu Santo, y de que se le dota de la capacidad para que pueda cumplir la perfecta voluntad de Dios, ilustra, hasta cierto punto, el gran privilegio que tuvo el primer hombre, la gran responsabilidad que le correspondió, en aquel tiempo en que no había nubes interpuestas entre él y su Creador. “La vocación de la agricultura es una vocación antigua y honorable; fue necesaria aun en el Paraíso. El jardín de Edén, aunque no necesitaba ser desyerbado —pues no habían aparecido las espinas ni los cardos a causar perjuicio— sin embargo, había que arreglarlo y cuidarlo. La naturaleza, aun en su estado primitivo, permitió las mejoras, el arte y la industria. Era una vocación adecuada para el estado de inocencia. Era una provisión para la vida, no para el despilfarro; y le daba al hombre la oportunidad de admirar al Creador y de reconocer su providencia: mientras sus manos estaban cerca de los árboles, su corazón estaba con Dios” (Matthew Henry, *Commentary*, Fleming H. Revell Co., nueva edición revisada; sobre *Génesis 2:15*).

III. LAS CUALIDADES MORALES DEL PRIMER HOMBRE

Puesto que la santidad puede ser activa o pasiva —virtud positiva o

ausencia del mal— las cualidades morales del primer hombre tuvieron que ser pasivas. El era inocente con respecto al pecado. No había tenido la oportunidad de desarrollar un carácter moral probado; sin embargo, no hay ningún documento para probar que él no entendía la diferencia entre el bien y el mal. Lo que habría de exigírsele moralmente al primer hombre y la medida de su obligación dependían en alto grado del desarrollo de él como ser creado. Si, como algunos han afirmado, el fue solamente un niño en cuanto a facultades mentales —lo cual implica que hubiera sido infante con respecto a los días de su existencia— entonces, su responsabilidad moral era muy pequeña, casi hasta el punto de desvanecerse. Y entonces la transgresión en la cual él cayó no hubiera exigido ningún juicio. En lo que respecta a la transgresión, Dios trató al hombre como si fuera completamente responsable. Este solo hecho certifica el desarrollo moral que había logrado. Dios hizo un hombre *maduro*. Es cierto que él no podía recordar ninguna clase de historia, ni podía poner en orden los valores acumulados por la experiencia; pero sí poseía estos valores hasta el grado requerido para la madurez de la acción. Tal fue el carácter del acto creador de Dios. No podía encontrarse testimonio más sublime sobre la plenitud de la excelencia humana como el que expresa la verdad de que el hombre fue creado de tal modo que le causaba complacencia a Dios y que fue recibido por El como compañero. Así que es imposible el pensamiento de la inmadurez y de la irresponsabilidad. Sin embargo, la santidad del primer hombre, antes de la caída, era pasiva en el sentido de que era inocente y de que su carácter no estaba probado.

IV. EL TENTADOR DEL PRIMER HOMBRE

Sobre este ser, que se llama Satanás, ya escribimos mucho en la *Angeleología*: con respecto a su persona y a su tentación. Diremos más cuando estudiemos la doctrina del pecado.

Debe reconocerse que no se identifica al tentador en el relato del *Génesis*, en el cual leemos: “Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? (Gn. 3:1). En Apocalipsis 12:9, es donde se identifica a la *serpiente* con el diablo o Satanás. Antes de eso, en el Nuevo Testamento, hay evidencias claras de que Satanás fue el que tentó a nuestros primeros padres (2 Co. 11:3; 1 Ti. 2:14). Se debe observar también que, a medida que progresa la revelación de esta doctrina, la manifestación clara sobre el tentador no se ofrece hasta después de haberse cumplido la Redención en la cruz. El hecho de que el relato

original que se nos da en *Génesis* no identifica al tentador, sino que se refiere a la criatura que empleó Satanás como medio de comunicación, ha provocado diversas explicaciones de este importante evento, y ha levantado muchas críticas. El relato bíblico establece que el hombre y la mujer, habiendo sido creados evidentemente fuera del huerto, fueron colocados en él, y que se les encomendó cuidarlo. Dentro del jardín de Edén había dos árboles: “el árbol de vida” y “el árbol de la ciencia del bien y del mal”. A nuestros primeros padres se les prohibió comer de éste último. El castigo, en caso de que comieran, sería la muerte en todas sus formas, pues Dios les dijo: “... el día que de él comieres, ciertamente morirás”. Aparece la serpiente y contradice la palabra que Dios había dicho, y declara que si comen del fruto prohibido, sus ojos serán abiertos, que ellos serán como *Elohim* y que conocerán el bien y el mal. La mujer fue la primera que tomó del fruto, y luego le dio al esposo, el cual también comió. De acuerdo con la Palabra de Dios, ellos llegaron a ser culpables de muerte. Por tanto, fueron expulsados del jardín de Edén. A la luz de las Escrituras subsiguientes no es difícil reconocer que el tentador es Satanás. Más tarde descubrimos que este ser maligno busca siempre hacerles daño a las criaturas humanas de Dios. El tuvo que haber causado la caída de Adán y Eva, pues eso está en armonía con las acechanzas diabólicas que se nos describen fielmente en las Escrituras.

Hay tres opiniones tocante a la caída: (a) La de los que creen que ese relato es una ficción, un *mito*. Para ellos siempre es difícil descubrir cuál es la moraleja de la fábula; como se han apartado tan completamente de la interpretación natural, introducen con entera libertad tantas ideas cuantas puede inventar la mente humana. (b) El segundo grupo de intérpretes está compuesto por aquellos que intentan mezclar la realidad con lo ficticio en diversas combinaciones de la verdad con la alegoría. Lo absurdo de introducir aspectos alegóricos en aquello que se refiere a lo que es real la ha señalado muy bien el obispo Samuel Horsley (1733-1806):

“Ningún escritor de historia verdadera mezclaría ningún hecho positivo con alegorías en la misma narración, sin anotar alguna indicación de que lo alegórico procede de alguna tradición. Por tanto, si alguna parte de esta narrativa se refiere a hechos positivos, ninguna de sus partes puede ser alegórica. Por otro lado, si alguna de sus partes es alegórica, ninguna de sus partes puede estar constituida por hechos realmente positivos: el resultado de esta verdad sería que todo en cada una de las partes de toda la narración tiene que ser de carácter alegórico. Si la formación de la mujer, de la carne y del hueso del hombre, es una alegoría, entonces la mujer tiene que ser alegórica. Y, por tanto, el hombre tiene que ser también alegórico; porque la mujer alegórica sólo podía ser compañera de un hombre alegórico. Y si el hombre es alegórico, entonces su paraíso es también

alegórico: sus árboles, alegóricos; sus ríos, alegóricos. Y de este modo podemos remontarnos hasta el principio de la creación, y concluir, por ello, en que los cielos son alegóricos y la tierra es también alegórica. Entonces, toda la historia de la creación sería una alegoría, en la cual no se nos descubre el asunto real. En esta absurdidad termina el esquema de la alegorización" (citado por Watson, *Theological Institutes*, Vol. II, pág. 30).

(c) Hay un tercer grupo de intérpretes que dice que el relato es literal. Estos afirman que el relato de Moisés, aunque sin duda contiene verdades más profundas que las que aparecen superficialmente, es un relato histórico con respecto a seres y condiciones reales. Se puede probar que es un informe literal, primeramente, por el hecho de que es parte de una narración histórica *continua*. La narrativa se continúa sin interrupción al pasar a la historia subsiguiente. Si este relato fuera una fábula y no historia, el carácter histórico de todo el Pentateuco quedaría en tela de juicio, porque nadie puede señalar cuándo se convirtieron en historia las primitivas fábulas. El argumento que se basa en que el relato histórico es continuo no puede refutarse. La historia tiene que ser claramente literal tanto en su comienzo como en su fin y en cualquiera de sus puntos. En segundo lugar, el carácter literal de este relato se hace evidente por el hecho de que posteriormente en las Escrituras se hace referencia a él con toda candidez, y se cita como base de enseñanzas y amonestaciones, para lo cual no sería útil ninguna fábula. La Biblia, como un todo y sin excepción, se refiere al libro de *Génesis* como a un relato histórico. Esto es un tema amplio que sólo podremos proseguirlo aquí hasta cierto punto.

Puesto que el libro de *Job* es más antiguo con respecto a sus escritos que el mismo *Génesis*, es significativo que en aquel libro se declare lo siguiente: "¿No sabes esto, que así fue siempre, desde el tiempo que fue puesto el hombre sobre la tierra, que la alegría de los malos es breve, y el gozo del impío por un momento? (Job 20:4, 5). En este caso, la palabra *hombre* pudiera traducirse igualmente Adán. Y también dice Job: "Si encubrí como hombre mis transgresiones, escondiendo en mi seno mi iniquidad" (31:33). Así también, puesto que Dios hizo al hombre recto (Ec. 7:29), Elifaz se refiere al primer pecado de la mujer cuando dice: "¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?" En los profetas se menciona el "Edén . . . el huerto de Dios." El libro de *Proverbios* se refiere cuatro veces al "árbol de la vida". El *Apocalipsis* lo menciona tres veces. Tal vez no hay ninguna declaración tan conclusiva como las palabras de Cristo que aparecen en Mateo 19:4, 5: "El, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará

padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? ” En esta Escritura se ve que Cristo reconoce que Dios hizo al primer hombre y a la primera mujer, y que las relaciones matrimoniales se basan en el hecho al cual se refiere Cristo, es decir, el hecho de que la mujer fue tomada del hombre, y por ese hecho dijo Adán: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gn. 2:23, 24). En este caso no pudiera haber serias dudas con respecto a la verdad de que Cristo se refiere a un evento histórico. Todo el simbolismo que hay entre Adán y Cristo deja de tener significado y propósito, si Adán y todo lo concerniente a él no es real. “El pecado entró en el mundo por un hombre”; “desde Adán hasta Moisés”; “la transgresión de Adán”; “si por la transgresión de aquel uno”; “por la transgresión de uno solo” (Ro. 5:12-21); “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente”; “El primer hombre es de la tierra, terrenal” (1 Co. 15:45, 47). “Pero temo que como la serpiente con su astucia engaño a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Co. 11:3). “Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1 Ti. 2:13, 14). Ninguno de estos pasajes contiene alusiones retóricas. Ellos son, más bien, la base del sano razonamiento y de profundas doctrinas que serían todas sacrificadas si los eventos que se narran al principio de *Génesis* no son más que una fábula. El único motivo que levanta argumentos contra la historicidad de los documentos mosaicos es el hecho de que parecen absurdos puesto que, según dicen los que esto arguyen, no son verosímiles si los comparamos con la presente experiencia humana. Pero ese razonamiento no solamente asume que Dios está restringido a los modos de actuar que son corrientes en el nuestro día, sino también que el hombre es libre para sentarse a hacer juicio contra la Palabra de Dios. Las controversias giran en torno a los dos árboles y a la serpiente. Sobre estas objeciones escribe con suficiente amplitud Richard Watson:

“La falacia de la mayor parte de estas objeciones se puede, sin embargo, señalar fácilmente. Se nos pregunta, en primer lugar, si es razonable que supongamos que el fruto del árbol de la vida podía otorgar inmortalidad. ¿Pero qué hay de irracional en suponer que, aunque Adán fue creado exento de muerte, sin embargo, el fruto de ese árbol estaba destinado a que sirviera de instrumento para preservar su salud, para reparar las pérdidas de su naturaleza animal, y para mantenerlo en perpetua juventud? El Dios todopoderoso podía haber cumplido este fin sin acudir a ningunos medios, o haciendo uso de otros medios; pero,

puesto que El a menudo emplea instrumentos, no es nada extraño que El ordenara que se preservara permanentemente de la muerte la vida de Adán, por medio de alimentos de una clase especial; así como no es extraño que hoy les preserve la vida y la salud a los hombres durante 70 años por medio de alimentos específicos, y que, para contrarrestar los desórdenes de la salud, les de a las hierbas y a los minerales específicas cualidades medicinales. Y si, como algunos afirman, consideramos el comer del árbol de la vida como un acto sacramental, una expresión de fe en la promesa de la preservación continua, y un medio por el cual se impartía la influencia preservadora de Dios —noción ésta que, sin embargo no está tan bien fundada como la otra— todavía no es inconsecuente con la interpretación literal, y realmente no envuelve ninguna consecuencia irrazonable, ni nada que sea directamente contrario a la analogía de la fe. También se ha levantado neciamente la pregunta sobre si el fruto del árbol prohibido, o de cualquier árbol, hubiera podido comunicar el conocimiento del bien y el mal, o si hubiera podido comunicar algún efecto a las capacidades intelectuales. Pero esa no es la idea que expresa el relato histórico, por más literalmente que se tome. Así que tal objeción queda sin base. Con toda seguridad, a ese árbol se le podía dar el nombre de 'el árbol de la ciencia del bien y del mal', sin que por ello se mezcle el relato con lo alegórico; ya sea que con ese nombre entendamos que al comer el hombre ese fruto llegaría a saber, por medio de una triste experiencia, cuál es el valor de lo *bueno*, que fue lo que él perdió, y la amargura de lo *malo*, que era lo que antes sólo conocía de nombre; o como lo entienden otros, que ese árbol fue escogido para probar la fidelidad de Adán para con su Creador y, en consecuencia, era el árbol del conocimiento del bien y del mal, es decir, un árbol que estaba allí con el propósito de permitir que se supiera si el hombre se iba a inclinar hacia lo primero o hacia lo último. Pienso que debe preferirse la primera interpretación, por el hecho de que armoniza mejor con los hechos históricos en general; pero cualquiera de las dos es consecuente con la interpretación literal, y no se podrá probar que haya en ninguna de ellas algún absurdo real.

En cuanto al relato con respecto a la serpiente, se ha objetado que, si se toma literalmente, resulta que el tentador invisible toma el cuerpo de un animal para llevar a cabo sus perversos designios. Pero debemos estar mejor relacionados con la naturaleza y las leyes de los espíritus incorpóreos, antes de poder probar que eso es imposible, o aun improbable. En cuanto a que un animal fuera escogido como medio para poder acercarse a Eva, sin despertar la suspicacia de ella, es manifiesto que, si concedemos que un espíritu superior fue el tentador real, era un buen procedimiento de parte de él el dirigirse a Eva por medio de un animal que ella tenía que reconocer como uno de los habitantes del huerto, en vez de presentársela en forma humana, ya que ella sabía que ella y su esposo eran los únicos seres humanos existentes hasta ese momento. La presencia de un extranjero de esa naturaleza la hubiera puesto prontamente en guardia. Pero luego se nos dice que el animal era un despreciable reptil. Ciertamente, este reptil no era repugnante antes de ser degradado en cuanto a forma. Por el contrario, era uno de los 'animales de la tierra' (bestias), y no un reptil. Y también era más astuta y más sagaz 'que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho'. En consecuencia, era la cabeza de todos los animales inferiores a ella en cuanto a capacidades; y no es improbable que haya sido de una forma noble y hermosa. Por esta razón, nos importa en realidad su degradación corporal. Si hubo prudencia, entonces, de parte de Satanás, al elegir a ese animal como instrumento mediante el cual pudiera acercarse a la mujer, tuvo tan buen gusto

en su elección como el que los alegorizadores, que parecen tan ansiosos en este punto, desean que él tenga.

El hecho de que el relato dice que la serpiente *habló* es otro de los tropiezos. Pero, como el argumento en este caso no es contra el incrédulo, sino con los que profesan aceptar como divinamente inspirado el relato mosaico, tal hecho no debe constituir ninguna razón para interpretar alegóricamente el relato, así como el hecho de que hablara al asna de Balaam no es razón suficiente para interpretar alegóricamente el relato de todo ese acontecimiento. No existe ninguna filosofía que puede probar que los espíritus malos o los buenos no tienen poder para producir sonidos articulados en los órganos de un animal. Por tanto, ese es un hecho que puede ser probado razonablemente por medio del testimonio. En la misma historia hay una razón clara que explica el hecho de que Satanás hiciera uso de ese poder. Al darle la capacidad de hablar a la serpiente, y de expresarse en tal forma que, según el relato, pareciera que la serpiente ya había comido del fruto, él escogió los medios más efectivos para impresionar a Eva con la idea fatal y peligrosa de que la prohibición con respecto al árbol del conocimiento era una restricción para la felicidad de la mujer y para su mejoramiento intelectual. De este modo le sugirió pensamientos perversos con respecto a su Creador. La objeción de que Eva no manifestó ninguna *sorpresa* cuando oyó que el animal hablaba, el cual, ella tenía que saber que antes no tenía esa facultad, tampoco tiene peso alguno, puesto que esa circunstancia pudo haber ocurrido, pero no se menciona en un relato histórico tan breve. Es más probable que Adán haya expresado alguna indicación de sorpresa y ansiedad, cuando su esposa le presentó el fruto; pero nada de eso se menciona en el relato" (*ibid.*, vol.II, págs. 24-26).

En cuanto a la equidad del juicio que cayó sobre la serpiente, continúa Watson:

"Se levanta una objeción contra la *justicia* de la sentencia que se pronunció contra la serpiente, en el caso de que el relato se considere real, y de que ese animal hubiera sido sólo el instrumento inconsciente del gran seductor. La respuesta a esta objeción es obvia: no podía ser un asunto de simplemente reclamarle a la serpiente. Lo mejor fue cambiarle la forma y degradar su especie en la escala de los seres. La serpiente no tenía ningún derecho de estar en la condición superior que tenía antes. La tenía porque así le plugo al Creador. Si se hubiera castigado a la serpiente con dolores y sufrimientos, la objeción tendría más apariencia de ser plausible. La serpiente no sufrió más que los otros animales en cuanto a correr el riesgo de la pena de muerte. En consecuencia no fue sino una de las criaturas irracionales que se consideró como ofensiva. Su degradación tenía el propósito de que le sirviera como recordatorio al hombre, y para indicar que el castigo real se le aplicaría, como lo demostraremos, al transgresor que usó a la serpiente de instrumento. Entre tanto, parece que la enemistad de toda la raza de serpientes contra la raza humana, su habilidad y su ponzoña, se las otorgó el Señor, sabia y bondadosamente, para que nos sirvieran de permanente advertencia para que sepamos que tenemos un gran enemigo espiritual que siempre nos acecha para herirnos y destruirnos" (*ibid.*, Vol.II, pág.27).

El hecho de que no se pronunciara ninguna sentencia directa contra Satanás está en armonía con la evidente intención divina de retener la revelación completa, para darla a conocer posteriormente

según los Oráculos Divinos. Nadie puede dudar de que sobre Satanás tiene que caer algún día un juicio implacable, por su participación en la caída del hombre y por la iniquidad subsiguiente. Los problemas reales entre Dios y Satanás corresponden a otra esfera de existencia, que no se puede incorporar en los documentos que registran la historia humana en ese momento, pues complicarían la sencillez de la narrativa sobre la caída del hombre. Debemos prestarle atención, sin embargo, a una indicación un tanto velada del juicio que habría de venir sobre el tentador real, en la cruz. Esta indicación se halla en la maldición pronunciada contra la serpiente. Hay, además, justos juicios que caerán sobre Satanás en los tiempos futuros. No hay incertidumbre en la Palabra de Dios en lo relativo al juicio contra Satanás, que se halla en las palabras que El pronunció contra la serpiente: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gn. 3:15). El arzobispo William King (1650-1729) escribió lo siguiente:

“Como el sentido literal no excluye lo místico, la maldición de la serpiente es un símbolo para nosotros, y una garantía visible de la maldición con la cual Dios golpeó al diablo, por lo cual, él llegó a ser la más abominable de todas las criaturas. Pero el hombre, mediante la ayuda de la *simiente de la mujer*, es decir, mediante la ayuda de nuestro Salvador, heriría en la cabeza al maligno, es decir, en el lugar en que el golpe es más mortal, y lo destruiría con ruina eterna. Entre tanto, la enemistad y el horror que les tenemos a las serpientes es para nosotros una continua advertencia del peligro que nos amenaza por parte del maligno, para que de todo corazón lo aborrezcamos a él y aborrezcamos todas sus obras” (citado por Watson, *ibid.*, Vol. II, pág. 39).

Hay cinco citas de los libros apócrifos que sirven para revelarnos la verdad de que los judíos de los primeros tiempos creían en el carácter literal del relato del Génesis. (Dos de estas citas se encuentran en apócrifos no aceptados por la Iglesia Católica Romana. Las otras tres están en los libros deuterocanónicos aceptados por dicha iglesia, aunque no los aceptan los judíos). “Oh Señor, Tú diste mandamiento, hablaste en el principio, cuando plantaste la tierra, Tú solo la plantaste, y diste mandamiento a la gente. Tú le diste un cuerpo sin alma a Adán, el cual fue obra de tus manos, y soplaste en él el aliento de vida, y llegó él a ser alma viviente delante de Ti. Lo introdujiste en el paraíso que tu mano derecha había plantado, y le diste mandamiento de que amara tus caminos; pero él cometió transgresión, e inmediatamente condenaste a muerte a él y a sus generaciones, de las cuales proceden naciones, tribus, pueblos y linajes innumerables” (2 Esdras 3:4-7; libro no aceptado por la Iglesia Católica Romana; traducción directa de la versión inglesa). “Oh

Adán, ¿qué has hecho? pues aunque fuiste tú quien pecó, tú no eres el único que cayó, sino todos los que procedemos de tí" (2 Esdras 7:48). "Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen" (Sabiduría 2:24; *Biblia de Jerusalén*; libro apócrifo aceptado por la Iglesia Católica Romana). "Ella—la sabiduría— protegió al padre del mundo, al primer hombre formado por Dios, cuando fue creado solo; ella le levantó de su caída . . ." (Sabiduría 10:1; *Biblia de Jerusalén*). "De la tierra creó el Señor al hombre, y de nuevo le hizo volver a ella. Días contados le dio y tiempo fijo, y dioles también poder sobre las cosas de la tierra . . . De saber e inteligencia los llenó, les enseñó el bien y el mal" (Eclesiástico 17:1, 2, 7; *Biblia de Jerusalén*; libro apócrifo aceptado por la Iglesia Católica Romana).

V. LA TENTACION A QUE FUE SOMETIDO EL PRIMER HOMBRE

Del mismo modo, la crónica de la tentación se nos presenta en la forma más sencilla. Está escrito:

"Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dió también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales" (Gn. 3:1-7).

La pregunta directa que hizo Satanás, según el versículo uno, pudo sugerir que había injusticia en la restricción divina con respecto a tocar el árbol. La pregunta sirvió para hacer reaccionar a la mujer, la cual a su vez fue tan audaz que agregó las palabras: "ni le tocaréis", las cuales no las había dicho Dios. Esas palabras alteran en grado no pequeño el mandamiento divino. No se puede probar si había algún resentimiento en las palabras que agregó. Satanás, sin embargo, fue más osado que ella al afirmar: "No moriréis". Esa era una contradicción directa contra el decreto de Jehová. Es probable que, ya que Satanás estaba buscando la alianza de Adán y Eva con su propia causa que implica la independencia de Dios, él les estaba prometiendo que, mediante el poder que él ejercería, ellos se

salvarían del juicio divino. Aparte de esta contradicción, Satanás les descubrió la verdad de que, al actuar independientemente, lo cual constituye realmente la desobediencia, ellos serían como dioses (*Elohim*). Como ya lo anotamos, la palabra *Elohim* aparece dos veces en el versículo cinco, y hay tanta razón para traducirla *dioses* en el primer caso, como la hay para traducirla de igual manera en el segundo. En ninguno de los dos casos se pueden dar otras razones. La ambición de ser “semejante al Altísimo” (Is. 14:14) fue el pecado original de este gran ángel, y no es poco el significado que se le agrega al hecho de que él trajo su propio pecado de independencia de Dios como tentación para Adán y Eva, y que ellos adoptaron esa filosofía de la vida. Aún más significativo es el hecho de que en la triple tentación a la cual fue sometido Cristo —el último Adán— Satanás procuró, dentro de la esfera de la humanidad de Cristo, hacer que El actuara independientemente de la voluntad de Dios. Así se hace evidente que en esta disposición a actuar fuera de la voluntad de Dios reside el carácter del pecado. Esta conclusión queda confirmada por el hecho de que el acto final de la trágica empresa de Satanás será el de promover y exaltar al hombre de pecado, cuya identificación será posible por el hecho de que se proclamará como Dios. El estudio más exhaustivo de este gran tema, además de lo que apareció cuando estudiamos la angeleología, lo realizaremos, con todas sus conclusiones lógicas, cuando estudiemos la doctrina del pecado.

Puesto que Adán y Eva habían conocido bien la diferencia entre el bien y el mal, lo suficiente para formarse una base adecuada para la acción con respecto a la voluntad de Dios que se encontraba expresada en la prohibición que Dios les estableció, es evidente que el nuevo conocimiento del bien y el mal que obtuvieron por medio de la desobediencia era más profundo y de carácter diferente. Aunque no había nada atractivo en la proeza de llegar a saber el mal mediante la tristeza que esa experiencia proporciona y el valor del bien mediante la pérdida de él, hay sin embargo, un extraño deleite en la acción libre. Está escrito con respecto a Moisés, que éste escogió “ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado” (He. 11:25). A la mujer le pareció “que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría” (comp. 1 Jn. 2:16). Los más profundos anhelos de su propio ser respondieron a la tentación, y la hicieron rendirse ante el mal y rechazar a Dios. El hecho de que Adán cayó en el mismo pecado no le agrega nada más al relato, sino aquello que se declara en 1 Timoteo 2:14, donde se nos dice que él no fue engañado, sino que pecó con conocimiento y voluntad.

La posibilidad de prueba para Adán estaba sumamente restringida

antes de la caída. El no estaba sujeto a la tentación de la avaricia, ni a la de la codicia, pues él era el señor de toda la creación terrenal. No podía ser inducido a las relaciones sexuales inmorales, puesto que estaba casado con la única mujer que había en el mundo, la única que podía atraerlo. El único pecado posible era el pecado supremo de rechazar a Dios. El hombre caído está sujeto a deseos pecaminosos; el hombre no caído sólo tenía deseos inocentes. En el hecho de comer del fruto no había nada que fuera inherentemente malo. El primer error no fue de carácter dietético. No fue un asunto de alimentación ni de alimentos malsanos. El árbol y el fruto sirvieron de base para la prueba con respecto a la obediencia de las criaturas a su Creador. Era un asunto tan amplio y real como la vida misma. La finalidad consistía en establecer si la criatura permanecería en la esfera en la cual había sido colocada por creación, o si se rebelaría contra su Creador. La importancia de dicho árbol como medio para probar al hombre no caído la expresa el Dr. William G. T. Shedd, en las siguientes palabras:

“‘El árbol de la ciencia’ era un árbol real que producía su fruto en el huerto. Pudo haber sido una palma datilera o cualquiera otra clase de árbol, y todavía ser ‘el árbol de la ciencia del bien y del mal’. El hecho es que, tan pronto como Dios seleccionó un árbol específico del huerto, y mediante un estatuto positivo les prohibió a nuestros primeros padres que comieran de él, en el momento en que comieran se hacían transgresores del mandamiento divino, y entonces *conocerían* consciente y amargamente qué es el bien y en qué se diferencia del mal. Fue así como dicho árbol llegó a ser ‘el árbol de la ciencia del bien y del mal’. No por ser cierta clase específica de árbol, sino por haber sido escogido como medio por el cual se probaría la obediencia implícita de Adán. El primer pecado fue único con respecto al estatuto que el hombre quebrantó. El mandamiento de Dios se confinaba al Edén. Nunca antes se había dado, ni se ha establecido después de esa ocasión. Así que la primera transgresión, la de Adán, no se repite. Fue una transgresión única, aquella de la cual se nos habla en Romanos 5:12, 15-19” (*Dogmatic Theology*, Vol.II, pág.154).

La prohibición que Dios le impuso a Adán se ha vuelto tema de muchas “bromas de tontos”. Del mismo modo, se ha considerado que el castigo por la transgresión estaba fuera de proporciones con respecto a la maldad que representaba ese pecado. Ya se ha dicho lo suficiente con respecto a estas consideraciones superficiales. El obispo Joseph Butler (1692-1752), en su obra *Analogy* (*Analogía*) distingue entre los preceptos *positivos* y los *morales*. Así dice él: “Los preceptos morales son aquellos cuyas razones podemos comprender; los preceptos positivos son aquellos cuyas razones no podemos comprender. Los deberes morales surgen de la naturaleza misma del caso, y son anteriores al mandato externo. Los deberes

positivos no surgen de la naturaleza del caso mismo, sino del mandamiento externo; y no serían deberes de ninguna clase si no fuera por el mandamiento que recibimos de Aquel del cual somos criaturas y súbditos (citado por Watson, *ob. cit.*, Vol. II, págs. 35, 36).

Se ha escrito mucho con respecto a la acción de la voluntad del hombre antes de la caída. El problema es difícil; es de carácter psicológico. No podemos estimar cabalmente la influencia del tentador sobre Adán. Cuando Adán fue creado ya estaba en el mundo el reino del mal. Dios ya había permitido la caída del más grande de todos los ángeles, y éste había conducido bajo sus órdenes, haciendo uso de la misma voluntad permisiva de Dios, a una hueste innumerable de ángeles que se rebelaron contra Dios. El problema surge, más bien, con respecto a los propios deseos de Adán. Si el codició el conocimiento prohibido y la independencia de Dios, entonces ya había caído. Sólo la caída de Satanás excede en complejidad a esta situación. Y en el caso de él no hubo tentador, ni hubo inclinación interna que brotara de una naturaleza caída. Satanás, sin embargo, se envaneció (1 Ti. 3:6), y llegó a ser víctima de una ambición impía, pues deseó salirse de la esfera en la cual Dios lo había colocado por creación, la cual estaba determinada por la sabiduría infinita. En esa esfera él hubiera podido experimentar el beneficio del poder infinito y ser sostenido y bendecido por el amor infinito. Adán puso en práctica el mismo pecado. Está escrito: "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Ro. 5:12). La naturaleza precisa del pecado no cambió mediante su entrada en el mundo. Se le puede asignar alguna causa al pecado, pero nunca sería racional. Sobre esta verdad escribió Agustín (354-430): "Que nadie se dedique a buscar la causa eficiente de la mala voluntad; pues esa causa no es eficiente, sino deficiente, puesto que el mal en sí mismo no es eficiente para nada, sino un defecto. Y buscar una causa eficiente del pecado, fuera de la voluntad y que no sea la voluntad, es como intentar ver las tinieblas y oír el silencio." También dice Agustín: "Dios hizo al hombre recto y, en consecuencia, con buenas inclinaciones. La buena inclinación en el hombre es, entonces, obra de Dios. Pero la primera inclinación mala, la cual procedía de las malas inclinaciones humanas fue, más bien, una clase de apartamiento de la buena obra de Dios en su propia obra, y no una obra positiva. La voluntad ahora no tiene a Dios como fin; su fin es la voluntad misma" (citado por Shedd, *ob. cit.*, pág. 157).

La pena que amenazaba caer sobre Adán era la pena de muerte en

todas sus formas: espiritual, física y eterna. Nuestros primeros padres murieron espiritualmente el día cuando desobedecieron a Dios. Ese mismo día llegaron a ser mortales, con lo cual comenzaron a morir físicamente; y de una vez quedaron sujetos a la muerte eterna, a menos que fueran redimidos de esta parte de la sentencia. Parece que Adán y Eva como seres creados tenían ante ellos la posibilidad de la muerte, pero no estaban sujetos a ella. Ellos estaban más bien sujetos a la vida, y tenían la posibilidad de tener una conformidad más estrecha con Aquel a cuya imagen y semejanza fueron hechos. El cuerpo inmortal que estos seres poseían antes del pecado era inmortal solamente en un sentido relativo. Estaba sujeto a aquello que realmente pudiera suceder. Algunos han sostenido que, si Adán hubiera salido bien en la prueba, hubiera llegado a ser inmortal en el sentido absoluto. Sostienen los que esto afirman que Adán hubiera adquirido, en ese caso, el cuerpo espiritual; pero no hay clara seguridad de que eso fuera cierto. Es cierto, sin embargo, que si hubiera resistido la prueba, no se le hubiera repetido. Su objetivo no era el de permanecer en la experiencia continua de nuestros primeros padres hasta hacerlos caer. Parece que a ellos no los molestó en absoluto la prohibición con respecto a determinado árbol y a determinado fruto, hasta el momento cuando se hizo notable por el hecho de que el tentador atacó por ese lado. El asunto, pues, no estaba en la prohibición como tal, sino en el empleo que le dio el tentador a dicha prohibición. El proceso mental por el cual pasó Eva se nos describe más claramente que aquel por el cual pasó Adán. Ella había observado el árbol y estaba enterada de la restricción que Dios había establecido con respecto a él, pero súbitamente, ella vio que el árbol era bueno, agradable a los ojos y que ofrecía la entrada al conocimiento superior. Sólo un momento tuvo ella estas nuevas impresiones. Si ella hubiera resistido la tentación, nunca más le hubiera llegado. La experiencia de los dos primeros padres no sirve de norma ni de dechado de las tentaciones que asedian a la humanidad caída, cuya experiencia es la de una incesante tentación, la de una prueba ininterrumpida, la de una consciencia que oprime con muchos fracasos y muchas derrotas.

Nos resta, pues, considerar la gran declaración *del protoevangelio*, que es como una palabra de esperanza de los labios de Jehová, al concluir el juicio que pronunció sobre la serpiente, y por medio de ella, contra el tentador que se había encarnado en la serpiente. Esta expectación profética no se cumple mediante una herida literal de la simiente de la mujer en la cabeza de la serpiente y la correspondiente herida de la serpiente en el calcañar del hombre. La serpiente, en esta profecía, es el mismo Satanás; y *la simiente de la mujer* no es otra

que el Cristo encarnado de Dios. Esta gran expansión del juicio divino hacia lo universal y eterno constituye un apoyo para creer que toda la narrativa de estos relatos tiene aplicación mucho más profunda que la que permiten entender las limitaciones naturales de las sencillas crónicas históricas.

CAPITULO XVI

LA CAIDA

La caída del primer hombre debe considerarse a la luz de lo que le precedió —inocencia, tentador, tentación— y de lo que le siguió —muerte espiritual y depravación de los que pecaron, muerte espiritual y depravación de la raza y muerte física. Los factores que precedieron a la caída ya se han tratado en las últimas páginas. Los que siguieron serán tratados en forma completa cuando estudiemos la doctrina sobre el pecado. Por ahora consideraremos estos últimos, por lo menos en forma breve.

De una vez salta a la evidencia la amplia doctrina con respecto a la muerte. Dios les había advertido a nuestros primeros padres que el día que comieran del fruto que les había prohibido, *ciertamente morirían*. La sentencia que estaba prevista se dictó, y se les impuso la condena de muerte en sus tres formas: (1) Muerte espiritual, que es el acto mediante el cual alma y espíritu del hombre quedaron separados de Dios; ésta cayó sobre ellos en el momento que pecaron; (2) muerte física, que comenzó de inmediato su inevitable proceso de desintegración, el cual habría de culminar algún día en una separación mediante la cual alma y espíritu se separarían del cuerpo; y (3) muerte eterna, que es la muerte segunda, según la cual ellos quedaron sujetos al lago de fuego, donde alma y cuerpo estarán separados eternamente de Dios. Con respecto al lago de fuego, está escrito que fue *preparado para el diablo y para sus ángeles*. No fue preparado para los seres humanos. Ellos tendrán que entrar allí por el solo hecho de que rechazan a Dios y escogen su destino con Satanás y con sus ángeles. Incorporamos a continuación lo que escribió el Dr. Lindsay Alexander, en general, con respecto a la caída del hombre:

“Echemos ahora una breve mirada al efecto inmediato de la tentación. En este caso es también interesante notar el proceso mediante el cual el maligno consumó su triunfo sobre Eva. La narrativa de Moisés, aunque es breve, se puede considerar como una ilustración articulada del análisis que hace el apóstol Juan, en su teoría con respecto al mal, según la cual éste consiste en los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida. Se nos dice que la mujer, cuando dirigió su mirada al árbol, vio que era bueno para comer: allí estaba presente el deseo de la carne, todos los más profundos e irregulares apetitos de los más hajos deseos. Ella vio que era agradable a los ojos: allí estaba el deseo de

los ojos, el amor desordenado y el deseo desmedido por aquello que sólo es bello y atractivo, con el consiguiente anhelo de poseerlo, de poseer lo que sólo enriquece y magnifica. La mujer vio también que el árbol era codiciable para alcanzar la sabiduría. Allí estaba presente, pues, la vanagloria de la vida, el amor impío hacia la preeminencia, la incansable curiosidad de entremeterse en lo que Dios ha querido mantener en oculto, la ambición de tomar el poder aun más allá de lo que nos corresponde, y la impía presunción, si no de ser iguales a Dios, por lo menos de mantener el derecho sobre nosotros mismos con absoluta independencia de Dios. Estas tres inclinaciones del hombre son las principales fuentes del mal y ocasiones para caer en él que predominan en nuestro día y en nuestro mundo. Podemos ver que todas las tres tuvieron su participación en la manifestación del primer pecado que se cometió. Esas tres inclinaciones humanas vieron el origen del mal en nuestra raza; y así como se sentaron junto a la cuna del mal, así lo han alimentado desde entonces; y no perecerán completamente hasta que hayan sido absolutamente dominadas, cuando la naturaleza íntegra del hombre haya sido restaurada a su prístina pureza. El proceso mediante el cual Eva marchó por el sendero que el tentador le había preparado sirve también de ilustración para otra declaración del Nuevo Testamento. El apóstol Santiago dice: "... la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado." Esta es la genealogía de la transgresión: primero aparecen los malos deseos y, luego, como consecuencia natural, vienen las malas obras. Eso le sucedió a la primera madre: comenzó con el deseo y terminó en el pecado. Ella permitió que el deseo de algo prohibido se alimentara en su corazón, y éste se desarrolló inmediatamente hasta producir una obra prohibida. Su corazón engañado la descarrió. La mente, que estaba traicionada por Satanás, la traicionó también. Y como el deseo la dirigió al pecado, así el pecado tiende a propagarse naturalmente. Así, pues, no bien había acabado Eva de cometer su pecado cuando ya estaba buscando meter a su esposo en el mismo lazo. Adán, sin embargo, no fue engañado como ella. El siguió el ejemplo de ella, pero con conciencia de lo que estaba haciendo. No podemos decir si siguió el ejemplo de ella por causa de una impensada indiferencia, o por demasiado entregamiento de sus afectos a ella, o por cierta caballerosidad que lo hizo pensar que él podía compartir con ella los riesgos que ella corría por la falta que había cometido. No sabemos qué fue lo que lo movió. Pero sí sabemos que lo que él hizo lo hizo con conocimiento cabal de que era malo y de las consecuencias que podía esperar de su actuación. Sea cual haya sido su caso, el pecado que cometió fue grande. El prefirió una pequeña satisfacción que el cumplimiento de los altos deberes y la gratitud. Olvidado de Dios, de su autoridad y de su ley, lo único que él vio fue la hermosa y sonriente imagen de su esposa, y oyó las hórridas palabras de su compañera que era hermosa, pero que ya había caído. Así fue persuadido a seguir el ejemplo de ella y a participar con ella en el pecado. Fue entonces cuando se completó la primera desobediencia del hombre. Se cumplió la ruina de nuestra raza. Allí se quebrantó el pacto y quedó el hombre bajo la maldición. La imagen de Dios en el hombre quedó de una vez manchada y desfigurada. Allí comenzó la discordia entre el cielo y la tierra. Fue entonces cuando las moradas del paraíso, que momentos antes habían sido las mansiones de la inocencia inmaculada, se convirtieron en tristes escenarios de culpabilidad, pasión y vergüenza" (*System of Biblical Theology*, Vol. I, ps. 195,196).

En el Libro IX de *El Paraíso Perdido* de Milton se describe la reacción de la naturaleza ante el pecado del hombre —que no es

diferente de la reacción de la naturaleza cuando el remedio de Dios para el pecado del hombre se realizó en la cruz:

“Con dolores de parto tembló toda la tierra
Y la naturaleza gimió segunda vez;
El cielo aún más bajo lanzó un horrible trueno
Y lloró de tristeza por el mortal revés.”

Los grandes eventos que ocurrieron junto con el primer pecado del primer hombre demandan consideración separada y atenta.

I. LA MUERTE ESPIRITUAL Y LA DEPRAVACION

La posterior investigación que haremos demostrará que tanto la muerte espiritual como la física, aunque son muy diferentes en carácter y en la forma en que se aplicaron a la posteridad de Adán, se originaron igualmente en el primer pecado del primer hombre. Las personas que están muertas espiritualmente, pueden estar físicamente vivas. El apóstol Pablo afirma que los cristianos de Efeso, antes de ser salvos, estaban “muertos en... delitos y pecados”; y que en ese tiempo de muerte espiritual andaban “siguiendo la corriente de este mundo o *cosmos*, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef.2:1,2). Del mismo modo, el mismo apóstol afirma: “Pero la que se entrega a los placeres (*σπαταλῶσα*); *complacencia de sí misma* viviendo (*ζῶσα*) está muerta” (1 Ti.5:6).

Cuando Adán cometió el primer pecado experimentó una conversión al revés. Llegó a ser degenerado y depravado. Dentro de él se desarrolló una naturaleza caída, que es contraria a Dios y siempre inclinada hacia el mal. Su constitución se alteró fundamentalmente y así llegó a ser un ente enteramente diferente del que Dios había creado. El más alto de todos los ángeles, en jerarquía, y todos los ángeles que se unieron a él en la rebelión contra Dios habían experimentado una caída similar a la degeneración. Ningún otro ser humano había llegado a ser pecador por haber cometido el pecado. Todos los demás nacen pecadores. Aquí hay que saber hacer la distinción entre el pecado como acto malo y el pecado como naturaleza mala. Por causa de un acto pecaminoso, Adán adquirió una naturaleza pecaminosa; entre tanto, todos los miembros de su familia nacen con la naturaleza pecaminosa.

Por causa del pecado, Adán quedó sujeto al dominio de Satanás. Literalmente, él se rindió ante el maligno. La amplitud de esta autoridad del maligno no se nos revela, y probablemente no pudiera revelársenos, puesto que se relaciona con aspectos y relaciones que

están fuera del alcance de la comprensión humana. Es necesario poner atención a cuatro pasajes del Nuevo Testamento: 2 Corintios 4:3,4, donde se nos dice que los que están perdidos están bajo el poder de Satanás, hasta el punto en que el maligno les ciega el entendimiento con respecto al Evangelio de salvación; Efesios 2:1,2, donde se afirma que Satanás opera en los que no son salvos; Colosenses 1:13, donde se nos dice que, cuando llegamos a ser salvos, somos trasladados del poder de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios; y 1 Juan 5:19, que nos declara que todo el mundo o *cosmos*, “está bajo el maligno.” Esta relación es vital y orgánica, comparable solamente con la verdad de que el cristiano está en Cristo y es una nueva criatura. Estos pasajes establecen la presente relación entre los no regenerados y Satanás; pero también nos revelan el hecho de que en esa relación quedó Adán desde el momento en que cometió el primer pecado. No se podría demostrar que la familia humana haya caído en tan fatal relación con Satán en ningún otro tiempo de la historia humana.

El cambio inmediato que se operó en Adán y Eva se nos revela en el mismo relato, cuando se nos dice que ellos se avergonzaron por descubrir que estaban desnudos. La narración de este incidente, del mismo modo como la narración del *protoevangelio* en Génesis 3:15, realmente alude a realidades mucho más profundas que fueron simbolizadas en la experiencia inicial de la humanidad. Según el empleo de los términos en las Escrituras, el vestido es símbolo de justicia. La vergüenza que experimentaron el primer hombre y la primera mujer no era entre ambos, sino entre ellos y Dios. Ellos habían experimentado un cambio en su constitución misma que los había separado de Dios. No se escondieron el uno del otro, sino que se escondieron de Dios. El hecho de que iban a ser echados inmediatamente del huerto prueba la verdad de que habían quebrantado voluntariamente su relación con Dios, por lo cual se escondían de su presencia. Cualquiera que haya sido su propia conciencia en ese momento, la fiel Palabra de Dios nos ofrece una evidencia indiscutible de que ellos mismos no se sentían ya dignos de encontrarse con Dios cara a cara. Y mucho del significado de esta verdad se halla oculto en el hecho de que ellos intentaron vestirse por su propia cuenta. Claro que el vestido que se inventaron no les fue útil en ningún sentido; Dios los vistió con pieles simbólicas del derramamiento de sangre. De este modo se pone en vigor otra de las grandes doctrinas de la Biblia: “. . . sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He.9:22). Y, “siendo justificados —declarados justos— gratuitamente —sin causa— por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro.3:24).

Posteriormente, la Biblia enseña, con completa unidad, que toda la raza se ha depravado y está depravada —a menos que eche mano a la gracia salvadora de Dios; y también es igualmente evidente que no se puede señalar algún tiempo cuando sucedió esa depravación que no sea el día de la caída en el huerto de Edén. Algunos se resienten cuando oyen la afirmación de que los no regenerados están totalmente depravados. Eso sucede porque carecen del entendimiento correcto sobre el significado de la depravación. Según la opinión de los hombres, si se afirma que no hay nada bueno en el hombre, tal declaración es incierta; porque los hombres están prestos para declarar que no hay ser humano que sea tan degradado que no tenga nada bueno. Según la opinión de Dios, por otra parte, si se afirma que el hombre no tiene méritos para presentarse ante el Creador, el caso es completamente diferente. La doctrina de la depravación no corresponde al plano de la estimación que Dios tiene del hombre. Lo que afirma la Biblia con respecto al estado depravado y caído del hombre no lo hubiera escrito el hombre por su cuenta. El no hubiera tenido suficiente comprensión para poder formarse una conclusión correcta, ni siquiera hubiera podido basarse en sí mismo.

Las conclusiones del Dr. Shedd, con respecto a la depravación, nos vienen al punto:

“La depravación o corrupción de la naturaleza es total. El hombre está ‘inclinado completamente hacia el mal, y eso en forma continua’ *Westminster Law Court*, p. 25; Génesis 6:5). ‘Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. No puede haber sino una sola voluntad dominante en la voluntad al mismo tiempo, aunque junto con ella puede haber *remanentes* de la inclinación que antes dominaba. En Adán comenzó la nueva inclinación pecaminosa. Esta expulsó la anterior inclinación, que era santa. El llegó a ser entonces totalmente depravado porque, después de la apostasía, no le quedaron *reminiscencias* de la justicia original, en la forma como quedaron los vestigios del pecado original en la generación subsiguiente. Esto se prueba por el hecho de que no hay lucha entre el pecado y la santidad, en el hombre natural; en el hombre espiritual, sin embargo, sí la hay. En el regenerado ‘... el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu contra la carne’ (Gá.5:17). La santidad y el pecado están en un conflicto dentro del regenerado, tal que hace que él *gima dentro de sí mismo* (Ro.8:23). Pero en el hombre natural no hay tal conflicto, ni hay tal gemido. La regeneración es la restauración de la voluntad humana con algunos vestigios del pecado original. La total depravación no significa el más alto grado de intensidad del pecado, sino la absoluta ausencia de santidad. Cuando decimos que un hombre es totalmente depravado no queremos decir que es tan malo como puede serlo, sino que no tiene santidad, es decir, no tiene ese amor supremo hacia Dios. El adora y ama a la criatura antes que al Creador” (Ro.1:25) (*Dogmatic Theology*, Vol. II, p. 257).

Si seguimos el relato bíblico sobre la caída del hombre, el Texto

Bíblico no continúa el tema hasta el momento en que nos descubre la evidencia universal de la muerte (comp. Gn. 5:5-31). Allí encontramos la solemne declaración: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo desgenio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn.6:5). ¡Cuán opuesta es esta declaración a la estimación original de Jehová con respecto a la creación! “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn.1:31). Algunos hombres santos que escribieron bajo la dirección del Espíritu Santo declararon: “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” (Job 14:4). “¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?” (Job 15:14). “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal.51:5). “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque. . . He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones” (Ec.7:20,29). “¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. ¿Por qué queréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite” (Is.1:4-6). “Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Mr.7:15,20-23). “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quién busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quién haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebrantamiento y desventura hay en sus caminos; No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Ro.3:9-18). “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y

cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” (Gá.5:19-21). “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Stg. 1:13-15).

La doctrina de la *depravación* se deduce de esos testimonios, que pudieran ser grandemente ampliados. Estas Escrituras no pudieran explicarse de otro modo. Con respecto a este concepto, todas y cada una de las líneas de la Biblia están en armonía. Eso, precisamente, fue lo que motivó la gracia salvadora de Dios en Jesucristo. No se les puede decir una palabra más desorientadora e injuriosa a los que no son salvos que manifestarles que ellos están perdidos solo por causa de sus pecados personales. Si esto fuera verdad, ellos estuvieran perdidos solamente hasta el grado en que ellos han pecado. Los hombres están perdidos por *naturaleza* —“por naturaleza hijos de ira” (Ef.2:3). Esto tiene un significado mucho más profundo que la simple referencia a las malas actuaciones personales. En palabras de Cristo, “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Jn.8:44). Sólo la gracia de Dios, que se les otorga a quienes no la merecen por medio de la cruz de Cristo, puede proveer salvación, una salvación que no sólo incluye el perdón de los pecados cometidos, sino que también imparte una nueva naturaleza divina.

La experiencia del hombre es un testimonio confirmador con respecto a su naturaleza de pecado. Es muy poco lo bueno que los hombres esperan de ellos mismos o de sus semejantes. Ellos huyen de toda relación con Dios y aun blasfeman su santo nombre; el muchacho marcha naturalmente en el camino del mal; tiene que recibir disciplina para que se enrumbe por el camino del bien.

Escribiendo con respecto a la depravación de la naturaleza humana, el Dr. Timothy Dwight declara: “En verdad, no hay doctrina de las Escrituras que se exprese en pasajes más numerosos, ni en formas tan variadas, ni en términos más directos que no permiten la mala comprensión” (*Theology*, Sermón No. 29). El Dr. Thomas Chalmers dice también: “Si es por medio de la sangre de Cristo, la sangre de la expiación, que se salvan todos los que llegan al cielo, entonces hay que llegar a la conclusión universal de que todos y cada uno de los que llegan al cielo y de los que se quedan por fuera —lo cual incluye a toda la raza humana— han pecado” (*Institutes of Theology*, Vol. I, p. 385). Del mismo modo, el Dr. Pye Smith afirma: “Las Escrituras nos presentan la santidad de carácter en cualquier

persona de la humanidad como una *excepción*, e indica que eso se debe a la *gracia* que hace que los hombres sean *nuevas criaturas* y que *las cosas sean nuevas*. De ello se deduce que la maldad de los hombres extremadamente depravados se considera como la que produce los especímenes regulares de la naturaleza humana, por el hecho de que éste es el crecimiento espontáneo y desenfrenado de nuestra naturaleza" (*First Lines of Theology*, p. 383). Observemos también una breve declaración del Dr. Lindsay Alexander: "El Evangelio es un llamamiento a la raza como tal, para que se arrepienta y se vuelva a Dios. "*Dios ... ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan*" (Hch.17:30). Pero, ¿por qué hay necesidad de arrepentimiento universal, si no hay la suposición del pecado universal? Los sanos no son los que necesitan al médico, sino los enfermos; por eso, Cristo no vino a buscar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. En consecuencia, cuando oímos que El hace el llamamiento *a todos los hombres en todo lugar*, no podemos dudar que ante los ojos de Dios todos los hombres son pecadores, y, además, que a menos que esto se admita y se reconozca no habrá cabal comprensión de la verdadera naturaleza ni del designio del cristianismo que hemos obtenido" (*ob. cit.*, p. 205). Nos impresiona también el pensamiento de Aristóteles: "Aparece algo más en nosotros, además de la razón natural, que pelea y lucha contra la razón; y así como los miembros del cuerpo cuando padecen de parálisis, si se mueven hacia la derecha, se apartan hacia la izquierda, así sucede en el alma" (*Ética a Nicómaco* 1:11). Y Plutarco declara: "Alguna porción del mal está mezclada en todos los que nacen; pues las simientes de nuestros seres son mortales, y por tanto, participan en la causa de esto, cuando la depravación del alma, las enfermedades y las preocupaciones serpentean sobre nosotros" (*De Consolatione ad Apollinem*). La afirmación de Kant es igualmente clara y enérgica: "El hecho de que el mundo yace en la maldad es un lamento tan antiguo como la historia; no, tan antiguo como la más antigua poesía. Se admite que el mundo comenzó con el bien, con la edad de oro, con la vida del Paraíso y con la comunión más feliz con el Ser celestial; pero también se admite que esa felicidad se desvaneció como un sueño; y ahora, el hombre marcha, con mayor velocidad aún, de lo malo —de lo moralmente malo, con lo cual marcha *pari passu* lo físicamente malo— a lo peor. . . Unos pocos pensadores modernos han presentado la opinión opuesta, la cual, sin embargo, sólo ha hallado aceptación entre los filósofos, y en nuestro día, principalmente entre los pedagogos. Según esa opinión, el mundo marcha progresivamente de lo malo a lo mejor, o por lo menos, hay base para ese progreso. Pero, con toda seguridad, esta opinión no

procede de la experiencia, si quienes hablan de ello se refieren a la bondad o a la maldad moral, y no a la civilización; pues la historia de todos los tiempos se opone de manera decidida a dicha teoría (*Religion Innerhalb der Grenzen der Blossen Vernunft*, p. 1). G. L. Hahn dice: "Los observadores profundos de la naturaleza humana, en gran número, a partir de Kant, han reconocido la verdad de la doctrina bíblica, según la cual la raíz de la naturaleza moralmente humana es corrompida, de modo que cada uno se siente por naturaleza moralmente enfermo y atado, y que nadie por fuerza propia es capaz de cumplir la ley divina, aunque el hombre reconoce que dicha ley es buena e inviolable" (*Lehrbuch*, p. 364). (Todos los autores anteriores son citados por Alexander, *ibid.*, pg. 204, 205, 212, 213).

II. LA MUERTE FISICA

La separación de alma y espíritu del cuerpo, experiencia que se llama *muerte física*, no es comparable de ninguna manera con la *muerte espiritual*, aunque ambas se originan en el primer pecado del primer hombre. No son pocos los que se han confundido con respecto a estos amplios aspectos de la misma verdad. El estudio completo de este tema, no obstante, tenemos que posponerlo hasta que lleguemos al estudio sobre el pecado. Basta aquí indicar que, aunque las dos clases de muerte se originaron en el mismo punto, obviamente, son experiencias completamente diferentes. Hay quienes están muertos espiritualmente y, sin embargo, están físicamente vivos; y también hay muchos que han muerto físicamente y, sin embargo, tienen vida espiritual, en el sentido de que no pueden dejar de existir. Al fin, si el hombre no es redimido de la muerte espiritual en esta vida, por medio de la gracia redentora, va a parar en una interminable muerte segunda, mientras que la muerte física es despreciada por todos: salvos y no salvos. "Y ya no habrá muerte" (Ap.21:4). "Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Co.15:26).

CONCLUSION

Al estudiar el amplio campo que nos presenta la antropología bíblica, hemos considerado el origen del hombre por creación, su constitución, sus capacidades, la tentación a que fue sometido y la caída, y también los resultados de esa caída sobre él mismo y sobre su posteridad. Estos aspectos, junto con la doctrina del pecado —que es la que estudiaremos a continuación— constituyen la base del tema sumamente atractivo de la soteriología.

CAPITULO XVII

INTRODUCCION A LA DOCTRINA DEL PECADO

Se justifica el hecho de que dos de las grandes doctrinas bíblicas —el pecado y la Redención— vayan siempre de la mano. Fue nuestro pecado el que hizo surgir el plan de la Redención en el corazón de Dios, y la Redención es el único remedio contra el pecado. Estas dos realidades sirven de medida la una para la otra y viceversa. Cuando no se le da la importancia que se debe al pecado, la Redención se empobrece automáticamente, pues por ese desprecio la necesidad de ella decrece. El enfoque verdadero sobre la doctrina del *pecado* tiene el propósito de descubrir todo lo que se nos ha revelado con respecto a la pecaminosidad, y luego reconocer que el Salvador que Dios ha provisto es suficiente para resolver todos los problemas que ha impuesto el pecado. Uno de los métodos más efectivos que utiliza Satanás para atacar la obra salvadora de Cristo, consiste en suavizar aquella voz que proclama el carácter maligno y el horrible efecto del pecado. Aparentemente, no todos los que conocemos como maestros de la verdad de Dios están enterados de esta estrategia satánica. A menudo se afirma que es más prudente dejar que este aborrecible monstruo que se llama *pecado* siga acechando en la oscuridad, y preocuparnos por las virtudes más atractivas de la vida humana. El pecado es precisamente lo que Dios dice que es; y en este caso, las opiniones y las filosofías humanas deben inclinarse ante el testimonio de la Palabra de Dios, en la cual El declara cuál es la verdadera naturaleza del pecado. Las opiniones de hombres que se hacen sus propias ilusiones son de poco valor en este asunto que sólo puede determinarse por revelación.

Del mismo modo, el pecado hay que entenderlo como lo opuesto a la santidad. Los hechos esenciales relacionados con todas las distinciones entre la santidad y el pecado son de carácter ultramundano. No hay nada que en sí mismo sea tan restringido a la naturaleza misma de Dios, o que se base tan profundamente en ella, como la santidad. Y lo opuesto a la santidad —el mal— deriva todas sus propiedades del único hecho de que *no es santo*. Es legítima la investigación con respecto al pecado a la luz de sus efectos experimentales, filosóficos y sociológicos; pero las peculiaridades

fundamentales del mal, así como las de su opuesto —la santidad— se descubren solamente a medida de que su relación con Dios les da forma y sustancia. Lo que Dios *es* y lo que Dios *dice* son los materiales de los cuales se derivan los valores morales y espirituales. Puesto que Dios se revela en forma adecuada solamente en las Escrituras de Verdad, es muy poca la comprensión que se puede tener sobre el carácter verdadero del bien o del mal, aparte de aquello que a Dios le ha placido revelarnos en la Biblia. Todo enfoque de este amplio tema que no tome en cuenta la Biblia tiene que ser de carácter especulativo y, por tanto, de poco valor permanente.

El Dr. Julius Müller, al comienzo de su tratado sobre *The Christian Doctrine of Sin*, escribe lo siguiente en relación con el carácter del pecado en esta esfera humana y con respecto a la importancia de conocer la revelación de Dios al respecto:

“No se requiere una profundidad especial de reflexión, sino sólo un grado moderado de honestidad moral, que nos impulse a meditar pausadamente ante UN GRAN FENOMENO DE LA VIDA HUMANA, y que una y otra vez nos haga volver a él con una mirada escrutadora. Me refiero al fenómeno del mal; a la presencia de ese elemento de perturbación y de discordia en una esfera en que la demanda de armonía y de unidad se siente urgentemente. Nos encontramos con ese fenómeno en cada vuelta de la historia de la raza humana, a medida que el curso de su desarrollo pasa ante nosotros; nos revela su presencia en muchas formas cuando fijamos nuestros ojos en las relaciones estrechas de la sociedad; y no podemos escondernos de esa realidad cuando miramos hacia adentro, hacia nuestros propios corazones. Es una sombra nocturna, oscura y lúgubre, que lanza su tenebrosidad sobre cada uno de los aspectos de la vida y penetra continuamente en sus formas más bellas y brillantes. Algunos, en verdad, con sus concepciones filosóficas, creen que este asunto es insignificante e imaginan que pueden despachar el enigma más grande del mundo, la existencia del mal, con sólo dejar de pensar seriamente en él. Hablan de lo desagradable que es la reflexión seria con respecto a la parte oscura de la vida; creen que es ‘conforme a naturaleza’ que mientras fijamente pongamos nuestros ojos sobre la oscuridad, más inmensurable nos parecerá; y nos aconsejan, para nuestro propio bien, que nos apartemos del problema del mal, pues nuestra preocupación con respecto a él no nos servirá para otra cosa que no sea para meternos en una lóbrega melancolía. ¡Cuán gustosamente aceptaríamos nosotros este consejo, si Novalis tuviera razón cuando prometió —y esta promesa expresa el pensamiento de Carpócrates el gnóstico, y tal vez también el de Fichte— que ‘si el hombre se persuadiera repentina y absolutamente de que él es moral, realmente sería moral’! Si eso fuera verdad, si el hombre, con firme resolución, pudiera sacudir ‘ese antiguo y doloroso delirio del pecado’ como si fuera un sueño salvaje y vacío, ya estaría libre del pecado. ¿Quién no se liberaría de él en forma tan fácil? Pero, así como el bien conocido invento del avestruz no lo salva del disparo del cazador, así el solo disparo de nuestros ojos contra la realidad del mal no hace que desaparezca, sino que más bien nos entrega con más seguridad en sus manos poderosas. Para poder conquistar al enemigo, primero tenemos que conocerlo; y las mismas quejas contra lo desagradable de la reflexión con respecto al mal es un testimonio enérgico sobre el peligro que hay de huir de

ella" (Vol. I, ps. 28,29).

En la investigación sobre el tema del pecado se han seguido dos procedimientos generales: el *exegético* y el *especulativo*. El método exegético es el intento de formular, mediante la inducción basada en el testimonio bíblico, la doctrina completa del cómo se establece en las Escrituras. El método especulativo se caracteriza por la atención que le presta a la filosofía y a la experiencia humanas. Sin discusión, el método exegético se justifica; y sin embargo, aunque intenta formular la doctrina bíblica, es esencial reconocer la obra práctica de toda verdad bíblica a medida que se manifiesta en las vidas humanas.

¡Cuán elevada es la suma total de sombras espirituales que hay en este universo, tanto en el cielo como en la tierra! La amplitud y el carácter de estas sombras sólo serán computados cuando Aquel cuyas normas y evaluaciones son infinitas haya cumplido todo lo que ha decretado. Estos asuntos son inmensurables —por una parte con respecto a lo cuantitativo, pero mucho más con respecto a su carácter horrible— por cuanto el pecado ha causado una tragedia infinita tanto en el cielo como en la tierra. Pero es más aún: el pecado fue el que causó el más grande sacrificio divino, pues había la necesidad de pagar un rescate que no podía ser menos que la sangre del Hijo de Dios. Cualquier esfuerzo humano de estudiar un tema tan ilimitado, quedaría limitado, por una parte, a la única fuente autorizada de información: la Palabra de Dios; pero por otra parte, tendría que extenderse hasta donde a Dios le ha placido iluminar la mente. A lo mejor el hombre reacciona libremente contra la estimación divina con respecto al pecado; sin embargo, más desesperado tiene que sentirse en la apreciación de este problema cuando considera su presencia en el universo, que fue designado, creado, ejecutado y consumado según la voluntad libre y soberana de Uno que siempre actúa solamente dentro de una esfera que es infinitamente santa.

El problema que crea el pecado es más que un simple conflicto entre Dios y el mal en la conducta humana; ese problema envuelve los aspectos inmensurables e interminables del conflicto entre la santidad que es la sustancia del carácter de Dios y todo lo que se opone a ella; envuelve mucho más que la pérdida y el daño que sufre el que peca. El pecado se entremete en la esfera de los derechos divinos, que El, como Creador, concede a las criaturas de su mano. El triunfo final de la justicia sobre la iniquidad se afirma y se confirma en la misma naturaleza del Ser de Dios, pues se hace una grandiosa promesa de que ha de haber nuevos cielos y nueva tierra en los cuales *more* la justicia. Esa hora que por tanto tiempo se ha esperado le traerá a este mundo la destrucción de todo mal y demostrará la

rectitud de Dios al permitir el pecado en el universo y en cada uno de los aspectos de su trato con él, desde su comienzo hasta su consumación.

Hay aspectos fundamentales de la doctrina del pecado que son mucho más profundos que el estudio acostumbrado que se hace sobre este tema. El anunciador del Evangelio tiene razón cuando piensa que todos los hombres están arruinados con la tragedia del pecado y, por tanto, sin detenerse a considerar los aspectos más profundos, procede a proclamar el Evangelio de la gracia salvadora de Dios. Del teólogo, sin embargo, se requiere que penetre hasta los más profundos problemas sobre el origen y sobre el carácter esencial del pecado, y que exponga esta doctrina no sólo en su relación con el hombre, sino en relación con su principio y con su fin, y en relación con los ángeles, y especialmente en su relación con Dios. Aunque por ahora sólo los consideraremos brevemente, a manera de introducción, los siguientes son los aspectos más profundos de esta doctrina que hemos de considerar exhaustivamente después.

I. LA NATURALEZA ESENCIAL DEL PECADO

El carácter santo de Dios es la norma única y final mediante la cual pueden juzgarse exactamente los valores morales. Para el que no toma en cuenta a Dios no hay normas morales fuera de las costumbres sociales o de los dictados de una consciencia incierta y pervertida. Y debe observarse que aun estas normas, aunque indirectas, decadentes y frágiles, son, sin embargo, reflejos de las normas de Dios. El pecado es malo porque es diferente de Dios. *El Catecismo Mayor de Westminster* declara: "El pecado es cualquier falta de conformidad o transgresión de cualquier ley de Dios, que fue dada como norma para la criatura racional." Sin embargo, por cuanto la ley de Dios no puede incorporar todo lo que es el carácter de Dios, y por cuanto cualquier cosa que se oponga al carácter de Dios es pecado, sea que esté expreso en la ley o que no lo esté, esta definición se fortalece cuando sustituimos la palabra *ley* por la palabra *carácter*. Es verdad que la desobediencia a la ley de Dios es pecado, pero no se debe deducir de esa verdad que el pecado se restringe solamente a la desobediencia de la ley de Dios. Similarmente, el egoísmo es pecado, pero el pecado no es siempre el egoísmo; el amor al dinero es la raíz de todos los males, pero todos los males no están representados en el amor al dinero. Así también, la incredulidad es pecado, pero el pecado es más que la incredulidad. Ya sea que se considere el pecado como la participación del individuo en

la desobediencia de Adán, o como la naturaleza pecaminosa o como el estado según el cual el hombre está “bajo pecado”, o como pecado personal con todos sus variados aspectos, siempre tiene su carácter esencial de pecaminosidad que consiste en el hecho de que es desemejante de Dios.

Dios da testimonio de tres grandes demostraciones de excesiva perversidad del pecado: (1) La primera demostración es el primer pecado que sucedió en el cielo, el cual hizo que el más elevado de todos los ángeles cayera de su jerarquía. Con él se levantaron en rebeldía contra Dios un gran número de ángeles menores. Este ángel supremo que cayó llegó a ser Satanás el adversario, el dios de este mundo, el príncipe de la potestad del aire. Los ángeles menores se convirtieron en demonios sobre los cuales ejerce Satanás su influencia determinante. Tanto Satanás como sus ángeles están condenados irremisiblemente: su destino será el lago de fuego para siempre jamás. No se nos revela contra qué luz inconcebible pecaron estos seres, pero sí se nos revela que para ellos no hay redención; y aunque Satanás y los demonios no cesan de pecar, su trágica caída del cielo y todo lo que ha sucedido como consecuencia de su pecado, tanto en el cielo como en la tierra, se debe al primer pecado que cometieron en el cielo. (2) El primer pecado del hombre es la segunda demostración de la excesiva perversidad del pecado. Este pecado hizo que la cabeza natural de la raza cayera y que toda su posteridad cayera con él. Directa o indirectamente, este pecado ha causado el inmensurable sufrimiento, las tristezas y la muerte de la raza, y llegará a su plenitud con el desastre eterno de todos los que están perdidos. (3) En la muerte de Cristo en la cruz, El llevó el pecado del mundo. Allí se midió finalmente el pecado, y se les reveló a los hombres y a los ángeles su perversidad. A la luz del carácter legal de la muerte de Cristo, es evidente que si hubiera habido sólo un pecador en el mundo que sólo hubiera cometido un pecado, Dios hubiera impuesto los mismos requerimientos sobre Aquel que tomó el lugar del pecador. Si Dios hubiera resuelto acabar con el pecado en el mundo inmediatamente después del primer pecado de Adán, y luego proveer una base justa de perdón divino y de justificación para ese pecador, la misma horrible carga hubiera caído sobre los hombros del único Sustituto que podía tomar el lugar de Adán como la que tuvo que llevar Aquel que cargó con los pecados del mundo. Este hecho se establece solemnemente en el derramamiento de sangre de corderos para que Adán pudiera vestirse.

Que Dios es santidad transparente y que en El no hay ningunas tinieblas es un hecho que nos garantiza de una vez que, aunque por sus propósitos inescrutables El permite el pecado en el universo, El

no está envuelto de ninguna manera en su culpabilidad. Dios es justo en el sentido absoluto de la palabra, Juez de todo lo malo y Ejecutor de la sentencia que sus justos juicios tienen que imponer. Así que podemos volver a afirmar que Dios mismo es la norma de la santidad y que su carácter es el que determina la perversidad del pecado.

II. DE DONDE SE DERIVO EL PECADO

Los términos *mal* y *pecado* son algo diferentes. El *mal* puede referirse a aquello que, aunque está latente, no se expresa, y siempre se concibe como lo opuesto de lo bueno; mientras que *pecado* es aquello que concreta y activamente se opone a Dios en su carácter. Es difícil para la mente humana poder comprender el tiempo cuando no había nada que se opusiera a lo bueno, aunque, por falta de seres que fueran capaces de pecar, tal vez no se presentó la oportunidad para expresar lo malo. Pero, puesto que Dios no puede cometer errores, el pecado no podía llegar a la existencia hasta que fuera creada otra forma de seres; y aparentemente, inmediatamente después del nuevo acto creador de Dios, el más alto de todos los ángeles pecó, y el hombre también lo hizo del mismo modo.

Puesto que es difícil que la mente comprenda el mal como algo que pudo ser creado, el problema sobre de dónde se derivó el pecado no es fácil de resolver. En realidad es muy poco lo que se nos revela sobre este aspecto del pecado. El origen del pecado, sin embargo, en lo que se refiere a la primera desobediencia real al ideal divino, sí se registra en las Escrituras, y se le atribuye claramente la culpa al que pecó. Aunque tanto el bien como el mal adquieren su carácter instintivo de la perfección esencial e inmutable de Dios, El, que es infinitamente santo, no podía ser el Creador del mal,¹ aunque pudiera, por razones supremas, permitir sus manifestaciones.

¹ El uso del término *ra* en Isaías 45:7, donde se dice que Dios creó el *mal*, se clarifica cuando se comprende que de más de 450 veces que se usa esta palabra en el Antiguo Testamento, sólo unas pocas veces se refiere a Dios como *causa* de lo sucedido. Y en cada uno de estos casos, el mal a que se refiere consiste en el castigo que El impone sobre los que pecan. La Biblia no dice que Dios creó el pecado, sino que El impone calamidades y castigo al que peca. La corrección impuesta divinamente, según la expresa la palabra *ra* en forma clara, es una experiencia del *mal* que procede de Dios como castigo, en contraste con el bien que, de otro modo, se recibiría.

III. EL PERMISO DIVINO PARA EL PECADO

La presencia del pecado en el universo se debe a que Dios lo permite. Tiene que cumplir algún propósito justificable que no se puede lograr de otra manera; de otro modo, Dios no lo permitiría; o, habiéndolo permitido, terminaría con él de inmediato. El propósito que Dios tiene al permitir el pecado no se nos ha revelado y, sin duda, la mente humana no podrá comprender todo lo que esto significa. Las almas devotas continúan creyendo que, aunque no es posible ninguna manifestación de pecado sin el permiso de Dios, El mismo está completamente exento de la más leve complicidad con el mal que El mismo permite. Cuando Satanás discutió con Jehová lo relativo a Job, el maligno reconoció el permiso soberano de Dios, cuando le dijo a Jehová: "Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia." En respuesta a este desafío, Jehová le dijo a Satán: "He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida". Así, mediante una restricción soberana, Job pasó de la mano de Dios a la mano de Satanás. Pero, cuando la calamidad cayó sobre Job, Jehová se libera de la responsabilidad en ese mal cuando dice: "... tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa."

A Dios no lo han sorprendido desastres inesperados con respecto a sus propósitos santos, ni El tiene que estar buscando la salvación de algo, de alguna desgracia imprevista. El mal que hay en el mundo es inmensurable, pero, sin que sea necesario mitigarlo o santificarlo en lo más mínimo, le corresponde a la fe creer que, de alguna manera y en alguna parte, el mal cumple su parte necesaria en el cumplimiento del objetivo final de Aquel que con absoluta certeza cumplirá aquellos fines que son absolutamente perfectos. Si la imaginación del hombre pudiera penetrar en el tiempo pasado y comprender a Dios cuando se hallaba frente a diez mil planes diferentes, de los cuales el plan del presente universo no era sino uno, con sus luces y sus sombras, con sus triunfos y sus tragedias, con sus satisfacciones y sus sufrimientos, con sus ganancias y sus pérdidas; la voz de la fe diría que el presente universo, tal como estaba planeado y como se ha venido ejecutando y seguirá ejecutándose hasta el fin, es el mejor plan y el mejor propósito que pudo haberse impuesto la sabiduría infinita, que se ha ejecutado mediante el poder infinito, y que será la satisfacción más plena del amor infinito. Dios no hubiera podido crear nada más digno de El que lo que actualmente se encuentra en proceso. Por falta de perspectiva y de comprensión, la mente finita, en medio de las tinieblas espirituales circundantes, y observando sólo esas tinieblas, eliminaría cualquier sombra del cuadro; pero las conclusiones sobrepasan a la esfera de la comprensión humana, y el triunfo final que está todavía en el porvenir servirá para glorificar a

Dios con una gloria que no se lograría de otra manera, y habrá otras personas que también participarán de esa gloria. Por otra parte, Dios permitió el pecado, a pesar de su odio santo contra él, a pesar de que El sabía con anticipación que no sólo traería incontables sufrimientos y ruina eterna a las criaturas que El amaba, y a pesar de que El sabía que le costaría la vida de su propio Hijo. Más allá de la tragedia actual del pecado está el triunfo final del bien.

La mente devota no puede dejar de considerar el problema del permiso que Dios concede para que se realice el pecado, aunque la suma total de sus razonamientos sea inadecuada para darle una respuesta definitiva a este problema. Debe recordarse que este problema se extiende a las esferas angélicas y, por tanto, nos obliga a investigar lo relativo a la defección de los seres angelicales: por qué debía permitirse; y de igual manera, por qué se permitió la caída en la creación terrenal. Hay, sin embargo, un propósito redentor de excelentes glorias que se desarrolla a través del pecado del hombre; las Escrituras, sin embargo, no nos revela que haya redención para los ángeles caídos. De ellos se nos dice que están destinados, sin ninguna clase de esperanza, al lago de fuego (Mt. 25:41; Ap. 20:10); y como la Palabra de Dios guarda silencio con respecto a la razón por la cual se concedió el permiso para el pecado en las esferas angelicales, ese aspecto del tema no nos permite ninguna discusión. En la consideración de este asunto del permiso divino para el pecado en la tierra, hay dos hechos que permanecen, y a ellos debe aferrarse sin vacilación la mente humana: (1) El pecado es siempre y en todas partes sumamente perverso, y la condenación de Dios contra él no puede menguar, pues El no puede ser tolerante con el pecado. (2) Dios es en Sí mismo santo y perfecto en todos sus caminos. "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Jn. 1:5). "... Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie" (Stg. 1:13).

Hay aquí algunas razones que se han presentado para explicar el hecho de que Dios concede permiso para el pecado:

1. EL RECONOCIMIENTO DIVINO DEL LIBRE ALBEDRIO DE LAS CRIATURAS. Evidentemente, Dios tiene el propósito de conseguir una compañía de seres para su eterna gloria, que posean una virtud que es el resultado de una victoria de elección libre sobre el mal. En realidad, El habrá obrado en ellos, tanto el querer como el hacer la buena voluntad divina, por medio de su poder. Pero tan ciertamente como la elección del mal por parte del hombre es la base de la culpabilidad y del juicio del cual Dios no participa, así la elección del bien por parte de los que se salvan es la razón por la cual Dios recomienda y recompensa a las personas que han de estar delante de El eternamente, las cuales se identificarán como las que

resolvieron por elección propia andar con El. Debe observarse, no obstante, que el hombre no podría elegir entre el bien y el mal a menos que exista el mal.

2. EL VALOR ESPECIFICO DE LOS SERES REDIMIDOS. Las Escrituras no nos presentan a Dios como Aquel que busca evadir los problemas que surgen por causa de la presencia del pecado en el universo. El pudo haber creado seres inocentes, no caídos, incapaces de cometer errores; pero, como El deseaba tener almas redimidas, purificadas por sangre expiatoria y rescatadas mediante un costo infinito, la expresión de tal amor y el ejercicio de tal sacrificio sólo son posibles si el pecado existe en el mundo.

3. LA ADQUISICION DEL CONOCIMIENTO DIVINO. Las criaturas de la mano de Dios tenían que lograr, mediante el proceso del aprendizaje, el conocimiento que Dios ha poseído eternamente. Ellas sólo pueden aprender por medio de la experiencia y la revelación. Aun Cristo, como humano, fue hecho perfecto por medio del sufrimiento y, aunque El era Hijo, sin embargo, aprendió la obediencia por medio de los sufrimientos que soportó. No hay ninguna indicación en ninguna parte de las Escrituras de que El tuvo ni siquiera la más leve mancha de maldad, ni tampoco de que El necesitara aprender la realidad más profunda del pecado. Por otra parte, el hombre tiene que aprender tanto lo relativo al bien como lo concerniente al mal. El hombre tiene que comprender la perversidad del pecado si ha de lograr algún grado del conocimiento que Dios posee. Pero no puede lograr tal conocimiento a menos que exista el pecado como una realidad viviente que manifiesta siempre su carácter perverso.

Es razonable que en este momento nos preguntemos: ¿Hasta dónde debe llegar la humanidad en la experiencia del pecado y sus consecuencias para que pueda lograr el conocimiento del pecado? No es fácil la respuesta que amerita esta pregunta. Es evidente que el hombre comprende la realidad del pecado tanto por los sufrimientos que el pecado causa como por la revelación con respecto a los juicios que Dios impone sobre el que peca. Si el hombre ha de aprender esta lección, no puede menguar el sufrimiento ni pueden reducirse los juicios de Dios. Concluimos, por tanto, que si el hombre ha de lograr el conocimiento del bien y el mal, tiene que existir el mal en el mundo con todas sus consecuencias trágicas, y también la perspectiva del juicio divino contra el pecado.

4. LA INSTRUCCION DE LOS ANGELES. Se puede deducir de ciertas porciones bíblicas (comp. Ef. 3:10; 1 P. 1:12) que los ángeles observan a los hombres en la tierra, y que aprenden hechos importantes por medio de la experiencia actual de los seres humanos.

Sería tan necesario que los ángeles aprendieran la verdad con respecto a lo malo como lo es que aprendan la verdad con respecto a lo bueno. Pero esta adquisición de conocimiento del mal por medio de la experiencia humana habría que negársela a los ángeles, a menos que se permita que el mal sea un principio activo en el universo.

5. LA DEMOSTRACION DEL ODIOS DIVINO CONTRA EL MAL. Evidentemente es de una importancia inmensurable para Dios el demostrar su odio contra el mal. El apóstol Pablo declara que Dios está dispuesto a “mostrar su ira y hacer notorio su poder” (Ro. 9:22); pero no se pudiera manifestar ningún juicio, ninguna ira, ningún poder en relación con el pecado, si no se permite la presencia activa del pecado en el mundo.

6. EL JUSTO JUICIO CONTRA TODO MAL. Más profundo aún que los simples detalles de la expresión del pecado es el hecho del *principio* constitutivo del mal. Si tal principio ha de ser juzgado por Dios, su carácter tiene que ser abiertamente manifiesto. Tal demostración no sería posible, si el pecado fuera solamente un asunto hipotético. Tenía que llegar a concretarse y manifestar que es completamente diferente de Dios. Como ya observamos cuando estudiamos la doctrina con respecto a Satanás, las proposiciones de las criaturas tienen que someterse siempre a la prueba experimental; y el propósito de Satanás de construir un *cosmos* tal como el que existe ahora, se está sometiendo a prueba, con el fin de que pueda ser juzgado con toda su maldad comprobada. Lo que ha de significar el juicio contra toda forma de mal y su completa deposición para la tranquilidad absoluta en las edades futuras sólo se nos revela parcialmente en la Palabra de Dios. Esa realidad que fue prevista en la mente divina, en las eternas edades pasadas, y que ha causado tanta ruina en su manifestación experimental en el tiempo, será proscrita de la presencia de Dios y de su creación para siempre, por medio de justos juicios.

7. LA MANIFESTACION Y EL EJERCICIO DE LA GRACIA DIVINA. Finalmente, algo que es de suprema importancia: en Dios hay algo que los seres creados no habían visto jamás. Las huestes angelicales habían visto su sabiduría, su poder y su gloria; pero nunca habían visto su *gracia*. No tenían ninguna concepción de la bondad de Dios para con los que no la merecen. Ellos pudieron haber visto algo de su amor, pero amor y gracia no son la misma cosa. Dios podía amar a los pecadores, pero, por falta de un sacrificio redentor, reconciliatorio y propiciatorio, El no se encontraba justamente libre para impartirles sus beneficios. Mediante un acto maravilloso de misericordia, El dio a su Hijo en sacrificio por los pecadores; así abrió el camino para el ejercicio de su *gracia* a favor de aquellos que, por

causa del pecado, sólo merecían la *ira* de Dios. Pero no hubiera podido haber ejercicio de gracia divina hacia el perverso e *inmerecedor* hasta que hubiera perversidad y seres *inmerecedores* en el mundo. Así, se declara que la revelación de la gracia divina en las edades venideras, con toda su maravillosa importancia (Ef. 2:7), demandará que haya objetos de gracia, y esto, a su vez, demanda que se permita la presencia del pecado en el mundo. Esta misma verdad se presenta otra vez, con una forma un poco diferente, y con respecto a la parte humana de Cristo. El, cuando le habló a Simón, con respecto a la mujer que le había lavado los pies con lágrimas, le dijo: “Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama” (Lc. 7:47).

Así, aunque es imposible que la criatura entienda por qué el Dios santo permite el pecado, sea en el cielo o en la tierra, es evidente que la realización de los grandes propósitos divinos necesitan que se conceda este permiso. Todo este problema queda mejor ilustrado, hasta cierto punto, mediante la experiencia del cristiano que ha pecado. Este, en primer lugar, admite que Dios, que no hubiera podido nunca impedir el pecado, sin embargo lo permitió. También reconoce que ha mejorado su comprensión y experiencia con respecto al pecado. Finalmente, admite que Dios, aunque permite el pecado, no está complicado ni en la culpabilidad ni en la maldad.

OBSERVACIONES PREVIAS

Al acercarnos a la investigación de la doctrina del pecado, tal como la acabamos de indicar, hay ciertos aspectos notables del estudio que merecen mención especial:

(1) El estudio que se acostumbra hacer con respecto a la doctrina del pecado, tal como se encuentra generalmente en los tratados de teología, se reduce a la discusión de un solo aspecto: el del pecado personal. Es verdad que algunos le conceden cierta atención al hecho de la naturaleza del pecado. Nuestra tesis se propone una investigación en siete aspectos, con lo cual creemos que se cubre totalmente la revelación bíblica al respecto.

(b) Se observará que, aunque el origen del pecado generalmente no se traza más allá del primer pecado del primer hombre, en el huerto de Edén, esta obra va hasta el pecado inicial que sucedió en las esferas angelicales.

(c) En este estudio sobre la doctrina del pecado se hace una clara distinción entre *la naturaleza pecaminosa que se trasmite*, que es la muerte espiritual, y *el pecado que se le imputa al pecador*, que es la causa de la muerte física.

(d) Toda la sección intitulada “El Estado del Hombre bajo Pecado” (capítulo XXI) representa un cuerpo de verdad que es muy extraño a las discusiones teológicas. La importancia de este aspecto sólo podrá comprenderse a la luz de la comprensión que se tenga del aspecto de la doctrina de la gracia que se relaciona con las eras bíblicas.

(e) Se admite que no es corriente introducir en la discusión de la doctrina del pecado lo relativo al remedio que Dios ha provisto. Esta discusión corresponde al campo de la soteriología y, por tanto, cuando lleguemos a ese estudio tendremos que estudiar en forma más completa las verdades relacionadas con la salvación.

(f) El orden que seguiremos en las principales divisiones de la doctrina del pecado se debe a la consideración de ciertas razones, que hacen que aparezcan en un arreglo diferente. Es obvio que, puesto que las dos realidades —la *naturaleza de pecado* y el *pecado que se imputa*— se derivan del pecado original de Adán, deben examinarse sucesivamente; pero el orden que debe haber entre el estudio de la naturaleza de pecado y el estudio del pecado personal es algo debatible, por cuanto en la experiencia de la humanidad, todos (con excepción de Uno), a partir de la caída, han pecado personalmente como resultado natural de la naturaleza de pecado con la cual han nacido. Por el lado opuesto está la verdad aún más primitiva de que la naturaleza de pecado es en sí el resultado de un pecado personal. Este hecho primario determina el orden que ha de seguirse en esta tesis.

(g) Si en los sistemas de teología que se han publicado hasta ahora se ha hecho cualquier intento de establecer las distinciones decisivas que surgen entre el método divino de tratar con los pecados del cristiano y el método con que Dios trata los pecados del no regenerado, no hemos descubierto tales escritos. Si se les hubiera puesto la atención debida a estas distinciones, muchas de las concepciones arminianas erróneas hubieran caído en el olvido. Por causa de las exigencias del caso, ciertas verdades que son propias de la doctrina del pecado aparecerán en un estudio diferente en que la soteriología determina el orden de la discusión.

El plan general que hemos de seguir es el siguiente:

- (a) El pecado personal y su remedio
- (b) La trasmisión de la naturaleza del pecado y su remedio
- (c) La imputación del pecado y su remedio
- (d) El estado del hombre “bajo pecado” y su relación con Satanás
- (e) El pecado del cristiano y su remedio
- (f) El castigo
- (g) El triunfo final sobre el pecado

CAPITULO XVIII

EL PECADO PERSONAL

Con el término *pecado personal* nos referimos al pecado que se originó o que cometió una persona. Esta designación incluye tanto el pecado de los ángeles como el de los seres humanos. En esta parte de la doctrina, se considera el aspecto del pecado que, por causa de la experiencia y de la consciencia humana, a los hombres les parece que es la única base en que Dios se afirma para condenar a la humanidad. A menudo se afirma que si se perdona el pecado personal, ya no hay necesidad de nada más; pero es tanto razonable como bíblico llegar a la conclusión de que es más importante lo relativo a la raíz que lo relativo al fruto del árbol; porque en tanto que no se tomen en cuenta la raíz y el árbol, el fruto no deseado puede aparecer, y en el caso de la naturaleza de pecado, con toda seguridad aparecerá. Sin embargo, la doctrina del pecado personal es de gran importancia, y ocupa una parte de las Escrituras mayor que la que ocupan todos los otros aspectos de la misma doctrina combinados. En esta parte se considera la experiencia humana inmediata, que es lo que mancha las páginas de la historia con lágrimas y sangre. Repetimos que la importancia de este aspecto de la doctrina del pecado sólo se reconoce cuando se entiende que el primer pecado, del cual se han derivado todos los demás, fue un pecado personal. Los hombres tienen que ser salvos de sus pecados personales, y según sus obras, los hombres serán juzgados y condenados para siempre.

Esta parte de la doctrina del pecado nos permite hacerle un análisis en 8 aspectos, a saber: (a) El origen del pecado, (b) la naturaleza perversa del pecado, (c) definiciones generales, (d) términos generales y clasificaciones, (e) el remedio divino para el pecado personal, (f) el pecado original, (g) la culpabilidad, (h) la universalidad del pecado personal.

I. EL ORIGEN DEL PECADO

La clasificación más conocida que hacen los teólogos sobre las teorías con respecto al origen del pecado incluye las siguientes: (a) la teoría de la *necesidad*, (b) la teoría de la filosofía maniquea del

dualismo, (c) la teoría que sostiene que Dios es el Autor del pecado, y (d) la que enseña que el pecado surge del abuso de la libertad moral.

La teoría de la *necesidad* afirma que el pecado es algo sobre lo cual Dios no tiene autoridad. Esta teoría carece de fundamento. La doctrina maniquea, que fue propuesta por Manes —nacido alrededor del año 215 d. de J. C.— sostiene que hay dos deidades: una buena y una mala; y que, por causa de la influencia de estas dos deidades, siempre han estado presentes en el universo los dos principios opuestos, que son los que explican la luz y las tinieblas, el alma y el cuerpo, el bien y el mal. Esta teoría falla también, por el hecho de que carece de fundamento. La idea de que Dios es el autor del pecado es una exageración descuidada de la doctrina de los decretos de Dios. Contra todas estas teorías está la verdad bíblica según la cual los hombres son responsables de su mala conducta, cualquiera que haya sido la previsión divina con respecto a todo lo que ha sido el pecado en el universo. Por tanto, es claro que tanto en las esferas angélicas como en las humanas, el pecado surge del abuso de la libertad moral.

Hay un estudio de la doctrina del pecado que es más complejo y más amplio que la clasificación que acabamos de anotar. Este estudio reconoce que el pecado tuvo tres comienzos diferentes: (a) la eterna previsión del pecado en la presciencia de Dios, (b) el primer acto concreto de pecado, que sucedió en el cielo y lo cometió un ángel que no había caído, y (c) el primer acto concreto de pecado en la tierra, que lo cometió el ser humano que tampoco había caído.

1. LA ETERNA PREVISION DEL PECADO EN LA PRESCIENCIA DE DIOS. Aunque la verdad de que Dios previó que el pecado había de manifestarse como una realidad que constituye el comienzo del pecado, en el sentido de que no representa un acto de pecado, la presciencia de Dios tiene que entrar ampliamente en este aspecto de la doctrina del pecado. La forma de dualismo que afirma que han existido desde la eternidad dos principios opuestos: el bien y el mal; y que los dos son primarios y esenciales —el uno en forma tan completa como el otro— no se puede aceptar. Y aquí no es necesario acudir al expediente de una disgresión, ni de la filosofía dualista antigua, ni de las modernas filosofías. Basta decir que, aunque por la voluntad permisiva de Dios se ha levantado un reino de tinieblas, en el cual se reúnen los ángeles caídos y los seres humanos caídos, y aunque ese reino se levanta en rebeldía contra Dios, tal reino no ha existido eternamente, y su fin está claramente predicho. Este sucederá cuando se haya cumplido todo lo que se tenía en mente cuando Dios permitió que iniciara su curso. Dicho de otra manera, la

Biblia enseña que el mal es de carácter transitorio, y señala su comienzo, su desarrollo y su fin. La *previsión* del pecado y la *realización* del pecado son dos asuntos completamente diferentes. Y no se puede afirmar ninguna otra cosa en relación con la existencia eterna del mal, sino que Dios sabía que habría de producirse y que lo permitió. Mediante un plan tan profundo que no puede comprenderlo el entendimiento humano —en el cual entra mucho más lo relativo a los ángeles que lo relativo a los hombres— se concedió que aquello que pudiera llamarse el *principio* del mal tuviera su demostración experimental, para que el pecado pueda ser juzgado con la finalidad de que puedan ser silenciadas todas las voces de los seres creados, y para que todas las huestes que no han existido eternamente y que hasta ahora no conocen la dignidad de la santidad divina lleguen a estar en completa armonía con su Creador, pues de otro modo, por causa de rechazar a Dios, serían desterradas de su presencia para siempre.

La revelación con respecto al carácter santo de Dios impide que tengamos el pensamiento de que alguna forma de pecado pudo haber sido una realidad activa antes de la creación de los seres finitos, cuando sólo existía la Divinidad. La creación de los ángeles y, posteriormente, la de los seres humanos, de una vez hizo posible que el mal llegara a ser un hecho existente; y se convirtió en hecho real con la caída de los ángeles y con la caída de la humanidad. Dios no fue sorprendido ni derrotado por causa de dichos sucesos. Su determinación de darle existencia a los ángeles y a los hombres hasta la eternidad, así como también el propósito de probar y juzgar amplios asuntos morales hasta su consumación, demostrará tanto su infinita santidad como su infinita gracia y su gloria. Podemos confiar implícitamente en aquel que es santo, justo y bueno a toda prueba; podemos confiar que así es en todo aquello que está fuera de nuestra comprensión.

La razón no sólo confirma que Dios previó y planeó el programa que la creación está ejecutando actualmente, sino que también sostiene con toda claridad que Dios previó toda forma de mal desde la eternidad. En ese sentido, y solamente en él, el mal existió desde antes que la creación fuera consumada. Las mismas Escrituras prueban que el mal existió en la presciencia de Dios. Esto lo confirman las mismas Escrituras que indican que la Redención estaba eternamente en la mente y en los planes de Dios. No hay ninguna porción bíblica que exprese esta verdad en forma más vigorosa que *Apocalipsis 13:8*, donde se nos dice que Cristo es el Cordero que fue inmolado desde el principio del *cosmos*. Cualquiera que haya sido el origen del *cosmos* —aun en la forma de una previsión divina— el

mayor motivo de la intención divina era un Cordero redentor. ¿No sería mejor decir que, fuera de las realizaciones del Cordero redentor, Dios no hubiera permitido la existencia del cosmos? ¿No es verdad que este universo, que en realidad es inmenso, se *centra en la Redención*? No hay ninguna redención que sólo tenga como objetivo el rescate de infortunados seres caídos en el pecado, para su propio bien. Si eso fuera todo lo que envuelve la Redención, no pudiéramos entender la razón de la caída. La Redención es para la gloria de Dios. Dios tiene un propósito eterno, y para su gloria se puede decir que ese propósito les provee eterna felicidad a todos los que gustosamente reciben su gracia. Ese beneficio, aunque es inmenso, no agota todo lo que hay en el eterno propósito de Dios.

En esta parte del tema del pecado, que se refiere a la presciencia divina con respecto al mal, es lógico que consideremos las realidades comparativas del bien y del mal. No se puede hallar un estudio más exhaustivo sobre este particular que el del Dr. Julius Müller. Aunque la siguiente cita es sumamente amplia, vale la pena incluirla aquí:

“Tenemos que llamar la atención con respecto a la supuesta independencia del principio del mal en relación con el bien, de lo cual depende que el dualismo permanezca o caiga. El bien . . . es completamente independiente del mal. Es naturaleza del bien revelarse en contraste con el mal, desde que el pecado hizo su aparición en el mundo. Pero el bien no necesita el mal para su propia realización. El amor sería eternamente el mismo, y siempre consciente de su propia naturaleza aunque no existiera el odio. El mal, por otra parte, es tan absolutamente independiente del bien que llega a existir solamente en contraste con él. Como la oposición implica que haya algo que se opone, el mal presupone el bien, y sólo puede concebirse como un apartamiento o caída de éste. Si el mal se considerara completamente primario y original, no pudiera llamarse en ningún sentido verdadero *mal* o ‘aquello que no debiera ser.’ El hecho de que el mal depende del bien es aún más aparente cuando recordamos que el mal como antítesis no es más que una abstracción perversa y una separación de un elemento esencial en nuestro concepto del bien moral: la elevación del amor propio al principio de acción. Por tanto, el bien moral no sólo es perfectamente inteligible en sí mismo y por medio de sí mismo, sino que el mal, por otra parte, sólo puede entenderse por medio del bien: *bonum index sui et mali* (el bien explica lo suyo y lo del mal). Esta expresión es análoga al magnífico dicho de Spinoza: ‘*verum, index sui et falsi*’ (lo verdadero explica lo suyo y lo relativo a lo falso).

Nadie pudiera reprocharnos con justicia que estamos admitiendo aquí la concepción metafísica del bien que habíamos rechazado en nuestra investigación anterior: ese bien cuya negación positiva hace que el mal sea mal, no es por ningún motivo ‘realidad’ manifiesta, sino que es la más profunda esencia del bien moral: el amor. No podemos reconocer el mal como lo sentimos en las profundidades de nuestra conciencia moral —no sólo como algo irracional, vano e indigno, sino como un brote horrible, aborrecible y continuo de innumerables males— mientras miremos al Ser eterno del cual se apartó el hombre, por causa del mal, sólo como ‘sustancia absoluta’, como ‘existencia real’ o algo por el

estilo. La misma esencia de la doctrina cristiana con respecto a Dios sostiene que El, que es existencia absoluta, y en Quien está la fuente de toda realidad, es al mismo tiempo PERSONALIDAD Y AMOR. Reconociendo así que, por causa del mal, el hombre se opone al más santo amor, por la alineación y la enemistad de la voluntad humana, se puede explicar la peculiar claridad de nuestra consciencia moral con respecto al mal, el profundo horror que sentimos cuando nos detenemos a considerar ese hecho —que sólo está ausente cuando la consciencia se encuentra cauterizada. Así, al fin, hallan adecuada solución la vergüenza, el arrepentimiento, el remordimiento de consciencia. Si Dios no fuera Amor, no habría maldad ni indignidad, pero no podría existir el MAL.

El mal, por tanto, es la antítesis del bien, y como tal depende directamente de éste. Desde este punto de vista general con respecto al mal, podemos comprender por qué no se le puede atribuir en ningún sentido originalidad. Su dependencia del bien tiene, sin embargo, un aspecto positivo: para poder realizarse en nuestra vida terrenal, y para poder lograr las metas que ha elegido arbitrariamente para sus esfuerzos, el mal tiene que relacionarse con el bien en una o en otra forma, y reconocer y cumplir algunas de las demandas que el bien impone con toda autoridad. El mal en sí mismo no tiene ninguna facultad unificadora ni capaz de concentración; sólo puede producir una apariencia de vacío interno de unidad y una apariencia de compañerismo que siempre se desvanece. El mal no sólo causa división entre sus sirvientes y los aísla, sino que los hace chocar unos con otros por causa de los continuos choques de los intereses egoístas, de tal modo que si el mal tuviera siempre el único dominio sobre la vida humana, sobrevendría 'aquel estado de naturaleza' que Hobbes llamó *bellum omnium contra omnes* ('la guerra de todos contra todos'). Los poderes que están al servicio del mal dejarían a un lado sus luchas internas y se unirían todos contra el bien, y cuando fuera derrumbado el bien, tales poderes volverían a sus conflictos internos. A ninguna otra cosa se refiere Cristo, cuando habla del βασιλεία τοῦ σατανᾶ (Mt. 12:25, 26), que a esta combinación de poderes del mal. Pero, en tales circunstancias, el bien siempre iría por su propio camino; su dolor interno brotaría a través de todos los velos de la satisfacción terrena; los innumerables ayes y opresiones mediante los cuales los perversos se atormentan unos a otros, como instrumentos inconscientes del justo castigo de Dios, ocuparían completamente la existencia, y así la vida presente llegaría a ser una condenación de pecadores. Las necesidades sensoriales del hombre lo impelen a buscar el compañerismo de sus semejantes, aunque la razón y la ley de Dios hayan perdido su influencia sobre él; y para poder lograr posesiones y disfrutar de aquello por lo cual se esfuerza, en el pecado, él tiene que subordinar su voluntad a ciertas regulaciones de la sociedad. Estas regulaciones, sin embargo, se encargan de cumplir los principios de la justicia en las relaciones humanas, y su objetivo más profundo está basado en el amor.

Así descubrimos el hecho notable de que el mal, en nuestra vida terrenal, está obligado a someterse hasta cierto punto a la ley del bien, si no quiere ver destruidos sus propios sujetos e instrumentos. Como la esencia del mal es el egoísmo, el cual implica separación y aislamiento, toda sociedad organizada constituye un baluarte poderoso contra su poder abrumador, y así el peor abandono en el mal tiene que contribuir en alguna forma a mantener este baluarte. Así, toda banda de asaltantes que haya abandonado toda relación honesta con el resto del mundo, que haya declarado guerra abierta contra las leyes del Estado, hasta cierto punto restablece estas leyes para sí misma, porque establece restricciones sobre el poder destructivo del mal dentro de sus propios miembros. Así también, hemos visto en nuestro tiempo cierta rebelión

demoníaca contra la majestad del cielo y de la tierra. Tan pronto como esa rebelión logre el dominio, procederá a establecer sus propias leyes de arbitrariedad absolutamente ilimitada contra los individuos, hasta acudir al fuego y a la espada.

Llevado por su propia discordia interna, el mal siempre da testimonio con respecto al poder conservador del bien en la sociedad; e igualmente como el bien, tiene que llegar a ser servicial a este último poder para el castigo del desorden y del crimen. Aun cuando los perversos se unan en declarada hostilidad contra el bien, tienen que someterse, en su misma manifestación, a ciertas cosas que se incluyen en cualquier concepción adecuada del bien, así sea la más abstracta y formal, tal como el orden, como la obediencia a alguna ley común. Por eso digo que el mal en sí mismo no tiene poder productivo ni formativo; no puede darse a sí mismo una realidad completa ni histórica en forma de arreglos para que la vida humana le sea peculiar; no puede lograr la supremacía en ninguna esfera de la sociedad, a menos que recurra a principios que tienen su origen en el bien. En relación con esto hay un fenómeno al cual ya nos referimos, y que es muy sorprendente y extraño: que el mal nunca se manifiesta abiertamente por sí mismo, en forma honesta, en la vida humana; siempre trata de esconderse en una forma o en otra (Jn.3:20). *El mal no se aventura por cuenta propia*; constantemente se oculta, y se esconde hipócritamente bajo alguna apariencia externa del bien. Este es el caso común de las llamadas "mentiras blancas", el cual ilustra sorprendentemente esta dependencia de la cual hemos estado hablando. Esta clase de mentira que, de un modo cobarde, se niega a sí misma, realmente reconoce que solo el bien es verdadero y correcto, y que el mal es aquello que no debiera ser, y que sólo presume que existe. Así, la base moral sobre la que descansa toda sociedad refrena al malvado más confirmado, que haya extirpado de él la última chispa de vergüenza que le quedaba, y que ya no le preste atención a la voz interna de su conciencia. Aun el tirano más poderoso y orgulloso se siente obligado —por causa de consideraciones prudentes que se las provee el principio de su despotismo caprichoso, cuando no ha llegado a ser todavía insensible ni absurdo— a enmascararse de tal modo que no parezca que él está buscando sus propios intereses, sino el bien general, la gloria o, talvez, el bienestar del pueblo.

Por tanto, si tenemos que reconocer el poder de la santidad en el control que el gobierno divino ejerce aun en aquello que se le opone, por medio de lo cual ese poder complementa sus manifestaciones generales, en medio de pasiones e intereses discordes y egoístas, ¿cómo podemos apoyar la idea dualista de que el mal es un principio independiente? En virtud de las condiciones a las cuales se sujeta el propósito divino en la historia de la raza, el mal puede verdaderamente impedir y retardar la realización de ese designio, pero no puede frustrarlo completamente. En el capítulo anterior vimos que el poder perturbador del mal ha penetrado completamente en el desenvolvimiento terrenal de la raza humana; sin embargo, aunque sea severo el conflicto en el cual estamos empeñados, ante la vista de Dios siempre está presente y visible el triunfo final del bien.

Si examinamos la variación interna del mal en forma más detenida, y vamos un paso más allá, lo descubriremos no solo en las altas esferas de la sociedad generalmente, sino también en la vida interna del individuo. Una pasión lucha contra otra; un afecto contraataca al otro; el hombre, aunque depende servilmente de los varios objetivos de su deseo, nunca encuentra aquel descanso, aquella satisfacción que busca en su servicio al pecado. No puede lograr sus objetivos ni aun con un total rendimiento a todas las pasiones, pues, fuera de la

imposibilidad de satisfacerlos plenamente, no puede obtener suficiente fuerza para liberarse perfectamente de los otros impulsos que luchan por tener una libertad desenfrenada. Las dos tendencias fundamentales del pecado a las cuales nos hemos referido —el orgullo y la supremacía de los deseos de la carne— son precisamente las que se encuentran en el más sorprendente contraste y hostilidad mutua. Cualquiera que se meta entre estas dos corrientes será llevado sin descanso de acá para allá por ellas. Cuando el que allí esté metido se libere de una de esas corrientes lo agarra la otra. Cuando se presenta una situación de buen cultivo, esta alternación en el servicio al pecado se convierte en un juego secreto de voluntad arbitraria. El hombre aprende el arte miserable de volverse en un momento a uno de estos lados y en el otro, al otro; ya al orgullo, ya a la sensualidad. Los virtuosos progresos en los cuales él se levanta de la degradación de la sensualidad sólo le sirven para excitar y esforzar su humillada consciencia propia; entonces abandona los placeres de la carne para poder recrearse con los placeres del orgullo. Al reconocer correctamente el hecho de esta variación interna del mal, la educación moderna adopta frecuentemente el plan de conquistar los pecados de la degradación propia y del abandono en la juventud, mediante el estímulo de las pasiones del orgullo y la ambición. Esto lo hace por cuanto se ha alejado del principio cristiano sobre el cual solamente puede descansar el verdadero amor propio y noble y la verdadera seguridad personal. Y de este modo, ¡ay!, no hace otra cosa que echar fuera los demonios por Beelzebú, el príncipe de los demonios.

La bondad, por lo contrario, está siempre en armonía consigo misma; sus diversas partes, sus múltiples empeños y los actos en los cuales se realiza se fortalecen y se confirman mutuamente: cualquier cosa que viole el ideal del bien no puede ser confirmada ni sostenida por dicho ideal, pues no emplea el principio impío de que 'el fin justifica los medios.' El mal no sólo varía respecto del bien, sino también respecto de sí mismo. El bien sólo tiene un enemigo: el mal; pero el mal tiene dos enemigos: el *bien* y el *mal*. Esta contradicción del mal consigo mismo, además de su importancia moral y psicológica, tiene un peculiar aspecto metafísico. El mal no tiene en realidad existencia independiente de Dios, el absoluto Bien; pero se esfuerza por obtener dicha independencia; y, como vimos, el mal no es más ni menos que el apartamiento del Dios viviente, esa palpitación de independencia de El. Cuando la criatura se rinde al mal, prácticamente niega que fue creada por Dios, pues no desea tener su existencia en El. Quiere vivir, conducirse y complacerse como si tuviera vida por sí misma y como si fuera su propio señor. ¿Cómo sería si Dios permitiera que el mal lograra sus propósitos en la criatura? ¿Cómo sería si El se separara del hombre así como el hombre se separa de Dios? En el momento en que la criatura perversa se emancipara de Dios, ésta naufragaría en la no existencia; pues el hombre no pudiera existir ni un momento, salvo en las manos de Dios, y como propiedad de El, su voluntad no pudiera ser de otro modo buena ni mala. El mal no posee en sí ningún ser sustancial, pero, como explica la *Formula Concordiae* (aquí seguimos a Agustín y nos oponemos a Flacio), sólo existe cuando penetra en algún ser en forma de una naturaleza o tendencia depravada. Por tanto, por causa de sus esfuerzos para separarse de Dios (en lo cual consiste la verdadera concepción del mal), claramente se mete en una contradicción que atenta contra su propia existencia. Si tuviera éxito, no sólo destruiría las bases que tiene en el bien, sino que se aniquilaría a sí mismo. Las plantas parásitas se esfuerzan por extraer todo el jugo del cuerpo orgánico del árbol en que vegetan, y lo adaptan a su propio desarrollo depravado y venenoso; pero, si logran la finalidad de sus esfuerzos, con ello logran su propia

destrucción" (*The Christian Doctrine of Sin*, Vol. I, ps. 412-417).

Contra esta declaración conclusiva del Dr. Müller hay otra verdad que no puede pasarse por alto: que cuando el pecado toma la forma de hecho real o de realización, se convierte en una fuerza positiva por sí misma. El sentido en el cual el pecado es negativo tiene que restringirse a su relación con Dios y con su creación original. Este aspecto esencial de la verdad lo presenta muy bien Francisco J. McConnell, en *The International Standard Bible Encyclopaedia*:

"Muy a menudo se define el pecado como la mera ausencia de bondad. El hombre que peca es el que no guarda la ley. Este, sin embargo, difícilmente pudiera ser el pleno concepto bíblico. Por supuesto, al hombre que no guarda la ley se le considera *pecador*; pero la idea de la transgresión es la de una positiva oposición y la de un positivo quebrantamiento del mandamiento. Dos derroteros se les presentan a los hombres: uno es el del bien; el otro es el del mal. El derrotero del mal es en cierto sentido algo positivo en sí mismo. El hombre malo no se queda quieto; se mueve tan realmente como el hombre bueno: llega a ser una fuerza positiva a favor del mal. En todas nuestras discusiones tenemos que tener clara en nuestras mentes la idea de que el mal no es algo que tenga existencia propia. La Biblia habla de hombres malos. Y los hombres malos son tan positivos como sus naturalezas les permiten ser. En este sentido, el pecado marcha por un camino de destrucción positiva. Por ejemplo, en el pensamiento del escritor que describe las condiciones que, según su manera de creer, hicieron necesario el diluvio, tenemos un estado positivo del mal que contaminaba casi al mundo entero (Gn.6:11). Sería absurdo calificar al mundo del tiempo de Noé simplemente como un mundo negativo. Ese mundo estaba inclinado positivamente hacia el mal. Y así en posteriores escritos, el pensamiento de Pablo con respecto a la sociedad romana es el de un mundo de hombres perversos que se mueve con creciente velocidad hacia la destrucción de sí mismo y de todo lo que le rodea, por causa de sus malas obras. Es imposible creer que el concepto del pecado que se encuentra en el capítulo uno de *Romanos* está expresado en términos meramente negativos. Repetimos: no le hacemos completa justicia al concepto bíblico cuando hablamos del pecado en términos meramente negativos. Si se nos permite utilizar una ilustración de nuestro día, pudiéramos decir que, en el concepto bíblico, los hombres perversos son como las fuerzas destructivas del mundo de la naturaleza, que tienen que ser removidas para que pueda haber paz y salud para la vida humana" (Vol. IV, p. 2800).

Se puede concluir, por tanto, que el mal no tuvo existencia real antes de cometerse el primer pecado por parte de las criaturas que Dios había hecho, las cuales, según el designio divino, tenían la capacidad de pecar por medio de la oposición a la voluntad divina. Esa capacidad se restringe, por necesidad, a la criatura: porque si el pecado fuera la independencia de Dios, y aquello que es contrario a Dios, entonces podría deducirse que Dios mismo pudiera pecar con solo ser independiente de Sí mismo y contradecirse a Sí mismo. Tales ideas no solamente son absurdas, sino que son completamente

extrañas a Aquel en quien solamente mora la santidad. Lo que la teología sistemática tiene que tratar son los hechos que nos indican que algunos ángeles cayeron en pecado, sin que haya ningún plan de redención revelado para ellos, mientras que otros permanecen en el estado en que Dios los hizo y continúan en el cumplimiento del designio divino, cumpliendo lo que Dios les ha encomendado. Otro hecho que debe considerarse por la teología es que toda la humanidad (con excepción de un Hombre) ha pecado, y que Dios ha provisto para ella un plan perfecto de Redención, y que se nos revela claramente que algunos lo aceptarán y otros lo rechazarán. Así que el *mal*, y su manifestación, el *pecado*, sólo llegaron a ser tales en virtud de que la criatura pervirtió la voluntad de Dios. El mal, pues, no tiene sustancia original en sí mismo. El mal es enajenación espiritual, y tiene que llegarle el fin a su debido tiempo, tal como Dios lo tiene determinado. No puede negarse que podrá existir eternamente como recuerdo, así como existió eternamente en el conocimiento de Dios.

2. EL PRIMER ACTO CONCRETO DE PECADO, QUE SUCEDIO EN EL CIELO Y LO COMETIO UN ANGEL QUE NO HABIA CAIDO. Como ya lo hemos hecho notar, la gran mayoría de obras de teología sistemática se quedan satisfechas con trazar el origen del pecado a partir de la caída del hombre en el Edén. Es cierto que el pecado humano comenzó allí; pero, aunque Adán sólo volvió a cometer el pecado que ya había cometido en el cielo un ángel principal, el carácter esencial del pecado debe determinarse, en gran medida, tomando en cuenta el pecado de ese ángel, y no sólo mediante la reproducción que de ese pecado hizo el primer hombre.

Hay una prueba convincente de que la Biblia es un libro sobrenatural. Se halla en el hecho de que ella descubre sin vacilación ni incertidumbre las condiciones anteriores a la historia humana, y del mismo modo, con toda libertad, descorre el velo de las edades venideras y penetra en ellas. Su mensaje no se restringe al campo que está comprendido dentro de las observaciones humanas, sino que también trata con respecto a otras partes del universo en la misma forma familiar en que trata lo relativo a la tierra. Entre sus revelaciones con respecto a otras esferas y al insondable tiempo pasado, nos ofrece una revelación de lo que parece ser el primer pecado que se cometió en el universo. Nos dice que ese pecado lo cometió en el cielo uno de los ángeles de más elevado rango; y, después de haber causado las más trágicas consecuencias en el ambiente angelical, se le sugirió al hombre de la creación de Dios en el jardín de Edén que también lo llevara a la práctica, y él lo hizo. En Romanos 5:12 se afirma que “el pecado entró en el mundo por un hombre.” Así nos revela la verdad de que el hombre no fue el

primero que pecó, sino que más bien fue el medio por el cual logró entrada en la tierra aquella forma de pecado que ya había sucedido en el cielo. El enfoque razonable para la comprensión de la verdad con respecto al primer pecado que se cometió en el cielo debe incluir: (a) la primera persona que pecó, y (b) la naturaleza del primer pecado.

a. LA PRIMERA PERSONA QUE PECO. El carácter sumamente perverso del primer pecado que se cometió en el universo se determina en gran parte por el carácter y la posición del primer ser que pecó. En la consideración de este ser y de las circunstancias en que pecó no nos presta ninguna ayuda el discernimiento natural del hombre. Es un asunto que corresponde por entero a la revelación. Esta revelación hace diferencias importantes entre el estado del hombre y el estado de los ángeles. Ante estas diferencias notamos que el método divino para establecer una raza de seres sobre la tierra consistió en crear un hombre y una mujer a los cuales Dios les dio instrucciones de que se multiplicaran y llenaran la tierra. En cambio, el método divino para llegar a tener incontables huestes de ángeles consistió en dar un decreto poderoso y creador. Sobre estos seres celestiales que fueron creados mediante ese decreto, Cristo indicó que nunca aumentan mediante procreación, ni disminuyen en número por causa de la muerte. Aunque los ángeles fueron evidentemente creados antes que las cosas materiales, puesto que parece que ellos observaron la obra creadora de Dios, no hay ninguna indicación con respecto al tiempo cuando ocurrió el primer pecado según el orden de los eventos. Se nos revela, sin embargo, la personalidad y la posición del ángel que lo cometió, y también la naturaleza precisa del pecado. Esta revelación se halla en el siguiente pasaje bíblico: "Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornalina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para tí el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en tí maldad" (Ez.28:11-15).

El personaje a quien este pasaje distingue con el título de "el rey de Tiro" es evidentemente de carácter angélico, o de un orden sobrenatural. Este hecho se nos revela completamente en el texto citado. Es posible que, en un sentido secundario, el pasaje se dirigió a

cierto rey humano, el rey de Tiro; pero, puesto que casi todo lo que se le atribuye a este ser es sobrenatural, tiene que referirse primariamente a un ser de la creación angélica. Y entre los ángeles, esta peculiar descripción sólo puede referirse a uno: a aquel que, por causa de este pecado, llegó a ser Satanás. Este, que era el más alto de todos los seres angelicales en cuanto a jerarquía, aparece en la Biblia con unos 40 títulos diferentes, todos los cuales son reveladores, como todos los títulos que se hallan en las Escrituras, de la persona y del carácter de aquel a quien se aplican.

Puesto que el supremo esfuerzo de Satanás, en lo referente a la relación con la humanidad en su situación presente en la tierra, es el establecimiento del hombre de pecado, es significativo que el contexto anterior al pasaje que hemos anotado está constituido por diez versículos que tratan sobre el “príncipe de Tiro”, cuyas dos blasfemas afirmaciones eran éstas: que él era Dios y que él se sentaba en el trono de Dios. Hay una clara identificación aquí que relaciona al príncipe de Tiro con el superhombre de Satanás, el hombre de pecado que ha de aparecer, y que fue profetizado por el apóstol Pablo en los siguientes términos: “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios, como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tes.2:3,4; comp. Mt.24:15; Ap.13:5-8). Es evidente que este “hombre de pecado” no ha aparecido, pues se nos revela el hecho de que su carrera será breve y que terminará con el “resplandor” de la venida de Cristo, y será destruido “con el espíritu de su boca.” Como el príncipe se relaciona con el rey, así la persona blasfema que se describe en el capítulo 28 de *Ezequiel*, los versículos 1-10, se relaciona con el personaje que se nos presenta en los versículos 11-15 del mismo capítulo.

Es de gran importancia notar que el mismo Jehová es el que se dirige a ese poderoso ser a quien llama “el rey de Tiro”, y lo describe con todas sus características sobrenaturales. Jehová es también el que pronuncia el lamento por causa de la caída de este gran ángel. La palabra *endecha* expresa una angustia extrema acompañada de palpitaciones del corazón. Tal, en realidad, es la actitud de Jehová hacia este ángel caído. Hay una infinita conmoción en cada palabra que se emplea para describir la inmensurable exaltación y el honor que se le había otorgado a este gran ángel. Esto se hace en vista de que luego él se reveló contra Jehová. Una frágil ilustración de esta *endecha* por parte de Jehová y con respecto a este ángel, se halla en la lamentación de David por causa de la muerte de Absalón: “¡Hijo

mío Absalón, hijo mío, hijo mío! ” (2 S. 18:33).

Del mismo modo, Jehová declara que este ángel era el “sello”, estaba lleno de “perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura”, y que él había estado “en Edén”, y que se cubría con toda clase de piedras preciosas. Como Satanás realmente apareció en el huerto de Edén, según se nos narra en *Génesis* (lo cual no hizo nunca el rey de Tiro), si consideramos los detalles que se establecen en el pasaje de Ezequiel, llegamos a la conclusión de que es probable que se refiera a la gloria primitiva del Edén terrenal, antes que la tierra llegara a estar “desordenada y vacía.” Continuando esta descripción, Jehová declara que dicho ser angelical fue creado con maravillosa capacidad, y que, según se puede imaginar por la descripción, era como una corona de pura alabanza para el Creador. También se nos dice que pertenecía al orden de los querubines, el cual parece estar encargado de la protección de la santa presencia de Dios (comp. Gn.3:24; Ex. 25:18-22; 2 S. 6:2). Pero, con respecto a este ángel se nos dice que, como “querubín grande, protector”, estaba colocado “en el santo monte de Dios”, lo cual, de acuerdo con el simbolismo del Antiguo Testamento, se refiere al asiento del gobierno del trono de Dios en la tierra (comp. Is.2:1-4). El clímax de este importante pasaje bíblico se logra cuando se hace la declaración de que este ser era perfecto en todos sus caminos, desde el día en que fue creado hasta el día en que se halló en él iniquidad. Así, este pasaje nos descubre el carácter exaltado de este ser celestial y nos indica el hecho de su pecado. El pasaje continúa agregando más luz con respecto al pecado en sí, y al juicio de Dios que tendría que venir sobre él.

La identificación de este ser se puede resumir así: El era el sello de la sabiduría, la perfección y la belleza. Había estado en Edén, el huerto de Dios. Se cubría con piedras preciosas. Los tamboriles y las flautas sonaron ante él desde el día de su creación. El pertenecía al orden de los querubines, y se le dio el cargo de guardián de Dios sobre el monte santo. Se paseaba en medio de las piedras de fuego. Había sido perfecto en todos sus caminos desde el día de su creación. Así se nos describe al más exaltado de todos los seres celestiales creados. Y del mismo modo se nos revela que llegó un día cuando se halló en él iniquidad. El hecho de que esta descripción, hasta donde llega la revelación, no se puede aplicar a ningún otro ser que no sea Satanás, es prueba de que este pasaje se refiere a él.

b. LA NATURALEZA DEL PRIMER PECADO. El profeta Isaías, inspirado por el Espíritu de Dios, nos dice cuál fue la naturaleza de los detalles del pecado de Satanás. Así leemos: “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú

que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo” (Is.14:12-14).

Aquí tampoco es difícil la identificación. Las palabras se dirigen a uno que lleva el nombre de Lucero, hijo de la mañana. Este título lo relaciona con la más alta jerarquía de ángeles, y su grandeza y poder se nos revelan en el contexto. Allí se nos dice que el “debilitaba a las naciones.” Y en el versículo 17 leemos: “que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos nunca abrió la cárcel” (comp. Is.61:1). El hecho de que este pasaje declara que Lucero ha caído del cielo y que fue cortado por tierra indica que Isaías está contemplando las estupendas realizaciones de este ser al final de su carrera, cuando ocurrirá la completa manifestación del mal que Dios permite. Entonces le vendrá a Satanás el juicio que está previsto y que el no ha experimentado todavía (comp. Ex.28:16; Job 1:6; Lc.10:18; Ef.6:11,12; Ap.12:7-9). También queda claro que, hasta este momento, el programa que Dios permite que Satanás realice no se ha cumplido cabalmente.

El pecado que cometió Lucero tiene cinco aspectos que se expresan mediante las cinco declaraciones de independencia de Dios. El conjugó todos los verbos de una manera impía en cada una de sus declaraciones: en primera persona de singular y en tiempo futuro, lo cual indica a la vez su egoísmo y sus planes, es decir, sus planes egoístas. Sólo puede conjugar verbos en esa forma quien tenga absoluta soberanía. Esto queda demostrado por medio de los grandes pactos incondicionales que Dios, el verdadero Soberano, hizo con los hombres. Cuando Dios dice: *Yo haré*, esa declaración es absolutamente normal. Hay, sin embargo, un uso secundario de dicha expresión que se le permite aun a la criatura. Cuando la persona se rinde incondicionalmente a Dios, entonces tiene el derecho de decir: *Yo haré la voluntad de Dios*. Este uso de las palabras sólo sirve para hacer hincapié en la realidad de que la voluntad de Dios es suprema. Pero tan pronto como estas palabras que sirven para expresar el intento soberano salieron de los labios del primer ángel que pecó, éste no expresó ni tenía en mente ningún elemento de sumisión. Esa afirmación representaba una independencia completamente impropia de las criaturas. En el momento en que una pequeña criatura tenga un pequeño propósito —caso que es cierto en cada uno de los que componen la masa de la humanidad— mediante el cual se oponga a Dios o trate de independizarse de El, en ese momento se manifiesta en él la base de toda clase de pecado. Las palabras de Lucero fueron

más ominosas aún, puesto que, por la importancia de su posición, lo que se proponía no era menos que la producción de lo que llegó a ser el mundo o *cosmos*. Debemos considerar con cuidado las cinco manifestaciones egoístas de Satanás.

Ya se ha hecho una amplia exposición de Isaías 14:12-14 en el volumen que dedicamos a la angeleología. Por ello, en el presente estudio sólo haremos mención breve de estas vitales declaraciones.

“Subiré al cielo.” El osado propósito que expresan estas palabras sólo se puede entender a la luz de la verdad de que existen tres cielos. Los ángeles tienen su morada correspondiente en el segundo cielo. La responsabilidad que se le había encomendado a Lucero de ser guardián del trono de Dios, le exigía que prestara sus servicios en un reino más elevado que es aquel en el cual Dios mora. Así se ve que la ambición de Lucero era de lo más impía: un intento voluntarioso de morar más arriba de la esfera que se le había concedido.

“Junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono.” Esta declaración de Lucero expresa el propósito que tenía de lograr el dominio sobre los ángeles. Es muy poco lo que podemos saber con respecto a todo lo que este propósito de Lucero envolvía o hasta dónde se extendía. Su ambición se ha cumplido hasta cierto punto, según la voluntad permisiva de Dios, pues Satanás es actualmente el jefe del reino de los espíritus malos (Mt. 12:26).

“En el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte.” Es algo oscura esta declaración de Lucero. La comprensión de las palabras que en ella se usaron presta, sin embargo, algo de luz. La palabra *monte* es símbolo del trono de Dios; la palabra *testimonio* se refiere a la congregación de Israel; la expresión *los lados del norte* parece que hace referencia a la crucifixión, la cual ocurrió al norte de Jerusalén, y a la autoridad terrenal sobre Israel, la cual corresponde a Cristo, pues El es Redentor y Rey. Según esta interpretación se descubre que Lucero tenía el propósito de asegurar para sí un trono terrenal. En Apocalipsis 2:13 se nos declara que ese trono existe ahora.

“Sobre las alturas de las nubes subiré.” En esta declaración se manifiesta la intención de conseguir algo de la gloria divina, pues las nubes simbolizan constantemente esa gloria.

“Seré semejante al Altísimo.” Es la consumación planeada de todo lo que ha dicho. Era el supremo propósito de Lucero. Las otras declaraciones sólo sirvieron para preparar el camino de lo que iba a manifestar. En esta declaración se halla escondida toda la esencia del pecado. En ella se descubre la acción separada de Dios y contra El. De Satanás dijo Cristo que “no ha permanecido en la verdad” (Jn. 8:44), lo cual significa que apartarse de la voluntad de Dios es poner

en práctica la mentira. En contraste con esta actitud estaba el propósito divino, la elección de que había sido objeto este ser, inmensurable como privilegio, de valor y gloria eternos. Lucero escogió el curso de acción independiente con la evidente determinación de mudarse al tercer cielo, de lograr la autoridad sobre la tierra, de usurpar la gloria divina y de ser semejante al Altísimo. Porciones posteriores de las Escrituras nos revelan que la ambición que Satanás tenía —por lo menos en lo que respecta a la tierra— era la de dominar el presente sistema universal, o *cosmos*, sobre el cual él es príncipe actualmente (Jn. 12:31; 14:30; 16:11); y él también es dios del *cosmos* en esta era (2 Co. 4:4). Evidentemente Dios ha permitido que Satanás ponga en práctica ese propósito que tenía, con la finalidad de que pueda ser sometido a juicio en forma más perfecta. Lo que Lucero era, y lo que pudo haber sido, si hacía la voluntad de Dios, fue precisamente aquello en lo cual no permaneció. Lo que inventó Satanás fue la *mentira*; por tanto, se le reconoce como padre de ella. La mentira estaba oculta en su corazón desde el principio. Los juicios futuros que han de caer sobre el *cosmos* están predichos en las Escrituras, y también está predicho el fin trágico que le espera a Satanás y a todos sus ángeles. Su destino será el Lago de Fuego. Teniendo todas estas revelaciones en mente, es pueril hablar de la posibilidad de que el *cosmos* se convierta. Sería como hablar de la conversión del diablo. Tanto el *cosmos* como el diablo tienen que llegar a su fin con la certeza de la infinitud.

Nunca será exagerada la importancia que le concedamos al primer pecado de Lucero —esa voluntariosa ambición que se manifestó contra Dios y que se proponía lograr el dominio del sistema del *cosmos*— el cual es la norma y el dechado de todo pecado. Todos los seres humanos que actúan independientemente y que no se preocupan de cumplir la voluntad de Dios están cometiendo el mismo pecado, y su destino ha de ser el mismo del diablo y de sus ángeles (Ap. 20:10-15), a menos que le echen mano a la gracia salvadora de Dios.

3. EL PRIMER ACTO CONCRETO DE PECADO COMETIDO POR EL HOMBRE EN LA TIERRA. Si se adoptara un error como la premisa fundamental en un orden de sucesos estrechamente relacionados, es muy pequeña la esperanza que queda de que todo ese orden de sucesos *no* se caracterice por el desvío de la verdad y la contradicción a ella. Difícilmente pudiera haber otra fase de la revelación divina que sea más necesaria para el correcto entendimiento de todas las doctrinas que la doctrina del *pecado*. Prácticamente, todos los sistemas heréticos de doctrina se basan en conceptos errados con respecto al pecado. Por tanto, las herejías

tienen que estar por necesidad saturadas de error. El intento de enumerar en forma completa todos estos conceptos errados resultaría inconsecuente con el objetivo de esta obra. En relación con esto, sin embargo, debe observarse que subestimar el verdadero carácter del pecado es (1) disentir de los términos explícitos empleados en la Biblia para establecer la suprema perversidad del pecado, con lo cual haríamos a Dios mentiroso; (2) contradecir, en alto grado, el carácter santo de Dios; (3) viciar el concepto correcto de culpabilidad humana; (4) no estar de acuerdo con el carácter sagrado y la autoridad de la Palabra de Dios; (5) considerar que la inevitable reprobación de Dios contra el pecado es un juicio extremo y sin garantías; (6) estimar no dignos de confianza los grandes hechos de la Redención, la reconciliación y la propiciación; y (7) no tomar en consideración la única razón suficiente que explica la muerte de Cristo.

Es cierto, como ya se dijo, que el pecado es perverso, por el hecho de que es desemejante de Dios, y de que sólo se demuestra que algo es malo cuando se compara con el carácter santo de Dios. Es igualmente cierto que el pecado exige que haya juicio, por cuanto está en rebeldía contra Dios y contra la ley. Puesto que Dios es infinito y su bondad no tiene límites, el pecado también llega a ser infinito y su carácter perverso llega más allá de cualquier cálculo humano. El pecado no sólo afecta al que peca de una manera inmensurable sino que se caracteriza aún más por la ofensa que le hace a Dios, por cuanto desprecia los derechos del Creador, quebranta su santa ley y echa a perder su propiedad.

Los profundos efectos del primer pecado humano se descubren a medida que se estudia su desarrollo a través de dos canales completamente diferentes: la *naturaleza de pecado* y el *pecado que se imputa*. Trataremos estos temas a su debido tiempo. Fijaremos por ahora nuestra atención en el primer pecado en sí mismo. El relato sobre el primer pecado humano se halla en Génesis 3:1-19. Habiendo prohibido específicamente que el hombre comiera del fruto de cierto árbol, y habiéndole advertido que el castigo por la desobediencia a esa prohibición sería la muerte, Dios colocó al primer hombre y a su mujer en una condición de prueba. Ellos comprendieron completamente el asunto y aparentemente cuando quedaron responsabilizados en este aspecto, ellos se abstuvieron de comer del fruto prohibido. La aparición del tentador fue la que los condujo a no respetar lo que Dios les había dicho. Los detalles de este pecado y las influencias que llevaron a la primera pareja a cometerlo ya los tratamos en la antropología. El hecho esencial sobre el cual nunca haremos el suficiente énfasis es el de que Satanás les propuso a

nuestros primeros padres que siguieran el mismo camino por el cual él mismo se había aventurado, y en el cual proseguía, y que consistía en declararse independientes de Dios y apartarse de su voluntad y de sus planes. La ambición, un tanto corta de vista, indudablemente cegada por un orgullo impío, estuvo dispuesta a cambiar el estado y el destino que el amor, la sabiduría y el poder infinitos le habían dado por el infeliz bienestar de una vida egoísta con su eterna experiencia agónica de muerte. Evidentemente, a estos seres humanos no se les presentó la verdad íntegra. Se les dijo que serían como *Elohim* (Gn. 3:5), pero eso era solamente en un sentido: en el sentido de que sus ojos serían abiertos y sabrían el bien y el mal. Ellos como seres creados estaban disfrutando del bien; pero como seres caídos experimentarían el mal. Ellos no iban a ganar nada, sino que lo iban a perder todo. Toda criatura, sea angélica o humana, es, por creación, no sólo propiedad del Creador, según los derechos más vitales que pueda haber, sino que, por ser creada, depende completamente del Creador. Esta relación era bendita realmente y no causaba ninguna ofensa. El oponerse Adán y Eva a Dios por medio de la desobediencia, se embarcaron en una nave peligrosa, sin brújula, sin timón o gobernalle para navegar en un mar tempestuoso y sin costas. Tal rumbo sólo podía conducirlos a un fracaso ignominioso y a los juicios finales a que serán sometidos por Aquél a quien rechazaron y del cual se apartaron. Así queda plenamente demostrada la verdad de que el pecado es sólo una locura.

En último análisis no hay sino dos filosofías de la vida. El estar de acuerdo con la voluntad de Dios es una de estas filosofías. Ese fue el arreglo divino original para los humanos. La otra filosofía consiste en abandonar al Creador y rebelarse contra su autoridad y propósito. Con respecto a esta última filosofía, se puede decir que probablemente no hay ningún orgullo tan despreciable como aquel que se levanta contra la autoridad del Creador, y que presume inventar un programa de vida y de realizaciones que le sirva de sustituto al plan y al designio de Dios. Esta última filosofía es satánica y este horrible hecho no se cambia aunque toda la raza humana haya abrazado el ideal satánico. Con la aparición de Satanás en el huerto de Edén, no se estaba agregando ningún gran volumen para la elucidación de su filosofía. Habiendo cumplido su innoble propósito con la estrategia que sólo Satanás sabe emplear —apeló a los deseos humanos, empequeñeció el pecado, atacó el carácter de Dios, al indicar que a Dios le hace falta amor y que no es digno de confianza— les propuso a Adán y Eva la semejanza con *Elohim*. La antigua traducción, “. . . seréis como dioses . . .” es completamente incorrecta. El texto original dice: “*Seréis como Elohim.*” En estas

breves palabras se expresa perfectamente la filosofía satánica, y conducen, a pesar del breve momento de satisfacción para el orgullo propio, el lago de fuego. Se anuncia el mismo fin para los ángeles y para los hombres que adopten y prosigan este camino hasta su amargo fin.

El propósito de Satanás no consistía solamente en rechazar a Dios; el tenía en sus designios un gran sistema universal, un *cosmos*, en el cual se proponía emplear mal los elementos que correspondían a la creación de Dios, los cuales son *buenos* en sí mismos. Satanás no creó nada. Ninguno de los pasos del proyecto satánico del *cosmos* era más esencial que el de lograr la alianza con la humanidad. Los hechos que estaban en juego en el jardín de Edén eran los relacionados con la carrera de Satanás, que determinarían la realización de toda su empresa. El tenía que lograr la supremacía sobre el hombre, pues de lo contrario hubiera fallado completamente. Muy poca fue la comprensión que tuviera Adán y Eva, de que mientras lograban la independencia de Dios, llegaban a ser esclavos de Satanás. Desde ese momento en adelante, Satanás había de vigorizarlos para que, como hijos de él, cumplieran su voluntad (Ef. 2:1, 2; Col. 1:13; 1 Jn. 5:19). De ese estado sólo podía rescatarlos el poder regenerador de Dios, el cual se hizo posible por medio del Redentor. Mientras se le permita a Satanás ser el que gobierna como príncipe del *cosmos*, es probable que la humanidad sienta cierta unión y cierta seguridad —algo en realidad muy vago— pero al fin, cuando Satanás y su autoridad sean destruidos, la desolación y segregación de los seres humanos no regenerados llegará al terror y a la angustia, los cuales durarán eternamente.

No se necesita una amplia investigación de las Escrituras para probar que el pecado se originó en las regiones celestiales, y que el hombre llegó a ser un medio por el cual el pecado logró entrar en el mundo (Ro. 5:12). También debe deducirse que, aunque el pecado humano puede manifestar su carácter de varias maneras, su raíz es la misma y consiste en apartarse del Dios viviente. Este apartamiento fue el que precipitó la caída del hombre, y el mismo espíritu de independencia permanece actualmente como maldición sobre la raza.

II. LA NATURALEZA PERVERSA DEL PECADO

En su carácter fundamental, el pecado es la incesante falta de voluntad por parte de la criatura para permanecer en la esfera limitada en la cual el Creador, según su infinita sabiduría, la había colocado. Esta falta de voluntad se puede expresar de diversas maneras, y algunas veces se piensa que esas expresiones indican la

verdadera naturaleza del pecado. En sentido general el pecado es el hecho de la falta de conformidad con el carácter de Dios. El primer pecado del hombre fue un pecado personal, y, como ya se dijo, de él se derivó la naturaleza de pecado. En este aspecto, la experiencia humana de todos los miembros de la posteridad de Adán es al revés: ellos poseen la naturaleza caída, por lo cual llegan a cometer el pecado personal. Así, como ya se señaló, la naturaleza de pecado puede ser causa del pecado personal y viceversa.

Existe la más amplia diferencia entre la estimación que Dios tiene del pecado y la que tiene el hombre sobre lo mismo; lo cual no es otra cosa que un contraste entre lo que es infinito y lo que es finito. Sin embargo, hasta cierto punto, que puede ser cualquier cosa que se quiera menos universal, los hombres juzgan el pecado muy aparte de la revelación, sólo sobre la base de la natural evaluación humana.

Puesto que el pecado no sólo es negativo hasta el punto de no tener normas propias, sino que tiene que derivar sus medidas de aquello que es positivo o bueno, y puesto que el carácter santo de Dios es la norma de aquello que es bueno, se deduce que el pecado es tan malo como parece cuando se le ve desde el punto de vista ventajoso de la santidad de Dios. Ningún ser humano caído puede lograr jamás una comprensión cabal de la santidad de Dios, ni tampoco un concepto correcto de la naturaleza del pecado. Cuando se descubre que los juicios divinos contra el pecado llegan hasta la eternidad, tenemos que concluir que no le corresponde al hombre, que cayó y que es finito, la tarea de cuestionar estos juicios.

III. LAS TRES PRUEBAS PRINCIPALES QUE SEÑALAN LA EXCESIVA PERVERSIDAD DEL PECADO PERSONAL

1. LA PRUEBA ANGELICA. Un miembro de las huestes angelicales cometió un pecado, y los hombres, en su propia esfera, consideraron ese hecho sumamente loable. Ese pecado fue una *ambición impía*. Como resultado de tal pecado, dicho ángel cayó y se convirtió en el eterno enemigo de Dios, y se llevó consigo una gran hueste celestial. Algunos de esos seres que cayeron con él están atados en cadenas de oscuridad. Para ellos no hay ni rayo de esperanza a través de toda la eternidad.

2. LA PRUEBA HUMANA. Un individuo, el primer hombre de la creación cometió un pecado. Ese pecado fue tan inocuo, según se ve aparentemente, que los hombres están inclinados a ridiculizar el pensamiento de que Dios se dio cuenta de tal acto. Ese pecado es, sin embargo, según la estimación divina, suficientemente malo como

para causar la degeneración y la depravación de los seres que no habían caído, pero que cometieron dicho pecado, y para hacer que incontables millones de su posteridad sufran en la carne, y mueran, y que la inmensa mayoría de ellos pasen la eternidad en el reino del terror.

3. LA PRUEBA DIVINA. El Hijo de Dios sufrió en grado infinito, y murió en una cruz por causa del pecado. No había otro medio para poder lograr la Redención. Sin embargo, si sólo se hubiera cometido un solo pecado en este mundo, siempre hubieran sido necesarios los horribles sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, a fin de que pudiera haber perdón divino para ese pecado y justificación para ese pecador.

El estudio de los pecados personales de los que pecaron, los cuales aparecen registrados en la Biblia, ayudaría a comprender mejor la doctrina del pecado personal. Tal estudio tendría que incluir los pecados de Adán, Caín, Noé, Nadab, Abiú, Coré, Datán, Abiram, Aarón, Moisés, Acán, Elí, Saúl, David, Salomón, Pedro, Pilato, Judas, Ananías, Safira y Saulo de Tarso.

Cuando un hombre construye una máquina intrincada, compuesta de muchas partes, él espera que cada parte de la máquina permanezca en su puesto y que cumpla la función específica que se le ha asignado. La acción separada de una de las partes echaría a perder todo. La creación también está compuesta de muchas partes. Ahora bien, de acuerdo con su funcionamiento actual hay en ella un gran número de voluntades que actúan independientemente y causan confusión. Sólo Dios puede corregir este desorden. Y Dios hará esto en el tiempo debido y según su modo.

Así como no hay explicación racional del universo —un sistema de orden que abarca todas las leyes del movimiento de las estrellas, y de allí para abajo hasta incluir las leyes que rigen la vida de todo cuanto existe— fuera de la verdad de que Dios es el Diseñador, y el Sustentador de todo, así todo lo que se incluye en el carácter moral deriva sus valores de Dios. No debe haber más problema en reconocer a Dios como la fuente de lo moral que el que pueda haber para reconocerlo como fuente de lo físico y de lo intelectual. Si realmente existiera alguna estrella errante, que tuviera su centro de gravedad separado de todas las fuerzas de atracción del universo, tal estrella serviría para ilustrar la inteligencia creada, que está capacitada para un gran propósito, pero que sostiene sólo remotas relaciones con su Fuente, como si estuviera separada de Ella, desafiando injustificadamente los elementos de carácter santo de los cuales dependen todos los valores morales y de los cuales surgen todas las obligaciones. En realidad, Judas compara a “algunos hombres . . .

impíos” con “estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas” (Jud. 1:4, 13). Así como se les impone a los elementos físicos la necesidad de permanecer dentro de los límites en que fueron colocados por mandato del Creador, si han de ser útiles al fin para el cual fueron creados, así, y en grado aún más importante, se les impone a los seres morales la necesidad de permanecer dentro de los límites en que fueron colocados por mandato del Creador, si éstos han de conocer la plenitud eterna de la vida y de la experiencia que el infinito amor y la infinita sabiduría les proponen. Fuera de esta permanencia razonable sólo puede haber *negra oscuridad*; pues aparte de Dios no existe luz, y el hombre separado de Dios, como no tiene poder para generar luz, está *lleno de tinieblas*.

El pecado combina usualmente un aspecto inmoral con el pecado de la desobediencia; y lo que eso significa delante de Dios no se nos pudiera revelar completamente.

Repetimos que el carácter perverso del pecado se refleja en las penalidades que se le imponen al que lo comete. La condenación de Satanás, la condenación de los hombres no regenerados y todos los sufrimientos de esta vida dan testimonio de que esa verdad es cierta; y se puede creer que cualquier pecado que cometa cualquier criatura es tan perverso, según la estimación divina, por causa de la posición en que se encuentra el pecador. El pecado trajo la ruina a incontable multitud de seres.

La absoluta independencia de Dios por parte de la criatura, ya sea ángel u hombre, es el principio básico del mal. Se manifiesta de muchas maneras. El profeta Isaías declara: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is. 53:6). El sabio Salomón dijo: “En las muchas palabras no falta pecado” (Pr. 10:19); “Peca el que menosprecia a su prójimo” (Pr. 14:21); “El pensamiento del necio es pecado” (Pr. 24:9). Y en el Nuevo Testamento leemos: “. . . todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Ro. 14:23). “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado” (Stg. 4:17). “El pecado es infracción de la ley” (1 Jn.3:4). “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Ti. 6:10). Así nos indican las Escrituras el carácter amplio y complejo de las diversas manifestaciones del pecado, pero en cada caso, ya sea de la doctrina o de la experiencia humana, el pecado original se halla en la esfera de la relación de la criatura con el Creador.

IV. DEFINICIONES GENERALES

Al entrar al amplio campo de la definición del pecado, surge una

distinción aparente entre el estado del corazón que impulsa hacia el pecado y el acto manifiesto del pecado en sí. En el caso de Adán, quien pecó sin que hubieran intervenido para ello ningunos incentivos de ninguna naturaleza de pecado, es evidente que su acto pecaminoso estuvo precedido y preparado por el consentimiento de su voluntad, y que, cuando él ya había determinado cómo iba a proceder, es decir, cuando ya estaba dispuesto a desobedecer a Dios, ya había pecado potencialmente. Esa actitud previa al acto de desobediencia pudiera definirse como un *estado* de pecado. Debe notarse, por tanto, que si a él se le hubiera impedido contra su voluntad el acto manifiesto del pecado de desobediencia, sin embargo, su actitud hubiera sido condenable por causa de su intención y de su voluntad. En el caso de la posteridad de Adán, toda la cual heredó la naturaleza de pecado, la cual incita a todos sus componentes incesantemente a pecar, existe en ella un constante estado de pecado, del cual sólo pueden librarse los que acuden al poder preventivo del Espíritu Santo. Por tanto, el pecado se define algunas veces como un estado del corazón o de la mente. Ya se ha escrito mucho sobre el tema del pecado desde el punto de vista de su enfoque físico; pero tales consideraciones son a menudo especulativas, y no tienen la intención de estudiar el carácter perverso del pecado tal como lo establece la Biblia. Siguiendo estas ideas especulativas se puede admitir que el pecado es una acción de la voluntad —ya sea una abierta omisión o una comisión— pero detrás de la voluntad se halla el corazón perverso. Cristo hizo hincapié en esto cuando dijo: "... lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre" (Mr. 7:20-23). La naturaleza del hombre caído es perversa, sea que expresa su verdadero carácter mediante actos manifiestos o que no los exprese.

Con el título *Modern Theories of Sin*, el Dr. W. H. Griffith Thomas (siguiendo a Orchard) presenta cuatro teorías que son las que citamos a continuación. Como son tan claras sus palabras, no agregaremos ningún comentario:

"(1) Teorías que le atribuyen el pecado a la voluntad del hombre (representadas por Kant, Coleridge y Müller).

"(2) Teorías que consideran que el pecado es una necesidad (sus representantes son Schelling, Weisse y Hegel).

"(3) Teorías que buscan la explicación del pecado confinándolo dentro de los límites de la religión (representadas por Schleiermacher y Ritschl).

“(4) Teorías que buscan la explicación del pecado en la observación empírica (representantes: Pfleiderer y Tennant)” (*The Principles of Theology*, pág. 170).

La definición general con respecto al *pecado personal* puede incluir dos aspectos: (a) el pecado contra Dios, y (b) el pecado contra la ley. Se logra una verdadera distinción entre el pecado contra la Persona de Dios —que se puede indicar con términos como *impiedad*, *profanación*, *egocentrismo*— y el pecado contra el gobierno moral de Dios, el cual se expresa en forma más apropiada con las palabras *transgresión*, *rebelión*, *desenfreno*. Esta biforme división parece que comprende todo lo relacionado con la definición. Y parece que se pueden investigar todas las tendencias de las obligaciones del hombre a lo largo del desarrollo de estas dos relaciones. Estas dos formas de responsabilidad, que son *interdependientes*, son también inseparables. No se puede concebir ninguna relación con Dios que no reconozca su santa voluntad y su ley; ni tampoco se puede descubrir ninguna autoridad en su santa voluntad y en su ley que no se base en su santa Persona. La relación del hombre con Dios es una relación esencialmente de *estado*, mientras que la relación del humano con la voluntad de Dios es una relación de *acción*. El término general que en griego significa *pecado* es *ἁμαρτία*, el cual indica que se ha errado el blanco ideal que estaba establecido. Este blanco ideal es el carácter esencial de Dios, el cual se les hace conocer a los hombres por medio de la voluntad revelada del Señor o sea por medio de su ley. Concentraremos, pues, nuestra atención en estos dos aspectos del pecado y en el orden indicado:

1. EL PECADO CONTRA LA SANTA PERSONA DE DIOS. Los filósofos han debatido desde hace mucho tiempo la cuestión sobre si los hombres están capacitados para llegar a tener una distinción consciente entre el bien y el mal; si las leyes que él mismo hace —aunque las haga por medio de su comprensión limitada— son un reflejo de sus propios ideales o se derivan de Dios. Teóricamente, ésta es la cuestión sobre si la voz de la consciencia —la intuición del hombre con respecto a lo correcto y verdadero— es directa o indirectamente la voz de Dios, o sólo hemos de reconocerla como un factor natural del ser del hombre. Ya le dedicamos tiempo a este tema en un capítulo anterior de esta misma obra en el cual afirmamos que parece que la consciencia está sobre las otras facultades del ser del hombre como un monitor o juez, como una voz que está aparte del intelecto, de las sensibilidades y de la voluntad; es, sin embargo, una voz que puede ser impedida, pero que no puede ser silenciada. Por otra parte, puede ser estimulada de tal manera que podamos tener un agudo discernimiento. ¿Ha creado Dios un

instrumento que es capaz, por medio de sus propios recursos, de combatir por lo que es recto? ¿O es la consciencia la voz inmediata de Dios que habla al ser interno del hombre? Hay algo que es cierto: que Dios es el Bien original y que todo el bien del universo se deriva de Dios. La idea insostenible de que el bien es un principio eterno al cual Dios se adhiere, o aquella de que el bien es lo que es por el hecho de que Dios le ha asignado arbitrariamente el carácter que posee —que El hubiera podido de la misma manera hacer que el mal fuera bueno, si así lo hubiera preferido— no necesitan que las refutemos aquí. Puesto que Dios mismo es el Eterno, Inmutable en su infinita santidad, no tiene que suscribir ningún principio ni sujetarse a él. El es el Principio. Lo que es bueno y cierto no es la ley que gobierna a Dios; El es la fuente de estas virtudes. El no es en ningún sentido la fuente del mal ni de la mentira. El mal y la mentira no tienen fuente de origen. Hubo un tiempo cuando el mal sólo se podía considerar como una posibilidad; pero el bien, como todos los atributos divinos, en su más sublime realidad, tiene la misma existencia eterna que le corresponde a Dios. Hubo un tiempo —si se puede considerar tiempo— cuando el mal era sólo una previsión; todavía vendrá un tiempo —si así puede llamarse— cuando el pecado sólo será un recuerdo. El bien es inmutable desde la eternidad hasta la eternidad.

El efecto que tuvo el pecado en Dios y en su actitud hacia el mal se manifiesta en el plan mediante el cual El salva al perdido. Es muy poco lo que comprenden muchos que predicán el Evangelio sobre el hecho de que la gracia de Dios que salva al perdido no es solamente una bondad ni una generosidad por parte de Dios. El hubiera podido salvar las almas sin necesidad del sacrificio de Cristo, si ése hubiera sido el caso. Era necesaria, sin embargo, la muerte de su Hijo como sacrificio por el pecado, pues Dios no podía comprometer su carácter santo al darle poca importancia al hecho del pecado. La misma estructura del Evangelio consiste en que Dios es infinitamente justo en su actitud hacia los pecadores, lo cual significa condenación perfecta y eterna, a menos que queden completamente satisfechas las demandas de la santidad divina. Dicho de otro modo, cualquier cosa que se haga para salvar al perdido tiene que hacerse de tal modo que preserve sin mácula el carácter de Dios. A algunos les ha parecido digno el concepto de que Dios es tan liberal y magnánimo que abandona sus santos requerimientos, sin tomar mucho en cuenta que el hecho de apartarse de sus santos juicios sería igual a perder hasta el último vestigio de la base de la justicia sobre la cual descansa su trono, la cual ciñe su gobierno y sostiene su carácter inmutable. Si Dios salvara a un alma de la condenación que pesa sobre ella por

causa del pecado, moderando la condenación, o amando al pecador de tal manera que retirara o renunciara a alguna parte de las demandas de su santidad contra el pecado, para que el alma pudiera ser salva, Dios, a su vez, estaría perdido; su Ser esencial quedaría arruinado por el compromiso con el pecado; entonces El mismo necesitaría ser salvo de la disolución. Esa clase de verdad nunca se ha presentado con fuerza suficiente, ni podrá presentarse, pues la lengua humana es incapaz de expresar ese horrible deshonor contra Dios, que, en ese caso, estaría escondido en el llamamiento del Evangelio que ofrece salvación sobre la base de la caridad divina y no sobre la base de la sangre eficaz de Cristo. Si los hombres nunca hubieran predicado otro mensaje, sino el de que el pecado es excesivamente perverso, tanto que sólo puede perdonarse por causa de la sangre que derramó una de las tres Personas de la Trinidad, y que este sacrificio ilimitado era tan necesario para la cura del pecado de un solo individuo como lo es para los pecados de muchos, se hubiera logrado una mejor comprensión de la actitud divina hacia el pecado. Dios tiene que ser *justo*, y en realidad lo es cuando justifica al impío por el solo hecho de *creer* en Jesús (Ro. 3:26). La predicación de cualquiera otra cosa merece la abominación de que se nos habla en Gálatas 1:8, 9.

Lo que hemos defendido hasta este momento, ha tenido por finalidad el hacer hincapié en una verdad esencial: que el pecado es lo que se hace contra Dios. Afecta a Dios en forma inmediata y directa; y afecta también al que lo comete, en gran parte por medio de la reacción que surge por causa de la influencia primaria de todo acto pecaminoso en la Persona de Dios. Con respecto al hecho de que Dios observa el pecado, está escrito: "Porque sus ojos están sobre los caminos del hombre, y ve todos sus pasos" (Pr. 34:21). "¿No demandaría Dios esto? Porque él conoce los secretos del corazón" (Sal. 44:21). "Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro" (Sal. 90:8). "Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dijo Jehová el Señor" (Jer. 2:22). Hay dos testimonios que se encuentran en la Biblia, los cuales declaran que el pecado es directamente contra Dios: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio" (Sal. 51:4). "Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo" (Lc. 15:21). Además de la condenación que se impone por causa de la naturaleza de pecado, el pecado personal tiene que ser juzgado y, en efecto, lo será. La santidad divina será la norma que se aplicará en ese juicio. Muy distinta, sin embargo, es la

relación del cristiano que peca para con Dios. El cristiano también está sujeto al castigo, pero no está sujeto a condenación.

Además de la ofensa que el pecado constituye contra el gobierno de Dios, y además de la injuria que representa contra lo que es indiscutiblemente propiedad de Dios, por causa de su naturaleza inmoral, el pecado ultraja e insulta a la Persona santa de Dios. El es infinitamente puro y justo. El antiguo profeta dijo: "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío el más justo que él? (Hab. 1:13). Y el apóstol Juan escribe: "Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Jn. 1:5). El apóstol Santiago también declara: "Dios no puede ser tentado por el mal, ni el tienta a nadie" (Stg. 1:13). Cuando esta verdad se considera aparte de todas las relaciones, no hay argumento con respecto a la santidad de Dios; sin embargo, la santidad de Dios es la mismísima verdad que sirve para medir la perversidad del pecado. El hecho de que Dios es trasparentemente santo es el que les concede significado a los términos *maldad*, *profanación* e *impiedad*.

Si se concediera algo de atención desprejuiciada a este tema, no resultaría irracional que Aquel que le da al hombre su existencia, que planea todo lo que es bueno para el hombre en el tiempo y en la eternidad, el que crea y arregla todo lo que le sirve al hombre de ambiente y de comodidad, que ejerce una providencia que provee y que protege, el que mediante el pago de un costo infinito prepara un remedio para el pecado y para el fracaso del hombre, que ama al hombre con amor infinito y desea que, aunque se encuentre caído en el pecado, reciba las más ricas bendiciones, siendo El mismo diáfananamente santo, se siente ofendido e insultado por causa del rechazamiento que le hace el hombre, por el insulto a su carácter moral y por su rebelión contra la santa voluntad divina. Y nadie debiera sorprenderse de que, por causa de su inmutable justicia, El no puede olvidar el pecado, sino que tiene que demandar el pago del precio de la Redención, de la reconciliación y de la propiciación. Y solo El pudiera hacer ese pago. El hombre tiene que incluir todo esto en el cálculo con respecto a lo que entra en su salvación. No debe parecer raro que la salvación se restrinja a la fe en que Dios salva por medio del poder salvador de Cristo, ni tampoco que se considere el hecho de que el pecador rechace a Cristo el Salvador como el insulto más grande y peor contra Dios.

a. LA TEORIA DE QUE EL PECADO ES EL EGOISMO. Estrechamente relacionado con el hecho de que el pecado es la rebeldía contra Dios está el argumento ampliamente aceptado de que

el pecado es el egoísmo, o el egocentrismo en alguna forma. Esta teoría afirma que tuvo sus defensores en los primeros días de la Iglesia. La defendió el Dr. Julius Müller, cuya obra *The Christian Doctrine of Sin*, ha sido aceptada por la erudición devota, desde hace largo tiempo, como el tratado más completo y más digno sobre este gran tema. También la han defendido posteriores teólogos, especialmente el Dr. Augustus H. Strong. Este asunto en realidad puede enfocarse mediante una investigación sobre si el pecado es egoísmo, o si, más bien, el egoísmo es pecado. La diferencia entre estas dos proposiciones es obvia, y este asunto no debe dejarse pasar por alto sin la debida atención.

Ya se presentó un amplio argumento en esta obra para probar que la esencia del pecado, tal como fue cometido la primera vez por el más elevado de todos los ángeles y posteriormente por el primer hombre, fue un acto tanto egoísta como voluntarioso; un apartamiento de aquello que, por cuando había sido propuesto por Dios, era la verdad de Dios y siempre tendrá que serlo. La mentira llegó a sustituir esta verdad, y en ello iba incluido no sólo el rechazamiento del hombre contra Dios, sino también la adopción de un plan impío que no es otro que el presente sistema del *cosmos*. El comienzo del pecado, del primer pecado, es naturalmente la norma y el modelo de todo pecado. Es decir, lo que hizo Lucero es, con respecto a su naturaleza vital, el modelo de todos los pecados subsiguientes. En relación con esto se ha notado también que el último pecador del programa satánico, el hombre de pecado, tendrá el mismo propósito impío. Con respecto a él está escrito que "... se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios" (2 Ts. 2:4). Aunque siempre hay un campo muy amplio que está abierto para las múltiples manifestaciones del pecado, éste es, en su naturaleza esencial biforme: por una parte, el rechazamiento de Dios; por otra, la promoción de sí mismo. La oposición contra Dios y la exaltación del yo surgen indudablemente del mismo motivo egoísta. Es verdad lo que a menudo se afirma: que el egoísmo en todas sus formas constituye lo opuesto del amor que sacrifica, pues el egoísmo equivale al amor propio. Basados en esto, muchos han razonado con el Dr. Müller y el Dr. Strong, que son los más efectivos, que el amor es la primera obligación en el cumplimiento de la ley, como se nos declara en Mateo 22:27-40: "Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." Y en Romanos 13:10, leemos: "El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley

es el amor” (comp. Gá. 5:14; Stg. 2:8). Según esto, la falta de amor tiene que ser el pecado que incluye a todos los demás. Si no se reconoce la diferencia que hay entre el estado o naturaleza de pecado y su forma externa o manifestación, tiene que surgir la confusión. En general, el amor objetivo es una manifestación; pero, aunque se considere que es un estado del corazón, la persona no regenerada necesita más que una revolución en sus emociones. Esa persona, en vez de cumplir la ley mediante el ejercicio del amor, hace “la voluntad de la carne y de los pensamientos” (Ef. 2:3). Sin embargo, si fuera capaz —hipótesis que se admite ser imposible— de ejercer el amor, todavía carecería de aquellas grandes transformaciones que constituyen la salvación. En otras palabras, si la salvación del pecado puede lograrse mediante la adopción de una vida que se caracterice por el amor —aunque eso se logre con la ayuda divina— esa salvación sería por *obras*; esa salvación surgiría del hombre; y toda la gloria sería para el hombre. Si, como sucede a menudo, se restringe el problema a los pecados personales, aun estos están en algunos casos desprovistos del elemento egoísta. No es obligatorio que esté presente el elemento egoísmo en la malicia, ni en la enemistad contra Dios, ni siquiera en la incredulidad.

Se puede concluir que una parte de cualquier cosa no puede ser nunca el todo. El amor a Dios y al hombre no es todo lo que hay en el carácter santo, así como el amor egoísta no es todo lo que hay en el pecado. El altruismo de Cristo no agota sus virtudes, ni el egoísmo de Satanás agota la iniquidad que hay en él. Para el cristiano se puede decir que, aunque Cristo insistió mucho en el amor (comp. Jn. 13:34, 35; 15:12), El nunca indicó que el amor es lo único que se exige del hombre. Cuando El dijo: “guardad mis mandamientos”, difícilmente pudiéramos decir que sólo se refería a uno de ellos. El pecado es cualquier falta de conformidad con el carácter de Dios. Es cierto que “Dios es amor”; pero también es cierto que El es mucho más que eso: El es *verdad*, El es *fidelidad*, El es *justicia*. Cuando la Biblia declara que la desobediencia es pecado, que la falta de fe es pecado, que el no hacer lo que se sabe que es lo bueno es pecado, no implica que, si se practica el amor, se corregirán todos esos males.

2. EL PECADO CONTRA LA LEY. El vocablo *ley* nos obliga a que le demos en el presente estudio un amplio significado, el cual debe incluir toda forma de voluntad revelada de Dios: (a) Las primeras comunicaciones de Dios a los hombres, que fueron preservadas por la tradición, (b) la consciencia humana, (c) la dirección espiritual que Dios otorga, (d) la Palabra de Dios que se halla en forma escrita, con sus aplicaciones para las diversas eras. Consideraremos estas formas de la ley de Dios en forma separada y

en el orden indicado:

a. LAS PRIMERAS COMUNICACIONES DE DIOS A LOS HOMBRES, QUE FUERON PRESERVADAS POR LA TRADICION. Este aspecto de la ley de Dios llena un amplio espacio de la historia humana. Aparentemente, ese fue el único sistema de gobierno para la vida humana que existió desde Adán hasta Moisés. Esas manifestaciones fueron las que determinaron la distinción entre el bien y el mal, tal como lo encontramos escrito con respecto a nuestros primeros padres. Ese fue el motivo de la separación entre Caín y Abel. Y sobre esa base fueron juzgados los antediluvianos; sobre esa base fueron condenados. Ese fue el motivo que hizo que los subsiguientes pueblos gentiles llegaran a ser aborrecibles ante Dios. Y a esas comunicaciones precisamente conformaron sus vidas Enoc, Noé, Job, Abraham, Isaac, Jacob y José. Jehová declaró a Isaac con respecto a su padre Abraham, el cual vivió 500 años antes de darse la ley: "Por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes" (Gn. 26:5). Hay una expresión similar en Génesis 18:19 ("el camino de Jehová"), que evidentemente reconoce que un edicto o mandato rigió en todos esos siglos de la primitiva historia. Sería difícil determinar hasta qué grado se preservaron estos primitivos requerimientos. El reconocimiento de la buena conducta y de la equidad que existe en los paganos tiene que deberse, hasta cierto punto, a las manifestaciones originales no escritas de esta ley de Dios, que fue divinamente revelada.

b. LA CONSCIENCIA HUMANA. Volvemos otra vez a la consideración de aquella misteriosa facultad del hombre natural, es decir, que está dentro de él, la cual se conforma no sólo con lo que *es*, sino, aún más, con lo que *debe ser*; esa facultad que, por la misma razón, trasciende lo moral, lo intelectual, lo afectivo y la voluntad, que es el juez de todos esos aspectos de la personalidad. La conciencia, aunque actúa como juez, no ejecuta sus decretos. Habiendo declarado lo que debe ser, con una claridad que sólo corresponde a su competencia, la conciencia tiene que depender del espíritu del hombre para que, por medio de su voluntad, ejecute los decretos. En un sentido más amplio, esta facultad vital del ser del hombre que gobierna y, sin embargo, no ejecuta sus juicios, es la *ley moral* de Dios. La ley en su forma escrita sólo presenta declaraciones generales sobre aquello que es aplicable en principio a aquellos a quienes se dirige. No puede indicar las obligaciones específicas que surgen en relación con las circunstancias cambiantes y peculiares de los individuos. La conciencia sola puede guiar en estos detalles de la vida. Obviamente, lo que acabamos de decir se puede aplicar al no regenerado; pues existe una relación diferente y una responsabilidad

distinta para el regenerado quien, por el hecho de que en él mora el Espíritu Santo, tiene el privilegio de ser guiado por El. Además, Dios ha hablado de una manera particular a los judíos, y de otra manera particular a los cristianos, teniendo en cuenta las diferentes relaciones de cada uno de estos grupos con El; pero estas formas de hablar Dios, como la voz interna de la conciencia, son sólo proclamaciones de la ley moral que procede de Dios y es la afirmación de su naturaleza santa. Este concepto de la ley no presupone que el mal en el individuo debe corregirse, sino que es una dirección primaria positiva, un acto de señalar el camino a aquellos que de otra manera no lo conocerían. Aun las leyes humanas se basan, hasta cierto punto, en la revelación divina, y generalmente se aceptan o se rechazan según la conciencia, o según las convicciones de la verdadera conciencia de aquellos a quienes se encomienda la autoridad. Es cierto que las autoridades humanas han confundido algunas veces su autoridad para actuar con su poder de actuar, por el hecho de que han supuesto que el poder es el único que determina lo que es correcto; pero el hecho de que surge una gran resistencia a tal perversión apoya fuertemente el argumento de que existe en los hombres la *ley moral* como un sentido innato de lo que es justo en contraste con lo que es injusto. Así la conciencia como un rasgo de la ley moral coincide con las otras formas de ley y, normalmente proclama aquello que Dios exige. La violación de la conciencia, en tanto que ella afirma su autoridad, es pecado.

c. LA DIRECCION ESPIRITUAL QUE DIOS OTORGA. En este aspecto de la voluntad que Dios nos ha revelado sólo se puede incluir al cristiano. Es posible que el hijo de Dios rechace la dirección que le ofrece el Espíritu. La vida carnal va en oposición a la mente del Espíritu; sin embargo, la palabra *carnal* se les aplica a los cristianos (comp. 1 Co. 3:1). Reservaremos lo relativo a este amplio tema para darle una consideración completa posteriormente.

d. LA PALABRA DE DIOS QUE SE HALLA EN FORMA ESCRITA, CON SUS APLICACIONES PARA LAS DIVERSAS ERAS. Para el efecto de este punto de nuestra tesis, la definición más común de pecado es la evidencia, es decir, que el pecado es *ἀνομία* —violación de la ley, o *desobediencia*. El apóstol Juan declara que "... el pecado es infracción de la ley" (1 Jn. 3:4). Se le ha prestado cierta atención al asunto sobre si esta definición es completa o restringida. Esto lo hicimos cuando tratamos de lograr una definición apropiada del pecado. Allí observamos que cualquier falta de conformidad con la ley revelada no es un concepto suficientemente

amplio sobre el pecado; porque puede haber mucho en el carácter de Dios que no tenga expresión específica en ninguna ley revelada; así como también la falta de fe es pecado, y sin embargo, todo pecado no es falta de fe; y saber el bien y no hacerlo es pecado, pero no todo pecado consiste en la falta de hacer el bien; y, repetimos, el amor al dinero es la raíz de todos los males; pero todos los males no están incluidos en el amor al dinero. Del mismo modo, la desobediencia es pecado; pero no todo pecado consiste en la violación de algún código escrito. Puesto que la ley escrita representa de la mejor manera todo lo relativo a los requerimientos divinos, se debiera hacer gran énfasis en la verdad profunda de que transgredir la ley, aquella ley que se le dirige a uno, es la desobediencia más específica que sólo se puede comparar con aquella desobediencia mediante la cual ángeles y hombres cayeron. La pregunta No. 24 del *Catecismo Mayor de Westminster* se concreta a la solemne verdad con respecto al pecado y la ley. Dice así: “¿Qué es el pecado?” Y la respuesta que se da es clara en lo que afirma: “El pecado es cualquier falta de conformidad con la ley de Dios, o cualquier transgresión de ella, pues esa ley se le ha dado como regla razonable a las criaturas.”

Ninguna discusión con respecto al pecado en su relación de oposición con la ley pudiera ser cierta sin incorporar alguna exposición de 1 Juan 3:4-10. El significado más profundo de este pasaje sólo podrá entenderse cuando se tiene en mente la distinción entre el pecado del regenerado y el de aquel que no ha nacido de nuevo. Posiblemente no haya otro pasaje de la Biblia que contribuya tanto con respecto a este tema como éste de Juan. Es cierto también que son pocas las porciones de las Escrituras que han estado sujetas a tan variadas interpretaciones como ésta. Dicho pasaje establece una distinción entre el pecado que tiene su origen en Satanás y la justicia que tiene su origen en Dios. Esta justicia se refiere a la conducta (no la conducta que genera justicia como base para poder estar delante de Dios, sino la conducta que es estimulada a cumplir los deberes de rectitud por causa de la correcta posición que en la justicia divina se le atribuye a todo aquel que cree en Cristo). Ya se consideró este pasaje en forma general, pero es necesaria una consideración más amplia y esencial ahora mismo.

Probablemente, la expresión clave de este pasaje es: “... el pecado es infracción de la ley” (v. 4). El verbo *es* de esta expresión también se puede traducir *es equivalente a*. En los capítulos precedentes de este volumen, hemos presentado evidencias que prueban que el pecado lo comenzó Satanás en el cielo; por lo cual él fue el originador del pecado. También demostramos que el pecado, en su carácter esencial, es un apartamiento en desobediencia del

propósito y de la voluntad de Dios. Este pasaje de Juan está de acuerdo con la característica más distintiva del pecado, es decir, la *desobediencia*. El Apóstol incluye aquí *toda* clase de pecado, y no *alguna* clase de pecado. El pecado es la desobediencia contra Dios y contra todo lo que es de carácter santo, contra todo lo que exige su carácter santo. Si se admitiera la interpretación de que en este pasaje sólo se tienen en cuenta algunos pecados, habría cierta explicación, que algunos han *supuesto* que es cierta, para las enérgicas declaraciones que siguen en el mismo pasaje.

La teología católica romana distingue entre pecado mortal y pecado venial. Agustín, Lutero y Beda el Venerable, en armonía con el tenor de esta Epístola, trataron de restringir el significado de esta forma de pecado al pecado contra el amor fraternal. Otros han restringido su significado al pecado *moral*. Sin embargo, el pasaje es claro en sus declaraciones. De la manera más evidente se refiere a *todo* pecado, y no sólo a los pecados *malos* en contraposición con los pecados *buenos*. El pasaje afirma certeramente cuál es el carácter del pecado (tal como lo indica la palabra griega *ἀμαρτία*): la desobediencia. Esta clase de desobediencia es en realidad extraña a la Redención del cristiano, al nuevo nacimiento del Espíritu y a la presente posición del creyente *en Cristo*. En el versículo 5, el Apóstol se refiere, dentro de un paréntesis, a la base de la gracia salvadora: “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.” No hay necesidad de suavizar, mediante modificaciones de ninguna clase, la declaración incalificable del versículo 6: “Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” Cuando el individuo permanece en El, el pecado de la desobediencia queda excluido. Por el lado opuesto, el pecador desobediente no ve a Cristo ni lo conoce. Hay algunos que han introducido aquí una explicación para esta declaración (“todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido”). Han señalado que la visión y la comprensión del cristiano se embotan por causa de la práctica del pecado, y que esta verdad no podría negarla ningún creyente cristiano que haya tenido la amarga experiencia del efecto del pecado sobre su propio corazón. Debe observarse, sin embargo, que el contraste que se establece en este pasaje no es entre el cristiano espiritual y el que no es espiritual, sino entre el que es hijo de Dios y el que es hijo de Satanás.

La declaración del versículo 7, que se dirige a los “hijitos” de Dios, es sumamente necesaria y vital. Allí está escrito: “Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo.” Este versículo, pues, declara que el que practica la justicia es, por causa del nuevo nacimiento, participante de la justicia que Dios adjudica.

Esa persona no solo *hace* justicia, sino que es *justa* por causa de su eterna posición en Cristo. Del mismo modo, el que practica la desobediencia (v.8) es del diablo.

Se nos aclararía mejor el pasaje si tomáramos primero la declaración culminante del versículo 10: "En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios." La palabra *esto* se refiere a la libertad para practicar el pecado con desenfreno. El versículo 9 nos dice: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." Cualesquiera que sean las cualidades que se tengan en cuenta en la expresión "no practica el pecado" (literalmente, *no peca*), se está hablando de *todos los que son nacidos de Dios*. No hay ninguna parte de este pasaje que haya sido más tergiversada por la exposición torturante que el versículo 9. Sin embargo, la verdad que allí se nos revela es sólo la conclusión lógica de lo que se acaba de decir con respecto al pecado de desobediencia. En este pasaje no hay ninguna base para afirmar que existe la doctrina de la perfección impecable en el caso de algunos cristianos y que no es real en todos los cristianos. Se debe recordar que el Apóstol ya había hecho la advertencia contra tales conclusiones (1:8-10). Tampoco enseña la Biblia en este pasaje, ni en ningún otro, que el cristiano no peca. Lo que sí enseña es que el cristiano retiene su naturaleza que heredó de Adán, la cual es carnal hasta el día de su muerte, y que si no fuera por el poder renovador del Espíritu Santo, habría pecado en la vida del cristiano. Hay una diferencia importante entre las expresiones *no poder pecar* y *poder no pecar*. Esta última corresponde a las provisiones divinas. La Biblia enseña también que el cristiano, en el cual mora el Espíritu Santo, posee una nueva norma con respecto a lo que es bueno y lo que es malo. Con su conducta puede entristecer o no entristecer al Espíritu Santo. Hay un ilimitado sufrimiento del corazón para el hijo de Dios que comete el pecado de desobediencia. Las Escrituras abundan en ilustraciones de estos sufrimientos en las vidas de los santos cuyas biografías se encuentran en ellas. David compara este sufrimiento del corazón cuando se comete el pecado de desobediencia con el envejecimiento de sus huesos en medio del gemir de todo el día; y declara que la mano del Señor se agravó sobre él, y que su verdor se convirtió en sequedades de verano (Sal.32:3,4). Pablo, por causa de que no podía lograr sus ideales espirituales, dio testimonio de que era un hombre "miserable." Se puede concluir, entonces, que el verdadero hijo de Dios no puede cometer el *pecado de desobediencia*, sin ser presa de grandes sufrimientos, y que esos sufrimientos se deben a la presencia

de la simiente o naturaleza divina en él. Esta reacción de la naturaleza divina contra el pecado en el creyente cristiano, la cual no pudieran experimentarla nunca los no regenerados que no tienen el Espíritu Santo (Jud. 19), constituye la base de la distinción entre los que son hijos de Dios y los que no lo son. En la Palabra de Dios se hallan muchas otras revelaciones que sirven para aclarar el carácter específico del pecado del cristiano. Algunas de estas aparecerán a medida que avance nuestro estudio.

Hasta cierto punto hay un elemento indefinido en la ley de Dios que se expresa por medio de la conciencia y por medio de la dirección del Espíritu Santo; pero tal elemento no hace falta en la ley de Dios que está incorporada en las Escrituras de Verdad. La ley escrita aparece en tres formas principales, según su aplicación a tres diferentes eras. La primera de esas formas se conoce con el nombre de Sistema Mosaico o Ley Mosaica, la cual era sólo para Israel, y estuvo en rigor solamente desde el monte Sinaí hasta la muerte de Cristo en la cruz. La segunda forma es la instrucción celestial que Dios les da a los cristianos que, habiendo sido perfeccionados en Cristo, son llamados a andar dignamente de acuerdo con su vocación celestial. La tercera forma de la ley de Dios será la que regirá en el reino futuro y que, sin duda, se extenderá hasta los gentiles que participen en el reino con los judíos, como norma de vida, para que así puedan disfrutar también de las bendiciones terrenales de Israel. La diferencia entre estas reglas dominantes de conducta, el tiempo de su aplicación y los castigos relacionados con cada una de estas formas son aspectos que estudiaremos en el tomo que trata sobre la doctrina de la Iglesia. Al intentar una vista global de los tiempos y modos en que Dios ha tratado con los hombres, tenemos que concederle atención, como ya se indicó, al período que transcurrió entre Adán y Moisés, o sea el período anterior a la ley (Ro.5:13; comp. Gn.26:5). Con la misma finalidad debe observarse que Dios casi no dirigió instrucciones de ninguna clase a los gentiles en forma directa. Con respecto a ellos, la Biblia dice que “no tienen ley” (Ro.2:14), y su condición se describe completamente en Efesios 2:12: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.” Volvemos a repetir, sin embargo, que ninguna promesa o regla de vida se les impone a los salvos de la era presente, sean judíos o gentiles. A ellos Dios les dirige advertencias, así como lo hace con las naciones (Sal. 2:10-12); pero su mensaje principal para el no salvo es una invitación que está incorporada en el Evangelio de la divina gracia.

El Dr. Julius Müller proclama un claro reconocimiento de la

verdad importante de que la ley de Dios se presenta en varios sistemas que corresponden a pueblos específicos de diversas eras:

“Es evidente, según las indicaciones que aquí se nos dan con respecto a la relación de la ley moral con la conciencia del hombre, que su elevación a una claridad siempre creciente de convicción subjetiva depende del desarrollo progresivo del espíritu humano generalmente; y de allí debe también deducirse que la ley moral tiene que exponerse a turbaciones y oscurecimientos en individuos y naciones, a través de las fuerzas de las propensiones y tendencias de la voluntad que se esfuerza contra ella. Por tanto, sucede que la revelación positiva de la ley moral —la promulgación de una ley— halla su lugar apropiado en la serie de manifestaciones de Dios al hombre. La ley de Moisés, en sus preceptos morales, no es otra cosa que una republicación de la ley moral en su verdad intrínseca, adaptada a las necesidades de los israelitas; y, para reservar el conocimiento de ella en medio de la oscura y perversa influencia de la voluntad humana y del pecado, fue necesario concretarla por escrito para que sirviera de norma real de motivación. Pero como la ley moral estaba en este caso incorporada en un código, revestida de autoridad política externa, y entretejida con leyes rituales y civiles, la ley moral tenía que acomodarse tanto al carácter y a las relaciones históricas de los israelitas, como a los requerimientos del estado de cultura moral a que se había llegado en esa era. La exposición de ella en forma integral, tenía que ser, por tanto, limitada, y sus principios morales sólo se manifestaban en sus esquemas más amplios. La consideración desprejuiciada de la ley mosaica nos obliga a conceder que aunque ella anuncia los principios eternos de la verdadera moral, y está calculada para que produzca el conocimiento del pecado y el arrepentimiento, en la Iglesia cristiana hay un conocimiento mucho más desarrollado, por medio del poder del Espíritu Santo y el dechado de santidad de Cristo; un conocimiento mucho más desarrollado y profundo del conocimiento de la ley que el que hubieran podido darle posiblemente los israelitas por medio de Moisés” (*Ob. cit.*, Vol. I, ps. 38,39).

La ley escrita no tiene por finalidad originar el pecado. En Romanos 5:13 se declara que “había pecado en el mundo” antes de la ley de Moisés, aunque en ese tiempo, o sea hasta la ley, no se inculpaba a nadie de pecado. A la luz de todas las Escrituras que nos ofrecen testimonio sobre el período transcurrido entre Adán y Moisés, la declaración con respecto a que no se inculpaba a nadie de pecado debe entenderse que se refiere a las cosas específicas que introdujo la ley, y que llegaron a ser nuevos ideales, la infracción de los cuales se convirtió en abierto acto de desobediencia. Estos nuevos ideales, sin embargo, no estaban prescritos antes de darse la ley y, por tanto, en el tiempo primitivo, a los hombres no se les inculpaba de desobediencia a los mandamientos, puesto que todavía no se habían dado; pero había pecado en el mundo antes de promulgarse los mandamientos específicos. El mandamiento, que es “santo, justo y bueno” (Ro.7:12) mueve la reacción de la naturaleza de pecado y, por tanto, crea la discordia en la vida. Está escrito: “Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mi toda codicia;

porque sin la ley el pecado está muerto" (Ro.7:8). También afirma San Pablo: "Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Ro.4:15). "Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase" (Ro.5:2). Decir que el pecado es desobediencia es concederle una amplia aplicación, si se consideran todas las formas de la ley. Sin embargo, la afirmación de que el pecado es cualquier falta de conformidad con el carácter de Dios, es más amplia y completa.

V. TERMINOS GENERALES Y CLASIFICACIONES

Con respecto al significado preciso de los términos que corresponden a la doctrina del pecado, haría bien el estudiante de teología en estar informado sobre ellos. El término pecado es peculiar y restringido en su aplicación. Con respecto a este punto, el Dr. A. M. Fairbairn hace notar lo siguiente:

"*Pecado* es un término religioso que sólo es inteligible en el campo del pensamiento y de la experiencia dentro de la religión. *Mal* es un término filosófico, e indica toda condición, circunstancia o hecho que en cualquier manera o en cualquier grado interfiera en la completa perfección, o sea en la felicidad de ser, ya sea ésta física, metafísica o moral. *Vicio* es un término ético; es el mal moral interpretado como la mancha de suciedad que deja el acto de apartarse de lo natural. *Crimen* es un término legal que denota la violación abierta o pública de la ley que la sociedad o el estado se han formado para su propia preservación y para la protección de sus miembros. Pero el término *pecado* difiere de todos estos conceptos en un respecto: todos esos conceptos pueden pertenecer a un sistema que no conoce a Dios; pero sin Dios no puede haber pecado" (*Christian Modern Theology*, décima Ed., p. 452).

Los pecados personales se pueden clasificar de una manera más o menos exacta, según los términos bíblicos familiares que encontramos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

(1) *Transgresión*, que es marchar por un lado del camino, o salirse de los límites que Dios ha establecido.

(2) *Iniquidad*. Este término se refiere a lo que es completamente injusto.

(3) *Error*. Consiste en olvidar lo recto, en descarriarse.

(4) *Pecado*, que es no llegar al blanco, equivocarlo.

(5) *Maldad*: es la manifestación o expresión de la naturaleza mala y perversa.

(6) *Mal*. Es una palabra que se refiere a lo que es realmente incorrecto y que se opone a Dios.

(7) *Impiedad*: falta de temor de Dios.

(8) *Desobediencia*, que es la falta de voluntad para someterse a la dirección y a la guía en los caminos de la verdad.

(9) *Incredulidad*: falta de confianza en Dios. "... sin fe es imposible agradar a Dios." La incredulidad aparece como el único pecado habitual que es de carácter universal. Los hombres no tienen pecados habituales diversos. Cada persona se distingue por su propio fracaso delante del Señor (comp. He.12:1,2, donde se hace referencia al "pecado que nos asecha" como algo que está en contra de la fe cuyo Autor y Consumador es Cristo).

(10) *Desobediencia en el sentido de infracción*. Esta consiste en el *menosprecio persistente de la ley divina y en la infracción de todas las restricciones*, con la finalidad de la satisfacción propia, sin tener en cuenta la admonición divina. El más brillante de todos los pasajes que tratan sobre este asunto —1 Juan 3:4-10— aparece con una traducción un tanto oscura, por causa de que se tradujo como *infracción* el término *ἀνομία*. La discusión sobre este pasaje sirve para desarrollar aquel aspecto del pecado que podemos expresar con las palabras *desobediencia en el sentido de infracción*. Este aspecto está en contraste con la justicia que impulsa al salvo, cuya naturaleza que ha recibido de Dios no puede marchar por el camino de la desobediencia. El no regenerado nos ofrece una prueba de su condición de perdido mediante su capacidad de cometer la desobediencia sin sentir ninguna tristeza en el corazón. Ellos no sienten aquel sufrimiento al cual se refiere David cuando dice: "Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano" (Sal.32:4). Cuando el hijo de Dios peca, siente por experiencia propia que está entristeciendo al Espíritu Santo (Ef.4:30). Tal experiencia lo mantiene exento de aquel descuido del alma que se expresa en griego mediante la palabra *ἀνομία*: desobediencia en el sentido de infracción. Por tanto, según 1 Juan 3:9, cualquiera que es nacido de Dios no comete desobediencia en el sentido de infracción. La presencia de la naturaleza divina en él evita que cometa tal pecado. Sin embargo, no hay ninguna referencia en este pasaje a la santidad perfecta. Esa perfección no pudiera hallarse en este pasaje, puesto que lo que allí se declara se refiere a todos los que son nacidos de Dios, y ninguno de ellos puede considerarse sin pecado delante de Dios. Del mismo modo, el versículo que sigue (3:10) declara que esta habilidad para cometer el pecado de desobediencia es la característica que distingue a los hijos del diablo de los hijos de Dios.

El pecado personal se puede clasificar según sus aspectos generales.

(1) En cuanto se refiere a los requerimientos divinos, los pecados personales pueden ser *comisiones* y *omisiones*.

(2) Con respecto a su objetivo, estos pecados se cometen contra

Dios, contra el prójimo o contra uno mismo.

(3) En lo relativo a la esfera de acción, los pecados personales pueden ser *internos* —en el alma— o *externos* —manifestados por medio del cuerpo.

(4) Por lo que respecta a la culpabilidad, la culpa puede tenerla la *persona sola*, pero también pueden participar *otras personas* (1 Ti.5:22). Probablemente no hay práctica pecaminosa que sea más difícil abandonar que aquella que se hace en participación con otros. La razón de esto es clara: uno no puede olvidar fácilmente la empresa común, como pudiera hacerlo si el asunto fuera algo personal, sin incriminar a los demás participantes y sin manifestarse superior a ellos.

(5) En lo que se refiere a la intención, estos pecados pueden ser *voluntarios* o *involuntarios*. Estos últimos pueden deberse a la ignorancia, a la pasión incontrolable o a alguna enfermedad.

(6) En relación con la perversidad, los pecados personales pueden ser *mayores* o *menores*.

(7) En lo relativo al sujeto que comete el pecado, éste puede ser *salvo* o *no salvo*.

(8) Por lo que respecta al castigo divino que se le impone a los pecados, algunos son *parcialmente juzgados en este mundo*; otros serán juzgados en el mundo venidero.

(9) En lo relativo al perdón divino, estos pecados pueden ser *perdonados*, y también pueden ser *imperdonables*. Puede verse una forma del pecado que no se perdona en el caso del pecado imperdonable, el cual sólo se cometió cuando Cristo estuvo aquí en la tierra. Tal pecado no es posible cometerlo en la actualidad, por una parte, porque Cristo no está aquí en la forma como estaba entonces, y por otra, porque la pena que pesa sobre el que comete el pecado imperdonable está en directa contradicción con la gracia divina de la salvación. No puede haber simultáneamente evangelio de salvación y pecado imperdonable.

(10) En lo referente a la causa, los pecados personales pueden ocurrir por causa de *ignorancia*, de *imprudencia*, de *negligencia*, de *malicia* o de *presunción*.

VI. EL REMEDIO DIVINO PARA EL PECADO PERSONAL

Ya discutimos el carácter específico del pecado personal. En esa discusión señalamos que el pecado personal en cualquiera de sus formas es el resultado de la naturaleza de pecado. Debe observarse,

sin embargo, que la cura divina para el pecado personal es de un carácter completamente diferente al carácter del remedio de Dios para la naturaleza de pecado. Puesto que el individuo es participante de la naturaleza de pecado por nacimiento, no se le puede inculpar de pecado por causa de su naturaleza, aunque existe la condenación, por causa de la inherente falta de conformidad de la naturaleza con Dios. Por otra parte, tanto la culpa como la sentencia condenatoria se atribuyen al individuo por el hecho del pecado personal. El remedio divino para el pecado personal consta de dos partes: *perdón* y *justificación*. Se reconoce que estos dos temas corresponden primariamente a la soteriología. Por tanto, los trataremos en ese volumen. Puesto que no hay acuerdo absoluto con respecto a los límites precisos de división, nos parece bien incorporar en esta parte alguna referencia al remedio divino para cada uno de los principales aspectos del pecado.

1. PERDON. Al enfocar la doctrina del perdón del pecado personal, bien podemos señalar tres ideas erróneas que son realmente comunes, una de las cuales se relaciona directamente con este tema. (a) La primera de estas ideas erróneas la han impuesto los escritores teológicos que, al tratar el asunto total de la doctrina del pecado, concretan la discusión al tema específico del pecado personal, práctica errónea que ha impuesto incalculables restricciones sobre la doctrina en general. (b) Otros afirman que el perdón del pecado personal es equivalente a la salvación personal. Para ellos, el cristiano no es más que un pecador perdonado. Pero son más de 33 las realizaciones divinas que constituyen conjuntamente la salvación, de las cuales el perdón es sólo una. (3) El no hacer distinción entre el perdón que se les concede a los que no habían sido salvos y el que se les concede a los que ya son cristianos es otra idea errónea. Debe ser plenamente reconocida. En este estudio la reconocemos al reservar la discusión relacionada con el pecado de los cristianos para el momento cuando se estudie ese tema general.

Como acto de Dios, el perdón es común tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Por lo que respecta a la relación de los idiomas originales de la Biblia con el inglés, la palabra *forgive* (perdonar) es una traducción de cinco diversas palabras hebreas y cuatro distintas palabras griegas. Una de las palabras que se utiliza en griego nueve veces pasó al inglés como *remisión*. En cuanto al castellano, el pensamiento fundamental que se expresa por medio de la palabra *perdón* es el de aquel acto de Dios mediante el cual El remite la deuda o injuria, o sea que libra al pecador de la deuda. Es el acto de quitar el pecado y su sentencia condenatoria de sobre el ofensor y ofensores, y colocar o imponer los justos juicios sobre

Otro. A través de todas las generaciones de la vida humana en la tierra, no hay declaración que pudiera ser más conclusiva al respecto que la que hallamos en Hebreos 9:22: "Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión." En el período a que se refiere el Antiguo Testamento, encontramos que la palabra *perdón* sólo se refiere a un acto de Dios en relación con su trato nacional o individual con el pueblo de Israel o con los judíos prosélitos. La condición de los gentiles antes de la muerte de Cristo es la que se nos describe en Efesios 2:12, donde se nos declara que ellos estaban sin Cristo, sin privilegios de ciudadanía, sin pactos, sin promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

No hay sino una pequeña porción de las Escrituras que se refiere al perdón de pecados para los gentiles en los días de Cristo. Se nos dice que algunos gentiles ofrecieron sacrificios, de lo cual tenemos que deducir que ellos también recibían perdón. Para Israel, ya sea como nación o como individuos, el perdón divino era un acto de Dios que se basaba en el cumplimiento de las ofrendas de los sacrificios (ofrendas nacionales: Nm. 14:24,25; ofrendas individuales: Lv.4:31), aunque por ser un pueblo relacionado con Dios por medio de pactos que se basaban en los sacrificios, algunas veces eran perdonados, ya nacionalmente ya individualmente (Nm.14:11-20 y Sal. 32:1-5) sobre la base de la confesión del pecado. Cuando se concedía el perdón a base de la confesión, como en el Nuevo Testamento, esto se hacía justamente posible en atención a la sangre del sacrificio. Allí se puede ver la más grande distinción entre el perdón divino y el perdón humano. El perdón humano en sus mejores condiciones lo más que puede hacer es pasar por alto la culpa, renunciar al deseo de que se aplique el castigo o abandonar el propósito de inculpación. En tal perdón, la parte injuriada retira toda clase de reclamo que, de otro modo, podría imponerse sobre el ofensor. Tal perdón, hasta donde puede existir, es sólo un acto voluntario y gratuito de parte del ofendido, el cual rinde todas sus exigencias de compensación. Por otra parte, el perdón divino no se concede nunca al ofensor como un acto de lenidad, ni tampoco es el retiro del castigo, puesto que Dios, que es infinitamente santo, mantiene un gobierno que es invariablemente justo. Por tanto, no puede suavizar la ofensa del pecado. El perdón divino sólo se concede cuando queda satisfecha hasta la última demanda de castigo contra el ofensor. Puesto que ningún ser humano pudiera ofrecer jamás la satisfacción que exige la justicia divina por sus pecados, Dios mediante su infinita misericordia ha provisto toda esa satisfacción, incluso la propiciación divina que el pecador pueda necesitar. Esto es lo que llamamos Buenas Nuevas. El Dr. Henry C. Mabie ha dicho muy bien lo siguiente:

“Dios mismo, tal como lo indica vigorosamente Carnegie Simpson, en su libro *The Fact of Christ: es la ley moral, es el orden ético*, en un sentido en que ningún hombre ni padre terrenal puede serlo. Para los hombres, y particularmente para los hombres como pecadores perdonados, el *perdonar a otros es la primera y la más sencilla de todas las obligaciones; pero, para Dios, ese es el más profundo de todos los problemas*. Si El, como Gobernador moral del mundo, aun con el amor paternal más profundo, perdona, tiene que hacerlo de tal modo que no *legitime el pecado*, por una parte, y que pueda llevar el corazón al arrepentimiento y a la fe, por otra” (*The Divine Reason of the Cross*, p. 130).

En el orden del Antiguo Testamento, el valor del sacrificio eficaz de Cristo, que fue divinamente provisto, se aceptó como una esperanza y como símbolo que se cumplía en el derramamiento de sangre. A su debido tiempo, Dios justificó esa expectación; y así, todos los actos de perdón que se habían basado en las ofrendas resultaron haber sido justos, pues Cristo llevó también sobre Sí todos esos pecados que ya habían sido perdonados (Ro.3:25). Como verificación del hecho de que, en el antiguo orden, los sacrificios precedían al perdón divino para el ofensor, leemos la siguiente declaración cuatro veces en el capítulo cuatro de Levítico: “Así el sacerdote hará por él la expiación de su pecado, y tendrá perdón” (vs. 20,26,31,35). Correspondientemente, en el Nuevo Testamento, el perdón divino se basa invariablemente en el sacrificio que Cristo hizo. Pero debemos citar un pasaje: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef.1:7). Si alguien piensa que antes de su muerte Cristo también perdonó pecados, debemos recordarle que tal perdón precedía a esa muerte y era una preparación para ella. Puesto que El era el Cordero del sacrificio que había de ser inmolado, y que había decidido llevar sobre Sí todos los pecados, El dijo de Sí mismo: “. . . el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados. . . ” (Mr. 2: 10). Recuérdese, sin embargo, que el perdón divino, puesto que se basa en la perfecta satisfacción que provee la muerte de Cristo, puede ser, y es tan completo en su carácter como lo es la obra del Sustituto sobre el cual se basa. Así, según *Colosenses 2:13*, se ve que el perdón divino alcanza para “todos los pecados” de aquel que ha sido salvo: pasados, presentes y futuros. Se dice que la perfección de esta transacción y su alcance son tales que el creyente cristiano se encuentra en una posición de paz con Dios: “. . . tenemos paz para con Dios . . . ” (Ro. 5:1). Cuando esto sucede se puede decir: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). Tan inmensurable perdón corresponde solamente a la *posición* del cristiano, que está “en Cristo Jesús”. Por el lado opuesto, todavía nos queda por considerar “El Pecado del Cristiano y su Remedio”, que es el título del capítulo XXII de esta obra. Será un

estudio sobre el método que Dios utiliza para tratar con el hijo de Dios que comete el pecado después de haber recibido la salvación, y sobre el hecho de que el creyente en Cristo está completamente perdonado por la sangre de Cristo, y por cuanto ha sido perfectamente acepto en el Amado.

Aunque por el lado de Dios, siempre está firme la libertad de perdonar los pecados, ya sea directa o indirectamente, por medio de la sangre de Cristo, los requisitos del lado humano varían según las circunstancias de las diversas épocas. Durante el período que trascurrió entre Abel y Cristo, el perdón, por el lado humano, dependía de la presentación de algún sacrificio específico. Durante la era presente depende, para el que todavía no es salvo, de la fe que ponga en Cristo; pero, para los que ya son salvos, los cuales dependen del valor de la sangre de Cristo, el perdón depende de la confesión del pecado, y es impulsado por el hecho de que Dios ya lo ha perdonado (Ef. 4:32). Pero en la era venidera, el perdón, por lo que respecta a la parte humana, dependerá de la voluntad del ofendido para perdonar a los que han pecado contra él (Mt. 6:14, 15). Los dos principios —*perdonar para ser perdonado y perdonar por haber sido perdonado*— no pueden armonizar. Ni tampoco se requiere que armonicen, pues corresponden a dos eras diferentes, y representan dos sistemas de administración divina completamente distintas.

Se puede concluir, entonces, que el perdón divino del pecado, en cualquier edad y bajo cualesquiera circunstancias, aunque varía en sus requerimientos por la parte humana, se basa siempre en el sacrificio de Cristo, y consiste en la remoción del pecado en el sentido de que ya no se inculpa de él al pecador, sino que se le carga a su Sustituto. No hay mejor palabra para expresar esta remoción del pecado por medio del perdón que la que se encuentra en Romanos 11:27, que se refiere al futuro trato de Dios con los pecadores de la nación de Israel: “Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.”

2. JUSTIFICACION. Las palabras *justo* y *justificar* aparecen a menudo en la Biblia, y se relacionan cuidadosamente, en forma directa o indirecta, con la *justicia*. La justicia como elemento de carácter humano. Según el lenguaje bíblico y su significado, *ser justo o justificado* puede que no significa más que ser libre de culpa o inocente de cualquier acusación. El Antiguo Testamento describe a los santos, en lo que respecta a su carácter, como personas “justas”, y parece que con ese carácter han de aparecer en la Nueva Jerusalén (He. 12:22-24). Cuando Cristo les habló a aquellos que todavía se encontraban bajo el antiguo sistema, mediante la parábola de la oveja perdida, Cristo se refiere a cien individuos de los cuales 99 son

“justos”, que no necesitan arrepentimiento (Lc. 15:3-7). Del mismo modo, mediante las buenas obras, el hombre puede justificarse delante de su prójimo. Esta es la enseñanza que caracteriza a *Santiago* 2:14-26. Sin embargo, la justificación del hombre delante de Dios es de mucho más importancia. Y esta justificación se basa en la justicia que Dios adjudica. En el Antiguo Testamento se nos dice que Abraham logró que se le adjudicara justicia (Gn. 15:6, Ro. 4:1-4). Y David califica de “bienaventurado” a aquel a quien el Señor no inculpa de iniquidad, o sea aquel a quien le atribuye justicia sin obras (Ro. 4:6; comp. Sal. 32:1, 2). Así registra la Escritura el hecho de que Abraham logró que por fe se le atribuyera justicia, con lo cual nos indica que él fue justificado por la fe, puesto que no fue justificado por las obras. David escribió: “Porque no se justificará delante de ti ningún ser humano” (Sal. 143:2). Bildad, quien expresó las creencias de los antiguos, dijo: “¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios?” (Job 25:4). Aunque la justificación se previó en el Antiguo Testamento, se revela en forma más completa en el Nuevo Testamento. Con excepción de una obra, la justificación es la más sublime obra que Dios haya consumado a favor del creyente cristiano. Lo único que se puede considerar superior a ella es la gloria eterna que ha de manifestarse. “. . . a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:30). Aunque los aspectos precisos de esta gran doctrina se encuentran establecidos en la Palabra de Dios, ya sea en forma directa o indirecta, las perversiones de la Iglesia Católica Romana y la incredulidad arminiana le han robado a las multitudes cristianas la adecuada comprensión de los beneficios que la justificación les garantiza.

La atribución de justicia se logra mediante la unión vital con Cristo, mientras que la justificación es un decreto judicial de Dios, que se basa en la justicia que El mismo adjudica, y es un reconocimiento de ella. Hay un orden lógico —aunque no cronológico, puesto que cada uno de sus pasos se opera simultáneamente, en el momento en que la fe salvadora se hace efectiva— que nos conduce a la justificación consumada mediante decreto divino. Los pasos son estos: (1) Cuando el individuo cree, entra real y completamente a disfrutar de los valores que logró para él la muerte de Cristo. Esto incluye la remisión de los pecados; pero en realidad incluye mucho más, puesto que la muerte de Cristo llega a ser la base de la justificación divina. El significado correcto de Romanos 4:25 es de suprema importancia, por cuanto relaciona la justificación divina con la muerte de Cristo, y no con su resurrección. En este versículo leemos: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.” Se deben

distinguir tres causas de la justificación divina: (a) la *causa primaria*: la soberanía de Dios; (b) la *causa meritoria*: la muerte sustitutiva de Cristo; y (c) la *causa instrumental*: la fe. El texto de que estamos hablando se relaciona sólo con la causa meritoria, y es uno de los pocos textos del Nuevo Testamento que trata este aspecto de la verdad (comp. Ro. 5:9, donde se declara que la justificación se realiza mediante la sangre de Cristo; 2 Co. 5:21, donde la justicia que se adjudica, que es la base de la justificación, se dice que es posible por el hecho de que Cristo, mediante su muerte, fue hecho pecado por nosotros). “Consumado es”, fue la voz que dio Cristo un poco antes de su muerte. Esa expresión perdería mucho de su significado si no sirviera como testimonio con respecto al hecho de que la justificación está establecida para siempre. Cierta grupo de expositores cree que este pasaje (Ro. 4:25) indica que la muerte de Cristo es la base del perdón, mientras que la resurrección es la base de la justificación. En esa forma se asume que así como el pecado causó la muerte de Cristo, así la justificación hacía necesaria su resurrección. Por el contrario, los pasajes que hemos citado indican que la justificación divina sólo se basa en la muerte de Cristo, el cual, habiendo establecido el fundamento para la justificación mediante su muerte, se levantó de entre los muertos “por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hch. 2:24). El obispo Moule afirma eso de la siguiente manera: “Nosotros pecamos; por tanto, El sufrió. Nosotros fuimos justificados; por tanto, El resucitó” (*Cambridge Bible for Schools and Colleges; Romans*, pág. 98). Esta interpretación preserva la forma gramatical, pues las dos declaraciones corresponden a una sola construcción. Es obvio que nadie es realmente justificado mientras no cree, pero *provisionalmente*, Cristo estableció una sola vez y para siempre la base justa sobre la cual puede ser justificado el que cree. Esto lo hizo Cristo mediante su muerte. Por cuanto esa obra había sido cumplida, El se levantó de entre los muertos.

Continuemos la enumeración de los pasos que conducen a la justificación divina en su orden lógico. Notemos (2) que el creyente en Cristo está unido a Cristo mediante el doble ministerio del Espíritu —mediante la regeneración, por la cual le es impartida al cristiano la naturaleza divina, que es el mismo Cristo que mora en él; y mediante el bautismo del Espíritu, por medio del cual el creyente cristiano se coloca en Cristo— en forma tan vital, con ese Cristo que es su Sustituto, que todo lo que Cristo es y lo que ha hecho se le imparte al hijo de Dios. Cuando el cristiano se le adjudica lo que Cristo es, eso se convierte en base para la justificación divina. Y lo que Cristo ha hecho se convierte en base para el perdón divino.

La doctrina de la justificación divina ha sufrido siempre por causa

de aquella suposición sin base de que ella es sinónima de la doctrina del perdón divino. Algunas veces ha llegado casi a perderse por completo. Aunque la justificación divina y el perdón divino están estrechamente relacionados como beneficios para el cristiano, puesto que cada una de estas doctrinas señala hacia una dirección diferente, están completamente separadas la una de la otra. Aun el *Catecismo Menor de Westminster* —que usualmente es digno de confianza por su exactitud en la doctrina— confunde estas dos obras divinas. Este catecismo declara que “la justificación es un acto de la gracia libre de Dios, por medio de la cual El perdona nuestros pecados, y nos acepta como justos delante de sus ojos, sólo por causa de la justicia de Cristo que se nos adjudica, y nos recibe sólo por la fe.” Similarmente, la teología de Roma declara: “No sólo la remisión de pecados, sino también la santificación y la renovación del hombre interior.” Los arminianos van aún más allá cuando afirman: “La justificación es la remisión de los pecados y la sentencia del perdón.” Juan Wesley afirmó: “La justificación es el perdón; el perdón de los pecados.” Estas declaraciones sólo representan un ligero progreso con respecto al argumento unitario según el cual la justificación es sólo un cambio moral. Es cierto que nadie es justificado si no es perdonado; y, con respecto al perdón que acompaña a la salvación, nadie es perdonado si no ha sido justificado. Pero el perdón divino, que se repite a menudo en la experiencia del cristiano, es la sustracción de todo lo pecaminoso; mientras que la justificación, que se realiza una sola vez, se hace posible mediante la adición de aquello que es justo. El acto de aceptar a Cristo como Salvador es un acto; sin embargo, trae como resultados muchos beneficios específicos entre los cuales están el perdón y la justificación.

Del mismo modo, es esencial para la clara comprensión de la doctrina de la justificación, que se observe la distinción entre la justicia que se atribuye y la justificación divina. Es evidente que estos dos aspectos de la posición del cristiano están estrechamente relacionados, por el hecho de que en el original griego, éstas son dos formas de una misma palabra. La justicia que se atribuye o se adjudica, que es la justicia de Dios que se le aplica al creyente cristiano en virtud del hecho de que él está en Cristo —Cristo ha sido hecho por Dios, para él, justicia de Dios (comp. Ro. 3:22; 10:3, 4; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Ef. 1:6; 2:13)— representa el valor inmutable que Cristo llega a tener para todos los que están en El. Esa justicia se logra totalmente mediante la posición del creyente cristiano en Cristo, y existe sólo en virtud de esa relación.

La *Epístola a los Romanos* distingue cuatro clases de justicia, a saber: (a) la justicia que es el carácter propio de Dios (3:25; 9:14);

(b) la justicia que es de carácter humano (10:3); la justicia que obra internamente el Espíritu Santo (8:4); y la justicia que se adjudica (1:17 y siguientes). Esta última es lo que Cristo es y la que llega a ser del cristiano mediante la adjudicación divina, es decir, mediante la aplicación, por cuanto es un beneficio divino legítimo que le viene al cristiano automáticamente por el hecho de estar en Cristo. Esa justicia de Dios, que es Cristo, nunca cesa *de facto* de ser la propia justicia de Cristo, ni tampoco llega a ser *de facto* parte alguna del carácter del creyente cristiano. Así como el vestido de novia no es la persona que lo lleva, la justicia que se adjudica constituye la posición del cristiano, lo que lo cubre; pero no es de ninguna manera la propia justicia del cristiano. Es cierto, sin embargo, que el irreductible valor de la justicia que se adjudica perdura mientras perdure el mérito de Cristo, pues tal justicia depende de El.

Por otra parte, la justificación divina es un decreto o reconocimiento público, por parte de Dios, de que el creyente cristiano a quien El ve perfeccionado con respecto a su posición, por cuanto está en Cristo, es justificado delante de sus ojos. Así (3), el último paso del orden lógico de la obra divina que nos lleva a la justificación se ve que no es la creación ni la investidura de la justicia que sólo se logra por medio de la relación del cristiano con Cristo, sino más bien, el reconocimiento oficial de esa justicia. El hijo de Dios es justificado en virtud del hecho de que Dios lo ha declarado justo. Dios no puede, ni podría legalizar una mera ficción, mucho menos una falsedad. La justicia que es base de su decreto justificador no es menos que la absoluta justicia de Dios que está a disposición del cristiano por medio de Cristo, y que se le adjudica a todo aquel que cree.

Con respecto al carácter legal y equitativo de la justicia que se adjudica y del decreto de justificación divina, debe observarse que, de las cinco ofrendas simbólicas del libro *Levítico*, en sus primeros cinco capítulos —el holocausto simbolizaba la ofrenda que Cristo hizo de Sí mismo a Dios, para cumplir la voluntad del Padre; la oblación simbolizaba la imparcialidad, el equilibrio y la perfección del carácter de Cristo; la ofrenda de las paces representaba a Cristo que es nuestra paz; la ofrenda por el pecado simbolizaba a Cristo, Quien llevó sobre Sí nuestros pecados; la ofrenda expiatoria simbolizaba a Cristo en su relación con la ofensa que el pecado ha obrado contra Dios y contra sus justas posesiones como Creador (comp. Sal. 51:4)— las primeras tres se clasifican como *ofrendas de olor grato*. Las demás se clasifican como *ofrendas que no son de olor grato*. Con esto se nos indica que en la muerte de Cristo hubo algo que fue grato al Padre, como un olor grato de incienso para El. Y del mismo modo, hubo también en

la muerte de Cristo algo que fue horrible ante el Padre, lo cual estaba simbolizado por las ofrendas que no eran de olor grato.

Considerando estos dos grupos de ofrendas simbólicas un poco más detenidamente y en orden inverso, observamos: (a) que, por causa del carácter santo de Dios, y la imposibilidad de que El pueda ver el pecado con el menor grado de simpatía, su rostro se apartó de Cristo en el momento en que El llevaba todos los pecados. Fue entonces cuando el Salvador exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Muy bien pudiéramos preguntar *por qué* fue clavada la adorable segunda Persona de la Trinidad, en una cruz, y por qué fue desamparado por la primera Persona. En realidad, los hombres han dado muchas respuestas a esta pregunta. La Palabra de Dios sólo da una respuesta: que la segunda Persona, como Cordero de Dios, es la ofrenda sustitutiva por el mundo perdido. Como parte del valor que el sacrificio de Cristo tiene para Dios, el Padre puede perdonar los pecados personales de todos los que acuden a El por medio de Cristo Jesús. Como esta transacción se basa en la muerte de Cristo, es legal, pues, aunque tenga que perdonar al peor de todos los pecadores, Dios no queda complicado de ninguna manera, ni está dejando a un lado la justicia. Toda sentencia que su justo gobierno imponga sobre el pecado cae sobre el Sustituto, por lo cual queda plenamente satisfecha. (b) Del mismo modo, observamos que, cuando Cristo ofreció sus propias perfecciones al Padre, tal como estaba simbolizado en las ofrendas de olor grato, El estaba logrando una provisión legal, por medio de la cual el mérito del Hijo de Dios puede adjudicarse a la persona a quien El salva. Refiriéndose al deleite del Padre en este aspecto de la muerte de su Hijo, leemos en Hebreos 10:6, 7 las palabras que el Hijo habló al Padre, cuando el Hijo entró en el mundo: "Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí." No debemos desatender el contraste que aquí se nos presenta. La palabra en la cual el Hijo dice que El recibió un cuerpo para el sacrificio (v. 5), indica que su sacrificio sería agradable al Padre, como los holocaustos y sacrificios del tiempo antiguo (nótese que El relaciona su muerte con las ofrendas de olor grato) no habían podido complacerlo. En ese aspecto de la muerte de Cristo, simbolizado por las ofrendas de olor grato, el rostro del Padre no se aparta, sino que, más bien, halla en él contentamiento. La segunda Persona, entonces, "... se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios" (He. 9:14). Si se nos pregunta por qué la segunda Persona de la bendita Trinidad está en la cruz ofreciendo sus perfecciones a la primera Persona, podemos contestar:

Ciertamente, El no está haciendo esa ofrenda a manera de revelación al Padre, pues el Padre había conocido todas las perfecciones del Hijo eternamente. La razón es esta: puesto que el hombre caído no posee mérito propio delante de Dios, el Hijo, como Sustituto del pecador, ofrece su propio mérito perfecto al Padre, a favor del pecador. Así se logra establecer una base legal para que Dios se sienta libre, no sólo para perdonar en cumplimiento del símbolo de las ofrendas que no eran de olor grato, sino que del mismo modo se siente libre para adjudicar todas las perfecciones de su Hijo a la persona que El salva, según el simbolismo de las ofrendas de olor grato.

Concluimos, pues, que la justificación divina no es solamente la remoción de los pecados personales mediante el perdón, sino más bien, un decreto divino que declara al creyente cristiano cubierto eternamente con la justicia de Dios; la justificación no tiene relación directa con la resurrección de Cristo, sino que se basa en su muerte. La justificación es un acto divino que es justo en grado infinito, y, aunque no está en conflicto con la razón humana, sobrepasa todo entendimiento en su magnitud y gloria. La justificación divina es una porción de la perfección del cielo que Dios ha traído a la tierra. Es tan armoniosa la jurisprudencia divina que se dice que Dios es justo cuando justifica al pecador por el solo hecho de creer en Jesús (Ro. 3:26). La justificación divina, siendo legalmente justa, será defendida por Dios hasta la eternidad. En efecto, la misma justicia que una vez condenó al pecador, cuando éste sea justificado, defenderá su posición en Cristo para siempre. Se nos dice que el principal fin del hombre es el de glorificar a Dios. Todo ser creado debe hacer esto, pues Dios no ha creado ningún ser que no contribuya para su eterna gloria. Todos los seres, y cada uno de ellos, tendrán que demostrar la gracia divina en todas sus perfecciones (Ef. 2:7), o su ira (Ro. 9:22) en todas las edades venideras. La justificación divina es un aspecto del remedio divino para el pecado personal. Se extiende, también, a todos los demás aspectos de la desemejanza del hombre con Dios, y responde a todo desafío que pudiera venir contra el que es salvo por la fe en Cristo.

VII. EL PECADO ORIGINAL

La expresión *pecado original* incluye por lo menos dos implicaciones: (1) el primer pecado de la raza, y (2) el estado del hombre en todas las generaciones subsiguientes, como consecuencia del primer pecado de la raza. A este último significado de la expresión se le asigna una sección entera en esta división de nuestra tesis. El primer significado de ella es la razón por la cual incluimos

este aspecto en el tema del *pecado personal*; porque el primer pecado de Adán, el cual obró su ruina y la de la raza, fue un pecado *personal*. Ya hemos dicho lo suficiente sobre el tema específico de la naturaleza del pecado original. No necesitamos repetir lo mismo. Basta señalar aquí que todo pecado humano es de la misma naturaleza del pecado original, y que, si el hombre que peca fuera colocado en el lugar de Adán como cabeza de la raza, el pecado más común de la vida humana tendría el poder de causar la caída del que pecó y de toda la raza que representa. El efecto obvio del primer pecado sirve como una de las mejores medidas para el carácter perverso del pecado.

VIII. LA CULPABILIDAD

El *New Standard Dictionary*, edición 1913, define la culpabilidad como el estado del que ha desobedecido a Dios conscientemente, y por tanto, se halla bajo la condenación divina.” Desde el punto de vista teológico, esta definición es efectiva. El pecado no es asunto de tener *conciencia* del mal. Por cuanto se comete contra Dios, y deriva su mal carácter del hecho de que es desemejante de Dios, el pecado es malo, ya sea que el que peca lo reconozca o no. Así surge una distinción entre la *calidad de reprochable*, que tiene que ser moderada por circunstancias atenuantes, y la culpabilidad, que, en su significado primario, se refiere al hecho histórico de que cierto individuo cometió cierto pecado. No se halla mejor ilustración sobre la mitigación que puede determinar la calidad de reprochable, que la experiencia del apóstol Pablo como perseguidor de la Iglesia. El mismo escribe: “Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fuí recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad” (1 Ti. 1:13). Por otra parte, la culpabilidad, y algunas veces la calidad de reprochable, corresponden al individuo allí donde la propia estimación con respecto a sí mismo no coincide. Cristo enseña que hasta una mirada equivale al adulterio (Mt. 5:27, 28).

En su aspecto histórico, la culpabilidad por el pecado que se comete no puede cambiarse nunca; ni tampoco pudiera trasferirse a ninguna otra persona. Dios, mediante su gracia, puede olvidarla y no volverla a mencionar nunca, por cuanto ha removido toda culpa y toda condenación. El registro histórico permanece incambiable. Hay, sin embargo, un aspecto de la culpa, que se relaciona con la teología, el cual la considera como una obligación a la ley. Esta puede quitarse mediante el castigo que sufra otra persona a la cual se transfiera, para que sufra como sustituto de la persona culpable. Cristo llevó sobre Sí

la culpabilidad nuestra; no la llevó en el sentido histórico, pues eso equivaldría a decir que El se hizo el real hacedor de los crímenes de los hombres, sino en el sentido de que el pecado del hombre constituye una obligación para con la justicia divina. El murió como Sustituto, “el justo por los injustos”. En esta acción, El nunca llegó a ser injusto; sino que, como justo, El llevó las cargas que justamente les correspondían a los injustos.

El problema de la culpabilidad por causa del pecado es el que ha dividido a las dos escuelas principales de teología protestante: la calvinista y la arminiana. Este aspecto lo trataremos en el siguiente capítulo.

Con respecto a la culpabilidad, nos resta observar que, aunque es una obligación para con Dios, ningún pecador puede quitarse de encima su propia responsabilidad. El esfuerzo humano de sufrir no vale en este caso, ni para el tiempo ni para la eternidad. La obligación es muy grande. Es necesario insistir en esta verdad constantemente. Por tanto, se deduce que, fuera de la liberación que se provee por medio de los sufrimientos legales y sustitutivos de Cristo, el pecador tiene que permanecer culpable delante de Dios, en todos los sentidos de la palabra, por toda la eternidad. En base a esta verdad, se arguye con toda justicia, en lo que respecta a duración, que el castigo continúa eternamente, mientras dura la culpabilidad que es incambiable. Mientras exista la causa del castigo, hay razón para continuarlo; y esta es la misma razón que ha determinado que se castigue a todos. La mente humana sueña con un tiempo cuando el castigo haya sido pagado, y cuando el pecador haya logrado la liberación de la culpa; pero con la afirmación de que el pecador puede pagar el precio del castigo por el pecado, lo cual no puede ser cierto nunca. El hecho de la *culpabilidad* y el de la *conciencia* de ella son realidades inmensurables. Carlyle, al escribir en su obra *French Revolution*, Vol. III, declara lo siguiente con respecto a la culpabilidad:

“Hay un abismo entre el propósito del crimen y el hecho del crimen; es maravilloso pensar en esto. El dedo está en la pistola; pero el hombre no es todavía un criminal. No. Su naturaleza vacilante con respecto a la consumación del delito, ¿no le pudiera presentar más bien una pausa, un último instante de posibilidad? No es un criminal todavía; está a merced de cuestiones pasajeras, pues aun la idea más fija puede carecer de fijeza. Un ligero movimiento del músculo, y estalla el relámpago mortal; entonces sí es un criminal, y lo será para siempre; y la tierra se vuelve un terrible infierno para él; su horizonte ya no es de una corona de esperanza, sino que está cubierto con las llamas del remordimiento; oye voces desde las profundidades de la naturaleza. ¡Ay de él, ay de él! Esa es la naturaleza de que todos estamos constituidos; de esas minas poderosas de insondable culpabilidad y criminalidad. *Si Dios no restringe esto,*

como bien se dice, ¿podría quedar en pie el más puro de los hombres? Hay profundidades en el hombre que se extienden hasta la más profunda condenación, así como hay alturas que alcanzan hasta el más alto cielo; porque, ¿no son tanto el cielo como la tierra, que fueron creados por el y para él, milagros eternos y misterios como el mismo hombre?” (citado por W. G. T. Shedd, en *Dogmatic Theology*, Vol. II, pág. 723).

En medio de la horrible verdad con respecto a la eternidad de la culpa y de sus consecuencias, no es poca la comodidad que se les concede a los que abrazan la salvación inagotable, inmutable y perfecta que otorga la obra sustitutiva. No sólo hay “paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”, y una perfecta relación que no es menos que la justificación que Dios realiza para su propia satisfacción, sino que El no recordará ninguno de los pecados que cometió el que es salvo, por cuanto esa culpabilidad la tomó El mismo y la colocó sobre los hombros de la Persona de Cristo, su Hijo. Así, mediante el perdón y la justificación, aun el aspecto histórico de la culpa es removido, en una forma mucho más profunda de lo que podamos comprender, para todos los que creen.

IX. LA UNIVERSALIDAD DEL PECADO

La Biblia enseña que todos los miembros de la raza humana, con excepción de Uno, han sido y son pecadores por la práctica. Cualquier observación, por cándida que sea, comprueba esta verdad. Richard Watson cita cinco pruebas sorprendentes sobre la universalidad del pecado humano. Anotaremos los títulos que él utiliza en la amplia discusión que nos ofrece en sus *Institutes*, Vol. II, pág. 61-66.

1. En todas las edades, la maldad en grande y en general ha prevalecido entre las grandes masas de hombres que llamamos *naciones*.

2. El segundo hecho que debe explicarse es la fuerza de la tendencia a la maldad que hemos visto en general.

3. El tercer hecho es que las semillas de los vicios que existen en la sociedad pueden descubrirse en los niños, en su temprana edad: egoísmo, envidia, orgullo, resentimiento, engaño, mentira y a menudo, crueldad; y es tan cierto el caso, y tan explícitamente reconocido por todos, que el principal objetivo de la rama moral de la educación es el de aplicar correctivos, tanto mediante la coerción como mediante la orientación que se les da a los niños: permitiendo que manifiesten sus facultades, sus desviaciones y todas sus tendencias.

4. El cuarto hecho es que cada hombre es consciente de su tendencia natural hacia muchos males.

5. El quinto hecho es que, aun después de sentir un serio deseo y de haberse propuesto los hombres la renuncia a todos estos asuntos “para vivir templada, justa y piamente”, como le corresponde a la criatura glorificar a Dios, y en su lucha hasta la eternidad, le hacen resistencia fuerte y constante las pasiones, los

apetitos y las inclinaciones del corazón, a cada paso y en todo intento.”

Las Escrituras ofrecen un testimonio sencillo sobre la perversidad del hombre; exponen aun los pecados de aquellos que escribieron alguna parte de la Biblia. El Antiguo Testamento declara: “. . . no hay hombre que no peque” (1 R. 8:46). “Porque no se justificará delante de ti ningún *ser humano* (Sal. 143:2). “¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de pecado?” (Pr. 20:9). “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque” (Ec. 3:20). El Nuevo Testamento es aún más vigoroso en sus declaraciones sobre este asunto. Cristo presupone que el pecado es una práctica universal (comp. Mt. 4:17; Mr. 1:15; 6:12; Lc. 24:47; Jn. 3:3-5). La misma predicación del Evangelio implica que todos necesitan la salvación. Aparte de la Redención, el hombre es injusto en la presencia de Dios. Los que no reciben la gracia salvadora de Dios están condenados en todo momento. La misma universalidad de la muerte de Cristo indica que Dios ve al mundo de los hombres como un mundo perdido, por el cual El dio a su propio Hijo (2 Co. 5:14, 15). En el Nuevo Testamento aparecen muchas declaraciones directas. Sólo citaremos algunas de ellas: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado” (Ro. 3:9). “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3:19, 20). “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes” (Gá. 3:22). “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Jn. 1:10).

La experiencia del pecado personal está estrechamente relacionada con el hecho de la naturaleza de pecado, de tal modo que cualquier discusión sobre la una envuelve también a la otra. Los hombres han buscado la manera de modificar las enseñanzas de la Biblia con respecto a la perversidad del pecado, y han negado la doctrina de la naturaleza de pecado; pero nadie, comenzando por los primitivos filósofos paganos y siguiendo hasta los grandes dirigentes del pensamiento moderno, ha podido negar la universalidad del pecado.

La verdad relativa al pecado personal, aunque es muy amplia, sólo es una parte de la doctrina del pecado en general; así que de esta discusión es necesario pasar al estudio de la naturaleza de pecado que ha sido transmitida.

CAPITULO XIX

LA NATURALEZA PECAMINOSA TRASMITIDA

Como todo efecto tiene su causa, hay una causa o razón que explica el hecho de que el pecado personal es universal. Esa causa es la naturaleza, que algunas veces se la denomina *naturaleza adámica*, o *pecado innato*, o *pecado original*, o el *viejo hombre*. Cualquiera que sea el término, se refiere a la realidad que se originó en Adán y que ha sido transmitida desde Adán a toda la posteridad. El efecto del primer pecado sobre el Adán que no había caído fue una degradación: una conversión a la inversa. Como resultado inmediato de ese primer pecado, Adán llegó a ser completamente diferente del hombre que Dios había creado, para el cual Dios había establecido la ley de la generación, según la cual la reproducción de todo ser viviente debía ser “según su especie”. Sobre la naturaleza adámica, que fue la que Adán obtuvo por la desobediencia, escribe Juan Calvino, en sus *Instituciones* (Vol. II, 2:12), lo siguiente: “Si el Autor de la naturaleza es Dios, ¿cómo puede librarse Dios de la culpa de que nosotros seamos perdidos por naturaleza? Contesto: hay una naturaleza biforme. La una es la que Dios produce; la otra es una corrupción de la primera. Nosotros no nacemos con la naturaleza con que Adán fue creado al principio” (citado por W. G. T. Shedd, en *Dogmatic Theology*, Vol. II, pág. 196). La experiencia de Adán, antes del primer pecado, fue única y distinta de la de todos los demás miembros de la raza, con excepción de Uno. Adán llegó a ser pecador por el mismo hecho de cometer el pecado. Todos los demás miembros de la raza —con excepción de Uno— son pecadores por cuanto nacieron pecadores. En el caso de Adán, el pecado personal fue la causa de su naturaleza de pecado; en el caso de los demás seres humanos —con excepción de Uno— la naturaleza de pecado es la causa del pecado personal. El hecho de que los pecadores pequen no debe causar ninguna sorpresa y, aunque esta verdad no mitiga la perversidad del pecado personal, queda claro que Dios tenía previsto que cuando la raíz es mala, el fruto es también malo. Cuando la fuente es amarga, el agua será también amarga. La razón divina tiene el propósito de enjuiciar a la raíz que es mala y a la fuente que es amarga. En el momento en que enfocamos este aspecto de la verdad, surgen profundos y amplios problemas, más o menos de orden

metafísico. Nada puede ser más inútil que aquellos sistemas que se proponen estudiar las manifestaciones del pecado, sin investigar lo relativo a la causa. La falta de esfuerzo para identificar la causa correcta es síntoma de la necedad más grande. En el *Expositor* (págs. I-IX, 21), dice el Dr. George Matheson: “Hay la misma diferencia entre la idea cristiana con respecto a la oración y la idea pagana sobre el mismo asunto, como la que hay entre la idea cristiana sobre el pecado y la idea pagana en este aspecto. El paganismo no sabe nada con respecto al pecado; sólo sabe pecar; no tiene ningún concepto sobre el principio del mal; sólo comprende que hay una sucesión de actos pecaminosos” —citado por W. H. Griffith Thomas en *The Principles of Theology*, pág. 161. Otra necedad sería aquella idea racionalista según la cual la naturaleza adámica puede ser erradicada por medio de la llamada *segunda obra de gracia*. Como ha sido siempre el caso, la experiencia normal y la verdadera y santa doctrina corren parejas. No sólo le niega la Biblia la aprobación a esta idea de la erradicación, sino que la experiencia humana la contradice sin excepción. Bien ha dicho el Dr. Müller con respecto a un error similar: “Esta teoría no explica los hechos reales de nuestra vida moral y de nuestra conciencia; más bien introduce en ellos la falsedad; y los hechos se vengan al no tener en cuenta tal teoría” —*The Christian Doctrine of Sin*, Vol. I, pág. 30. Este aspecto de nuestro tema general corresponde íntegramente a la vida y a la experiencia cristiana. Por tanto, lo resumiremos en la siguiente división de nuestro estudio. En efecto, a esta parte —que se relaciona con los no regenerados— no corresponde nada que no pertenezca a las pruebas generales que establecen la verdad con respecto a la naturaleza de pecado, como parte vital de toda persona no regenerada.

Puesto que el pecado de Adán mereció la sentencia de muerte, tenemos que concentrar de nuevo nuestra atención en dicha sentencia en sus tres formas. Fuera de la revelación, el hombre sólo obtiene vagas nociones con respecto a la experiencia que se llama *muerte*. Sólo la revelación nos explica su origen, su presente dominio universal y su ocaso futuro. La muerte es un intruso que se metió en la creación de Dios. Como ser creado, el hombre era tan inmortal como los ángeles. La historia está escrita en términos sencillos. Dios le dijo a Adán con respecto al fruto prohibido: “. . . el día que de él comieras, ciertamente morirás.” La muerte que así se le prometió al hombre y que después cayó como sentencia sobre él, abarcaba la muerte espiritual, que es la separación del alma y el espíritu de Dios; la muerte segunda, que es la forma permanente de muerte espiritual o separación entre Dios y el alma y el espíritu, y la muerte física, que

es la separación de alma y espíritu del cuerpo. Por causa de la desobediencia a Dios, el hombre entró de inmediato en la experiencia de la muerte espiritual. Fue también condenado a la muerte segunda, a menos que fuera redimido, y luego comenzó en él el proceso de la muerte física, el cual se cumplió cabalmente en su debido tiempo.

Así como la muerte física tiene relación con el pecado que se imputa (que estudiaremos posteriormente), la muerte espiritual tiene relación con la naturaleza de pecado que se trasmite. Esta naturaleza se manifiesta de dos formas: inclinación al mal, que es la que generalmente sirve para identificarla, y depravación, que es la inhabilidad para hacer aquella clase de bien que puede agradar a Dios. La muerte espiritual se evidencia en estos dos aspectos, aunque, por el hecho de que la muerte está universalmente muy relacionada con la cesación de la vida, es más fácil relacionar la muerte espiritual con la incapacidad para hacer el bien que con la inclinación al mal. La verdad en la cual debemos insistir para aclarar muchas confusiones es aquella que nos indica que la muerte espiritual no es la cesación de ninguna forma de vida. Es, más bien, la separación entre Dios y la vida en toda su plenitud. El estado de muerte espiritual está bien descrito, con todas sus actividades en Efesios 2: 1-3: "Y él os dio vida a vosotros, cuando estábais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás." Esta descripción se complementa en Efesios 4:18, 19: "teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza."

La muerte espiritual y la naturaleza de pecado son, pues, semejantes, en el sentido de que cada una manifiesta una vida de separación del conocimiento de Dios, de su vida, de su poder y de los beneficios de su gracia. La muerte espiritual es un estado. La naturaleza de pecado es el intento que hace el hombre caído de vivir en ese estado.

Nos falta observar que tanto la muerte espiritual como la naturaleza de pecado se transmiten *directamente* de padres a hijos de generación en generación y en todas las generaciones. Aparentemente no hay disminución en la fuerza de este carácter en la vida pervertida. El último niño que le haya nacido a esta raza está tan afectado por la

muerte espiritual y tan saturado de la naturaleza de pecado como lo estuvo Caín, quien recibió su tendencia pecaminosa directamente de su padre Adán.

I. EL HECHO DE LA NATURALEZA PECAMINOSA

Al tratar de analizar más específicamente lo que es la naturaleza de pecado, se debe recordar que es una perversión de la creación original de Dios y, en ese sentido, es algo anormal. Todas las facultades del hombre sufrieron por la caída y por la inhabilidad del hombre para hacer el bien. Y de esa confusión interna surge la extraña predisposición hacia el mal.

El Dr. W. G. T. Shedd escribe ampliamente sobre el daño que el pecado original le causó al hombre y sobre las características peculiares de la naturaleza de pecado. Suyas son las siguientes palabras:

“El pecado original, visto como una corrupción natural, puede considerarse con respecto al entendimiento. (a) Es ceguera: ‘... para que abras los ojos de los ciegos’ (Is. 42:7). ‘A pregonar... vista a los ciegos’ (Lc. 4:18). ‘... y no sabes que eres un... ciego’ (Ap. 3:17). ‘... el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos’ (2 Co. 4:4). Todos los pasajes de la Biblia que se refieren a la regeneración como si fuera una *iluminación* califican el pecado original como ceguera (2 Co. 4:6; Ef. 5:14; 1 Ts. 5:5; Sal. 97:11, y otros). Y también todos los que califican al pecado de *tinieblas* (Pr. 4:19; Is. 60:2; Ef. 5:11; Col. 1:13; 1 Jn. 2:11; 1 Ts. 5:4; Ef. 4:18: “... teniendo el entendimiento entenebrecido”; Ro. 1:28: “una mente depravada”). El pecado enceguece y oscurece el entendimiento, pues destruye la conciencia de las cosas divinas. Por ejemplo, el alma que está destituida del amor de Dios, ya no es consciente del amor; si está destituida de la reverencia, ya no es consciente de la reverencia, etc. El conocimiento que esa alma tiene de tales afectos, por tanto, lo adquiere mediante la práctica; y es así como el que tiene el ciego con respecto a los colores y el que tiene el sordo con respecto al sonido. Por supuesto, Dios, que es el objeto de estos afectos, por la misma razón el es desconocido a tal alma. El discernimiento espiritual del cual se nos habla en 1 Corintios 2:6, es la conciencia directa del hombre regenerado. Es un conocimiento experimental. En la Biblia se califica al pecado de ignorancia voluntaria: “Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra” (2 P. 3:5). Cristo les dijo a los judíos: “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado” (Jn. 15:22). Este pecado era el de no conocer “al que me ha enviado” (Jn. 15:21). Pero la ignorancia en este caso era voluntaria. Ellos querían ser ignorantes.

Otro efecto del pecado original sobre el entendimiento, que se incluye en la conciencia es (b) la *insensibilidad*. El pecado no extingue la conciencia, sino que la insensibiliza (1 Ti. 4:2: “... teniendo cauterizada la conciencia”). (c) La *corrupción* de la conciencia es otro de los efectos del pecado original: “... hasta su mente y su conciencia están corrompidas” (Tit. 1:15). “... se envanecieron

en sus razonamientos', o especulaciones (Ro. 1:21). La corrupción de la razón se puede apreciar en las estúpidas especulaciones de la mitología. Los mitos del politeísmo no son pura razón. La corrupción de la conciencia se puede apreciar también en el remordimiento. Esta facultad acusadora queda manchada por causa de la culpa. Y así deja de ser la 'buena conciencia' de la cual se habla en Hebreos 13:18; 1 Pedro 3:16, 21; 1 Timoteo 1:5; 19; Hechos 23:1; o la 'limpia conciencia' (1 Ti. 3:9). Se convierte, entonces, en una mala conciencia: una conciencia que necesita la limpieza de la sangre expiatoria que la limpie 'de obras muertas' (He. 9:14). Las obras muertas, puesto que no cumplen la ley, dejan la conciencia perturbada e intranquila.

Si consideramos el pecado original en relación con la *voluntad*, el pecado es (a) *enemistad* (Ro. 8:6). '... la amistad del mundo es enemistad contra Dios...' (Stg. 4:4). "... fuisteis rebeldes al mandato de Jehová vuestro Dios" (Dt. 1:26). (Job 34:27; Is. 1:1; 30:9; 45:2, Ez. 12:2). También es (b) *odio* (Ro. 1:29; Sal. 89:23; 139:21; Ex. 20:5; Pr. 1:25; 5:12; Jn. 7:6; 15:18, 23, 24). Y es (c) *dureza de corazón o insensibilidad* (Ex. 7:14, 22; 2 R. 17:14; Job 9:4; Is. 63:17; Dn. 5:20; Jn. 12:20; Hch. 19:9; He. 3:8, 15; 4:7). Es también (d) *aversión*: "... y no queréis venir a mí...", es decir, no tenéis esa inclinación (Jn. 5:40; Ap. 2:21). Es, además, (e) *rebeldía*: "... conozco tu rebelión, y tu dura cerviz" (Dt. 31:27; Ex. 32:9; Sal. 75:5; Is. 26:10; 43:4; Hch. 7:51; Ro. 10:21). Y es (f) *esclavitud* (Jer. 13:23; Mr. 3:23; Jn. 6:43, 44; 8:34; Ro. 5:6; 6:20; 7:9, 14, 18, 23; 8:7, 8; 9:16; 2 P. 2:14) — *Dogmatic Theology*, Vol. II, págs. 196-198.

Después de esta amplia declaración con respecto a la condición del entendimiento y de la voluntad en tanto que son afectadas por la naturaleza de pecado, el Dr. Shedd escribe con igual energía sobre la naturaleza caída y sobre su culpabilidad. Este asunto que ha dividido tan profundamente a las dos principales corrientes del protestantismo: calvinistas y arminianos, no sólo lo presenta el Dr. Shedd en forma clara, en defensa del punto de vista calvinista, sino que lo que él escribe sirve para poner de manifiesto el racionalismo superficial que se presenta en la idea arminiana. He aquí las palabras del Dr. Shedd:

"El pecado original, considerado como corrupción de la naturaleza, es pecado en el sentido de culpa. '... Todo pecado, tanto original como actual, por cuanto es transgresión de la justa ley de Dios, por su propia naturaleza, hace que el que lo comete resulte culpable, por lo cual queda expuesto a la ira de Dios, y sujeto a la muerte, temporal y eterna' (*Westminster Confession* — *Confesión de Westminster* — Vol. VI, pág. VI). 'La corrupción de la naturaleza permanece en aquellos que son regenerados; y aunque Cristo la perdona y la mortifica, sin embargo, tanto ella como todos los movimientos que se hagan dentro de ella se llaman propia y verdaderamente pecados' (*Confesión de Westminster*, Vol V, pág. V). Las antropologías semi-pelagianas, papales y arminianas, difieren de la agustiniana y de la reformada, pues niegan que la corrupción de la naturaleza incluye la culpa. A eso lo llaman desorden físico y mental que conduce al pecado, pero no lo consideran pecado en sí mismo.

La corrupción de la naturaleza envuelve también la culpa por las siguientes

razones: (a) La Escritura no distingue entre pecado propio e impropio. Ἀμαρτία, que denota el principio del pecado, se utiliza intercambiamente con Παράπτωμα, que denota el hecho mismo del pecado (Ro. 5:13, 15, 16, 17, 21). (b) Ἀμαρτία es un término equivalente de Ἐπιθυμία y de Σάρξ. “Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás” (Ro. 7:7; Ro. 8:3, 5). (c) El regenerado odia los vestigios de corrupción que quedan en él como si fueran pecado (Ro. 7:15); y Dios los mata por medio de su Espíritu (Ro. 8:13). (d) La codicia es prohibida en el décimo mandamiento (Ex. 20:10; comp. 1 Jn. 2:16). El décimo mandamiento . . . prohíbe la concupiscencia interna, que es la característica principal de la naturaleza corrompida. Cristo también la prohíbe en su exposición sobre el séptimo mandamiento: “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Jn. 3:15; comp. Mt. 5:28). (e) La corrupción de la naturaleza envuelve la culpabilidad, por cuanto esa es la inclinación de la voluntad. La corrupción de la naturaleza es voluntaria, aunque no es volitiva. Se acepta universalmente que la inclinación al crimen envuelve tanta culpabilidad como el mismo acto criminal. “El pensamiento del necio es pecado” (Pr. 24:9). (f) Siguiendo el principio de que la causa tiene los mismos predicados que tienen los efectos, la corrupción de la naturaleza incluye la culpabilidad. Si las transgresiones reales son verdaderas y son propiamente pecados, entonces el corazón perverso o la inclinación que hace que se produzcan tiene que ser igualmente culpable de pecado. Si el arroyo es de agua amarga, la fuente también tiene que serlo. Si el acto del criminal lo hace culpable, entonces el odio del criminal también lo hace. (g) Si en la corrupción de la naturaleza o disposición pecaminosa no hubiera culpa, entonces habría cierta atenuación o excusa para las transgresiones reales. Estas últimas serían menos dignas de inculpación, si el carácter que hace que se produzcan y que hace más difícil la posibilidad de evitarlas no tiene determinación propia ni es culpable. (h) Si no hay culpabilidad en la corrupción de la naturaleza, entonces se torna imposible explicar por qué el niño que muere necesita Redención mediante la expiación con sangre. ‘Jesucristo . . . vino mediante agua y sangre’; es decir, tanto con el poder expiatorio como con el poder santificador (1 Jn. 5:6). Pero, si no hubiera culpa en la depravación natural, entonces Cristo hubiera venido para el niño *por agua solamente* y no *por sangre*; para su santificación, y no para justificación. La redención del niño implica que este es tanto culpable como contaminado. El niño tiene un alma racional; esta alma tiene una voluntad; esta voluntad tiene sus inclinaciones; estas inclinaciones, como las del adulto, se centran en la criatura, y no en el Creador. Esta es la culpabilidad, y necesita el perdón. También es contaminación, y necesita limpieza. (i) Dios perdona el pecado original así como la transgresión real, pues el nos otorga la ‘remisión de pecados.’ ‘La mente carnal’, o sea la enemistad del corazón contra Dios, es una ofensa tan grande contra su excelencia y honor, como cualquier acto particular que proceda de ella. En realidad, si hubiera mutua buena voluntad entre las dos partes, cualquier ofensa ocasional externa sería menos seria. ‘Supongamos —dice Thirlwall, *Letters*, pág. 46— que dos amigos se aman real y mutuamente, pero están expuestos a discutir a cada momento. Los dos pueden perdonar fácilmente la ofensa ocasional, por el hecho de que su disposición habitual es de mutua buena voluntad; pero si el caso fuera al contrario —que el odio los asfixiara, pero que ocasionalmente se desahogaran con actos inamistosos— ¿cuán poco importaría en realidad que ellos olvidaran la ofensa particular, si la enemistad continuara en el fondo de los dos corazones!’ Esto explica la culpabilidad que hay en el

pecado como un estado del corazón hacia Dios, y la necesidad del perdón y de la limpieza" (*Ibid.*, Vol. I, pág. 198-200).

Melancton dice que la naturaleza de pecado es "la presente constitución conturbada de nuestra naturaleza" (*Apologia*, Art. 1, ps. 51,53; citado por Müller, *ob. cit.*, Vol. II, p. 268). Al comparar al hombre caído con los animales, el Dr. W. H. Griffith Thomas declara: "La certidumbre y la conciencia de este hecho en el hombre es una característica que lo distingue de los animales, pues de ningunos otros seres puede decirse que están fuera de armonía con la ley de su naturaleza" (*ob. cit.*, p. 157).

Si no fuera porque la palabra *naturaleza* tiene también un significado secundario, no sería apropiado emplearla tal como se usa actualmente. La naturaleza, en primer lugar, es algo que Dios creó, tal como la naturaleza humana antes de la caída, la cual reflejaba la imagen y la semejanza de Dios. En su significado secundario, el término *naturaleza* designa la perversión de la naturaleza, con sus impías disposiciones, las cuales fueron engendradas por la caída.

Con respecto a la falta de sabiduría en general en lo relativo a los aspectos meramente metafísicos de la naturaleza caída, dice el Dr. James Denney:

"Con toda probabilidad, es un error entrar en consideraciones metafísicas al entrar en la discusión de este tema; el asunto de la inhabilidad del hombre para cualquier bien espiritual que acompañe a la salvación es un asunto de hecho, y debe resolverse, en último análisis, acudiendo a la experiencia. Cuando se haya descubierto que ha existido algún hombre, que haya sido capaz, *sin Cristo*, de reconciliarse con Dios, y de obtener el dominio sobre el mundo y sobre el pecado, *entonces* se podrá negar la doctrina de la incapacidad del hombre para salvarse y de su esclavitud del pecado; *entonces*, pero no antes" (*Studies in Theology*, p. 85; citado por W. H. Griffith Thomas, *ibid.*, p. 164).

Y teniendo en mente esta misma naturaleza, pero aplicándole el término *depravación*, el Dr. Denney señala, también la importante verdad de que la naturaleza del hombre caído es una unidad y, por tanto, cada una de sus partes sufre igualmente. He aquí sus palabras:

"Lo que significa eso no es que cada individuo es tan malo como puede serlo. Esa sería una declaración tan transparentemente absurda que difícilmente pudiera atribuírsele a alguna persona. Lo que significa es que la depravación que ha producido el pecado en la naturaleza humana se extiende a toda ella. La naturaleza del hombre es toda de una sola pieza, y aquello que la afecta, la afecta íntegramente. Cuando se viola la conciencia por la desobediencia a la voluntad de Dios, el entendimiento moral se entenebrece y la voluntad se debilita. No hemos sido estructurados en forma de compartimientos de agua herméticamente cerrados, uno de los cuales pudiera arruinarse mientras los demás permanecen intactos. Lo que venga a hacernos daño, con un toque corrupto y depravado, en un solo

punto, tiene efectos en toda nuestra naturaleza, aunque esos efectos puedan estar por algún tiempo en el subconsciente" *Ibid.*, p. 83; citado por W. H. Griffith Thomas, *ibid.*, p. 165).

Además de los pasajes que se han citado anteriormente como prueba de la universalidad del pecado personal —la mayor parte de los cuales se aplican en forma semejante a la naturaleza de pecado— hay incontables pasajes bíblicos que se refieren al mal moral como una característica, como una señal distintiva, no de individuos ni de clases de hombres en ciertas localidades, sino de la naturaleza humana, tal como es en todas las circunstancias, con la única excepción de aquellos que son regenerados, sobre los cuales se nos revelan hechos específicos que se relacionan con esa naturaleza. Al hombre no regenerado se llama en la Biblia, el hombre *natural*; ciertamente, él no es natural en el sentido de que se acomoda a las inclinaciones de su alma, de que está pervertido en todos sus caminos, de que es fiel a las condiciones que siempre ha tenido la raza caída. Sólo necesitamos citar algunos pasajes ilustrativos, los cuales nos servirán para representar el testimonio bíblico invariable con respecto al estado del hombre caído ante los ojos de Dios.

Génesis 8:21. "Y percibió Jehová olor grato; y dijo Jehová en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho." Es extraño, pero cierto, que esta estimación directa y conclusiva con respecto al hombre caído la pronunció Jehová en medio de su promesa de eterna misericordia. Este estado de mal al cual se refiere Jehová no lo origina cada individuo por cuenta propia; sino que es así desde el principio.

Salmo 14:2,3. "Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno." Este pasaje revelador lo cita el apóstol Pablo, en su extensa denuncia contra toda la raza, en Romanos 3:9-19. La declaración del Apóstol es tan importante que debemos citarla también en forma completa:

"¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;
No hay quien entienda,
No hay quien busque a Dios.
Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Sepulcro abierto es su garganta;
Con su lengua engañan.
Veneno de áspides hay debajo de sus labios;
Su boca está llena de maldición y de amargura.
Sus pies se apresuran para derramar sangre;
Quebranto y desventura hay en sus caminos;
Y no conocieron camino de paz.
No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.”

Aunque éste y otros pasajes nombran las diversas manifestaciones de la naturaleza de pecado, a la vez implican la existencia de tal naturaleza como la fuente del mal en el hombre.

Salmo 51:5. “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” De todo el testimonio del Antiguo Testamento no hay nada más convincente que la declaración de este versículo. En el versículo tres del mismo salmo, el salmista David confiesa su gran pecado. En el versículo cuatro, él considera que su pecado es solo contra Dios, a pesar del hecho de que él había cometido ese gran crimen contra ciertos individuos y con ello había ultrajado a todo el reino de Israel. En comparación con esto, sin embargo, él declara en el versículo seis qué es lo que Dios ama.

Jeremías 17:5,9. “Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. . . Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” Difícilmente podría expresarse en forma más clara la estimación divina con respecto al hombre caído y degenerado. En este pasaje se declara que el hombre es, en carácter, opuesto a Jehová. No se puede depositar confianza en el hombre, en ningún sentido. El segundo de estos versículos declara que el hombre no es malo en forma moderada. Según lo ve Jehová se nos declara que el corazón es “engañoso. . . más que todas las cosas, y perverso.” Y también se nos dice que, a pesar de su vanidad y de su concepto para el cual no tiene ninguna base, el hombre no conoce la verdad con respecto a sí mismo.

Juan 3:6. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” Vale la pena reimprimir lo que escribe el Dr. Julius al comentar este pasaje:

“En cuanto al Nuevo Testamento, tanto para los antiguos teólogos como para algunos de nuestros modernos graduados en divinidad, Juan 3:6 ha sido la norma de autoridad para la doctrina del pecado innato en el hombre: ‘Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.’ Si se toma en relación con lo que precede, esta declaración de Cristo prueba claramente el

hecho de que la corrupción es inherente en la naturaleza humana, pues se ve que El hace que la participación en su reino dependa de una completa renovación, que es la que opera el Espíritu Santo. Esta necesidad universal de un nuevo nacimiento (comp. Jn.3:3,5; 1:12,13; Tit. 3:5; Stg. 1:18; 1 P. 1:3,23), este comienzo y desarrollo de una nueva vida, no sólo implica que el pecado ya está presente en toda vida humana, sino que ha echado profundas raíces en la naturaleza que el hombre ha heredado por nacimiento. Del mismo modo, el apóstol Pablo considera la renovación en Cristo Jesús como una ley universal de la vida humana, y dice que consiste en despojarse “del viejo hombre,” o sea en la muerte del ‘viejo hombre’ (Ef.4:22; Col.3:3,9; Ro.6:3-6). El intento de explicar estos pasajes de una manera que realmente no explica nada —por ejemplo, que el *viejo hombre* es ‘el poder del vicio, confirmado por el hábito’— no necesita ninguna refutación.” (*Op. cit.*, Vol. II, p. 276).

Romanos 1:18-8:13. En este pasaje, que es tan extenso que no nos permite citarlo al pie de la letra, notamos que así como es adecuado para la verdad de que esta Epístola presenta la revelación central con respecto a la salvación de la naturaleza de pecado y también del pecado personal, así también describe la corrupción de toda la raza en forma más completa que en cualquiera otra parte de la Biblia. Hay que tener en mente esta consideración al estudiar dicho pasaje.

1 Corintios 7:14. Debemos ponerle atención especial a este texto, en parte, porque contribuye mucho a la prueba en general; y en parte porque rara vez se utiliza en este sentido. He aquí su contenido: “Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer —que cree—, y la mujer incrédula en el marido —que cree—; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos.” La inmundicia que se menciona aquí es claramente el estado de nacimiento de cada niño, si no fuera por la influencia que puede haber cuando alguno de los padres es cristiano. El padre que es cristiano no le quita al hijo la naturaleza de pecado, sino que el padre cristiano aparta, como diferente, a su hijo. Sin embargo, si el padre cristiano no puede quitarle la naturaleza caída a su hijo, la cual es santificada, ¿eso nos indica cuán ciertamente están bajo el poder de esa naturaleza los que son inmundos!

Efesios 2:3. “Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.” La Escritura no carece de testimonio directo y conclusivo en este aspecto. Es algo de la *naturaleza* de la raza humana lo que la clasifica como “hijos de ira,” en tanto que estén separados de la gracia redentora de Dios.

Gálatas 5:17-21. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu,

no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” El Apóstol define aquí las obras de la carne. Ya hemos estudiado el significado de este término con suficiente amplitud, y tendrá que reaparecer en otros aspectos de la doctrina. El significado ético de la palabra *σάρξ*, según el uso que le dio el Apóstol, nos conduce otra vez a la naturaleza humana y a su corrupción. En este pasaje se nos presentan las obras de la carne en contraste con “el fruto del Espíritu (vs. 18-22). No hay nada que pueda alabarse en las obras de la carne. La conclusión de este asunto es que el hombre es, por naturaleza tal como lo declara Jeremías, “engañoso... y perverso.”

Los siguientes son otros pasajes de las Escrituras que tratan sobre la naturaleza caída del hombre, y que deben también examinarse: Génesis 6:5; Job 11:12; 15:14,16; Salmos 58:2-5; 94:11; 130:3; 143:2; Proverbios 21:8; Eclesiastés 7:20; 9:3; Isaías 64:6; Jeremías 13:23; 16:12; Oseas 6:7; Mateo 7:11; 15:19; 16:23; Lucas 1:79; Juan 3:18; 8:23; 14:17; Romanos 3:9; 6:20; 1 Corintios 2:14; 3:3; Gálatas 3:22; Colosenses 1:13,23; 2:13; 3:5-7; 2 Timoteo 3:2; 1 Pedro 1:18; 4:2; 2 Pedro 1:4; 1 Juan 1:8; 2:16; 5:19.

II. EL REMEDIO PARA LA NATURALEZA/ DE PECADO

La consideración del remedio para la naturaleza de pecado envuelve aspectos que inmediatamente nos indican que corresponde al campo de la verdad relativa al cristiano y, por tanto, es apropiado reservar su estudio para esa parte de nuestro tema. Al que no es regenerado se le puede manifestar que, en el momento en que lo sea se le concederá una doble provisión, a fin de que pueda Dios tratar con él su caso. Así que, los que no son regenerados pueden esperar una experiencia de esa clase, y también pueden esperar el perdón y la justificación, aunque, puesto que todo lo relacionado con el remedio está tan íntimamente ligado con los problemas de la vida diaria del cristiano, la atención divina para esa naturaleza de pecado no se incluye en ningún momento en las ofertas que la gracia salvadora de Dios extiende a los que no son salvos. Por otra parte, la naturaleza de pecado es algo que hay que tratar ampliamente cuando se estudie la necesidad de la salvación que tienen todos los que no son salvos. El hombre sincero no puede presentar un mensaje más equivocado al que no es salvo que aquel que consiste en decirle que él está perdido

por causa de su pecado personal. A esto, ellos pudieran replicar que, puesto que no han cometido ni siquiera el diez por ciento de los pecados que hubieran podido cometer, ellos apenas se hallan perdidos en un diez por ciento. Ese es el razonamiento que naturalmente se deduce de aquella forma de predicación que basa el estado perdido del hombre sobre los pecados personales que éste ha cometido. El hombre está perdido por *naturaleza*: nació con alma perdida, y no tiene ninguna esperanza fuera de la sangre redentora de Cristo. Se obtienen mejores resultados cuando se presenta la necesidad de la salvación para la raíz de todos los males que se hayan cometido. El doble remedio que Dios ofrece para el pecado consiste en (a) el hecho de que Cristo sufrió por los creyentes en El, el juicio que a ellos les corresponde por el pecado, y (b) el Don del Espíritu Santo, que mora en el creyente cristiano y puede darle la victoria sobre toda mala disposición. Dios ya ha realizado el juicio contra la naturaleza de pecado en los creyentes; de otro modo, no podría declararse lo que ciertamente declara la Palabra de Dios: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro.8:1).

En conclusión se puede volver a repetir que, en el principio, Dios declaró con respecto al hombre que era "bueno en gran manera." pero después de 1500 años de historia humana, Jehová dijo con respecto al mismo hombre: "... todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (Gn.6:5). Y más de dos mil años después, El dijo: "... todos están bajo pecado... No hay justo, ni aun uno; ... No hay quien haga lo bueno...ni siquiera uno" (Ro.3:9-12). Este contraste es tan vigoroso como lo puede permitir el lenguaje humano. Los teólogos difieren en ciertos aspectos de la doctrina del pecado; pero hay un notable acuerdo entre ellos con respecto a la universalidad del pecado. Este acuerdo puede explicarse por el hecho de que la Palabra de Dios es sumamente clara en su testimonio con respecto a la pecaminosidad del hombre, y por el hecho de que la experiencia humana corrobora completamente la enseñanza de las Escrituras. Hay quienes rechazan la doctrina de la depravación humana por falta de comprensión. Esta doctrina no implica que no hay nada bueno en el hombre, en tanto que lo observa otro hombre; más bien afirma que, por causa de la naturaleza caída, Dios no ve nada en los hombres que pueda recomendarlos ante El. Los hombres sólo son objetos de su gracia. Es significativo que las drásticas acusaciones contra toda la raza, que se hallan en el Nuevo Testamento, no son sino citas del Antiguo Testamento, con lo cual se demuestra la unidad de la Biblia en su testimonio con respecto a la doctrina de la depravación. Hay

privilegios y pactos especiales que se les otorgan a los judíos; pero en lo que se refiere al pecado y al remedio divinamente provisto “no hay diferencia.” El Dr. Timothy Dwight afirma, cuando escribe sobre la universalidad del pecado: “En verdad, no hay doctrina de las Escrituras que se exprese en formas más numerosas y variadas, ni en términos más directos, en los cuales es menos posible la incompreensión” (*Theology*, Sermón 29). Se puede observar, además, que el hecho de la pecaminosidad y de la depravación humana universal está implícito en la provisión de un sacrificio, ya sea en forma simbólica o en el cumplimiento del símbolo; también está implícito en el hecho de que el cuerpo humano ha sido afectado y, en el caso de los salvos, todavía espera su redención; y, además, en el hecho de que “Dios, . . . manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hch.17:30).

A partir del pecado original, que es la fuente causal, la posteridad de Adán ha alcanzado profundos resultados universales. La doctrina del pecado original se divide en dos ramas. Y es notable el hecho de que no hay relación entre ellas, fuera de la verdad de que ambas proceden de la misma raíz. Una de esas ramas tiene que ver con la corrupción original, que es la muerte espiritual; mientras que la otra tiene que ver con la culpa original, y con su castigo, que es la muerte física. Aunque el término *pecado original* se relaciona más frecuentemente con la corrupción original, se puede usar igualmente y con la misma propiedad para designar la culpa original. La primera parte de la doctrina del pecado original, que es la corrupción original, o sea la muerte espiritual, sostiene que toda la raza ha heredado, desde su primer progenitor, una naturaleza viciada, que está siempre e incurablemente en enemistad contra Dios, y es, ante los ojos de El, completamente depravada y está espiritualmente muerta, y es la raíz de la cual proceden los malos pensamientos, las malas palabras y las malas acciones, todos los cuales son sus frutos. Esta doctrina sostiene que Adán fue el primero y el único miembro de la raza que llegó a ser pecador por el hecho de haber pecado; en tanto que todos los demás miembros de la raza, desde el primero hasta el último, han nacido y nacen en pecado; no llegan a ser pecadores porque pecan, sino que pecan por cuanto ya son pecadores. Esta doctrina sostiene, de la misma manera, que este hecho de la corrupción de la naturaleza y de la muerte espiritual es la base principal y más importante sobre la cual Dios actúa en su juicio contra la raza; y que las malas obras, por más perversas que sean, no son sino una manifestación razonable de la naturaleza corrompida. Igualmente, fuera del hecho de la naturaleza corrompida, es imposible demostrar que los perdidos necesitan de la completa gracia salvadora de Dios. Por otra parte, esta

completa gracia salvadora de Dios es algo que se necesita en la salvación de los perdidos por el hecho de que el ser total del hombre está depravado y espiritualmente muerto. Queda fuera de orden la consideración de que al hombre no se le puede culpar por la naturaleza que recibió al nacer. Aunque el hombre puede nacer en pobreza e ignorancia, él hace todo lo que puede para corregir esas limitaciones. Eso es algo que se justifica. Pero, ¡Cuánto más se justifica que el hombre acuda a la liberación que Dios le ofrece para ese estado de perdición en el cual nace, cuando recordamos que Dios, por infinito amor, y mediante el pago de un precio infinito, ha provisto bondadosamente tal liberación!

No nos vamos a preocupar en este estudio, por falta de espacio, por las diversas teorías que existen con respecto al estado caído del hombre. El argumento queda suficientemente comprobado por el hecho de que la naturaleza caída que el hombre recibe *directamente* de Adán (a) se establece en las Escrituras, (b) se observa en la historia y (c) lo corrobora la conciencia del hombre. Estas evidencias deben considerarse en el orden inverso:

(a) La conciencia humana de que hay en el hombre una naturaleza o una disposición mala es prácticamente universal, y se halla desde las primitivas crónicas de la experiencia humana. “Aparece algo más, además de la razón natural, en nosotros, que establece combate contra la razón.” Eso lo dijo Kant; y agrega: “... *que el mundo entero está bajo el maligno* es un lamento tan antiguo como la historia; no, tan antiguo como la poesía, o aún más antiguo que ella.” El apóstol Pablo decía de sí mismo: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Ro.7:19). Tal es en realidad la conciencia de todos los hombres que piensan correctamente con respecto a ellos mismos.

(b) La historia demuestra que la naturaleza mala del hombre es inagotable. “La inhumanidad del hombre contra el hombre,” las guerras, las inquisiciones, los asesinatos, la prostitución, la esclavitud, la crueldad, el engaño, la avaricia, la codicia, el orgullo, la incredulidad, el odio contra Dios; todo esto y mucho más ha tenido su parte en la historia de la raza.

(c) Para los que nos sometemos a la Palabra de Dios, las Escrituras son la autoridad final y explícita. Y ya hemos citado ampliamente el testimonio de las Escrituras.

CAPITULO XX

LA IMPUTACION DEL PECADO

Los que utilizamos traducciones teológicas procedentes del inglés tenemos que tener mucho cuidado con el empleo de las palabras *imputar* e *imputación* (nota del traductor sobre la cual se basa el cambio formal en la traducción de todo el primer párrafo de este capítulo). En inglés, el significado teológico de la palabra *imputar* (*impute*) es “atribuirle o adjudicarle a alguna persona alguna cosa (buena o mala). Por ello, tiene un significado vicario, en el sentido de que lo que se le atribuye se deriva de otro. En castellano, *imputar* es atribuirle a una persona algo censurable, reprochable, digno de acusación. A nadie se le imputa algo bueno, sino que se le atribuye. En cambio, en inglés sí tiene ese sentido, pues se afirma que al pecador se le *imputa* la justicia de Cristo, lo cual no es correcto en castellano. Al pecador se le adjudica la justicia de Cristo. (Así que la palabra *imputación* siempre estará bien empleada cuando se refiera a *inculpación* del pecado, pues esta palabra es la que denota la acusación oficial contra un delito. Nota del traductor.) En inglés, la palabra *imputación* tiene también el significado de sustitución, del cual carece absolutamente en castellano. Así, por ejemplo, se llama *imputation* a la acción expresada por las palabras de Pablo a Filemón: “Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo. Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta” (Flm.1:17,18). En castellano, esa acción no la llamamos *imputación* sino *sustitución*. El mismo apóstol Pablo escribe con respecto a los gentiles: “¿No será tenida su incircuncisión como circuncisión?” (Ro.2:26). En el texto del Nuevo Testamento hay dos palabras originales que tienen la idea de *inculpación*: ἔλλογέω, que se usa dos veces (Ro.5:13; Flm.1:18), y λογιζομαι, que se usa 41 veces, 16 de las cuales se hallan en el capítulo 4 de Romanos. En cuanto al inglés, se observa amplitud en la selección de palabras en la Versión Autorizada; pero el pensamiento esencial de la *inculpación* está siempre presente.

Tomando en cuenta las diferencias idiomáticas, cuando se dice en

inglés que la Biblia presenta tres *imputaciones* principales, tendremos que decir que, cuando la Biblia se refiere a la inculpación del pecado, la Biblia presenta los siguientes tres hechos: (a) La *imputación* del pecado de Adán a la raza humana; (b) la *sustitución* del pecador por Cristo; y (c) la *adjudicación* de la justicia de Dios al creyente en Cristo. (En inglés, los tres casos son *imputación*). La inculpación puede ser *real* o *judicial*. La inculpación es *real* cuando se acusa a alguno de aquello que ha sido su propio antecedente; y es *judicial* cuando se lo acusa de lo que no ha sido su propio antecedente. Si se hubiera inculpado a los hombres de los pecados que se mencionan en *2 Corintios 5:19* —como han debido inculpárseles— esa hubiera sido una inculpación real. Esos pecados habían sido los que ellos habían cometido, y acusarlos de ellos, echarles la culpa de ellos, no hubiera sido más que la declaración oficial de la responsabilidad. Por otro lado, cuando el Apóstol dice: “ponlo a mi cuenta”, él se refiere a una cuenta que no era suya realmente. El no tenía el antecedente. Esa es la *inculpación judicial*: es la sustitución.

Cualquier juicio inmaduro podría llegar a la conclusión de que los tres hechos principales que la Biblia presenta en relación con la inculpación del pecado: la imputación de pecado, la sustitución del pecador por Cristo y la adjudicación de la justicia de Cristo, son de carácter judicial. Esa estimación es la que ha caracterizado a ciertas escuelas de teología de las cuales ha surgido mucha doctrina equivocada. No es propio de este estudio, que se relaciona con la imputación del pecado, el detenerse a considerar los otros dos aspectos mencionados, a menos que sea por vía de ilustración. Esos dos aspectos corresponden a la Soteriología. Se verá, sin embargo, que el hecho de que Cristo le sirva de Sustituto al pecador, puesto que de ningún modo toma ese lugar por causa de sus propios pecados, es un claro ejemplo de la *inculpación judicial*. De la misma manera, la adjudicación de la justicia de Dios al creyente cristiano, aunque provee una base tan equitativa que por esa causa se dice que Dios es *justo* cuando justifica a los que creen en Cristo, sin embargo, no le otorga al creyente nada que haya sido su propio antecedente. Así que en la sustitución del pecador por Cristo hay una inculpación de carácter *judicial*. Sin embargo, en el caso de la imputación del pecado inicial de Adán a todos los miembros de la raza (de la cual Cristo es la única Excepción), hay una gran diferencia de opinión entre las diversas escuelas teológicas. Dividiremos este tema general sobre la imputación del pecado de la siguiente manera: (a) El alcance de la doctrina de la imputación del pecado; (b) teorías sobre la imputación del pecado; y (c) el remedio divino para el pecado que se le imputa al pecador.

I. EL ALCANCE DE LA DOCTRINA DE
LA IMPUTACION DEL PECADO

El alcance de la controversia sobre la doctrina de la imputación del pecado se basa en el pasaje más teológico de la Biblia: Romanos 5:12-21. Este pasaje es esencialmente una elucidación de la declaración primaria que se establece en el versículo 12. De ello se deduce que cualquier interpretación del versículo 12 que no esté en armonía con los versículos 13 al 21 demuestra, por esa falta de armonía, que no es correcta. El verdadero estudiante de teología le dedica más tiempo a esta porción de las Escrituras. No es suficiente aceptar los mejores descubrimientos de los que estudian dicha porción, sino que demanda un penoso esfuerzo exegético. Al escribir sobre este punto, Stearns sugiere: "Cuando usted desee saber si algún hombre es un buen teólogo, abra el Nuevo Testamento griego de dicho hombre. Si se abre por su propia cuenta en el capítulo 5 de *Romanos*, y usted ve que esa página está gastada y oscura, usted puede, con toda seguridad, tener a ese señor como un verdadero devoto de la ciencia sagrada" —*Present Day Theology*, pág. 321; citado por W. H. Griffith Thomas en *Principles of Theology*, pág. 163. En este gran pasaje se han concentrado los grandes pensamientos con los mejores propósitos. La interpretación racionalista es tan peligrosa aquí como en cualquier parte. Este asunto corresponde única y absolutamente a la revelación.

Como preparación para la exégesis correcta de Romanos 5:12, conviene observar que el primer pecado de Adán —llamado propiamente el *pecado original*, hasta donde concierne a la humanidad— es el tema fundamental que estamos discutiendo. Como ya se dijo, el primer pecado de Adán es la fuente causal de la cual proceden dos clases de influencia completamente diferentes. En el capítulo anterior estudiamos la naturaleza de pecado, que ha sido transmitida, la cual pasa *por medio* de generación en generación y está estrechamente vinculada con la muerte espiritual. El objetivo del presente capítulo es la investigación de la otra corriente de influencia que surge del pecado inicial de Adán, que es la imputación del pecado al pecador, que constituye la única razón que la Palabra de Dios presenta como base para la imposición de la muerte física sobre la raza. La primera corriente de deducciones, ya estudiada, se relaciona con la *corrupción*; en tanto que la segunda, que es la que estamos estudiando, se relaciona con la *culpa*. Además de la revelación de que la culpa les corresponde a todos, está la verdad de que el castigo —la muerte física— se ha impuesto *directamente* sobre cada uno de los miembros de la raza, es decir, directamente desde

Adán a cada individuo, sin tener en cuenta las generaciones intermedias. Es como si sólo hubieran existido dos personas: Adán y ese miembro particular de la raza. Usando una moderna figura de dicción, diríamos que todo ser humano está relacionado con Adán, directa e individualmente, como por medio de una *línea privada*. Se pudiera dibujar un diagrama de dos líneas que bajan del mismo punto, el cual puede representar el pecado de Adán. Una de estas líneas es un arco inclinado hacia la derecha y la otra, un arco inclinado hacia la izquierda. Las dos convergen otra vez; y el punto de la nueva convergencia puede representar al individuo humano de cualquier tiempo y de cualquier lugar, pues este doble efecto del pecado de Adán alcanza a todos los miembros de la raza. Se puede hacer que una de las líneas represente la naturaleza adámica—que está emparentada con la muerte— la cual alcanza a todo individuo *mediante* la transmisión del padre al hijo. Esta línea pudiera dividirse en muchas secciones que indiquen la intervención de las generaciones entre Adán y el individuo. Se puede hacer que la otra línea representa la imputación del pecado de Adán, la cual le llega al mismo individuo en forma directa desde Adán, sin tener en cuenta las generaciones intermedias. Aunque todos, en todas las generaciones, participan de esta relación personal con Adán, el carácter del individuo aislado de cada generación no mengua ni se confunde por ninguna circunstancia. La respuesta bíblica al asunto de que por qué cada persona está sujeta a la muerte física es que cada persona participa del pecado que afectó al mismo Adán, y que le causó la muerte física; y que, por tanto, cada persona participa también del castigo. La muerte física no se adquiere por herencia, ni tampoco es una infección que pasa de los padres a los hijos. Es el castigo por aquella acción impersonal, inconsciente, pero conjunta de cada individuo con Adán, en su desobediencia.

Ha resultado gran confusión cuando se identifica la naturaleza adámica y su corrupción con la idea de la culpa individual y el castigo que merece el individuo por su participación en ese pecado. No se debe olvidar que la naturaleza de pecado engendra cierta forma de culpabilidad, pero esa es aquella culpabilidad que surge de un *estado* del ser, mientras que la culpa por la participación se debe a la *acción*. Algunos escritores que han entrado en este campo difícil de la doctrina han enseñado, con una consciente desatención de la verdad vital, que la naturaleza de pecado es la causa de la muerte física. Es muy poca la aprobación que se puede hallar en las Escrituras para esa idea.

La muerte espiritual se halla implícita en Romanos 5:12-21 (pasaje que todavía nos queda por estudiar), pero cuando comenzamos con

Romanos 6:1, donde se ve que la naturaleza de pecado está en conflicto con la vida espiritual y con la santificación. En todo este pasaje se trata con respecto a la muerte espiritual. Naturalmente, la naturaleza de pecado y la muerte espiritual están en este caso estrechamente relacionadas como siempre. Producir el fruto de la naturaleza de pecado es estar en el camino, en el lado de la muerte espiritual; mientras que tener el poder para el bien por medio del Espíritu es estar en el camino, en el lado de la vida y de la paz (comp. Ro. 6:16, 21, 23; 7:5; 8:2, 6, 13). De los centenares de referencias que la Biblia hace con respecto a la muerte, sólo una mínima porción se refiere a la muerte espiritual. Tan grande es la preponderancia de los pasajes que se relacionan con la muerte física que multitudes de personas no caen en la cuenta de la verdad que corresponde a la muerte espiritual. El principal pasaje que trata sobre la muerte física, y que es el más intensamente teológico, es Romanos 5:12-21.

Este pasaje, como se dijo, consiste en una declaración primaria, que se restringe al versículo 12, mientras que todo lo demás —versículos 13-21— es la explicación de dicha declaración primaria. Por tanto, es razonable que nos dediquemos primero a descubrir el significado del versículo 12. Toda escuela de teología que se preocupe por las Escrituras busca su propia interpretación de este pasaje, para poder justificar sus afirmaciones o sus credos con respecto a la realidad del pecado y de la muerte, así como también con respecto a la realidad de la justicia y de la vida. Son muy pocas las porciones de la Biblia que han tenido que soportar tan variados tratamientos. Es probable que, hasta cierto punto, la verdad se encuentre en cada una de las interpretaciones que se hayan intentado, y también que haya algo de error en todas ellas; pero el objetivo de cada una de ellas es el de eliminar el error y establecer la verdad.

La colocación de este pasaje (Ro. 5:12-21) es un factor importante en la evaluación que se le haga. Está precedido de una porción (3:21-5:11) que contiene un mensaje de justificación y fe; y le sigue otra porción (6:1-8:13) que contiene un mensaje de santificación y fe. Se dice, tanto de la justificación como de la santificación, que se basan en la muerte de Cristo. La porción intermedia, que es la que estamos considerando, es la consumación de lo que precede y la preparación para lo que sigue. En este pasaje se nos presenta el cuadro oscuro del pecado y su castigo, en contraste con las glorias maravillosas de la justicia y de la vida. Allí se coloca a las dos cabezas universales de la raza, una junto a la otra, y se nos indican sus similitudes y diferencias. El primer Adán le trajo la ruina a la raza; el postrer Adán le trajo la salvación y la gloria a su pueblo. Hay muchos

detalles en los paralelos en los cuales aparecen estas similitudes y diferencias. Estos detalles, aunque son de inmensurable importancia, por ningún motivo cambian el tema central, sino que más bien lo vigoriza. Y ese tema central es que aquello que perdió el primer Adán lo vuelven a obtener, con creces, los que reciben la gracia salvadora del último Adán. Existen muchas obras sumamente valiosas, tanto expositivas como exegeticas, que tratan este tema. Aquí sólo nos será posible una breve investigación sobre este pasaje.

Versículo 12. Para demostrar que es la consumación de la sección que le precede, que trata sobre la justificación (3:21-5:11), este versículo comienza con la expresión conjuntiva consecutiva “Por tanto”. La idea es que, puesto que los hechos citados con respecto a la justificación son lo que son, se deduce que, como consecuencia, hay ciertas conclusiones y verdades adicionales. Sobre la conexión vital entre estas dos partes de las Escrituras, mediante la expresión conjuntiva “por tanto”, escribe el Dr. W. H. Griffith Thomas:

“La íntima relación de esta parte con la que inmediatamente le precede tiene que observarse con mucho cuidado. La primera expresión: “Por tanto” equivale literalmente a *en este sentido*, lo cual demuestra que el pensamiento continúa ininterrumpidamente. En los versículos 1-11 se ha demostrado que la justificación es permanente, y la prueba fundamental y garantía de esto es el mismo Dios, en el cual nos gloriamos (v. 11). La razón primaria se nos presenta en la porción que estamos estudiando (v. 12), al señalar que la relación del hombre con Adán lo envolvió en cierta clase de muerte por causa del pecado, y así su relación con Cristo le garantiza la vida sin falta. De este modo, estos versículos constituyen el centro lógico de la Epístola. Constituyen el gran punto central en el cual converge todo lo que precede, y del cual fluye todo lo que sigue. Las grandes ideas del pecado, la muerte y el juicio, según se indica aquí, van envueltas en la relación de la raza humana con Adán; pero, por otro lado, tenemos el hecho bendito de la unión con Cristo, y en esta unión tenemos la justicia y la vida. El hecho de representar a la humanidad en estas dos cabezas: Adán y Cristo, indica la significación de la obra redentora para toda la raza” —*St. Paul's Epistle to the Romans*, Vol. I, pág. 202.

La segunda palabra, “como”, no es menos importante, puesto que es una partícula comparativa que indica el primero de una serie de contrastes, que son los que caracterizan a esta porción de las Escrituras. Las dos partes de este contraste son: la justificación que vino por medio de un Hombre contra la ruina que había venido por medio de otro hombre. El *como* relaciona lo dicho antes con la idea de la entrada del pecado por medio de un hombre. Se pudiera parafrasear de la siguiente manera: *Por tanto, así como el caso de la justificación es por un Hombre, así el caso de la ruina es por un hombre*. Tal es en realidad la esencia del argumento que sigue en el pasaje.

Las palabras “como el pecado entró en el mundo por un hombre” implican que el pecado ya había tenido su manifestación en otras esferas, y que el hombre, Adán, llegó a ser el medio o la puerta abierta por medio del cual entró el pecado en el mundo *cosmos*. Pero hay algo más. El texto continúa con la declaración: “. . . por el pecado la muerte”. Aunque existe una estrecha relación entre la muerte espiritual y la muerte física —las dos tienen su origen en el primer pecado del primer hombre y, del mismo modo, convergen en cada individuo de la raza de Adán— el versículo 12 se refiere definidamente a la muerte física. Es posible que se haga alguna referencia, antes de llegar al fin del estudio de este pasaje, a la muerte, en una escala tan amplia que puede incluir ambas formas; pero esta palabra, en su declaración primaria, se refiere a la muerte física. El carácter universal de la muerte física no necesita argumentos. Así, las Escrituras declaran: “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después el juicio” (He. 9:27). El mensaje que el Apóstol declara en nuestro pasaje que estamos estudiando no es diferente: “así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” El tiempo aoristo griego está bien traducido en nuestra Versión Reina-Valera revisada en 1960, en lo que se refiere a la última declaración. No es *por cuanto todos han pecado*, sino “por cuanto todos pecaron.” En este punto, el idioma se esfuerza en indicarnos que todo miembro de la raza muere físicamente por el hecho de su propia participación en el pecado de Adán. Puesto que se tiene en mente un hecho único, completo e histórico, las palabras “todos pecaron” no pueden referirse a una naturaleza que resulta del hecho de ese pecado, ni puede referirse a los pecados personales de muchos individuos. No indica que el hombre llegó a ser perverso. Lo que indica la afirmación es que *todos pecaron* al mismo tiempo en las mismas circunstancias. De igual manera, el castigo, que es la *muerte*, no se debe a la contaminación, en cuyo caso indicaría que se refiere a la muerte espiritual, sino que se debe a la culpa por la participación en el acto; y eso indica la muerte física. La afirmación es clara; y lo que expresa es que todos participaron en el pecado inicial de Adán. Un pasaje paralelo, que tiene esta misma estructura gramatical, es el de Romanos 3:23: “Por cuanto todos pecaron.” Sin ninguna base, se ha interpretado casi universalmente que este pasaje se refiere al pecado personal. *The International Revision Commentary*, editado por el Dr. Philip Schaff, dice lo siguiente: “Se refiere a un hecho único e histórico, es decir, al evento pasado de la caída de Adán, que fue virtualmente y al mismo tiempo la caída de la raza humana, representada por él y germinalmente contenida en él . . . En cuanto a

la interpretación de las palabras, se puede insistir en que "*pecaron*" no es equivalente de *llegaron a ser perversos*. Hay dos puntos de vista al respecto: (1) Como hecho histórico, cuando Adán pecó, todos pecaron, por causa de la relación vital entre él y su posteridad. (2) Cuando Adán pecó, todos fueron declarados pecadores, por cuanto él era el representante de la raza. La objeción que se hace es que *pecaron* no es un término equivalente de *fueron considerados pecadores*. Eso hace que el paralelo entre Adán y Cristo sea más estrecho de lo que el pasaje parece garantizar hasta este punto (Romanos, Vol. VI, pág. 81, 82). Jamieson, Fausset, and Brown, en su *Comentario* (Zondervan Publishing House, 1934), declaran con respecto a esta misma frase: "Así la muerte alcanza a todo individuo de la familia humana, como el castigo le corresponde a cada uno de esos individuos." La construcción de la frase es tan exigente que los exégetas están de acuerdo en su gran mayoría. Extrañamente, sin embargo, Calvino no entendió la fuerza de la estructura de este pasaje cuando restringe su significado al hecho de nacer en pecado. Debe hacerse hincapié también en que sólo una explicación puede estar de acuerdo con el resto del pasaje que es de carácter explicativo, y que, naturalmente, esa interpretación es la que se requiere para la declaración primaria del versículo 12. La correcta interpretación del texto nos indica una real imputación del pecado de Adán a la raza humana. Si eso se puede explicar o entender es cosa completamente aparte del hecho de que tales palabras declaran que hay una imputación real, con su correspondiente culpa individual y el castigo, que es la muerte física.

El Dr. Charles Hodge dice:

"Este pasaje enseña claramente la doctrina de la imputación del pecado. Esta doctrina no incluye la idea de una identidad misteriosa de Adán con su raza, ni tampoco la de una trasfencia de la torpeza moral de su pecado a sus descendientes. No enseña que su ofensa fue *personal o propiamente el pecado* de todos los hombres, ni que este acto fue, en algún sentido misterioso, un acto de toda su posteridad. Tampoco implica, en relación con la justicia de Cristo, que esta justicia llega a ser personal e inherentemente nuestra, ni que su excelencia moral sea, en algún sentido transmitida a los creyentes cristianos. El pecado de Adán, por tanto, no es la base del remordimiento nuestro; y la justicia de Cristo no es base de complacencia personal para aquellos a quienes se adjudica. Esta doctrina enseña sencillamente que, en virtud de la unión natural y representativa, entre Adán y su posteridad, el pecado de él sirve de base para la condenación de ellos, es decir, para que ellos estén sujetos a los males penales; y que, en virtud de la unión entre Cristo y su pueblo, la justicia de El sirve de base para la justificación de ellos. Para enseñar esta doctrina se utilizan muchas palabras (vs. 12, 15, 16, 17, 18, 19). Está tan claramente establecida esta doctrina, y tan a menudo repetida o declarada, y tan formalmente probada, que son pocos los comentaristas que no reconocen, en una forma o en otra, que esa es la doctrina

del Apóstol"—*Commentary on the Epistle to the Romans*, edición de 1854, págs. 167, 168.

En su mayor parte, ésta es una declaración aceptable y luminosa. Sin embargo, parece que la declaración del Dr. Hodge diera la impresión de que no reposa sobre cada miembro de la raza una responsabilidad real, que sea suficiente para garantizar el castigo con la muerte.

La dificultad que surge casi en cada mente, con respecto al mensaje aparente de este versículo, consiste en la incapacidad universal para comprender qué es lo que envuelve la representación por medio de una cabeza general. Esta incapacidad es de lo más natural, puesto que no hay otra relación similar en la esfera general de la experiencia humana. En Adán estaba toda la raza potencialmente, de un modo que no se le puede atribuir a ninguno de los siguientes progenitores de su linaje. Ningún otro hombre fue primero en las generaciones de la humanidad; ni ningún otro hombre recibió la comisión divina de esta responsabilidad única. En Abraham, como progenitor de la raza de Israel, vemos una cabeza menos perfecta: la realidad sólo se halla en el linaje de Jacob. Sin embargo, Cristo es la cabeza perfecta de la nueva creación. Todo el simbolismo que hay en Adán con respecto a Cristo se basa en el hecho de que ha habido dos cabezas perfectas de la raza. Abraham, aunque es muy importante en su relación con Israel, no aparece en este simbolismo. Sin embargo, la más luminosa referencia de la Biblia con respecto a la cabeza de un linaje tiene que ver con Abraham. Dicho pasaje no sólo se refiere a la cabeza universal de un pueblo, sino que también declara que divinamente se reconoce que la descendencia actuó cuando se encontraba en los lomos de esa cabeza de linaje. Nos estamos refiriendo a Hebreos 7:9, 10, donde leemos: "Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro." Leví, que, en su propia vida, según el arreglo divino, recibió los diezmos, no obstante pagó los diezmos a Melquisedec cuando estaba en los lomos de su bisabuelo Abraham (Gn. 14:20). Nadie alegaría que Leví pagó conscientemente o con propósito determinado sus diezmos a Melquisedec; sin embargo, Dios afirma que él los pagó. Esa es la estimación de Dios. Del mismo modo, nadie afirmaría que todo individuo de la raza de Adán pecó con él, conscientemente o con propósito determinado. Sin embargo, no puede haber duda de que Dios inculpa de la transgresión de Adán a cada uno de los miembros de la raza. En 1 Corintios 15:22, aparece la siguiente declaración: "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos

serán vivificados.” Esa declaración implica la misma acción conjunta que se expresa en las palabras: “*todos pecaron*.” En realidad, Dios no ve sino a dos hombres; y cada uno de los miembros de la raza está en el uno o en el otro. Los no regenerados están *en Adán*; los regenerados están *en Cristo*. La incapacidad para comprender la manifestación de esta clase de verdad surge de la inhabilidad para llegar a una profunda comprensión de lo que se nos quiere decir cuando se nos indica que algunos miembros de la familia humana están *en Adán*, y otros están *en Cristo*. La mente puede comprender los resultados específicos, pero no puede discernir la profunda realidad que entra en la relación de una cabeza con la agrupación que representa. Se verá en el desarrollo posterior de este pasaje —Romanos 5:12-21— que, tal como Cristo lo declaró (Jn. 14:20), y como lo elucidó el apóstol Pablo, por el hecho de estar el cristiano *en Cristo*, son inmensurables las bendiciones que fluyen de esa base. Por tanto, todos reconocen que el principio de imputación del pecado de la cabeza universal a su posteridad está establecido. Consecuentemente, todos debieran reconocer con entera libertad que al hombre natural le corresponden el daño y el desastre —incluyendo la muerte— por causa de estar *en Adán*. Esa es su posición. Con el mismo fin, y con respecto al hecho de que Cristo aceptó la inculpación que le correspondía al hombre, está escrito: “que si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co. 5:14). La participación del pecador en la muerte de su Sustituto es, pues, contada como si fuera la propia muerte del pecador por sí mismo (es posible que el estudiante no haya notado que, aunque las traducciones no son siempre satisfactorias, ciertos pasajes se refieren a la acción de la muerte de Cristo en su condición de Sustituto, como si fuera una acción del mismo pecador: Ro. 6:2: “... los que hemos muerto al pecado.” Ro. 6:6: “... nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él.” Col. 3:3: “... habéis muerto...” Ef. 4:22: “... despojaos del viejo hombre.” Comp. Col. 3:9).

Así se ve que, según el principio de imputación, ciertas realidades de una persona se le inculpan a otra. El asunto queda completamente explicado cuando se consideran los tres hechos: se indica la necesidad del hombre por el hecho de que el pecado de Adán se le imputa a su posteridad; se logra la salvación del hombre cuando Cristo lo sustituye, tomando sobre Sí la culpa humana; y se establecen la norma eterna y la felicidad para el hombre al adjudicarle a éste la justicia de Dios, cuando él está en Cristo mediante el bautismo del Espíritu. Si se rechaza la doctrina de la imputación del pecado de Adán a la raza, entonces, la consecuencia demanda que también se rechacen la doctrina de la sustitución y la doctrina de la posición en Cristo.

Se concede que se pueden notar ligeras diferencias en ciertos aspectos, cuando se comparan estos tres hechos. Estas diferencias se desarrollan en gran parte en atención a que la *imputación* del pecado de Adán a la posteridad es real, en tanto que tanto la *sustitución* del pecador por Cristo y la *adjudicación* de la justicia de Dios al creyente cristiano son de carácter judicial. No se dice nunca de ningún pecador que haya actuado conscientemente, ni de ninguna otra manera, para que se le adjudiquen los beneficios que fluyen de la muerte de Cristo, ni tampoco se dice que haya actuado de algún modo para lograr la perfecta posición de justicia en Cristo, pero sí se declara que toda la posteridad pecó con Adán en su pecado. Este aspecto particular, que envuelve la participación del pecador, no se halla ni en la *sustitución* ni en la *adjudicación*; pero sí es lo que vigoriza la realidad de la *imputación* del pecado de Adán a su descendencia.

Se puede deducir, entonces, que las palabras "*todos pecaron*" afirman que toda la humanidad —con excepción de Uno— está divinamente inculpada de haber participado en el pecado de Adán, y que el castigo por esa participación es, en cada individuo, la muerte física. Es natural suponer que esta expresión —*todos pecaron*— se refiera al pecado personal en la vida de cada individuo. Tan general es esta tendencia, a pesar de las traducciones claras, que el Espíritu de Dios dirigió al Apóstol para que presentara una prueba conclusiva de que allí no había ninguna referencia al pecado personal. Esta prueba es la que se encuentra en los dos versículos siguientes del pasaje.

Versículos 13, 14. "Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir." El obispo Moule, al escribir sobre los dos usos de la palabra *ley* en el versículo 13, dice: "En griego, estas dos palabras están sin artículo. A pesar de alguna dificultad, tenemos que interpretar que la primera se refiere a la ley de Moisés, y la segunda a otra ley de alguna clase. Probablemente se refiere a la voluntad declarada de Dios en general, contra la cual pecó Adán en su caso particular, y contra la cual nosotros también pecamos *en Adán*" —*Cambridge Bible, Romans*, pág. 105. La expresión "había pecado en el mundo" indica que el carácter de Dios era entonces como ha sido siempre aquello contra lo cual pecan los hombres; pero, como no había sido dada ninguna declaración escrita sobre las exigencias de Dios, no se podía inculpar a los hombres de haber quebrantado algo que no existía. Una ilustración muy útil para esta situación es la que se halla en las palabras de Cristo a sus discípulos con respecto a los gobernantes judíos: "Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado,

no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado . . . Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (Jn. 15:22, 24). El Apóstol continúa con las palabras: “No obstante, reinó la muerte”; las cuales prueban que la muerte no se debe a la transgresión personal contra la ley en su forma revelada. Algunos expositores sostienen que la prueba de que el versículo 12 no se refiere al pecado personal está en el hecho de que no había ley contra la cual el hombre hubiera podido pecar. Otros sostienen que la evidencia de que no se refiere al pecado personal se halla en la verdad de que los niños y las personas incompetentes también mueren, como todos los demás; sin embargo, éstos no habían pecado voluntariamente en la forma como lo hizo Adán. Este último argumento, aunque es conclusivo, no se restringe al asunto de la edad. Probablemente las dos interpretaciones son correctas, y la evidencia es completa para probar que la muerte física no es el castigo por el pecado personal, sino el castigo por la participación en el primer pecado de Adán, como cabeza universal de la raza. El versículo 14 termina con la declaración de que Adán “. . . es figura del que había de venir.” Unos pocos intérpretes creen que esta es una alusión a la segunda venida de Cristo, que todavía no se ha cumplido. Hay que recordar que el primer advenimiento de Cristo era una esperanza vital para el período de que estamos hablando. Los rabinos creían que el último Adán era el Mesías. Sin duda, esto era lo que creía el Apóstol antes de conocer a Cristo el Salvador.

Versículos 15-19. “Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.”

Después de haber afirmado la verdad de que Adán es figura de Cristo, el Apóstol continúa en esta porción enumerando ciertos paralelos y contrastes entre los dos. El Dr. W. H. Griffith Thomas

hace el siguiente comentario sobre estos versículos:

"Transgresión y don (v. 15). No hay necesidad de considerar los versículos 13-17 como un paréntesis. Es mucho más simple y más natural considerar que los versículos 15 y 16 nos ofrecen los detalles de la analogía que se presenta en términos generales en los versículos 12 al 14. Y en todo sentido sería más claro y estaría en mejor armonía con el argumento la adopción de la forma interrogativa en estos versículos, de tal modo que leyéramos así: "¿Pero no debiera ser también el don así como fue la ofensa?" Si Adán es figura de Cristo, ¿no debiera haber alguna correspondencia entre la caída del uno y el don del otro? Con toda seguridad, ellos se parecen en sus efectos profundos, porque si por el pecado de uno, los muchos que tenían relación con él quedaron envueltos en muerte, es mucho más fácil creer que el sacrificio de gracia de un Hombre, Jesucristo, el Favor amante de Dios y su Don de justicia, abundara para los muchos que tienen relación con Él.

Condenación y justificación (v. 16). Aquí podemos pasarnos otra vez a la forma interrogativa: "¿Y no debiera suceder con el don como en el caso de aquel uno que pecó?" Es decir, ¿no hay también una correspondencia entre el don de Dios y la ruina del hombre, con respecto al hecho de que tal ruina fue causada por un solo hombre? Porque en realidad, el don, que lleva a un justo descargo de la deuda del hombre fue ocasionado por muchas transgresiones; mientras que el juicio que lleva a condenación fue ocasionado por la transgresión de un solo hombre.

Muerte y vida (v. 17). En este caso indudablemente hay correspondencia, pues si en virtud de aquella única transgresión de un hombre, se estableció el imperio de la muerte por medio de la acción del hombre, es mucho más fácil creer que se establezca un reino de una clase completamente diferente (esto es, que esté en mejor armonía con el corazón de Dios), por medio de la acción de un Hombre, Jesucristo . . . Por supuesto, hay notables contrastes entre el pecado de Adán y la obra de Cristo; pero los mismos contrastes vigorizan el argumento para la analogía, que es el gran punto en el que Pablo desea insistir. La primera semejanza entre Adán y Cristo está en que tanto en la caída como en la Redención lograron profundos efectos: en ambas, "los muchos" están envueltos (v. 15). La segunda semejanza se halla en el hecho de que el resultado en ambos casos se produjo por medio de la acción de "un hombre" (vs. 16, 17).

Transgresión y justicia (v. 18). Aquí se reúnen varios puntos de comparación en una conclusión. Por un lado tenemos como causa una transgresión, y su efecto se extiende a todos los hombres para condenación. Por otro lado tenemos como causa una sentencia justa de descargo de la deuda, y el efecto se extiende a todos los hombres para justificación, lo cual conduce a la vida. Estas diferencias, sin embargo, sólo vigorizan el argumento de las correspondencias, en atención a que la gracia es más fuerte que el pecado. Si "los muchos" fueron envueltos en el pecado y en la muerte por medio de un hombre, Adán; "mucho más" podemos creer que "los muchos" serán envueltos en la justicia y la vida por medio de un Hombre, Jesucristo.

Desobediencia y obediencia (v. 19). Hay un punto en la comparación que está todavía incompleto. El pecado de Adán no ha sido contrastado con la obediencia de Cristo, sino con la causa de esa obediencia, la gracia (v. 15), y con el resultado de ella, el don (vs. 17, 18). Ahora se nos indica que esos efectos se lograron por medio de la obediencia de Cristo, que es exactamente el contraste de la desobediencia de Adán. Porque, como por la desobediencia de un hombre, Adán,

los muchos que tenían relación con él fueron clasificados como pecadores, así por la obediencia de Un Hombre, Jesucristo, los muchos que tienen relación con El serán clasificados como justos,"—*St. Paul's Epistle to the Romans*, Vol.I, págs. 206-209.

Versículo 20. "Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia."

Hay dos aspectos que culminan en el versículo 20, a saber: *la desobediencia de un hombre*, y *la obediencia de un Hombre*. (La primera está sujeta a imputación; la segunda es la obra de sustitución de Cristo por el inculpado). Los dos aspectos han estado presentes hasta este punto. El judío hubiera podido preguntar con toda razón: ¿Si sólo hay condenación por el pecado de Adán, y justificación en Cristo, para qué sirve la ley? A esta pregunta se puede responder que la ley entró (*llegó al lado de . . .* como alrededor y sobre la verdad de que los hombres ya eran pecadores), para que la ofensa se hiciera mayor, para que se multiplicara. El imperio de la ley comenzó en el Sinaí y finalizó con la muerte y la resurrección de Cristo. La ley es, pues, un *modus vivendi ad interim*, "hasta que viniese la simiente." Es una administración temporal y no debe considerarse nunca como el principal objetivo divino —como ha sido considerada a menudo. La ley "fue añadida" (Gá. 3:19). Sobre la aparente injusticia de aquello que de una vez hace que crezca la base de la condenación, escribe F. W. Grant:

"... la ley se introdujo para que el pecado abundase." Uno pudiera preguntarse: ¿Se necesitaba eso? ¿No era eso agregar dificultad a la dificultad? ¿No era hacer más grande el infortunio de tal modo que no hubiera liberación? No es que así parezca, sino que debiera parecer en realidad; pero en realidad así fue: la ley, como lo veremos cabalmente en el argumento del capítulo 7, por causa de su oposición al mal innato, lo hizo elevar a su actividad completa y le comunicó nuevas energías: "... el poder del pecado, (es) la ley" (1 Co. 15:56). Esta fue en realidad su misión; y si eso hubiera sido todo, hubiera habido un desastre: ¡una administración en realidad de muerte y condenación! (2 Co. 3:7, 9). Pero la ley vino de paso, según lo dice al Apóstol, a cumplir un designio temporal, a hacer manifiesta la desesperada condición del hombre fuera de la gracia, en que todo mandato de Dios promueve la hostilidad del hombre: "... la ley se introdujo para que el pecado abundase" —*The Numerical Bible; Acts to II Corinthians*, pág. 223.

Pero cuando el pecado abundó, entonces la gracia sobreabundó. La enfermedad salió a la superficie mediante actos manifiestos. Las palabras que se tradujeron "abundó" y "sobreabundó" son muy diferentes en el original. El pecado se multiplicó; la gracia sobreabundó.

Versículo 21. "Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro."

Al terminar esta discusión, el Apóstol vuelve a declarar el contraste: el pecado reinó para muerte; la gracia reina para vida. Así se nos presenta el último contraste: es entre la *muerte* y la *vida*. La primera, por medio de Adán; la última, por medio de Cristo. Como siempre sucede en la Biblia, el cuadro oscuro del pecado se pinta sólo para que se vean más claramente las glorias de la gracia sanadora de Dios. Este cuadro, tal como lo pintó Besser, aparece así: '*Pecado, muerte, gracia, justicia, vida*'. Estos cinco aspectos aparecen del siguiente modo: La gracia es la más alta que se eleva en el centro; a la izquierda aparecen los dos gigantes conquistadores: el pecado y la muerte; a la derecha, el doble premio de la victoria: la justicia y la vida; y sobre el nombre oculto de Adán aparece lozana la gloria del nombre de Jesús" —citado por M. B. Riddle, *Romans*, pág. 88.

Como comentario adicional sobre este pasaje, reproducimos completamente las observaciones de Jamieson, Fausset, and Brown, en su *Comentario*, que se encuentra al final de su luminosa exégesis sobre Romanos 5:12-21:

"Al repasar esta sección de oro de nuestra Epístola, se nos ocurren las siguientes observaciones adicionales: (1) Si esta sección no enseña que toda la raza de Adán, que estaba en él como cabeza universal de la raza, 'pecó en él y cayó con él en su primera transgresión', podemos quedarnos sin esperanza de lograr una exposición inteligible de dicha porción. El Apóstol, después de decir que el pecado de Adán introdujo la muerte en el mundo, no dice: '*y así la muerte pasó a todos los hombres por el hecho de que Adán pecó*', sino '*por cuanto todos pecaron*.' Así que, de acuerdo con la enseñanza del Apóstol, la muerte de todos se debe al pecado de todos; y como esto no puede referirse a los pecados personales de cada individuo, sino a algún pecado del cual hasta los niños son culpables en forma inconsciente, igualmente que los adultos, lo único que puede significar es que la primera transgresión de la cabeza común se considera como *pecado de cada uno* de los miembros de su raza, y se castiga, como tal, con la muerte. Sería inútil volver atrás de esta imputación de la culpa del primer pecado de Adán a toda la raza, por el hecho de que parece que tuviera la apariencia de *injusticia*. Porque no solo todas las teorías están expuestas a la misma objeción, en una forma o en otra —además de ser inconsecuentes con el texto— sino que los *hechos reales de la naturaleza humana*, que nadie discute, y que no pueden explicarse, envuelven esencialmente las mismas dificultades que el principio sobre el cual el Apóstol aquí las explica. Si admitimos este principio, respetando la autoridad del Apóstol, un diluvio de luz cae inmediatamente sobre ciertos aspectos de los procedimientos divinos, y sobre ciertas porciones de los Oráculos divinos, que de otro modo quedarían envueltos en gran oscuridad. Y si el principio mismo parece duro para poderlo comprender, no es más duro que la *existencia del mal*, la cual, como hecho, no admite discusión, pero como un aspecto de la administración divina no admite explicaciones en su presente estado. (2) Lo que se llama *pecado original*, o sea aquella tendencia depravada hacia el mal con que cada hijo de Adán viene a este mundo, no se trata formalmente en esta porción (ni siquiera en el capítulo 7 de Romanos, donde más bien se trata sobre su naturaleza y su operación, y no sobre su relación con

el primer pecado). Pero, en forma indirecta, esta porción da testimonio de ese hecho, pues representa el pecado original, a diferencia de cualquier otro, con una *vitalidad perdurable* en el seno de todo hijo de Adán, como un principio de desobediencia cuya virulencia se ha introducido en el nombre familiar de 'pecado original.' (3) ¿En qué sentido se emplea en todo este pasaje la palabra *muerte*? Ciertamente no se emplea en el sentido de la muerte *temporal*, como lo afirman los comentaristas arminianos. Pues como Cristo vino a deshacer lo que Adán hizo, lo cual está todo comprendido en la palabra *muerte*, habría que deducir entonces que Cristo sólo ha disuelto la sentencia por la cual el alma se separa del cuerpo en la muerte. Pero a través del Nuevo Testamento se nos enseña que Cristo ofrece una salvación que nos salva de una *muerte* inmensamente más inclusiva. Pero tampoco se emplea aquí el término *muerte* meramente en el sentido del *mal penal*, es decir, en el sentido de 'cualquier mal que se impone en el castigo por el pecado y en defensa de la ley' (Hodge). El asunto queda muy indefinido cuando entendemos que el término *muerte* es sólo una figura del lenguaje que representa el 'mal penal' en general —idea que, por cierto es extraña a la sencillez de las Escrituras— o por lo menos, entendiendo por *muerte*, en el sentido estricto de la palabra, sólo una parte de lo que ella significa; a la cual no debe acudirse mientras pueda hallarse una explicación más sencilla y natural. Por 'muerte', entonces, en esta porción, entendemos la destrucción del pecador, en el único sentido en que tal acción es posible. Aun la muerte temporal se llama 'destrucción' (Dt. 7:23; 1 S. 5:11, etc.), como una extinción de todo lo que los hombres consideran vida. Pero en algunas porciones bíblicas (Mt. 7:13; 2 Ts. 1:9; 2 P. 3:16 y otras) se expresa claramente una destrucción que se extiende tanto al cuerpo como al *alma*, y al *mundo futuro*. Esta es la *muerte penal* a que se refiere nuestro pasaje, y en vista de ello, retenemos ese sentido de la palabra, que es el propio. La vida —como un estado de disfrute del favor de Dios, de pura comunión con El, y de sujeción voluntaria a El— es algo malogrado desde el momento en que se halló el pecado en la criatura. En este sentido, la amenaza: '... el día que de él comieres, ciertamente morirás', se llevó a efecto inmediatamente en el caso de Adán, cuando él cayó. De ese momento en adelante, él estaba "muerto en vida". Y esa es la condición de todos los miembros de su posteridad desde el momento del nacimiento. La separación entre el alma y el cuerpo por causa de la muerte temporal conduce a la 'destrucción' del pecador un paso más adelante, al disolver su conexión con el mundo, del cual él extrajo una existencia placentera aunque desgraciada, y al introducirlo a la presencia de su Juez —primero, como espíritu sin cuerpo, pero luego, también con el cuerpo, en una condición permanente. Allí los pecadores 'sufirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder' (este es el estado final). Así que, esta extinción, mediante la cual se le quita al cuerpo y al alma todo aquello que constituye la vida, pero que siempre le deja la eterna conciencia de una existencia desgraciada, es la 'MUERTE' en su sentido más amplio y más horrible.

No creemos que Adán entendió todo eso. Le era suficiente entender que 'el día que' desobedeciera iba a terminar su período de vida bendita. En esa idea sencilla estaba envuelto todo lo demás. Pero no era necesario que el comprendiera todos sus *detalles*. Ni es necesario, para llegar a esta conclusión, suponer que en ella entra todo lo que se nos quiere decir en todos los pasajes bíblicos en que aparece la palabra 'muerte'. Es suficiente saber que todo lo que hemos descrito está en el fondo del asunto, y que se cumplirá en todos aquellos que no sean felices súbditos del reino de la gracia. Sin duda alguna, todo esto es

lo que se nos quiere indicar en un pasaje tan sublime y amplio como este: '... Dios... ha dado a su Hijo... para que todo aquel que en él cree, no se pierda, *mas tenga vida eterna*' (Jn. 3:16). ¿Y no debieran apresurarnos los indecibles horrores de la "MUERTE" —que ya "reina" en todos los que no están en Cristo, y se precipita hacia la consumación— a que huyamos rápidamente hacia 'el segundo Adán', para que recibamos 'la abundancia de la gracia y del don de la justicia', y así podamos reinar 'para VIDA eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro'? (traducción directa).

II. TEORIAS CON RESPECTO A LA IMPUTACION

Como era de esperarse, este pasaje ha hecho surgir muchas interpretaciones sobre su enseñanza relativa a la *imputación*. Algunos se han ido por vías extrañas de especulación. Es esencial que el estudiante esté informado con respecto a los puntos de vista más generales que los hombres han presentado. A continuación anotaremos la breve introducción al estudio de Romanos 5:12-21, y el resumen (compendiado) de esta gran verdad, que nos ofrece *The International Revision Commentary*, editado por el Dr. Philip Schaff:

"El dominio universal del pecado y de la muerte sobre la raza humana es un hecho que el Apóstol enseña claramente en este pasaje, y nuestras experiencias religiosas lo confirma diariamente. Este dominio se extiende en línea ininterrumpida hasta nuestros primeros padres, por cuanto la transgresión de Adán está en relación causal con la culpa y el pecado de su posteridad. El Apóstol afirma esta relación, para poder ilustrar la bendita verdad de que el poder y el principio de la justicia de la vida comienzan en Jesucristo, el segundo Adán. De cualquier modo que se explique la existencia del pecado, siempre es una realidad terrible e inexorable. Lo menos que podría hacerse sería explicarla mediante la negación de los hechos salvadores paralelos, con los cuales, sin embargo, se contrasta, y que son prominentes en la mente del Apóstol a través de todo este pasaje. Los puntos principales que él sostiene y que, por tanto, tienen que entrar en cualquier teoría consecuente con su punto de vista sobre el pecado original son: (1) Que el pecado de Adán es el pecado de toda la posteridad (v. 12); es necesario determinar mediante el estudio de todo el pasaje, en qué sentido es cierta esa declaración. (2) Que hay un paralelo y un contraste entre la relación de Adán con su posteridad y la de Cristo con su pueblo (vs. 14-19). (3) Que este paralelo se aplica al punto que se ha discutido tan completamente en la primera parte de la epístola, es decir, que a los creyentes cristianos se les *adjudica* la justicia (vs. 12-18). (4) Que la relación de estas dos cabezas representativas de la raza tiene resultados de carácter moral; que la culpa y el pecado, la justicia y la vida, están relacionadas de un modo inseparable (vs. 17-19).

Se pueden repasar las diversas teorías que existen sobre estas posiciones:

I. TEORIA PANTEISTA DE LA NECESIDAD. Esta considera que el pecado es un atributo esencial (una limitación) de lo finito, y destruye el antagonismo radical entre el bien y el mal. No tiene nada en común con los puntos de vista de Pablo sobre el pecado y la gracia.

II. HERESIA PELAGIANA. Explica la caída de Adán como un acto de

desobediencia comparativamente trivial, infantil y que establece un mal ejemplo. Sostiene que todo niño nace inocente y perfecto, aunque falible, como Adán cuando fue creado. Esta teoría no explica nada, y virtualmente niega todas las afirmaciones que se hacen en este pasaje. Sus afinidades, lógica e históricamente, son con el socinianismo y con las múltiples formas de racionalismo. Esa teoría, y cualquier otra que niegue la relación de Adán con la posteridad en su pecado, no se enfrenta al gran problema de la salvación de aquellos que mueren en la infancia. Tales teorías, lógicamente, los excluyen del cielo de los redimidos, ya mediante la negación de que ellos necesitan salvación, o mediante el rechazamiento del único principio según el cual esa salvación, si ellos la necesitaran, es posible; es decir, el principio de la imputación del pecado de Adán a su posteridad.

III. TEORIA SOBRE LA CAIDA DE TODOS LOS HOMBRES ANTERIOR A ADAN. Esta implica la preexistencia de almas, según la idea de Platón y de Orígenes. Es pura especulación, e inconsecuente tanto con el versículo 12 de Romanos 5 como con el capítulo 3 de Génesis. Incidentalmente, esta teoría encuentra oposición en Romanos 9:11.

IV. TEORIA AGUSTINIANA O REALISTA. Sostiene que la relación entre Adán y su posteridad fue tal que, mediante su transgresión individual, él vició la naturaleza humana y la transmitió, en ese estado corrupto y culpable, a sus descendientes mediante la generación física, de tal modo que hubo una participación impersonal e inconsciente de toda la raza humana en la caída de Adán. Hay, sin embargo, la siguiente diferencia: la transgresión individual de Adán dio como resultado la naturaleza de pecado; mientras que, en el caso de sus descendientes, la naturaleza de pecado o voluntad depravada da como resultado la transgresión individual. Esta opinión está de acuerdo en lo esencial con la exégesis gramatical del versículo 11; pero el mismo Agustín explicó incorrectamente el término 'por quien' de dicho versículo, y lo interpretó como si fuere *por aquel*, es decir, por Adán. Esta teoría acepta, pero no explica, la relación entre los géneros y las especies. Como en todos los demás asuntos que pertenecen a la fe, nos deja confrontados con un misterio. . .

V. TEORIA DE QUE ADAN ES CABEZA UNIVERSAL DE LA HUMANIDAD POR REPRESENTACION VICARIA. Sostiene que él es cabeza de la humanidad en virtud de cierto pacto que se hizo con él. Supone un pacto unilateral, llamado el pacto de las obras (para distinguirlo del pacto de la gracia), según el cual Adán debía someterse a prueba moral en representación de todos sus descendientes, de tal modo que su acto de obediencia o desobediencia, con todas sus consecuencias, se les contaría como de ellos, en la misma forma como la justicia del segundo Adán se le cuenta a todo su pueblo. Esta transacción, por ser *unilateral*, tiene su base fundamental en la complacencia soberana de Dios. Esta teoría es parte del sistema teológico desarrollado en Holanda, y ampliamente incorporado en las normas de la Asamblea de Westminster. Es necesario, sin embargo, hacer también una distinción en este caso.

I. Los fundadores y principales abogados de la teoría de que Adán es cabeza universal de la humanidad combinaron con ella el punto de vista agustiniano de la participación impersonal e inconsciente de toda la raza humana en la caída de Adán; por tanto, consideraremos que la imputación del pecado a la posteridad descansaba sobre bases a la vez éticas y legales. Este punto de vista, que difiere levemente de la opinión agustiniana, parece que concuerda mejor con los cuatro puntos fundamentales de nuestro pasaje, pues reconoce que Adán es cabeza tanto universal como natural de la raza.

2. Las escuelas que excluyen el elemento ético, y sólo sostienen que Adán es cabeza universal, afirman que, en virtud de ser Adán esa cabeza, y del arreglo soberano, su pecado y su culpa se les imputan directa e inmediatamente a todos los miembros de su posteridad. Eso hace que el paralelo entre Adán y Cristo sea exacto, en lo que corresponde a la imputación del pecado de Adán y a la adjudicación de la justicia de Cristo. 'En virtud de la unión entre él y sus descendientes, su pecado es la base judicial para la condenación de la raza; precisamente como la justicia de Cristo es la base judicial de la justificación de su pueblo.' Este punto de vista no niega que Adán es la cabeza natural de la raza, pero afirma que 'además, y sobre esta relación natural que existe entre el hombre y su posteridad, hubo una disposición divina especial, por medio de la cual él fue escogido como cabeza y representante de su raza' -(Hodge, *Theology*, Vol. II, ps. 195,197).

VI. RECHAZAMIENTO DE LA IMPUTACION. En agudo antagonismo contra la última teoría que hemos presentado, la mayor parte de los teólogos de la Nueva Inglaterra, virtualmente rechazaron por completo la doctrina de la imputación. Ellos 'sostienen que la perversidad de los descendientes de Adán es resultado, con *infallible certeza* (aunque no por necesidad), de su transgresión; algunos de ellos sostienen la depravación hereditaria, antes de la elección pecaminosa; otros enseñan que la primera elección moral de todos es *universalmente pecaminosa*, a pesar de la *capacidad* para la acción contraria.' En este sentido se hace una agradable distinción entre la habilidad natural y la inhabilidad moral. En tanto que esta teoría sea consecuente consigo misma, niega que la expresión 'todos pecaron' (v. 12) se refiera al pecado de Adán; más bien la toma como equivalente del pretérito perfecto *todos han pecado*, es decir, han pecado personalmente en el primer acto responsable.

VII. EL SEMI-PELAGIANISMO Y LAS TEORIAS ARMINIANAS AFINES. Aunque estas teorías difieren la una de la otra, están de acuerdo en que admiten la unidad en Adán, y los desastrosos efectos de la transgresión de Adán; pero consideran la corrupción hereditaria como un mal o infortunio, no propiamente como pecado ni como culpa procedente de ella y que nos exponga al castigo. El arminianismo, sin embargo, en este punto, se inclina hacia el agustinianismo aún más que el mismo semi-pelagianismo. Este último no le concede toda la fuerza al lenguaje del Apóstol en esta porción, ni simpatiza con su profundo sentido de la culpa y de la perversidad del pecado. Los abogados de cada una de estas dos corrientes no presentan ninguna declaración explícita y uniforme sobre este punto doctrinal.

Las opiniones que parecen apegarse más estrechamente al sentido gramatical de las palabras del Apóstol envuelven misterios de psicología, fisiología, ética y teología. Además de la revelación, nos enfrentamos con el hecho innegable, inexorable y terrible del dominio universal del pecado y de la muerte sobre toda la raza, tanto en niños como en adultos. No hay sistema de filosofía que pueda explicarnos eso; fuera de la Redención cristiana, el misterio permanece completamente en la oscuridad, pues carece de la iluminación del gran misterio del amor. De ahí que sea sabio, si intentamos penetrar en la tenebrosidad que envuelve el origen de esta terrible enfermedad, seguir tan de cerca como sea posible las palabras que nos revelan la curación.

¡Y cuánto más cuando el evidente propósito del Apóstol en este pasaje es el de darle la debida prominencia a la Persona y a la obra del Segundo Adán. Sólo en ello podemos hallar cualquier solución práctica para el problema relacionado con la primera cabeza de toda la raza; sólo allí podemos percibir la triunfante vindicación de la

justicia divina y de la misericordia. La mejor ayuda para la unidad en la doctrina del pecado original consistiría en lograr las más profundas experiencias de aquello que se expresa con las palabras 'mucho más' (v. 17), que es lo que nos corresponde a nosotros en Cristo Jesús. Sólo cuando estamos seguros de la justicia y de la vida que tenemos en El, podemos enfrentarnos sin temor a los hechos del pecado y de la muerte en Adán" (ps. 88-91).

III. EL REMEDIO DIVINO PARA EL PECADO QUE SE LE IMPUTA AL PECADOR

El remedio divino para este aspecto del pecado de Adán, que se les inculpa a todos los seres humanos, y que les trae como resultado la muerte física, aparece en el orden de sucesión de las realizaciones divinas que se consuman finalmente en la disposición completa con respecto a la misma muerte. Como la muerte es un juicio divino que se le impuso a la cabeza humana después de la creación, es extraña a la primera condición del plan divino para esta tierra. Cuando fue creado, el hombre era tan perdurable como los ángeles. Aunque algunos ángeles pecaron, a Dios no le plugo imponer la sentencia de muerte sobre ellos. El juicio para ellos es en otra forma. El primer ángel que pecó no era cabeza general de todos los ángeles, ni tampoco hay entre ellos ninguna procreación, ni problemas de herencia. Por tanto, no pudiera haber ninguna experiencia paralela, con respecto a los juicios de Dios contra el pecado, entre la raza humana y los ángeles. Debe observarse, sin embargo que, como el remedio divino para el pecado humano se extiende a la creación terrena, la muerte es el destino de toda criatura así como lo es del hombre. Las Escrituras predicán un día venidero cuando la muerte desaparecerá para siempre del universo. El apóstol Pablo declara que, como resultado del reino de Cristo sobre la tierra milenaria, la muerte, el último de los enemigos de Dios y de su creación, será desecha, y desaparecerá para siempre (1 Co.15:26). Similarmente, el apóstol Juan, cuando enumera las cosas que, aunque son las que caracterizan el presente orden, estarán ausentes en el orden futuro y final, escribe las siguientes palabras vigorosas: "y ya no habrá más muerte." Después de ese tiempo, se implica que no habrá ser viviente, incluyendo en esta estimación a los individuos no regenerados de la raza humana, que haya sido resucitado, como en realidad lo será, que reciba alguna promesa de consuelo por su paso a través de la muerte. Volviendo ahora a los aspectos varios y progresivos del trato de Dios con la muerte física, podemos observar:

1. LA MUERTE DE CRISTO. El estudiante cuidadoso de la doctrina, cuando examina las Escrituras, pronto se entera de la imperante necesidad de distinguir entre la muerte física y la

espiritual; y en ningún aspecto de este gran tema es tan impotente la mente humana como cuando considera la muerte de Cristo a la luz de estas distinciones. No podría haber duda con respecto a la muerte física de Cristo, aunque El, que no fue un Ser caído, no estaba de ningún modo sujeto a la muerte; ni debía El, en su muerte, ver corrupción (Sal.16:10); ni ninguno de los huesos de su cuerpo debía ser quebrantado (Jn.19:36). Por otra parte, la muerte de Cristo fue un juicio completo contra la naturaleza de pecado a favor de todos los que son regenerados. El, como Sustituto, llevó sobre Sí la condenación que ningún mortal puede comprender; y ese castigo entró profundamente en los reinos de la muerte espiritual: la separación de Dios (comp. Mt.27:46). En su muerte El retrocedió, no del dolor físico, sino cuando contempló que tenía que ocupar el lugar del que lleva sobre sí los pecados, y previó que El tenía que *hacerse* pecado por nosotros. Fue entonces cuando pidió que, si era posible, pasara de El esa copa. La muerte de Cristo fue completamente a favor de otros. Sin embargo, aunque tanto el aspecto físico como el espiritual de la muerte tenía que estar, por demanda, presente en el sacrificio que El proveyó, no se le concede al hombre, cuando considera la muerte de Cristo, el desasociar estos dos aspectos.

2. LAS LLAVES DE LA MUERTE. Cristo llegó a poseer “las llaves de la muerte” por medio de su muerte y su resurrección. Que El no le había arrebatado a Satanás esta autoridad específica, antes de su muerte, es lo que indican las siguientes palabras: “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He.2:14). Sin embargo, después de su resurrección y de su ascensión, El habló desde los cielos, diciendo: “Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Ap.1:17,18). El hecho de que el Hijo de Dios anule esta gran autoridad, asunto que ya había sido resuelto con respecto a Satanás, está de acuerdo con la palabra de Cristo, cuando dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”; y representa una trasferencia de autoridad que tiene que significar mucho en realidad para todos los miembros de esta raza condenada a muerte.

3. LA MUERTE DE LOS QUE NO SON SALVOS. Aunque hay muchas cosas que están a disposición de los que no son salvos, como consuelo para el pecado y sus juicios, a través de la gracia salvadora de Dios, ellos permanecen en la esclavitud del pecado y bajo la sentencia de muerte en todas sus formas hasta que lleguen a ser salvos, si es que llegan a serlo. En lo concerniente a la muerte física, que es el castigo por la participación del hombre en el pecado de

Adán, ellos se encuentran bajo sentencia de muerte, como juicio; en lo que tiene que ver con la muerte espiritual, ellos permanecen separados de Dios; en lo tocante a la muerte segunda, ellos están condenados a eterna separación de Dios. ¡Grande, en realidad, es la necesidad que tienen ellos del Salvador!

4. LA MUERTE DE LOS CRISTIANOS. Este amplio tema corresponde a una división posterior de esta tesis. Se puede decir, sin embargo, que, aunque la muerte, como único medio para partir de este mundo, continúa en vigencia, aun para el cristiano, hasta la venida de Cristo, sin embargo, para ellos, el aspecto de juicio que tiene la muerte se ha quitado para siempre. Del cristiano se dice: "Ahora, pues ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro.8:1). Y la muerte del cristiano, en lo que tiene que ver con su cuerpo, se describe como un sueño y en lo que tiene que ver con el alma y el espíritu, se describe como una partida para estar con Cristo.

5. LA MUERTE EN EL MILENIO. Parece que sólo hay un pasaje que debemos tratar en esta división que trata sobre la doctrina del remedio divino para la muerte física, que se refiere a la muerte durante el reino milenar de Cristo sobre la tierra. Está escrito en Isaías 65:20, y es de lo más evidente que se refiere a la edad del reino venidero: "No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años será maldito." Obviamente, la muerte física estará muy restringida en la edad de gloria sobre la tierra. Del mismo modo se nos dice que en esa misma era, el Mesías reinante suprimirá "todo dominio, y toda autoridad y potencia. . . y el postrer enemigo que será destruido es la muerte" (1 Co.15:24-26). Así se desvanecerá para siempre el reino de tan terrible maldición y de tan horroroso enemigo, al cual se le ha permitido que continúe imponiendo su infortunio aun en los redimidos a través de las edades. Será destruido por la autoridad y el poder irresistibles del Hijo de Dios.

CONCLUSION

Aunque la naturaleza de pecado y el pecado que se le imputa al pecador surgen del mismo pecado inicial de Adán, y del mismo modo convergen en cada uno de los miembros de la raza, tiene que haber una distinción decisiva entre los dos aspectos. La naturaleza de pecado es transmitida *por medio de* las generaciones; el pecado que se le imputa al pecador, se le imputa en *forma directa*. Debe notarse también que tanto la naturaleza de pecado como el pecado que se le imputa al pecador se distinguen del pecado personal. En el primer

caso, la naturaleza de pecado no es el acto del pecado; en el segundo, aunque se inculpa a los hombres individualmente, y se les mantiene bajo la pena de muerte física por su participación por lo que fue, en la experiencia de Adán, un pecado personal, las Escrituras sostienen que el pecado que se imputa no es igual al pecado personal, y esta desemejanza se demuestra con amplios argumentos. Nos queda todavía por estudiar, en el campo de las condiciones universales que se le deben reconocer a la doctrina del pecado, un aspecto: el estado del hombre bajo pecado.

CAPITULO XXI

EL ESTADO DEL HOMBRE BAJO PECADO Y EN SU RELACION CON SATANAS

I. EL HECHO

La expresión “bajo pecado” aparece dos veces en nuestra traducción española del Nuevo Testamento (Versión Reina-Valera, revisión de 1960): “... ya hemos acusado a judíos y gentiles, que todos están bajo pecado” (Ro.3:9). “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado” (Gá.3:22). Hay otro pasaje que emplea, en inglés, la misma expresión; pero fue traducido al español de modo diferente, aunque con el mismo significado: “... yo soy carnal, vendido al pecado” (Ro.7:14; la traducción en inglés es “*sold under sin*”, es decir, *vendido bajo pecado*). Cada uno de estos pasajes tiene profundo significado. La fuerza de esta expresión se puede comprender cuando se compara con expresiones similares: *bajo la ley* y *bajo la gracia* (Ro.6:14). La preposición *bajo*, que se emplea en estos pasajes, no implica solamente que un sistema —pecado, ley, gracia— ejerce su dominio inherentemente sobre el individuo; más bien indica que, además de ese dominio, hay el reconocimiento divino de que esa relación es cierta. En lo que tiene que ver con la supremacía, esta estimación de Dios es mucho más importante que la mera fuerza de las circunstancias que surgen de cualquier situación.

El hombre, que ha estado bajo condenación por causa del pecado desde el comienzo de la raza, está, en la era presente (que está encerrada entre las dos venidas de Cristo), bajo un decreto divino de condenación; y esta condenación es en sí misma la base necesaria para las grandes ofertas de la gracia divina. Cada uno de los tres aspectos del pecado que ya hemos considerado, ha sido estudiado en su carácter universal; y el estado del hombre “bajo pecado” no es ninguna excepción. En efecto, este carácter universal es el que constituye la base para la comprensión del significado preciso de la expresión.

En *Romanos 3:9* descubrimos que el estado del hombre “bajo pecado” es peculiar a la era presente; y según la declaración de ese pasaje, los no regenerados, tanto judíos como gentiles, están en la misma condenación en lo que respecta a su relación con Dios, por cuanto todos están igualmente en condición de caídos y “bajo

pecado.” De igual manera, el Apóstol declara que tanto judíos como gentiles están ahora en la misma condición por el hecho de que la divina gracia se les ofrece a todos, y sólo por este medio pueden ser salvos. Leemos: “Porque no hay diferencia entre judío y griego —gentil—, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor —sea judío o gentil—, será salvo” (Ro.10:12,13; comp. Hch.15:9; Ro.3:22). Durante el período que transcurrió entre Abraham y Cristo, que se caracteriza en las Escrituras porque corresponde a la historia del pueblo judío, los judíos afirmaban con una convicción siempre creciente su importancia y posición superior sobre los gentiles, y eso con la más completa aprobación divina en lo que respecta a su posición superior. Los israelitas eran y son el pueblo escogido por Dios de entre todos los pueblos de la tierra (Ex.19:5; Dt.7:6,7; 10:15; Sal. 135:4). El apóstol Pablo declara respecto de ellos: “Que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén” (Ro.9:4,5). Pero respecto de los gentiles afirma: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef.2:12). Difícilmente pudieran servir mejor las palabras para establecer la más grande diferencia entre dos pueblos que en la forma indicada por estos dos pasajes. Tal, en verdad, fue la diferencia divinamente señalada entre judíos y gentiles durante los dos mil años que transcurrieron entre Abraham y Cristo. Por causa de este lugar de privilegio, los judíos, en vez de ser humildes en vista de esas bendiciones, habían desarrollado un orgullo nacional y una arrogancia hacia los gentiles, lo cual los llevó a rechazar cualquier contacto con ellos, a no entrar en las casas de ellos y a considerarlos como *perros*. Tal vez en la generación de Saulo de Tarso no hubo ningún judío que estuviera más saturado de prejuicios impíos contra los gentiles como él; sin embargo, bajo el poder transformador e iluminador del Espíritu Santo, Saulo llegó a ser Pablo, el “apóstol de los gentiles”, la voz de Dios para declarar el mensaje —que en ese tiempo era más revolucionario de lo que casi hubiera podido ser cualquier otro— de que “. . . no hay diferencia entre judío y griego” —gentil. Hay abundantes profecías que anuncian el hecho de que en la edad del reino venidero, los judíos volverán a ser exaltados sobre los gentiles, y lo serán para siempre (Is.14:1,2; 60:12). Se deduce, por tanto, que, puesto que en las edades pasadas los judíos tuvieron una posición superior, por autoridad divina, sobre los gentiles, y

puesto que en las edades venideras volverán a ser exaltados divinamente sobre los gentiles, ésta es en realidad la única edad cuando, por autoridad y arreglo divinos, se declara que “no hay diferencia entre judío y gentil.” La posición nacional y según los pactos, de los judíos delante de Dios, está puesta a un lado durante la era presente. En esta era no se urge a los judíos a que reconozcan a su Mesías, sino a que crean en el Salvador crucificado y resucitado.

La posición común de judíos y gentiles “bajo pecado” se puede definir como un estado en el cual las dos clases de personas están absolutamente condenadas, y no tienen en absoluto ningún mérito delante de Dios. Inmediatamente después de la declaración de *Romanos 3:9*, en que se declara que tanto gentiles como judíos están “bajo pecado”, sigue un contexto que define la condición condenable de la raza humana en su totalidad. Así está escrito:

“No hay justo, ni aun uno;
 No hay quien entienda,
 No hay quien busque a Dios.
 Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
 No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.
 Sepulcro abierto es su garganta;
 Con su lengua engañan.
 Veneno de áspides hay debajo de sus labios;
 Su boca está llena de maldición y amargura.
 Sus pies se apresuran a derramar sangre;
 Quebranto y desventura hay en sus caminos;
 Y no conocieron camino de paz.
 No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Ro.3:10-18).

Con la misma inclusividad total, que comprende a judíos y gentiles, se declara en Juan 3:18: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” En su vanidad, los hombres se inclinan a imaginar que pueden probar que su estado delante de Dios puede ser aceptable hasta cierto grado. Sin embargo, Dios declara que ellos *ya* han sido condenados, hecho que tiene que seguir su curso hasta la perdición eterna, a menos que, mediante la gracia, lleguen a ser salvos.

Hay dos pasajes que declaran que la posición de los hombres “bajo pecado” se debe a un decreto divino. Está escrito: “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes” (Gá. 3:22). En Romanos 11:32 hallamos una declaración paralela: “Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.” En cada uno de estos pasajes se dice que esa posición se debe a un decreto divino. En el primero se dice que fue la Escritura la que encerró todo bajo

pecado, mientras que en el último se nos dice que fue Dios quien sujetó a todos en desobediencia. La palabra *συγκλείω*, que en Gálatas 3:22 se tradujo “encerró”, se tradujo de la misma manera en Lucas 5:6 y Gálatas 3:23; pero en estos versículos tiene los sentidos de *incluir* y de *confinar* respectivamente, en el sentido de restringir a límites definidos. Se observará que estas limitaciones, en cada caso, son impuestas divinamente. Así como la justificación divina es una declaración pública de Dios sobre el hecho de que el creyente cristiano está justificado delante de sus ojos, por haber logrado, mediante su posición en Cristo, que se le adjudicara la justicia de Dios; así estar bajo pecado no es sólo no tener mérito delante de Dios, sino estar en esa condición por cuanto Dios así lo ha declarado. En Gálatas 3:22 se nos dice que el hombre está encerrado por decreto divino en un estado en el cual no tiene ningún mérito, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo —salvación en forma cabal y sólo por medio del mérito del Salvador— pueda ofrecerse a los que tienen fe. Y la fe de la cual se nos habla allí es la antípoda de las obras meritorias. Del mismo modo, en Romanos 11:32 se nos dice que Dios sujetó a todos en desobediencia, o sea a aquello que es la antípoda de la fe, para que todos pudieran llegar a ser, sin complicación de ninguna especie, objetos de la misericordia de Dios. Aunque estas Escrituras hacen hincapié en la remoción de bendiciones especiales que antes le correspondían sólo al judío, también es cierto que, en el nuevo sistema, los gentiles, como los judíos, están bajo pecado, aunque los gentiles no tenían antes nada que perder. Dios tiene que remover, tanto de judíos como de gentiles, todo vestigio de mérito humano que uno pueda suponer, a fin de que el camino en el cual puede actuar la misericordia quede expedito, libre de todas las complejidades que surgen cuando dos principios opuestos —la fe y las obras— se mezclan. Para que tanto judíos como gentiles pudieran obtener el privilegio de lograr todas las bendiciones divinas, sobre el principio de la fe sin méritos humanos, todos, sin excepción, fueron encerrados “bajo pecado.”

II. EL REMEDIO

El remedio para este estado del pecador en el cual no hay méritos ni esperanza es la gracia salvadora de Dios por medio de Jesucristo, con toda su magnitud y con todas sus perfecciones. Esto es lo que nos indican los pasajes arriba citados. Las dos posiciones —la de estar *bajo el pecado* y la de estar *bajo la gracia* con todo lo que ella garantiza— son polos tan distantes el uno del otro como están el Oriente del Occidente, la santidad del pecado, el cielo del infierno. El

pasaje declara que todos los hombres han sido colocados “bajo pecado”, con el fin de que la gracia de Dios pueda ejercerse a favor de ellos sin complicaciones ni restricciones. Aunque este beneficio para el hombre sobrepasa todo entendimiento, pues al salvo no sólo se le perdonan los pecados, sino que es justificado *gratuitamente*, sin que él tenga que hacerle a Dios ni siquiera una mínima compensación (Ro. 3:24), y se le coloca en toda la perfección de Cristo (Ef. 1:6; Col. 2:10), sin embargo, la ventaja de Dios en la salvación de un alma es inmensamente superior. Satisfacer el amor de Dios es una realización más grande que concederle inmensurables bendiciones al hombre. Así descubrimos el supremo objetivo de la muerte de Cristo. El infinito amor de Dios hacia los hombres perdidos, la satisfacción de ese santo deseo de redimir —que es común en las tres Personas de la bendita Trinidad— constituye la suprema razón del sacrificio de Cristo. Ese sacrificio se consumó para que el amor del Padre pudiera ser manifestado en que El dio a su Hijo unigénito para que los hombres pudieran ser salvos (Jn. 3:16), para que el Hijo pudiera ver el trabajo de su alma y quedar satisfecho (Is. 53:11), y para que, por medio de la obra del Espíritu, muchos hijos pudieran llegar a la gloria (He. 2:10). Todo eso es de importancia inmensurable. En Dios había algo que no hubiera podido expresarse antes, ni pudiera expresarse ahora si no fuera por su gracia redentora. Las huestes angelicales y todas las inteligencias creadas pudieron haber visto el poder de Dios, su sabiduría y su gloria, tal como se revelan en la creación; pero, fuera de la demostración que el pecado y la gracia han provisto, nadie hubiera podido concebir el amor y la gracia de Dios hacia el pecador que merece la condenación. Así se nos revela que la salvación se provee, y sus inapreciables beneficios se garantizan, no sólo como una ventaja para los hombres, sino como una gracia aún mayor para Aquel cuyo infinito amor se satisface en ello. A fin de que el que es salvo pueda realmente llegar a conformarse con la imagen de su Hijo (Ro. 8:29; 1 Jn. 3:2), y ser una representación intachable de su gracia (Ef. 2:7), Dios se reserva todos los aspectos de la salvación para Sí mismo. “La salvación es de Jehová” (Jon. 2:9; Sal. 3:8). Siendo así la salvación, sobrenatural en todas sus fases, nadie sino Dios podía realizarla.

Entonces podemos concluir que los hombres, o están perdidos, por estar bajo pecado, lo cual significa que están sin méritos para presentarse ante Dios en lo que tiene que ver con la salvación, o están perfeccionados en Cristo para siempre, mediante la gracia salvadora de Dios, salvación ésta que les está garantizada a todos los que creen.

No tener mérito en lo relativo a la salvación es no tener nada que pueda contarse a favor de uno. De acuerdo con la razón humana, se

supone que una persona moral y culta debiera tener algo que Dios pudiera aceptar e incorporar en su obra salvadora, pero no es así. Estar bajo pecado no es sólo estar sin esperanza, condenado por causa del estado pecaminoso, sino también estar sin mérito, absolutamente desprovisto de cualquier bien que pudiera ponerse a cuenta de uno. En Romanos 11:32, el apóstol dice: "... Dios sujetó a todos en desobediencia." Esa desobediencia es la incredulidad, de la cual se nos habla en Juan 3:18, y es la que constituye la base de la presente condenación de todos los hombres. Es probable que la primera reacción humana ante esta revelación, de que Dios ha decretado que el bien que los hombres creen que poseen no se podrá acumular a su favor ni en grado mínimo, sea un sentimiento de que Dios es injusto por el hecho de que rechaza hasta el bien que uno pueda poseer. ¿No ha estado el hombre acostumbrado a una posición de méritos en la disciplina de la niñez, en el reconocimiento de sus cualidades personales en todo lo relativo a la educación, y en las ventajas que le acreditan la sociedad y el gobierno por causa de su modo correcto de vivir? El pasaje (Ro. 11:32) continúa declarando que Dios no sólo sujetó a todos en desobediencia, lo cual es la condenación; sino que El hizo eso "para tener misericordia de todos." La salvación por gracia se realiza según un plan que es completamente de Dios y, por tanto, no puede incorporar nada, ni siquiera el mérito humano, en su cumplimiento. La salvación es cabal, completa en todas sus partes, toda procede de Dios, y es infinitamente perfecta; no deja lugar para ninguna contribución humana. Un puente pudiera ser condenado aunque haya mucho de valor en él. El ingeniero puede determinar si sólo debe repararse, agregándole algunos refuerzos en las partes débiles, o si debe destruirse para que dé lugar a una estructura completamente nueva. Hay algo que es seguro: si el antiguo puente es destruido, no se dejan intactas sus partes buenas para incorporarlas en la nueva estructura. Lo bueno queda a un lado, junto con lo malo. La salvación por la gracia es una estructura completamente nueva en la cual no puede incorporarse la bondad humana. Dios ha sujetado a todos en desobediencia, lo cual corresponde a la condenación de la primera estructura, sin tener en cuenta su valor, para que su excelente misericordia, que provee una estructura de perfección infinita, pudiera estar a disposición de todos. Se deduce naturalmente que si uno persiste en demandar que se le conceda crédito a su propio mérito, no puede ser salvo por la gracia de Dios, puesto que Dios no remienda estructuras imperfectas. En la salvación de los hombres, Dios ha tomado por su cuenta dos propósitos estupendos que hacen imposible la aceptación de estructuras imperfectas remendadas. (a)

Se nos declara que, por medio de su gracia salvadora, el creyente cristiano llegará a conformarse con la imagen de su Hijo. Esto excluye la posibilidad de que la salvación sea meramente una revisión de la antigua creación. En este punto, ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la *nueva criatura*. (b) La salvación tiene como objetivo primordial la demostración ante todos los seres del universo de la excelente gracia de Dios. Es verdad que los hombres son salvos "para buenas obras" (Ef. 2:10); y que Dios los amó tanto que dio a su Hijo, para que ellos no se pierdan, sino que tengan vida eterna (Jn. 3:16); pero el supremo motivo divino en la salvación de los hombres es el de demostrar en las edades venideras la gracia de Dios a todos los seres creados. Si esa salvación tuviera que incorporar alguna fracción del mérito humano, ya por ello sería imperfecta como demostración de la gracia de Dios. Así, pues, el mismo propósito que Dios tenía en su plan de salvación impedía que sólo se remendara la vieja estructura o que se conservara alguna parte de ella. Sería una necedad discutir y afirmar que una buena vida no es más beneficiosa para el estado, para la sociedad, o para el hogar que una mala vida; pero el asunto que estamos discutiendo, que es el de la salvación eterna, no se refiere al estado, ni a la sociedad, ni al hogar directamente: es el asunto de perfeccionar pecadores para que puedan disfrutar de la presencia de Dios en el cielo eternamente. El hombre caído está condenado por completo: raíz y ramas. No se le podría conceder crédito a nada de lo que él cree que es bueno. Ese supuesto bien, en el mejor de los casos, no tendría la misma calidad de la perfección de Cristo, ni tampoco se necesita, pues Cristo provee todo el mérito que se necesita o que pudiera necesitar el pecador. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17). "Y todo esto es de Dios, . . ." (v. 18). Observe el lector el vigor de la palabra *todo*, cada vez que se emplea en este pasaje. En realidad, todo el que es salvo de esta manera tiene una nueva y sobrehumana obligación de vivir como debe uno que ha sido perfectamente salvo en Cristo; pero ni siquiera la fidelidad del cristiano, aunque le concede a él plenitud de bendiciones, le puede añadir nada a la nueva creación de Dios.

Se observará, sin embargo, que, puesto que Dios mismo es infinitamente justo, El no puede aceptar nada que no sea perfecto ante sus ojos. El no pudiera basar la salvación del pecador en una mera ficción; así que la basa en los méritos de su propio Hijo cuya perfección, por medio de la gracia infinita, se hace posible para todo pecador. Entonces el pecador, en último análisis, se salva mediante una salvación que se basa en méritos, pero los méritos de Uno que

fue hecho justicia de Dios por nosotros.

No hay mala comprensión de la verdad del Evangelio que más prevalezca que aquella idea de que la gracia de Dios que salva al perdido es un artificio ajustable, que se puede ajustar a los diversos grados de merecimiento humano, que requiere menos gracia para salvar al individuo moral de la que requiera para salvar al individuo inmoral. Tal idea se basa en una concepción completamente errónea: la de que el mérito humano, o las obras, se puede combinar con la gracia divina para que el alma pueda ser salva. Contra esta idea, el Apóstol declara: “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la obra ya no es obra” (Ro. 11:6). “Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:4, 5).

Así se puede observar que la expresión “bajo pecado” se refiere a un estado del hombre, que fue establecido por decreto divino, y que no había existido en otra era sino en ésta, puesto que por ese decreto, judíos y gentiles se colocan en el mismo nivel, es decir, en posición de objetos abyectos de la gracia divina, con el fin de que puedan ser salvos por medio de un principio completamente diferente del reconocimiento y la aceptación divina de los méritos humanos. Dios toma por su cuenta y asegura una *nueva creación* para la gloria de su gracia. Así se comprende también que el hecho de encerrarlos a todos en incredulidad es una necesidad, si se quiere que todos los seres humanos aparezcan delante de Dios como personas cuya estructura meritoria ha sido destruida y que, por tanto son elegibles para recibir como don de Dios, todo lo que comprende la nueva creación. Sólo Dios puede realizar la nueva creación; y El puede hacerse cargo de ella sólo por el hecho de que su Hijo llevó sobre Sí el demérito de los pecadores, y se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, para que su mérito pudiera aplicársele a ellos.

La única actitud que debiera asumir la persona que, por estar bajo pecado, no tiene ningún mérito, hacia esta salvación tan grande y sobrenatural, debía ser la de confiar en Aquel que es poderoso para realizarla. Esta es la fe salvadora. No se le puede exigir más, y razonablemente no se le puede exigir menos, al pecador perdido. Por tanto, leemos en Gálatas 3:22: “Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes.”

III. RELACION CON SATANAS DE LOS QUE NO SON SALVOS

En la Biblia se describe la presente relación con Satanás de los que

no son regenerados. Cuando esta relación se agrega a los cuatro aspectos del pecado que ya hemos estudiado, se completa un cuadro tenebroso. Aquí no hacemos ninguna referencia al estado eterno de los que mueren sin la salvación que es en Cristo. Es muy poca la preparación que tienen los no regenerados para poder reconocer su relación presente con Satanás. A Satanás se lo describe como el engañador del mundo (Ap. 12:9; 20:3, 8); y la incapacidad de los que no son salvos para discernir la revelación con respecto a ellos mismos es el resultado de la decepción satánica. Aunque hay muchos pasajes bíblicos que tratan sobre la presente relación con Satanás de los que no son salvos, hay cuatro que presentan este importante cuerpo de verdad en sus aspectos principales:

Colosenses 1:13: “El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo.” En esta Escritura se nos revela que el poder salvador de Dios se ejerce con el fin de que los que no son salvos sean libres “... de la potestad de las tinieblas”. Evidentemente, Adán le entregó su cetro de autoridad y dominio a Satanás (Gn.1:26-28), hasta cierto punto, y Satanás lo ha tenido en su mano tanto por derecho como por conquista. El hombre caído tiene que ser rescatado del poder de las tinieblas, el cual es el estado de todos los que no son salvos.

Efesios 2:1-2. Aquí habla Pablo sobre el estado anterior de los que ya son salvos: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.” Esta clasificación, “los hijos de desobediencia”, se refiere a la desobediencia de Adán como cabeza universal de la raza, e incluye a todos los no regenerados, los cuales son desobedientes y reciben su vigor de Satanás (nótese el empleo de la palabra *ἐνεργέω* – dar fuerza – tanto en Efesios 2:2 como en Filipenses 2:13).

2 Corintios 4:3-4. “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.” Aquí se nos descubre el hecho de que el no regenerado está restringido por Satanás en su capacidad para comprender el Evangelio de Cristo. Todo el que se dedica a ganar almas descubre la efectividad de esta ceguera.

1 Juan 5:19. “Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.” Si tradujéramos más literalmente, notaríamos que lo que quiere indicarnos este versículo es que los no regenerados

están inconscientes de su relación con Satanás. Están como si el maligno se los hubiera llevado dormidos en sus brazos.

Finalmente, podemos resumir el estado del hombre no regenerado: (a) Está sujeto a la muerte en todas sus formas, a causa de su participación en el pecado de Adán. (b) Como ha nacido en depravación o muerte espiritual, está separado eternamente de Dios, a menos que sea regenerado por el poder salvador divino. (c) Es culpable también de sus pecados personales, cada uno de los cuales es tan perverso delante de Dios como el primer pecado de Satanás o como el primer pecado de Adán. (d) Está bajo pecado, estado en el cual están colocados actualmente todos los hombres, tanto judíos como gentiles, por decreto divino. En ese estado no vale para nada ningún mérito humano; y eso lo ha hecho Dios para que su inflexible gracia salvadora pueda obrar a favor de todos los que creen. (e) Está bajo la influencia de Satanás, el cual tiene autoridad sobre él, pues ciega a los hombres con respecto al Evangelio, y los engaña con respecto a la verdadera relación que ellos tienen con él.

El problema de la liberación de la indecible tragedia del pecado no se resuelve minimizando ningún aspecto del pecado. Se resuelve acudiendo al Salvador cuya salvación es suficiente para toda necesidad, para el tiempo y para la eternidad.

CAPITULO XXII

EL PECADO DEL CRISTIANO Y SU REMEDIO

No hay parte de la doctrina bíblica sobre el pecado que sea más extensa y vitalmente importante que la que trata sobre el pecado del cristiano. Ha de observarse, sin embargo, que la teología sistemática que se encuentra en obras clásicas y que se enseña generalmente en los seminarios no reconoce este aspecto de la doctrina. No se puede calcular lo que pierde el estudiante de teología por ese motivo. Cuando se gradúa y es ordenado para el sagrado ministerio de la Palabra de Dios, se constituye en médico de almas y, si no conoce este aspecto de la doctrina del pecado, la mayor parte de las almas a las cuales ministra serán cristianos que sufren de alguna herida espiritual que el pecado les haya causado. En realidad, ¿cuál es el cristiano que esté empeñado en batalla —como lo están todos los cristianos— contra tres frentes: el mundo, el demonio y la carne; que no está a menudo, o la mayor parte del tiempo, en un estado de deterioro espiritual? El médico de almas no se escapa de este conflicto, y triste en realidad tiene que ser su apuro, si ignora las verdades esenciales con respecto al pecado del cristiano y el remedio divinamente provisto, de tal modo que no puede diagnosticar su propio caso ni aplicar la cura a su propio corazón herido. Aunque el pastor es un médico de almas, su primera responsabilidad es la de enseñar a los miembros de su rebaño lo relativo al pecado en su relación con los cristianos, para que ellos mismos puedan diagnosticar sus propios conflictos y aplicar inteligentemente la cura divina a sus propios corazones. La Biblia no propone ninguna intervención de sacerdotes, a la manera de la confesión auricular de la Iglesia Católica, para los hijos de Dios. Propone, sí, que el pastor sea instruido, que sea maestro, y que tenga un ministerio digno en lo que depende de él, en el campo de la verdad que concierne al progreso espiritual, al poder, a la oración y a la fuerza espiritual de los redimidos de Dios que se le entregan para su cuidado espiritual. La maldición del pecado en la experiencia espiritual y en el servicio cristiano es realmente trágica ;pero es mucho más trágica cuando tanto el pastor como su grey ignoran los aspectos elementales de los pasos que deben darse para su cura, los cuales han sido divinamente definidos y revelados!

Al enfocar este gran tema, tal vez tienda a clarificar este aspecto de la doctrina, si consideramos separadamente la relación del cristiano con cada uno de los cuatro aspectos principales del pecado que acabamos de estudiar.

Por causa de su semejanza de Dios, el pecado personal es siempre, igualmente perverso y condenable tanto en los salvos como en los perdidos; y no se ha provisto en ningún caso otro remedio que no sea la sangre absolutamente eficaz de Jesucristo. Los no regenerados "*tienen redención*" por medio de la sangre de Cristo; es decir, la sangre fue derramada, y se espera que el pecador se apropie su aplicación transformadora y salvadora. Por otro lado, está escrito con respecto a los cristianos: "Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 Jn. 1:7). Es sumamente significativo el uso del tiempo gramatical presente en este caso. Significa que, mientras el cristiano esté andando en la luz, tiene comunión —con el Padre y con su Hijo; comp. versículo 3— y perpetua limpieza mediante la sangre de Cristo. Es evidente que la limpieza depende del andar en comunión. Pero tenemos que comprender todo lo que implica este andar, para que no sufra distorsión la doctrina que se indica mediante ese acto. *Andar en la luz* no es estar sin pecado; eso sería *llegar a ser la luz*. Andar en la luz es responder a la luz y ser guiado por ella. Y *Dios es Luz* (v. 5). De un modo práctico, significa que cuando la luz, que es Dios, brilla en el corazón y revela el pecado o la tenebrosidad que allí hay, allí mismo en el corazón es juzgado ese mal y puesto fuera por el poder de Cristo y por su gracia. Este concepto está en armonía con el versículo 9: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." La sangre de Cristo tiene que aplicarse; y esto sucede cuando el cristiano confiesa sus pecados a Dios. Debe observarse, sin embargo, que aunque el pecado es siempre sumamente perverso, y aunque su única cura es mediante la sangre de Cristo, la acusación y el consecuente método de tratar Dios con los pecados del cristiano, por causa de su relación básica con Dios, es completamente diferente de la acusación que Dios tiene contra el pecado del no regenerado y de su remedio, pues éste en realidad no tiene ninguna relación con Dios.

El perdón divino del pecado para los hombres no regenerados está a disposición de ellos, sólo cuando se *incluye* en la suma total de todo lo que entra en su salvación. Por lo menos 33 obras divinas, incluyendo el perdón, se logran simultánea e instantáneamente en el momento en que el individuo es salvo. Esta maravillosa realización representa la inmensurable diferencia entre los que son salvos y los

que no lo son. Aquellas definiciones corrientes que afirman que el cristiano es diferente del no salvo solamente en cuanto a ideales están realmente en un profundo error y deshonran a Dios. Esas corrientes sostienen que el cristiano es diferente en ideales, en su modo de vida, en sus relaciones externas, cuando en realidad el cristiano es una nueva creación en Cristo Jesús. Por cuanto él está en Cristo como nueva Cabeza, todo cambio necesario se realiza en él para que se conforme con su nueva posición y con sus nuevas posesiones. El perdón, entonces, en su aspecto de posición (Col. 2:13), es final y completo, y del cristiano que es perdonado de esa manera se puede decir: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro. 8:1). Sin embargo, esto es sólo una parte de lo que Dios ha realizado en la salvación. No animamos a los no regenerados para que busquen solamente el perdón de los pecados, ni cualquier otro aspecto particular de la gracia salvadora. Si ellos logran el perdón, tienen que obtenerlo como parte de la gracia salvadora, que es empresa divina. El perdón de los pecados y la salvación espiritual no son términos sinónimos. Por otra parte, cuando el pecado entra en la vida del cristiano, lo que se presenta en él es una cuestión de pecado y sólo de pecado. Los demás aspectos de su salvación no cambian. Esta verdad quedó bien explicada en nuestro Capítulo XVIII, en el cual vimos que el remedio para el pecado personal de los no regenerados incluye tanto el perdón como la justificación; es decir, no sólo el perdón que cancela la ofensa, sino también la justificación que garantiza una perfecta posición delante de Dios. En ninguna parte se nos indica que el cristiano tiene que volver a ser justificado, después de haber sido justificado en Cristo mediante su fe inicial; pero él tiene que recibir el perdón tantas veces cuantas cometa el pecado. Por tanto, los términos en que se nos presenta el remedio que Dios provee para estos dos grupos respectivamente —los que son salvos y los que no lo son— tienen que ser diferentes, como en realidad es la cura.

La diferencia entre el método divino para tratar con los pecados de los que no son regenerados y el que emplea Dios para tratar con los pecados de los que son salvos, todos los cuales son miembros de la familia humana, es una distinción doctrinal de profunda importancia. Si se confunden los dos métodos, lo único que pudiera resultar sería una tragedia espiritual para estos grupos a que nos referimos. La predicación de la idea arminiana según la cual, cuando el cristiano peca tiene que volver a ser salvo, ha causado indecible daño a incontables millones de personas; pero se ha ocasionado un desastre mayor aún, cuando, por descuido y mala orientación, se les predica a las personas no regeneradas el arrepentimiento como un requerimiento

divino separado de la fe, la confesión de pecados como algo esencial para la salvación, y la reforma de la vida diaria como base de garantía para la correcta relación con Dios.

La Biblia distingue con gran claridad los dos métodos que Dios emplea para enfrentarse a los pecados de estas dos clases de personas. En 1 Juan 2:2 leemos: “Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” No podemos dedicarnos a considerar aquí la teoría que ofrecen los abogados de una redención limitada, cuando interpretan este pasaje. Sin discusión, este pasaje establece un contraste entre “nuestros pecados”; expresión que no pudiera referirse a aquellos de la masa de seres humanos no regenerados, y “los de todo el mundo” (*cosmos*). Esta clasificación incluye ciertamente mucho más que los pecados de la parte regenerada de la humanidad, a menos que la expresión se restrinja más de lo necesario en apoyo de alguna teoría. Este pasaje constituye una gran revelación para los no regenerados. Por causa de la muerte de Cristo, Dios les es ahora propicio. Pero, ¿quién puede medir el consuelo que hay para el cristiano quebrantado cuando él descubre que el pecado que su corazón tanto deplora ya lo llevó Cristo sobre Sí, y que Dios, basado en la justicia más grande, es *propicio* hacia los sufrimientos de los santos? Esa es una propiciación tan real y tan cierta que los brazos del Padre están abiertos para recibir al cristiano que, como el hijo pródigo, regresa a El, para confesarle sin reservas su pecado. Debe recordarse que, según la infinita exactitud de las Escrituras, el padre besó al hijo pródigo *antes* que éste comenzara siquiera a hacer alguna confesión. Así se nos revela que el Padre le es propicio a su hijo pecador, aun antes que se pueda suponer que el hijo merece algo, ya sea por arrepentimiento, por restitución o por confesión. ¡Lástima que persiste el pensamiento de que hay que ablandar el corazón de Dios con lágrimas! ¡Cuán maravillosa es la seguridad de que Cristo es ya la Propiciación por nuestros pecados!

Repetimos que los primeros cinco capítulos de *Romanos* nos presentan el hecho de la posición del mundo no regenerado delante de Dios, y establecen la base de la gracia salvadora del Evangelio de Dios; pero los capítulos seis al ocho del mismo libro se dirigen a los regenerados, y se relacionan con el problema del andar cristiano y con las provisiones divinas para ello. El problema del pecado, en lo que concierne a los creyentes cristianos, no se trata en los primeros cinco capítulos de *Romanos*; ni tampoco se halla ninguna fase de la salvación, en lo concerniente a los no cristianos, en los capítulos seis al ocho de la misma epístola. Similarmente, las partes exhortatorias de todas las epístolas se dirigen a los que son salvos. No pudieran

dirigirse a los que no son salvos, puesto que lo que hay pendiente entre Dios y ellos no es el progreso de su vida espiritual, sino la necesidad de que los perdidos reciban el don de la salvación en Jesucristo, lo cual no está condicionado a obras ni a méritos humanos de ninguna clase, sino depende sólo de la fe salvadora en Cristo.

En el caso del cristiano, en contraste con el no regenerado, la posibilidad de pecar crece grandemente. Como el cristiano ha llegado al conocimiento de la verdad, cuando peca, se rebela contra una luz superior. En su nueva relación que tiene con Dios, su pecado contra El es de la misma clase de la maldad que comete un hijo contra su padre. Debe entenderse también que al cristiano, puesto que es ciudadano del cielo, se le llama normalmente a andar con la dignidad que demanda esta suprema vocación (Ef. 4:1). Y la norma no es menos que la ideal de ser como Cristo. Está escrito: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Fil. 1:21). "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:5). "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 P. 2:9). Tal norma es completamente desconocida para los que no son regenerados que integran este mundo o *cosmos*. No es desrazonable que esas exigencias que son imposibles para la capacidad humana, se les hagan a los cristianos, pues a ellos se les da el Espíritu Santo cuyo poder está siempre a disposición de ellos; pero el peligro de posible fracaso siempre está presente y, como lo indican las citas que hemos anotado, es realmente grande. En las Escrituras se indica constantemente que el modo de vida del que llega a ser hijo de Dios es sobrenatural; y son las Escrituras las que lo dirigen en cuanto a su modo de vivir. Está escrito: "Refutando argumentos, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Co. 10:5). "... para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 P. 2:9). "Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef. 5:20). "... os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (Ef. 4:1). "... andamos en luz" (1 Jn. 1:7). "... andad en amor" (Ef. 5:2). "Andad en el Espíritu" (Gá. 5:16). "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios" (Ef. 4:30). "No apaguéis el Espíritu" (1 Ts. 5:19). La mayor responsabilidad en la vida diaria y en el servicio, por causa de la posición exaltada que el cristiano tiene en Cristo, implica que, en la experiencia cotidiana, el cristiano necesita el recurso constante del perdón, para poder restaurarse mediante la gracia y mantener la comunión con Dios. En

reconocimiento de esta necesidad imperativa, la Palabra de Dios presenta su enseñanza amplia con respecto al remedio para el pecado del creyente cristiano: una doctrina que no tiene paralelo dentro de la verdad correspondiente a los que no son regenerados.

Al continuar la consideración de las obligaciones que se les imponen a los cristianos por causa de su posición y de sus relaciones, se hace hincapié en ciertos conflictos que se presentan en la lucha que les es común a todos los salvos. Generalmente se enseña, y es una enseñanza correcta, que el conflicto del cristiano es contra tres frentes: (a) contra el mundo; (b) contra la carne; y (c) contra el demonio. Con esto se quiere afirmar que el cristiano es tentado por cualquiera de estas tres fuentes del mal. Es, pues, de suprema importancia que el hijo de Dios esté perfectamente enterado del alcance y del poder de cada una de estas poderosas influencias. Aquí sólo podremos emprender un estudio somero sobre estas fuerzas; pero le recordaremos al estudiante que ya se ha escrito suficiente en las páginas precedentes sobre estos temas en general.

I. EL MUNDO

Hay varias palabras griegas que se han traducido mediante la palabra *mundo*; pero sólo cuando ésta es una traducción del término griego *κόσμος* representa el pensamiento de un campo de batalla. Este mundo significa también *orden, sistema, leyes*; palabras éstas que indican que el mundo es un orden de cosas, o sistema. Pero cada vez que en esta palabra se implica el aspecto moral —y eso sucede muchas veces— se trata de un mundo o *cosmos* que se opone a Dios. Se nos declara que tuvo su origen —en cuanto a plan y orden— en Satanás. El es quien lo promueve, y es su príncipe y su dios. En gran parte el sistema de este *cosmos* se caracteriza por sus ideales y diversiones, los cuales llegan a ser tentaciones para el cristiano, el cual está en el *cosmos*, pero no es del *cosmos*. Estos aspectos del *cosmos* son a menudo sutiles falsificaciones de las cosas de Dios. No hay momento en que el cristiano necesite mayor ayuda divina que cuando intenta establecer una línea de separación entre las cosas de Dios y las cosas del *cosmos* de Satanás. En sus profundas realidades, las cosas de Dios no tienen ninguna relación con las cosas de Satanás. Pero en la línea divisoria es donde Satanás confunde las cosas. Lo que acabamos de decir es cierto: el creyente cristiano está *en el mundo*, pero no es del mundo. Puesto que los cristianos han sido sacados del sistema *del mundo*, según la relación de la nueva criatura, ya no son parte de él, como Cristo tampoco lo es. Pero Cristo los envió al mundo, así como el Padre lo envió a El, no a conformarse con el

mundo, sino a servir de testigos de Cristo (Jn. 17:18). Sólo se ha provisto un plan para lograr la victoria sobre el mundo. Este plan se nos declara en 1 Juan 5:4: "... y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe." Esto no se refiere a una fe vacilante. Debemos notar que la acción de vencer está en pretérito perfecto, lo cual indica que esa es la fe que identifica al cristiano con Cristo. Así que el Apóstol continúa diciendo: "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 Jn. 5:5). Hay la necesidad de afirmar que la victoria tiene que ser presente; pero la victoria es *Cristo*, y todos los que están en Cristo ya están equipados, mediante el Espíritu Santo que mora en ellos, para ser más que vencedores. El mundo, pues, representa un constante riesgo para el hijo de Dios, y la posibilidad que él tiene de incurrir en esa clase de pecado, que es la mundanalidad, está siempre presente en su vida.

II. LA CARNE

El hecho de que este tema reaparece en varios puntos, en un sistema ordenado de doctrina, es necesario e indica su inmensa importancia. Este término, en su implicación moral, denota aquello que le es propio a la estructura del ser humano no regenerado. Permanece como parte vital de ser de la persona regenerada y, mientras que haya vida en el cuerpo humano, permanece en conflicto contra el Espíritu Santo que mora en el cristiano. La carne es la que da ocasión al conflicto. Se han presentado argumentos que prueban que la carne, en su significado moral, es incurablemente mala ante los ojos de Dios. De ella surgen los malos pensamientos, los malos deseos y las malas acciones. Sólo cuando el creyente cristiano experimenta el poder del Espíritu de Dios, que puede repeler los deseos de la carne, puede vivir victoriosamente sobre las incitaciones que lo hacen proclive a la carne. Precisamente, después de la experiencia de regeneración que tuvo Pablo, fue cuando dijo de sí mismo: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (Ro. 7:18). El también afirmó que la carne codicia contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne; que estos dos elementos siempre están en oposición (Gá. 5:17). Y el Apóstol también enumeró "las obras de la carne" (Gá. 5:19-21). Hemos de observar que todo esto se dice en relación con la experiencia de las personas regeneradas. En Gálatas 5:16 se nos revela el único escape posible: "Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne." Este pasaje no es una instrucción para las personas no regeneradas, ni se refiere a la naturaleza caída, que es el principio del mal en la carne. No afirma que ese principio ha de ser erradicado. Dios no propone la

erradicación de la carne, ni la del mundo, ni la del demonio. El método divino es igual en los tres conflictos. La victoria se logra siempre mediante el poder superior y vencedor del Espíritu Santo.

III. EL DIABLO

Los tres enemigos del cristiano están en realidad estrechamente relacionados: el mundo, la carne y el diablo. Esta relación es especial entre el mundo, que es el sistema satánico, y Satanás, que es el “príncipe” y “dios” de ese sistema. Sin embargo, el mundo y la carne son influencias impersonales, mientras que Satanás, el más sabio de todos los seres creados, es personal. El es el que ejerce la *μεθοδεία* —la acción del engaño, las artimañas y los artificios— contra los hijos de Dios. Entre las personas no regeneradas y Satanás no hay ninguna clase de conflicto. Ellos reciben de él la *energía* (Ef. 2:2). En cambio, el cristiano está en el centro de la guerra más terrible y sobrenatural. Este conflicto se describe en *Efesios* como una *lucha*. La palabra significa una lucha determinada de vida o muerte: un forcejeo de guerra mano a mano, pie con pie, todo a todo. Pero ni siquiera se inspiran estos artificios y este poder de Satanás en la enemistad contra los hombres regenerados como tales. Su enemistad es directamente contra Dios, y ha existido desde la caída de Satanás, que ocurrió en las ignotas edades pasadas; y es también contra el creyente cristiano también, por el hecho de que éste ha llegado a ser participante de la naturaleza divina. “Los dardos de fuego del maligno” van apuntados solamente contra Dios. Poseer la inapreciable presencia de la naturaleza divina en la vida es identificarse con Dios de tal modo que el enemigo de El llega a ser igualmente enemigo del que llega a ser salvo.

Solemne, por tanto, es la revelación divina de que el más sabio de todos los seres creados, y el más poderoso no cesa de estudiar la estrategia por medio de la cual pueda hacer caer en la trampa al hijo de Dios; y, si pudiera, lo llevaría a la destrucción. ¡Cuán despreocupados, inconscientes e ignorantes son los cristianos en este sentido! ¡Cuán ingratos son, por causa de su comprensión limitada de la liberación que Dios opera a su favor cada momento de todos los días! Sin embargo, ¡cuánta derrota espiritual sufren los que son salvos como consecuencia de no realizar su lucha con el “poder de su fuerza”, con la fuerza del Único que puede dar la victoria, y por no tomar “toda la armadura de Dios”! Nunca se le ha dado al cristiano un consejo más vital que éste: “fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.” El debe vestirse de toda la armadura de Dios, para que pueda estar firme contra las asechanzas del diablo (Ef. 6:10, 11;

sobre el significado de *asechanzas* comp. Ef. 4:14). Hemos visto que la fe es el único camino hacia la victoria contra el mundo y la carne, y es igualmente cierto que la fe es la única vía hacia la victoria, según la Palabra de Dios, contra el poder de Satanás. ¡Cuán firme es esta palabra: "porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo" (1 Jn. 4:4). Aun Miguel el arcángel, cuando contendió con Satanás, no profirió juicio contra él por su propia cuenta, sino que dijo: "El Señor te reprenda" (Jud. 1:9). Por ello, Santiago aconseja: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Stg. 4:7). De la misma manera, Pedro declara con respecto a Satanás: "al cual resistid firmes en la fe" (1 P. 5:9; comp. 1 Co. 10:3-5; Fil. 2:13; Jn. 15:15).

Contra la opinión humana, que es de naturaleza contraria, hay que concluir que, en este triple conflicto, no hay nada sino derrota y fracaso, en el sendero del cristiano, si él no busca el camino de la fe y de la dependencia del Espíritu de Dios. El hijo de Dios tiene que pelear "la buena batalla de la fe." Su responsabilidad no es la de hacer guerra contra sus enemigos mediante sus propios esfuerzos, sino más bien la de mantenerse en una actitud de fe siempre triunfante.

III. LA TRIFORME PROVISION

En reconocimiento del conflicto del cristiano mientras está en el mundo, Dios, en su maravillosa gracia, ha hecho una triforme provisión contra el pecado del cristiano. Si el cristiano comete el pecado, lo comete a pesar de estas provisiones. Estas tres provisiones son requisitos que se hallan tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.

1. LA PALABRA DE DIOS. El Salmista afirma: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11). Y en 2 Timoteo 3:16, 17 leemos: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra." Cuando la Palabra de Dios mora en el creyente cristiano es cuando éste se encuentra en el sitio de los logros espirituales (Jn. 15:7). Hay poca esperanza de victoria en la vida diaria para aquellos cristianos que, por cuanto ignoran la Palabra de Dios, no conocen la naturaleza de su conflicto, ni la liberación que Dios ha provisto. Por otra parte no se puede estimar cabalmente el poder santificador de la Palabra de Dios. Nuestro Señor oró: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Jn. 17:17).

2. LA INTERCESION DE CRISTO. Citemos otra vez al Salmista:

“Jehová es mi pastor; nada me faltará” (Sal. 23:1). En el Nuevo Testamento, la revelación sobre la intercesión de Cristo es también amplia e incluye el cuidado de Cristo como Pastor. Era muy poco lo que Pedro comprendía sobre la prueba que lo estaba esperando, ni de su miserable debilidad; pero Cristo lo había previsto todo. El le podía asegurar a Pedro: “. . . yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc. 22:32). En efecto, El ora por todos los que son salvos. Es probable que su oración intercesora que se encuentra en Juan 17 no sea sino el comienzo de la oración “por los que me diste”, y que esta oración la continúa actualmente y sin cesar en el cielo. En esta incesante intercesión, el creyente cristiano tiene una seguridad eterna. Está escrito, en Romanos 8:34, que nadie puede condenarnos, puesto que, entre otras fuerzas eficaces que están a nuestro favor está la de que Cristo “intercede por nosotros”. De igual modo, el escritor de los Hebreos nos revela la verdad de que Cristo como sumo Sacerdote, en contraste con los sacerdotes del antiguo tiempo, que estaban condenados a la muerte, ya no está sujeto a ella. Por tanto, El tiene un sacerdocio inmutable y sin fin; y, en atención a que El permanece para siempre como Sacerdote suficiente, puede salvar eternamente (es decir, mientras dure como Sacerdote) a los que se acercan a Dios por medio de El, y vive siempre para interceder por ellos. (He. 7:23-25). Esto nos garantiza la permanente duración, basada en la absoluta eficacia del Cristo intercesor, que es final y completa. Pero, como ya se dijo, la intercesión de Cristo es siempre un preventivo contra el fracaso y también una garantía de seguridad para los hijos de Dios.

3. EL ESPIRITU SANTO QUE MORA EN EL CRISTIANO. A los santos del antiguo tiempo se les recordó: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). Así que, como ya se indicó, toda defensa y protección, y toda victoria para el cristiano depende del poder del Espíritu que mora en él.

V. EL DOBLE EFECTO DEL PECADO DEL CRISTIANO

El pecado del cristiano afecta a dos esferas: (a) al mismo cristiano y (b) a Dios. No hay discusión con respecto a la importancia relativa de estos dos resultados del pecado del cristiano. Consideraremos primero el que evidentemente tiene menor importancia.

1. EL EFECTO DEL PECADO DEL CRISTIANO SOBRE SI MISMO. Esta fase de la doctrina sobre el pecado del cristiano, aunque incluye en sus realidades todo lo que es de la experiencia, es

en realidad secundaria en relación con los aspectos determinantes y decisivos de la doctrina, que son los que hay que confrontar cuando se considera el efecto del pecado del cristiano en Dios. La *Primera Epístola de Juan* es la que registra el efecto perjudicial de los pecados del cristiano sobre sí mismo. En esa Epístola se considera a los creyentes cristianos como hijos de la casa y componentes de la familia del Padre. El efecto del pecado del hijo de Dios no se considera como la disolución de los lazos permanentes que unen al hijo con el Padre celestial, sino como un perjuicio para aquellas experiencias y relaciones normales, sublimes y gloriosas que sólo existen dentro del círculo familiar. La inexactitud de la doctrina en este punto puede traer como consecuencia incontables falsificaciones de la verdad, y el daño se producirá dentro de la esfera de la experiencia del cristiano, allí donde se originan y prosperan todos los sufrimientos espirituales. El apóstol Juan enumera por lo menos siete castigos experimentales afflictivos que, en conjunto, constituyen el efecto del pecado del cristiano sobre sí mismo.

En primer lugar, la luz de Dios, que en condiciones normales ilumina la mente del cristiano y su camino, se vuelve tinieblas (1 Jn. 1:6). Juan insiste particularmente en la verdad de que el cristiano puede andar en tinieblas o en luz. Cuando anda en la luz, tiene garantizadas las otras bendiciones espirituales y que son realidades que entran en su vida, pero el Apóstol declara específicamente que cuando el cristiano anda en la luz no se le presenta la ocasión de tropezar (2:10).

En segundo lugar, en 1 Juan 1:4 se nos indica que el pecado en el cristiano le trae como resultado la pérdida del gozo. Este gozo no es otro que el gozo celestial de Cristo que se le ha impartido (Jn. 15:11; Gá. 5:22). La oración de David, cuando hizo la confesión de su pecado, fue: "Vuélveme el gozo de tu salvación" (Sal. 51:12). Cuando el cristiano peca, pues, no pierde la salvación, sino el gozo celestial y normal que le corresponde en Cristo.

En tercer lugar, la pérdida de la comunión con el Padre y con su Hijo es inevitable para los hijos de Dios que andan en tinieblas. Por otro lado, para los que andan en la luz está reservada la riqueza de su presencia (1:3, 6, 7).

En cuarto lugar, aquellos cristianos que no guardan la Palabra de Dios, sino que más bien aman a este mundo, sufren la pérdida de la experiencia del amor divino que les ha sido impartido (2:5, 15-17; 4:12). La perfección de la compasión en el hijo de Dios es uno de los grandes temas de esta Epístola, y la experiencia de ese perfecto amor divino es suprema entre todos los éxtasis espirituales.

En quinto lugar, otro castigo que sufre el cristiano cuando peca es

la pérdida de la paz (3:4-10). Este pasaje, que ya lo estudiamos, declara que el cristiano no puede cometer la desobediencia sin sentir angustia de corazón, que es la pérdida total de la paz. Esta reacción del cristiano hacia el pecado que ha cometido es la que lo distingue de los que no son regenerados, los cuales cometen el pecado de desobediencia sin ningún remordimiento de conciencia (3:10).

En sexto lugar, el creyente que peca sufre la pérdida de la confianza en Dios cuando acude a la experiencia de la oración (3:19-22). Esto es serio en realidad, y es una experiencia consciente e inmediata en todos los cristianos que no cumplen la voluntad de Dios.

En séptimo lugar, el creyente cristiano que peca debe esperar que pierda la “confianza” con respecto a la segunda venida de Cristo (2:28). Hay dos posibles experiencias en la venida de Cristo, que no pueden confundirse: el cristiano *tendrá confianza* o *se sentirá avergonzado* (4:17).

La verdad con respecto a la disciplina o castigo del Padre para con el hijo desobediente —doctrina que es de gran importancia y cuya comprensión es de lo más vital para cada cristiano— pudiera introducirse en este punto con toda propiedad. La reservaremos, sin embargo, para el capítulo siguiente que trata sobre el castigo divino. Allí tendremos que hacer algunas distinciones vitales entre disciplina (corrección) y castigo propiamente dicho.

Se pudieran mencionar otros aspectos correspondientes al poder y a las bendiciones espirituales que el cristiano pierde cuando peca. Todo lo correspondiente al fruto de la gracia y al ministerio del Espíritu Santo que mora en el cristiano sufre grandes daños por el pecado del cristiano. En todo esto se puede ver que el pecado es una tragedia de inmensurables proporciones en la experiencia del cristiano. El remedio que Dios ha provisto para el pecado del creyente cristiano es tanto natural como explícito, en vista de la relación del cristiano con la familia de Dios.

La responsabilidad que reposa sobre los que no son regenerados, de la cual depende el perdón de todos los pecados y la salvación, se expresa en una palabra que lo incluye todo: *creer*; mientras que la responsabilidad que reposa sobre el hombre regenerado, de la cual depende el perdón y la restauración de las relaciones normales con Dios se expresa también en una sola palabra: *confesar*. Cada uno de estos verbos se adapta específicamente a la situación, las circunstancias y relaciones a que corresponden. Cuando se les dice a los que no son regenerados que deben *confesar* sus pecados, como condición previa para el perdón y la salvación, se presenta una indecible confusión, la cual se produciría también si les decimos a los

regenerados que tienen que *creer*, como condición previa para lograr la renovación de sus relaciones normales con Dios. Muchos errores de esta clase se encuentran en nuestros himnos. En algunos himnos se ponen en los labios de los inconversos ciertas palabras que los animan a pensar que ellos son hijos desobedientes que desean volver a Dios. De hecho, el hombre no regenerado nunca antes ha estado en relaciones favorables con Dios. Cuando recibe el perdón, como parte de su salvación, de ahí en adelante experimenta una *unión* con Dios que permanece para siempre; pero cuando al cristiano se le perdona el pecado, es para *restaurarlo* en la comunión con Dios, la cual puede quebrantarse de nuevo en cualquier momento. Los santos de todas las edades han vuelto a disfrutar de las bendiciones de su relación de pacto con Dios mediante la confesión de sus pecados. Este retorno, sin embargo, es completamente diferente al momento inicial cuando entraron a disfrutar esa relación de pacto con Dios. La pérdida de la bendición que se incluye en el pacto es en realidad diferente de la pérdida del pacto en sí. En el caso del creyente cristiano, que está relacionado con Dios mediante el Nuevo Pacto, hecho con la sangre de Cristo, la restauración a la comunión se logra siempre mediante la confesión del pecado a Dios. Leemos en 1 Juan 1:9: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." Similarmente, en 1 Corintios 11:31, 32 se declara: "Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo." Puesto que la confesión y la auto-disciplina se refieren a la misma acción por parte del cristiano, estos pasajes hacen hincapié en la misma importante verdad. La confesión y la auto-disciplina son la manifestación externa del arrepentimiento que hay en el corazón; y el arrepentimiento, que es un cambio de pensamiento y de propósitos, es el que hace que el cristiano vuelva a estar de acuerdo con su Dios. "¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?" (Am. 3:3). El cristiano no puede a la vez tener comunión con Dios, que es Luz, y andar en tinieblas (1 Jn. 1:6). Andar en la luz no significa *llegar a ser luz*, lo cual significaría lograr la santidad infinita. Solo Dios es Luz. Andar en la luz no significa tampoco que uno nunca hace nada malo. Significa que cuando la Luz escudriñadora, que es Dios, penetra en el corazón y en la vida, y descubre aquello que es contrario a la voluntad divina, la persona confiesa de todo corazón e inmediatamente el pecado que hay en su vida a Dios, y El considera que ese pecado queda definitivamente juzgado ante sus ojos. Al creyente cristiano se le da la garantía de que cuando se ajusta de esa manera a la luz (lo cual es *andar en la luz*), se le perdona el pecado, y

la sangre de Cristo lo limpia de su contaminación. Tanto el versículo 8 como el versículo 10 del primer capítulo de la *Primera Epístola de Juan* tienen la naturaleza de un paréntesis. Las palabras de seguridad que se nos presentan en el versículo 7 continúan en el versículo 9, donde leemos: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." En la confesión está el ajuste con Dios, que es Luz. Debe observarse que la confesión de pecados se hace en primer lugar y siempre a Dios, y se hace extensiva a otros en la medida en que ellos hayan sido perjudicados por el pecado cometido. Es claro también que este perdón y esta limpieza divina no se nos presentan como actos de la misericordia y de la bondad divinas; más bien se nos indica que se realizan mediante la justicia que se hizo posible por medio del hecho de que el castigo que merece el pecado cayó sobre el Sustituto, que es el Cordero que Dios proveyó. Puesto que el Sustituto soportó el castigo, Dios aparece como *justo*, y no como *misericordioso*, cuando justifica al que no es salvo, por el solo hecho de *creer en Jesús* (Ro. 3:26); y también aparece como *justo*, y no como *misericordioso*, cuando perdona al cristiano que peca, por el solo hecho de *confesar* su pecado (1 Jn. 1:9). Al perdonar al cristiano que confiesa sus pecados, Dios es fiel a su carácter eterno y a su designio; y también es *justo* por el hecho de que Cristo llevó sobre Sí el castigo por el pecado. La base de esta provisión por medio de la cual el cristiano puede recibir el perdón y la limpieza es la fidelidad y la justicia de Dios, y su declaración es la culminación de este pasaje: "Y él es la propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 2:2). Puesto que esta porción tiene que ver solamente con los pecados de los cristianos, el gran aspecto de la propiciación a favor del mundo perdido sólo se menciona de paso. Nunca será demasiado el hincapié que se haga en el hecho de que Cristo *es* la Propiciación por *nuestros* pecados. Mediante su muerte, Él hizo que Dios sea propicio y se sienta libre de perdonar y limpiar al cristiano que confiesa su pecado.

Es evidente que el perdón divino para el cristiano es de carácter familiar. No es la clase de perdón que se recibe una sola vez como parte de la salvación (Col. 2:13), sino el perdón que se le concede al que ya es miembro permanente de la familia de Dios. La unión vital con Dios, la cual se logra por medio de Cristo, nunca se ha quebrantado, ni puede quebrantarse en la vida del cristiano (Ro. 8:1). Esta renovación es para que el cristiano vuelva a su comunión normal con Dios. No hay ninguna parte de la doctrina cristiana en la cual pueda verse más claramente este carácter único y específico de la presente relación de gracia del creyente cristiano con Dios, que en este perdón familiar. El trato divino con los hombres en la edad de la

gracia, como en cualquier administración completa de su gobierno divino, tiene por lo menos cuatro aspectos esenciales: (a) El establecimiento de la manera de vida que se desea (éste se halla en los consejos de gracia que se encuentran en el Nuevo Testamento); (b) el castigo por el incumplimiento (que ya lo señalamos cuando estudiamos las siete advertencias de castigo de la *Primera Epístola de Juan*; (c) el remedio para el pecado, con la revelación específica de sus términos (ya vimos que estos términos son un arrepentimiento genuino del corazón, expresado en la confesión y en la auto-disciplina); y (d) una motivación para la acción correcta.

La identificación de la razón divina para la acción correcta, en la administración de la gracia, es de suma importancia, por el hecho de que el principio motivador en la era de la gracia es diametralmente opuesto al principio motivador del sistema de la ley. En un sistema legal, lo que se hace tiene el objetivo de lograr permanencia y mérito. En la administración de la gracia, cualquier cosa se hace en reconocimiento de que la posición y el mérito ya los logró Cristo, y se le adjudican al cristiano. Esta clase de motivación es el carácter de la gracia, y está libre de contratos y de necesidades. Ya demostramos que el hijo de Dios, por cuanto está en Cristo, está justificado ante Dios, y será justificado para siempre. A esa posición no le puede añadir nada el mérito humano. Según el motivo que la gracia presenta para la acción correcta, y en concordancia con estas relaciones familiares que caracterizan las relaciones de la gracia, al creyente cristiano se le pide que perdone a todos los que lo ofenden, así como Dios lo ha perdonado a él completamente. Sobre este particular, leemos en Efesios 4:32: "Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo." Y en Colosenses 3:3: "Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros, si alguno tuviera queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros." Esto, en realidad, es muy diferente de un sistema de trato divino en el cual la bendición del perdón se haga depender, en los términos más absolutos, del perdón que el ofensor les conceda a otros. Como una muestra del perdón en un sistema legal, leemos: "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (Mt. 6:14, 15). Comete un grave error la persona que, habiendo recibido el perdón de todas sus ofensas una vez por todas, por medio de la fe y de la obra de Cristo, asume ante Dios la actitud de que no está perdonada hasta que, por su propio bien, haya perdonado a todos los que le han ofendido. Sin duda alguna, tanto

Efesios 4:32 como Colosenses 3:13 no se refieren al perdón familiar que puede repetirse muchas veces, sino al perdón que acompaña a la salvación, el cual se concede una vez para siempre. Sin embargo, a menudo se confunde el perdón del cual se nos habla en Mateo 6:14, 15, que es una explicación que da Cristo sobre una declaración que El mismo había dado en relación con la oración del reino, con el perdón familiar. Sólo mencionaremos aquí tres de las distinciones que deben observarse entre el perdón que corresponde al reino y el perdón familiar.

Primera: En el caso de Mateo 6:12 se hace que el perdón dependa de la acción de *pedirlo*. Esto implica que la propiciación no es completa, o que a Dios hay que rogarle que perdone o persuadirlo a que otorgue el perdón. En el otro caso, que es el de 1 Juan 1:9, se hace que el perdón dependa de la *confesión* del pecado, lo cual indica que Dios es completamente propicio, y sólo espera que el ajuste con su voluntad, que es el que produce la confesión, se cumpla. A la luz de 1 Juan 2:2 y 1 Juan 1:9 es dudoso que el cristiano tenga que pedir perdón por sus pecados presentes; así como no fue necesario que pidiera el perdón que se concede una sola vez en la salvación. Cuando el cristiano fue salvo recibió el perdón por el hecho de *creer*; siendo salvo, él recibe el perdón por el hecho de *confesar* a Dios su pecado. Tanto el confesar los pecados como el creer son eficaces, y representan la obligación humana, que no es compleja de ninguna manera, en sus respectivas esferas, sin necesidad de ningún ruego, puesto que Cristo es “la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:2). No podría surgir ninguna objeción contra la declaración de que el pasaje que se encuentra en 1 Juan 1:1-2:2 es el principal pasaje de la Escritura que trata sobre el perdón familiar. Y hay un hecho que dista mucho de ser accidental, y que sobrepasa en significado: que en este pasaje, el hecho de pedir el perdón no constituye parte de la obligación del creyente cristiano cuando se encuentra en necesidad de perdón. El pasaje no nos lo enseña, ni mediante precepto, ni mediante ejemplo, ni siquiera por implicación.

Segunda: La segunda indicación de que Mateo 6:14, 15 no debe clasificarse como un pasaje que se refiere al perdón familiar, se puede descubrir al hacer la acostumbrada pregunta hipotética y abstracta: ¿Perdonaría Dios al cristiano, si éste no perdona primero a los que lo hayan ofendido a él? La respuesta no tiene que ser complicada. La falta de perdón en el cristiano es un pecado que tiene que confesar, y cuando lo confiesa, Dios se lo perdona por el hecho de que *lo confesó*, y no porque el cristiano rencoroso merezca el perdón del pecado debido a que haya cambiado su corazón. En efecto, nadie

puede por su propia cuenta ordenarle al espíritu de su propio corazón que perdone, pues éste es rencoroso por naturaleza. La ternura de corazón y la disposición a sufrir son características divinas que no se logran mediante el esfuerzo humano, sino por la fe en el Espíritu que mora en el cristiano, cuyo poder y cuyo fruto están a la disposición de aquellos que, habiendo confesado todo pecado conocido, entre los cuales se incluye el rencor, reciben el poder para mantener toda clase de actitud correcta hacia Dios. Los principios y requerimientos que se establecen en Mateo 6:14, 15 se lograrán en el reino, pero en las relaciones de la gracia surge una pregunta que es mucho más profunda, y su respectiva contestación: ¿Cómo puede lograrse un corazón compasivo? La respuesta es que primeramente debe confesarse todo pecado, y que, luego, el corazón perdonador es posible sólo por medio del poder capacitador de Dios.

Tercera: el lugar y la importancia que ocupa el mérito humano en Mateo 6:14, 15, es una indicación que sirve para demostrarnos que ese pasaje no se refiere al perdón familiar de la gracia. El perdón del cual nos habla este pasaje precede al perdón divino y lo determina, y por tanto, es de carácter meritorio; mientras que en 1 Juan 1:9 se nos presenta una situación en la cual se abandona todo mérito supuesto, y se hace una humilde confesión del pecado, y la gracia reina, basada, como tiene que estarlo, sobre la propiciación que es en Cristo.

La confusión que puede surgir cuando no se distinguen las verdades que difieren, puede ilustrarse con el caso de ciertos predicadores que, por una parte arguyen honestamente que, según Mateo 6:14, 15, ningún cristiano que no perdona podrá ser perdonado; y por otra arguyen tan honestamente como en el primer caso, que el cristiano no debe perdonar a los que lo han ofendido hasta que éstos le hayan pedido el perdón. La lógica de ésta posición es obvia: Si un cristiano sólo puede ser perdonado cuando perdona, y si él no debe perdonar hasta que los que lo hayan ofendido le pidan el perdón, entonces él no puede recibir el perdón de Dios por sus propios pecados hasta que todos los que lo hayan ofendido a él se hayan arrepentido. Esta es en realidad una perspectiva bastante ambigua, para decir poco.

La obligación del cristiano hacia su hermano en Cristo está en un plano tan elevado que nadie pudiera esperar lograrlo mediante sus propios recursos; y esta dependencia de los recursos propios es la esencia de la relación que depende de los méritos. ¿Quién pudiera en realidad, mediante esfuerzos humanos, sin ninguna otra clase de ayuda, cumplir el nuevo mandamiento de Cristo: "Que os améis unos a otros, como yo os he amado"? (Jn.13:34; 15:12). La obligación de cada cristiano para con los demás cristianos se expresa en términos

como éstos: “soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef.4:2). “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef.4:32). “Vestíos, pues, . . . de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (Col.3:12-14). Tales normas tan elevadas no pueden lograrse ni mantenerse si no se cuenta con el poder del Espíritu que mora en el cristiano. Si Dios es el que cumple estas normas en el cristiano, entonces no se basan en el mérito humano; y Mateo 6:14-15, por cuanto se refiere a un perdón que se base en méritos, al considerarlo a la *luz* de estas normas, es un pasaje que resulta extraño a la administración divina en la era de la gracia.

Nos quedan todavía tres importantes porciones de las Escrituras que se refieren al hecho de que Dios ha tratado siempre en forma específica y constantemente con las profanaciones del pueblo con el cual hizo pacto. (a) En Números 19:1-22 se nos informa sobre una ordenanza de la ley de Jehová, que El proveyó para el sacrificio y la incineración de una vaca alazana, y especificó que las cenizas de la vaca debían preservarse, y que, al mezclarlas con agua cuando la ocasión así lo demandara, servirían para la purificación, mediante el rociamiento de esa mezcla sobre cualquier israelita que estuviera inmundo. Estas cenizas de la vaca alazana, que se preservaban en un vaso y que servían durante un largo período de tiempo para la purificación, llegaron a ser símbolo de la limpieza perpetua que la sangre de Cristo le garantiza al hijo de Dios (1 Jn.1:7,9). (b) En Exodo 30:17-21 se nos presenta el informe sobre un mandamiento que Jehová le dio a Moisés, con respecto a la fuente de bronce que, por decisión de Jehová, estaba en la entrada del Lugar Santo, en la cual debían lavarse las manos y los pies los sacerdotes, antes de cada servicio que fueran a realizar en el Lugar Santo. El sacerdote que no cumpliera este estatuto merecía la pena de muerte. El sacerdote, aunque había nacido para este oficio, aunque era de la casa de Aarón y de la tribu de Leví, y aunque había sido completamente purificado ceremonialmente al ser introducido en el ministerio sacerdotal, sin embargo, estaba obligado a observar el lavamiento ceremonial de sus manos y de sus pies – los miembros del cuerpo que están en contacto con la profanación del mundo – antes de cada servicio. El sacerdote del Antiguo Testamento es un símbolo del creyente cristiano del Nuevo Testamento; y el constante lavamiento de los sacerdotes en el

Antiguo Testamento simboliza la constante purificación del creyente cristiano en el Nuevo Testamento, el cual nació para esta posición mediante el nuevo nacimiento y fue lavado una vez y para siempre mediante el lavamiento de la regeneración (Tit.3:5; comp. 1 Co.6:11). (c) En Juan 13:1-17 encontramos el relato del lavamiento de los pies de los discípulos, el cual lo cumplió Cristo. Mediante el uso de la palabra *νίπτω*. Cristo distingue el lavamiento que El estaba realizando como un lavamiento parcial y muy diferente en realidad del lavamiento *cabal* al cual El mismo se refiere en el versículo 10 de ese capítulo, mediante la palabra *λούω*. Este lavamiento parcial implica que estos discípulos, con excepción de Judas a quien Cristo despidió de la compañía, estaban completamente lavados y ya no tenían necesidad de lavamiento ulterior, a menos que fuera el lavamiento de los pies. De igual modo, este lavamiento parcial tenía como objetivo el mantenimiento de la comunión, tal como se indica en las palabras: “Si no te lavare, no tendrás parte — *μέρος* — conmigo” (versículo 8).

Se puede concluir, por tanto, que ha habido una purificación continua, además de la purificación inicial que se cumple una vez y para siempre, la cual ha provisto y prescrito Dios para su pueblo en todas las edades; y que, en la era presente, la única responsabilidad humana en este sentido es la de un verdadero arrepentimiento o cambio de pensamientos con su correspondiente manifestación externa, que es la confesión; pero, por el lado divino, el perdón y la limpieza del cristiano sólo se hace posible por medio de la sangre *propiciatoria* de Cristo.

2. EL EFECTO DEL PECADO DEL CRISTIANO EN DIOS. De importancia mucho más profunda son los aspectos relacionados con el efecto que el pecado del cristiano causa en Dios, que los efectos que causan en él mismo. Los sistemas racionalistas de teología han sostenido que, puesto que Dios es infinitamente santo, el efecto del pecado del cristiano en El tiene que ser que El impone como pena la pérdida de la salvación, y que el remedio para esa situación es que el que ha pecado vuelva a ser regenerado. Puesto que los llamados pecados menores están constantemente en la experiencia del cristiano, se ha hecho necesario atribuirles a los pecados grandes y flagrantes el poder de quitar la salvación. Aparentemente, según esas ideas, hay que depender de la naturaleza generosa y de la indulgencia de Dios para que perdone los pecados menores. La Palabra de Dios no se presta, sin embargo, a apoyar en ningún sentido la idea de que hay pecados buenos y pecados malos, o de que Dios puede conceder alguna clase de perdón fuera de la obra sustitutiva de Cristo. El pecado, aun en su forma más inofensiva, es sumamente perverso ante

los ojos de Dios y, si no fuera por la sangre eficaz de Cristo, esos pecadillos tendrían el poder de separar al cristiano de Dios para siempre. Pero, puesto que el sacrificio de Cristo por el pecado abarca *todos* los pecados, el poder del pecado para separar al cristiano de Dios queda anulado, aunque, como ya lo vimos, el cristiano, por causa de su pecado puede experimentar la trágica pérdida de su comunión con Dios, el gozo celestial, la confianza y la paz.

Habiendo presentado el efecto del pecado del cristiano sobre sí mismo y habiendo declarado cuál es la responsabilidad humana en el aprovechamiento del remedio, el apóstol Juan continúa (1 Jn.2:1) presentando la verdad de que *también hay remedio divino* para el efecto del pecado del cristiano en Dios; pero que esta curación está completamente separada de la responsabilidad y de la cooperación humanas. Sólo Dios puede resolver sus propios problemas relacionados con la situación que le crea el pecado del cristiano ante su santidad y su autoridad gubernativa. La salvación que El ofrece por medio de Cristo es eterna. Esto significa que toda posibilidad de condenación que pudiera surgir ya ha sido prevista y se han hecho las provisiones necesarias. El cristiano no puede cooperar en ninguna forma en cuanto a la provisión de una base justa, ni para su salvación ni para su seguridad. Un solo versículo, 1 Juan 2:1, presenta una amplitud de doctrinas estrechamente relacionadas. El versículo dice: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” Cinco aspectos que contribuyen a una misma verdad deben distinguirse en este versículo:

Primero: “Hijitos míos”. Mediante esta salutación queda en evidencia que el mensaje sólo se dirige a los que son hijos de Dios. Se debe hacer hincapié en que la seguridad que revela este pasaje, y la obra divina que se indica para esa seguridad, tienen que ver sólo con los que han nacido de nuevo. Hay una *compañía* siempre creciente de profesores de religión que, según parece, puede que nunca hayan pasado de muerte a vida. Lo que nos revela este pasaje sólo se puede aplicar a los que son salvos.

Segundo: “... estas cosas os escribo para que no pequéis” — *para que no estéis pecando*. Es probable que esto se refiera a las cosas que ya ha dicho como también a las que ha de seguir diciendo. El Apóstol había previsto que el efecto de esta epístola fuera el de disuadir a los verdaderos cristianos de la práctica del pecado. La seguridad de la vida eterna para todos los que son salvos está absolutamente garantizada en el Nuevo Testamento, y en ninguna parte de él en forma más completa que en este versículo. Sin embargo, hay muchos que enseñan que este versículo concede licencia para el pecado.

Contra esa idea racionalista, el Apóstol presenta aquí la gran verdad de la seguridad eterna como un motivo para no pecar. En realidad, cuando el creyente cristiano comprende perfectamente el hecho de la seguridad eterna, siempre ha demostrado, en la experiencia práctica, que sirve de impedimento al pecado.

Tercero: "...si alguno hubiere pecado". Aquí no puede haber duda alguna sobre la verdad de que el Apóstol se está refiriendo al mismo grupo limitado de los que son salvos. La expresión "hijitos míos", que constituye la salutación, y el pronombre "*nosotros*", implicado en la primera persona del plural del verbo "*tenemos*", son suficiente evidencia de que estos beneficios son sólo para los salvos. El hecho de que los cristianos pecan es patente. La fuente del pecado en el cristiano, como ya lo observamos, es la naturaleza de pecado, y la fuerza de esa tendencia puede verse en que el impulso a pecar domina a menudo toda clase de restricción. Dios ha provisto tres grandes factores que restringen la posibilidad de pecar en el cristiano: Su Palabra (Sal.119:11), el Espíritu Santo que mora en él (Gá.5:16) y la intercesión de Cristo (Lc.22:31-32). Pero también nos ha revelado Dios que cualquiera de sus hijos, si persiste, puede hacer caso omiso de esas fuerzas restrictivas. Sin embargo, cuando la voluntad del creyente cristiano está de acuerdo con la voluntad de Dios, estos mismos factores restringentes son los que capacitan al cristiano para vivir según se lo indica Dios.

Cuarto: "...abogado tenemos para con el Padre". La palabra *παράκλητος* se emplea para designar tanto al Espíritu Santo (Jn.16:7) como a Cristo (1 Jn.2:1). Cuando Cristo dijo que el Espíritu Santo es "otro" *παράκλητος*, con esa declaración estaba indicando que El mismo era un verdadero Ayudador para sus discípulos en ese tiempo. Sin embargo, su actual ministerio en el cielo como *παράκλητος* ya ha tomado la forma legal. Como Abogado, El expone la causa de otro ante el tribunal. Cristo hace el oficio de *Defensor*, y no de *Acusador* de aquellos que ha salvado. He ahí la escena de un juicio. El Padre es el Juez. En Apocalipsis 12:10 se nos dice que Satanás no cesa día y noche de acusar a los hermanos delante de Dios. La acusación que se presenta ante el tribunal es la de que hijo de Dios realmente ha cometido el pecado. Puesto que Dios es infinitamente santo, tiene que actuar con absoluta justicia contra todos los que hayan cometido ofensas. El acusador de los hermanos no presenta falsos cargos. Debe observarse que Cristo, como Intercesor, considera y apoya al cristiano en atención a la debilidad, inmadurez e ignorancia de éste; pero como Abogado, El se enfrenta a la más seria situación que pudiera presentársele a un hijo en la casa de su Padre celestial. Como Abogado, El defiende al creyente cristiano, aun cuando éste es

acusado de pecados que realmente ha cometido. Esto lo hace El precisamente en el momento en que el cristiano está cometiendo el pecado, y no algún tiempo después. Se nos ofrece la garantía de que, si algún cristiano peca, tiene Abogado para con el Padre. Alguien pudiera suponer que el Abogado está implorándole al Padre que sea clemente hacia el ofensor; pero Dios no puede ser clemente con el pecado. Del mismo modo, alguien pudiera suponer que el Abogado presenta excusas a favor de su defendido; pero delante de Dios no puede haber excusas de ninguna clase. Otro podría suponer que el Abogado es capaz de hacer complejo el asunto de tal modo que llegue a ser un caso que distraiga el curso natural de la justicia; pero ese concepto tan indigno encuentra absoluta oposición en el mismo título que recibe el Abogado por el hecho de cumplir esa función, título que no se le aplica por ningún otro motivo en ninguna parte — “el justo”.

Quinto: “...Jesucristo el justo”. Es el título que recibe el Abogado por el cumplimiento de esa función. Así se nos revela que el oficio que hace el Abogado no sólo salva al ofensor de los santos juicios de Dios, sino que la defensa se hace sobre bases tan justas que al Abogado, por el hecho de la defensa que cumple, se le da el título de “*Jesucristo el justo*”. Este título no tiene relación con el propio carácter santo de Cristo, pues en este sentido El es justo en grado infinito; más bien tiene relación con la base justa en que se afirma el Abogado para librar al ofensor. Esta liberación la cumple El, a pesar de las inalterables demandas de la santidad de Dios y a pesar de que son ciertas las acusaciones de Satanás. Como Abogado en el cielo y a favor del cristiano que peca, Cristo presenta la defensa basada en la evidencia de su propia muerte, y así prueba el hecho de que El sufrió el castigo por ese pecado en la cruz. La remoción del castigo de sobre el creyente cristiano, por el hecho de que el mismo Abogado ya sufrió ese castigo en la cruz, es una transacción de justicia insuperable.

No hay ningún motivo que sea más efectivo para llamar al hijo de Dios a que abandone el pecado, que aquel que resulta aunque sea de un conocimiento parcial de lo que él le impone con su pecado a su Abogado en el cielo. Tal conocimiento no permite la tendencia al descuido, ni la liberación que logra el Abogado mengua las normas de los santos juicios de Dios. El hijo de Dios es preservado mediante el valor propiciatorio permanente de la muerte de Cristo. En este caso, como en el caso de la libertad que tiene Dios para hacer frente al efecto que causa el pecado del cristiano sobre él mismo, el efecto de ese pecado en Dios queda también anulado por el hecho que el texto indica de inmediato: “Y él es la propiciación por nuestros pecados.”

Se puede, por tanto, concluir que el remedio para el pecado del cristiano se basa en el aspecto propiciatorio de la obra de Cristo que tiene en cuenta el pecado del cristiano; y que, sobre esa base, el efecto del pecado del cristiano sobre sí mismo sólo puede ser removido mediante la confesión del pecado; y que el efecto del pecado del cristiano en Dios tiene su cura en la misma obra propiciatoria de Cristo, pero sin ninguna contribución humana, puesto que Cristo, como Salvador, toma para sí no sólo la acción de *salvar* a los pecadores, sino la de *cuidar* a los salvos.

Para terminar el estudio específico sobre el pecado personal del cristiano, podemos volver a decir que el pecado es tan malo cuando lo comete el cristiano como cuando lo hace el que no es salvo; que el cristiano peca contra una luz más grande, contra su íntima relación con Dios, desde una posición más elevada, por estar en Cristo, y contra una norma más elevada de vida, que no es otra que la de la ciudadanía celestial, la que corresponde a la manifestación de Cristo en su carácter. También se nos declara que el cristiano está más asediado que el que no es regenerado, por el hecho de que él está empeñado en conflicto contra el mundo, la carne y el diablo. También hemos señalado que el cristiano cuenta con una ayuda provista divinamente, en la cual contribuyen la Palabra de Dios, la intercesión de Cristo y el Espíritu Santo que mora en el creyente cristiano. Y, finalmente, el pecado del cristiano reacciona contra él mismo, causándole daño espiritual, el cual sólo puede curarse mediante la confesión del pecado a Dios; también reacciona contra Dios, el cual, por cuanto le es propicio al pecador, por causa de la muerte de Cristo a favor del cristiano, continúa estimando al cristiano como hijo suyo, según la gracia infinita que provee la justa satisfacción para cada hecho pecaminoso.

VI. LA NATURALEZA DE PECADO EN EL CRISTIANO

Aunque ya estudiamos ampliamente el hecho de la naturaleza de pecado en nuestro Capítulo XIX, todavía nos queda por considerar el remedio divino para esa naturaleza. Nadie discutiría que no existe ningún remedio para esa naturaleza en lo que respecta a los no regenerados. Toda la revelación divina con respecto al remedio se concreta exclusivamente a un mensaje para los cristianos. Para enfocar el asunto relativo al remedio, debemos hacer una breve investigación sobre el origen, el carácter y la propagación de esta naturaleza.

Como advertencia fiel, Dios le dijo a Adán: "... el día que de él comieres, ciertamente morirás", O, *muriendo morirás* (Gn. 2:17).

Aunque su muerte física se demoró varios siglos, Adán murió espiritualmente el día en que desobedeció a Dios y rechazó sus preceptos. Todo el carácter del ser del hombre fue cambiado; no sólo en el sentido de que se le acusó de la culpa del pecado, sino que todas las partes de su ser fueron *cambiadas*. El, que cuando fue creado le había causado satisfacción al Creador, llegó a ser un hombre degenerado y depravado en sí mismo, capaz sólo de engendrar según su especie; y por medio del Adán caído se ha propagado una raza espiritualmente muerta, sobre la cual pesa la maldición de una muerte que no es otra que la separación: el alma y el espíritu, por esa maldición, están separados de Dios. Una indicación de este gran cambio en Adán es el hecho de que él trató de esconderse de la presencia de Dios, lo cual era una confesión del cambio que se había operado en su propio corazón. Del mismo modo, se nos presenta el relato bíblico sobre la expulsión del hombre del huerto de Edén, con todas sus penalidades, y la manifestación del juicio de Dios. Ya Dios no bajaba a estar con el hombre en el fresco del día. Esta condición de espiritualmente muerto en que quedó Adán, a la cual se le da el nombre de *naturaleza adámica* o *naturaleza caída*, se transmite sin disminución de padre a hijo a través de todas las generaciones.

Por todas partes se puede observar que los cristianos también tienen la inclinación hacia el pecado y que pecan. Esto es igualmente cierto en el caso de aquellos que, por causa de enseñanzas erróneas, han sido animados a profesar que han logrado la perfección impecable. Para poder llegar a una comprensión sobre el problema de la fuente de la cual procede el pecado del cristiano, y los factores que van envueltos en su cura, es esencial reconocer el significado y la fuerza de tres términos que se emplean en el Nuevo Testamento.

1. "CARNE" (σάρξ). Sobre el significado preciso de este término escribe el obispo Moule:

"Según el empleo que se le da a esta palabra en el Nuevo Testamento, en todo lugar (en que su significado no sea sólo literal) tiene uno de dos significados. O significa (a) la naturaleza humana en tanto que está condicionada por el cuerpo (por ejemplo, Ro. 9:3, 5, 9; 2 Co. 7:5); o (b) la misma naturaleza humana en tanto que está condicionada por la caída; en otras palabras, por el dominio del pecado, que comenzó entonces, y que obra tan ampliamente por medio de la vida *corporal* que tales condiciones casi se identifican en el lenguaje con la pecaminosidad... En relación con lo primero, la 'carne' puede tener un significado neutro o santo (Jn. 1:14); en relación con lo segundo, se refiere a un estado que es esencialmente perverso, y que pudiera designarse con corrección práctica como (1) el estado del hombre no regenerado, y (2) en el caso del regenerado, como el estado de aquel elemento del ser que todavía resiste la gracia. Porque manifestamente (comp. Gá. 5:17) 'la carne' es un elemento que todavía permanece en el regenerado; no sólo en el sentido de las relaciones corporales, sino en el de las condiciones *pecaminosas*. Pero, en el último sentido,

los regenerados no se caracterizan según la carne; no son ‘carnales’; pues el elemento dominante en ellos no es ‘la carne’, sino la voluntad renovada, que recibe el impulso del Espíritu de Dios” — *Cambridge Bible, Romans*, pág. 140.

Los impulsos y los deseos de la vida se llaman “deseos de la carne.” “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gá. 5:16); como; Ef. 2:3; 2 P. 2:18; 1 Jn. 2:16; Ro. 13:14). Es evidente que el empleo de la palabra *deseo*, en la Biblia, no se limita a la concupiscencia, es decir a los deseos desordenados, por el hecho de que la Biblia dice que el Espíritu Santo también tiene deseos “contra la carne” (Gá. 5:17; comp. Stg. 4:5). Las Escrituras son aún más explícitas con respecto a la amplitud del significado de esta palabra. Se hace referencia a la “sabiduría humana” (*carnal*) (2 Co. 1:12); y las “tablas de carne del corazón” (2 Co. 3:3); a la “mente carnal” (Col. 2:18; comp. Ro. 8:6). El apóstol Pablo no dice que su cuerpo, o su naturaleza son carnales; sino que dice: “. . . yo soy carnal” (Ro. 7:14). También dice: “. . . en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Ro. 7:18). El ego del no regenerado, dentro de sí mismo, es desesperadamente malo, y está condenado; pero está sujeto al control actual y a la transformación final que proveen la gracia y el poder de Dios.

Al “hombre natural” se le imparte una nueva naturaleza divina cuando el individuo llega a ser salvo. La salvación es más que un *cambio de corazón*. Es más que una transformación de lo viejo. Es una regeneración o creación de algo completamente nuevo que el hijo de Dios posee juntamente con su antigua naturaleza mientras esté en el cuerpo. La presencia de estas dos naturalezas opuestas (no dos personalidades) en un individuo produce un conflicto. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gá. 5:17). No se nos da ninguna indicación de que esta restricción divina sobre la carne será alguna vez innecesaria mientras el cristiano esté en su cuerpo; pero la Biblia da un claro testimonio de que el creyente cristiano puede experimentar una inquebrantable andanza “en el Espíritu”, sin satisfacer “los deseos de la carne.” Para garantizar todo esto, no se le promete la remoción de la “carne”. En el cristiano permanecen el espíritu, el alma y el cuerpo humanos; y la victoria sobre la carne ha de ganarla mediante el poder del Espíritu que mora en él.

2. “EL VIEJO HOMBRE” (*παλαιὸς ἄνθρωπος*). De igual modo, el obispo Moule comienza su estudio sobre estas palabras de *Romanos* en la siguiente forma:

“Compárense, como pasajes ilustrativos, los siguientes: Ro. 7:22; 2 Co. 4:16;

Ef. 3:16, 4:22, 24; Col. 3:9; 1 P. 3:4. En vista del uso que se les da a estas palabras, el término 'ser', según el uso popular ('el verdadero ser del hombre'), parece ser un equivalente regular de la palabra '*hombre*' en este pasaje. Meyer lo traduce '*unser altes Ich*' (nuestro viejo Yo). Aquí, el Apóstol considera al cristiano (figuradamente, por su puesto), antes de su unión con Cristo, como *otra persona*; tan profundamente diferente era su posición delante de Dios, como la de una persona desconectada de Cristo" (*Ibid.*, pág. 114).

El término "viejo hombre" sólo se usa tres veces en el Nuevo Testamento. Una vez tiene que ver con la actual *posición* del "viejo hombre" a través de la muerte de Cristo (Ro. 6:6). En los otros dos pasajes (Ef. 4:22-24; Col. 3:9, 10) se nos presenta el hecho de que el "viejo hombre" es algo de lo cual se despoja el cristiano, y ese hecho constituye la base para el llamamiento a una vida santa.

En *Romanos 6:6* está escrito: "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado." No puede haber aquí ninguna referencia a la *experiencia* del cristiano; es más bien una crucifixión "juntamente con él", y de una manera muy evidente, en el mismo tiempo y en el mismo lugar en que Cristo fue crucificado. En el mismo pasaje sigue de inmediato la declaración con respecto al hecho de que el individuo ha dejado de estar en la cabeza universal que era Adán, para estar en la otra Cabeza universal, que es el último Adán. De esto se nos habla en Romanos 5:12-21. El primer Adán, que se había perpetuado en la naturaleza del creyente cristiano, fue juzgado en la crucifixión de Cristo. El "viejo hombre", la naturaleza caída, que había recibido de Adán, fue crucificada "juntamente con él." Como se verá, esta crucifixión es de suma importancia, por el lado divino, pues así se hace posible una verdadera liberación del poder del "viejo hombre".

En el segundo pasaje en que se usa el término "viejo hombre", el hecho de que el "viejo hombre" ya ha sido crucificado con Cristo se convierte en base para una exhortación: "... despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Ef. 4:22-24).

La posición del tercer pasaje que usa el mismo término sugiere otra vez la experiencia correspondiente: "No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Col. 3:9, 10). En cuanto a *posición*, el viejo hombre ha sido destituido por completo. Experimentalmente, el viejo hombre permanece activo en la vida del

cristiano, y sólo puede dominarlo el poder de Dios. No hay ninguna base bíblica para establecer distinción entre la *naturaleza adámica* y la *naturaleza humana*. Las personas no regeneradas sólo tienen una naturaleza, mientras los regenerados tienen dos naturalezas. No hay sino una naturaleza caída, que es la que procede de Adán; y no hay sino una nueva naturaleza, que es la que procede de Dios. El “viejo hombre” es, pues, la naturaleza adámica, la cual ya ha sido juzgada en la muerte de Cristo. Todavía permanece con el cristiano como un principio activo de su vida, y la victoria experimental sobre él sólo puede cumplirse por medio de la dependencia definida del Espíritu Santo que mora en el cristiano. El *viejo hombre* no representa todo lo que corresponde a la *carne*, sino solamente una parte.

3. “PECADO” (*ἁμαρτία*) La tercera palabra bíblica relacionada con el mal en el hijo de Dios es “pecado”. En ciertas porciones de las Escrituras, especialmente en Romanos 6:1-8:13 y en 1 Juan 1:1-2:2, se hace una importante distinción entre dos empleos que se le da a la misma palabra “pecado”. Los dos significados serán obvios si se recuerda que esa palabra se refiere algunas veces a la naturaleza adámica, y otras veces al resultado perverso de esa naturaleza. El pecado, como naturaleza, es la *fuerza* del pecado que se comete. El pecado es la raíz que produce su propio fruto de pecado en la mala conducta. Pecado es aquello que el individuo es por nacimiento, mientras que los pecados son los hechos que el individuo hace en la vida.

Hay abundantes testimonios bíblicos que prueban el hecho de que la “carne”, el “viejo hombre”, o “pecado”, es la fuente de todo mal. El hijo de Dios tiene, como bendito tesoro, la posesión de un “nuevo hombre” que mora en él, pero tiene este tesoro en un vaso de barro. Este vaso de barro es “el cuerpo de la humillación nuestra” (2 Co. 4:7; Fil. 3:21).

La personalidad —el ego— sigue siendo la misma individualidad a través de todas las operaciones de la gracia, aunque experimenta los más grandes avances posibles, de transformación y regeneración, al pasar de su estado de pérdida que tenía en Adán a las posiciones y posesiones del hijo de Dios en Cristo. Se nos dice que lo que era antes se perdona, se justifica, se salva, y recibe la nueva naturaleza, que es de carácter divino y que es la vida eterna. Lo que era, nace de nuevo y llega a ser nueva criatura en Cristo, aunque permanece con la misma personalidad con que nació de ciertos padres según la carne. La naturaleza adámica, como muerte física que es, y perpetuadora de la muerte espiritual, no se pierde; pero, en el caso de los redimidos, está sujeta a las provisiones divinas de la gracia, por medio de las cuales pueden restringirse sus daños. La salvación del *poder* del

pecado, para el cristiano, como la salvación del *castigo* del pecado, para el no convertido, depende de dos factores: la provisión divina y la apropiación que haga el humano de esa provisión.

a. LA PROVISIÓN DIVINA. En cada uno de estos aspectos de la salvación, la base justa de la provisión divina se halla en la muerte de Cristo. Para que los hombres perdidos puedan ser salvos del castigo del pecado, y para la gloria eterna “Cristo murió por nuestros pecados” (1 Co. 15:3). Para que los hombres regenerados puedan ser salvos del poder del pecado, “Cristo . . . murió, al pecado” (Ro. 6:9, 10). La muerte de Cristo por el pecado constituye la consumación de una obra en la cual Dios puede afirmarse, mediante la incesante energía de su Espíritu, para adelantar la santificación de los que, entre los salvos, andan “en el Espíritu.” Puesto que Cristo murió por el pecado, no hay, pues, condenación para los que creen en El; su *posición* y su *seguridad* han sido perfeccionadas para siempre en Cristo. Puesto que Cristo murió al pecado, hay la posibilidad de andar según un nuevo principio que se hizo posible para los salvos, según el cual su actual *estado* y su *santidad* pueden realizarse conforme a la voluntad de Dios para ellos.

La nueva creación, que es la unión orgánica entre el Cristo resucitado y el creyente cristiano, se basa, según las Escrituras, en la obra sustitutiva de Cristo en todos sus aspectos, y se realiza mediante el poder regenerador del Espíritu, por medio del cual Cristo es engendrado en el cristiano; y por la obra bautizadora del Espíritu, mediante la cual el creyente cristiano asume su posición en Cristo. Las palabras de Cristo: “. . . vosotros en mí, y yo en vosotros” (Jn. 14:20) anuncian los dos aspectos del ministerio del Espíritu en relación con la nueva creación. Estas grandes transformaciones las obra el Espíritu Santo en el momento de la salvación, y como parte de ella. Con respecto a la colocación del creyente en Cristo, está escrito: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos —todos y cada uno— bautizados en un cuerpo, . . . y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Co. 12:13). Y también: “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gál. 3:27).

Si deseamos comprender qué es lo que hace el Espíritu Santo mediante su ministerio de bautismo, es esencial que determinemos el significado preciso de la palabra βαπτίζω. Esta es una de las palabras de mayor significación en el Nuevo Testamento, y se usa tanto en relación con el bautismo *real* como en relación con el bautismo *ritual*; es decir, tanto en relación con el bautismo del Espíritu como en relación con el bautismo en agua. Por cuanto se emplea de esa manera, cualquiera que sea el significado que se le asigne en uno de

los casos, razonablemente debiera podersele asignar en el otro. Así como βάπτω tiene un significado primario y uno secundario (sólo se emplea dos veces con su significado primario, que es el de *sumergir* —Lc. 16:24; Jn. 13:26— y una sola vez con su significado secundario, que es el de *teñir* o *colorar* con agua —Ap. 19:13; Is. 63:3—), así también el verbo βαπτίζω está sujeto a los dos significados, y no son pocos los exégetas que afirman que su empleo en el Nuevo Testamento se restringe a su significado secundario. Su significado primario, según prácticamente todas las autoridades en la materia, es *sumergir* en una envoltura física, o sea en una *posición dentro* de un elemento físico; en tanto que su significado secundario sólo puede aplicarse a la persona, cosa o poder que ejerce influencia dominante o transformadora sobre el objeto del cual se dice que recibe el bautismo. Así que, muy aparte de una *inmersión* real, es posible que una persona sea bautizada en arrepentimiento, en la remisión de pecados, en un nombre, en Moisés o en Cristo. El bautismo que efectúa el Espíritu en Cristo es muy diferente del bautismo en un medio físico. El verbo βάπτω indica tanto la acción de colocar dentro de un elemento, como la de sacarlo de nuevo —en este sentido se acerca más a nuestra palabra castellana *zambullir*— mientras que el verbo βαπτίζω sí es equivalente de nuestro verbo castellano *sumergir*, pues, tanto en griego como en castellano sólo implica la colocación *dentro del* elemento. En el caso del bautismo en Cristo, no es deseable ni posible la remoción de esa posición. El que se une así a Cristo, participa de todo lo que es Cristo, con respecto a su posición meritoria; y de todo lo que Cristo ha hecho con respecto a la sustitución: su crucifixión, su muerte, su sepultura, su resurrección. Puesto que Cristo es justicia de Dios, el creyente cristiano, cuando se une por medio del bautismo del Espíritu con El, es hecho “justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21); y por tanto, es hecho acepto “en el Amado” (Ef. 1:6); y, por la sangre de Cristo, ha sido *hecho cercano* (Ef. 2:13). De igual modo nos dice la Biblia que, cuando Cristo, para sufrir el juicio que merecía la naturaleza pecaminosa del creyente cristiano, fue crucificado, murió, fue sepultado y resucitó de entre los muertos; el hijo de Dios, por el cual Cristo hizo esa obra, también fue crucificado, murió, fue sepultado y resucitó de entre los muertos mediante su Sustituto, y en forma tan completa como si él mismo hubiera experimentado en forma personal cada uno de los aspectos de ese juicio. El pasaje de Romanos 6:1-14 es el pasaje central que trata sobre la santificación, que es una obra que cumple el Espíritu, y se basa en la muerte de Cristo por causa de la naturaleza de pecado. Nunca será exagerado el énfasis que se haga sobre la verdad de que la antigua naturaleza en cada creyente cristiano fue juzgada en la

muerte de Cristo, con el fin de establecer los hechos precisos según los cuales Dios queda en libertad para dominar dicha naturaleza. El hombre no regenerado está *muerto en sus pecados* (Ef. 2:1); pero el regenerado está *muerto al pecado* (Ro. 6:2).

Este pasaje dice así: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (comp. Ro. 6:7, 8, 11; Col. 2:20; 3:3). No le correspondería al cristiano, como hijo de Dios, hacer eso; ni es necesario que lo haga, ya que está *muerto al pecado*. El no podría alegar que tiene el poder contra una tendencia para la cual no hay dominio humano. La tendencia todavía está en él, y es más de lo que él puede controlar; pero Dios le ha provisto la posibilidad de liberación de su poder, tanto por haber juzgado la vieja naturaleza como por haberle dado al cristiano el poder del Espíritu. La liberación del cristiano sólo depende de Dios por medio de la obra del Espíritu; pero el cristiano no podría ser librado, si su naturaleza de pecado no hubiera sido justamente juzgada. Este fue el juicio que Cristo sufrió, y además El le ha dado al cristiano el Espíritu, que está siempre presente y que es capaz de todo. Así que los salvos no tienen la necesidad de pecar, sino que están libres para moverse en el plano y en el poder de la vida resucitada de su Señor. El argumento de este pasaje se basa en la unión vital por medio de la cual los cristianos están orgánicamente unidos con Cristo, por medio del bautismo en un cuerpo. El pasaje del capítulo 6 de Romanos continúa: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” Tan ciertamente como los cristianos están en El, así mismo participan del valor de su muerte. Y el pasaje también declara: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte” (comp. Col. 2:12). Así que los salvos son realmente participantes de su crucifixión (v. 6), de su muerte (v. 8), de su sepultura (v. 4) y de su resurrección (v. 4, 5, 8), y tan esencialmente como participan, así han sido crucificados, han muerto, han sido sepultados y han resucitado. El ser bautizados en Cristo Jesús es la *substancia* de la cual la muerte con El, la crucifixión con El, la sepultura con El y la resurrección con El son los *atributos*. La primera es la causa, en tanto que los demás son efectos. Todo esto es con el propósito de que se cumpla uno de los grandes planes divinos: “. . . a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”, o sea mediante un nuevo principio de vida. Entonces, el objetivo divino es el *andar* cristiano. Cristo murió en lugar del creyente cristiano. El juicio le correspondía al cristiano, pero Cristo llegó a ser su Substituto. Lo que Cristo hizo

satisfizo para siempre las justas demandas de Dios contra el “viejo hombre”, y abrió el camino para una andanza que pueda complacer muy bien a Dios (comp. 2 Co. 5:15).

A medida que avanza el pasaje de Romanos 6, esta idea de la participación del cristiano con Cristo se vuelve a presentar y aún con mayores detalles: “Porque si fuimos plantados —expresión que sólo se halla una vez en el Nuevo Testamento— juntamente con él en la semejanza de su muerte —la palabra “semejanza” tiene aquí el sentido de *unión* en una entidad única: *unicidad* (comp. Ro. 8:3; Fil. 2:7); así también lo seremos —desde ese momento y para siempre— en la de su resurrección.” Los salvos ya están unidos con Cristo mediante el bautismo del Espíritu (1 Co. 12:12, 13), que los coloca en una posición que les permite escapar de todos los juicios contra el pecado, y los deja libres, por tanto, para entrar en la experiencia del poder eterno y de la victoria de la resurrección. “. . . sabiendo esto —es decir, por cuanto sabemos esto— que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él —con el mismo propósito divino que antes se declaró— para que el cuerpo del pecado sea destruido —nuestra capacidad de expresión está en el cuerpo. Este hecho se emplea como una figura en relación con la manifestación del pecado. No es, pues, que el cuerpo es destruido, sino que la capacidad y el medio de expresión del pecado quedan *anulados*; comp. versículo 12— a fin de que no sirvamos más al pecado —de que no seamos más esclavos del *viejo hombre*. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado —los que murieron una vez al pecado, como morimos nosotros en nuestro Substituto, están libres del poder del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él —no sólo en el cielo, sino aquí también. Hay tanta certidumbre sobre la *vida* con El, como la que haya sobre la *muerte* con El; sabiendo —por el hecho de que sabemos— que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él —con lo cual se nos anima a creer lo mismo con respecto a nosotros mismos. Porque en cuanto murió, al pecado murió —a la naturaleza de pecado— una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive —y así el cristiano puede vivir para Dios.

Así como este pasaje no prescribe que uno sea literalmente crucificado, que muera, que sea enterrado, ni que resucite, así tampoco impone la revalidación de dos de estas cuatro realizaciones divinas —la sepultura y la resurrección— mediante alguna ordenanza, sin tomar en cuenta el significado con el cual se supone que se establece tal ordenanza. Lo único que le toca al cristiano, en vista de que Cristo murió por su naturaleza de pecado, es *considerarse* muerto al pecado; en realidad, no es reconocer que la naturaleza de pecado

está muerta, sino que él está muerto a esa naturaleza, por cuanto está en Cristo, y es participante de todo lo que Cristo hizo en el juicio contra dicha naturaleza. Aparte de este reconocimiento, se nos indica claramente que el pecado es una fuerza viva que reina en el cuerpo mortal (Ro. 6:11, 12).

El hecho de que la naturaleza de pecado fue juzgada es una revelación de suprema importancia, y nos demuestra la fidelidad de Dios a favor de los salvos; pero El también les revela a ellos el conocimiento de su inconmensurable provisión para la santificación de su vida diaria. El informe con respecto a la muerte de Cristo a la naturaleza de pecado no se nos da solamente para ampliar nuestro conocimiento personal sobre los hechos históricos; se nos da para que estemos seguros de que hay liberación del reino y del poder del pecado, en la misma forma como una vez se les garantizó a los creyentes cristianos, por medio de la revelación del hecho de que Cristo murió por sus pecados, que hay salvación del castigo del pecado. La muerte de Cristo al pecado es base para una gran confianza. Así podemos concluir que la provisión divina para la liberación del creyente en Cristo del dominio de la naturaleza de pecado es doble: (a) un juicio legal y justo contra la naturaleza de pecado; y (b) el Don del Espíritu de Dios, que es Victorioso y que mora en el cristiano.

b. LA RESPONSABILIDAD DEL CREYENTE EN CRISTO. Para lograr la liberación del poder del pecado, la responsabilidad del cristiano puede expresarse en una sola palabra: *Fe*. Una fe que no sólo reconoce que uno está muerto al pecado, sino también que está vivo para Dios (Ro. 6:11), y que hace que uno se rinda a Dios (Ro. 6:13). Al cristiano no le corresponde hacer nada más, puesto que, como se dijo, Dios provee la base justa para que el Espíritu Santo pueda obrar su liberación, y para que el mismo Espíritu pueda morar en el creyente cristiano con esa finalidad. Este requisito no es un *acto* de fe, como el que le sirvió una vez para la regeneración; sino una *actitud* de fe, que se renueva y persiste exitosamente todos los días. Andar en el Espíritu, o dependiendo de El, es estar libre de los deseos de la carne (Gá. 5:16). En este caso, la fe, como principio de procedimiento para la vida, es, como siempre, algo que está opuesto a las obras humanas. El Apóstol da testimonio de que el resultado de esta lucha, cuando él se esforzaba para lograr por su propia cuenta los ideales espirituales, era el fracaso absoluto; y sólo pudo concluir que la voluntad estaba con él, pero no estaba en él el hacer lo que él sabía que era bueno (Ro. 7:18).

Antes de citar esta porción de *Romanos*, que nos informa sobre la lucha del apóstol, debe notarse que no hay suposición errónea más

universal y que conduzca a más errores que aquella de que el cristiano puede, mediante sus propios esfuerzos, dominar y controlar la naturaleza vieja. La experiencia del Apóstol y su fracaso en este aspecto se nos dan en la Escritura como advertencia para todos los cristianos. En este pasaje no se hace ninguna mención del Espíritu Santo. El conflicto no es entre el Espíritu y la carne; más bien es entre el nuevo *Yo* y el antiguo. El nuevo *Yo* es el hombre regenerado que, momentáneamente, está hipotéticamente aislado de la relación normal con el Espíritu y de la dependencia de El, y por tanto, aparece sólo con sus débiles fuerzas humanas para enfrentarse con toda la ley, o con la voluntad, o con Dios (v. 16), con la carne viciada (v. 18), y con las demandas de una vida santa, que humanamente no se pueden cumplir y que en realidad se le imponen a toda persona regenerada (vs. 22, 23, 25). La experiencia del Apóstol es la respuesta a una pregunta vital: ¿Puede el regenerado, aparte de la dependencia del Espíritu Santo, hacer la voluntad de Dios, por el hecho de que él se *deleita* en esa voluntad? (v. 22). Para poder buscar los aspectos principales del conflicto del Apóstol y de su derrota, emplearemos los dos nombres que él tuvo: Saulo, que era el nombre del hombre carnal, y Pablo que era el nombre del hombre regenerado. Anotamos a continuación el pasaje, teniendo en cuenta esos dos nombres, y agregándole algunos comentarios:

“Porque lo que —yo, Saulo— hago, —yo, Pablo— no lo entiendo; pues —yo, Pablo— no hago lo que —yo, Saulo— quiero, sino lo que —yo, Pablo— aborrezco, eso hago —yo, Saulo. Y si lo que —yo, Pablo— no quiero, esto hago —yo, Saulo— apruebo que la ley —o sea la voluntad de Dios para mí— es buena. De manera que ya no soy yo —Pablo— quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí —Saulo. Y yo sé que en mí —Saulo— esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque —yo, Saulo— no hago el bien que —yo, Pablo— quiero, sino el mal que —yo, Pablo— no quiero, ya no lo hago yo —Pablo— sino el pecado que mora en mí —Saulo. Así que, queriendo yo —Pablo— hacer el bien, hallo esta ley: que el mal —Saulo— está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros —Saulo— que se rebela contra la ley de mi mente —Pablo, que se deleita en la ley de Dios— y que me lleva cautivo a la ley del pecado —Saulo— que está en mis miembros. ¡Miserable —hombre cristiano— de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:15-24).

La respuesta a esta gran pregunta y grito de desesperación con que termina este pasaje se halla en uno de los versículos siguientes (Ro. 8:2): “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.” Esto es más que una liberación de la ley de Moisés: es una liberación inmediata del pecado (de Saulo) y de la muerte (de sus resultados; comp. Ro. 6:23). El efecto de esta liberación se indica en la bendición de que habla el

capítulo 8, en contraste con la condición miserable de que nos habla el capítulo 7. En este último caso, la evidencia es el *Yo débil* y derrotado, mientras que en el otro, la evidencia es el *Yo victorioso* en el Espíritu. El cristiano, pues, tiene que ser librado por “la ley —el poder— del Espíritu.” Pero tenemos que ponerle atención al hecho que se nos declara en el capítulo 7, versículo 25, según el cual esto se logra “por Jesucristo Señor nuestro.” El cristiano es librado por el Espíritu, pero esa liberación se hace justamente posible *por medio de* Jesucristo nuestro Señor, en atención a la unión del creyente cristiano con El en su crucifixión, en su muerte, en su sepultura y en su resurrección.

Similarmente, estaban todavía en evidencia en la experiencia del Apóstol las dos naturalezas, puesto que con la mente, él deseaba servir a la ley de Dios, pero con la carne, deseaba servir a la ley del pecado (Ro. 7:25). El no se quedó como un cristiano derrotado, pues halló el principio de la fe para la vida, y éste es el que él expresa en Romanos 8:4, el cual, junto con el versículo 3, constituyen la culminación de todo lo que ha dicho a partir del comienzo del capítulo 6: “Para que la justicia de la ley —la voluntad total de Dios para cada cristiano, hasta el último detalle, en todo momento de la vida— se cumpliera en nosotros.” Nosotros no hubiéramos podido cumplir nunca la ley. Esta victoria, continúa diciendo él, es sólo para los que no dependen de la carne, sino para los que dependen del Espíritu. La liberación del poder de la antigua naturaleza, tal como se descubre en este pasaje, no depende de ningún esfuerzo humano, que no sea el esfuerzo requerido de mantener una actitud de *fe*. Hay una “batalla de la fe”; y en este conflicto, el combatiente busca, mediante la capacitación divina, preservar sólo una inquebrantable confianza en el Espíritu de Dios.

Tampoco se logra la libertad de la naturaleza de pecado por parte del cristiano, mediante la erradicación de esa naturaleza, a través de una falsa e imaginaria segunda obra de gracia. Aunque multitudes de personas defienden con sinceridad esta idea, no existe base bíblica, ni para la noción racionalista de la erradicación, ni para la supuesta segunda obra de gracia. Los argumentos que defienden esas ideas son tomados casi en su totalidad de la sola experiencia humana —que, entre todas las cosas, es lo más incierto. El carácter antibíblico de estas teorías es obvio: (a) La erradicación no es el método divino para tratar con los enemigos del cristiano. No hay erradicación, ni del mundo, ni de la carne, ni del demonio; ni siquiera la muerte física, que está tan estrechamente relacionada con la muerte espiritual, se erradica en esta vida. En todo caso, incluyendo la naturaleza adámica, el creyente cristiano no tiene sino una garantía de

liberación: la dependencia del Espíritu que mora en él. (b) Si fueran ciertas las afirmaciones sobre la erradicación, no habría razón para mantener una posición de fe, y entonces todo el cuerpo de Escrituras que dirigen al cristiano a la realización de la victoria que sólo viene por fe no tendría ningún significado. Las expresiones *no ser capaz de pecar* y *ser capaz de no pecar* representan ideas ampliamente divergentes. La Palabra de Dios nos enseña que, mediante el poder del Espíritu que mora en el cristiano, el hijo de Dios, aunque esté siempre asediado por una mala disposición en esta vida, en determinado momento y bajo circunstancias específicas puede ser capaz de no pecar. Tal es, en realidad, el poder del Espíritu que mora en él; pero no hay ninguna palabra en la Escritura que apoye la idea de que cualquier cristiano puede llegar a una condición en la cual no es capaz de pecar. La conciencia de la perversidad, o sea de una tendencia hacia el pecado, ha sido la experiencia de los santos más espirituales de todas las generaciones, y especialmente de aquellos que han llegado a tener la más íntima comunión con Dios. Habiendo llegado muy cerca de Dios, Job, el de corazón recto, se aborreció a *sí mismo*; y Daniel, de quien no se registra ni un solo pecado, en circunstancias similares, dijo: "...antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno" (Dn. 10:8). En Gálatas 5:16, 17 se nos describe el método por el cual cualquier miembro de esta raza caída ha podido lograr la espiritualidad: "Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis." Así que el método no consiste en pasar por alto la naturaleza de pecado; mucho menos en suponer que ha sido erradicada; más bien consiste en descubrir al Agente con el que se pueda contar para la victoria, que es el Espíritu que mora en el cristiano. "Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir —o, consideraréis que estáis muertos a— las obras de la carne, viviréis —o, estáis en el camino de la vida— (Ro. 8:12, 13). Lo opuesto de la muerte espiritual es la vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor. A pesar de la presencia de la naturaleza de pecado, todo cristiano está *vivo para Dios*, pues ha pasado de muerte a vida; y todo cristiano, mediante el Espíritu que mora en él, está completamente equipado para toda buena obra.

El Dr. W. H. Griffith Thomas, en *The Principles of Theology*, al escribir sobre el Artículo IX de los 39 Artículos, y sobre "La Permanencia del Pecado Original", declara:

“Este asunto de la permanencia del pecado original en el regenerado es importante por dos razones: (a) por su oposición a todas las formas de lo que se ha llamado ‘perfección impecable’; y (b) por otra parte, porque está contra cualquier rendimiento de derrota, o de aceptación de la derrota como inevitable. Algo hay que decir sobre cada uno de estos dos puntos.

(a) Es importante considerar la relación del pecado con nuestra naturaleza. La capacidad fundamental de la naturaleza humana es la de sentir por medio de impresiones de dolor o de placer. Estas impresiones se llaman las primeras sensibilidades, y han quedado en desorden por causa del pecado, y nunca se vuelven a rectificar completamente en esta vida, aunque la expiación cubre su defecto. Luego están las sensibilidades secundarias, las cuales conducen a los deseos, por una parte, y a las aversiones, por otra. En este punto es donde entra la divina gracia. Si la voluntad no consiente, no hay pecado personal; pero, bajo la voluntad, hay un desorden que es pecaminoso, con el cual tenemos que enfrentarnos. La responsabilidad se preocupa sólo de aquello que determina la voluntad. La expiación cubre lo demás, incluyendo la incapacidad y el defecto. Es también importante notar la distinción entre Adán y nosotros. El tenía la posibilidad de pecar, pero no tenía la tendencia hacia el pecado. Nosotros tenemos tanto la posibilidad como la tendencia; y esta tendencia es lo que el Artículo llama ‘corrupción de la naturaleza’, ‘infección de la naturaleza’, o ‘concupiscencia’. La debilidad de la doctrina metodista que se conoce con el nombre de ‘El Amor Perfecto’ está en que dicha doctrina enseña que la gracia satisface todas las necesidades de la naturaleza humana en el sentido de que la erradica. Pero eso no es cierto. La Escritura continuamente distingue entre *pecado* y *pecados*, entre raíz y fruto; pero, aunque la raíz permanece, como lo declara el Artículo, no hay necesidad de que produzca fruto.

(b) Pero la presencia de la perversidad innata en el regenerado, aunque es real y poderosa, no constituye ninguna excusa, ni mucho menos ninguna justificación para pecar. El Apóstol enseña claramente que la obra redentora de Cristo tenía el propósito de hacer inerte o inoperante el principio del mal en el cristiano (Ro. 6:6 *griego*). Así podemos decir que, aunque la Escritura enseña algo que está muy cercano de la erradicación, con la finalidad de que nosotros no podamos estar satisfechos con algo que sea inferior a la más alta clase de vida cristiana; por otra parte enseña que el principio del mal no se remueve del cristiano. Ese principio pierde su fuerza en el creyente cristiano, aunque el creyente no pierde la presencia de ese principio. Con el mismo propósito dijo el apóstol Pablo: ‘... consideraos muertos al pecado’ (Ro. 6:11). Por tanto, él enseña que, aunque nosotros debemos estar muertos al pecado, el pecado no está muerto para nosotros. Este modo de hablar hubiera sido completamente imposible, si el pecado hubiera sido completamente erradicado. Es imposible dejar de notar en este punto la sorprendente afinidad entre la Iglesia Católica y la doctrina metodista según la cual el pecado es inherente sólo en la voluntad. Nuestro Artículo, en armonía con las Confesiones Protestantes del siglo XVI, va hasta una profundidad mayor, pues muestra que el pecado afectó la naturaleza mucho antes de que la voluntad comenzara a actuar.

Este asunto es vital para muchos de los aspectos más prácticos e importantes de la vida; porque si no tenemos la razón aquí, hay la posibilidad de que no la tengamos en lo demás. Los puntos de vista superficiales sobre el pecado inevitablemente se inclinan hacia puntos de vista superficiales con respecto a la obra redentora de Cristo. Por tanto, tenemos que estar en guardia contra esos extremos: por una parte tenemos que insistir en que, el principio del mal

permanece aun en el regenerado, y permanecerá hasta el fin de su vida; por la otra, tenemos que ser claros en que este principio del mal no necesita ni tiene que producir malos resultados en la práctica, puesto que se nos ha provisto la gracia de Dios para enfrentarnos a él y vencerlo" (págs. 173-175).

VII. LA RELACION DEL CRISTIANO CON EL PECADO QUE SE LE IMPUTA A LA DESCENDENCIA DE ADAN

La muerte física, como lo observamos ya, es el castigo para el pecado que se le imputa al pecador y, aunque para el cristiano, el aspecto de juicio que tiene la muerte desaparece por completo, la experiencia de la muerte les corresponde a los cristianos hasta el retorno de Cristo, en atención a que éste es el único medio de partida de este mundo. El aspecto de castigo o juicio que tiene la muerte ha sido tan perfectamente abolido que se puede decir de los creyentes cristianos: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro. 8:1; comp. Jn. 3:18; Ro. 8:38, 39; 1 Co. 11:32). El apóstol Pablo declara: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:55-57). Así se nos afirma que un poderoso triunfo se ha logrado sobre la muerte y sobre la tumba. "El aguijón de la muerte es el pecado"; pero el poder de la muerte para hacerle daño al cristiano fue anulado por la muerte de Cristo. "... el poder del pecado, (es) la ley"; pero todo el sistema de méritos lo terminó Cristo con su muerte en la cruz. El satisfizo todas las demandas de méritos al entregar su propio mérito perfecto a todos los que creen en El. La fuerza del pecado se ve en la verdad de que es *desobediencia*; sin embargo, la fuerza de la ley se vuelve fragilidad, cuando se la considera como medio de justicia, por causa de la debilidad de la carne (Ro. 8:3). Gracias, en verdad, sean dadas a Dios por esta victoria sobre el aspecto de juicio que tiene la muerte, victoria que ganó Jesucristo por nosotros. La única cura efectiva contra la muerte es la vida, y, aunque la paga del pecado —del pecado primero de Adán— es muerte; la dádiva de Dios es vida eterna "en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23).

VIII. LA RELACION DEL CRISTIANO CON EL ESTADO DEL HOMBRE BAJO PECADO

Esta relación es sólo un recuerdo. El apóstol Pablo, al escribirles a los cristianos efesios sobre este mismo asunto, les dice: "Por tanto,

acordaos" (Ef. 2:11). El cambio del estado de perdido *bajo pecado* al estado de salvo *bajo la gracia*, no pudiera estimarlo adecuadamente ninguna mente humana, ni lo pudiera describir cabalmente ninguna lengua. Lo que una vez fue completamente demérito se cambió por el mérito infinitamente perfecto de Cristo; el lugar que antes ocupaba en el *cosmos* el creyente cristiano se cambió por un lugar en el reino del Amado Hijo de Dios; y la condenación del juicio contra el pecado se cambió por una posición inmutable en la soberana gracia de Dios; gracia que no sólo sobreabunda, sino que no cesa. Nos dice la Biblia que los que están sin Cristo, están sin esperanza y sin Dios en el mundo o *cosmos* (Ef. 2:12); en cambio, cuando la Biblia se refiere a los que están bajo la gracia, con respecto a su posición inmutable, dice: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3).

CAPITULO XXIII

EL CASTIGO

El tema general del castigo, con todas sus amplias aplicaciones, se divide en *disciplina, castigo y retribución*. De estos tres, los primeros dos se relacionan con la manera como Dios se enfrenta a los cristianos impenitentes; y el último se relaciona con el juicio final de Dios para los perdidos. Estas doctrinas las hemos de tratar separadamente y en forma completa posteriormente, en esta obra de teología. Aquí sólo introduciremos un esquema general.

I. LA DISCIPLINA

La doctrina de la disciplina está estrechamente relacionada con la del sufrimiento del cristiano, aunque no todos los sufrimientos son disciplinarios. Cuando Dios emplea el sufrimiento para corregir a sus hijos, entonces es cuando el sufrimiento se convierte en disciplina. Refiriéndose a esta verdad en general, tal como se tiene en el Antiguo Testamento, dice David: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos. No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, que han de ser sujetados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti." (Sal. 32:8, 9). El freno rudo se les aplica a los voluntariosos, pues de otro modo, El no pudiera tener sus ojos fijos en ellos. En el mismo salmo, David relata su propia experiencia como resultado de demorar su confesión a Dios: "Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano" (vs. 3, 4). Inmediatamente después de eso, él hizo su confesión y fue restaurado. Sobre esto escribe: "Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado" (v. 5). Hay cierta forma de corrección que puede evadirse mediante la confesión. Sobre este particular, está escrito: "Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo" (I Co. 11:31, 32). La confesión es el juicio que uno hace contra sí mismo, y sirve para obviar la disciplina dolorosa que tiene

que imponérseles a los rebeldes para que no sean condenados con el mundo o *cosmos*. Nadie será afligido de ese modo sin que al mismo tiempo esté consciente de que está resistiendo a Dios y de la razón por la cual se encuentra bajo corrección. La disciplina, en una forma o en otra, es experiencia universal de todos los que son salvos. Aun la rama que da fruto es limpiada para que lleve más fruto (Jn. 15:2). El principal pasaje de la Biblia que trata sobre la disciplina (He. 12:4-15) da testimonio sobre la necesidad de que todos los que son hijos reciban la disciplina.

II. EL CASTIGO

La experiencia del castigo está íntimamente relacionada con la de la disciplina; pero parece, según el pasaje en que se nos presenta, que difiere de ella (He. 12:6). Es razonable pensar que el castigo se refiere a la conquista de la voluntad y a los resultados de una vida rendida. Este tipo de castigo sólo puede efectuarse una sola vez en toda la vida del creyente cristiano. Por otra parte, la disciplina puede repetirse muchas veces, antes de consumarse el castigo. Dios no se satisface con la anarquía en su familia.

III. LA RETRIBUCION

Toda forma de disciplina tiene por objeto el mejoramiento o desarrollo del sujeto, con la finalidad de que en él se cumplan los altos y santos propósitos que Dios ha determinado para los que son salvos. Pero no hay ningún propósito de instrucción ni de preparación en la retribución que se les ha de dar a los perdidos. Las dos clases de personas a las cuales se refieren estos castigos en general se identifican en los dos pasajes que ya citamos. En I Corintios 11:31, 32, de la una clase se dice que es preservada, y de la otra, que es condenada. De igual modo, en Hebreos 12:6-8, de la una clase se nos dice que son "hijos"; mientras que a los de la otra clase se los llama los "no hijos". El juicio cae sobre ellos como vindicación de la dignidad de Aquel al cual toda criatura le debe su existencia, cuya voluntad se ha revelado, la cual ha sido violada por el pecado. Es bueno recordar que todo miembro de la familia humana estuvo una vez en la misma condenación, y siempre lo estaría si no fuera por la redención divina. Igualmente es justo reconocer que la oferta de gracia se extiende ahora al mundo entero, que está perdido. El castigo de los no regenerados se les inflige como una retribución por su ofensa contra Dios; así que llega a ser más que una imposición de las consecuencias del pecado. El orden moral del universo hay que

sostenerlo, y en efecto, será sostenido. Pero algo mucho más profundo es la vindicación del deshonor que se la hace a la Persona de Dios. Si se reconoce la verdad de que los hombres más iluminados son incapaces de comprender la verdadera naturaleza del pecado, o su efecto sobre Aquel que es infinitamente santo, todos deben admitir que el castigo vindicativo está fuera de la comprensión humana. Eso se nos revela claramente en la Biblia, y más por medio de los labios de Cristo que de los de cualquiera otra persona. Esta revelación permanece no sólo por la autoridad con que habla la Biblia, sino también por el hecho de que no hay hombre que puede discutirla.

“Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor (Ro. 12: 19). En este versículo bíblico, Dios afirma primero su propia reacción hacia el pecado, en las palabras: “Mía es la venganza.” Pero también afirma la necesidad de castigo, cuando dice: “Yo pagaré”. Esta recompensa o castigo es más que un simple abandono del pecador. Es cierto que la “muerte segunda”, que es la muerte eterna, es una separación de Dios, y que el estado eterno de los perdidos es un castigo inmensurable, a la luz del hecho de que las almas perdidas tendrán que recordar lo que la gracia hubiera podido hacer a su favor. El castigo es una imposición definida sobre el curso natural de los eventos; es una retribución que corresponde al castigo requerido. Así como el carácter de Dios es justo, así cualquiera que sea la pena que El imponga tiene que ser justa, y todos han de reconocerlo así. Dios no cometerá ninguna error en el juicio, así como no lo comete en ninguna otra de sus obras.

El castigo, que es para los cristianos, es una demostración del amor divino; pero la retribución es una manifestación de la ira divina contra los perdidos. No ha tenido Dios nunca la intención de permitir que los pecadores se enmienden ahora; ni tampoco la retribución será para que se enmiendan en la eternidad. El ha provisto, mediante el pago de un precio infinito, una perfecta regeneración y una nueva creación por medio de la fe en Cristo. Los hombres tienen libertad de recibir o de rechazar esta provisión. No hay ninguna palabra en la Biblia que se refiera a la extinción. El estado de los perdidos será tanto consciente como eterno. Aun la muerte física, de la cual los perdidos pudieran depender para hallar algún alivio, habrá sido destruida para siempre.

El cuadro negro del fracaso y de la tristeza humanos sólo se ha pintado con el fin de que con más prontitud se reciban las Buenas Nuevas de salvación. Todo lo que Dios ha revelado con respecto al destino de los perdidos tiene el propósito de llamar a los hombres a que se vuelvan hacia El y vivan en su gracia para siempre.

Surge un problema bien complejo cuando no se hace bien la

distinción entre la retribución y la redención. El problema surge cuando se piensa que el juicio de retribución ha de ser para restitución, mediante el valor de reparación de ese juicio. Si así fuera, entonces, ¿para qué la redención? Muchos hombres sinceros se han perdido en este punto del camino, y han caído en las teorías racionalistas del universalismo y de la restitución. Anotaremos dos citas amplias que arrojarán luz sobre este problema:

“El propósito definido del juicio divino en ninguna manera puede ser el mejoramiento de la persona que recibe el castigo, puesto que ese es el objeto de la *redención*. Si el castigo fuera el apropiado para esta finalidad, no hubiera habido necesidad de la redención. O, dicho de otro modo, si la redención logra este objetivo, ¿qué necesidad hay de la severidad del castigo? ¿Hemos de suponer que cuando la redención demuestra ser inefectiva para el mejoramiento del hombre, tiene que imponerse el castigo para poder lograr ese objetivo? Entonces habría que deducir que el castigo es más efectivo para la regeneración del hombre que la redención. El conflicto entre la esfera del castigo y la de la redención se vuelve de lo más complejo cuando recordamos que el principal propósito de la redención es el de suprimir el castigo mediante el perdón de los pecados. Si el castigo fuera de carácter reparatorio, ¿sería un acto de bondad el librar al hombre de él, antes que el juicio haya cumplido su obra de restitución? ¿Y cómo puede ser posible que la redención, que es precisamente la remoción del juicio, se renueve, si el castigo hace también lo mismo? Y sin embargo, la influencia del castigo en el que sufre, no puede negarse íntegramente. El castigo, en este caso, por una parte, actúa como una barrera contra las invasiones desoladoras del pecado, al reafirmar las ordenanzas fijas de la ley; y, por otra, le da testimonio al pecador de que el poder destructor que hay en el mal se vuelve contra él, y hace que el pecador tiemble cuando se rinde al pecado. De estas dos maneras, el castigo *prepara* al hombre para la obra de la redención. Pero según su naturaleza distintiva, el castigo no está adaptado ni calculado para que produzca un verdadero mejoramiento, una renovación interna en el pecador. Por el contrario, estas dos esferas: la de la redención, que es la única que puede cumplir una verdadera renovación, y la del castigo, se excluyen mutuamente. Dondequiera que comienza una participación viva en las bendiciones de la redención, cesa el castigo propiamente dicho— *δίκη, ἐκδίκησις, τιμωρία*; pero, en tanto que el hombre continúa sujeto al justo castigo de Dios, está excluido de esas bendiciones de la redención (Jn.3:36)” (Dr. Julius Müller, *The Christian Doctrine of Sin*, Vol. I, pág. 246.

“El castigo no es un medio apropiado para la reforma; porque la verdadera reforma sólo puede realizarse mediante la libre determinación de la persona. Es de naturaleza voluntaria. La determinación personal, sin embargo, cuando se produce por el temor de un castigo, no sería moral ni correspondería a la naturaleza de la virtud. Cualquier reforma que se efectúa según algún motivo egoísta no es reforma genuina. Además, si la verdadera reforma pudiera producirse por medio del castigo, ¿por qué no se dejó como único método legal y punitivo el del Antiguo Testamento? La administración antigua estaba llena de amenazas y castigos, y de ejemplos terribles en que realmente se ejecutó el castigo. ¿Por qué envió Dios a su Hijo, y estableció un nuevo pacto y una administración de misericordia? ¿De qué vale la redención, o sea la *remisión* del

castigo, si el castigo en sí es saludable y reparatorio? Las Escrituras no presentan nunca el castigo como algo reformativo. El castigo apropiado para el pecado es la muerte (Ro.6:23). Así como la muerte temporal, que es la pena máxima en la legislación humana, no tiene el propósito de reformar al criminal, ni de restaurarlo en la sociedad humana, sino que lo corta para siempre de ella; así la muerte eterna, según la enseñanza bíblica, no tiene el propósito de que sirva de medio para educar al pecador ni de adaptarlo para el reino de los cielos, sino que lo proscribire y lo excluye para siempre de él" (Augustus D. Twisten, *Dogmatik*, Tomo II, párrafo 39; los dos citados por W.G.T. Shedd en *Dogmatic Theology*, Vol. II, págs. 738-739).

Un problema afín con estos que acabamos de mencionar es el de la actitud divina hacia las incontables multitudes que han muerto sin haber oído el Evangelio de la redención. Este tema también constituye una tentación para muchos. Hay muchos que afirman que los paganos serán salvos por causa de su ignorancia, o si vivieron según la luz de que disponían. Estas conclusiones se basan en la falacia de que el hombre no necesita la regeneración que se base en la sangre eficaz de Cristo. La naturaleza del plan de la salvación es tal que no incorpora cumplimientos parciales, ni se puede ejecutar en atención a las buenas intenciones. El problema llega a ser más profundo cuando se afirma que Dios, por cuanto es soberano, puede hacer lo que le plazca en estos casos. Esta idea relaciona la redención con la soberanía de Dios, aunque lo correcto es relacionarla con su justicia. Ni siquiera Dios puede redimir a nadie aparte de la sangre de su Hijo. Si lo hiciera, sería injusto, pues no puede haber otra satisfacción para la justicia de Dios por la maldad de las criaturas que esa sangre. Si alguien afirma que Dios queda en libertad para salvar, por medio de Cristo, a los que El quiera salvar, inmediatamente descubrimos la refutación de esa idea en la Palabra de Dios. Según ella, la gracia salvadora de Dios es algo que depende — excluyendo a los que mueren inocentes — de que el pecador la reciba. El elemento de la fe nunca puede faltar: "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Jn.3:18). Si fuera verdad que los paganos pueden salvarse por causa de su ignorancia o de su fidelidad a la luz que tuvieron, no habría necesidad de realizar un programa mundial de evangelización. En efecto, el mismo hecho de llevarles el Evangelio a aquellos que son salvos mediante algo que está en ellos mismos sería una imposición de proporciones colosales; porque si tomamos para nosotros tal tarea, a los paganos, que supuestamente están salvos mediante sus propias virtudes, habría que transferirlos a un sistema en el cual probablemente se perderían para siempre, por el hecho de rechazar el Evangelio.

Según el cuadro bíblico, los paganos están absolutamente perdidos hasta el momento en que reciban el Evangelio. Si eso no fuera cierto, entonces todos los mandatos de ir a predicar el Evangelio que se encuentran en el Nuevo Testamento serían inútiles, y tendrían el propósito de perjudicar a las personas a las cuales se les da el mensaje, no el de ayudarles. El Evangelio engendra una responsabilidad y, para los que lo rechazan, llega a ser “olor de muerte para muerte”, y para los que lo reciben, “olor de vida para vida” (2 Co.2:16).

En la raíz de todas estas dificultades está la idea racionalista de que todos los hombres han sido escogidos divinamente para la salvación; y que si no es así, eso quiere decir que Dios ha fracasado hasta cierto punto en su propósito. La verdad que aclara esto es el hecho de que El tiene una compañía de personas de todas las naciones que ha elegido, y que ninguno de éstos perderá la oportunidad de oír y recibir el Evangelio. El otro problema relacionado con el propósito de Dios en otras edades tenemos que reservarlo para posterior consideración.

CAPITULO XXIV

EL TRIUNFO FINAL SOBRE EL PECADO

La revelación y la razón se unen para dar testimonio de que el mal es algo temporal en el universo de Dios. La razón nos dice que, puesto que Dios es infinitamente santo y es el Diseñador y Creador del Universo, el mal tuvo que haber comenzado sus manifestaciones después de la creación y mediante permiso de Dios, y que tiene que servir para el cumplimiento de algún propósito compatible con la justicia divina. La razón también espera que cuando ese propósito se haya cumplido, el mal será separado de la creación de Dios, y Dios, que ha tomado a su cargo la responsabilidad de juzgar el mal, cumplirá esa obra hasta el grado de perfección que caracteriza a todas sus obras. Por otro lado, la revelación predice una victoria venidera sobre el mal, la cual es de tal naturaleza que ninguna mente humana puede comprenderla. El estudiante haría bien en detenerse y reflexionar sobre el maravilloso carácter del libro que con absoluta exactitud nos revela lo que ha de acontecer en la eternidad que tenemos delante, del mismo modo como nos revela los hechos de la eternidad que hubo antes de nosotros. Este libro incomparable fue dado mediante inspiración divina, con el propósito de que el hombre de Dios (es muy poco lo que le puede servir al que no sea hombre de Dios) pueda llegar a ser perfecto tanto en conocimiento como en carácter, mediante su poder santificador, y “enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti.3:16-17). Al estudiar el triunfo final de Dios, citaremos ciertos pasajes fundamentales de las Escrituras:

1 Corintios 15:25-28. Esta porción de la Biblia, que tiene carácter de paréntesis en medio de una amplia revelación con respecto a la resurrección, presenta el programa divino para la purificación del universo en preparación para la gloria eterna. Habiendo declarado que la resurrección será un hecho común para todos los hombres, y que habrá un orden de sucesión en la resurrección – (1) Cristo las Primicias; (2) los que son de Cristo en su venida; y (3) la resurrección final de los muertos impíos – el Apóstol indica que la segunda de estas resurrecciones, que es la que ha de ocurrir cuando Cristo venga por su Iglesia, le corresponde a un grupo que él designa con el nombre “los que son de Cristo”. Esta declaración se corresponde con la declaración de 1 Tesalonicenses 4:16, donde se nos indica que los

muerdos en Cristo resucitarán primero; y con la declaración de Apocalipsis 20:4-6, donde se nos indica que aquellos sobre los cuales reposa el sello de la bendición divina resucitarán *antes* del comienzo del período de mil años; mientras que “los otros muertos” no volverán a vivir hasta que se hayan cumplido los mil años. En Juan 5:27-29 se registran las propias palabras de Cristo, en las cuales declara que habrá dos grupos en la resurrección, pero El no hace ninguna referencia al tiempo que ha de transcurrir entre los dos eventos de resurrección. Según Cristo, estos dos grupos resucitarán durante esta “hora” profética que ya ha durado casi dos mil años y que, según la profecía bíblica, continuará durante mil años después del retorno de Cristo. La idea de que habrá una resurrección general única, simultánea y en la cual estarán incluidos todos los seres humanos, en determinada hora, es más producto de la teología de la Iglesia Católica Romana que doctrina de las Escrituras.

En el período que transcurre entre la resurrección de Cristo y la resurrección de la compañía de “los que son de Cristo”, tiene que lograrse completar el número de todos los que componen este grupo. Cuando Cristo venga por los suyos, no sólo llevará esta compañía para que esté con El, mediante resurrección y traslado, sino que en ese momento terminará esta específica empresa divina. Del mismo modo, el período que transcurrirá entre la resurrección de los que son de Cristo y la resurrección final, se caracterizará por el hecho de que Cristo estará ejerciendo personalmente el poder y la autoridad. Este período, según Apocalipsis 20:4-6 será de mil años. Al fin de este período, y en virtud de haberse cumplido el reinado de Cristo, la Bible enseña que El entregará “el reino al Dios y Padre” (1 Co.15:24). El reino al cual se refiere este pasaje es una esfera más amplia de autoridad divina, pues mediante su autoridad y poder, El pondrá a “*todos sus enemigos debajo de sus pies*” – sean éstos angélicos o humanos. El último enemigo que ha de ser destruido será la muerte. Por permiso de Dios, esta administración de gobierno divino ha entrado en rebelión contra Dios. Una gran compañía de ángeles no permaneció en su estado original, y la mayor parte de la familia humana ha estado o está en rebeldía contra Dios. La muerte, que era extraña al primitivo estado del hombre, ha traído la maldición sobre la tierra en todas las generaciones. La Biblia nos enseña que en aquel período milenario Cristo destruirá a todos sus enemigos, y entregará el reino restaurado al Dios y Padre. La palabra griega *παράδίδωμι* ha sido bien traducida: “entregue”, en la cual no se puede imponer ninguna indicación de que el Hijo abandonará su propia autoridad para reinar. Esto no lo podría hacer El, puesto que El debe ocupar eternamente el trono de David (Lc.1:32-33; comp.

Is.9:6-7; Dn.7:14). No se debiera esperar que aquellos que no ven nada sobre el porvenir de Israel en la profecía, y que no reconocen el reino terrenal eterno de Cristo, observan la importancia de este pasaje. Para que éste sea el preciso significado que debe entenderse en este pasaje, el Apóstol continúa diciendo que Dios el Padre le sujetó todas las cosas al Hijo, con la única excepción, que es de suma importancia y muy razonable, de que el Padre, que fue el que le dio la autoridad al Hijo, no está sujeto al gobierno de su Hijo, el cual por lo demás es universal. Así, cuando el Hijo haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies, cuando haya destruido la muerte, y cuando haya presentado el universo absolutamente conquistado al Padre, El continuará entonces, como ahora, su reino eterno. Nunca más volverá a levantarse una voz opositora en el reino universal de Dios; sino que Dios – Padre, Hijo y Espíritu Santo – tal como fue en el principio, será “todo en todos”.

Son pocos los pasajes que tratan sobre el tema escatológico que sean de mayor importancia que el de 1 Corintios 15:24-28. En este pasaje aparecen tres factores determinantes: (a) Durante el período que transcurre entre la resurrección de los que son de Cristo y la resurrección final, el Hijo ejercerá amplia autoridad, con el propósito de destruir a todo gobierno y a toda autoridad que se le oponga a Dios. Cristo pondrá a todos sus enemigos debajo de sus pies. Aun el “postrer enemigo”, que es la muerte, será destruido (el verbo griego cuya traducción en este versículo es “será destruido” es el mismo – *καταργέω* – que en el versículo 24 se tradujo “haya suprimido”: comp. 2 Ti.1:10, donde, mediante el empleo del mismo verbo, se afirma que Cristo ya *abolió* la muerte para el creyente cristiano; y He.2:14, donde se nos revela que Cristo, por medio de la muerte destruirá al que tiene el imperio de la muerte; y 2 Co.3:13; Ro.7:4, donde se nos dice que el antiguo orden fue abolido por la muerte de Cristo; y finalmente, Ro.6:6, donde se nos enseña que, por la muerte de Cristo, el cuerpo del pecado es destruido). (b) Por cuanto el Padre le ha dado al Hijo toda autoridad (primero, como Creador – Col. 1:16; segundo, como Preservador – He.1:3; Col.1:17; y tercero, como Gobernante, mediante específico decreto divino – Mt.28:18; aunque el Padre se reserva ciertos poderes para El – Hch.1:7), el Padre mismo se exceptúa, para no estar en ningún tiempo sujeto a la autoridad que El mismo le ha dado al Hijo (comp.He.2:8). Y (c) el Hijo, cuando haya ejercido su poder de tal modo que todos los enemigos de la autoridad de Dios hayan sido puestos debajo de sus pies, continuará su reino, entonces como ahora, mediante la irrevocable autoridad del Padre. La construcción gramatical en griego, según los exégetas más dignos de crédito, no

exige la conclusión de que, al presentar el reino restaurado al Padre (v.24), o que al continuar el reino en las edades venideras por autoridad del Padre, como lo ejerce ahora (v.28), el Hijo tiene que renunciar al reino. Esto no pudiera suceder, en vista de muchas predicciones que indican que El reinará eternamente. El, cuya relación con Israel y con esta tierra es la de Rey, y cuyo reino es eterno, en realidad reinará hasta que los reinos de este mundo hayan llegado a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo; pero ése no será el fin, pues también se dice de El que “reinará . . . para siempre, y su reino no tendrá fin” (Is.9:7; Lc.1:33; Ap.11:15). Se nos revela, pues, mediante este importante pasaje, el triunfo final de Dios sobre todo el mal.

Apocalipsis 20:11-22:7. De los varios pasajes de la Escritura que tratan sobre el triunfo final de Dios, no hay ninguno que sea más vital y exhaustivo que el que vamos a considerar ahora. Nuestro *desiderátum* sería el de hacer una exégesis, palabra por palabra, pero en este capítulo sólo podremos hacer una leve referencia a dicho pasaje.

Cuando Cristo dijo: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay” (Jn.14:2); parece que se estaba refiriendo al universo entero, en el cual hay varias moradas. El pasaje de Apocalipsis 20:11-22:7 dice que tales moradas son las siguientes: (1) El cielo nuevo, que es la morada de Dios; (2) la ciudad celestial, que se distingue del nuevo cielo en que descende del cielo (Ap.21:2,10); (3) la tierra nueva, que será habitada por el Israel glorificado, pueblo éste que siempre ha estado relacionado con la esfera terrenal, y cuya existencia es, según el pacto que Jehová hizo con él, eterna. Con el pueblo de Israel estarán en la tierra “las naciones que hubieren sido salvas”, las cuales le llevarán la gloria y el honor a ella; y (4) la morada de los que “estarán fuera”, cuyos caracteres y estados serán incambiables, y estarán separados de Dios para siempre. La Iglesia (Jn.14:3) y los santos ángeles compartirán con el Dios Trino la primera morada, que es el cielo nuevo. Comparativamente es poco lo que se nos revela con respecto al carácter del cielo nuevo; probablemente eso se debe a que la mente finita no es capaz de comprenderlo. Sin embargo, es mucho lo que está escrito con respecto a la ciudad celestial, la cual se nos dice que descende del cielo, de Dios: se nos informa sobre su carácter, sus dimensiones, sus habitantes, o sea, los que frecuentan sus portales, el material del cual estará constituida su estructura y su gloria. Los patriarcas esperaban esa ciudad. Abraham, que moraba en tiendas, buscaba “la ciudad que tiene fundamentos” (He.11:10,16). La ciudad será cosmopolita: la frecuentarán y disfrutarán de ella los que estarán en las otras moradas. En efecto, la esposa, cuyo hogar evidentemente será el cielo nuevo, donde estará Cristo, estará tan

completamente identificada con la ciudad que ésta llevará también el nombre de “la esposa del Cordero”. También se nos indica que en aquella ciudad tendrá el privilegio de hacer acto de presencia la Iglesia, por el hecho de que sus doce fundamentos llevarán los nombres de los doce apóstoles del Cordero. También entrarán en dicha ciudad los ángeles, el pueblo de Israel y las demás naciones, puesto que en sus puertas habrá doce ángeles, y éstas llevan los nombres de las doce tribus de Israel. Del mismo modo se nos dice que las naciones que hubieren sido salvas llevarán la gloria y el honor a ella. Esta ciudad estará construida de oro puro como cristal, incluso sus calles. La longitud de la ciudad será de doce mil estadios, lo que equivale a dos mil cuatrocientos kilómetros. Se nos dice que su longitud, su anchura y su altura son dimensiones iguales. La ciudad estará fulgurantemente iluminada con la gloria (*Shekinah*) de Dios. (3) La tierra nueva será la morada de los pueblos terrenales con los cuales Dios ha hecho pacto eterno. Y (4) la última morada es aquella en que tendrán que permanecer los que no quisieron aceptar la redención de Cristo.

Hebreos 12:22-24. En este pasaje se nos describe también la ciudad celestial, pero sólo en lo relativo a sus habitantes, o sea a aquellos que entran por sus puertas. Se observará que, como hay varias moradas en la casa del Padre, habrá por lo menos seis clasificaciones de las criaturas de Dios: los santos ángeles, la Iglesia, Israel, las naciones que hubieren sido salvas, los ángeles caídos que, junto con Satanás, serán lanzados al fuego eterno (*Mt.25:41*; comp. *Ap.20:10*), y los no regenerados los cuales, por no estar sus nombres escritos en el libro de la vida del Cordero, serán lanzados de igual modo al lago de fuego (*Ap. 10:15*; *21:8*; comp. *21:27*). Al comparar la morada de los no regenerados con la morada de los que han de disfrutar de la eterna bendición de Dios, se nos dice que la de aquellos es la morada de “fuera” (*Ap.22:15*).

Según *Apocalipsis 20:11-22:7*, los que han de estar en la ciudad celestial serán: Dios el Padre, Dios el Hijo (el cual tendrá allí el sugestivo título de el Cordero), los ángeles, la Iglesia, y los moradores de la tierra – tanto Israel como las naciones. En *Hebreos 12:22-24*, que es el pasaje que estamos considerando, aparece la misma clasificación de habitantes para la ciudad celestial: “Dios el juez de todos”, “Jesús el Mediador del nuevo pacto”, “la compañía de muchos millares de ángeles”, “la congregación – Iglesia – de los primogénitos que están inscritos en los cielos”, y “los espíritus de los justos hechos perfectos”. Este último título evidentemente se refiere a Israel y a las naciones que para ese tiempo habrán sido purificadas mediante la gracia divina y de acuerdo con la redención de Cristo, las

cuales morarán en la tierra nueva. En todo este plan está presente la sangre redentora de Cristo. En la enumeración de los habitantes que se nos da en Apocalipsis, Cristo aparece como el *Cordero*; y en la enumeración que se nos da en Hebreos, El aparece como *Mediador* del nuevo pacto, cuya sangre habla mejor que la de Abel. Según el hincapié que evidentemente se hace sobre la sangre de Cristo, podemos concluir que todo lo que Dios haya realizado para ese tiempo habrá tenido su base en el valor de la sangre de Cristo.

2 *Pedro* 3: 7-13. Dos hechos esenciales se nos presentan en este pasaje: (1) Habrá un cielo nuevo y una nueva tierra. Los cielos de hoy arderán y serán deshechos; y los elementos se fundirán por el intenso calor. El mismo evento se nos describe en Hebreos 1:10-12, donde está escrito que los cielos y la tierra perecerán. Que se envejecerán como una vestidura, y serán mudados. Con respecto al hecho de que lo viejo ha de pasar, se nos declara en Apocalipsis 20:11 que el cielo y la tierra huirán de la presencia de Aquel que estará sentado en el trono, y no se hallará ningún lugar para ellos. Pedro da testimonio: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia (v.13). Esta esperanza se basa también en el Antiguo Testamento: “Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento” (Is.65:17). Tan sorprendente será esta nueva creación que no volverá a haber memoria del sistema presente. De igual manera leemos: “Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre” (Is.66:22). Según esta profecía, no sólo habrá nuevos cielos y nueva tierra, sino que Israel permanecerá para participar de esa gloria mientras dure la nueva creación.

Volvamos al pasaje del apóstol Pedro. Observemos que Pedro nos dice que el tiempo en que ha de ocurrir esta gran transformación será “en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 P.3:7). Esto coincide precisamente con el informe que se nos ofrece en Apocalipsis 20:11-15, donde se nos dice que, cuando los muertos impíos se congreguen ante Dios para someterse al juicio final, es cuando todo el actual sistema huye de la presencia del que está sentado en el trono. Los habitantes del cielo y de la tierra que hayan sido escogidos por Dios para que habiten en la nueva creación tendrán que permanecer en el espacio y ser testigos de los más estupendos actos creadores de Dios: “Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Ap.21:5).

Aunque es poco lo que se nos dice en la Biblia con respecto al carácter del cielo nuevo, como ya queda indicado, se nos revela

mucho con respecto al carácter de la ciudad que descende del cielo. Del mismo modo, hay importantes revelaciones, aunque más limitadas, con respecto a la tierra nueva. El siguiente es el pasaje más extenso de los que tratan sobre las condiciones que habrá en la tierra nueva: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap.21:3,4). Aquí se nos presentan dos clases de evidencias que prueban que este pasaje describe sólo las condiciones de la tierra nueva: (a) Las lágrimas, el llanto, el clamor y el dolor se describen como “cosas (que) pasaron”. (b) El pasaje afirma que “Dios mismo estará con ellos como su Dios”. El hará allí su tabernáculo y ellos serán su pueblo. El morará allí como mora ahora con los santos ángeles (Mt.23:30). El morará con los santos en luz (Col.1:12). Pero la revelación más grande es la de que Dios mantendrá una comunión ininterrumpida con los moradores de la tierra. La nueva tierra será tan santa como el nuevo cielo. Pedro declara que habrá “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 P.3:13). Así se nos declara que las tres esferas de gloria eterna — el cielo nuevo, la ciudad celestial y la tierra nueva — han de ser tan puras como el mismo Dios, y El morará en cada una de ellas para siempre. Del mismo modo, los tres órdenes de seres creados — los ángeles no caídos, la Iglesia de los primogénitos y los moradores de la tierra, entre los cuales estarán Israel y las naciones que hubieren sido salvas — disfrutarán de completa y eterna comunión con Dios. Puesto que ninguna palabra de Dios puede faltar, todas las profecías han de cumplirse y el triunfo final de Dios sobre el mal ha de ser tan perfecto como lo son todas sus obras.

De ese modo predicen las Escrituras el triunfo divino glorioso y universal, que todavía está en el porvenir. Este triunfo será a nivel infinito e incluye la disposición divina con respecto al *principio* del pecado. Aun un análisis somero como el que puede hacer la mente humana nos puede revelar el hecho de que la explicación más importante que la mente humana haya descubierto jamás sobre la razón por la cual se permitió que el pecado entrara en el universo, con su inmensurable ultraje para la creación y la horrible imposición del sacrificio para el Hijo de Dios, se halla escondida en este aspecto del asunto del pecado. Es verdad que la gracia de Dios no pudiera manifestarse, si no existieran criaturas caídas que, por causa de la corrupción del pecado, puedan ser objetos de la gracia de Dios; y también es cierto que la demostración de la divina gracia, cuya gloria

inestimable no ha de observarse en este tiempo sino en la eternidad (Ef.2:7), constituyen razones obvias que nos explican la razón por la cual Dios permitió la entrada del pecado en el universo. Pero hay un hecho que es mucho más profundo e inclusivo: que el mal, como principio que se opone al bien fue ocasionado por aquella forma abstracta que existió antes de la creación, y que sobre la base de sus resultados concretos en la creación y por medio de ella, está sujeto al juicio divino y a ser destruido para siempre. El triunfo de Dios, cuando por medio de la cruz de Cristo salva un alma, y por medio de su poder la trasforma y la hace aparecer en el cielo conforme a la imagen de su Hijo, es en realidad incomprensible; y toda victoria que se logre sobre el pecado en cualquiera de sus formas tiene que redundar para la eterna gloria de Dios. Sin embargo, ¡cuán supremo en su infinita gloria es el juicio contra el pecado y su destrucción!

¡Cuán trascendentalmente bendita será la santa paz que reinará en el universo de Dios! Será más maravillosa aún que la paz que reinó en la eternidad pasada, puesto que el saber que la experiencia y el juicio del pecado han pasado produce más paz que el saber que esos eventos están por delante. La mente humana, puesto que está sumida en el fragor y en la tenebrosidad de la fase inmediata del conflicto, no puede desembarazarse de los perjuicios y de las influencias que la rodean, y por tanto, no puede comprender la seguridad del triunfo divino que Dios tiene determinado, y que ejecutará con la perfección que caracteriza a todas sus obras. De todas las maravillas de realización divina, ninguna puede sobrepasar en gloria el universo venidero, libre de pecado, en el cual la justicia no *contenderá* ni *sufrirá* como ahora, ni siquiera *reinará* la inmensidad de la creación de Dios, menos en la morada de los ángeles caídos y de los hombres perdidos.

Como Dios es infinitamente santo, no puede mantener otra relación con el pecado que no sea la de juzgarlo con la blanca llama de justicia que es El mismo. La muerte de Cristo como Cordero provisto por Dios, no sólo nos revela el inconmensurable amor de Dios hacia los pecadores, sino que abre el camino por el cual Dios, por causa del juicio contra el pecado que efectuó contra su propio Hijo, marcha con libertad a actuar sin restricciones de ninguna especie en el campo amplio del mismo universo.

Una clave para entender los caminos de Dios en todas las edades es el hecho de que El se complace en poner a prueba todo desafío. Sin duda alguna, este método le asegura el *desiderátum*, pues así toda boca tiene que cerrarse. Es razonable creer que el mal en su forma abstracta y como principio que se opone al bien, sea cual haya sido el tiempo cuando se manifestó, fue un desafío para Dios, y que, según

la escala más amplia que pueda concebirse, sus exigencias se han sometido a la demostración, lo cual no sólo ha establecido el carácter del mal en toda su magnitud, sino que también hace manifiesto el carácter de Dios — revelación que es de suprema importancia — y su excelente gracia. Con esta finalidad, fue necesario permitir que el pecado tomara forma concreta, y que siguiera su curso hasta el fin. Por haber manifestado Dios su voluntad permisiva, el pecado cumplió su incalculable tragedia en las esferas angelicales; también obró la ruina cabal de la raza humana, si no fuera por la redención de gracia. Pero ese precio incalculable del daño que hizo el pecado lo pagó la sangre del Hijo de Dios, la cual constituye la única base justa en la cual se afirma Dios para hacer juicio contra todos los aspectos del mal, pues así se establece la santidad de su carácter eternamente, y asegura una redención consumada para aquellos que El mismo escogió desde antes de la fundación del mundo, por medio de los cuales El también puede demostrar las inescrutables riquezas de su gracia. Fue muy poco en realidad lo que comprendían los testigos oculares de la muerte de Cristo sobre la estupenda realización que Cristo estaba consumando, la cual se hallaba muy lejos de su inmediata visión. La cruz fue la sentencia absoluta de Dios contra el pecado, en el caso de cada creyente cristiano como individuo; y esto abarca a Israel, a los gentiles, a la creación, a las cosas del cielo, a las esferas angélicas y a todas las raíces del mismo mal, que es la semejanza de Dios. El triunfo de Dios será perfecto y eterno.

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”